

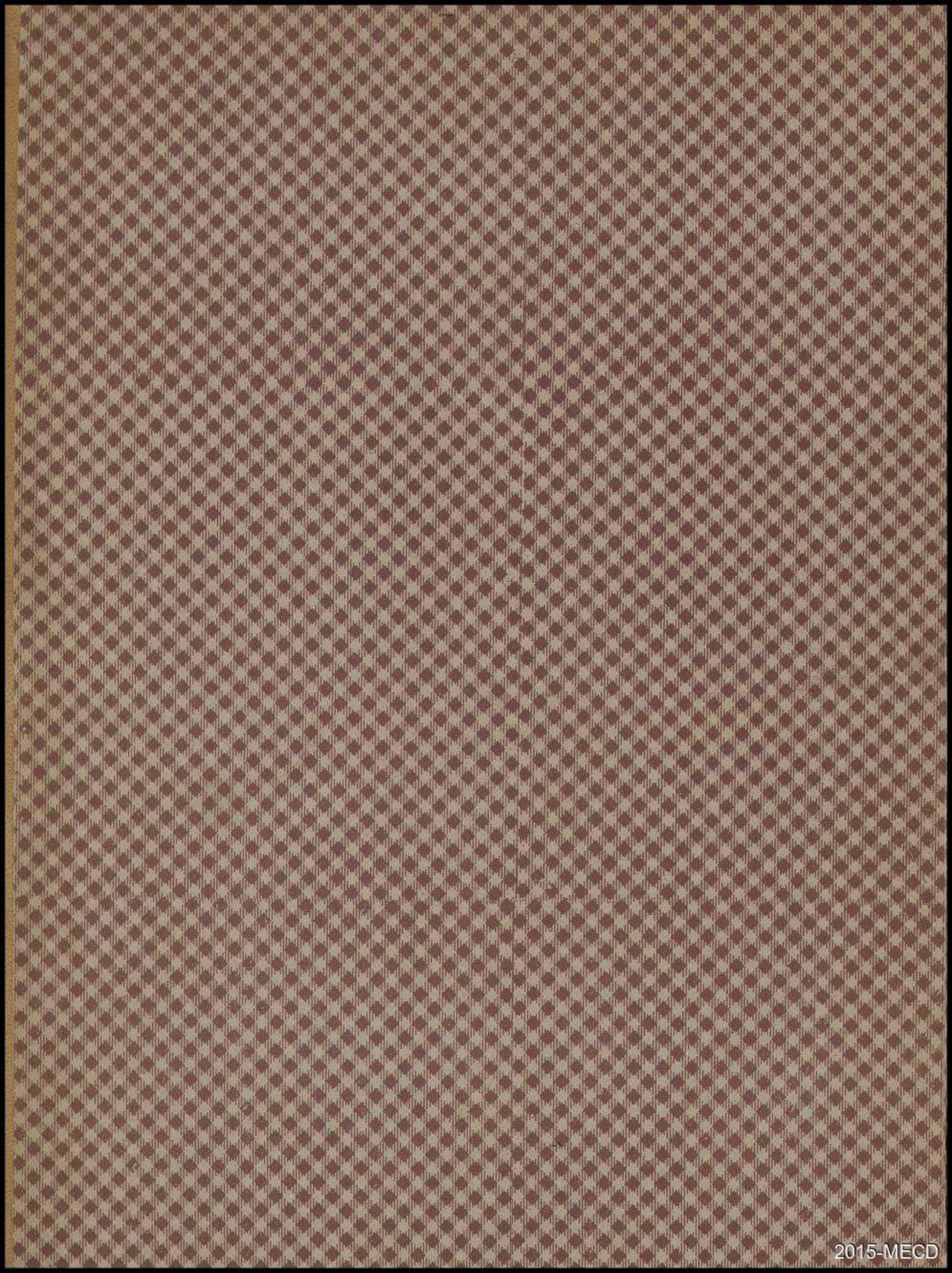
SOCIEDAD
ESPAÑOLA DE
ANTROPOLOGIA
—
ACTAS
Y MEMORIAS

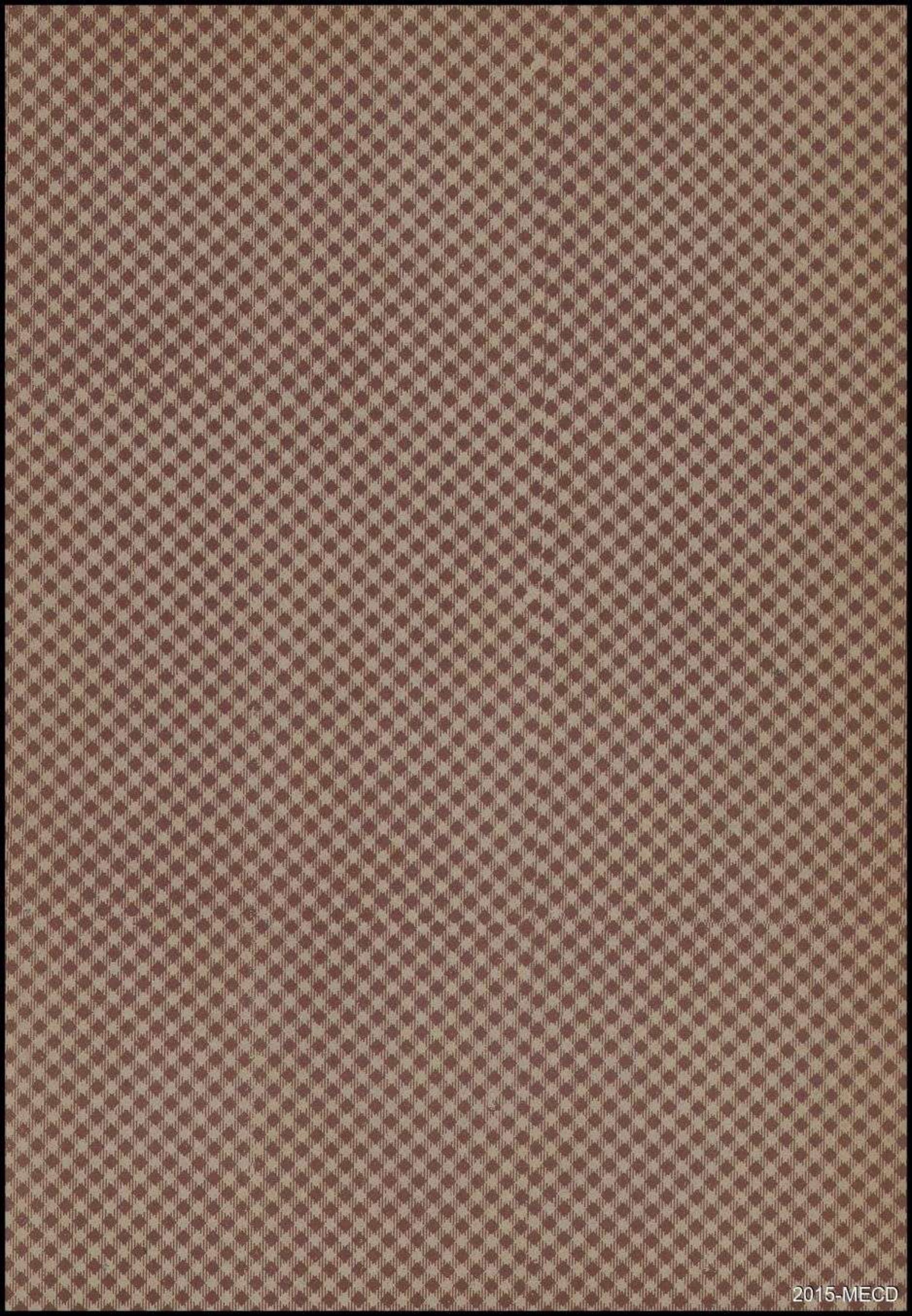
V

1926

DE
DIA

DE





SOCIEDAD ESPAÑOLA
DE
ANTROPOLOGÍA
ETNOGRAFÍA Y PREHISTORIA



SOCIEDAD ESPAÑOLA

DE

ANTROPOLOGÍA



ETNOGRAFÍA Y PREHISTORIA

ACTAS Y MEMORIAS

TOMO V.—AÑO 1926.



MADRID

MUSEO ANTROPOLÓGICO NACIONAL

PASEO DE ATOCHA, 13.

ACTA DE LA SESIÓN XXXVI

26 de enero de 1926

Presidencia: RVDO. P. AGUSTÍN J. BARREIRO.

Secretaría: HOYOS SÁINZ (D. LUIS DE).

Leída y aprobada el acta de la anterior, tomó posesión de su cargo de *Presidente* el Rvdo. P. Agustín J. Barreiro, que da las gracias a la SOCIEDAD por haberle elevado a un cargo que sólo estima merecer por la verdadera devoción con que desde la fundación de la misma asiste a sus trabajos y sesiones y que por haber sido desempeñado por personalidades como los Sres. Sánchez de Toca, Dr. Pulido y el Sr. Bauer, exige verdadero prestigio y representación científica y social para ocuparle, y poder presidir a personalidades tan eminentes en ciencia como lo fué Rafael Sallillas y los que hoy rigen o trabajan en la SOCIEDAD, especialmente el venerable maestro fundador de la misma, D. Manuel Antón. Dió a continuación posesión de sus cargos al *Vicepresidente*, profesor D. Quintiliano Saldaña, que había remitido una carta agradeciendo la elección y excusando su asistencia por ineludibles ocupaciones; al *Vocal*, D. Anacleto Cabeza; al *Bibliotecario*, D. Domingo Sánchez, que dió las gracias a la SOCIEDAD por la reelección para un cargo en el que continuaría prestando el interés y trabajo que desde la fundación de la SOCIEDAD ponía en el mismo; al *Vicesecretario*, D. Juan Cabré y Aguiló, del que se leyó una carta de gratitud por su reelección y de disculpa por no asistir a la sesión, a causa de la enfermedad que viene padeciendo.

El *Secretario* dió lectura al siguiente informe de la Comisión de revisión de cuentas:

«Los que suscriben, socios designados para formar la Comisión de la SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ANTROPOLOGÍA, ETNOGRAFÍA Y PRESHISTORIA, encargada de inspeccionar las cuentas de Tesorería correspondientes al año de 1925, exponen: Que las han examinado minuciosamente con sus comprobantes y las encuentran perfectamente ajustadas y concordes, concediéndoles unánimemente su aprobación.

»A fin de hacerlo constar, firman por triplicado el presente informe para satisfacción y garantía de la SOCIEDAD y del *Tesorero* D. Francisco de las Barras de Aragón.—Madrid, 11 de enero de 1926.—Antonio Pérez Robles, M. Cajigal y Manuel Hilarío Ayuso».

A continuación presentó el *Tesorero* una nota en la que hace constar que, desde la fecha de la sesión de diciembre anterior en que se dió cuen-

ta del estado económico de la SOCIEDAD hasta el fin de dicho mes, no hubo en los fondos sociales alteración alguna, por lo que la cuenta entonces presentada puede referirse al 31 de diciembre de 1925.

El *Presidente* manifestó en sentidas frases a la SOCIEDAD el fallecimiento del socio fundador D. Adolfo Bonilla San Martín, catedrático, académico y aún por encima de eso investigador y filósofo, que había honrado a la Patria y a la Humanidad con su vida de trabajo dedicada por completo a la ciencia, y entendiéndolo que nadie mejor que D. Manuel Antón, por ser fraternal amigo del fallecido, podía dar a conocer su obra y expresar la condolencia de nuestra SOCIEDAD, le concedió la palabra.

D. Manuel Antón hizo un detenido estudio de la personalidad del profesor Bonilla, destacando en frases de emoción motivadas por la admiración al maestro y el cariño al amigo, los preclaros rasgos fundamentales de la vida de D. Adolfo Bonilla y San Martín, que con detalle expuso y aparece condensada en la *Comunicación núm. 49* que se inserta como complemento de esta Acta.

El Sr. *Díaz del Villar* hace suyas las frases de D. Manuel Antón, y se une al duelo que en él era sincero por la admiración que le causaba la inteligencia del profesor Bonilla, al que tuvo por compañero en el Consejo de Instrucción Pública.

El *Presidente* recoge las frases del Sr. Antón con el merecido elogio que éstas merecían y la gratitud de los presentes al escucharlas, y solicita se haga constar en acta el sentimiento por la muerte del socio fundador Sr. Bonilla, acordándose así por unanimidad de los presentes.

COMUNICACIONES CIENTÍFICAS.—El Sr. *Hoyos Sáinz* presentó un trabajo remitido por D. Ismael del Pan, acerca de *Algunos datos etnológicos de los pueblos de los alrededores de montes de Toledo*, que, ilustrado por algunos dibujos, pasó a la Comisión de publicaciones.

El Rvdo. P. *Agustín J. Barreiro* manifestó que, por lo avanzado de la hora, dejaba para otra sesión el disertar acerca de *Palabras polinesias en algunas lenguas americanas*, levantándose la sesión inmediatamente.



ANTÓN (M.).—*Comunicación núm. 49.*

D. Adolfo Bonilla y San Martín.

Nota necrológica.

Ha fallecido D. Adolfo Bonilla y San Martín, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid y miembro de las Academias Española, de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas.

Excusa la justificación de esta conmemoración necrológica, la calidad de socio fundador de Bonilla, el entusiasmo con que prestó la adhesión de



D. Adolfo Bonilla y San Martín.

su firma a la primera convocatoria y la atención con que ha seguido los trabajos de esta SOCIEDAD a través de sus publicaciones, ya que, desenvolviéndose su vida en otras esferas de actividad, no le permitiese su continua ocupación la asistencia a todas nuestras reuniones.

Era Bonilla el último de nuestros polígrafos, dotado de aquella curiosidad integral de los grandes humanistas del Renacimiento «en quienes— como se decía en uno de los artículos necrológicos sobre Bonilla—esto no era un vano mariposeo por las distintas ramas del saber, sino una necesidad de su potente espíritu, que nada humano juzgaban ajeno a sí, y

un hábito de rebeldía contra la forzada limitación de nuestra naturaleza» (1). Cultivó especialmente el Derecho mercantil (sin perjuicio de algunas excursiones por otras ramas jurídicas; así de Derecho penal escribió sobre *El delito colectivo*), la Historia de nuestra literatura y la de la Filosofía. En los trabajos referentes a esta última encontramos útiles datos para la Historia de la Biología y la Antropología, ya que si estas ciencias no existen hasta los tiempos modernos como disciplinas naturales, con sus métodos y técnica positivos, siempre ha habido ideas biológicas y antropológicas donde se ha pretendido explicar el mundo por medio de un sistema filosófico. Sirva de ejemplo el capítulo dedicado a la Biología en *Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento*.

De todas las profesiones científicas de Bonilla era la de filósofo la que más le halagaba y la que producía la aparente dispersión de su actividad en busca de concentrar por medio de relaciones y síntesis los más apartados conocimientos. Y es que para nuestro amigo era la Filosofía a modo de síntesis de los primeros principios de todas las ciencias, por lo que ninguna de ellas debía ser indiferente para el verdadero filósofo. Darwin, Topinard, Deniker, Lubbock, Sergi, Zaborowski, son entre otros muchos, autores que consideramos como nuestros y que eran también familiares a persona tan apartada de la especialización antropológica como Bonilla. En su *Historia de la Filosofía Española* es afin a nuestros estudios el capítulo dedicado a los tiempos primitivos. Partidario de la carencia por completo de creencias religiosas entre algunos pueblos salvajes, distingue en la evolución de las creencias metafísicorreligiosas de la Humanidad, tres etapas, caracterizadas respectivamente por la ausencia total de ideas abstractas, el culto de los muertos y la creencia en seres invisibles personificados por las fuerzas naturales. Luego estudia las tradiciones legendarias de Gárgoris y Geryon, mitos solares reveladores de que no faltaba en nuestro pueblo el instinto del símbolo; y termina estudiando los restos del templo y colegio sacerdotal de Elo (cerro de los Santos), no en el aspecto arqueológico que ocupó a Rada Delgado y a Mérida, sino en el de la idea pitagórica que a juicio del P. Fita y de Bonilla llenaban este templo y colegio sacerdotal.

Más importancia para la Antropología tienen los estudios americanistas del insigne polígrafo. A través de los cronistas españoles que ofrecen considerables materiales todavía no aprovechados debidamente para el estudio de la etnografía americana, penetra Bonilla en el laboratorio, constante, activo y nunca interrumpido de mitos que es el alma popular, según

(1) Artículo de Pedro Sáinz en *El Liberal* del 23 de enero.


frase de Garello que aquél recuerda, si bien, por desgracia, el paso de Bonilla por estos lugares fué harto breve y su principal valor es el del ejemplo, mostrando un arsenal de materiales para los estudiosos de la América precolombina. Además de un corto estudio sobre *La numeración de los indios darienes y una teoría kantiana*, es notable el que da nombre al libro en que también se contiene el anterior: *Los mitos de la América precolombina* (Editorial Cervantes, Barcelona, 1923). Estudia primero el mito de las edades del mundo obteniendo entre otras posibles consecuencias la existencia entre los pueblos americanos indígenas (el problema de cuyo origen no pasa inadvertido para Bonilla), de las tradiciones de los gigantes, del hombre mono, del diluvio y del ocaso de los dioses; y luego el de la serpiente de universal generalización en el Antiguo y en el Nuevo Mundo, de modo que «si el mito de las edades del mundo representa un vago recuerdo de las etapas evolutivas del Universo y del hombre, el de la serpiente aclara algún tanto el carácter sanguinario y cruel de muchas antiguas religiones, porque la serpiente era la encarnación de la fuerza maléfica y destructora, y el culto que se le profesaba, más que el objeto de conseguir su protección, tenía el de alejar del hombre su funesta influencia». A continuación, y siguiendo análogas fuentes, procura desentrañar el misterio de los cultos americanos llegando a las interesantes conclusiones siguientes: que la religión solaz era la más extendida entre los pueblos americanos en la época de la conquista; que también se hallaba generalmente extendida la práctica de los sacrificios humanos; que casi todos los principales focos de civilización americana, conservaban el mito de un dios o héroe civilizador; que el horror de los sacrificios, la repulsiva fealdad de los ídolos, y el sombrío carácter de aquellas religiones, iba unido a la creencia de que los dioses, antes que fuentes de bienes, son espíritus del mal y conviene aplacarlos; que el estudio de las religiones americanas comprueba la exactitud de la ley de supervivencia formulada por Lubbock, y que de todos los mitos americanos referentes a los dioses, el de la culebra o serpiente parece ser el más importante y significativo, no siendo aventurado suponer, dada la extensión del totemismo en toda América, y especialmente en la del Norte, que la serpiente era el *totem* del pueblo o de los pueblos primitivos de aquel continente (1).

No sería difícil espigar en la copiosísima producción de Bonilla (2) otros pasajes de interés antropológico más o menos directo. Como botones de muestran bastan los anteriores.

(1) Obra citada, págs. 73 a 76.

(2) Véase: Galvarriato, *La obra de Adolfo Bonilla y San Martín*. Madrid, 1918.

En cambio no es posible omitir el extraordinario valor ejemplar de la figura de Bonilla que extravasando de los libros residía en su rectitud de carácter, en la simpatía de su persona y en su bondad natural. Estas cualidades, unidas al poder de su entendimiento y al prestigio de su labor, hicieron de él una de las mayores capacidades directoras en el mundo de nuestra cultura, capacidad aprovechada para continuar la tradición de su maestro Menéndez y Pelayo. Aquella *Salutación del optimista* de Ruben Darío, de la que Bonilla transcribe algunas estrofas en la Introducción a su *Historia de la Filosofía española*, la traducía él a su prosa maciza y ágil, llena de erudición y de vigor ideológico, acompañando el encomio de la labor cultural de nuestra raza con el esfuerzo por continuar dignamente la tradición científica española. Para todo aquel que vea en el móvil patriótico un gran motor para el progreso científico, ofrecerá la personalidad del llorado maestro y gran amigo el más alto valor ejemplar.



ACTA DE LA SESIÓN XXXVII

24 de febrero de 1926

Presidencia: RVDO. P. AGUSTÍN J. BARREIRO.

Secretaría: HOYOS SÁINZ (D. LUIS DE).

Fué leída y aprobada el acta de la sesión anterior.

Presentación de *D. José F. Menéndez*, párroco de Vidiago, Oviedo, por los Sres. Hoyos Sáinz y Sánchez.

El *Presidente*, aceptando en nombre de la Directiva una proposición del Sr. Bauer, pide a la SOCIEDAD la adquisición de una Medalla de plata, que, como homenaje al Dr. D. Angel Pulido, Presidente que ha sido en nuestra SOCIEDAD, ha donado el Colegio de Doctores de Madrid, y así se acuerda por unanimidad.

Hace después la presentación y saluda al Catedrático D. Quintiliano Saldaña, elegido Vicepresidente de nuestra ASOCIACIÓN, el cual contesta agradeciendo la elección y el saludo, y estimando la honra que le ha concedido la SOCIEDAD, como un mero reconocimiento de la constante afición a los estudios antropológicos, a los que viene dedicándose como un viejo estudiante hace ya muchos años.

El *P. Barreiro* expuso *Algunas consideraciones acerca de la lengua Oromónica y otras del mismo grupo que se hablan en varias regiones de Abisinia.*—(Comunicación núm. 50).

El Sr. *Hoyos Sáinz* manifiesta su conformidad con la opinión del P. Barreiro, estimando que la Lingüística estudiada como un hecho social y geográfico viene de antiguo formando parte de los estudios antropológicos, y actualmente bastaría citar la publicación del libro de Millet y Cohen *Les Langues du Monde* y el de Vendryes *Le Langage: Introduction lingüística a la Historia*, así como el reciente hecho de haber obtenido el premio Loubat el Dr. Rivet, profesor auxiliar de Antropología en el Museum d'Histoire Naturelle, por sus estudios acerca de la influencia de las lenguas Polinesias y Malayas en las de los pueblos americanos de la costa del Pacífico.

Recuerda también que acerca de la gran influencia mitológica sobre los individuos de raza blanca en las regiones de población y de cultura china, pueden aducirse muchas de las afirmaciones del Dr. Legendre, que al presentar el pasado año en los medios científicos de París el problema de la no existencia de una raza china, sino de la existencia de grupos que han tomado el aspecto chinoide por las acciones del medio

físico y del social y cultural, en las regiones en que viven los diversos grupos estimados como constituyentes del gran complejo étnico que se juzga como constitutivo de las razas chinas.

El Sr. *Hoyos Sáinz* presenta otra nota bibliográfica y da algunas explicaciones acerca del gran valor de la obra, como la primer monografía española que, fundada en los actuales métodos de la Etnografía, se ha publicado sobre una región peninsular, por el Sr. Fritz Kruger, que después de larga permanencia en España ha redactado el libro, que ha sido publicado por la Universidad de Hamburgo en su Sección del Instituto Colonial, de cuyas publicaciones forma el tomo XX. Titúlase dicho libro: *Die Gegenstands Kultur Sanabrias und seiner Nachbargebiete. Ein Beitrag zur spanischen und portugiesischen Volkskunde.*

El Sr. *Hilario Ayuso* dió lectura de la Memoria redactada por la Srta. M. Ayuso Navarro, Profesora Normal, acerca del *Congreso del Niño*, celebrado en Ginebra durante el mes de agosto del pasado año, publicada con el núm. XLVIII.

BARREIRO (P. AGUSTIN J.).—*Comunicación núm. 50.*

Algunas consideraciones acerca de la lengua Oromónica y otras del mismo grupo que se hablan en varias regiones de Abisinia.

Apesar de la oposición de muchos etnógrafos a incluir entre los caracteres que determinan y concretan las razas humanas, al factor lingüístico, no cabe negar a éste un valor positivo como reflejo exacto del contenido ideológico de aquéllas y de las leyes que regulan la dirección de su pensamiento, como trasunto fiel de sus costumbres y usos, de sus creencias y supersticiones, y, por último, y concretándose a la fonética, como algo plástico en que sin duda imprimen sus huellas ciertas modalidades anatómicas.

La lengua Oromónica tiene veintisiete fonemas simples, y por este concepto supera a las lenguas malayopolinesias y también a las aborígenes de América. Carece como estas últimas de signos alfabéticos, pero se ha observado que puede subsanarse fácilmente semejante deficiencia con el alfabeto latino, que se adapta bien a los sonidos simples de dicho idioma.

Su mecanismo es más perfecto que el de las lenguas malayopolinesias y el de la mayoría de las americanas. Tiene completo el cuadro de los pronombres con formas distintas para cada una y de las personas y sus declinaciones con modalidades diferentes para el nominativo, genitivo, dativo y acusativo.

Sus conjugaciones son asimismo más completas que las del grupo lingüístico arriba citado.

Hay en ellas, los tiempos siguientes: presentes de indicativo (cuya forma empléase también para el futuro imperfecto en algunos verbos); pretérito imperfecto, perfecto y pluscuamperfecto, imperativo, presente de subjuntivo.

A veces obsérvanse hasta tres futuros denominados, respectivamente, *futuro simple*, *futuro remoto* y *futuro inminente*, lo cual nos recuerda una variedad de formas semejante a ésta que presentan algunas lenguas americanas, como, por ejemplo, el *güarani*, en el que encontramos tres modos distintos de expresar el imperativo; el *yucateco* (lengua mejicana), que tiene asimismo otras dos para el presente de subjuntivo, y el *mame*, también mejicano, en el cual se hablan hasta cinco para el pretérito perfecto.

Adviértese todavía en la *lengua oromónica*, otra particularidad que no recordamos haber visto en ninguna otra americana, ni malayopolinesia del grupo aglutinante, y es la siguiente: en todos los tiempos de los verbos hay en las terceras personas del singular dos terminaciones completamente distintas: una para el masculino y otra el femenino.

Con respecto al artículo, aparece en esta lengua como un sufijo añadido al sustantivo.

El sistema de numeración es completo como el de las lenguas malayopolinesias y también el de la lengua suramericana llamada quictuca.

Por este concepto supera la lengua oromónica a la mayoría de las lenguas aborígenes de América, en las cuales dicho sistema se aleja mucho de esa perfección por no pasar en algunas del diez y en otras del cuatro.

No deja de llamar la atención la ausencia, en esta lengua africana de que tratamos, de prefijos y sufijos, que desempeñan papel tan primordial en los idiomas aborígenes de América y Filipinas.

En cuanto a su léxico, es rico y abundante, compuesto de palabras en su mayoría disílabas y trisílabas de fácil pronunciación y que comunican al idioma oromónico un carácter dulce, suave y sonoro comparable al del malayo y lenguas filipinas.

ACTA DE LA SESIÓN XXXVIII

24 de marzo de 1926

Presidencia: RVDO. P. AGUSTÍN J. BARREIRO.

Secretario accidental: BARRAS DE ARAGÓN (F. DE LAS).

Se leyó el acta de la sesión anterior, que fué aprobada.

Quedó admitido como socio *D. José F. Menéndez*, párroco de Vidia-go (Oviedo), que había sido presentado en la sesión anterior.

Fueron presentados: El P. Agustino *Lucas Merino*, misionero en Iqui-tos (Perú), por el P. Barreiro y el Sr. Barras; *D. Bernardo Aza*, abogado, Santullano Villarejo (Asturias), presentado por el P. Barreiro y el Sr. Ba-r-ras, y *D. Virgilio Mondego Casaus*, presentado por D. Domingo Sánchez y D. Antonio Pérez Arcas.

El Presidente *P. Barreiro* usó de la palabra para manifestar la satisfac-ción con que había visto la concesión de la Gran cruz del Mérito Naval al expresidente Sr. Bauer, así como haber sido otorgado el título de Doctor *Honoris causa* por la Universidad de Lyon a nuestro actual Vicepresiden-te D. Quintiliano Saldaña, y propuso que constara en acta, acordándose por unanimidad que así se hiciera para los dos casos.

El Sr. *Bauer* usó de la palabra para dar las gracias por el acuerdo y también por la adquisición que la SOCIEDAD había hecho de un ejemplar de la Medalla de plata dedicada al Dr. Pulido por el Colegio de Docto-res. El mismo Sr. *Bauer*, a continuación, presentó láminas y noticias refe-rentes a los descubrimientos siguientes:

1.º Cráneo de Galilea descubierto por Mr. Turville en 1924 en una cueva inmediata al lago de Galilea.

2.º Cráneo de Londres descubierto durante las excavaciones hechas en Leandenhall Strett para el edificio nuevo del Lloyd y estudiado por el profesor Elliot Smit.

3.º De un ejemplar de *Archaeopteryx Lithographica* existente en el British Museum.

Añadió a los datos que comunicaba que prometía vaciados de los tres ejemplares de referencia.

El *P. Barreiro*, en nombre de la SOCIEDAD, dió las gracias al Sr. Bauer por su generoso ofrecimiento.

El Sr. *Vergara* presentó una Memoria que le había enviado su autor D. Lorenzo Roca, Marianista del Colegio de Nuestra Señora del Pilar, de esta Corte, sobre *el yacimiento prehistórico del castillo de Santa Cruz de*

Aitzorrots, cuya localidad había explorado con dirección, en parte, del Sr. Obermaier durante los años que estuvo de profesor en el Colegio de Escoriaza (Guipúzcoa). La Memoria va acompañada de dibujos, fotografías y ejemplares.

D. *Domingo Sánchez* presentó una nota bibliográfica de la Memoria sobre *la caverna de Santimamiñe (Basondo: Cortézubi)*, de los Sres. Aranzadi, Barandiarán y Eguren.

El *R. P. Barreiro* usó luego de la palabra para tratar de los trabajos del Dr. Francisco Hernández, médico de Felipe II, dando comienzo a la exposición de lo contenido en la admirable obra que lleva el título *De antiquitatibus Novae Hispanie*, y prometiendo, a causa de lo avanzado de la hora, continuar en sesiones posteriores.

Fué presentado un trabajo sobre antropometría escolar que había enviado el Sr. Hoyos, quien, por estar indispuesto, no pudo asistir. Después, se levantó la sesión.



ACTA DE LA SESIÓN XXXIX

28 de abril de 1926

Presidencia: RVDO. P. AGUSTÍN J. BARREIRO.

Secretaría: HOYOS SÁINZ (D. LUIS DE).

Leída y aprobada el acta de la anterior, fueron admitidos como socios los presentados en la anterior sesión Sres. *Rvdo. P. Lucas Merino* (Agustino), *D. Bernardo Aza* y *D. Virgilio Mondego Casaus*.

El Sr. *Saldaña* hace presente a la SOCIEDAD que se encuentra en Madrid dando unas conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras el Profesor alemán Schulten, bien conocido por sus trabajos de Prehistoria y Etnografía Ibéricas, y que podía, si la premura del tiempo lo permitía, hacerle presente nuestra SOCIEDAD el agradecimiento por la labor científica realizada en nuestra patria por dicho investigador, ofreciéndole al mismo tiempo una colección de las publicaciones.

El Sr. *Carriazo* manifiesta que no se opone a la propuesta formulada por el Sr. *Saldaña*, como homenaje al profesor Schulten; pero hace constar que en diferentes ocasiones dicho explorador de las riquezas arqueológicas de nuestro país, ha tratado con dureza inmerecida a muchos de nuestros respetables investigadores nacionales y expresado juicios poco gratos para nuestra nación. Contesta el Sr. *Saldaña*, que él reconoce la veracidad de las aseveraciones del Sr. *Carriazo*, ya que él mismo tuvo ocasión de rebatir y rechazar algunas de las manifestaciones del investigador alemán; pero que, independientemente de esto, quedaba una gran labor científica, a la que nuestra SOCIEDAD debía prestar su homenaje.

El *Presidente* manifiesta que, acogiendo en principio la proposición del Sr. *Saldaña*, la Junta acuerda ofrecer a dicho señor, para que la entregue al profesor Schulten, una colección de nuestras publicaciones, y que respecto al resto de la propuesta resolverá la Junta directiva, dentro de la posibilidad que la urgencia del caso requiere.

El Sr. *Saldaña*, en su deseo de dar mayor expansión y publicidad a la labor de nuestra SOCIEDAD, y especialmente a sus sesiones mensuales, estima que tal vez éstas estuviesen más concurridas de celebrarse en local más céntrico y adecuado y pone, por tanto, a disposición de la misma el de su cátedra de Antropología criminal en la Universidad.

Contesta la *Presidencia* que por diversas razones sería muy difícil trasladar a otro sitio la celebración de las sesiones mensuales, pero que en la reunión de la Junta directiva se estudiaría el asunto.

El Sr. *Barras* presenta una nota bibliográfica, y ya en el uso de la palabra, hace constar su deseo de que la SOCIEDAD se ocupara de los descubrimientos de restos fósiles humanos realizados en Asturias por el P. Carballo, de los que sólo teníamos noticias por la Prensa diaria o alguna revista de vulgarización. Varios señores socios manifiestan que, siendo el P. Carballo miembro de nuestra SOCIEDAD, podía comunicar a ésta sus descubrimientos, contribuyendo así a la labor científica de la misma.

COMUNICACIONES CIENTÍFICAS.—El P. *Barreiro* continúa la exposición de sus trabajos acerca de las publicaciones o escritos inéditos del médico de Felipe II, Francisco Hernández, y especialmente de su tratado de *Antigüedades de la Nueva España*.

ACTA DE LA SESIÓN XL

26 de mayo de 1926

Presidencia: RVDO. P. AGUSTÍN J. BARREIRO.

Secretaría: HOYOS SÁINZ (D. LUIS DE).

Fué leída y aprobada el acta de la anterior, y se presentaron las publicaciones recibidas.

El Sr. *Bauer* presentó a la SOCIEDAD el tomo tercero del Congreso Internacional de Geografía celebrado el pasado año en El Cairo, y ofreció asimismo para ser conservadas en los Archivos tres cartas autógrafas del gran naturalista Darwin.

El Sr. *Antón (D. Manuel)* dió algunas noticias acerca de la celebración en Madrid del XV Congrès International d'Anthropologie et d'Archeologie prehistoriques, de cuyo Comité organizador, presidido por el Excmo. Sr. Duque de Alba, forman parte diversos miembros de nuestra SOCIEDAD, como son los Sres. Antón y Mélida, que ocupan las Vicepresidencias; el Sr. Hoyos Sáinz, la Secretaría, y los Sres. Tormo, Obermaier, Barras de Aragón, Hernández-Pacheco, Bolívar y Cabré, que figuran como Vocales. Hizo notar el interés de ir preparando trabajos para dicho Congreso, cuya celebración en Madrid se acordó merced al éxito obtenido por nuestro socio perpetuo que es hoy, el Excmo. Marqués de Cerralbo, en la última reunión celebrada en Ginebra en 1912, en la que fueron delegados oficiales de España, los Sres. Antón y Hoyos Sáinz, y a la que asistieron otros representantes de la Prehistoria y de la Antropología en nuestro país.

El Sr. *Sánchez* pidió que la SOCIEDAD felicitara a nuestro consocio D. Hugo Obermaier, catedrático de Historia Primitiva de la Humanidad en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, cuya admisión en la Academia de la Historia se había realizado recientemente con un erudito discurso del Sr. Obermaier, al que contestó el catedrático Sr. Ballesteros. Así se acordó por unanimidad.

COMUNICACIONES CIENTÍFICAS.—El *Rvdo. P. Agustín J. Barreiro* continuó la exposición hecha en anteriores sesiones de sus estudios acerca de los naturalistas españoles en América, especialmente de los que contribuyeron a la recogida de datos de las ciencias antropológicas. Citó la expedición de Ruiz y Pavón de 1754 y la de Mutis en Colombia, especialmente dedicadas a la Botánica, como lo fué la realizada en Méjico por Sesse y Maciño, extendida también a Guatemala; siendo de más interés para nues-

tros estudios la de D. Antonio de Córdoba, y especialmente la gran expedición de 1785 de Malespina y en la que figuró Pineda, expedición a la que no se han dedicado los estudios e interés que mereció, pues salvo el trabajo del Sr. Novo y Colson en su *Viaje de la Descubierta y Atrevida* apenas se han hecho otras publicaciones, conservándose en el Depósito Hidrográfico los originales recogidos en los cinco años de la expedición, hecha no sólo en América, sino en la Oceanía y en nuestras antiguas Islas Filipinas.

El Sr. *Carriazo* presentó una Memoria, titulada *Las ideas sociales en Juan Luis Vives*.

El Sr. *Barras de Aragón* hizo un relato detallado de su reciente viaje a las Islas Canarias formando parte de la excursión organizada con motivo del reciente Congreso Geológico, y destacó principalmente el interés de la nueva organización del Museo canario realizada por el profesor de Antropología del Museo de Historia Natural de París, R. Verneau, describiendo las diversas salas de una clasificación por dicho maestro hecha y dando a conocer, mediante la lectura del artículo de un periódico de la localidad, las opiniones del mismo que modifican o amplían las hasta hoy sustentadas sobre las diversas razas de Canarias, terminando con la petición a la SOCIEDAD de reproducir en nuestras actas el artículo que había comentado.

El Sr. *Hoyos Sáinz*, recogiendo las interesantes noticias dadas por el Sr. *Barras de Aragón*, manifestó su opinión de no limitarse a reproducir el citado artículo, que por su carácter de mera vulgarización en un diario, debía ser sustituido por un trabajo directamente solicitado para nuestras Publicaciones al profesor Verneau, que maestro que había sido de casi todos los antropólogos españoles, seguramente nos honraría con la concesión de dicho trabajo, por el cariño que en multitud de ocasiones ha manifestado a España y el interés que por nuestras Ciencias Antropológicas tiene.

ACTA DE LA SESIÓN XLI

26 de septiembre de 1926

Presidencia: RVDO. P. AGUSTÍN J. BARREIRO.

Secretaría: CABRÉ (D. JUAN).

Leída y aprobada el acta de la anterior, fueron presentados como socios de número los señores siguientes, con domicilio en Madrid: *Bentabol y Ureta* (Ilmo. Sr. D. Horacio), por los Sres. Cabeza y Pérez Robles, y *Plaza Blanco* (D. Venancio), por los Sres. Cabeza y Sánchez (D. D.).

El Sr. *Barras de Aragón* expuso el haber recibido en carácter de Tesorero, una carta de nuestro consocio fundador de número D. Emilio de la Cruz y Díaz, manifestando sus deseos de ser inscrito en la lista de socios de la SOCIEDAD como socio *vitalicio*, mediante el abono de la cuota que se requiere para ello.

La *Junta directiva* manifestó que este caso no estaba previsto en los Estatutos y Reglamento por los que se rige nuestra SOCIEDAD, y a propuesta de la *Presidencia*, se acordó por unanimidad, después de haber intervenido varios socios en este asunto, la adición en tales Estatutos y Reglamento de una nueva cláusula por la que podrán nombrarse socios *vitalicios* abonando por una sola vez la *cuota de doscientas cincuenta pesetas*, en virtud de cuyo acuerdo fué propuesto y admitido como socio *vitalicio* el Sr. Cruz y Díaz.

El Sr. *Presidente* se creyó en el deber de manifestar a la SOCIEDAD las causas ajenas a la Directiva que motivaron el retraso de la impresión y reparto del fascículo de las Actas y Memorias correspondiente al año 4.º, tomo IV, cuadernos 1 y 2, y del estado de impresión de los cuadernos sucesivos, abrigando la lisonjera esperanza de que en brevísimo tiempo la Junta directiva normalizará nuestras publicaciones, por haber desaparecido las dificultades que lo impedían, siendo la principal de las mismas la falta de cumplimiento y seriedad de las imprentas que intervinieron en ello.

El *Rvdo. P. Agustín J. Barreiro* hizo un resumen de su *Historia de la Comisión Científica del Pacífico*, recientemente publicada por la «Junta para Ampliación de estudios e Investigaciones científicas». En esta obra, copiosamente documentada e ilustrada además con mapas y grabados numerosos, se relatan minuciosamente los trabajos llevados a cabo durante tres años largos, 1862-65, por los naturalistas españoles Paz, Martínez y Sáez, Jiménez de la Espada, Amor, Isern y Almagro, en Canarias, Cabo Verde, Brasil, Argentina, Estrecho de Magallanes, Chile, Perú, Bolivia,

Centro América, San Francisco de California y Ecuador, precedido todo ello de un estudio de las expediciones científicas españolas al Nuevo Mundo, desde principios del siglo XVI. Contiene además esta obra la reseña de los trabajos científicos que han visto la luz pública acerca del material aportado por esta expedición y las biografías de los naturalistas arriba citados.

A propuesta del Sr. *Sánchez y Sánchez*, se acordó por unanimidad que constara en acta la satisfacción con que la SOCIEDAD había visto la publicación y donativo del ejemplar de la obra del Rvdo. P. Agustín J. Barreiro.

El Sr. *Sánchez (D. D.)*, aportó al estudio de la etnografía de la región salmantina datos muy curiosos con su disertación verbal acerca del *pandero*, instrumento músico muy rudimentario que en aquella zona española todavía se usa y está en vías de desaparecer. A la vista de un ejemplar procedente de su pueblo natal, explicó su contextura y confección, cuyos datos encierran alto realismo, porque son reflejo de conocimientos técnicos aprendidos de niño, y culminó su informe con cadenciosos sonos de su tañido, siendo de lamentar que tales notas no se archiven debidamente en aras de la historia de la música popular española. También el Rvdo. Padre Agustín J. Barreiro contribuyó a este estudio etnográfico con las referencias que adujo acerca de la intervención de la gaita y el tambor en las ceremonias religiosas de Asturias.

A continuación el Sr. *Barras de Aragón* presentó varias notas bibliográficas. Expuso dicho señor que durante el pasado verano había hecho una excursión para visitar a nuestro distinguido consocio el eminente arqueólogo D. Jorge Bonsor y conocer las colecciones que tiene reunidas en el castillo de Mairena del Alcor en la provincia de Sevilla, cuyo castillo es hoy propiedad suya. En estas colecciones figuran algunos cráneos, pero la serie más interesante, formada de cráneos neolíticos de localidades y depósitos explorados personalmente por el Sr. Bonsor, no se encuentra ya allí, por haberla enviado a Barcelona para ser estudiada por el Sr. Aranzadi, de quien es de esperar que muy pronto publique un trabajo acerca de ella, trabajo que tendrá el valor y el interés de todos los suyos. Añadió el Sr. *Barras de Aragón* que, como caso notable, le presentó el Sr. Bonsor un cráneo procedente de El Acebuchal, junto a Carmona, cuyo cráneo, por su estado y las condiciones en que se encontró, debe proceder de un individuo que murió por aplastamiento de la cabeza hecho expresamente con una piedra, acaso por sacrificio religioso. Lo data el Sr. Bonsor en la Edad del Hierro entre la séptima y la sexta centuria antes de nuestra Era. El estado del cráneo, añadió el Sr. *Barras de Aragón*, apenas permitía tomar medidas y solamente pudo hacerlo en el frontal, que tiene un diámetro mínimo de 101 milímetros, siendo el máximo de 121, lo cual da un índice de 83,47. La frente es levantada, presentando manifiesta inflexión en el metopio. Además de éstas sólo se pudieron tomar la anchura orbitaria, que es de 21 milímetros; la interorbitaria, de 36 aproximadamente, y la curva sagital, en su parte frontal, que es de 132. Añadió que sobre el descubrimiento de éste y otros cráneos aplastados y el estudio de sus yacimientos, creía conveniente recordar que el Sr. Bonsor publicó en la *Revue*

Arquologique, tomo XXXV, 1899, un notable trabajo, titulado *Les colonies agricoles prerromaines de la Vallée du Batis*.

Dijo luego el Sr. *Barras de Aragón* que había tenido ocasión de conocer este verano a D. Lorenzo Ostos Martín, de Ecija, quien le había comunicado que en una finca de su propiedad, llamada «El Molino de Pareja» y situada a 8 kilómetros de la citada ciudad de Ecija, junto a la carretera de Marchena y a un kilómetro del barranco de Ochave, ha descubierto en la cima de un monte un pozo al que puede bajarse fácilmente sin escalera, merced a huecos practicados de construcción en sus paredes y de cuyo fondo parten tres galerías aún no exploradas. Le dijo también el Sr. Ostos que la boca de este pozo estaba tapada con una gran piedra, en forma de cúpula, pero ahuecada por debajo y dispuesta sobre un pivote excéntrico, de forma que gira fácilmente dejando abierta la boca de entrada y pudiendo desde dentro cerrarse de nuevo cómodamente. Por haberse destruido algo de la parte superior del pozo, había sobrevenido un hundimiento que motivó el que estuviera todo cubierto por la tierra y que al pretender el Sr. Ostos con un aparejo levantar la piedra, ésta se partió. Dicho señor dió noticias del descubrimiento hace meses en periódicos locales, y se propone continuar la exploración. Sería muy aventurado, añadió el Sr. *Barras de Aragón*, contando sólo con estos datos, emitir ningún juicio sobre el asunto, pero creía que no estaba demás dar noticia del descubrimiento.

A continuación añadió que había visitado en Cádiz a otro de nuestros consocios distinguidos, D. Pelayo Quintero Atauri, quien sigue sus exploraciones en las sepulturas de la primitiva ciudad, donde, desgraciadamente, este verano, a causa de un hundimiento, se destruyeron varios cráneos que tenía recogidos y que destinaba a que fueran estudiados por el comunicante. Ultimamente, dió cuenta de una carta fecha 4 de julio pasado de nuestra consocio D.^a Elena M., viuda de Whishaw, residente en Niebla, en la que le animaba a ir a visitar los descubrimientos que allí se están realizando bajo su dirección por la Escuela Anglo-Hispano-Americana de Arqueología, habiendo sentido mucho no haber podido, por esta vez, ir a Niebla, pero que creía de interés para la SOCIEDAD conocer los siguientes párrafos de la referida carta de la Sra. Whishaw, que dice haber recolectado «numerosos artefactos de piedra y otros objetos, algunos paleolíticos y muchos neolíticos que tenemos reunidos en nuestro Museo de ésta.

»Actualmente estamos en obra, pero el nuevo departamento de las piedras, con unos dos mil objetos de aquellas edades, está en condiciones para estudiarse cuando se quiera.

»Hay aquí un rico depósito de esos artefactos en el arroyo, algunos de primera labor. También una explotación minera neolítica a poca distancia.

»Resulta que Niebla es una estación prehistórica de mucha importancia y todos los indicios son de que fué habitada sin interrupción desde las épocas más remotas, como puerto de embarque para los minerales de las prehistóricas minas de Riotinto. Hay un muro ciclópeo de gran tamaño descubierto por nosotros el año pasado. El Sr. Duque de Alba ha estado en ésta para visitar dicho monumento y nuestro Museo y también ha hecho un donativo considerable para las excavaciones».

Después de leídos estos párrafos de la carta, terminó el Sr. *Barras de Aragón* proponiendo a la SOCIEDAD que hiciera constar en el acta su satisfacción por el celo y actividad que viene desplegando en las investigaciones arqueológicas de nuestra patria la ilustre dama inglesa y el no menor entusiasmo con que siempre coopera a toda obra de cultura y progreso el prócer español, Excmo. Sr. Duque de Alba, que nos honra figurando en nuestra lista de socios.

El Sr. *Cabeza* presentó la Comunicación, titulada *Descripción y medidas de una serie de cráneos de micronesios*.

El Sr. *Bauer* manifestó la gran satisfacción que el artículo *Los ocho inmortales de las leyendas chinas*, del P. Melcón, había producido al Embajador de China en Madrid, de cuyo artículo trataría debidamente cierta autoridad arqueológica de su país. A la vez dicho socio hizo donativo a la SOCIEDAD de varias publicaciones, entre ellas un ejemplar de su conferencia leída en la Universidad de Siena, que se titula *La misión franciscana en Marruecos*, y otros de los que es autor el renombrado arqueólogo italiano profesor Lupatelli, Presidente del Consejo directivo de la Real Universidad italiana de Perugia, el cual los dedica a nuestra SOCIEDAD. Se acordó por unanimidad dar las gracias por oficio al Sr. Bauer por sus donativos.

ACTA DE LA SESIÓN XLII

27 de octubre de 1926

Presidencia: RVDO. P. AGUSTÍN J. BARREIRO.

Secretaría: HOYOS SÁINZ (D. LUIS) y CABRÉ (D. JUAN).

Leída y aprobada el acta de la anterior, fueron admitidos socios de números los señores siguientes: *Bentabol y Ureta* (Ilmo. Sr. D. Horacio) y *Plaza Blanco* (D. Venancio).

PRESENTACIONES DE SOCIOS.—*Galbán y Ordax* (Srta. D.^a María Esperanza), del Museo Nacional de Antropología, presentada por los Sres. Barras de Aragón y Sánchez y Sánchez; *Hernández* (D. José), de Zaragoza, por los Sres. Barreiro y Sánchez; *Terán y Alvarez* (D. Manuel), Licenciado en Historia, del Centro de Estudios Históricos y del Instituto Escuela, por los Sres. Carriazo y Cabré; *Camps y Cazorla* (D. Emilio), Licenciado en Historia y del Centro de Estudios Históricos, por los Sres. Carriazo y Cabré.

COMUNICACIONES CIENTÍFICAS.—Él Sr. *Hoyos Sáinz* expuso verbalmente sus conclusiones acerca de los restos humanos procedentes de Quesada, y que nuestro consocio el Sr. Carriazo publica en el fascículo en prensa de nuestras Actas y Memorias, cuyo trabajo del Sr. Hoyos se insertará a continuación del de dicho señor, por ser uno y otro complementarios entre sí.

El Rvdo. P. Agustín J. Barreiro presentó una Memoria del P. Melcón, titulada *Funerales tibetanos*, no procediendo a la lectura de ella dada su extensión, pero en cambio la Presidencia hizo un resumen verbal de la misma.

El Sr. *Barras de Aragón* dió cuenta de dos Memorias con los títulos: *Cráneos y huesos de una cueva de Torrelaguna* y *Serie de cráneos de Alcázar del Rey* (Cuenca), respectivamente.

El Sr. *López Soler* hizo entrega de un ejemplar de su conferencia, titulada *Las Mariñas*, y asimismo el Sr. Bauer, del tomo IV del Congreso Internacional de Geografía, celebrado en El Cairo en 1925, acordando la SOCIEDAD conceder a ambos señores un voto de gracias.

A la vez, el Sr. *Bauer* presentó, a título de curiosidad, una circular con el lema *Fiesta de la Raza*, en la cual, su autor, Edmond Miara, se refiere a su discurso pronunciado en 12 de octubre de 1926 en Alger, con motivo de dicha Fiesta de la Raza.

ACTA DE LA SESIÓN XLIII

24 de noviembre de 1926

Presidencia: RVDO. P. AGUSTÍN J. BARREIRO.

Secretaría: CABRÉ (D. JUAN).

Leída y aprobada el acta de la anterior, fueron admitidos socios de número los señores siguientes: *Galbán y Ordax* (Srta. D.^a *María Esperanza*), *Terán y Alvarez* (D. *Manuel*), *Camps Cazorla* (D. *Emilio*) y *Hernández* (D. *José*).

Presentáronse como socios de número: *Lantier* (R.), del Musée des Antiquités Nationales. S. Germant en Caye (Seine et Oise), por los señores Barras y Sánchez; *Brussow* (Hern Alexander), del Historisches Museum. Kassuaja. Ploschtschadjo. Maskau, por los Sres. Sánchez y Barras.

COMUNICACIONES CIENTÍFICAS.—La *Secretaría* manifestó haber recibido una carta del Sr. Hoyos Sáinz, notificando que por tener que asistir a la Asamblea de la Confederación Hidráulica del Ebro, que en el mismo día de la sesión estaba convocada en aquella ciudad, en la cual tenía que leer una ponencia oficial, diese como presentada en nuestra SOCIEDAD una Memoria del mismo señor, titulada: *Seroantropología: Los nuevos métodos de investigación del parentesco en los grupos humanos*, y tres notas bibliográficas acerca del *Bureau of Ethnology*; otra, del último libro de Mac Auliffe sobre *Temperaments et Constitutions*, y la tercera, acerca de Rivet: *Les Origines de l'Homme Americaine*.

El Rvdo. P. Agustín J. Barreiro presentó, en primer término, dos planchas de los fotograbados para el título de socio de la SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ANTROPOLOGÍA, y después, otra Memoria del religioso agustino P. Melcón, con el título *La Historia de un diluvio en China*, de la cual, nuestro digno Presidente sintetizó los principales extremos, manifestando a la vez las dificultades y la labor ímproba que tenía que vencer su autor para la terminación de la segunda parte de la misma Memoria, ya que en el análisis de las principales fuentes bibliográficas que le sirvieron de base para su estudio, predominan los caracteres ideográficos, de muy difícil transcripción, con objeto de ser luego publicados con los medios corrientes de la imprenta española.

El Sr. *Bauer* pidió la palabra para manifestar que en parte se resolvía el anterior problema en su relación con la imprenta, reproduciendo por medio del fotograbado los mencionados signos ideográficos, para lo cual, el Rvdo. P. Agustín J. Barreiro recabó de la SOCIEDAD autorización para retirar la segunda parte de esta Memoria, con la finalidad de que el P. Mel-

cón terminase su estudio, teniendo presentes las observaciones del señor Bauer, accediendo por unanimidad a lo propuesto por nuestro digno Presidente.

En el uso de la palabra el *Rvdo. P. Agustín J. Barreiro*, hizo entrega a la SOCIEDAD de dos fotografías de las dos últimas momias descubiertas en Colombia y que han sido adquiridas por el British Museum. Comoquiera que a la vez el *Rvdo. P. Agustín J. Barreiro* expuso interesantes datos acerca de las circunstancias que acompañaron al hallazgo de las referidas momias, y teniendo presente la SOCIEDAD los conocimientos especiales que sobre estos asuntos particulares posee el mismo señor, a propuesta de varios socios, se acordó que el *Rvdo. P. Agustín J. Barreiro* redactase una Comunicación para ser después publicada en nuestras Actas y Memorias.

A continuación, el *Rvdo. P. Agustín J. Barreiro* dió cuenta de una carta de D. José F. Menéndez, párroco de Vidiago, arqueólogo especializado en la exploración de las cuevas y dólmenes de la comarca de Peña Tú, en la que anuncia el envío a la SOCIEDAD de una Comunicación.

El Sr. *Cabré* desarrolló ante el encerado del salón de sesiones, y con el concurso de numerosos dibujos y fotografías, su estudio acerca de las *Estilizaciones de la figura del caballo y de las aves en la cerámica de la acrópoli ibérica de Azaila*, de la que ya en la sesión de octubre de 1923, presentó un avance verbal.

El Sr. *Ayuso* hizo algunas observaciones a lo manifestado por el Sr. *Cabré*, suponiendo dicho señor que algunos de los ejemplos gráficos que había expuesto el último, como representaciones típicas de varias fases de las estilizaciones de animales, quizá se refieran al reino vegetal, pues le parecía lógico que los iberos de Numancia, Azaila, etc., estilizasen en su cerámica la flora, siguiendo los precedentes de otros pueblos orientales.

A lo anterior, el Sr. *Cabré* contestó que tenía en prensa un estudio de la cerámica pintada de Azaila en todos sus aspectos decorativos, de cuyo estudio antes había hecho una selección escrupulosa y aún reservado para la SOCIEDAD todos aquellos elementos ornamentales que a su juicio merecen ser clasificados como estilizaciones del caballo y de las aves, cuya evolución tiene un desarrollo muy típico, sirviendo de vehículo o *medium* para expresar algunas fases varios gráficos que en su origen fueron de carácter vegetal, pero luego se metamorfosearon en esquemas de animales.

Después de intervenir de nuevo el Sr. *Ayuso*, el Sr. *Carriazo* añadió que parecía muy verosímil que en la cerámica de Azaila y de otras localidades indígenas de la Península ibérica se estilizase mayormente la fauna que la flora por el hecho que siempre a la primera de ellas en la Prehistoria española se le había concedido máxima atención y fueron de uso rarísimo los temas vegetales.

El Sr. *Bauer*, dando pruebas de su constante magnanimidad y amor hacia nuestra Corporación, donó a ella un valioso autógrafo de Darwin, fechado en 4 de diciembre de 1921, y a ruegos de la *Presidencia*, se acordó que constara en acta la satisfacción y gratitud de la SOCIEDAD por los donativos de dicho consocio y Mecenaz.

El *Rvdo. P. Agustín J. Barreiro* presentó un trabajo del nuevo socio D. José Hernández, titulado: *El arte prehistórico devanense*.

El Sr. *Barras de Aragón* presentó una nota bibliográfica, y a la vez dió cuenta de la baja de socio, por defunción, de D. Enrique Alabern, residente en Palma de Mallorca, del cual, a continuación, el Sr. *Sánchez y Sánchez* expuso varios datos para su biografía y de las características principales del antropómetro para niños del que es autor nuestro malogrado consocio. A petición de varios socios, la *Presidencia* propuso que constara en acta el sentimiento de la SOCIEDAD de tal pérdida para los estudios antropológicos y que el Sr. *Sánchez y Sánchez* quedara encargado de hacer una nota necrológica del Sr. Alabern para ser publicada en las Actas y Memorias.

SANCHEZ (D.).—*Comunicación núm. 51.*

D. Enrique Alabern.

Nota necrológica.

Cumplo la dolorosa misión que me fué confiada por esta SOCIEDAD, en sesión del 24 de noviembre, de redactar una nota necrológica de nuestro distinguido consocio el Dr. D. Enrique Alabern, recientemente fallecido, para dar a conocer los rasgos más salientes de su personalidad, ya que no se trata de hacer su biografía, que sería labor extensa y difícil e imposible de redactar con los elementos de que dispongo.

Tuvo en vida el Dr. Alabern una doble personalidad. Fué inteligente y probo funcionario del Cuerpo pericial de Aduanas e ilustre médico.

Del primero de los dos citados aspectos no hemos de ocuparnos, ya que no tiene relación directa con las disciplinas que constituyen el objeto de nuestra SOCIEDAD. Bástenos consignar que fué modelo de actividad, corrección y honorabilidad, habiéndosele conferido, cuando llegó el momento de su jubilación por haber cumplido la edad reglamentaria, los honores de Jefe de Administración de primera clase.

Mucho más interesante es para nosotros el segundo aspecto: su personalidad como médico.

Cultivó, con especial predilección, el estudio de las enfermedades de la infancia, llegando a ser un especialista afamado y meritísimo. Su carácter bondadoso y afable debió ser factor importante para captarse las simpatías de cuantos le trataron, como se captó la mía desde que le conocí cuando vino a Madrid a graduarse de doctor.

Su labor no se limitó al ejercicio de la Medicina considerada desde el punto de vista clínico, sino también, y muy particularmente, en el higiénico, y aun pudiéramos añadir en el sociológico.

Siendo fundador y Presidente de la institución cultural «Extensión

Universitaria», en la frontera de Francia, hizo una brillante campaña para establecer en Mahón esa misma institución, logrando que no desmereciera nada frente a su congénere francesa, titulada *l'Université populaire*.

Al calor de la Extensión Universitaria y previa una serie de conferencias sobre puericultura, desarrolladas bajo el epígrafe común de *Lucha en pro de la infancia*, consiguió crear en aquella misma ciudad otra institución, no menos laudable y humanitaria: la *Gota de leche* de Mahón, que él organizó y dirigió con gran acierto y abnegación, mereciendo por ello la gratitud de todo el pueblo, cuyo Ayuntamiento le nombró, por unanimidad, hijo adoptivo de la ciudad, honor a él concedido por primera vez y única hasta la fecha.

Prescindimos de enumerar y analizar sus numerosas publicaciones para no dar a esta nota excesiva extensión. Pero no podemos menos de hacer algunas consideraciones, aunque sean breves, sobre el ingenioso *paidómetro* por él inventado, aparato que entra de lleno entre los verdaderos antropómetros.

Tiene por objeto el aparato del Dr. Alabern llenar el dato relativo a la talla de los niños, de interés primordial para la determinación de los coeficientes de crecimiento. Ese dato, sobre cuya utilidad no hace falta insistir y al que se destina un lugar en las hojas de la *Gota de leche*, se llena cumplidamente con el *paidómetro* de que ahora nos ocupamos.

Es sumamente sencillo y ofrece grandes ventajas sobre todos los que se venían utilizando con ese objeto, incluso el *pesa-mide niños* del doctor Veriot, uno de los más acreditados.

Mediante su empleo se puede hallar, con mucha rapidez y bastante precisión, la talla del niño, al cual ofrece condiciones de comodidad comparables con las de la cuna, y no exige, como exigen los demás usados generalmente, la bondad y quietud algo duradera del sujeto. Aunque éste se mueva, puede aprovecharse siempre un momento de extensión del cuerpo para hallar su talla con suficiente exactitud.

Por otra parte, no necesita la intervención de más de una persona, que puede ser la madre, nodriza o niñera, quienes conseguirán sin dificultad mantener al niño en la posición apropiada.

No juzgamos pertinente ocuparnos aquí de la descripción de tan ingenioso aparato. Quien desee más pormenores sobre él puede recurrir al folleto *Sobre un paidómetro*, por el Dr. Alabern, Mahón, 1913, donde hallará una descripción precisa e indicaciones sobre su manejo.

Descanse en paz el distinguido amigo e ilustre compañero.



ACTA DE LA SESIÓN XLIV

9 de diciembre de 1926

Presidencia: RVDO. P. AGUSTÍN J. BARREIRO.

Secretaría: HOYOS SÁINZ (D. LUIS DE).

Aprobada el acta de la sesión anterior, fueron admitidos los socios presentados en la misma Sres. *Lantier (R.)* y *Brusow (Hern Alexander)*.

Fueron presentados como nuevos socios: D. *Salvador Remón*, doctor en Medicina, por los Sres. Hoyos Sáinz y Cabré. Mr. *Henri Fischer*, por los Sres. Martínez y Barras.

TESORERÍA.—El Tesorero, Sr. *Barras*, dió lectura a la cuenta de gastos e ingresos del año que termina, que aparece publicada a continuación.

Hace notar que sólo se habían cobrado las cuotas de 100 socios numerarios, y que había también una baja de 2.000 pesetas en la subvención concedida a la SOCIEDAD por el Ministerio de Instrucción pública. Acerca de este último asunto hicieron algunas observaciones, evidenciando el conflicto que a la SOCIEDAD creaba esta baja y la necesidad de que fuera restablecida la subvención de 5.000 pesetas, los Sres. *Sánchez, Ayuso, Antón y Hoyos*, acordándose que la Directiva gestione el restablecimiento de aquélla.

«En cumplimiento del precepto reglamentario, el Tesorero que suscribe tiene el honor de comunicar a la SOCIEDAD la cuenta cerrada en el día de la fecha, cuyos justificantes y detalles están a disposición de la Comisión que ha de ser nombrada para examinarlos y de los señores Socios.

INGRESOS	Pesetas.
Procedente del ejercicio anterior.....	5.036,44
Subvención del primer semestre de 1926.....	2.500,00
Cuotas ordinarias: cien cuotas	1.200,00
Una cuota vitalicia.....	250,00
Segundo semestre de 1926.....	1.500,00
<i>Suma</i>	10.486,44

GASTOS

A A. G. P. (Almacenes Generales Papel).....	1.250,00
A la Editorial Hércules, por el cuaderno 1.º y 2.º de 1925.....	1.364,20
A los Sres. Páez, por fotograbados.....	363,05
Derechos reales, pagos de 1,20 y otros al Estado	180,90
Gastos de correo, reparto, copias de citaciones, etc.....	525,15
<i>Suma</i>	<u>3.683,30</u>

BALANCE

Total de ingresos	10.486,44
Total de gastos	<u>3.683,35</u>
<i>Diferencia en Caja</i>	6.803,09

Madrid, 9 de diciembre de 1926.—El Tesorero, *Francisco de las Barras*.

Siguiendo la costumbre establecida, se designó una Comisión encargada de revisar las cuentas e informar a la SOCIEDAD sobre su estado, quedando nombrados para constituirla los Sres. Martínez, Ayuso y Cajigal.

BIBLIOTECA.—Se dió lectura al informe presentado por el Bibliotecario, Sr. *Sánchez*, quien hizo constar la baja de las publicaciones recibidas a 103 de 193 a que había ascendido el año anterior, haciendo algunas consideraciones sobre las causas que, a su juicio, habían motivado esa baja. En el lugar correspondiente de este tomo, aparecen publicadas la nota de referencia y la lista detallada de las publicaciones recibidas durante el año que ahora termina.

RENOVACIÓN DE LA JUNTA DIRECTIVA.—Según los artículos 4.º y 5.º de los Estatutos y 13 y 14 del Reglamento, correspondía renovar los cargos de Presidente, Vocal 2.º, Tesorero y Secretario. Suspendida la sesión para proceder a la elección, se verificó ésta por papeletas, según costumbre, actuando de escrutadores los Sres. Carriazo y Camps, obteniéndose el siguiente resultado: Presidente, Sr. Saldaña, 18 votos; Sr. Hoyos Sáinz, 2. Vicepresidente, Sr. Hernández-Pacheco, 11; Sr. Hoyos Sáinz, 8. Vocal 2.º, Sr. Vergara, 9; Sr. Hernández-Pacheco, 7; Sr. Méndez Bejarano, 1; Sr. Hoyos Sáinz, 1; Sr. López Soler, 1. Tesorero, Sr. Barras, 19. Secretario, Sr. Sánchez, 10; Sr. Hoyos Sáinz, 7; Sr. Ayuso, 1; Sr. Cabré, 1.

Terminado el escrutinio, el Sr. *Presidente* proclamó para los respectivos cargos a los señores que habían obtenido mayoría, es decir:

<i>Presidente</i>	D. Quintiliano Saldaña.
<i>Vicepresidente</i>	D. Eduardo Hernández-Pacheco.
<i>Vocal 2.º</i>	D. Máximo Vergara.
<i>Tesorero</i>	D. Francisco de las Barras.
<i>Secretario</i>	D. Domingo Sánchez.

A continuación manifestó el Sr. *Cabré* que entendía, y así lo hizo presente verbalmente a varios señores socios antes de empezar la sesión, que, ateniéndose a los artículos 4.º y 5.º de los Estatutos y 14 del Reglamento orgánico de nuestra SOCIEDAD, no podía procederse a la renovación del cargo de Vicepresidente en la sesión del mes de diciembre, por el sencillo argumento que dicho cargo no estaba vacante, y a la vez manifestó que si el resultado de la votación por el cual no fué reelegido el Sr. Hoyos en el cargo de Secretario se interpretaba como un acto de censura a su actuación anterior en dicho cargo, como quiera que él se hacía solidario de la gestión del Sr. Hoyos en la Secretaría, consideraba un acto de delicadeza presentar su dimisión, con carácter irrevocable, del cargo que desempeñaba de Vicesecretario.

El Presidente, P. *Barreiro*, contestó al Sr. *Cabré*, respecto a la elección de Vicepresidente, diciendo que en todas las renovaciones de cargos de esta SOCIEDAD verificadas hasta ahora se había procedido exactamente como en ésta, eligiendo desde luego Vicepresidente en la misma sesión; porque siendo costumbre casi reglamentaria que el Vicepresidente de un año pase a ocupar el cargo de Presidente en el siguiente, necesariamente había que proveer la Vicepresidencia, aun cuando por razones de conveniencia, de todos conocidas, no conste aquella sustitución como reglamentaria. Se extrañó de que ahora haga el Sr. *Cabré* esa observación, cuando no la hizo en ninguna de las pasadas elecciones.

Esas manifestaciones del Sr. *Presidente* fueron acogidas con signos generales de aprobación por los asistentes.

El Sr. *Hoyos Sáinz* agradece al Sr. *Cabré* las manifestaciones hechas y a los votantes la inclusión de su nombre para la Vicepresidencia y la Secretaría.

El Sr. *Carriazo* hace constar que es preciso reconocer que no son las sesiones lo importante en la vida de la SOCIEDAD, pues las diez o doce personas que a ellas asisten y que forman el núcleo de la misma deben comprender que lo esencial es la comunicación científica con el resto de los socios y con el público científico en general, comunicación hecha, no por las actas de las sesiones, sino por los trabajos que permitieran fundar, en vez de las ACTAS y MEMORIAS, una verdadera Revista Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, dirigida por una Comisión de publicación presidida por el Sr. Hoyos Sáinz.

El Sr. *Sánchez* manifestó que, en efecto, a su juicio, lo más importante para mantener la comunicación científica, tanto con los consocios que no pueden asistir a las sesiones como con el público en general y los centros similares españoles o extranjeros, era la publicación de trabajos interesantes, como había venido sucediendo hasta ahora, procurando que la publicación aparezca con cierta regularidad. Pero se mostró en completa oposición con el Sr. *Carriazo* en lo relativo a cambiar el título y esencia de la actual publicación y al nombramiento de una Comisión especial de publicación, puesto que la Junta directiva asume por entero, y con suficiente garantía, a su juicio, las funciones de esa Comisión.

El *Rvdo. P. Barreiro* expuso su opinión contraria también a la modificación del título y contenido de la publicación de la SOCIEDAD, que, a su

entender, deben seguirse publicando, como ahora se hace, las actas de las sesiones, las comunicaciones científicas y los trabajos que, por su especial condición, merezcan el calificativo de Memorias, que es cuanto de importante puede publicarse. Dijo además que, a su juicio, las reuniones periódicas de los socios tienen también gran valor en la vida de las Sociedades, hasta tal punto que, si se suspendiesen las sesiones, probablemente desaparecería inmediatamente la SOCIEDAD, y que, respecto al número de asistentes asiduos, no podían blasonar mucho las Sociedades científicas españolas, sobre todo las de campo tan limitado y concreto como la nuestra, ya que, por regla general, cuentan todas con escasa concurrencia. Dijo también que la Junta directiva podía asumir las funciones de Comisión de publicación en condiciones tan satisfactorias, cuando menos, como cualquiera otra, por cuya razón no veía la necesidad, ni siquiera la conveniencia, de modificar el Reglamento, que así lo establece.

A continuación, el *Rvdo. P. Barreiro* ruega al Sr. Cabré que, aceptando las indicaciones del Sr. Hoyos y las que él, en nombre de la SOCIEDAD, le hace, retire la dimisión del cargo de Vicesecretario y siga prestando su valiosa cooperación a la SOCIEDAD. Añade que reconoce, como reconocen todos, los buenos servicios prestados a ésta por el Sr. Hoyos Sáinz, como se ha evidenciado de manera indudable en la elección celebrada, en la que tuvo no pocos votos para la Vicepresidencia y otro número muy respetable para la Secretaría.

El Sr. *Hoyos* agradece las anteriores manifestaciones y dice que seguirá sirviendo a la SOCIEDAD en su labor científica, que es lo más esencial para él.

El Sr. *Cabré*, atendiendo a las indicaciones hechas por la Presidencia y los demás señores socios, retira su dimisión.

COMUNICACIONES CIENTÍFICAS—El Sr. *Carriazo* presentó una Memoria, del Sr. Mergelina, sobre *La necrópolis hispano-romana de Baelo*, realizada por formar el Sr. Mergelina parte de la Comisión directiva de aquellas excavaciones, a cuyo frente figuraban los Sres. Paris y J. Bonsor, en representación de la Junta para Ampliación de Estudios, y habiendo tenido a su cargo los trabajos de la necrópolis. En la Memoria oficial de estas excavaciones, publicada en francés, en dos tomos, y editada en Burdeos en 1924-26, ha sido preciso reducir mucho algunos aspectos relacionados con las prácticas de enterramiento, y el Sr. Mergelina ha creído interesante redactar para las publicaciones de nuestra SOCIEDAD un estudio detallado de estos aspectos.

El Sr. *Camps Cazorla* presenta y explica un trabajo acerca de *Bailes y juegos populares de Teruel en el siglo XVIII*, cuya explicación, por lo avanzado de la hora, queda para otra sesión, así como tres notas bibliográficas del Sr. Hoyos Sáinz, acerca de publicaciones del *Bureau American Ethnologi*, del Dr. Mac Auliffe y del Sr. G. M. Moran.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

The Swedish State Institute for Race Biology.—(*The Racial Characters of the Swedish Nation Anthropologia Suecica MCMXXVI*). With-The collaboration of the staff Institute and others scientists; edited by H. LUNDBORG (M. D.), Profesor and Director, et LINDERS (F. J.), P. L. D. Docent and vice Director. Upsala, 1926.—En folio. Con 21 mapas en el texto, en negro, y 4 en color aparte; 32 cuadros, 44 láminas y numerosas figuras intercaladas en el texto. Este alcanza a 182 páginas y va seguido de un suplemento de 96. La obra, en inglés.

Este libro responde al mismo criterio y en parte al mismo plan de la que, con el título de *The Swedish Nation*, publicó el mismo *Institute for Race Biology* en 1921, pero el desarrollo que aquí se ha dado al trabajo es enormemente mayor y representa el resultado de una labor muy intensa de numerosos antropólogos en estos últimos años. Tanto aquélla como ésta, va prendida por el retrato de Retzius.

Empieza con un breve prefacio e indicaciones técnicas, entre las que figura por cierto una serie de los principales términos técnicos en cuatro idiomas: inglés, alemán, francés y español.

Como muchos de los capítulos van firmados, siendo la obra el resultado de los trabajos de muchos colaboradores, creemos de interés citarlos, pues se trata del plantel más importante de antropólogos suecos.

La primera parte de ojeada general e historia es debida a los profesores L. Ribbing y F. Lennmalm.

A continuación va el cuerpo principal del trabajo con el título de *Anthropologia Suecica MCMXXVI*, dividido en cuatro secciones: general, especial, investigaciones especiales y sumario. En la primera encontramos: «Hogar original de los Indo-Europeos», por el Docente Gumear Ekholm, de Upsala; «El primer establecimiento en Suecia», por el Dr. Folk Hansen, de Lund; «Orientación a una síntesis de las razas de Europa», por el Dr. Rolf Nordenstreng, de Upsala; «Origen, crecimiento y componentes raciales de la nación sueca», por el Dr. Nordenstreng, de Upsala. Sigue un capítulo sin firma titulado «El braquicéfalo rubio y la relación de este tipo con la raza del Este del Báltico», y, por último, «Aspectos de la Demografía sueca».

La sección especial se ocupa primero de «Los caracteres antropológicos e índices», y en ella se reúne una gran riqueza de datos. Después se ocupa de «Las relaciones entre los caracteres antropológicos y los índices», yendo esta parte precedida de unas «Observaciones generales», por el asistente Sten Wahlund, de Upsala. En realidad, esto es lo fundamental de la obra.

La sección especial de investigaciones trata de «La población de Estocolmo», de «La raza de Cro-Magnon», de «Los tipos cromañoides en Suecia central», de «La clasificación de la raza y tipos del pueblo sueco», y de los «Caracteres antropológicos de los pueblos del Norte de Europa»; este último por el Docent Sten de Geer, de Estocolmo.

La cuarta sección es un sumario de los más importantes resultados del trabajo.

El suplemento comprende lo siguiente: «Clasificación regional del material estadístico», «Lista de cuadros (cuadros, I a XXVI)», «Bibliografía de la antropología escandinava desde 1900 hasta el día», y, por último, «Explicación de las láminas», en que se contienen datos biográficos y caracteres antropológicos.

Sólo añadiremos que el Instituto Sueco de Biología de la Raza ha estudiado desde 1922 acá 47.387 individuos, valiéndose principalmente de los soldados y, por tanto, comprendidos todos entre los veinte y los veintidós años.

Un extracto de la misma obra, acompañado de todas las láminas, ha sido también publicado para su mayor divulgación.—*Francisco de las Barras.*

* * *

O Musculo Palmar Delgado.—ESPREGUEIRA MENDES (JOÃO DE). (Tipografía Segueira Limit., 114. Rua José Falção, 122, Porto).—240 páginas en 4.º con 16 figuras en el texto y 48 cuadros. 1926.

Se trata de la tesis doctoral del autor, que es asistente libre de Patología quirúrgica en la Universidad de Oporto. El trabajo, que lleva abundante bibliografía, está dividido en dos partes, dedicándose la primera a las investigaciones sobre el cadáver y la segunda sobre el vivo. Forman la primera cuatro capítulos, de los que el primero se refiere a la anatomía normal del palmar delgado, el segundo a la anormal, el tercero a la anatomía comparada de este músculo y el cuarto a la interpretación de sus variaciones. De éstas trata por extenso en el capítulo segundo, estudiando con gran detenimiento las de número, las de forma y las de inserción.

La segunda parte consta de cuatro capítulos, dedicándose el primero, que es el más extenso, al estudio del palmar delgado en el vivo, señalando sus variaciones y los casos de ausencia o falta del dicho palmar delgado. El segundo se refiere a los casos de ausencia del palmar delgado desde el punto de vista étnico, y al efecto forma cinco grupos de razas que son: blancos, negros, indios Shinnecock, indios Penobscot y japoneses. Resul-

ta de las observaciones y datos reunidos por el Dr. Espregueira, que de la falta del músculo palmar delgado dan los blancos un porcentaje de 24,3 por 100; los negros, de 5,6; los indios Shinnecock, de 4 por 100; los indios Penobscot, 24,7 por 100, y los japoneses, de 12 por 100.

Los dos cuadros finales de la obra, que llevan los números XLVII y XLVIII, son de gran extensión, conteniendo el primero los datos recogidos con anterioridad y el segundo los sesenta y cuatro casos estudiados por el autor. Se ve, pues, que éste es un verdadero investigador que ha realizado un trabajo meritorio por todos conceptos y muy completo.—
F. de las Barras.

* * *

Blodgruppsundersökning av lappar i ge sverige och den darvid anvanda tekniken.—SCHÖTT (E. D.). *Sartrijck ur Hygiena*, 1926, Stockolm, 1926: Isaac Marcus, *Boktrykeri-Actiebolag*.

Om Halmotest och Hamagglutinin Astra.—SCHÖTT (E. D.). *Separat Svenska Lakartidningen. Stockolm Svenska Trykeriaktiebolaget*, 1926.

Ambos interesantes trabajos, especialmente el segundo, en que el doctor Schött expone su técnica para los estudios de la sangre, merecen ser traducidos o al menos extractados del sueco a una lengua más conocida.—
Francisco de las Barras.

* * *

La vie des Mammifères et des Hommes Fossiles. Dechiffrée a l'aide de l'Anatomie et de la physiologie comparées de l'appareil masticateur.—SANIELEVICI (HENRY). *Bulletin de la Société Roumaine des Sciences. Avec 459 figures et illustrations. En folio, con 660 páginas. Imprimerie de l'Etat, Bucarest, 1926.*

Representa la obra del ilustre profesor Sanielevici el resultado de veintiséis años de trabajos e investigaciones, constituyendo, como él declara, el objeto de toda su vida.

Es el autor lamarkista convencido, y precisamente a la confirmación de la teoría de Lamark está dedicada toda la obra, de la que el volumen recientemente publicado es sólo el primero. Las ideas fundamentales del autor se manifiestan en el lema con que preside todo el libro, diciendo: «La función crea el órgano; la menor partícula del órgano está sostenida por una función actual, cada particularidad de la función está inscrita en la forma del órgano; en cada segundo el órgano varía; la función lo aumenta, el reposo lo disminuye. Por la forma de sus huesos los animales fósiles cuentan su vida y la historia del globo».

En una extensa e interesante introducción estudia el autor el «estado actual de la Biología», y parte de considerar que ésta presenta el caso único en la historia de las ciencias, de que, al parecer, marcha hacia atrás. En efecto, dice: «Treinta años después de la muerte del que por la fórmula *la función crea el órgano* ha descornado el velo de la verdad fundamental de la evolución de la vida, publica Darwin *El Origen de las Especies* (1859), donde dando un paso atrás, subordina completamente la influencia del medio a la selección natural. Treinta y seis años después la *selección germinal* de Weisman, da otro paso atrás; separa de los factores creadores la influencia directa del medio y la transmisión por herencia de los caracteres adquiridos y explica las transformaciones de los organismos vivos por la selección entre las variaciones debidas al azar del aflujo de alimento a una o a otra de las determinantes del plasma germinativo. Algunos años después, de Vries, dando el tercer paso atrás y exagerando la herejía de Weisman, atribuye el progreso y la diferenciación de los organismos vivos, no a la reunión por selección de débiles variaciones de cada uno de los caracteres por separado, sino a la aparición brusca de *mutaciones* por el cambio simultáneo de un cierto número de caracteres... En fin, perdiendo toda confianza en las explicaciones estrictamente científicas de la inteligencia humana, los vitalistas explican las adaptaciones por la *inteligencia de la célula* o por una fuerza inmaterial, producto de una inteligencia cósmica». «Con estas teorías—añade—la biología ha vuelto la espalda, no solo a la realidad, sino también a la Humanidad entera, porque los millones de hombres que se han sucedido sobre la tierra sin haber leído libros de biología, han sido y son lamarkianos, es decir, profundamente convencidos de que en el cuerpo y el alma del individuo está consignado el género de vida de sus antepasados».

Para demostrar la tesis lamarkista el autor desarrolla en el capítulo primero su *clave*, de la cual dice al terminar el capítulo: «Tal es, en líneas generales, la anatomía y la fisiología comparadas del aparato masticador en los mamíferos que he elaborado como clave, a fin de descifrar la biología de los mamíferos recientes y fósiles. Han de tratarse otras muchas relaciones entre las modalidades de la función masticadora y las particularidades del aparato masticador, con ocasión de los diferentes casos especiales. La presente obra, toda entera, no contiene más que ejemplos y pruebas en apoyo de las relaciones establecidas por mí; cada aplicación de la clave contiene en sí misma su comprobación, porque nos muestra todos los caracteres de un aparato masticador explicados *bajo un aspecto unitario*, según ciertas reglas generales por un cierto modo de funcionamiento correspondiente a ciertos alimentos». Sigue la serie de capítulos hasta el número de 22 y que se titulan: 2.º, Xenartha; 3.º, Dinosaurios; 4.º, Corazas, escamas, placas y protuberancias óseas, etc. 5.º, Mamíferos secundarios; 6.º, Marsupiales recientes; 7.º, Cómo el reptil se ha transformado en mamífero; 8.º, El vuelo de las aves y de los mamíferos. Cómo el reptil se ha transformado en ave; 9.º, Protongulados; 10, Creodontos; 11, Ganodontos y otros mamíferos del Eoceno basal; 12, Mamíferos del Eoceno inferior; 13, Notongulados; 14, Sirenios; 15, Machairodus; 16, Lemuridos; 17, Los llamados monos de Fayoun; 18, Platyrrinos; 19, ¿Por qué en América del

Norte no ha habido nunca monos?; 20, Los cuernos de los rumiantes; 21, Catarrinos; 22, El hombre Chelense; 23, El hombre de Neanderthal; 24, Conclusiones generales, hipótesis, comunicaciones preliminares.

Como vemos, dedica dos capítulos al hombre prehistórico del paleolítico inferior, pero, como dice al comenzar el capítulo de conclusiones, en un segundo volumen se propone hablar «del hombre de Solutré, del hombre de Cro-Magnon de las razas neolíticas y de las razas recientes, de la fisiología, de la psicología y de la sociología de las razas; de las líneas generales de una ciencia del carácter (etología) y de una ciencia de la fisonomía». Resultará, por tanto, la obra cuando esté completa, de un gran interés para los antropólogos.

No nos parece práctico, dada la extensión que debe tener una noticia bibliográfica, añadir más, limitándonos para terminar a transcribir las conclusiones a que llega el autor y que resultan, según él mismo advierte, diametralmente opuestas a las de la ciencia corriente que expone el sabio paleontólogo Boule «bajo una forma sugestiva en el prefacio de su libro *Les Hommes Fossiles*».

En las conclusiones de referencia afirma Sanielevici lo siguiente: «El hecho de que la Europa es el dominio propio de la raza blanca, y que particularmente en Europa ha nacido y se ha mantenido el hombre rubio, es la más típica manifestación de las leyes más generales, a las que me ha conducido el estudio de los mamíferos».

«1. La región templada de Europa y de la América del Norte (región que en otro tiempo, naturalmente, se extendía mucho más hacia el Norte), ha sido el centro exclusivo de la creación, de la evolución, del progreso, de las plantas terrestres y, por consecuencia, también de los animales de tierra firme.

»2. Es probable que a una cierta distancia del Polo Norte ha evolucionado igualmente la vida acuática y ha nacido la vida misma.

»3. Desde el oligoceno o desde el mioceno, Europa ha afirmado su superioridad también sobre la América del Norte, porque la mayor parte de este último continente es seca.

»4. La causa determinante de la evolución de las plantas y animales comenzando al menos en las criptógamas vasculares y en los anfibios, han sido la acumulación de la materia vegetal podrida en el agua y la acumulación del humus y su mezcla con los productos de erosión de las rocas hasta una cierta profundidad sobre la tierra firme.

»5. Entre las condiciones, aún obscuras, de la formación del humus, la más importante parece ser una actividad moderada de las bacterias destructoras de las plantas muertas. Una semejante actividad exige un clima moderado desde todos los puntos de vista; clima que no ha podido ofrecer ni una región polar helada ni una región pantanosa como la tundra asiática o el Sur de América del Sur; ni una región seca como el Asia Central, la Australia, la mayor parte de América del Norte; ni una región tropical como la India, el Brasil o el Africa Central. Si en el hemisferio austral descendemos hasta el grado cuarenta de latitud (que en el boreal pasa por Pekín, Angora y el Sur de Nápoles y de Madrid), no encontramos más que la estrecha banda de tierra que termina en América

del Sur; y en las regiones templadas del Asia y de la América del Norte, hay demasiada sequedad porque estos continentes son demasiado extensos».

«En la pequeña Europa, el más joven de los continentes, han aparecido los antropoides, el hombre, todas las razas humanas, y se encuentra aún el foco de la cultura humana».

No hemos de hacer comentarios por nuestra cuenta sobre una obra tan extensa, tan documentada, y que es producto de tantos años de trabajo, pero creemos un deber llamar la atención sobre ella, pues merece ser estudiada con todo detenimiento.—*Francisco de las Barras.*

* * *

Orígenes de Cirugía portuense.—HERNANI (MONTEIRO). Centenario da Regia Escola de Cirurgia de Porto, MDCCCXXV-MCMXXV. Araujo Sobrinho sucesores, 50 L. S. Domingos, Porto, 1926. En 4.º mayor, 471 páginas con 33 figuras intercaladas en el texto. Además, las portadas y prólogo, no numerados.

La obra es un acabado estudio histórico de la cirugía en Oporto desde el siglo XVI hasta el momento actual. Va dividida en tres capítulos, de los que el más largo y a la vez interesante desde el punto de vista histórico es el primero, que ocupa 190 páginas y alcanza hasta 1825. El autor, acreditándose de investigador concienzudo, ha reunido gran número de datos tomados directamente de documentos que cita y copia en gran parte; va también acompañado de abundante bibliografía en notas al pie. Empieza estudiando el albergue de Roc Amador y los primitivos hospitales de Oporto, citando sus sangradores y cirujanos. Dedicar un artículo a Gómez de Luna y las Academias que fundó en Oporto. Contiene, en los artículos siguientes, el estudio de los hospitales, al que siguen otros sobre la enseñanza de los sangradores, algebristas, parteras, cirujanos, boticarios y dentistas, tratando luego de las publicaciones periódicas médicas, y terminando el capítulo con lo referente a la fundación de la Regia Escola en 1825.

El capítulo segundo trata de la Escuela de Oporto desde 1825 hasta su instalación en edificio propio (1883-1885).

El tercero y último trata de la Anatomía y Cirugía portuenses desde 1825 a 1925.

Todavía, como apéndice, lleva la obra una lista de sangradores y cirujanos de 1769 a 1831, la biografía del notable operador bracarense Manuel Joaquín Alves Pazos y la distribución actual de los servicios de cirugía en Oporto. Sólo hemos de añadir que, en nuestro concepto, se trata de una monografía que puede servir de modelo entre las de su clase.—*Francisco de las Barras.*

* * *

O Bicipite Braquial.—ESTEVEZ GUIMARAES DA SILVA LEAL (MANUEL). Tipografía Gonçalves, Rua do Alameda, 348, Porto. En 4.º, 183 páginas, 15 figuras en el texto y 14 cuadros. 1926.

El trabajo en cuestión es la tesis doctoral de su autor, que en el Instituto de Anatomía de la Facultad de Medicina de Oporto desempeña los cargos de asistente libre y preparador.

Se trata de una completa descripción del biceps con el estudio detenido de sus anomalías, y va acompañado de una bibliografía bastante numerosa. Merece de él especial mención la parte séptima destinada a reunir en forma esquemática, formando dos cuadros, todos de biceps braquiales, con uno o más vientres supernumerarios encontrados en Portugal. En el primero se contienen 35 casos observados por distintos autores antes, y el segundo los 43 casos estudiados por el Sr. M. E. G. da Silva Leal, que ha realizado una labor científica de verdadero mérito.—*F. de las Barras.*

* * *

Notas de Camptometría nos Cráneos Portugueses.—CUNHA (ANTONIO JOÃO DA). Tipografía Progreso, Domingos Augusto da Silva, Rua Dr. Souza Viterbo, 91. En 4.º, con 88 páginas, conteniendo 14 cuadros numéricos. 1926.

Se trata de una tesis doctoral, en la que el trabajo de investigación ha consistido en la medida de las curvas craneales haciendo un estudio comparativo de ellas entre los dos sexos y también entre los portugueses y otros pueblos de Europa, llegando a conclusiones de interés, como el hecho de que la media de la curva sagital de los portugueses es igual a la de los Guanches.

Resulta, en cuanto a la comparación de los sexos, que las curvas craneanas en la mujer son más variables que en el hombre y esta variabilidad es notable sobre todo para la curva sagital.

El trabajo es concienzudo y digno de atención, habiéndose valido para él de la serie de cráneos existentes en los Institutos de Antropología de la Facultad de Ciencias y de Anatomía de la de Medicina.—*F. de las Barras.*

* * *

Exploraciones de la caverna de Santimamiñe (Basondo: Cortézubi).—ARANZADI (TELESFORO DE), BARANDIARÁN (JOSÉ MIGUEL DE) y EGUREN (ENRIQUE DE).—Primera Memoria: *Figuras rupes- tres.*—Artes Gráficas «Grijelmo», S. A., Bilbao, 1925. Un folleto de 50 páginas con 8 láminas y 37 figuras.

Las exploraciones de la caverna de Santimamiñe, motivo de esta Memoria, fueron realizadas en virtud de acuerdo de la Junta de Cultura de

la Excma. Diputación de Vizcaya y con las subvenciones concedidas por ella. Tan laudable conducta es digna de imitación por las corporaciones análogas, que así contribuirían al progreso científico y al engrandecimiento patrio.

Comienza el trabajo por un preámbulo destinado a dar a conocer la situación y condiciones de los terrenos en que se halla enclavada la caverna de que han de ocuparse e indicar algunos pormenores relativos a otras menos importantes, alguna de las cuales parece no haber sido explorada todavía, dando a conocer el itinerario más cómodo y racional para llegar hasta dicha caverna.

Hacen luego un resumen de los informes folklóricos relacionados con las peñas, ermitas y cuevas del monte *Ereñusare* y sus contornos, especialmente con la de *Santimamiñe*, que constituye el objeto principal del trabajo.

A continuación describen minuciosa y detalladamente los diferentes departamentos de la caverna, con los grupos de figuras que en cada uno hallaron.

Esa descripción, que naturalmente es la parte principal del trabajo, va ilustrada con gran número de fotografías y dibujos de conjunto de cada uno de los diversos grupos y otros muchos destinados a representar en mayores dimensiones cada una de las figuras integrantes de los referidos grupos.

Hacen notar cuidadosamente los autores la circunstancia de no hallarse entre las figuras rupestres más que representaciones de animales, entre los cuales figuran cuatro rumiantes (bisonte, toro, cabra y ciervo), dos paquidermos (caballo y jabalí) y una fiera (oso). La abundancia relativa de unos y otros es muy distinta. El más abundante es el bisonte, que está representado, cuando menos, diez y siete veces; el caballo cuatro y los demás una sola.

Los autores creen que uno de los móviles, acaso el principal, que guió al artista o artistas para dibujar aquellas figuras fué la *magia de caza*. Fundan esa opinión en la presencia de flechas, aunque muy esquematizadas en alguna de las representaciones de animales, tales como la del jabalí y la de un bisonte.

De esos datos y otros indicados en el texto, deducen que ni la cámara ni la antecámara de la caverna sirvieron de templo, sino de laboratorio misterioso y secreto, como lo fueron los de su clase, donde se practicaban hechizos y conjuros.

Aun cuando en los dibujos de esa caverna falta la fase policroma y la representación clara del pelaje tan frecuentes en el arte rupestre *Cantábrico*, los autores encuentran la técnica y el estilo de aquéllos enteramente conformes con éste.

Para determinar con precisión la época a que esos materiales pertenecen, esperan los datos aportados por las excavaciones, todavía no terminadas, en el interesante yacimiento. Mas contando con los suministrados por las figuras descritas y sus caracteres, estiman como lo más probable que dichos materiales correspondan a las fases magdaleniense inferior y medio de la clasificación de H. Breuil.—*Domingo Sánchez*.

Contribuições para o Estudo da Antropologia Portuguesa.

V. Os antigos habitantes das Canarias nas suas relações com a Antropologia Portuguesa. — TAMAGNINI (DR. EUSEBIO), Profesor de Antropología na Universidade de Coimbra. — (Universidade de Coimbra. Instituto de Antropología.) Volumen II, fascículo 2.º, Coimbra, 1926. (Separata da *Revista da Universidade de Coimbra*. Volumen X, núms. 1-4, págs. 73-85, con 5 figuras.)

Es este trabajo, según indica el autor, una nota preliminar en que con-signa algunos de los resultados de sus estudios comparativos de los anti-guos habitantes de las islas Canarias con los portugueses actuales.

Los datos utilizados son los relativos a los índices cefálicos horizontal y vertical, alveolar, facial superior, nasal y orbitario y a la capacidad cra-neal, correspondientes a 330 cráneos canarios antiguos de las colecciones del Museo de Historia Natural, de la Sociedad de Antropología y del La-boratorio Antropológico de París, comparados con los de portugueses actuales.

De ellos viene a deducir, en conclusión:

I. Que la población primitiva de Canarias se presenta como una población heterogénea, resultante de la superposición de varios tipos étnicos.

II. Que es posible reconocer la existencia de un elemento desarmó-nico, de afinidades *Cro-Magnonoides*, en proporciones muy superiores a las que actualmente se encuentran en las poblaciones mediterráneas.

III. Que al lado de ese elemento *Cro-Magnonoide* existió indudable-mente otro elemento desarmónico platirrino, como se reconoce por la apreciación de la diferencia relativa al índice nasal.

IV. Respecto a la Antropología portuguesa, las diferencias locales relativas en cuanto a los caracteres estudiados, no permiten establecer, en el estado actual de nuestros conocimientos, ninguna afinidad genotípica con los antiguos habitantes de Canarias.—*Domingo Sánchez*.

* * *

Contribuições para o Estudo da Antropologia Portuguesa.

VI. Descrição de un crânio guanche existente no Museu Antropológico de Coimbra. — BARROS E CUNHA (DR. JOÃO GUALBERTO). — (Universidade de Coimbra. Instituto de Antropolo-gía.) Volumen II, fascículo 3.º. Coimbra, 1926. (Separata da *Revista da Universidade de Coimbra*. Volumen X, núms. 1-4, págs. 89-100, con 15 figuras.)

El trabajo del Dr. Barros es un estudio minucioso del cráneo guanche a que el epígrafe se refiere, comparándole con los tipos *canarienses* de Sergi, para deducir las analogías y diferencias existentes entre uno y otros. Hace el autor algunas consideraciones sobre las semejanzas observadas por los autores que han estudiado a los guanches (Quatrefages, Hamy,



Verneau, Von Luschau y Mayer) entre esta raza y la de Cro-Magnon, a cuya semejanza atribuyen alguna significación etnogénica.

Advierte que, análogamente a de lo que acontece con frecuencia en los cráneos guanches de las colecciones, especialmente uno del Museo de Berlín, aparece en el del Instituto Antropológico de Coimbra la *desarmónica* característica de la raza de Cro-Magnon, y fundándose en esa y otras consideraciones deducidas de los caracteres consignados en el trabajo, establece como conclusión que el cráneo del Museo Antropológico de Coimbra, de que se ocupa, es un excelente ejemplar del tipo desarmónico de la raza guanche y que, aun cuando desarmónico, presenta grandes diferencias de estructura en relación con los de Cro-Magnon.

Según el autor, las semejanzas entre ese cráneo y el tipo *Cro-Magnonoide moderno portugués*, son bastante notables, pudiéndose admitir tal vez que algún elemento *desarmónico*, pero *platirrino*, haya ejercido cierta influencia sobre la población de Canarias y también sobre la de la Península Ibérica.—*Domingo Sánchez*.

* * *

Historia de la antigüedad.—Primera parte: **Historia de Oriente**, por PEDRO BOSCH GIMPERA. Catedrático de Historia Antigua en la Universidad de Barcelona. Un volumen de 712 páginas en 8.º, ilustrado con 369 grabados y 44 mapas en negro. Sucesores de Juan Gili. Barcelona, 1927.

La Sociedad anónima Sucesores de Juan Gili, ha tenido el buen acuerdo de dar al público una Historia Universal, cuya redacción corre a cargo de profesores y especialistas tan competentes y acreditados como los señores Ibarra, Obermaier, Ballesteros, Riba y García y Bosch y Gimpera. Obra de este último es la «Historia de Oriente» que vamos a reseñar ahora. El Sr. Bosch y Gimpera ha seguido en la redacción de su trabajo el siguiente criterio, que no parece racional y discreto. Ocúpase con preferencia del próximo Oriente, es decir, de Egipto, Siria, Mesopotamia y Asia Menor, porque han influido en el desarrollo de la cultura universal mucho más que las otras naciones asiáticas. Estas como la India y China, por ejemplo, quedan encerradas en la presente obra dentro de un cuadro más sintético por los motivos dichos.

Otra de las normas a que se atiene aquí el Sr. Bosch y Gimpera es la de hacer patentes las relaciones de unos pueblos con otros, la influencia mutua de sus culturas y el resultado de la misma. Con arreglo a ella suspende el relato de los acontecimientos y vida de un pueblo para interponer, en un momento dado, la historia de otros, que por haber tenido con él relación estrecha modificaron más o menos la cultura y fisonomía moral del primero.

El Sr. Bosch y Gimpera justifica la extensión relativamente considerable que concede a la historia oriental por hallarse en esta parte del Mundo

los gérmenes de muchas civilizaciones, de las cuales conserva no poco la moderna vida de los pueblos. Tal es el plan desarrollado por el profesor citado en el trabajo de que nos ocupamos. Consta éste de una introducción y treinta y siete capítulos. En aquélla expone los conceptos de Prehistoria, Etnografía e Historia, la reconstrucción de las etapas de la vida primitiva y sus instituciones, según la Etnografía; las fases primitivas de la cultura en la antigüedad y el principio de la vida histórica de los pueblos. Sigue después un resumen etnológico, en el cual se describen las grandes familias históricas del Viejo Continente (indogermanos, semitas, camitas, mogoles, caucásicos y pueblos negroides del Sur de Asia y drávidas de la India, etc., etc.), y, por último, la exposición del marco geográfico de la historia antigua y de los comienzos de las civilizaciones históricas del Viejo Mundo y el cuadro general de su desarrollo en la antigüedad.

Después de estos preámbulos entra el Sr. Bosch y Gimpera en la parte histórica propiamente dicha, que da comienzo con una descripción geográfica del próximo Oriente (Asia Menor, Siria y Palestina) y del territorio egipcio. La historia de los primeros Estados de la Mesopotamia (sumerios y acadios) de la primera dinastía babilónica, de los cassitas, del Imperio hetita y de Siria y Palestina, ocupa los trece primeros capítulos, quedando los restantes para el Egipto, cuyo estudio ocupa la mayor parte de este libro.

El Sr. Bosch y Gimpera determina en cada caso la situación geográfica del Imperio o del reino que describe y nos traza un cuadro breve, pero exacto, no sólo de su historia política, sino también de su cultura y aspecto social,

Cada capítulo lleva como apéndice un resumen bibliográfico de cuanto se ha publicado acerca de la materia que en aquél se trata.

La obra está escrita con un criterio racional y científico, y su autor ha sabido vencer las dificultades, no pequeñas, que necesariamente hubo de encontrar en esta empresa.

La presentación del libro, bien hecha, como es tradicional en los Sucesores de Juan Gili.—*P. Barreiro.*

* * *

Bureau of American Ethnology. Thirty-Eighth Annual Report of the 1916-1917.—Un vol. en 4.º, de 746 páginas, 340 grabados y 183 láminas. Wáshington, 1925.

Más que a ese título oficial, al que sólo corresponden 22 páginas del voluminoso y rico tomo, 38 de la publicación de la *Smithsonian Institution*, corresponde esta nota a lo que, calificado burocráticamente de *accompanying paper*, forma el completo libro de WALTER EDMUND ROTH, *An introductory study of the Arts, Crafts, and Customs of the guiana Indians*, resultado de las exploraciones del autor desde 1907 a 1914.

El área geográfica a que se refiere esta monografía etnográfica, está

comprendida entre el Atlántico y los ríos Orinoco y Río Negro y bajo Amazonas por el Norte, incluyendo en cierto modo las Antillas, que fueron la primitiva morada de los Caribes y de los Aravacos; habiendo tratado en anterior publicación de la cultura espiritual, y especialmente del Folklore y el animismo de estas poblaciones.

Realmente este gran volumen de Roth es bastante más que lo que su título indica, y más que por la extensión y las ilustraciones, resulta una verdadera monografía modelo y guía de un cuestionario etnográfico más cumplidamente que algunos que llevan este nombre, pues aunque concretado a las artes, industrias y costumbres de los indios caribes de las Guyanas, es una metódica exposición y análisis de la casi totalidad de los temas que pueden interesar en el estudio de un pueblo natural: por esto no es posible hacer ni resumen ni comentario alguno, sino simple presentación de los temas que trata.

El primer grupo de capítulos que pueden incluirse en la tecnología general, le constituyen los diez primeros, que se inician por el dedicado *al fuego*, cuyo origen por frotamiento o por rotación de piedras y maderas o por pedernales de chispa, tienen en aquellas regiones los más variados medios de obtención, así como los cuidados de conservación y transporte de este primer hecho de la cultura humana. La descripción de los elementos de piedra, y especialmente de las hachas, tiene particular interés, por la fijación de las mismas en sus mangos, demostrando la existencia de modos meramente hipotéticos o presuntos en la prehistoria; es de notar la existencia de hachas de una materia tan poco señalada como la concha de tortuga, añadiéndose a la lista de los instrumentos, todos los conocidos en la etnografía y en la prehistoria, y las modificaciones que, conservando los tipos, ha ocasionado la variación de materia al introducir el hierro.

Especial, por tratarse de aquella región, es el capítulo reseñando la obtención y utilización de las gomas, resinas, ceras y materias colorantes de muy diversos orígenes, que muy usadas por los naturales, han motivado su verdadera destrucción por la conquista europea y americana en busca de tan ricas primeras materias.

Cuatro capítulos, bien ricos en datos, se dedican a todas las artes e industrias del hilado y el tejido, siendo el primero destinado al del uso del algodón, según el modo del instrumento empleado para su trabajo, y análogamente en otro, se trata del hilado y el tejido de las fibras diferentes del algodón, que tan variadas y abundantes son en el país, como la pita, el sarán, el sensoro y las fibras de Bromelia o de Mauritia, con todas las cuales se fabrican toda clase de cordaje retorcido o trenzado, de tan variadas modas, al menos, como en la industria europea. La fabricación de cuentas de concha, dientes de pescados, semillas y cuarzo, entre otros materiales pétreos, era una de las actividades más generalizadas para la confección de collares y hasta delantales. Las industrias de la pluma y del plumón, habilísimamente manejadas con intuición artística insospechable en pueblos tan bajos en la jerarquía humana, dan más que motivo para otro interesante capítulo.

Constituyen otra sección los trabajos e industrias del metal, la alfarería y la cestería, bastante limitados los primeros, en los que al oro y la pla-

ta añade el autor los de la corteza y el cuero. La alfarería es una espléndida muestra de la civilización caribe, desde el conocimiento de los materiales y las mezclas de ellos, hasta la fabricación, cocido y barnizado de los múltiples objetos que se distribuyen en dos grandes series, la antigua o primitiva más rica y mejor adornada, y la moderna, decadente y sencilla, siendo de señalar la gran riqueza de formas reproductoras de animales y del hombre, y adornadas por dibujos geométricos y complejas y ricas ornamentaciones de que dan idea los buenos fotograbados que ilustran el texto. La cestería, utilizando la riquísima variedad de materiales que la flora del país produce, está descrita en el capítulo IX, que evidencia la multiplicidad de formas y dibujos, y la especialidad de algunas técnicas para la fabricación de vasijas impermeables.

Inicia el estudio de los medios materiales de la vida, el capítulo de las armas de caza y guerra, en el que, claro es, el arco y la flecha merecen una especial y larguísima descripción, como corresponde a los indios llamados flecheros por nuestros primeros conquistadores de Indias, que llegaron a crear y de los que se describen multitud de modelos de las flechas envenenadas por el *curare*; la riquísima variación de modelos de los dardos, de las lanzas y de las cervatanas o bodoques de uno o más tubos, demuestra la riqueza etnográfica de este instrumental de toda la región del Orinoco y Amazonas. Continuación natural del anterior capítulo, es el que trata de la caza y la pesca, como productos animales para la alimentación, siendo curiosas las pruebas o iniciaciones para los cazadores, verdaderas ordalías de los indios de las Guyanas, que empleaban sus artes cinegéticas contra todos los animales de aire, tierra o agua, y poseían todos los medios de captura, desde los reclamos, cepos, trampas, redes, anzuelos y sedales, hasta la caza a la carrera, guiados por todos los medios sensoriales de busca de la presa.

Más que el propio cultivo muy embrionario, la recogida y utilización de los productos y frutos vegetales, así como la conservación de los mismos, forma parte de otro capítulo en el que se ve el predominio de la utilización del casave sobre todos los demás productos. Las artes culinarias expuestas en la caza y el cultivo, se completan con la relación de los condimentos que en muy pocos países tendrán tan especial importancia, y a ellos se une la curiosa geofagia o costumbre de comer tierra, ya descrita desde fines del siglo XVIII por nuestro Gumilla en su *Historia Natural civil y geográfica de las naciones situadas en las riberas del Orinoco*, y que demuestra la generalidad de la costumbre, sobre todo en los indios del grupo Otomala, que usaban una especie de pasta de tierra que daban a chupar a los niños en el período de la lactancia.

Una verdadera monografía de las bebidas, demuestra la variedad de las usadas en sus grupos de fermentadas o no fermentadas, y aunque la dominante es la *chicha*, las obtenían también de otros muchos vegetales, desde el maíz hasta la piña. El modo y forma de consumir de comer y beber ha dado a Roth materia para otro interesante capítulo, señalando la falta de régimen horario en las comidas, y la separación de hombres y mujeres para realizarlas, aunque en ambos es de uso el previo lavado de las manos.

La casa y el ajuar en su más extenso concepto ocupan cuatro capítulos,

comenzando por la descripción de las cabañas y de las casas con su colocación y distribución para defensa y refugio y en su establecimiento definitivo o temporal, para la protección de la lluvia y del agua, siendo de notar lo constantes y típicas que son las tres formas de circulares, elípticas y rectangulares, construídas todas sobre armaduras adecuadas a cada caso y de las que se dibujan en la obra detallados ejemplos, así como de las cercas y empalizadas de cerramiento y defensa. El ajuar casero está constituido por bastantes más objetos de los que pudiera sospecharse en pueblos tan salvajes, comenzando por bancos y taburetes de trazado geométrico y curiosas formas naturales; aparte de las mesas, es típico el babracote o especie de zarzo o estante para colocar viandas u objetos, como lo son igualmente algunas formas de molinos y preparadores de casave, así como recipientes o copas de calabazas y otros materiales y vasijería y saquería de las múltiples formas que se describen y dibujan. Completan el ajuar variadísimas esteras y alfombras de todas clases de tejidos y adornos, y cestas, cachos y verdaderos cuévanos, tan variados de forma, materia y ornamentación, que superan, sin duda, a la típica y conocida pleitería mediterránea.

Una especial mención en todo un capítulo merecen las hamacas, que geográficamente caracterizan toda una región americana y que se distinguen, según tengan o no bastidor para su colocación, quedando como un verdadero apéndice a ellas las cunas y porta niños, algunos en forma de cabestrillo que están representados por figuras.

Especial atención y motivo para otra nota merece el capítulo que trata de las deformaciones y mutilaciones del cuerpo, la cabeza y los miembros entre los indios guyanes, así como las descripciones de las pinturas, taráceos, peinados, adornos y tocados de cabeza y descripción de collares, delantales y prendas accesorias, que en estos pueblos primitivos igualan o superan a la más complicada moda explotada por los civilizados. Igual criterio de abstención nos obliga, en una sucinta nota bibliográfica, a limitarnos a la simple enumeración de los capítulos que se ocupan de la cultura espiritual y las verdaderas artes y de la vida social y moral de estos indios. Tres de ellos están dedicados a la música y sus instrumentos, a los juegos y diversiones de todas clases, no ya de hombres y mujeres, sino de niños, incluso las públicas y sociales o de carácter ceremonial, y, por último, a las adivinanzas, rompecabezas y juegos de ingenio tan extendido y estudiados en América del Sur, por sí y por las relaciones que se han establecido por varios folkloristas, con los de Europa y, principalmente, con los de España.

Los últimos capítulos contienen curiosos datos acerca de la conducta social y moral y del crimen y los castigos, señalando las diversas formas de aplicación de la justicia, de establecimiento de la propiedad y de los objetos y cosas declaradas tabou; el concepto de la autoridad y su origen de curanderismo y guerrero para el establecimiento de la jefatura de las tribus, con las relaciones guerreras entre ellas, termina este extenso e interesante tomo del *Bureau of American Ethnology*.—L. de Hoyos Sáinz.

A study of certain oriental series of crania including the nepalese and tibetan series in the British Museum (Natural History).—MORANT (G. M.) M. Sc. Un volumen en 4.º de 106 páginas, láminas, cuadros numéricos y fototipias. University Press Cambridge.

El interés general de este trabajo del joven asistente del Laboratorio de Antropología en el *Biometric laboratory* del University College de Londres, está en ser una de las primeras monografías de aplicación de los nuevos métodos craneométricos de la escuela inglesa y de los estadísticos en la interpretación y análisis de los resultados métricos de la Biometría. Modelo de monografías, en que los numerosos, bien expuestos y mejor analizados cuadros de valores, van acompañados de 16 láminas con 21 reproducciones fotográficas en las que se aplican los dos criterios, aún en discusión, de destacar los cráneos sobre fondo negro o blanco, completando la representación gráfica 15 dibujos de contorno de las normas vertical, posterior y lateral de 5 cráneos, incluidos en el texto, y otras 15 reproducciones de iguales normas, con las secciones en ellas trazadas y medidas, según el método aplicado, en papel transparente para el empleo de las superposiciones. Aceptando la dificultad de la clasificación de las razas asiáticas de Oriente por los caracteres físicos, sólo se han establecido hasta hoy relaciones de los índices cefálico y nasal de los cráneos con el hombre vivo y su correspondencia con las descripciones morfológicas de algunos antropólogos. La colección utilizada es la del célebre explorador Houghton Hodgson, formada por noventa cráneos nepaleses y tibetanos, más algunos de grupos próximos, añadiendo los procedentes de la misma región del Surgeons College, que juntos componen la base de las poblaciones mogólicas y de los aborígenes de la India, habiendo ampliado las comparaciones con varias series estudiadas por antropólogos alemanes.

Utiliza el autor el método de los contornos y el de las medidas corrientes, mediante la utilización del coeficiente racial establecido por Pearson, que estima las interrelaciones de varias razas, y por el mismo proceso de su determinación permite utilizar los caracteres particulares de una raza o los significativos de los tipos raciales, en relación con los comunes a todos ellos. Este coeficiente de parecido racial es un criterio provisional basado en supuestos, no totalmente confirmados por la práctica, pero hasta hoy no hay otro método estadístico en craneología más perfecto para la comparación de los valores y el diagnóstico de las relaciones y parecidos.

En el grupo general de los nepaleses constituye el autor tres secciones, de las cuales la central y oriental, formadas por los sikimesos y butaneses, son homogéneas y distintas a su vez de los habitantes del Oeste de Nepal; no se debe esta diferencia a influencias arias, porque los del Oeste forman una raza bastante pura de los tibetanos del grupo A, y perfectamente distinguible de los del grupo llamado B, que es muy diferente de todos sus vecinos asiáticos.

Según Morant, pueden ordenarse todas las poblaciones del Suroeste de Asia en un cierto orden que empieza en los vedas, sigue en los dravidas, hindus, bengaleses, nepaleses, tibetanos A, chinos del Sur, anameses

siameses, malayos y burmeses A; resultando que en este orden el grado de parecido entre dos razas es proporcional a su distancia en la serie; que de los 31 caracteres raciales, cuyos coeficientes se han calculado para todas y para una de dichas razas, 15 son constantes para todas ellas y que los caracteres que diferencian entre sí las razas, y principalmente los que establecen las mayores separaciones entre ellas, determinan también una ordenación de las mismas por su tamaño, de la que resulta una serie totalmente análoga desde los vedas a los burmeses A. Es de notar que el autor declara que el índice cefálico tomado por sí solo, es el más sospechoso de todos los caracteres para la estimación de las afinidades raciales y que en estas razas, las más profundas diferencias están en las anchuras cefálicas y faciales, excepto en la frontal mínima, y por ello el índice cefálico está muy influenciado por la anchura y poco por la longitud, como lo demuestra en un cuadro en el que figuran los dos diámetros y el índice, en columnas comparables con la anchura bicigomática y para las diez razas la correlación por él señalada es perfecta desde los vedas, con un índice de 71,9 y una anchura cigomática de 124,5 milímetros, hasta los burmeses del tipo A que suben a 82,7 en el índice y 134 en la anchura, siendo constante la correlación con el diámetro transversal, pero faltando por completo con el antero-posterior.

El paso de los mogoles del Norte a los aborígenes de la India es bastante claro, pues los términos extremos de nepaleses y burmeses están unidos entre sí por otros intermedios que son verdaderos eslabones de una serie, no de un grupo central del cual irradiaran los diversos tipos, y las relaciones entre dos términos separados son a través de los intermedios, no directas, aunque el autor señala la existencia de *híbridos* entre pueblos separados. En este grupo oriental se separan los andameses y tibetanos B de todos los demás, de modo igual a como el tipo aino está también separado de los otros dos. Hay, pues, dos tipos insulares y uno montañoso o central aislado, y puede señalarse también que los japoneses son un término intermedio o transicional entre los ainos y los chinos del Sur, y no con los malayos como se venía afirmando. Igualmente se establece la homogeneidad de los chinos del Norte o región de Pekín con los del Sur, demostrando en esto la fijeza general y la constancia del tipo chino en oposición con las modernas ideas sostenidas por Legendre. Este tipo chino no es, sin embargo, más que un término en la serie general de las poblaciones orientales, pero no la base ni el fondo de las mismas, pues su dominio, o mejor predominio, es meramente numérico, quedando separadas de él las razas nórdicas de Siberia y siendo dudosa la existencia de pueblos de transición en las regiones desérticas del Gobi. Permanece, pues, bien marcada la división entre los orientales y los mogoles centrales, y antropológicamente confirma la establecida biogeográficamente por la fauna en el conjunto de Asia; es decir, la de un mundo biológico oriental separado del nórdico, sin más dudas que en los límites extremos del Oriente en el Japón y en las Filipinas.

Señala el autor la no existencia de un solo carácter craneal, diferencial entre las diversas razas, siendo preciso acudir al conjunto de los valores y de las relaciones métricas y a la morfología de la cara redonda y el pala-

dar ancho, como la región nasal y las órbitas y al conjunto general de la calvaria, corta y redondeada en los contornos sagitales.

Es de señalar, que en contra de la general creencia del predominio de la hoja de medidas, declarada oficial por el Congreso de Mónaco, sigue el autor, como la generalidad de los ingleses y americanos y muchos alemanes, una lista casi coincidente con la Frankfurter Verständigung, añadiendo o mejor conservando medidas y relaciones de la antigua escuela inglesa y principalmente de Flower, y a ellas están referidos los detallados y numerosos cuadros de las medidas de todas las series.

Imposible es dar detalles, y basta señalar el uso constante para la utilización de los resultados, de los métodos y fórmulas de Tisdeley y Pearson para la *standard* desviación y el coeficiente de parecido racial, utili-

zando siempre en el primer caso la fórmula $\sigma = \sqrt{\frac{\Sigma (d^2)}{n}}$ y en el se-

gundo la de $\frac{1}{m} S \left(\frac{(M_s - M_s')^2}{\frac{\sigma_s^2}{n_s} + \frac{\sigma_s'^2}{n_s'}} \right) - 1$.

El estudio de los arcos obtenidos por el método de los contornos con el aparato de Klaatsch, un poco modificado, es una de las partes más interesantes de la obra y el autor estima como el más típico el arco sagital y el transversal vertical, contorno que permite el conocimiento de las asimetrías de modo hasta hoy insuperado, utilizando el método que Venington estableció y Pearson utilizó en el primer trabajo acerca de los cráneos de Vithechapell, en el que se aplican las divisiones en diversas zonas, determinadas cada una de ellas por puntos críticos de las curvas, obtenidos directamente y en algún caso por relleno o interpolación, empleando los coeficientes de variación conocidos o calculados. Estas zonas son diez en las tres principales normas más las bases y el apex, y por el contorno de la sagital, orientado según el plano de Frankfort, dibujan y calculan los más importantes ángulos del cráneo y de la cara, los primeros en el basio y los segundos teniendo por origen los diversos puntos críticos de la región facial, pero no hay medio en una simple nota bibliográfica de transcribir detalles concretos de las series estudiadas, y ni siquiera datos generales y resultados del empleo de estos métodos que amplían muy eficazmente los clásicos procedimientos de la craneometría.—*L. de Hoyos Sáinz.*

* * *

Developpement Croissance.—MAC-AULIFFE (DR. LÉON).—Un volumen en 4.º menor, 228 páginas, 74 láminas aparte. París, A. Legrand.

El Dr. Mac-Auliffe, Director adjunto del Laboratorio de Psicología patológica de la *Ecole Pratique des Hautes Etudes* de París y Secretario y fundador de la *Société de Morphologie Humaine*, viene publicando una

serie de trabajos bajo el título general de *La Vue Humaine: Etudes Morphologiques*, del que es la segunda parte el interesante tomo que motiva esta nota bibliográfica; volumen que es, en realidad, el resumen de los cursos dados durante algunos años en la Sorbonne y en parte de las conferencias organizadas por la Société d'Etude des Formes Humaines.

La especial autoridad del Dr. Mac-Auliffe, que desde hace muchos años organizó científicamente en Francia el estudio de la morfología humana, publicando en 1912 con el Dr. Chaillou la *Morphologie medicale* y con el Inspector de Sanidad Militar Thoris multitud de trabajos, da a este libro el valor, no sólo de la erudición del autor, sino de la novedad de sus puntos de vista en los problemas de crecimiento y desarrollo.

Resume el autor los miles de observaciones y medidas de niños hechas como antropólogo o como médico, en características generales de su aspecto exterior, que le permiten llegar al establecimiento de tres fases en la evolución individual postembrional. La primera desde el nacimiento hasta los dos años y medio, en que el niño es una cabeza y un tronco, y los miembros son de proporciones reducidas, dando un aspecto general masivo y adiposo. Posteriormente, en el período prepuberal, los niños, en los dos sexos, presentan todos un aspecto totalmente opuesto al anterior; busto corto, miembros largos, cara más desarrollada y caracterizada fisiológicamente y aspecto general alargado.

Entre esas dos fases de la vida, en la segunda infancia, de los treinta meses a los seis años, el tronco aumenta en dimensiones transversales, sufriendo un aplastamiento y alargándose las extremidades, a pesar de lo cual el aspecto y forma general es redondeada y *poupiné*, como gráficamente se expresa, y pudiéramos traducir amuñecada. Al llegar la fase postpuberal, los caracteres comunes y uniformes se transforman en diferenciados y comienza la verdadera personalización, actuando más fuertemente las influencias mesológicas—en su más general y extensivo campo—, y sin anularse la de la herencia, se define totalmente la individualidad.

A cada uno de estos períodos del aspecto exterior del hombre corresponde una adaptación mesológica; el ser humano, tras una vida realmente parásita y acuática en el período fetal, pasa a vida aérea que origina profundas morfosis; domina la vida vegetativa en la primera y segunda infancia, se inicia y establece la de relación en la época prepuberal y se termina en la siguiente.

Del extenso estudio del período embriológico, sólo interesa como antropólogos la idea de la iniciación de los cuatro tipos fisiológicos establecidos por Sigaud en la diferenciación de los cuatro aparatos digestivo respiratorio, muscular y cerebral, prevista por G. Clemenceau en 1865. Anotemos que análogamente el interés de la forma que estudia desde el capítulo II, se sintetiza en una frase de Renan a Flaubert acerca de las tentaciones de San Antonio: *La morphologie est tout, et tout y sera ramené*, y así desarrolla el concepto de crecimiento de la forma, desde la célula al hombre, empleando las fórmulas de Mall o de Branca, tal vez ya arcaicas teniendo en cuenta los recientes estudios de velocidad del crecimiento expuestos ya sintética y sistemáticamente en el libro de Faure-Fremiet, *La Cinétique du Développement*. El estudio de las adaptaciones morfológicas

y fisiológicas del recién nacido completa el capítulo que termina con la evolución hasta los seis años, acumulando detalles y criterios interpretativos, tal vez inútiles algunos por corresponder a épocas que sólo tienen hoy interés de erudición histórica.

El interés especial para los antropólogos está en el capítulo que estudia el desarrollo desde los seis años a la edad adulta, que recoge los estudios fundamentales principalmente de investigadores franceses y expone los acopios del autor. El desarrollo hasta la pubertad, especialmente en la mujer y el de los dos sexos hasta el período final del crecimiento, está, según el autor, condicionado por los órganos de relación y especialmente por el aparato locomotor, aunque en modo distinto a como lo estableció Godín. Análogo carácter expositivo y a veces polémico tiene el estudio concreto de la pubertad y el de las variaciones sexuales del esqueleto y el aparato locomotor, terminando por el análisis de la adaptación nerviosa y más detalladamente de las funciones endocrinas en el crecimiento.

Completan el libro unos cuadros estadísticos de variaciones métricas, según edades y sexos y dibujos y fotograbados reproduciendo tipos morfológicos, algunos ya clásicos por ser los característicos presentados en la constante labor del Dr. Thoris y especialmente del autor M. Mac-Auliffe. *L. de Hoyos Sáinz.*

* * *

Handbook of the Indians of California.—KROEBER (A. L.).—*Bulletin 78 del Bureau of American Ethnology.* Un tomo en 8.º de 996 páginas con grabados, mapas y mapas tirados aparte. Wáshington, 1925.

El voluminoso tomo descriptivo de los *indios de California* es plena prueba de la expansión de lengua, cultura y vida españolas, en muchas mayores regiones de las ordinariamente estimas en América del Norte. Basta hojear el libro o mirar el mapa para ver nombres castizamente españoles desde las tribus que en el límite Sur de la región estudiada llevan el nombre de Diegueños, Luiseños o Juaneños, hasta los Santa Clara o Francisqueños en el centro. De igual modo que la rica bibliografía inicia los nombres castellanos con el número 2, con la Relación de 1540 por Fernando de Alarcón, y la cierra en el 415 con otro autor tan español como Zárate-Salmerón. Por ello este libro, como todos los que a la Etnografía americana se refieren, despierta el dolor de no tener en nuestra patria el más rico y original Museo, que al menos objetivaría la epopeya de los españoles en el Nuevo Mundo por ellos explorado y recorrido antes que por nadie y con más intensas y directas relaciones con los hombres y las civilizaciones precolombinas y originarias; labor que sólo queda en los libros y manuscritos o en la toponimia y vocabulario de los indígenas.

El valor del libro de Kroeber está en los diez y siete años de convivencia con los indígenas y en la aplicación de métodos precisos en la investigación, y después de su publicación, no tendríamos que decir cómo al publicar hace veinticinco años nuestra *Etnografía, Clasificaciones, Pre-*

historia y Razas americanas, que sólo una enumeración, sin trabazón metódica de origen y parentesco antropológico o cultural, podía hacerse de los indios de la vertiente del Pacífico. La descripción de las tribus está hecha con el posible criterio histórico, aunque hasta el siglo XIX no hay datos para reconstruir la vida y relaciones de ellas entre sí, pues faltando documento escrito, la cronologización apenas es posible, y sólo los cambios y el crecimiento, o más bien degradación de la cultura india, pueden señalarse, así como sus variaciones geográficas o movimientos, buscando la unidad de patria o de origen, que es difícil en mosaico, tan complejo de razas y culturas.

A 50 pequeñas naciones alcanza el trabajo, y su conexión está buscada por cultura y lenguaje que sirven de base a los capítulos verdaderamente sumariales, en que al final de la obra se establecen las relaciones taxonómicas, que resultan por las fases de cultura establecidas por todos los elementos de la misma, materiales y espirituales; elimina para ello el autor las relaciones con los blancos, o sea con los descubridores españoles, cuya influencia no estudia, por faltarle datos de ellos, y sólo aprecia cuando el contacto modificó evidentemente la primitiva cultura india.

Muy somera, por criterio *a priori* del autor, es la descripción antropológica o tipo físico, por no hallar relación con la cultura, que es el fin del estudio. Y la lengua, tampoco estudiada en sí, es sólo utilizada, porque tiene valor en la investigación del origen y relaciones entre los diversos pueblos, como ocurre con la música, que se ha perdido en lo que de originaria tiene y presenta reales dificultades de transcripción. Por fin tampoco la prehistoria y arqueología son tomadas como bases más que en contadísimos casos, porque se ha perdido la relación de secuencia entre ellas y lo actual o viviente, que estudiado en objetos y actos de cultura, material e instituciones sociales, es la base objetiva de la obra; siendo, por tanto, las colecciones por Kroeber recogidas, y las que figuran en el departamento de Antropología de la Universidad de California, establecido en 1901, los materiales descritos o figurados en las 82 láminas tiradas aparte y los numerosos grabados intercalados en el texto.

Describe el autor los 50 grupos ya dichos, que se agrupan en 39 tribus, correspondientes a 23 familias por sus aspectos etnográficos, y quedan reducidos a 21 por su estructura lingüística, pero claro es que no tienen intensidad ni valor esos grupos que no pasan de mera tribu en muchos casos y forman verdaderos grupos en otros, mereciendo destacarse de Norte a Sur los Yurokes, los grupos de Atabascos, los Pomo, el Shastan, el Wintum, el Maidú, los Yokuts, los Serranos, Luiseños y Yumas.

Por el área que ocupan, son los Sosones del Sur, desde la costa hasta las vertientes del Grand Bassin, los que en más tierra se extienden, y en ellos están los típicos Luiseños, Juaneños, Gabrielinos y Fernandinos, en la costa, y los Serranos, en el interior.

Los más meridionales del grupo Yuman, con los Diegueños. En el centro los Yokutos, con los Buena Vista al Sur y los del valle del Norte. Los Miwokes centrales y más hacia arriba, y en la sierra, y los Maidú al Norte de ellos, así como el Wintun, pero más hacia tierras bajas. Por fin los Shastan, los más septentrionales con los Achomavi. Las tribus costeras todas

con pequeñas extensiones desde los Costanos, con tribus de nombres de misiones hasta los Yurok en la costa más septentrional.

El mapa lingüístico está dividido sólo en siete grandes grupos, comenzando en el borde meridional con los Yumas, a los que siguen los Sosones en la gran extensión ya señalada del mar a la sierra; suben por la costa las lenguas del grupo Hokan con dos variedades y ocupa todo el centro el tronco lingüístico Penutian muy complejo: Completan el resto, las lenguas de los grupos Algonquino y Atapasco y el Lutuamian con muy escasa representación.

Interesante, aunque triste como demostración de que la civilización extingue las razas indígenas, pecado del que tal vez sólo los españoles hemos podido librarnos en cierto modo, es el capítulo dedicado a la demografía o variaciones de la población en los indios californios, y aunque prescindiendo de su historia, hay que destacar el hecho de que ha sido reducida a un octavo de la calculada en tiempos del descubrimiento, y en el mapa que acompaña al trabajo se ve, por las tintas degradadas, que el tanto por ciento de los individuos aborígenes que hoy persisten en los diversos distritos, es sólo de uno en la mayoría de los de la costa, donde la civilización americana es completa; y sólo en algunos distritos quebrados de la sierra, persisten aún del 30 al 60 de la población primitiva: comparando los dos censos de mayor exactitud, el de 1770 y el de 1910, la relación es de 133.000 a fines del siglo XVIII y poco más de 16.000 a principios del XX, estimando la más baja de las estadísticas iniciales, pues algunas elevan a 260.000 el número de indios en los primeros años del siglo XIX. No han sido muy favorables las llamadas reservas federales o porciones de terreno dedicadas exclusivamente para la vida de los indios, que, según el propio Kroeber, eran verdaderos corrales de toros en los principios de su instalación, en los que se recluía a los indígenas, más que para protegerlos, para que no estorbaran a los blancos, y ello explica la gran mortalidad, de los que no se escapaban de las citadas reservas.

El estudio de la toponimia tiene un gran valor por ser verdaderamente descriptivos los nombres dedicados a las entidades de población, y establece verdaderas regiones separables, como la del Norte, del Centro, del Noroeste, la Sudcentral y la Meridional, representándose en mapas los primitivos nombres y los ingleses con que han sustituido a las denominaciones indias.

El más interesante resumen del libro está en el capítulo que el autor dedica a las provincias o áreas de cultura, señalando, más bien que ellas, los centros o focos donde cada una se caracteriza por el mayor número de elementos específicos y la máxima pureza de los mismos, tanto en tipología, como en los materiales de que están hechos, y así separa, con cierta precisión, la región del Noroeste, la Central y la Meridional, añadiendo la particular del río Colorado, y la no menos curiosa del Gran Lago, y señalando el predominio de la del Noroeste y aun su separación en una fase propiamente del Norte, en otra del Pacífico y en otra del Oregón.

Sintéticamente, la cultura californiana se extiende desde Punta Concepción, por el Sur, a fundirse con el tipo central de civilización en contraposición a la otra corriente, más interesante, del Noroeste, que baja desde

Monte Sahsta hasta el cabo Mendocino y se extiende por el Este hasta Sierra Nevada, en cuyas cumbres se une ya a la llamada, de un modo genérico, del Grand Bassin; el reparto espacial geográfico en un mapa no puede admitirse como totalmente exacto, pues allí, como en todas partes, se realiza el hecho de las intrusiones o intercambios etnográficos, lo que acentúa la necesidad de estimar más bien los focos culturales, que a veces están representados por una sola tribu.

Los centros que, a partir de estos focos, se destacan más claramente en el ensayo del autor, son los del Noroeste de los indios Yurok, Karok y Hupe; el central, algo más difuso, pero bien señalado en los Pomos y Wintunes del Sur y del valle Maidú; el del Sur, verdaderamente costero, representado por los Chusmas, Gabrielinos y Luiseños, y el del río Colorado, de los indios Yuma o los Moave, sin olvidar a los típicos Dieguillos. En esta distribución aparece una cierta irregularidad entre California del Sur y la bahía de San Joaquín por una intrusión cultural distinta del todo de las que le rodean.

No es novedad, pero sí de interés, la serie de consideraciones que hace el autor entre las culturas y la fisiografía o recursos de cada país, viéndose las poblaciones en unos sitios distribuidas en las cercanías de arroyos o ríos de abundantes salmones, otras en las vegas ricas o en las islas y penínsulas y algunas en los verdaderos oasis del desierto del Colorado.—*L. de Hoyos Sáinz.*

* * *

The Winnebago Tribe.—PAUL RADIN en el 37th. *Annual Report of the Bureau of American Ethnology 1915-1916*. De 560 páginas y 58 láminas, publicado en 1924. Washington, Smithsonian Institution,

Este detallado trabajo, que colecciona multitud de datos y más aún de documentos o ejemplares auténticos de la Etnografía y el Folklore de los indios vinebagos, tiene el gran interés de plantear y resolver muchos problemas de las relaciones étnicas y culturales de la gran rama de los Siux o Dakotas, de la gran familia de los indios atlánticos, siendo estos vinebagos los de más interés por su situación central, que establece las conexiones de todos los grupos.

Fúndase el trabajo en las expediciones llevadas a cabo durante los años de 1908 a 1913 por Paul Radin que, conocedor de la lengua de estos indios, y utilizando un alfabeto de los Sauk y Fos para la interpretación de los escritos, le permitió la recogida de datos directos y la interpretación de mitologías y explicación de ceremonias litúrgicas de extraordinario interés, si bien la publicación de los datos referentes al primer punto forma parte de otro volumen. Discípulo del profesor F. Boas, de la Universidad de Colombia, ha utilizado el fecundo método empleado por éste en la recogida de materiales y obtención de representaciones gráficas, como base esencial de toda colección de etnografía.

Habitan estos indios, y refiérese el estudio por tanto, entre el río Mis-

sissippi al Oeste, y el lago Michigán al Este, y desde Bahía Verde al Norte, hasta el lago Geneva al Sur, y forman realmente la región caracterizada por la existencia de los monumentos llamados *effigimounds*, repartidos desde Dos Ríos hasta Rock-country. Estos indios, con los Misuris, Oto y los Iowa, son los que formaron la segunda de las grandes emigraciones Siux hacia el Este, de las que se han determinado con bastante exactitud, siendo la primera la de los Mandán, Hitatsa y Crow; siguieron a los que estudiamos los de la tercera emigración que fueron los Homahas, Poncas, Osages, Kansas y Kuapaves y la última la de los Dakotas y Asimbonis, que son los únicos que no confirman exactamente por los procedimientos lingüísticos el estudio de estas emigraciones.

La dificultad de determinar el punto de origen real de estas poblaciones, obliga a considerar el establecido por sus mitos que le fijan en Bahía Verde, de donde procede el Clan, que recibe el nombre de *Thunderbird* o sea pájaro del Trueno.

Es uno de los más interesantes el capítulo acerca de la Arqueología, típica por la construcción de los Mounds variables, de formas más ricas por tanto que la de los Túmulos del viejo continente, pues de los más sencillos o lineales y los cónicos o circulares se pasa a los que representan animales de todas clases, permitiéndose distinguir en estas grandes construcciones cubriendo con tierra las cámaras o sepulcros, figuras de tortugas, de pájaros, de grandes o pequeños mamíferos bien caracterizados, y muy especialmente los que reproducen la forma o silueta humana que son a los que principalmente se aplica el nombre de *effigimounds*, y que algo esparcidas en toda la región, son sin embargo especialmente característicos en las cercanías del lago Koshkonong. Son estimadas estas construcciones como de la cultura de los vinebagos desde 1850 en que fueron estudiados por Lapham y posteriormente en la expedición especial organizada para ello por C. Thomas, si bien hasta el año 1901 no se tiene un cabal y detallado estudio de estos túmulos sepulcrales, que dieron motivo a la publicación sintética acerca de ellos de Stout.

Aparte del interés peculiar de los monumentos en piedra, de los que se reproducen multitud de ejemplares en fotografías y dibujos, forma también parte de este capítulo, el estudio de los objetos de metal, y especialmente de cobre, que, a pesar de ser muy abundantes, llevan al autor a la consideración de que han sido introducidos probablemente al contacto con los europeos.

El estudio de los objetos de la cultura material forma el tercer capítulo, en el que la reproducción gráfica da lo característico en la tipología de los utensilios de caza, pesca y cultivo de la tierra, y algunos objetos usados para el transporte y los viajes, y de instrumentos muy característicos de música y juegos, aunque la más interesante, que es el estudio de los tejidos, la indumentaria y el adorno, especialmente en las múltiples prendas confeccionadas con la lana, está reducido a escasas notas, que aclaran algo a las buenas reproducciones fotográficas de algunos trajes, en los que, naturalmente, se ven influencias tan completamente extrañas al país que permiten afirmar la intrusión de elementos, no ya del resto de América del Norte, sino de Europa, y más que seguramente en algunos tejidos y

decorados de la indumentaria popular española, temas que bien merecían no sólo por lo que a este trabajo se refieren, sino por otros publicados por el mismo Bureau of American Ethnology y varias publicaciones mejicanas, un detenido estudio de las intrusiones y relaciones entre las artes populares americanas y españolas.

Como en el anterior capítulo, en los otros cuatro que siguen, la información es completísima, y no es apenas posible extractar datos por la concisión con que están redactados, siendo de notar, en el que se trata de las costumbres sociales, ciertas prácticas relacionadas con la pubertad y con la celebración del matrimonio, y el curioso hecho de declarar tabou a los suegros, tan extraño en nuestras costumbres populares. La variedad de las costumbres de entierros y funerales, así como la no muy sospechada de los velatorios que llega hasta formar el mito de las cuatro noches de velar a los muertos, justifica la extensión del capítulo sólo a estas costumbres dedicado. Las armas y costumbres de guerra y las asambleas o consejos en que éstas se discuten y aclaran, merecen también un crecido número de páginas, que, en general, como en todos estos capítulos, reproducen análogas formas a las que se presentan en los múltiples trabajos dedicados a las tribus norteamericanas por la institución que ha editado el presente.

Un poco extraño parecerá a los pedagogos clásicos el que haya un capítulo, el VII, dedicado a la educación entre los indios vinebagos, y que en él se den las tres grandes formas de educación de los niños, por verdaderos maestros, y la especial o separada que dan los padres al muchacho o a la muchacha.

La organización social está descrita en la primera parte, siendo general la complicación que supone y que será leída con provecho, por los que al estudio de las formas iniciales en el Clan se dedican, manifestándose un doble agrupamiento social y varias jerarquías, que en principio corresponden a los que «están arriba» y a los que «viven en la tierra», distinguiéndose principalmente las cinco jerarquías que comienzan en la de los animales del empíreo, siguen por la de los pájaros, los seres terrestres, los acuáticos y los subacuáticos de profundidad. En los diversos clanes, preséntanse ejemplos detalladísimos con el origen, los mitos y las canciones, de los que tienen por totem al oso, al águila, al pichón, al lobo, al venado, al alce, a la serpiente o al pez, y siendo uno de los más interesantes el que lleva el nombre del espíritu del agua.

Claro que esta complejidad social y la diversidad de jerarquías, ha de originar una enorme cantidad de instituciones ceremoniales, que en las fiestas diversas que se celebran en el clan dan motivo para el capítulo XII y en las que se lucen, no ya los blasones y escudos que se representan en las pieles de los animales, sino en los dibujos o pinturas de los sujetos que representan algún cargo especial en la comunidad.

La medicina y la curandería, así como los sortilegios, forman el capítulo X, íntimamente relacionado con el dedicado a la religión, del que son interesantes el estudio de los espíritus y sus relaciones con los hombres, especialmente en el poder que sobre ellos tienen, y en la protección que les prestan los llamados espíritus guardianes. Las leyendas y mitos de la relación de los indios con sus dioses, tiene un extraordinario interés inclu-

so literario, mereciendo destacarse una acerca de cómo Wegi-Cka trató de ver al Creador de la tierra para obtener su bendición y pedirle ayuda, como había visto y pedido a otros espíritus guardianes, pero no lo consiguió y sólo pudo ver la aparición de un resplandor de luz; conviene también destacar la leyenda de un verdadero Luzbel, al que un indio desafió, a pesar de ser, según él sabía, el que daba las enfermedades; y hay por último que citar el hecho del ayuno para obtener satisfacciones en formas completamente análogas a las de religiones del viejo continente.

Complemento del anterior capítulo es el de las sociedades religiosas o hermandades, formadas por los que han recibido religión o los que siguen al espíritu de la noche, al del búfalo, al del oso, al de un ser especial llamado Eroca; y directamente emanadas de estas cuestiones están los últimos capítulos, como el dedicado a la danza médica creada por un mito, que eleva edificios y produce multitud de objetos en ella usados.

El capítulo XV describe diversidad de formas de bailes y danzas verdaderamente ceremoniales y que son presididas y dirigidas por uno o más leaders, y como final de esta multitud de hechos del folklore religioso, estúdiase el culto de Peyote o Mescal y la fiesta del Clan único, de guerra, más complicada y larga en su ceremonial que las ideadas en el viejo continente.—*L. de Hoyos Sáinz.*

LISTA DE SOCIOS NUMERARIOS

de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía
y Prehistoria en fin de diciembre de 1926 (1).

JUNTA DIRECTIVA ELECTA PARA 1927

<i>Presidente honorario.</i>	Excmo. Sr. D. Santiago Ramón y Cajal.
<i>Presidente.</i>	D. Quintiliano Saldaña y García-Rubio.
<i>Vicepresidente.</i>	Ilmo. Sr. D. Eduardo Hernández-Pacheco.
<i>Vocal 1.º.</i>	Excmo. Sr. D. Anacleto Cabeza Pereiro.
<i>Vocal 2.º.</i>	D. Máximo Vergara y Malumbres.
<i>Tesorero.</i>	D. Francisco de las Barras de Aragón.
<i>Secretario.</i>	D. Domingo Sánchez y Sánchez.
<i>Vicesecretario</i>	D. Juan Cabré y Aguiló.
<i>Bibliotecario.</i>	D. ^a María Esperanza Galbán.
<i>Vocal vitalicio.</i>	Excmo. Sr. D. Manuel Antón y Ferrándiz.
<i>Socios vitalicio</i>	D. Emiliano de la Cruz y Díaz.
<i>Socios numerarios</i> }	Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo. †
<i>perpetuos.</i> }	Excmo. Sr. D. Rafael Salillas. †

* ALCALDE DEL RÍO (D. HERMINIO).—Director de la Escuela de Artes y Oficios de Torrelavega (Santander).—*Arqueología prehistórica*.

* ALFAYA (D.^a CONCEPCIÓN).—Profesora de la Escuela Normal de Maestras de Segovia.

* ANTÓN Y FERRÁNDIZ (EXCMO. SR. D. MANUEL).—Catedrático jubilado de Antropología. Director del Museo Antropológico. Olózaga, 5 y 7, Madrid.

* ANTÓN Y ONECA (D. JOSÉ).—Abogado. Catedrático de la Universidad de Salamanca. Olózaga, 5 y 7, Madrid.

* ARAGÓN Y ESCACENA (D. FEDERICO).—Catedrático del Instituto de Almería.

* ARÉVALO CARRETERO (D. CELSO).—Catedrático del Instituto del Cardenal Cisneros. Jefe de Sección del Museo de Ciencias Naturales. Avenida de la Plaza de Toros, 12, Madrid.

(1) Los precedidos de asterico son socios fundadores.

* AYUSO E IGLESIAS (ILMO. SR. D. MANUEL HILARIO).—Catedrático de Filosofía y Derecho. Megía Lequerica, 4, Madrid.

AZA (D. BERNARDO).—Abogado. Santullano-Villarejo (Asturias).

* BARANDIARÁN (D. JOSÉ MIGUEL DE).—Catedrático del Seminario. Director de Eusko-Folklore. Seminario Conciliar. Vitoria.

* BARNÉS SALINAS (D. DOMINGO).—Profesor de Paidología en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio. Lagasca, 121, Madrid.

* BARNÉS SALINAS (D. FRANCISCO).—Profesor Jefe de la Sección de Geografía e Historia del Instituto-Escuela. Luchana, 8, Madrid.

* BARRAS DE ARAGÓN (D. FRANCISCO).—Catedrático de Antropología de la Universidad Central. Covarrubias, 21, Madrid.

* BARREIRO Y MARTÍNEZ (P. AGUSTÍN JESÚS).—Doctor en Ciencias Naturales. General Porlier, 6, Madrid.—*Relación entre las razas y las lenguas.*

* BARTOLOMÉ DEL CERRO (D. ABELARDO).—Catedrático de Historia Natural de la Universidad de Valladolid. Princesa, 60, Madrid.

* BAUER Y LANDAUER (ILMO. SR. D. IGNACIO).—Doctor en Filosofía, Letras y Derecho. San Bernardo, 54, Madrid.

* BENEDITO Y VIVES (D. JOSÉ MARÍA).—Jefe del Laboratorio de Taxidermia del Museo de Ciencias Naturales. María de Molina, 19, Madrid.—*Ornitología.*

BENÍTEZ MELLADO (D. FRANCISCO).—Dibujante técnico de Prehistoria. Ponzano, 32, Madrid.

BENTABOL Y URETA (ILMO. SR. D. HORACIO).—Inspector jubilado del Cuerpo de Ingenieros de Minas. Bailén, 39, Madrid.—*Antropología, Etnografía y Prehistoria.*

* BOLÍVAR URRUTIA (ILMO. SR. D. IGNACIO).—Director del Museo de Ciencias Naturales. Catedrático jubilado de la Facultad de Ciencias. Diego de León, 27, Madrid.

BONSOR (D. JORGE).—Mairena de Alcor (Sevilla).

* BOSCH GIMPERA (D. PEDRO).—Catedrático de la Universidad de Barcelona. Palacio de la Diputación. Barcelona.—*Prehistoria.*

CABEZA LEÓN (D. SALVADOR).—Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Santiago.

* CABEZA PEREIRO (EXCMO. SR. D. ANACLETO).—Médico. Infantas, 22, Madrid.

* CABRÉ Y AGUILÓ (D. JUAN).—Director del Museo del Marqués de Cerralbo. Ventura Rodríguez, 2, Madrid.

* CAGIGAL MACHO (D. MARIANO).—Abogado. Paseo de Atocha, 41, Madrid.—*Prehistoria.*

CAMÓN AZNAR (D. JOSÉ).—Abogado. Doctor en Historia. Catedrático de la Universidad de Salamanca.

CAMPS CAZORLA (D. EMILIO).—Licenciado en Historia. Meléndez Valdés, 3, Madrid.

* CANDAU PIZARRO (D. FELICIANO).—Catedrático de Historia Universal. Angostillo, 4, Sevilla.

* CAÑAL MIGOLLA (EXCMO. SR. D. CARLOS).—Marqués de Paradás, 17, Sevilla.—*Arqueología prehistórica y Etnografía.*

* CARBALLO (P. JESÚS).—Doctor en Ciencias Naturales. Santander.—*Espeleología, Antropología y Prehistoria.*

CARRIAZO (D. JUAN DE M.).—Doctor en Ciencias Históricas. Del Instituto-Escuela. Prado, 10, Madrid.

CASTAÑEDA AULLÓ (D. MANUEL).—Doctor en Ciencias Naturales y en Medicina. Conde de Romanones, 13, Madrid.

* CASTEJÓN Y MARTÍNEZ DE ARIZALA (D. FEDERICO).—Catedrático de Derecho en la Universidad de Sevilla. San Fernando, 21, Sevilla.

* CASTRO BAREA (D. PEDRO).—Catedrático de la Universidad de Sevilla.

* CASTRO Y VALERO (D. JUAN DE).—Catedrático de Zootecnia de la Escuela de Veterinaria. Santa Isabel, 15, Madrid.

CÁTEDRA DE ANTROPOLOGÍA de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central.

CÁTEDRA DE BIOLOGÍA de la Universidad de Sevilla.

* CENDRERO CURIEL (D. ORESTES).—Doctor en Ciencias Naturales y Catedrático del Instituto. Concordia, 9, Santander.

COBOS GONZÁLEZ (D. JUAN).—Progreso, 40 y 42, Orense.

* CONDE DÍEZ (D. ENRIQUE).—Ingeniero Director de las Minas de Almadén. Claudio Coello, 13, Madrid.

* CRUZ Y DÍAZ (D. EMILIANO DE LA).—Ingeniero de Minas. Ribas. (Gerona).

DANTÍN CERECEDA (D. JUAN).—Catedrático del Instituto de San Isidro. Bretón de los Herreros, 31, Madrid.

DÍAZ LLANOS (D. EDUARDO).—Cánovas, 44, Huelva.—*Prehistoria.*

DÍAZ MADROÑERO Y ABAD (D. FRANCISCO).—Cárcel Modelo, pabellón, 6, Madrid.—*Antropología criminal.*

* DÍAZ-VILLAR (ILMO. SR. D. JUAN MANUEL).—Catedrático de Fisiología e Higiene. Atocha, 114, Madrid.

* DIRECTOR DE LA ESCUELA NORMAL DE MAESTROS de Burgos.

* DORESTE BETANCOR (D. FEDERICO).—Profesor Normal. Plaza de Comas, Barcelona.—*Antropología escolar.*

* DUBOIS DUPUIS (D. CARLOS).—Director del Office Commercial Français. Príncipe, 18, Madrid.—*Terrenos terciarios.*

* EGUREN Y BENGUA (D. ENRIQUE).—Catedrático de la Universidad de Oviedo.—*Antropología y Prehistoria.*

ESCUELA DE ESTUDIOS SUPERIORES DEL MAGISTERIO.—Montalbán, 20, Madrid.

ESCUELA NORMAL DE MAESTROS de Madrid.

»	»	»	de Badajoz.
»	»	MAESTRAS	de Badajoz.
»	»	MAESTROS	de Barcelona.
»	»	MAESTRAS	de Bilbao.
»	»	»	de Castellón de la Plana.
»	»	»	de Córdoba.
»	»	»	de Málaga.
»	»	MAESTROS	de Murcia.
»	»	MAESTRAS	de Segovia.

ESCUELA NORMAL DE MAESTROS de Soria.

» » » de Zaragoza.

ESTEBAN TEMPRADO (D. CARLOS).—Ex-Notario. Valdealgorfa (Teruel).—*Prehistoria*.

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL.

FERNÁNDEZ MENÉNDEZ (D. JOSÉ).—Cura Párroco de Vidiago (Asturias).

FERRER Y FORÉS (D. RAMÓN).—Abogado Fiscal de la Audiencia de Sevilla.

GALBÁN ORDÁS (D.^a MARÍA ESPERANZA).—Del Museo Antropológico. Huertas, 4, Madrid.

* GIMÉNEZ DE AGUILAR (D. JUAN).—Cronista de Cuenca. Catedrático del Instituto. Alfonso VIII, 91, Cuenca.—*Prehistoria conquense*.

GÓMEZ MARTÍ (D. PEDRO).—Director del Instituto de Reformas. Conde Salvatierra, 35, Valencia.

GÓMEZ SERRANO (D. N. PRIMITIVO).—Perito Químico. Carnicerros, 21, Valencia.

* GONZÁLEZ ALVAREZ (EXCMO. SR. D. BALDOMERO).—Doctor en Medicina. General Castaños, 4, Madrid.

GONZÁLEZ DELEITO (D. FEDERICO).—Comandante Médico Militar. Princesa, 41, Madrid.

* GONZÁLEZ DíEZ (D. ESTEBAN).—Instituto, 33, Gijón.

* GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ (EXCMO. SR. D. ANSELMO).—Profesor de la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio. Fuencarral, 106, Madrid.

* GONZÁLEZ FRAGOSO (D. ROMUALDO).—Doctor en Medicina. Jefe de Sección del Museo de Ciencias Naturales. General Alvarez de Castro, 7, Madrid.

* GONZÁLEZ SIMANCAS (D. MANUEL).—Teniente Coronel. Lista, 67, Madrid.—*Arqueología*.

* GONZÁLEZ SALAS (D. SATURIO). Monje Benedictino. Director del Museo de Silos. Real Monasterio de Santo Domingo de Silos (Burgos).—*Etnografía y Prehistoria*.

GONZÁLEZ VICENTE (D. JOAQUÍN).—Médico. Zurbano, 20, Madrid.

* HERNÁNDEZ-PACHECO (ILMO. SR. D. EDUARDO).—Catedrático de Geología de la Universidad Central. Eloy Gonzalo, 13, Madrid.—*Prehistoria*.

HERNÁNDEZ MARTÍNEZ (D. JOSÉ).—Canónigo. Profesor de Filosofía. Goicoechea, 15, Zaragoza.

HOHENLOHE LANGERBURG (PRÍNCIPE MAX).—San Bernardo, 72, Madrid.

* HOYOS SÁINZ (ILMO. SR. D. LUIS DE).—Catedrático de Fisiología. Príncipe de Vergara, 8, Madrid.—*Antropología*.

INSTITUTO DE 2.^a ENSEÑANZA DE SAN ISIDRO de Madrid.

» » de Córdoba.

» » de Palma de Mallorca.

» » de Segovia.

» » de Teruel.

INSTITUTO DE MEDICINA LEGAL de Madrid.

* IÑIGUEZ ORTIZ (D. MARIANO).—Médico del Hospital de Soria.—*Antropología*.

JEREZ VEGUERO (D. ELÍSEO).—Administrador provincial de Prisiones de Santa Cruz de Tenerife (Canarias).

JEREZ VEGUERO (D. FELICIANO).—Médico. Santa Cruz de Tenerife (Canarias).

* JIMÉNEZ ASÚA (D. LUIS).—Profesor de Derecho Penal en la Universidad Central. Claudio Coello, 102, Madrid.

* JIMÉNEZ VICENTE (D. INOCENCIO).—Catedrático de Derecho Penal en la Universidad. San Andrés, 8, Zaragoza.

JUAN Y SEISDEDOS (D. SIMÓN DE).—Director y Profesor de Ciencias de la Escuela Normal de Maestros de Burgos.

JUBERIAS PÉREZ (D. JUSTO).—Párroco de Membrillera (Guadalajara).—*Prehistoria*.

LABORATORIO DE HISTORIA NATURAL de la Universidad de Valencia.

* LAUFFER (EXCMO. SR. D. JORGE).—Juan de Mena, 5, Madrid.—*Entomología*.

* LAZA Y HERRERA (D. ENRIQUE).—Farmacéutico. Molina Lario, 4 y 6, Málaga.—*Análisis químico*.

* LEÓN Y SALAZAR (D. MAURO).—Doctor en Medicina. Glorieta de Atocha, 8, Madrid.

* LEROY (D. EDUARDO).—Doctor en Ciencias de la Universidad de Bruselas. Usines Sobray. Torrelavega (Santander).

* LÓPEZ SOLER (D. JUAN).—Teniente Coronel de E. M. Fuencarral, 50, Madrid.

LORO (D. MANUEL V. DE).—Montera, 10, Madrid.

* LOUSTAU GÓMEZ DE MEMBLILLERA (D. JOSÉ).—Catedrático de Mineralogía y Botánica. Cánovas del Castillo, 11, Murcia.

* LLANO Y ROZA DE AMPUDIA (ILMO. SR. D. AURELIO DEL).—Delegado Regio de Bellas Artes de Asturias. Fuertes Acebedo. Oviedo.—*Prehistoria y Etnografía*.

* MACIÑEIRA PARDO DE LAMA (D. FEDERICO).—Ortigueira (La Coruña).

* MAESTRE Y PÉREZ (EXCMO. SR. D. TOMÁS).—Catedrático de Medicina de la Universidad. Atocha, 33, Madrid.

* MALDONADO Y AYUSO (D. RAMÓN).—Subdirector del Cuerpo de Prisiones. Canalejas, 1, Alicante.

MARINA ENCABO (D. FRANCISCO).—Registrador de la Propiedad de Almazán (Soria).—*Prehistoria*.

MARTÍN GONZÁLEZ (D. CASTO).—Médico de Ventas con Peña Aguilera (Toledo).—*Prehistoria*.

MARTÍN JIMÉNEZ (D. JOSÉ LUIS).—Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos. García Barrados, 37, Salamanca.—*Prehistoria*.

* MARTÍN DEL VAL (D. SIMÓN).—Director de la Cárcel de Alicante. (Alicante).—*Antropología criminal*.

* MARTÍNEZ Y FERNÁNDEZ CASTILLO (D. ANTONIO).—Catedrático de Historia Natural del Instituto de San Isidro. Ferraz, 84, Madrid.

* MATURANA VARGAS (D. CARLOS).—Médico Militar. Ríos Rosas, 47, Madrid.

* MAURA Y GAMAZO (EXCMO. SR. D. GABRIEL).—Miguel Angel, 9, Madrid.

* MAYORDOMO (P. VALENTÍN, S. J.).—Profesor de Ciencias Naturales en el Colegio del Sagrado Corazón. Apartado, 66, Vigo.—*Prehistoria*.

MELCÓN (R. P. AGUSTÍN).—Agustino. Columela, 12, Madrid.

* MÉLIDA Y ALINARI (ILMO. SR. D. JOSÉ RAMÓN).—Director del Museo Arqueológico Nacional. Valverde, 36, Madrid.

MÉNDEZ BEJARANO (EXCMO. SR. D. MARIO).—Profesor del Instituto del Cardenal Cisneros. Luna, 34, Madrid.

* MERGELINA Y LUNA (D. CAYETANO DE).—Catedrático de Arqueología de la Universidad de Valladolid.—*Prehistoria*.

MODREGO CASAÚS (D. VIRGILIO).—Cura Párroco de Monterde. Calatayud (Zaragoza).

MORÁN BARDON (P. CÉSAR).—Agustino. Profesor de Historia. Convento de las Calatravas (Salamanca).

* MUÑOZ COBO ARREDONDO (D. LUIS).—Catedrático de Historia Natural del Instituto. Larios, 8, Málaga.

* NEGRETE (D. EUSEBIO).—Religioso. Columela, 12, Madrid.—*Antropología*.

* OBERMAIER (DR. HUGO).—Catedrático de la Universidad Central. Alcalá, 143, Madrid.—*Historia primitiva del hombre*.

* OCTAVIO DE TOLEDO (ILMO. SR. D. LUIS).—Decano de la Facultad de Ciencias. Velázquez, 38, Madrid.

ORTEGA PICHARDO (D. MANUEL L.).—Director de la Editorial Ibero Africano Americana. Ramón de la Cruz, 51, Madrid.—*Publicista*.

ORTÍ BELMONTE (D. MIGUEL ANGEL).—Doctor en Ciencias Históricas. Director del Museo Arqueológico de Cáceres y Profesor de la Escuela Normal de Maestros. Cáceres.

* PADRÓ GRANÉ (D. JOSÉ).—Tecnógrafo de la Facultad de Ciencias. Huertas, 70, Madrid.

PALANCAR (D. JOSÉ DE).—Doctor en Medicina y Médico Forense. Augusto Figueroa, 40, Madrid.

* PAN FERNÁNDEZ (D. ISMAEL DEL).—Catedrático del Instituto. Jardines, 14, Toledo.—*Prehistoria*.

PANIAGUA (D. JOSÉ MARÍA).—Registrador de la Propiedad. Sor Alegría, 11, Melilla.

* PARDO GARCÍA (D. LUIS).—Licenciado en Ciencias Naturales, Ayudante del Laboratorio de Hidrobiología del Instituto. Gran Vía del Marqués de Turia, 65, Valencia.—*Hidrobiología*.

PASCUAL RÍAS (D. SALVADOR).—Catedrático de Medicina y Médico Forense. Zurbarán, 5, Madrid.

* PEREIRA (D. FRANCISCO).—Profesor de la Escuela Superior del Magisterio. Carretera del Hipódromo, 43, Madrid.

* PÉREZ ARCAS (D. ANTONIO).—Doctor en Medicina. Tarazona (Zaragoza).

* PÉREZ DE PEDRO (D. FÉLIX).—Catedrático del Instituto de Baeza.—*Geología*.

* PÉREZ ROBLES (D. ANTONIO).—Alejandro González, 6, Madrid.—*Geología Etnográfica*.

PÉREZ TEMPRADO (D. LORENZO).—Secretario del Ayuntamiento de Fabara (Zaragoza).

* PLÁ CARGOL (D. JOAQUÍN).—Editor. San José, 3, Gerona.—*Prehistoria*.

PLAZA BLANCO (ILMO. SR. D. VENANCIO).—Coronel de Sanidad Militar. Paseo de las Delicias (Parque), Madrid.

* POLANCO ROMERO (D. JOSÉ).—Catedrático de Historia de España. Gran Vía, 48, Granada.

* PONS E IRURETA (D. ENRIQUE).—Catedrático del Instituto. Curia, 19, Pamplona.—*Prehistoria*.

* PORPETA LLORENTE (D. FLORENCIO).—Catedrático de Anatomía descriptiva y Embriología en la Facultad de Medicina. San Agustín, 9, Madrid.

* PULIDO Y FERNÁNDEZ (EXCMO. SR. D. ANGEL).—Secretario de la Academia de Medicina de Madrid. Arrieta, 10, Madrid.

QUINTERO Y ATAURI (EXCMO. SR. D. PELAYO).—Delegado Regio de Bellas Artes. Profesor de la Escuela de Artes Industriales de Cádiz.

* RAMÓN Y CAJAL (EXCMO. SR. D. SANTIAGO).—Presidente de la Junta de Ampliación de Estudios. De las Reales Academias de Medicina y Ciencias. Alfonso, XII, 62, Madrid.

RAMÍREZ MANISES (D. JOSÉ).—Valencia.

REMÓN Y REMÓN (D. SALVADOR).—Doctor en Medicina. Arrieta, 8, Madrid.

RIVERO E IGLESIAS (D. RICARDO DEL).—Huertas, 66, Madrid.

* RODRÍGUEZ MOURELO (ILMO. SR. D. JOSÉ).—De la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Piamonte, 14, Madrid.

* ROMANÍ Y GUERRA (D. AMADOR).—Conservador honorario de la Biblioteca Museo Balaguer. Rambla Principal, 27, Villanueva y Geltrú.—*Paletnología*.

ROMERO MARTÍN (D. JUAN MANUEL).—Jabugo (Huelva).

* RUIZ-FUNES GARCÍA (D. MARIANO).—Catedrático de Derecho Penal de la Universidad. Príncipe Alfonso, 48, Murcia.

* SALDAÑA Y GARCÍA-RUBIO (EXCMO. SR. D. QUINTILIANO).—Catedrático de la Facultad de Derecho. Princesa, 75, Madrid.—*Antropología criminal*.

* SÁNCHEZ DE TOCA (EXCMO. SR. D. JOAQUÍN).—Presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Paseo del Prado, 6, Madrid.

* SÁNCHEZ Y SÁNCHEZ (D. DOMINGO).—Doctor en Ciencias y en Medicina, Catedrático y Conservador del Museo Antropológico y Profesor auxiliar de la Cátedra de Antropología. Atocha, 96, Madrid.—*Antropología*.

* SANGRÓNIZ Y CASTRO (D. JOSÉ ANTONIO).—Secretario de Embajada. General Castaños, 3 y 5, Madrid.

SANTAMARÍA (D.^a MARÍA CRISTINA).—Profesora de la Escuela Normal de Maestras. Plaza de Cervantes, 11, Badajoz.

* SANTOS ABREU (D. ELÍAS).—Médico. Santa Cruz de Las Palmas (Canarias).—*Dipteros*.

SANZ ÉGAÑA (D. CESÁREO).—Inspector de Higiene Pecuaria. Paseo de las Choperas. Madrid.

* SANZ LÓPEZ (D. RODRIGO).—Abogado. Cervantes, 10, Madrid.

SARRIÁ GÓRRIZ (D. CASIMIRO).—Médico odontólogo. Coso, 18, Zaragoza.

SCHNEIDER (PABLO).—Librería Universal. Rambla de Cataluña, 54, Barcelona.

* SELGAS Y MARÍN (D. EZEQUIEL DE).—Doctor en Ciencias Naturales. Jorge Juan, 6, Madrid.

* SERRA VILARÓ (D. JUAN).—Director del Museo Diocesano de Tarragona. Vilamitjana, 9, Tarragona.

* SERRANO BATANERO (D. JOSÉ).—Abogado. Flora, 3, Madrid.

* SIERRA RUBIO (R. P. LORENZO).—Lope de Vega, 46 y 48, Madrid.—*Prehistoria*.

* SIRET (D. LUIS).—Ingeniero. Cuevas de Vera (Almería).—*Prehistoria*.

* STUART FITZ-JAMES FALCÓ PORTOCARRERO Y OSSORIO (EXCMO. SEÑOR D. JACOBO).—Duque de Berwik y de Alba. Princesa, 10, Madrid.

TARACENA AGUIRRE (D. BLAS).—Director del Museo Numantino. Soria.—*Proto y Prehistoria*.

TERÁN Y ALVAREZ (D. MANUEL).—Licenciado en Historia. García Luna, 12, Prosperidad (Madrid).

* TORMO Y MONZÓ (ILMO. SR. D. ELÍAS).—Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Real Academia de la Historia. Plaza de España, 7, Madrid.

* TORREMOCHA Y TÉLLEZ (D. LORENZO).—Catedrático de la Facultad de Medicina. Avenida de Alfonso XIII, 8, Valladolid.

* TUÑÓN MALLADA (D. JOSÉ MARÍA).—Dominico. Santa Inés, Zaragoza.—*Mineralogía*.

ULLMAN Y SPEYER (D.^a ANA).—Ateneo Científico y Literario. Prado, 21, Madrid.

* UREÑA SMENJAUD (D. RAFAEL DE).—Decano de la Facultad de Derecho. Claudio Coello, 39, Madrid.

UNIVERSIDAD POPULAR DE SEGOVIA.

URIA RÍU (D. JUAN).—Profesor auxiliar de la Universidad de Oviedo. Noreña (Asturias).

* VEGA DEL SELLA (EXCMO. SR. CONDE DE LA).—Hermanos Bécquer, 8, Madrid.—*Espeleología y Prehistoria*.

* VERGARA Y MALUMBRES (D. MÁXIMO).—Teniente Coronel de Infantería. Martín de los Heros, 16, Madrid.—*Paleontología humana. Antropología*.

WISHAW (D.^a ELENA).—Directora de la Escuelá Anglo-Española de Arqueología. Niebla (Huelva).

* ZUAZO Y PALACIOS (D. JULIÁN).—Abogado. Alberto Aguilera, 16, Madrid.—*Prehistoria*.

Extranjeros.

* BREUIL (M. L'ABBÉ HENRI).—Professeur d'Ethnographie Préhistorique à l'Institut de Paléontologie Humaine, 110, Rue Demours, Paris.

BRUSSOW (HERRN ALEXANDER).—Historisch-Museum Kassuaja Ploschtschadjs. Moskou-Rusia.

CORREIA (DR. VIRGILIO).—Profesor de la Universidad de Coimbra. Heliodoro Salgado, 57, Lisboa.

* DALLONI (M. MARIUS).—Professeur de l'Université d'Alger.

DELFINO (DR. VÍCTOR).—Director de la «Semana Médica», 2.254 (Córdoba). T. V. 276 (Juncal). Buenos Aires.

* ESPINOSA ABALOS (FRAY DAMASCENO).—Profesor de Ciencias Naturales y de Sociología del Colegio de la Inmaculada Concepción de La Granja. Santiago de Chile.

FISCHER (HENRI).—Doctor en Medicina. 44, Rue Adrien-Baysellance, Bordeaux.

* FRANKOWSKI (D. EUGENIO).—Doctor en Filosofía, Jefe del Laboratorio de Etnografía, Director del Museo de Etnografía. Varsovia (Polonia).

LANTIER (RAYMOND).—Musée des Antiquités Nationales. Saint German en Caye (Seine et Oisse). Francia.

* MARTÍNEZ SANTA OLALLA (D. JULIO).—Profesor de la Universidad de Bonn. Deutschland (Alemania).

* MÉNDES CORREA (DR. ANTONIO).—Catedrático de Antropología de la Universidad de Oporto.

MERINO ESPINOSA (R. P. LUCAS).—Agustino. Vía Amazonas, Iquitos (Perú).

* MESTRE (DR. ARÍSTIDES).—Profesor de Antropología. Director del Museo Antropológico Montané. Redactor Jefe de la «Revista de la Facultad de Letras y Ciencias». Universidad de la Habana (Cuba).

* NASCIMENTO (D. LUIS GONZAGA DO).—Quinta de Alfarobeira. Setubal (Portugal).

POSPISIL (PROF. DR. FRANCOIS).—Directeur de la Section Ethnographique du Musée Regional de Moravia (Mor. Zer. Museum Bruno) Moravie (Rep. Tchecoslaw).

VÉSIGNIE (MR. L.).—Coronel del Ejército francés. 35, Rue Saint Honoré. Fontainebleau.

Bajas por defunción.

ALABERN (D. ENRIQUE).—Doctor en Medicina. Palma de Mallorca.

BONILLA SAN MARTÍN (D. ADOLFO).—Catedrático de la Universidad Central. Madrid.

EJERIQUE RUIZ (D. JULIÁN).—Calaceite (Teruel).

PALLARÉS (D. MATÍAS).—Del Instituto de Estudios Catalanes. Barcelona.

SENTENACH Y CABAÑAS (D. NARCISO).—De la Real Academia de San Fernando. Madrid.

LISTA DE CAMBIOS



EUROPA

España.

Anuario de la Sociedad de Eusko-Folklore.—Revista Internacional de Estudios Vascos.—Boletín de la Sociedad de Estudios Vascos.—*San Sebastián.*

Boletín Arqueológico de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Orense.—*Orense.*

Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo.—*Santander.*

Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.—*Madrid.*

Boletín de la Real Academia Gallega.—*Coruña.*

Boletín de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes.—*Cádiz.*

Boletín de la Sociedad Española de Excursiones.—*Madrid.*

Boletín del Centro de Estudios Asturianos.—*Oviedo.*

Boletín del Instituto Geológico de España.—*Madrid.*

Boletín Pedagógico.—*Palma de Mallorca.*

Boletín y Memorias de la Real Sociedad Española de Historia Natural.—*Madrid.*

Butlletí de L'Associació Catalana d'Antropologia i Prehistoria.—*Barcelona.*

Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades.—*Madrid.*

Memorias de l'Ecole des Hautes Etudes Hispaniques.—*Madrid.*

«Nos».—Boletín Mensual de Cultura Gallega.—*Coruña-Orense.*

Real Sociedad Geográfica (Memorias de la).—*Madrid.*

Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.—*Madrid.*

Revista de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.—*Madrid.*

Universidad.—Revista de Cultura y Vida Universitaria.—*Zaragoza.*

Alemania.

Anthropologischer Anzeiger.—*Stuttgart.*

Anthropologisches Institut der Universität.—*Kiel.*

«Iberica».—Ibero-Amerikanisches Institut.—*Hamburgo.*

Volk und Rasse.—*München*.
Zeitschrift für Ethnologie.—*Berlin*.
Zeitschrift für Morphologie und Anthropologie.—*Stuttgart*.

Austria.

Mitteilungen der Anthropologischen Gesellschaft in Wien.—*Viena*.

Bélgica.

Bulletin de la Société d'Anthropologie de Bruxelles.—*Bruxelles*
Revue de l'Institut de Sociologie.—*Bruxelles*.

Dinamarca.

Festschrift unġivet af Kobenhavns Universitet i anledning af Universitetets Aarsfest.—*Kobenhavn (Copenhagen)*.

Meddelelser om Danmarks Antropologi.—*Kobenhavn (Copenhagen)*.

Mémoires de la Société Royale des Antiquaires du Nord.—*Copenhagen*.

Francia.

Association regionale pour le développement des recherches de Paleontologie Humaine et de Prehistorie.—*Lyon*.

Bulletin de la Société Prehistorique Française.—*Paris*.

Bulletin du Museum National d'Histoire Naturelle.—*Paris*.

Bulletin de la Société des Amis du Museum d'Histoire Naturelle.—*Paris*.

Bulletins et Memoires de la Société d'Anthropologie de Paris.—*Paris*.

Institut de Paleontologie Humaine.—*Paris*.

Journal de la Société des Americanistes de Paris.—*Paris*.

Revue Anthropologique.—*Paris*.

Revue d'Ethnographie et des Traditions populaires.—*Paris*.

Travaux et Memoires de l'Institut d'Ethnologie.—*Paris*.

Holanda.

Koloniaal Instituut.—*Amsterdam*.

Koloniale Volkenkunde.—*Amsterdam*.

Koninklijk Instituut voor de Taal-Land-en Volkenkunde van Nederlandsch-Indie.—*Gravenhage, s.*

Mensch en Maatschappij.—Driemaandelijksch Tijdschrift Voor.—*Amsterdam*.

Hungria.

Anzeiger der Ethnographischen Abteilung des Organischen National-Museums.—*Budapest.*

Dolgozatok Institut Archéologique de l'Université Francis-Joseph.—*Szeged.*

Éthnographische Abtheilung des Ung. National Museums.—*Budapest.*

Inglaterra.

British Museum of Natural History. Section of Anthropologie.—*London.*

«Eugenics Lecture Series».—Gatton Laboratory University College.—*London.*

«Folk-Lore».—The Folk-Lore Society.—*London.*

Proceedings of the Cambridge Antiquarium Society.—*Cambridge.*

The Journal of the Royal Anthropological Institute of Great-Britain and Ireland.—*London.*

United.—Empire.—(The Royal Colonial Institute).—*London.*

Italia.

Archivio per l'Antropologia e la Etnologia.—*Firenze.*

Archivio per la Etnografia e la Psicologia de la Lunigiana.—*La Spezia.*

Bulletino di Paletnologia italiana.—*Roma.*

Prof. Giovanni Galbiati.—Prefetto della Biblioteca Ambrosiana.—*Milano.*

Rivista di Antropologia.—*Roma.*

Polonia.

Archiwum nauk Antropologicznich.—*Warszawa (Varsovia).*

Kosmos.—Société Polonaise des Naturalistes «Kopernik».—*Lwow.*

Przegląd Antropologiczny.—Poznan 3 Aleja Molopolks 6.

Wiadomosci Archeologiczny.—(Bulletin Archeologique Polonais).—*Warszawa (Varsovia).*

Zakład Anatomii Opisowej Uniwersytetu.—*Warszawskiego.*

Portugal.

Anuario da Casa Pia de Lisboa.—*Lisboa.*

Arquivo de Anatomia e Antropologia.—*Lisboa.*

Bulletin de la Société Portugaise des Sciences Naturelles.—*Lisboa.*

Contribuições para o estudo da Antropologia Portuguesa (Instituto de Antropologia).—*Coimbra.*

Revista de Guimarães.—*Guimarães.*
O Arqueologo Portugues.—*Lisboa.*
Terra Portuguesa.—*Lisboa.*
Trabalhos da Sociedade Portuguêsa de Antropologia e Etnologia.—
Porto.

Rusia.

Journal Russe Antropologique.—*Moscou.*

Suecia.

Fornvännen Meddelanden från K. Vitterhets Historie och Antikvitets
Akademien.—*Stockolm.*
State Institute of Race Biology.—*Upsala.*

Suiza.

Anzeiger für Schweizerische Altertumschunde.—*Zurich.*
Archives suisses d'Anthropologie generale.—*Ginebra.*
Bulletin der Schweizerischen Gesellschaft für Anthropologie und
Ethnologie.—*Berna.*

Ukrania.

L'Anthropologie de l'Ukraine.—*Ukraine.*

ASIA

Arabia.

Jewish National and University Library.—*Jerusalén.*

China.

Anatomical and Antropological Association of China.—*Pekin.*

AMÉRICA

Brasil.

Revista do Museu Paulista.—*San Paulo.*

Estados Unidos.

American Archaeology and Ethnology.—*California.*

Anthropological Papers of the American Museum of Natural History.
New-York.

Annual Report of the Director.—Anthropological Series.—*Chicago.*

Papers of the Peabody Museum of American Archeology and Ethnology Harvard University.—*Cambridge.*

The American Journal of Physical Anthropology.—*Washington.*

Méjico.

El Méjico Antiguo.—*México.*

Ethnos.—Publicaciones de la Secretaría de Educación pública. Departamento de Arqueología.—*México.*

Memorias y Revista de la Sociedad Científica «Antonio-Alzate».—*México.*

República Argentina.

Anales de la Sociedad Científica Argentina.—*Buenos Aires.*

Boletín de la Academia Nacional de Ciencias.—*Córdoba.*

«Physis».—Sociedad Argentina de Ciencias Naturales.—*Buenos Aires.*

Revista del Museo de la Plata.—*Buenos Aires.*

Uruguay.

Anales del Museo Nacional de Historia Natural.—*Montevideo.*

OCEANIA

Filipinas.

Ethnological Survey Publications.—*Manila.*

RESEÑA DEL ESTADO DE LA BIBLIOTECA DURANTE EL AÑO DE 1926

El estado de nuestra Biblioteca ha sido durante el año que ahora termina menos próspero y halagador que los dos anteriores, sobre todo el último. Suponíamos de antemano, y así lo hacíamos constar en la reseña última, que el incremento quizá no sería en el porvenir tan considerable como lo fué en aquél. Mas la disminución ha sido muy superior a lo que podíamos presumir. El número de inscripciones descendió a 125 (1) de 304 que había sido el del año anterior. Hubo, por tanto, una disminución de cerca de 180 inscripciones, cifra que se aproxima a los tres quintos del total recibido el año precedente.

Y se advierte que el descenso ha alcanzado casi por igual a los trabajos monográficos y a las revistas y publicaciones periódicas; ha revestido cierta uniformidad. Aun en aquellas revistas con las cuales teníamos establecido cambio, se ha notado gran retraso y parquedad de envíos en unas y supresión total en otras.

De continuar la disminución en tal proporción, la Biblioteca sufriría gran quebranto; porque no teniendo otro medio de enriquecimiento, al menos por ahora, que los donativos y cambios, languidecería notablemente a medida que esas fuentes de ingreso se debilitasen, sobre todo en las proporciones en que ahora ha ocurrido.

La natural zozobra que ese fenómeno produjera en nuestro ánimo, nos indujo a pensar cuál o cuáles pudieran ser las causas de tan acentuada disminución, y aun cuando no estamos seguros de haberlas encontrado todas, hemos hallado una que sin duda ha sido la más poderosa.

Teniendo en cuenta los informes suministrados por la Secretaría, parecía indudable que el gran incremento advertido en el ingreso de publicaciones para la Biblioteca había sido consecuencia de la activa propaganda llevada a cabo en los años anteriores, remitiendo con profusión nuestras ACTAS y MEMORIAS a los diferentes centros científicos análogos a esta

(1) Se añadieron 22 después de celebrada la sesión de diciembre. Por eso no concuerda el número que consignamos aquí con el correspondiente del acta, que era 103.

institución. A esa propaganda respondían, entidades y autores, enviándonos sus trabajos respectivos.

Mas como por circunstancias de todos conocidas, que no pudimos evitar, hubo de transcurrir más de un año sin que apareciera ningún número de nuestra publicación, sobrevino como consecuencia la retracción de muchos y la suspensión definitiva de otros envíos.

Si ello fuese así, si no hubiese otras concausas determinantes de la enorme baja en los envíos, es de esperar que cuando el equilibrio se restablezca, cuando pongamos al corriente nuestra publicación y sigan apareciendo en ella trabajos tan interesantes como los ya publicados, cuando reanudemos el cambio, ahora casi interrumpido por completo, volverá a crecer el ingreso de trabajos y revistas en la Biblioteca hasta recobrar los números antes alcanzados, si no es que llegamos a superarlos.

El índice de las publicaciones recibidas durante el año último es el siguiente:

Adaro y Magro (Luis).—*Atlas del estudio estratigráfico de la cuenca hullera asturiana.* (Instituto Geológico de España). Madrid, 1926.

Aichel (Otto).—*Kritische Bemerkungen über den sog. «Homo Kiliensis».* (Sonderd. ans den *Verhandlungen der Gesellschaft für Physische Anthropologie*, 1926.) Stuttgart, 1926.

Aichel (Otto).—*Über den sogenannten «Homo Kiliensis» von Poppenbrügge.* (Sonder. ans *Die Heimat*, 36 Jahrgang, Nr. 8.)

Aichel (Otto).—*Über Feuerbohrtechnik in Chile und ihre Verwendung durch die Landbevölkerung in hentiger Zeit.* (Conférence faite an XXI^e Congrès international des Américanistes. Sesi3n de Göteborg, 20-26 août 1924.)

Aichel (Otto).—*Zur Frage der Entstehung abnormes Schädelformen.* (Sonder. aus den *Verhandlungen der Gesellschaft für Physische Anthropologie*, 1926.) Stuttgart, 1926.

Aichel (Otto).—*Über Inzueht beim Menchen.* (Sonder. aus den *Reichs-Gesundheits blat*, 1926, Nr. 40-41.)

American Journal of Physical Anthropology.—Washington, vol. VIII, núm. 4, vol. IX, 1926, núms. 1 al 4.

Anales del Museo de la Plata.—Tomo II, entrega 1.^a. Buenos Aires, 1925.

Anales del Museo Nacional de Montevideo. (*Actual Museo de Historia Natural.*)—Serie II, tomo II, entregas 1.^a y 2.^a.

Anthropologischer Anzeigert.—Jahrgang II, Heft 4 (1925); Jahrgang III, Heft 1-2-3 (1926). Stuttgart.

Anthropological Papers of the American Museum of Natural History.—Volumen XXIII, part. VII, 1925.

Anthropologie (L') de l'Ukraine.—Vol. I et tom. II (1926). (En ruso.)

Aranzadi (Telesforo), Barandiarán (Miguel) y Eguren (Enrique de).—*Exploraciones de la Caverna de Santimamiñe (Basondo: Cortézubi).* 1.^a Memoria. (Junta de Cultura de la Excma. Diputación de Vizcaya.) Bilbao, 1925.

Arezzo (D.), Pignotti (L.), Angelucci (A.), Pasqui (U.) y Vurani (U.).—*Y Vasi Aretine.* (I fittili figurati della fornace di Marco Perennio.) 1921.

Arquivo de Anatomia e Antropologia.—Fundado pelo Prof. H. de Vilhena. Vol. IX, núm. 1, 1924.

Asociación Española para el Progreso de las Ciencias.—Congreso de Coimbra. Tomo VI. *Notas antropológicas por D. Francisco de las Barras.*

Aulló Costilla (Manuel).—*Excavaciones arqueológicas en diversos yacimientos sitios en las provincias de Segovia y de Córdoba.* 1925.

Barreiro (P. Agustín Jesús).—*Historia de la Comisión científica del Pacífico (1862 a 1865).* (Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas.) Madrid, 1926.

Beyer (Hermann).—*Apuntes sobre el jeroglífico maya EK, «Negro».* Un fascículo en 4.^o. *Über den altmexikanischen, Federschmuck Momoyactli.*

Bijdragen tot de Taal-Land-en Volkerkunde van Nederlandsch-Indie.—Deel 81, Aflevering's-Gravenhage 81-1-4; deel 82-1-2 (1926).

Bird (T. Baldwin).—*Körpergewichts-Körpergroben-und Alterstabelten nord-americanischer Hinder-Sonder.* Jahrg II, Heft 3, 1925.

Blázquez y Delgado-Aguilera (Antonio) y Blázquez y Jiménez (Angel).—*Exploraciones en las vías romanas de Bergido a Asturica y de Cataluña, Valencia y Jaén.* (Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades.) 1925.

Boletín arqueológico de la Comisión provincial de Monumentos históricos y artísticos de Orense. — Tomo VII, núms. 163, 164, 165 (1925), 166, 167 y 168 (1926).

Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de la República Argentina.—Tomo XXVIII, entregas 1.^a, 2.^a (1925), 3.^a y 4.^a (1926).

Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.—Segunda época. Madrid. Núms. 76 (diciembre de 1925), 77, 78 y 79 (1926.)

Boletín de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes.—Tercera época. Núm. 26. Cádiz, 1926.

Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural. Madrid. Tomo XXV (1925), núm. 9; tomo XXVI (1926), núm. 1 a 4, 6 y 7.

Boletín de la Sociedad de Estudios Vascos. (Eusko-Ikaskuntza'ren-Deia.) IV Iruilabetea. 4.^o trimestre (1925); 1.^o, 2.^o y 3.^o trimestres (1926).

Boletín de la Sociedad Española de Excursiones. (Arte, Arqueología, Historia). Madrid. Año XXXIII, 4.^o trimestre (1925); año XXXIV, 1.^o al 4.^a trimestres (1926).

Boletín del Instituto Geológico de España.—Tercera serie: Tomo VI, 1926.

Bosch y Gimpera (Pedro).—*Historia de Oriente*. Vol. I. (Historia Universal. Edad Antigua.) Barcelona, 1927.

Botella Candela (Ernesto).—*Excavaciones en la «Mola Alta» de Serelles (Alcoy)*. (Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, núm. 9 de 1924-25. Número general, 79.)

Bulletin de la Société Préhistorique française.—Paris. Tom. XXII, núms. 6 a 12 (1925), y tom. XXIII, números 1 a 10 (1926).

Bulletin de la Société Suisse d'Anthropologie et d'Ethnologie, 1925-1926.

Bulletins et Memoires de la Société d'Anthropologie de Paris.—Série VII, tom. V, fascs. 1-2-3 (1924); tom. VII, fascs. 1-2-3 (1925).

Bulletino di Paletnologia italiana.—Roma. Anno XLVI (1925). Indice. Anno XLVI (1926), fasc. 1.

Cabré (Juan).—*Los bronce de Azaila*. (Del Archivo Español de Arte y Arqueología, núm. III, 1925.)

Clews Parsons (Elsie).—*Winter and Summer Dance Series in Zuñi in 1918*. (Univers. of California Public. in American Archaeology and Ethnology. Vol. XVII, núm. 3.) Berkeley, 1922.

Conferencias y reseñas científicas de la Real Sociedad Española de Historia Natural.—Tomo I, núm. 2. Madrid, 1926.

Congrès International de Géographie. (Union géographique internationale.)—Le Caire. Abril de 1925. Tom, II, III y IV.

Earle Goddard (Pliny).—*Habital of the Pitch Indian. A Wailaki Division*. (Univers. of California Public. in American Archaeology and Ethnology. Vol. XVII, núm. 4.) Berkeley, 1924.

Eerde (J. C. van).—*Koloniale Volkenkunde*. (Koninklijk. Kolonial Institut te Amsterdam.) Mededeeling. Núm. 1. Afd. Volk. Núm. 1, 1926.

Enrico Hillyer (Giglioli).—*La Collezione etnografica*. Parte 1.^a y parte 2.^a. Dos tomos.—*Materiali per lo studio della «Eta de la Pietra» di tempi preistorici all'epoca attuale*, 1914. Un tomo.

Eusko-Folklore.—(Publicación de Eusko-Ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos. Materiales y cuestionarios.) Vitoria. Año VI, núms. 61 a 64, 1925.

Eusko-Ikaskuntza.—Sociedad de Estudios Vascos, 1924-1926. Memoria de la Sociedad. Estado de la Caja. Títulos y cargos. Lista de socios. Biblioteca y publicaciones. San Sebastián, 1926.

Field Museum of Natural History.—Report Series. Chicago. Vol VI, núm. 4 (1925); vol. VI, núm. 5 (1926).

Fornvännen Medelanden från K. Vitterherts Histoire och Antikvitets Akademi.—Under redaktion av Sigurd Curman. (Argangen 20.)

Frassetto (Prof. Fabio).—*Nuevo colaborador extranjero de La Semana Médica*. Buenos Aires, 1926. (Un folleto.)

Gedenkschrift.—*Honinklijk Instituut voor de Taal-Land-en Volkenkunde van Nederlandsch-Indie*. S-Gravenhage. 75 Jarig. Restaan, 4 juni 1926

Gil Vicente.—*Revista mensual literaria e de cultura nacionalista*. Nums. 7 e 8, 2.^a Serie, 1926. Guimaraes.

González Simancas (Manuel).—*Las fortificaciones de Numancia*. (Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades.) 1926.

Guida per il visitatore del Museo Preistorico. (Direzione dei Musei di Perugia.) Perugia, 1926.

Iberica.—*Zeitschrift für spanische und portugiesische auslandskunde Organ des Ibero-Amerikanischen Instituts, Hamburgo*. Band IV. Heft 1 (1925). Band V. Heft 1-2-3-4 (1926).

Journal Russe d'Anthropologie.—Tome XIV, livre 1-2. Moscou-Leningrad, 1925.

Koninklijk Instituut voor de Taal-Land-en Volkenkunde van Nederlandsch-Indie, 1926.

Koninklijke Vereeniging.—«Kolonial Instituut.» Amsterdam. Vertiende Jaarverslag, 1925.

Kosinski (Karol).—*On the cutaneous nerves of the human leg and foot (metazonal region)*. (Institut nauk Antropologiez nich.) Warszawa. Wilno, 1925.

Kroeber (A. L.).—*Archaic Culture Horizons in the Valley of Mexico*. (University of California Publications in American Archaeology and Ethnology. Vol. XVII, núm. 7.) Berkeley, California, 1925.

Kroeber (A. L.).—*California Culture Provinces*. (University of California Public. in American Archaeology and Ethnology. Vol. XVII, núm. 2.) Berkeley, 1920.

Kroeber (A. L.) and Duncan Strong (William).—*The Uhle Collections from Chincha.*—*Uhle (Max).*—*Explorations at Chincha*. (University of California Publications in American Archaeology and Ethnologie. Vol. XXI, núms. 1-2.) Berkeley, California, 1924.

Kroeber (A. L.).—*The Uhle Pottery Collections from Moche and the Uhle Pottery Collections from Supe*. (University of California Public. in American Archaeology and Ethnology. Vol. XXI, núms. 5 and 6.) Berkeley, California, 1925.

Kroeber (A. L.) and Duncan Strong (William).—*The Uhle Pottery Collections from Ica. With three Appendices by Max Uhle*. (University of California Publications in American Archaeology and Ethnology. Vol. XXI, núm. 3.) Berkeley, California, 1924.

Lahille (Fernand).—*Matériaux pour servir à l'Histoire des Oonas Indigènes de la Terre de feu (planches)*. Suplemento del tomo XXIX de la *Revista del Museo de la Plata*, 1926.

Loê (Le Bon. de).—*Notice sur le cimetière franc du Siège de «La Garenne» à Maurage (Hainaut)*. (Société anonyme des Charbonnages de Mourage.) Bruxelles, 1926.

Loê (Le Bon. de) et Rahir (E.).—Ottenbourg & Boitsfort. Deux stations neolithiques du Brabant avec nécropole à incineration. (Bull. de la Société Belge d'Anthropologie. Bruxelles, 1924.)

López Soler (Juan).—Las Mariñas (1.^a parte). Un paseo por La Coruña. Conferencia dada ante la Real Sociedad Geográfica el 8 de marzo de 1926. (Real Sociedad Geográfica, publicaciones.)

Loth (Edward).—Téorie konstitutionalismu a soucasné názory na normalní stavbu tela lidského. Zvlastní otisk z Anthropologie, II, 1924. Praha.

Loud (Llewellyn L.).—The Stge Munds at Richmond, California. (Univers. of California Public. in American Archaeology and Ethnology. Vol. XVII, núm. 6.) Berkeley, 1924.

Lundborg (Dr. Herman).—Hybrid Types of the humane Race. (Reprint from the Journal of Heredity. Vol. XII, núm. 6.) Washington, 1921.

Lundborg (Dr. Herman).—Racial Structure of the Finns of the Northernmost Part of Sweden. A short Analysis and a preliminary. Survey (State Institute for Race Biology. Uppsala, Sweden).

Lundborg (Dr. Herman).—Rassenbiologische Übersichten und Perspektiven. Jena, 1921.

Lundborg (Dr. Herman).—Rassen-und Gesellschafts probleme in Genetischer und Medizinischer Beleuchtung. (Separat ur Hereditas, I, 1920.)

Lundborg (Dr. Herman).—The Sins of Industry against the Race. (Reprinted from Social Hygiene. Vol. VII, núm. 3, July 1921.)

Lundborg (Dr. Herman).—The Swedish State-Institute of Racebiology. (Reprint in Acta Medica Scandinavica. Vol. LVI, fasc. IV, 1922.)

Lundborg (Dr. Herman).—Über Rassenmischungen, Sippschafts-und Stammehen. Eine kurze Musterung und Übersichte. (Sonderans den Archiv für Franenkunde und Eugenik.) Würzburg, 1915.

Lundborg (H.) and Kunnström (J.).—The Swedish Nation in Word and Picture. Stockholm. Sweden, 1921.

Lupatelli (Prof. Angelo).—Guida illustrata di Perugia con una nova e accurata-pianta della città. (Seconda edizione corretta ad ampliata.) Perugia.

Lupatelli (Prof. Angelo).—La necropoli Etrusca Romana del Palazzone ed il monumentale ipogeo della famiglia volunnia. Presso Perugia, 1919.

Maciñeira (Federico).—Artículo en el diario «La Voz de Galicia». Coruña, 1926.

Martínez Santa Olalla (Julio).—Orígenes de Valladolid. Valladolid, 1926.

Mélida (José Ramón).—El circo romano de Mérida. 1925.

Memoires de la Société Royale des Antiquaires du Nord.—Copenhague. Nouvelle série, 1925-1926-1927.

Memorias de la Real Sociedad Española de Historia Natural.—Tomo XIII, Memoria 1.^a, por A. Casares Gil, 1925.

Memoria del Instituto Geológico de España.—Criaderos de hierro en España, tomo V.—*Hierros de Almería y Granada*, tomo I, 1925.

Memorias y Revista de la Sociedad científica «Antonio Alzate».—Tomo XLIV, núms. 7 al 12 (1924) y 3-8-9-12 (1925).

Mendes Correa (A. A.)—Antropologia aplicada. Extracto del fasc. I do vol. III dos Trabalhos da Sociedade Portuguesa de Antropologia e Etnologia. Porto, 1926.

Mendes Correa (A. A.)—As tentativas de definição bioquímica da raça e do individuo. (Separata de *A Aguiá*, núms. 37 a 48, 1926.)

Mendes Correa (A. A.)—Le normal delinquant et la crise morale. Extr. de la *Revue Anthropologique*. Année 37, núms. 7-9, 1926. Paris.

Mergelina (Cayetano de)—El Sanatorio Hispano de la Sierra de Murcia. (Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, núm. 7 de 1924-25; número general, 77.)

Méjico antiguo (El).—Revista internacional de Arqueología, Etnología, Folklore, Prehistoria, Historia antigua y Lingüística mejicanas publicado por Hermann Bayer. Méjico, tomo II, núm. 10, noviembre 1926.

Mitteilungen der Anthropologischen Gesellschaft in Wien.—Heft I al VI, Band LVI, 1926.

Moss (C. R.)—Nabaloi Tales. (Univers. of California Public. in American Archaeology and Ethnology. Vol. XVII, núm. 5.) Berkeley, 1924.

Nos.—Boletín mensual da cultura gallega. Orense, 1926. Año VIII, núms. 33-34.

Phoebe Apperson Hearst—Memorial Volume. (University of California Publications in American Archaeology and Ethnology. Vol. XX.) Berkeley, California, 1923.

Pigorini (In honore di Luigi).—*Un maestro di scienza e d'italianità*. Roma, 1925.

Ponsell Cortes (Fernando)—Excavaciones en la finca «Mas de Menente», término de Alcoy (Alicante). (Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, número 8 de 1924-25; número general, 78.)

Quintero Atauri (Pelayo)—Excavaciones en extramuros de Cádiz. (Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, núm. 6 de 1924-25; número general, 76.)

Radin (Paul)—The Sources and Authenticity of the History of the ancient Mexicans. (Univers. of California Public. in American Archaeology and Ethnology. Vol. XVII, núm. 1.) Berkeley, 1920.

Radin (Paul)—Wappo Texts. First Series. (Univers. of California Public. in American Archaeology and Ethnology. Vol. XIX, núm. 1.) Berkeley, 1924.

Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.—Órgano del Cuerpo facultativo del Ramo. Tercera época. Año XXIX, julio a diciembre de 1925; año XXX, enero a diciembre de 1926.

Revista de Guimarães.—Publicato da Sociedade Martins Sarmento. Vol. XXXV (1925), núms. 3-4; vol. XXXVI (1926), núms. 1-2.

Revista de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid.—Tomo XXII (1926), cuads. 3.º y 4.º; tomo XXIII (1926), cuad. 1.º.

Revista del Museo de la Plata.—Director, Dr. D. Luis María Torres. (Universidad de la Plata.) Tomos XXVIII y XXIX, serie 3.ª, tomos IV y V. Buenos Aires, 1924-1925.

Revista internacional de Estudios Vascos.—Publicación de Eusko-Ikaskuntza, Sociedad de Estudios Vascos. París-San Sebastián. Año XIX, tomo XVI, núm. 4, octubre-diciembre de 1925; año XX, tomo XVII, núm. 1, enero-marzo, y núm. 3, julio-septiembre de 1926.

Revue Anthropologique.—Organe de l'Institut International d'Anthropologie. Année 35, núms. 10-12 de 1925; année 36, núms. 1-9 de 1926.

Revue de l'Institut de Sociologie (Université de Bruxelles).—Sixième année, tome I, núm. 1, juillet; núms. 2-3; tome II, núms. 1-2 (1926).

Rivista di Antropologia.—Atti della Società Romana di Antropologia. Volumen XXVI. Roma, 1924 y 1925.

Román (Carlos).—*Excavaciones en Ibiza.* (Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, núm. 10 de 1924-25; número general, 80.)

Schlaginhaufen (Otto).—*Ein Pfahlbauerschädel and dem Gebiete des Moosseedorfsées.* (Separat. aus *Bulletin der Schweiz. Gesellschaft für Anthropologie und Ethnologie*, 1925-26.)

Seirós Cumha (Adella).—*Grupos hemáticos nos Portugueses.* Tese de doutoramento apresentada a Faculdade de Medicina de Porto, 1926.

Serra Vilaró (Juan).—*Cerámica en Abella, primer taller de «Terra Sigillata» descubierto en España* (1925).

Sociedad de Estudios Vascos.—Asamblea de pesca. Un cuaderno (1925). Programa del Congreso del 25 de julio de 1926.

Taracena (Blas).—*Excavaciones en diversos lugares de la provincia de Soria.* (Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades.) 1926.

Thayer Ojeda (Luis).—*Ensayo de traducción del Plomo de Alcoy.* Valparaíso, 1926.

The Journal of the Royal Anthropological Institute.—Vol. LV, 1925, july-december.

Trabalhos da Sociedade Portuguesa de Antropologia e Etnologia.—Porto. Vol. II, fasc. III y IV; vol. III, fasc. I, 1926.

Travaux de l'Institut d'Anthropologie de l'Université de Moscou.—Suplement au *Journal Russe d'Anthropologie.* Moscou, 1925.

United Empire.—*The Royal Colonial Institute Journal.* London, W. C. Vol. XVI, núm. 12, 1925; vol. XVII, núms. 1 a 12, 1926.

Universidad.—*Revista de cultura y vida universitaria.* (Publicación trimestral.) Año III, núm. 3. Zaragoza, julio, agosto y septiembre de 1926.

Verneau (René).—*Les origines de l'humanité.*

Wiadomości Archeologiczne.—*Bulletin Archéologique Polonais.* Warszawa (Varsovie). Tom. (Vol.) IX, Zesz (Livrs.) 1-2-3-4, 1924-1925.

Winslow Gifford (Edward).—*Californian Anthropometry.* (University of California Publications in American Archaeology and Ethnology. Vol. XXII, núm. 2.) Berkeley, California, 1926.

Winslow Gifford (Edward).—*Californian Kinship Terminologies.* (University of California Publications in American Archaeology and Ethnology. Vol. XVIII., Berkeley, 1922.

Winslow Gifford (Edward).—*Clear Lake Pomo Society.* (University of California Publications in American Archaeology and Ethnology. Vol. XVIII, núm. 2.) Berkeley, California, 1926.

Zeitschrift für Ethnologie.—Organ der Berliner Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte. Berlin. Jahrg. 57, Heft 1-6 (1925); Jahrg. 58) Heft 1-2 (1926).

El Bibliotecario,

DOMINGO SÁNCHEZ Y SÁNCHEZ

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN LAS

Actas.

	Páginas.
<i>Acta de la XXXVI sesión: 26 de enero de 1926.</i>	
JUNTA DIRECTIVA.—Toma de posesión de la Directiva	5
SECRETARÍA.....	5
TESORERÍA.—Informe de la Comisión revisora de cuentas.....	5
PRESIDENCIA.—Comunicación a la SOCIEDAD del fallecimiento de D. Adolfo Bonilla y San Martín	6
ANTÓN Y FERRÁNDIZ.—Necrología del Sr. Bonilla, inserta en la comunicación número 49.....	6 y 7
DÍAZ DEL VILLAR.—Adhesión a lo expuesto por el Sr. Antón.....	6
PRESIDENCIA.—Acuerdo de que conste en acta el sentimiento de la SOCIEDAD por la muerte del Sr. Bonilla	6
HOYOS SÁINZ.—Presentación de un trabajo del Sr. del Pan titulado: <i>Datos prehistóricos y etnológicos recogidos en algunos pueblos comarcanos de los montes de Toledo</i> . Memoria XLV.....	6
BARREIRO.—Anuncio de su disertación acerca de: <i>Palabras polinesas en algunas lenguas americanas</i>	6
<i>Acta de la XXXVII sesión: 24 de febrero de 1926.</i>	
SECRETARÍA.....	11
PRESIDENCIA.—Acuerdo para adquirir la medalla acuñada en homenaje a D. Angel Pulido y presentación de D. Quintiliano Saldaña.	11
BARREIRO.—Disertación con el tema: <i>Algunas consideraciones acerca de la lengua Oromónica y otras del mismo grupo que se hablan en varias regiones de Abisinia</i> . Com. núm. 50.....	11 y 12
HOYOS SÁINZ.—Conformidad a lo expuesto por el P. Barreiro y presentación de una nota bibliográfica.....	11
AYUSO.—Lectura de la Memoria de la Srta. Martín-Ayuso Navarro titulada: <i>Noticias del Primer Congreso General del Niño celebrado en Ginebra del 25 al 30 de agosto de 1925</i> . Memoria XLVIII	12

Acta de la XXXVIII sesión: 24 de marzo de 1926.

SECRETARÍA.....	14
PRESIDENCIA.....	14
BAUER.—Donativos a la SOCIEDAD.....	14
VERGARA.—Presentación de la Memoria del Sr. Reca sobre el: <i>Yacimiento de Aitzorrotz</i> . Memoria LII.....	14
SÁNCHEZ Y SÁNCHEZ.—Nota bibliográfica acerca de: <i>La Caverna de Santimamiñe (Basondo: Cortézubi)</i>	15
BARREIRO.—Disertación referente a la obra del Dr. Francisco Hernández: <i>De antiqua ibus Novae Hispanie</i>	15
Presentación de un trabajo del Sr. Hoyos sobre antropometría escolar.....	15

Acta de la XXXIX sesión: 28 de abril de 1926.

SECRETARÍA.....	16
SALDAÑA.—Propuesta de un homenaje al Prof. Schulten con la intervención del señor Carriazo y de la Presidencia.....	16
BARRAS.—Nota bibliográfica y proposición a la SOCIEDAD para que se interese por el descubrimiento de los restos humanos fósiles descubiertos por el P. Carballo.	17
BARREIRO.—Continuación de su anterior disertación.....	17

Acta de la XL sesión: 26 de mayo de 1926.

SECRETARÍA.....	18
BAUER.—Donativos a la SOCIEDAD:.....	18
ANTÓN Y FERRÁNDIZ.—Celebración en Madrid del XV Congreso internacional de Antropología y de Arqueología Prehistórica.....	18
SÁNCHEZ Y SÁNCHEZ.—Felicitación al Sr. Obermaier.....	18
BARREIRO.—Continúa su disertación acerca de los naturalistas españoles en América.....	18
CARRIAZO.—Memoria titulada: <i>Las ideas sociales de Juan Luis Vives</i>	19
BARRAS.—Relato de su viaje a las Islas Canarias titulado: <i>Notas de una breve excursión a las Islas Canarias</i> . Memoria L.....	19
HOYOS SÁINZ.—Proposición para que la SOCIEDAD solicite al Prof. Verneau un trabajo sobre las diversas razas de las Canarias.....	19

Acta de la XLI sesión: 26 de septiembre de 1926.

SECRETARÍA.....	20
TESORERÍA.—Solicitud de un socio de número para ser inscrito como <i>vitalicio</i> y acuerdo de la SOCIEDAD de que puedan nombrarse socios vitalicios mediante la cuota de <i>doscientas cincuenta pesetas</i>	20
PRESIDENCIA.—Explicación acerca del retraso de la impresión de las publicaciones de la SOCIEDAD.....	20
BARREIRO.—Resumen de su: <i>Historia de la Comisión Científica del Pacífico</i>	20

SÁNCHEZ Y SÁNCHEZ.—Propuesta de felicitación al P. Barreiro y de un voto de gracias por el donativo de un ejemplar de su obra.....	21
SÁNCHEZ Y SÁNCHEZ.—Disertación verbal acerca del pandero salmantino, con la intervención del P. Barreiro.....	21
BARRAS.—Presentación de varias notas bibliográficas y noticia de su excursión a Mairena de Alcor y a otras localidades del Sur de España.....	22
CABEZA.—Presentación de su Memoria: <i>Estudio craneológico y craneométrico de una serie de cráneos de la Micronesia existentes en el Museo de Historia Natural de la Universidad de Santiago</i> . Memoria XLIX.....	23
BAUER.—Donativos a la SOCIEDAD.....	23

Acta de la XLII sesión: 27 de octubre de 1926.

SECRETARÍA.....	24
HOYOS SÁINZ.—Conclusiones acerca de los restos humanos de Quesada.....	24
BARREIRO.—Presentación de la Memoria del P. Melcón, titulada: <i>Notas sobre los ritos fúnebres de algunas regiones del Asia Central</i> . Memoria XLVI.....	24
BARRAS.—Anuncio de sus dos Memorias: <i>Cráneos y huesos de una cueva de Torrelaguna y Serie de cráneos de Alcázar del Rey (Cuenca)</i>	24
LÓPEZ SOLER y BAUER.—Donativos a la SOCIEDAD.....	24

Acta de la XLIII sesión: 24 de noviembre de 1926.

SECRETARÍA.....	25
HOYOS SÁINZ.—Presentación de su Memoria: <i>Seroantropología: Los nuevos métodos de investigación del parentesco en los grupos humanos</i> , y de varias notas bibliográficas.....	25
BARREIRO.—Presentación y síntesis de la Memoria del P. Melcón: <i>La historia de un diluvio en China</i> . Memoria LI.....	25
BARREIRO.—Donativo de dos fotografías de momias, de Colombia, y anuncio del envío de una Memoria del Sr. F. Menéndez, de Vidiago.....	26
CABRÉ.—Disertación acerca de <i>Las estilizaciones de aves y caballos en Azaila</i> , Memoria XLIII, con la intervención de los Sres. Ayuso y Carriazo.....	26
BAUER.—Donativo a la SOCIEDAD de un autógrafo de Darwin.....	26
BARREIRO.—Presentación de la Memoria del Sr. Hernández: <i>El arte prehistórico devanense</i> . Memoria LIII.....	26
BARRAS.—Nota bibliográfica y noticia del fallecimiento del Sr. Alabern y encargo de la SOCIEDAD al Sr. Sánchez y Sánchez de la nota necrológica de dicho socio.	27
SÁNCHEZ Y SÁNCHEZ.— <i>D. Enrique Alabern</i> . Nota necrológica. Com. núm. 51.....	27

Acta de la XLIV sesión: 9 de diciembre de 1926.

SECRETARÍA.....	29
TESORERÍA.....	29
BIBLIOTECA.....	30
RENOVACIÓN DE LA JUNTA DIRECTIVA.....	31

CARRIAZO.—Presentación de la Memoria del Sr. Mergelina sobre la: <i>Necrópoli hispano-romana de Baelo</i>	32
CAMPS.—Lectura de su comunicación: <i>Bailes y juegos de Teruel en el siglo XVIII.</i> :	32

Notas bibliográficas:

<i>The Swedish State Institute for Race Biology</i> , Lundborg (M. D.) et Linders (F. T.): Barras de Aragón.....	33
<i>O Musculo Palmar Delgado</i> , Espregueira Mendes (J. de): Barras de Aragón ..	34
<i>Blodgruppsundersökning av luppur i ge sverige och den darvid anvanda tekniken</i> , Schött (E. D.): Barras de Aragón.....	35
<i>Om Halmotest och Hamagglutinin Astra</i> , Schött (E. D.): Barras de Aragón..	35
<i>La vie des Mamifères et des Hommes Fossiles. Dechiffrée a l'aide de l'Anatomie et de la physiologie comparées de l'appareil masticateur</i> , Sanielevici (H.): Barras de Aragón.....	35
<i>Origenes de Cirugia portuense</i> , Hernani (M.): Barras de Aragón.....	38
<i>O Bicipite Braquial</i> , Esteves Guimaraes da Silva Leal (M.): Barras de Aragón.	39
<i>Notas de Camptometria nos Crânios Portugueses</i> , Cunha (A. J. da): Barras de Aragón.....	39
<i>Exploraciones de la caverna de Santimamiñe (Basondo: Cortézubi)</i> , Aranzadi (T. de), Barandiarán (J. M. de) y Eguren (E. de): Sánchez (D.).....	39
<i>Contribuições para o Estudo da Antropologia Portuguesa. V. Os antigos habitantes das Canarias nas suas relações com a Antropologia Portuguesa</i> , Tamagnini (E.): Sánchez (D.)	41
<i>Contribuições para o Estudo da Antropologia Portuguesa. VI. Descrição de un crânio guanche existente no Museu Antropológico de Coimbra</i> , Barros e Cunha (J. G.): Sánchez (D.).....	41
<i>Historia de la antigüedad.—Primera parte: Historia de Oriente</i> , Bosch Gimpera (P.): P. Barreiro.....	42
<i>Bureau of American Ethnology. Thirty-Eighth Annual Report of the 1916-1917</i> , Hoyos Sáinz (L. de).....	43
<i>A study of certain oriental series of crania including the nepalese and tibetan series in the Bristish Museum (Natural History)</i> , Morant (G. M.): Hoyos Sáinz (L. de).....	47
<i>Developpement Croissance</i> , Mac-Auliffe (L.): Hoyos Sáinz (L. de).....	49
<i>Handbook of the Indians of California</i> , Kroeber (A. L.): Hoyos Sáinz (L. de).	51
<i>The Winnebago Tribe</i> , Radin (P.): Hoyos Sáinz (L. de).....	54
Lista de socios numerarios de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, en fin de diciembre de 1926.....	58
Lista de cambios.....	67
Reseña del estado de la Biblioteca durante el año de 1926.....	72

ILUSTRACIONES

49. D. Adolfo Bonilla y San Martín. Nota necrológica: Don Adolfo Bonilla y San Martín.....	7
--	---

SOCIEDAD ESPAÑOLA
DE
ANTROPOLOGÍA
ETNOGRAFÍA Y PREHISTORIA

MEMORIAS

LAS ESTILIZACIONES DE AVES Y CABALLOS EN AZAILA

POR

JUAN CABRÉ AGUILÓ

En «Archivo Español de Arte y Arqueología», publicamos un artículo (1) dando a conocer las principales características de la cerámica pintada de la acrópoli ibérica de Azaila. En primer término, restos de figuras humanas, colocadas de pie y en actitud idéntica a la de cierta escena repujada en una placa de cobre procedente del Santuario ibérico de Despeñaperros; después, varios jinetes, lanza en ristre, dando frente a animales feroces y quiméricos; luego, figuras de lobos, ciervos, jabalíes, toros, aves, reptiles y peces; por último, los motivos decorativos de estilo geométrico y vegetal.

La figura humana, cuando desempeña el papel de jinete, aparece interpretada con cierto convencionalismo, que podría considerarse como resabio arcaico, constituyendo un ejemplo de seudomicenismo casual. Los caballos de esos jinetes participan de este mismo arcaísmo, especialmente reflejado en el modo de acusar los ojos, sistema que se generaliza para las restantes figuras de animales de la misma cerámica.

En cuanto a los motivos geométricos y vegetales abundan los de tradición griega, interpretados más o menos libremente. Sin embargo, en un buen lote de cerámica imperan los temas de composición indígena, que determinan una verdadera individualidad artística, peculiar del Bajo Aragón, de la que parece es Azaila el foco conocido más importante de esta escuela industrial.

Precisamente en este determinado grupo de motivos ornamentales de carácter indígena, hay muchos que a simple vista causan la impresión de que su génesis parte del reino vegetal, porque tienen todo el aspecto de ser estilizaciones de la flora.

Un examen muy detenido, minucioso y analítico de los aludidos moti-

(1) *La cerámica pintada de Azaila*, núm. 6, t. II, págs. 215 a 260, Madrid, 1926.

vos, ha sugerido la hipótesis de que varios de los mismos se refieren a estilizaciones de caballos, y otros, a las de aves volando, cuya exposición tiene por finalidad el presente artículo, que ofrecemos a la SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ANTROPOLOGÍA, ETNOGRAFÍA Y PREHISTORIA, dado el carácter etnológico que reviste el mismo, saldando así la deuda que teníamos contraída con ella, pues de tal desarrollo, aparte de presentar el plano de la acrópoli ibérica de donde procede esta cerámica, dimos un avance verbal en la sesión 16, correspondiente al mes de octubre de 1923, al regreso de una de las campañas de excavaciones oficiales en aquella acrópoli.

Ahora bien, antes de llevar a cabo nuestra misión, precisa exponer que en las estilizaciones de Azaila se aprecian dos ciclos de cultura, sin enlaces de continuidad entre sí, a pesar de que los testimonios de ambos grados culturales hállanse asociados en un mismo ejemplar de cerámica o en vasos distintos, pero que unos y otros se consideran como contemporáneos. Trátase de manifestaciones artísticas, las unas bastante realistas, en el grado máximo que lograron alcanzar los ceramistas de Azaila, por consiguiente, son el resultado gráfico de un período de análisis, y las otras pertenecen a una fase de verdadera síntesis, no existiendo en el Cabezo de Alcalá, en el que se halla la acrópoli de Azaila, dibujos o esquemas que concretamente puedan señalarse como documentos de las fases intermedias entre ambas culturas y que sirvan de eslabón entre las mismas.

Con carácter hipotético adujimos en el aludido artículo publicado en «Archivo Español de Arte y Arqueología», las causas de orden político, o más bien militar, que motivaron tal asociación de estilizaciones. Para la finalidad de nuestro trabajo sólo nos interesa por ahora recordar, que la cerámica que estudiamos pertenece al primer tercio del siglo I antes de J.C., y su mayor esplendor coincidió con las guerras sertorianas, en cuyas campañas seguramente perecería arrasada y quemada la acrópoli ibérica o hispánica de Azaila (1).

I

Aves.

Las más realistas, están todas representadas de *perfil*, bien paradas o volando, y muchas de sus variantes en estilo o actitud se encuentran asociadas en un mismo vaso o composición.

(1) Véase los datos arqueológicos en pro de esta afirmación, en el artículo citado anteriormente y en otros dos que se titulan: *Dos tesoros de monedas autónomas de la acrópoli ibérica de Azaila*. Memorial Numismático Español, cuaderno II. Madrid, 1921. *Los bronzes de Azaila*. Archivo Español de Arte y Arqueología, tomo II. Madrid, 1925.

De las de perfil y paradas, nos es dado exponer los siguientes tipos:

A), figura 1.—Completamente relleno su cuerpo de color rojo oscuro uniforme, excepto el ojo que hállase representado mediante un círculo en claro o sin pintar, que deja al descubierto el tono natural del barro del vaso (1). De este tipo sólo conocemos en la cerámica de Azaila el presente ejemplar, que al parecer figura un ave terrestre del orden de las palomas y parte de otra imagen de idéntico modelo, en dirección opuesta a la anterior, o sea mirando a la izquierda, perteneciente, a la vez, al desarrollo de una composición en la que intervenían además: figuras humanas



Fig. 1.—Según Pijoan: La Cer. iber. a l'Aragó, fig. 13.

que representaban una escena mítica; jinetes con lanza en ristre; lobos; toros; peces; aves con una de sus alas explayadas, y otras muy esquemáticas y una franja de caballos muy estilizados.

B), figura 2.—Se determina este tipo por ostentar en el costado un pequeño medallón en claro que encierra, bien unas aspas o dos líneas entrecruzadas, o una roseta de cuatro hojas, en el mismo color con que fué pintado el resto de la figura.

(1) El vaso acusaba la forma de los llamados impropriamente de *sombrero de copa* y varios de sus fragmentos se hallan en el Museo de la Ciudadela, de Barcelona, habiendo sido reproducidos por Pijoan en el «Anuari d'Estudis Catalans», Barcelona, MCMVIII, en el artículo: *La cerámica ibérica a l'Aragó*, figs. 12 y 13, en cuya última figura aparece el tipo de ave que describimos. Otros pedazos del mismo vaso fueron descubiertos por nosotros en 1921, y se conservan en el Museo Arqueológico Nacional, y en parte se publicaron en el aludido artículo: *La cerámica pintada de Azaila*, figs. 2, 4 y 14.

La imagen que reproducimos de este tipo, más completa, dada la disposición del plumaje de su cola y cuello esbelto, aun siendo sus patas extremadamente cortas, conjeturamos que representa un avestruz o grulla, inclinándonos más bien a lo segundo que a lo primero. En el fragmento



Fig. 2.—Tamaño natural.

de vaso (1) a que pertenece, se ve otra ave de tipo diferente, dos lobos y dos peces, uno de ellos en perfecto estado de conservación.

C), figura 3.—En el medallón ovoide que coincide sobre su ala plegada se encierra una *bipenne* o *doble hacha*, y el plumaje del cuello

(1) La forma de vaso también era cilíndrica, con los bordes de la boca planos y salientes hacia el exterior. Dicho fragmento fué por nosotros publicado en *La cer. pint. de Azaila*, fig. 7, y hállase en el Museo Arqueológico Nacional.

aparece interpretado con una serie de trazos escaleriformes que se destacan sobre los claros del tono del barro del vaso, existentes entre las dos líneas que contornean dicho cuello y los referidos trazos horizontales. Le falta a esta figura la cabeza, de la que al parecer debían partir dos plumas, que en parte se precisan y conservan, indicando dicho detalle que tal imagen debe representar una garza, avefría o cualquier otra ave de ribera, zancuda, aunque no redunda en pro de esta hipótesis el ancho



Fig. 3.—Tamaño natural.

exagerado de su cola. En la decoración del vaso (1) de donde procede intervenían otras aves de tipo distinto, casi todas con una de sus alas explayada; lobos; un ofidio; tallos serpeantes de yedra; signos arborescentes; rosetas, etc.

D), figura 4.—Se publicó en el citado artículo del «*Archivo Español de Arte y Arqueología*» el vaso y su desarrollo decorativo (2), a cuya composición pertenecen las dos imágenes de esta figura, así como otra que se halla en el ángulo superior derecho de la escena representando el acoso de un ciervo por tres lobos, en la que se ven otros dos ciervos huyendo.

(1) Véase el gráfico de dos de sus fragmentos en *La cer. pint. de Azaila*, fig. 8.

(2) Figuras 6 y 20.

Participan las dos aves de la presente figura y la del mismo vaso, de un común estilo y son evidentemente obra de otro artista o ceramista que no pintó los vasos de las anteriores figuras, el cual no hizo prosélitos, o no tuvo imitadores en la cerámica de Azaila, según el estado actual de conocimientos sobre ella. Tales imágenes se referirán probablemente, en cuanto a su representación, a las del orden de las gallináceas, dos de las cuales ostentan sendas plumas en la cabeza, tienen largas y tupidas colas, con uno y tres claros semilunares respectivamente, y la otra, cresta en la cabeza y cola también muy larga, pero con las plumas separadas entre sí y curvadas.

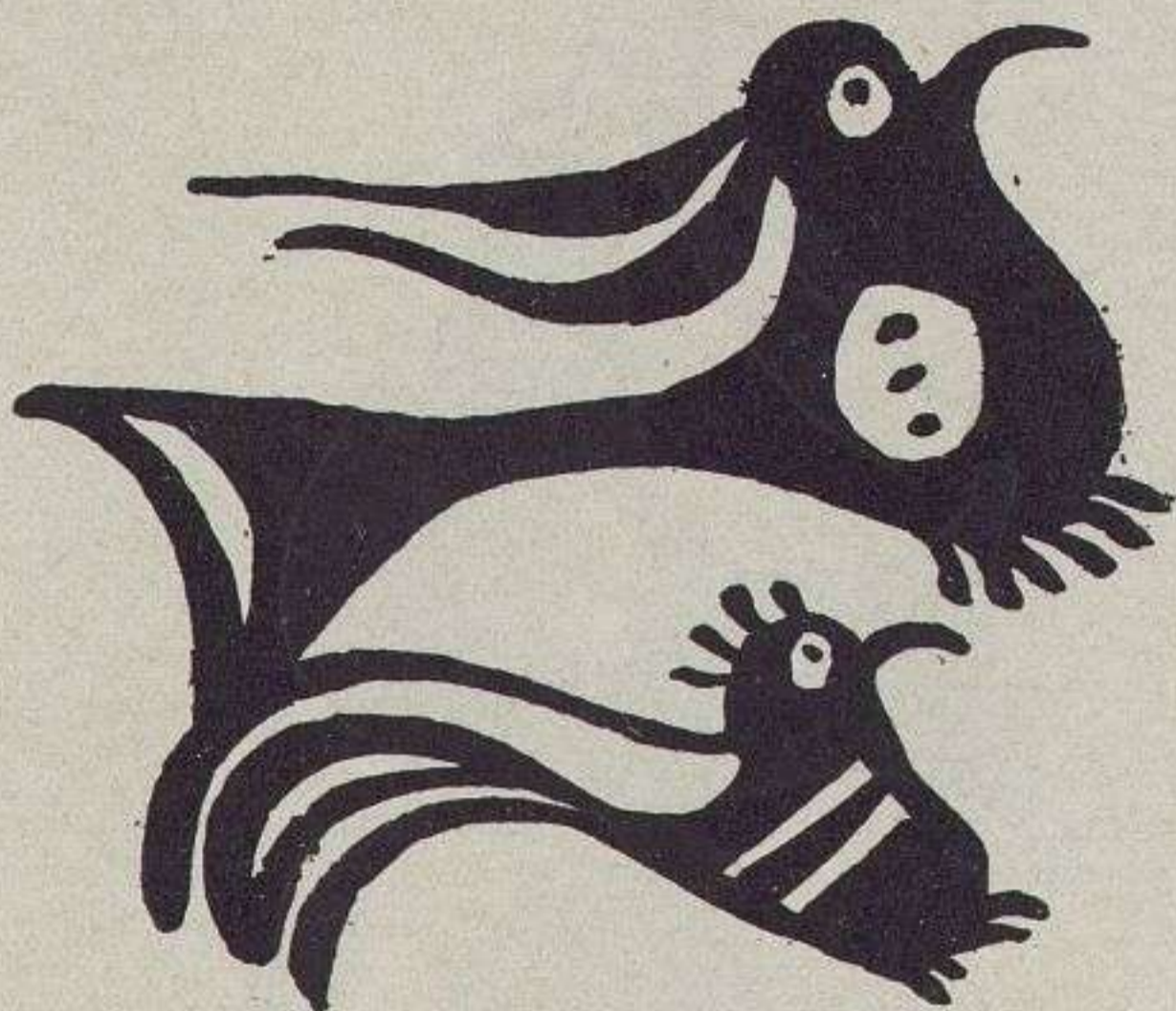


Fig. 4.—Escala: 2 : 3.

El plumaje de su ala aparece estilizado, ya por dos o tres huecos sin pintar, a modo de trazos claros, rectos o semilunares superpuestos, o por un óvalo en claro con tres puntos en su interior.

E), figura 5.—El modelo presente, a juzgar por su configuración y proporciones generales, tiende a mi juicio a la imagen de un ave, cual la del primer tipo (fig. 1), del orden de las palomas, cuya forma especial predomina en los vasos de Azaila, aunque casi siempre se la representa con una de sus alas extendida o explayada, según se observa en los dos gráficos siguientes. Ocho ejemplos de este modelo pueden admirarse en una cratera (1) que tiene sus dos asas sogueadas, entre los ramos de yedra de su orla más ancha, limitada por una faja superior de dientes

(1) *La cer. pint. de Azaila, fig. 6.*

de sierra y por otras inferiores de postas, tallos serpeantes de yedra y contarios (1). El plumaje de dichas aves aparece interpretado sumamente estilizado, mediante una banda de puntitos, otra de dientes de sierra y un óvalo relleno de líneas verticales en zig-zag, sobre el color natural del vaso.

Aves de perfil en disposición de volar (figs. 6 y 7).—Cuando a las aves del modelo anterior, o sea del orden de las palomas, se las representa con una de las alas explayadas, en virtud de trazos paralelos, quebrados en ángulos casi en su arranque, quedan suprimidas en el costado las fajas de puntos y dientes de sierra, sobre claro, conservando sin embargo el óvalo con los trazos mencionados, que a veces se substituye por un trapecio o un rectángulo que contiene las mismas líneas onduladas, sin regla fija en el número de ellas. Tan sólo conocemos una imagen de ave volando de este tipo, en la que no aparecen quebrados los trazos de su ala y la reproducimos en la figura 6, mordeíndola una víbora.

Evolución del anterior tipo de aves volando, en algunas composiciones, de posible carácter religioso o supervivencias míticas.—En la cerámica pintada de Azaila, aun perteneciendo al primer tercio del siglo I antes de J. C., se reflejan supervivencias de probable carácter mítico, emanadas del culto solar y de la doble hacha, según parecen patentizarlo varios signos solares, medias lunas, cisnes, aras de sacrificios, cruces y otros motivos derivados de la rueda solar que existen en ella cuyos cultos han dado fe de vida en Escandinavia, Italia, Europa Central y la Galia, durante la Edad del Bronce, época de Hallstatt y La Tène.

En efecto, la disección o análisis de los elementos integrantes del desarrollo decorativo de la tapadera reproducida en la figura 7, nos proporciona los siguientes signos míticos: una rueda o cruz de cuatro aspas, constituida por dos tallos serpeantes de yedra sin hojas, unidos entre sí con dos a modo de medias lunas; dos aras de sacrificios muy esquemáticas, colocadas en los espacios que hay entre la unión de los tallos que forman la mencionada cruz, y cuatro ruedas, con el contorno punteado y dobles hachas en su interior, que llevan pendientes del pico las cuatro aves que rellenan los espacios exteriores existentes entre los brazos de la cruz o rayos de la rueda. En sucesivas figuras tenemos: una cruz parecida a la de Malta (2), la cual, sencillamente, sólo es el resultado del entrecruzamiento de dos aras muy esquemáticas, en un grado mucho mayor que en

(1) Véase el desarrollo del reverso de dicha composición, en el anterior artículo citado, fig. 13.

(2) Figuras 16, 21, 22 y 23 del trabajo citado de Pijoan, y 8 del presente.

la serie que nos brinda la lectura de los signos que hay en el lugar de encuentro de los dos extremos de un tallo serpeante de la orla exterior de una tapadera del Museo de Barcelona (1) y en dos franjas verticales del desarrollo de un vaso, también del Museo de La Ciudadela (2), entre cuyas últimas estilizaciones de aras aparecen indudables medias lunas, las cuales se repiten en una copa y en otras tapaderas (3); un signo solar de muchos rayos, en torno del cual giran cisnes (fig. 10); una *bipenne* enmangada (fig. 11); una cruz de cuatro brazos, terminados sus extremos con hojas de



Fig. 5.—Tamaño natural.

yedra acorazonadas, más otra rueda con sus rayos dentados, en la figura 12; una especial «swástica» integrada por dibujos geométricos y estilizaciones de caballo, y pequeñas cruces (4), etc., etc., debiendo advertir, que de las figuras 11 y 12 citadas de este artículo, trataremos luego más extensamente.

Ahora bien, parece muy verosímil que la evolución que sufren las figuras de aves, hasta llegar a la fase o meta que vislúmbrase en la figura 8, debe su origen a la finalidad de representar en áreas circulares composi-

(1) Pijoan: *Trab. cit.*, fig. 21.

(2) Pijoan: *Trab. cit.*, figs. 16 y 17.

(3) Cabré: *La cer. pint. de Azaila*, figs. 28-3 y 32-1.

(4) Pijoan: *Trab. cit.*, fig. 20.

ciones míticas, en las que el elemento primordial ha de ser por necesidad el signo solar, ruedas o estrellas de muchos rayos o puntas, cuyos apéndices tienden a multiplicarse, pero debiendo forzosamente ocupar los espacios, existentes entre dichos rayos o puntas, aves esquemáticas. Para este proceso de estilización fué preciso, o se requería, que las hojas de los tallos serpeantes de yedra que suprimiéronse en la figura 7, se metamorfosearan en cabezas de aves, indicándoseles en algunas el ojo, en virtud de lo cual, si las imágenes de ave perdieron carácter realista, en cambio, en



Fig. 6.—Tamaño natural.

las nuevas composiciones imprimieron a los signos solares o estrellas, de las que forman parte integrante, un acentuado y visible dinamismo gráfico, muy en armonía con el fin mítico que revelan. En el Museo Arqueológico Nacional figuran, procedentes de nuestras excavaciones, dos tapaderas con estilizaciones de este tipo, unidas a ruedas o estrellas de cuatro o seis rayos o puntas respectivamente (1), y la que reproducimos en la figura 8, de nueve apéndices, hállase en el Museo mencionado de Barcelona (2).

Cisnes.—Todas las representaciones de cisnes de Azaila aparecen

(1) *La cer. pint. de Azaila*, figs. 17 y 18.

(2) Pijoan: *Trab. cit.*, fig. 23.

en sus últimas fases de estilización, sin determinar detalle alguno en sus cabezas y cuerpo. Hállanse constituyendo alineaciones horizontales, verticales (1) o circulares (fig. 10), y las que revelan más idea de su forma, dentro del esquematismo con que fueron concebidas, son las de un fragmento de franja horizontal, a las que pertenecen las dos imágenes de la



Fig. 7.—Escala 1 : 2.

figura 9, las cuales alcanzan el mayor tamaño de cuantas similares en estilo conocemos en la Península Ibérica, pues miden de longitud, 75 milímetros.

¿La representación de un detalle de las aves, substituyendo al todo de ellas?—Exponemos, con todas las reservas debidas que requiere este problema, la hipótesis de que en el proceso de las estilizaciones de aves en Azaila ciertos signos ramiformes, independientes entre sí (figs. 11 y 12),

(1) *La cer. pint. de Azaila, figs. 20 y 34.*

o sitos en el extremo de trazos ondulados, sirviendo de apéndices de tallos serpeantes de yedra con estilizaciones de aves o caballos (1), representan alas de aves, con la probable finalidad de sustituir dicho detalle al conjunto de ella. Asimismo, según el anterior criterio, sospechamos que tal vez el dentado que ostentan muchas estrellas o signos solares por uno

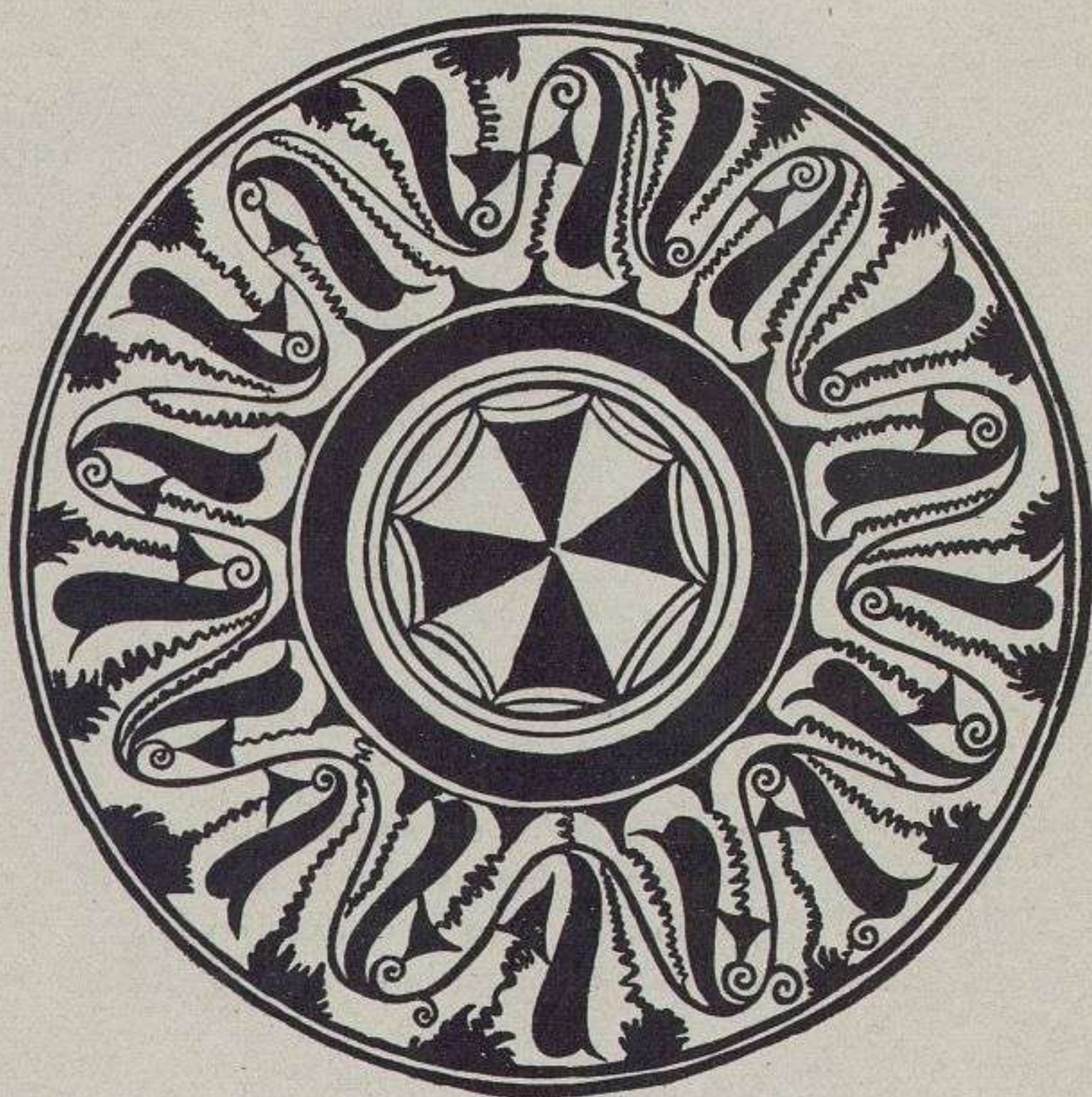


Fig. 8.—Según Pijoan: *La Cer. ibér. l'Aragó*, fig. 23.

(fig. 12) o dos de sus lados (2) simbolice la metamorfosis de aquellas puntas, rayos o apéndices, en alas de aves, efectuada para impulsar mayor dinamismo a los mismos símbolos solares.

De todo lo cual, inferimos la deducción de que gran parte del arte ibérico, en la cerámica pintada de Azaila, se caracteriza por su acentuado dinamismo, creado por las supervivencias de un culto solar. Los

(1) Pijoan *Trab. cit.*, figs. 21 y 23.

(2) *La cer. pint. de Azaila*, figs. 28-3, 30 y 31.

anteriores antecedentes y una serie de datos que a continuación se expondrán, robustecen esta hipótesis. A dicho fin mítico, por último, opinamos que se debe la evolución de muchos otros elementos geométricos y florales hacia las estilizaciones del reino animal, que en el curso de este artículo veremos.

Aves en vuelo explayado.—Sintetiza gráficamente el resultado de



Fig. 9.—Tamaño un poco más pequeño que el natural.

nuestras investigaciones en la cerámica de Azaila sobre el particular, el cuadro sinóptico reproducido en las figuras 13 a 15 (1).

Según los referidos gráficos, las aves estilizadas de la fase *a*), figura 13, ostentan como modalidades típicas: la cola en forma de hacha de

(1) Los elementos que nos han servido de base para trazar este cuadro sinóptico fueron entresacados o proceden de las siguientes composiciones o fragmentos de cerámica:

Fase *a*), de izquierda a derecha: 1, 3 y los dos últimos inferiores, fig. 34 de *La cer. pint. de Azaila*; 2, 4 y 6, núm. 2 de la fig. 33 del anterior artículo; 5, núm. 2 de la fig. 2 del mismo ídem, y 7, fig. 11 de ídem íd.

Fase *b*): 1, fig. 10 de ídem íd.; 2 y 6, fig. 34 de ídem íd.; 3, fig. 9 de ídem íd.; 4, figura 26 de *La cer. ibér. a l'Aragó*, de Pijoan; 5, núm. 5 de la fig. 28 de *La cer. pint. de Azaila*, y 7, núm. 4 de la fig. 29 de ídem íd.

Fase *c*): Figs. 1 y 11 del anterior artículo.

Fase *d*): 1, fig. 34 de ídem íd.; 2 a 4, núm. 1 de la fig. 33 de ídem íd.

Fase *e*): Fig. 2 y otros fragmentos sin reproducir.

Fase *f*): 1, fig. 4 de ídem íd.; 2, fig. 16 del presente artículo, y 3, fig. 17 del ídem de Pijoan.

Fase *g*): 1, fig. 37 de *La cer. pint. de Azaila*, y 2, de un fragmento inédito del Museo Arqueológico Nacional.

corte ancho y las alas acusando una doble hoz. Si se las reproduce con cabeza, ella es a modo de punzón. A manera que avanza el proceso de las aves en esta fase, ellas se convierten en acéfalas, y, por último, se las simplifica suprimiéndolas hasta la cola. El gráfico, en forma de dos ramos



Fig. 10.—Tamaño natural.

opuestos entre sí, con un eje común, que exponemos en esta fase, debe interpretarse con la ayuda del dibujo que le precede, como dos bandas de aves volando en sentido contrario una de la otra.

En la fase *b*) añádense a los elementos de la anterior estilización dos roleos que tienen la misión de figurar las patas, y dicho detalle es tan esencial en los nuevos tipos, que subsiste hasta en sus modelos más esquemáticos, en cuyas últimas manifestaciones parece verosímil, que se les ha suprimido las alas y cabeza.



La fase *c)* debe considerarse realmente como una variante de la *b)*, pues los dos gráficos que de la misma se exponen nada añaden de nuevo a lo dicho en la fase aludida y tan sólo confirma la teoría que ha sugerido el estudio del dibujo en forma de doble palmera de la fase *a)*, esto es, que representan aves volando en direcciones opuestas en el primer caso, unas frente a otras en el segundo.

En las siguientes fases *d)*, *e)* y *f)*, figura 14, las alas en forma de doble hoz de los anteriores tipos se estilizan todavía más, evolucionando hasta



Fig. 11.—Escala cerca de 1 : 2.

convertirse sus extremos en espirales o volutas, al igual que las patas de las fases *a)* y *b)*. Persisten en muchas de sus variantes la cola en forma de hacha, y en otras se transforma en periforme. El primer ejemplo que exponemos de la fase *d)* tiene por cuerpo o cabeza un triángulo isósceles, de tamaño desproporcionado en relación con sus alas, en el cual existen tres círculos en claro, quizá indicadores de los ojos y boca del pájaro, y a los lados, líneas paralelas y roleos, cuyos últimos, tal vez no sirven de complemento a esta estilización; los tres siguientes guardan entre sí mucha semejanza, causando a simple vista la impresión de que se trata de estilizaciones florales, debido a que la cabeza bífida de dos de ellas se asemeja a hojas, y a una flor de lis la tercera de las mismas. Idéntico efecto produce el gráfico de la fase *e)*, el cual recuerda la forma de un

cogollo, piña o flor cerrada; pero en realidad se refiere, ateniéndonos al criterio que impera en nosotros, al tipo precursor de las tres estilizaciones de la fase *f*), especialmente al de la central de ella, en la que un mismo cuerpo ovoide, sin la especie de la pequeña bellota, que quizá figure su cabeza, sirve para dos aves que afrontadas están volando, advirtiéndose que en la estilización hermana de su izquierda queda reducido su cuerpo a un

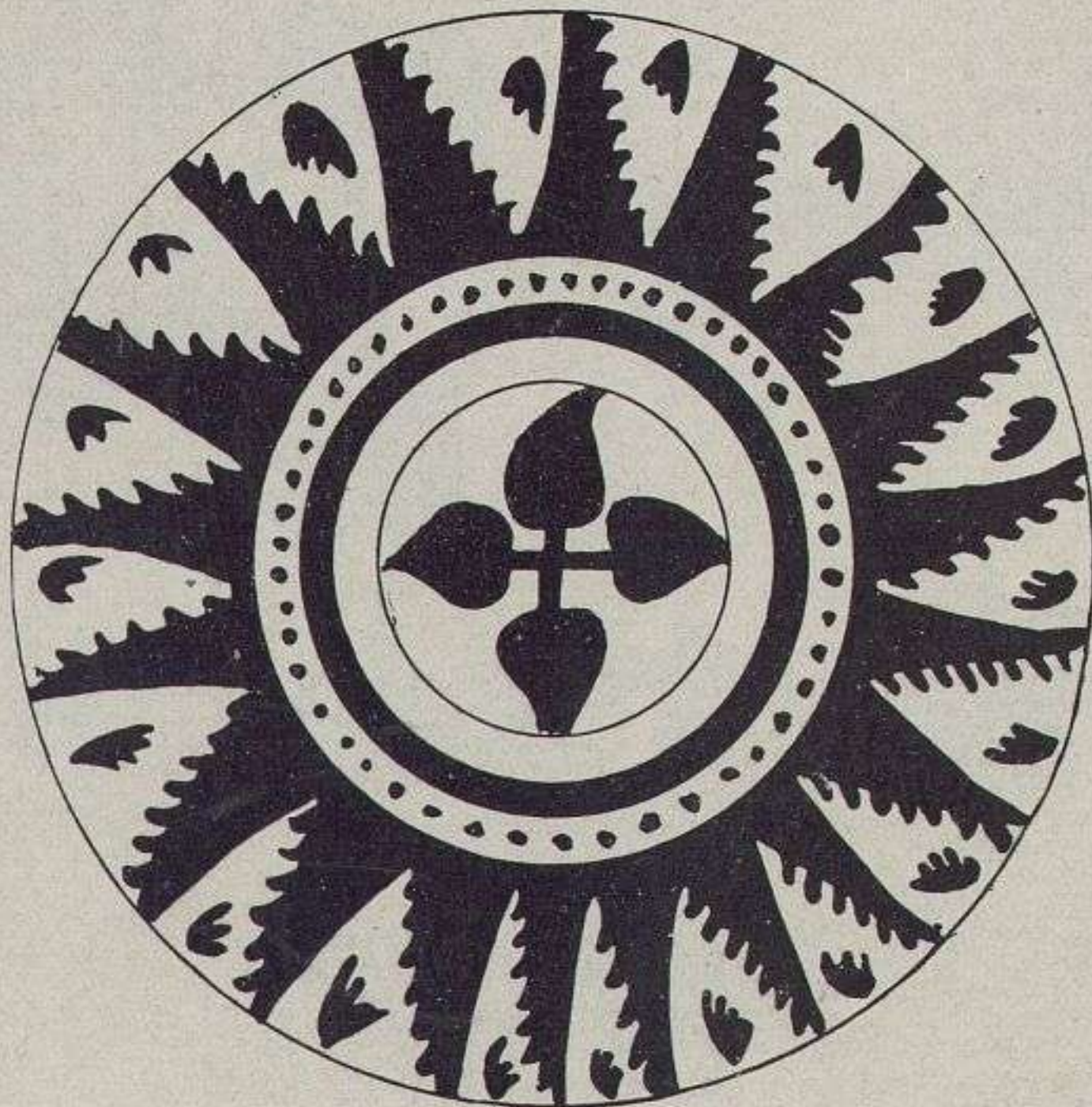


Fig. 12.—Escala 1 : 3.

eje ondulado; pero, en cambio, el roleo de una de las alas de sus dos aves es sustituido por varios trazos dentados, como si quisieran imitar plumas, y en la de la derecha se repite el fenómeno artístico del signo en forma de doble palmera de la fase *a*); por consiguiente, debe figurar otra vez dos bandas afrontadas de pájaros volando, en la que hay dos y tres aves, respectivamente. Basándose en el dibujo de esta última estilización, Poulsen ha emitido la teoría del activo comercio de los fenicios con la población española y estableció un paralelismo gráfico con otros dos que, según dicho autor, representan el árbol de la vida fenicio, heredado de Asiria (1). Tal opinión y paralelismo, a mi juicio, carecen de solidez, por la

(1) *Der Orient und die frühgriechische Kunts.* Berlín, 1912, págs. 50 y 52.

sencilla razón de que los referidos árboles míticos reproducidos por tal autor alemán, tienen todos sus volutas en el mismo sentido y no afrontadas paralelamente, como en el gráfico de Azaila.

Por último, en las extrañas estilizaciones de aves de la fase g), figura 15, con la que se cierra el cuadro sinóptico, sus alas se desenvuelven en forma de lira, tulipa o determinando hojas de cuchillo encorvadas en

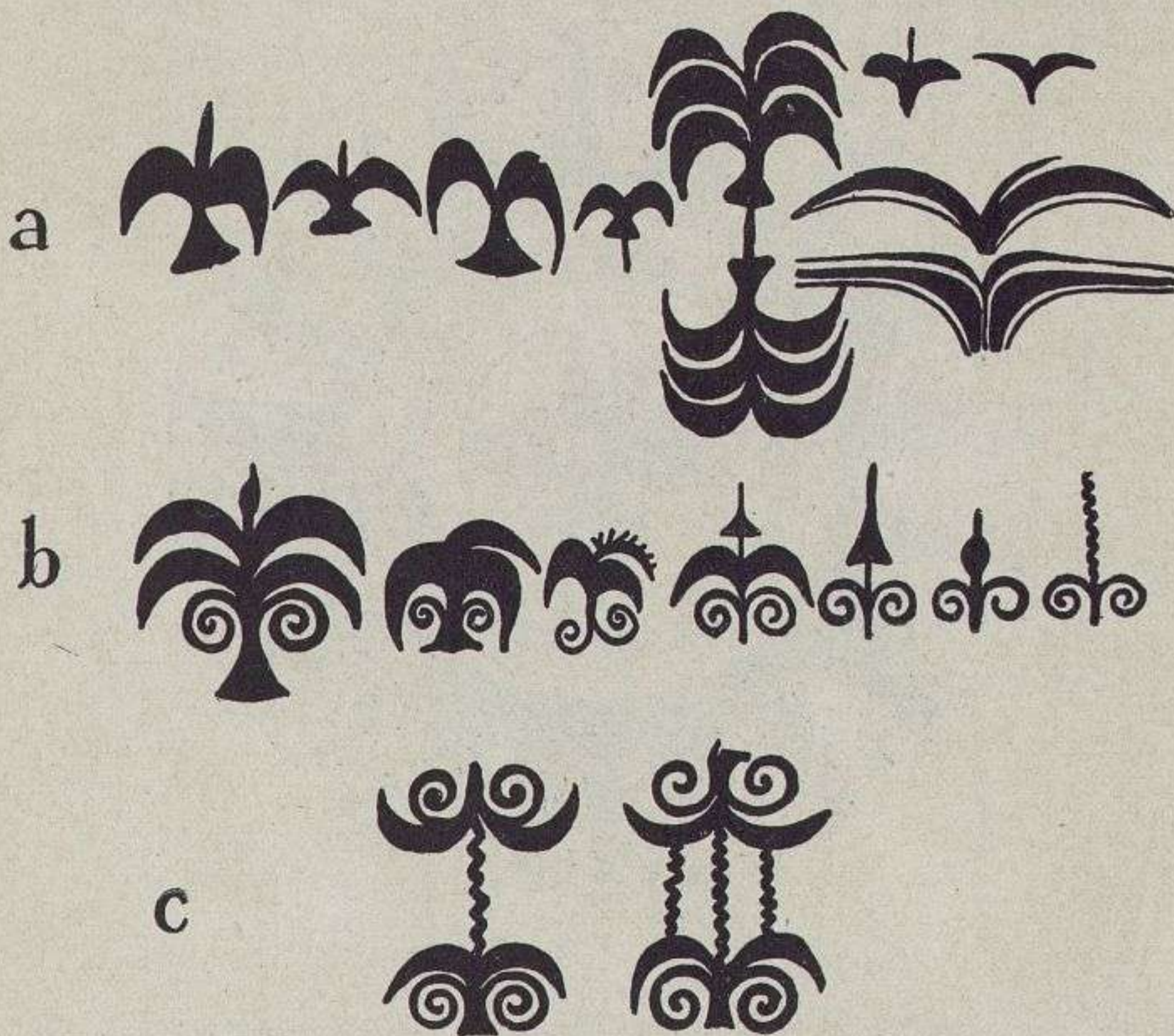


Fig. 13. -Estilizaciones de aves en vuelo explayado. Escala menor 1 : 2.

su punta, entre las que asciende una línea ondulada que termina con un triángulo isósceles, al modo del primer tipo de la fase d), cuyos trazos deben figurar el cuello y cabeza del pájaro. Dichas alas se fusionan en su origen con los roleos determinativos de las patas, representándose la cola entre ellas, bien en forma de hacha o pera, generalmente acusando este último dibujo.

A propósito de lo expuesto en la anterior fase, y respecto al modo de interpretar el cuello y cabeza de las aves, estilizándolas mediante un *trazo ondulado y un signo triangular*, nos recuerdan dichos dibujos otros idén-

ticos que existen partiendo de roleos en varias tapaderas y vasos, en par-

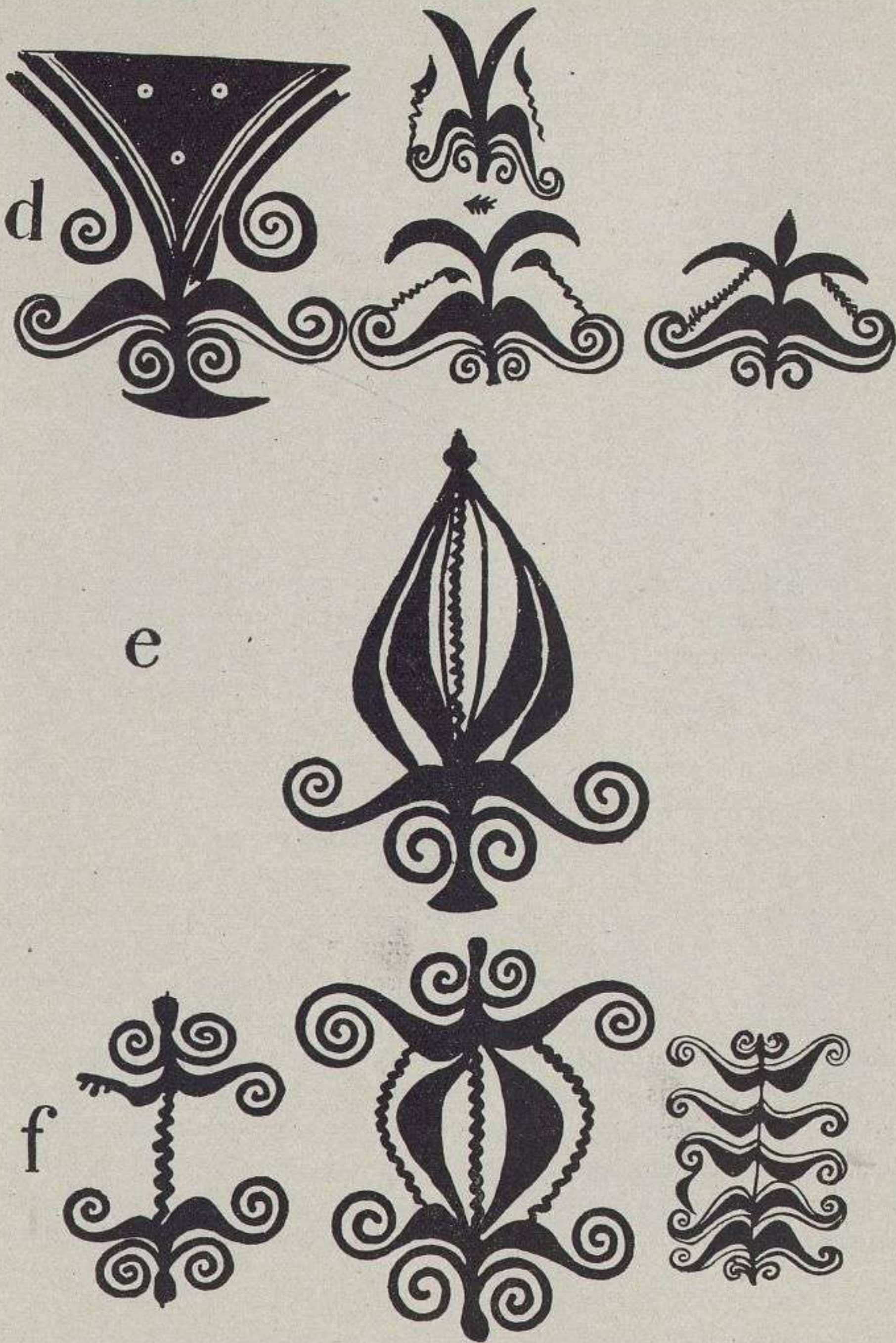


Fig. 14.—Estilizaciones de aves volando explayadamente. Escala menor 1 : 2.

ticular en las primeras, los cuales sirven a la vez para complemento del relleno de los espacios que hay entre las ondulaciones de tallos serpeantes de yedra, metamorfoseadas en una serie eslabonada de estilizaciones de aves (1). Pues bien, si anteriormente expusimos que quizá sea reflejo del totemismo de las aves en la cerámica de Azaila el representar un *detalle* de ellas por el *todo* de las mismas (entonces eran alas), ¿no puede responder a dicho recurso técnico, o más bien a idéntica idea mítica, y considerarse como una quinta esencia de tal, figurar también solamente el cuello y la cabeza en la forma expresada, en sustitución de una imagen completa? Todo ello conste que se expone como meras hipótesis.

II

Caballos.

En Azaila todavía no se ha descubierto vaso alguno con el desarrollo completo de su composición, a la que pertenecen cualquiera de las varias figuras de caballos (por cierto todas incompletas, pero de indudable determinación), que hemos reproducido en el aludido artículo de «*Archivo Español de Arte y Arqueología*» (2). A pesar de dicha contrariedad, tales restos nos confirman que las imágenes de équidos de que formaron parte, jamás se representaron independientemente en la cerámica de aquella acrópoli, sino como auxiliares y colaboradores del hombre en las cacerías de fieras o en conjuros, como también parece inferirse. Sobre ellos monta su jinete, lanza en ristre, presto a herir a un animal salvaje que, colocado de frente, con aspecto y expresión terrorífica, hállase en disposición de acometerle (sirva de comprobación la figura 16). Los espacios que existen entre los combatientes y extremidades inferiores de los caballos se recubrieron con estilizaciones de aves del tipo *f*) del cuadro sinóptico de pájaros en vuelo explayado, que se publica en el presente artículo, y estas escenas copiáronse varias veces en una misma franja vertical, pero en sentido escaleriforme unas respecto de las otras, colocándose en esas réplicas los caballos unos sobre otros, y así sucesivamente los otros elementos componentes de ellas, cuyo sistema de composi-

(1) Figs. 8 del presente artículo y 17 y 18 de *La cer. pint. de Azaila*.

(2) Figs. 3 a 5.

ción se repite homogéneamente en otros asuntos, que tienen por finalidad representar animales de diferentes órdenes luchando o persiguiéndose: aves, etc., etc.

Todos los caballos de esta localidad arqueológica, así como sus jinetes, ostentan la misma técnica, que consiste en rellenar todo su interior de color uniforme, excepto los ojos, acusados como los de las aves, mediante un círculo en claro o sin pintar, en el que se ve el color natural del barro del vaso. Únicamente en la figura 16 se observa la particularidad de que



Fig. 15. — Estilizaciones de aves volando. Escala 2 : 3.

el caballo más completo de ella carece de crines, pues en los restantes modelos de Azaila se las determina con una serie de semicírculos tangentes, detalle en que coinciden con los descubiertos en el Santuario indígena de «La Serreta», de Alcoy (1), los cuales son los más afines en estilo a los del Cabezo de Alcalá de cuantos se conocen en la actualidad de la Península Ibérica. Interésanos advertir, por fin, que las pocas representaciones de caballo que poseemos también de nuestra acrópoli ibérica, aun participando todas ellas de un mismo carácter, denuncian la mano de alfareros distintos, ya que las hay de cuello corto y ancho, y otras, de cabeza erguida y cuello esbelto, cuyo contorno determina con el del pecho una S muy abierta. El jinete de uno de estos últimos es el que pregona

(1) Camilo Visedo: *Excavaciones en el monte «La Serreta», próximo a Alcoy (Alicante)*, Memoria número 45 de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Madrid, 1922, láms. VII y VIII.

aquel marcado carácter de Dipylon a que antes se aludía como resabio arcaico, constituyendo un ejemplo de seudomicenismo casual.

Aquí pondríamos punto final a este artículo, si por miedo de ser tildados de fantásticos, fuésemos parcos o recelosos al manifestar nuestras impresiones personales sobre las estilizaciones de los caballos, al parecer llevadas a cabo en otros dibujos de Azaila, ya que evidentemente no podemos exponer testimonios gráficos de la misma acrópoli hispana o ibéri-



Fig. 16. — Escala menor 1 : 3.

ca, que sirvan de enlace entre los anteriores ya descritos, bastante realistas, y los que a continuación se expondrán.

En Numancia hay base para intentar, como así lo hizo con feliz éxito el Sr. Taracena (1), un estudio de la cerámica ibérica en su aspecto artístico y cronológico y asimismo de otros despoblados indígenas, entre ellos de Arcóbriga, porque la vida en aquellas localidades fué muy intensa, prolongada y continua. Pero de Azaila no es posible, ya que todos los documentos que ha aportado se ciñen a su última época de vida; son todos de una fecha determinada y concreta, en cuyos materiales de estudio se ad-

(1) *La cerámica ibérica de Numancia*. Madrid, 1924.

mira el armonioso consorcio o maridaje de los viriles gráficos de un período de análisis con las sutiles, delicadas y femeninas estilizaciones de otro de purísima síntesis.

Expuesta la anterior afirmación, hay que añadir, rindiendo justicia a la sagacidad artística en este orden de investigaciones del abate Breuil, que en 1911 ya se hizo dicho arqueólogo solidario y defensor de la hipótesis sobre las últimas fases de estilización que se deduce en la figura 18 del presente artículo, en un trabajo que publicó con nuestra colaboración (1), cuyo trabajo, como parece muy lógico, el tiempo y sucesivos descubrimientos se han encargado de modificar sensiblemente.

En el capítulo III, titulado «Petits chevaux en théorie» de dicho artículo, exponíamos literalmente (2): «Malgré l'apparence végétale de ces ornements, qui simulent une tige ondulée ornée de feuilles, de bractées et de vrilles capricieuses, nous croyons *extrêmement probable* (3) que le point de départ de tous sans exception est la figure de petits chevaux se suivant en deux théories linéaires se juxtaposant d'une manière alterne.»

El cuadro sinóptico reproducido en las figuras 17 y 18 (4) refleja gráficamente mi última hipótesis sobre el particular, donde se patentiza que, en dichas supuestas estilizaciones, los ceramistas de Azaila siguieron un proceso análogo al que adoptaron para la esquematización de ciertos tipos de aves (figs. 7 y 8), en el cual, como en el presente, los tallos de yedra sirvieron de vehículo o prestáronse a servir de *medium* para la metamorfosis de los mismos en símbolos de aves y caballos, respectivamente.

Ahora bien, no creemos ilógico el sospechar, que para obtener el

(1) Breuil et Cabré: *Sur l'origine de quelques motifs ornementaux de la céramique peinte d'Aragón*. Bulletin Hispanique, tomo XIII, núm. 3, 1911.

(2) Página 261.

(3) «Nous n'osons dire absolument certain. D'autre part, nous considérons comme absolument évidente l'influence de motifs végétaux auxquels sont empruntés certains motifs accessoires.»

(4) Los diferentes dibujos que lo componen, proceden:

Fase a): De la orla exterior de la gran tapadera, figura 31 de *La cer. pint. de Azaila*.

Fase b): De una franja vertical del desarrollo de la composición de un gran vaso, figuras 6 y 20 del anterior artículo.

Fase c): Número 2 de la figura 33 de ídem íd.

Fases d) y f): De dos franjas verticales del desarrollo (figs. 16 y 17) del vaso, fig. 25, del artículo de Pijoan: *La cer. iber. a l'Aragó*.

Fase e): Parte de la figura 20 del precedente trabajo.

Fase g): Del mismo desarrollo del dibujo de la fase b).

tipo *d)* de la estilización de caballo de la figura 18, donde todavía ostenta la cabeza en forma de hoja de yedra sin modificación alguna, tal esquema tuviera por génesis tallos de yedra similares a los del género *a)* (fig. 17),

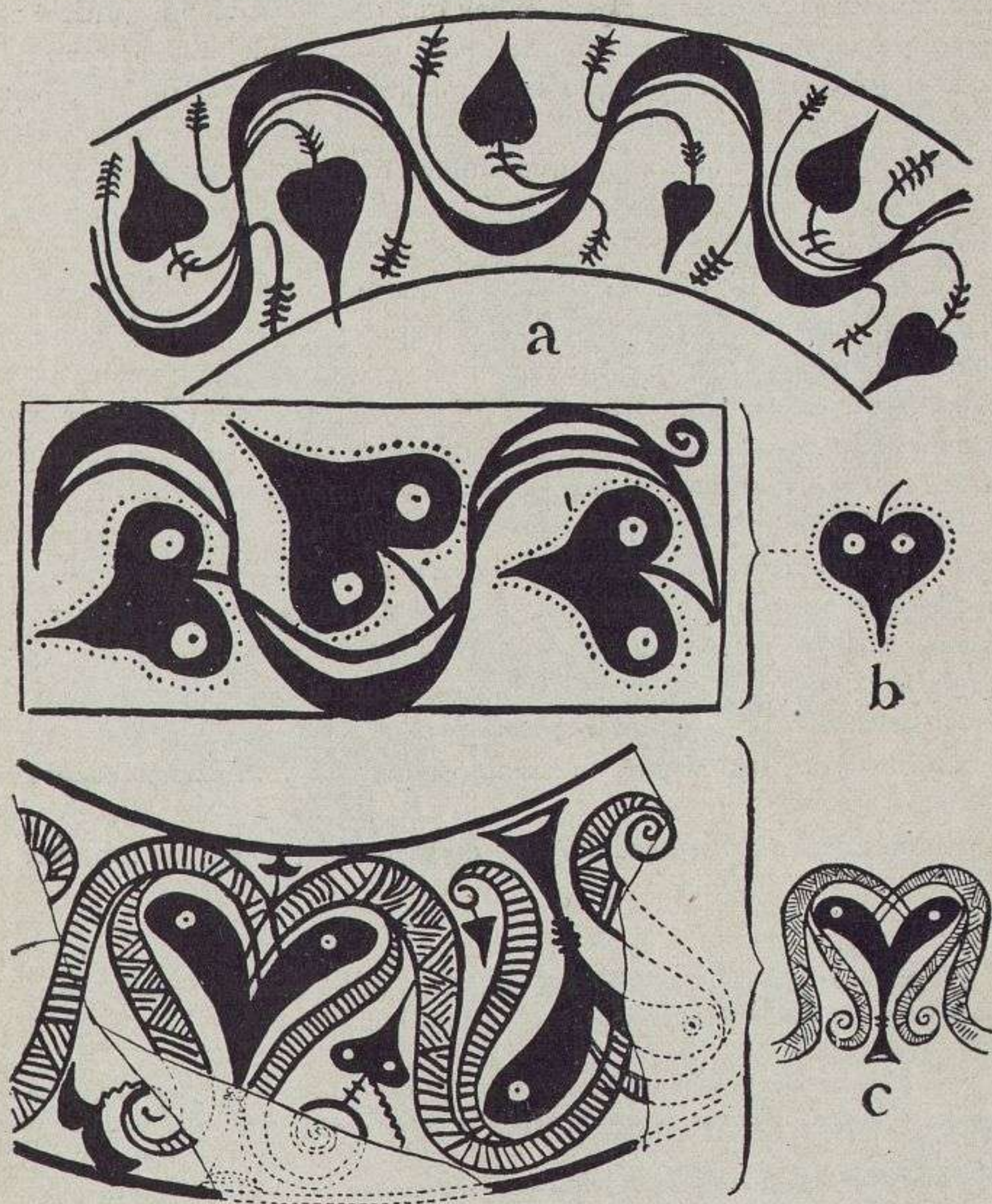


Fig. 17.—Tallos serpeantes de yedra que parece que evolucionan hacia las estilizaciones de caballos. Escala 1 : 2.

cuyas hojas, en las fases *b)* y *c)*, se nos presentan con los característicos ojos circulares que hemos apreciado en todos los dibujos de animales y aves de esta cerámica, y quizá ello sea debido al intento de su autor de infundir vida y dinamismo animal a los temas vegetales que se propo-

nia metamorfosear. Téngase presente, para poder aquilatar la importan-

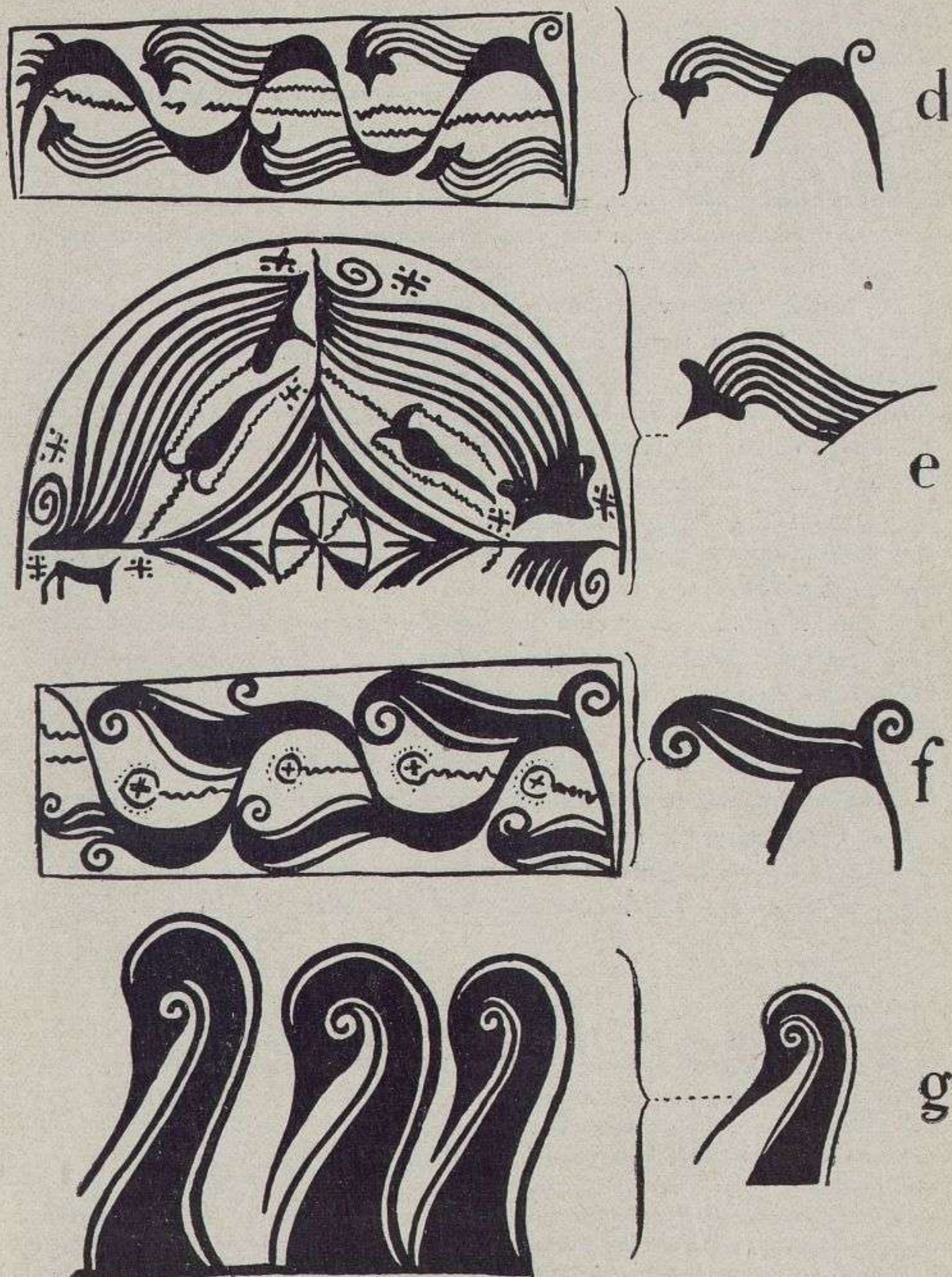


Fig. 18.—Estilizaciones de caballos originados tal vez de tallos serpeantes de yedra. Escala 1 : 2.

cia que revisten en Azaila estas últimas estilizaciones, que el tipo generador dibujado a la derecha de la fase c) fué uno de los temas predilectos que adoptaron los ceramistas para sus decoraciones, pues él aparece desarrollado a gran escala y casi exclusivamente en casi todos los más grandes y mejores vasos (1), lo que tal vez se deba a su posible carácter mítico (2).

Entre las varias probables estilizaciones de caballo de que consta el referido cuadro sinóptico, las del tipo d) son las de uso más frecuente en Azaila, y se admiran en todos los diferentes tipos y formas de vasos, en muchos casos como tema único.

Consideramos un verdadero acierto o concepción feliz para una nueva variante de la representación de la «swástica» el dibujo que reproduce Pijoan en su artículo citado (fig. 20), del cual hemos copiado la mitad de su desarrollo en la figura 18 e), y, como ya expusimos antes, esa «swástica» o signo solar revela un gran movimiento y dinamismo que le infunden las cuatro medias figuras de caballo estilizado que parten de los extremos de las aspas de la rueda o brazos de la cruz, cuyas estilizaciones son hermanas de la que se aprecia en primer término en el extremo inferior de la fase d) (fig. 18).

Siguiendo con la evolución que suponemos sufrieron estas estilizaciones, obsérvase que en la fase f) se esquematiza el tipo d), en virtud de rellenarse los espacios centrales de los trazos ondulados y paralelos (determinativos del cuello del esquema del caballo), que parten de la hoja de yedra (cabeza del mismo) hacia uno de los arcos (cuerpo y extremidades juntos de ídem, con la cola indicada por el roleo del lado derecho) de una de las ondulaciones de los tallos serpeantes y mediante la transformación de la hoja de yedra (que, como repetimos, simboliza la cabeza), en un roleo, al que, con sólo añadirle un apéndice o triángulo facial, al ejemplo

(1) Pijoan: *Trab. cit.*, figs. 11 y 14. Cabré: *La cer. pint. de Azaila*, fig. 33.

(2) Motivos decorativos de estilización análoga a los de la fase c) o derivados de ella aparecen en la cerámica del Tosal de las Tinalles de Sidamunt y del Mor de Tarrasa. (Véase J. Colominas y A. Duran: *Restes de poblats ibèrics al Pla d'Urgel y Segarra*, «Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans», vol. VI, figs. 410 a 412 y 386; en el poblado de San Miguel de Sorba (J. Serra y Vilaró: *Poblado ibérico de San Miguel de Sorba*, Mem. núm. 44 de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, fig. 30. Madrid, 1922); en el Monte de San Antonio de Calaceite (P. Bosch Gimpera: *Les investigacions de la cultura ibèrica al Baix Aragó*, Anuario citado, fig. 510), y en La Serreta de Alcoy (Camilo Visedo: *Excavaciones en el Monte «La Serreta», próximo a Alcoy (Alicante)*, Mem. núm. 45 de la Junta mencionada de Excavaciones, lám. IX).

de los dibujos de la fase g), culmina el fin de este proceso artístico, cuyos últimos dibujos, a modo de cayados colocados en sentido vertical, también suponemos que representan a la vez medias figuras de caballo, esto es, su cabeza y cuello (1).

(1) Muchas variantes de este tipo de estilización, unas sincrónicas y otras de época anterior, hállanse en la cerámica de Numancia, Arcóbriga, Calaceite, Alcoy, San Miguel de Sorba, Sidamunt, etc., etc. Pero creemos muy peligroso establecer paralelismos entre la de Azaila y muchísimas otras de la región del Levante y Sur de España, porque se presta el intentar a incurrir en graves errores cronológicos. Sólo se pretende, por ahora, llamar la atención sobre algunos gráficos que parecen tener el mismo origen que los de Aragón, porque coinciden con ellos en ostentar roleos y apéndices; pero varios de Amarejo, Meca, Elche, Archena, y aun de la necrópoli de Oliva, ya porque sus roleos se desarrollan en los extremos de eses, en las ondulaciones de tallos serpeantes, o a modo de volutas con aditamentos periformes o determinando especie de hojas, rellenos sus interiores con trazos paralelos, o a especie de una retícula, los juzgamos de origen o tradición jónica, de un estilo o carácter peculiar, que en otras artes industriales indígenas, tal vez del siglo VI o V antes de J. C. tuvo gran desarrollo, como tendremos ocasión de demostrar en su día, cuya fecha dista mucho del período del florecimiento máximo de la cerámica pintada de Azaila, el cual, como ya hemos repetido muchas veces, fué en el primer tercio del siglo I antes de J. C.

Dos notas referentes a tres cráneos de los albores de la Edad del Cobre

POR

FRANCISCO DE LAS BARRAS DE ARAGÓN

El motivo de reunir estas dos notas referentes a materiales recogidos en provincias distantes, está en el proceder todos ellos de cistas semejantes, teniendo además otros puntos de coincidencia y el venir a datar a unos y otros la presencia de aretes de cobre que, por otra parte, constituyen la única manifestación de metales que con ellos se ha encontrado.

NOTA PRIMERA

Dos cráneos de los comienzos de la Edad del Cobre procedentes de la provincia de Córdoba.

Debemos a la amabilidad del distinguido Ingeniero de Montes y notable entomólogo, D. Manuel Aulló y Costilla, el haber tenido ocasión de estudiar los dos cráneos a que esta nota se refiere, con numerosos datos acerca de ellos, comunicados unos directamente por dicho señor, y procedentes otros de la luminosa Memoria que acerca de sus investigaciones en las provincias de Segovia y Córdoba ha publicado recientemente la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades (1).

Se trata de cistas correspondientes a la época neolítica, bordeando la del cobre o de los comienzos de ésta, cosa que se comprueba con la cerámica encontrada en los yacimientos y que figura en las láminas que acompañan a la Memoria del Sr. Aulló.

Hablando de los objetos de barro, dice, entre otras cosas: «Son varios

(1) *Excavaciones arqueológicas en diversos yacimientos sitios en las provincias de Segovia y Córdoba.*—Memoria de los trabajos realizados por el concesionario de dichas excavaciones, D. Manuel Aulló y Costilla.—Madrid. Tipografía de la *Revista de Archivos*, Olózaga, 1.—1925.

los relativos a cerámica con o sin adornos, que, en unión de cuatro aretes de cobre (tres fotografiados en la lámina IV), tres curiosos platos de substancia vítrea, con restos de otros cuatro y algún hacha de piedra pulimer-tada, han sido encontrados en cistas exploradas en la región. Los jarros y vasijas aisladamente, salvo el plato número 2 (lámina VI), con arete número 2 (lámina IV), en una misma cista, con dos cadáveres de varón y hembra, ésta descansando sobre el lado derecho, apoyada en el hombro izquierdo de aquél, y junto al cráneo de ella el arete indicado. Solamente en otras dos cistas ha habido también el hallazgo de dos esqueletos, ambos acostados en una, y en la otra sólo el varón, mientras que la hembra estaba a sus pies y en cuclillas, teniendo también próximo a sí otro de los aretes enumerados. Plato número 1 (lámina IV), con la vasija número 4 (lámina VIII), en otra, y en dos más el jarro de la lámina X con el cráneo número 2 de la XVIII, y el número 10 (lámina VII) con un cráneo que no ha podido ser fotografiado.»

«Excepto aretes de cobre, nunca se ha hallado objeto distinto de metal en las 295 sepulturas exploradas en el curso de estos trabajos.»

En carta de 3 de diciembre de 1925 nos comunica el Sr. Aulló algunas noticias referentes a los dos cráneos que hemos estudiado y que aparecen en la lámina XVIII de su Memoria. Del representado el primero a la izquierda de frente y perfil, acompañado de mandíbula inferior, nos dice el Sr. Aulló: «El cráneo, con dentadura completa y mandíbula inferior asimismo completa, corresponde a una cista de paredes formadas por losas verticales, cubierta con tres losas de grandes dimensiones perfectamente acuñadas; el fondo de la misma, sobre tierra virgen, contenía un jarro sin dibujos de arcilla sin cocor, que obra en poder del propietario de la finca «La Alcarria», en el término de Villanueva de Córdoba.» Designamos este cráneo con la letra *b*.

En cuanto al segundo, representado a la derecha de la misma lámina que el anterior, y que nosotros designamos con la letra *a*, nos dice: «El cráneo incompleto fué de otra cista exactamente igual a la anterior, de zona más al Norte; contenía otro jarro más perfecto, pero tosco; tuvo asa, que no se halló dentro de la cista, lo que demuestra haber sido colocado sin ella; arcilla secada al sol, cuya fotografía acompaña (lámina X, a la derecha, de la Memoria). Finca Navalazarza, término de Montoro».

De las cistas en que fueron hallados estos dos cráneos, nos dice el Sr. Aulló: «Ambas estaban en perfecto estado, no habían sido profanadas, su interior relleno de fina arena por filtración. De los restos humanos, sólo los cráneos se hallaron en el estado en que hoy se encuentran; los restantes, en completa descomposición, pero de dimensiones que demostraban

ser de hombres de buena talla. Fué registrada perfectamente la arena sin ningún otro objeto encontrado. Se hallaban estas cistas en serie con otras de las que se han obtenido sólo jarros toscos, estando las cistas en las inmediaciones de cimientos de edificaciones de escasísima superficie, de habitaciones reducidísimas, situadas al SE. del edificio y a unos diez metros de las mismas. Edificios y sepulturas se hallan en pequeños montículos.»

De nuestro estudio de los cráneos hemos obtenido los resultados si-

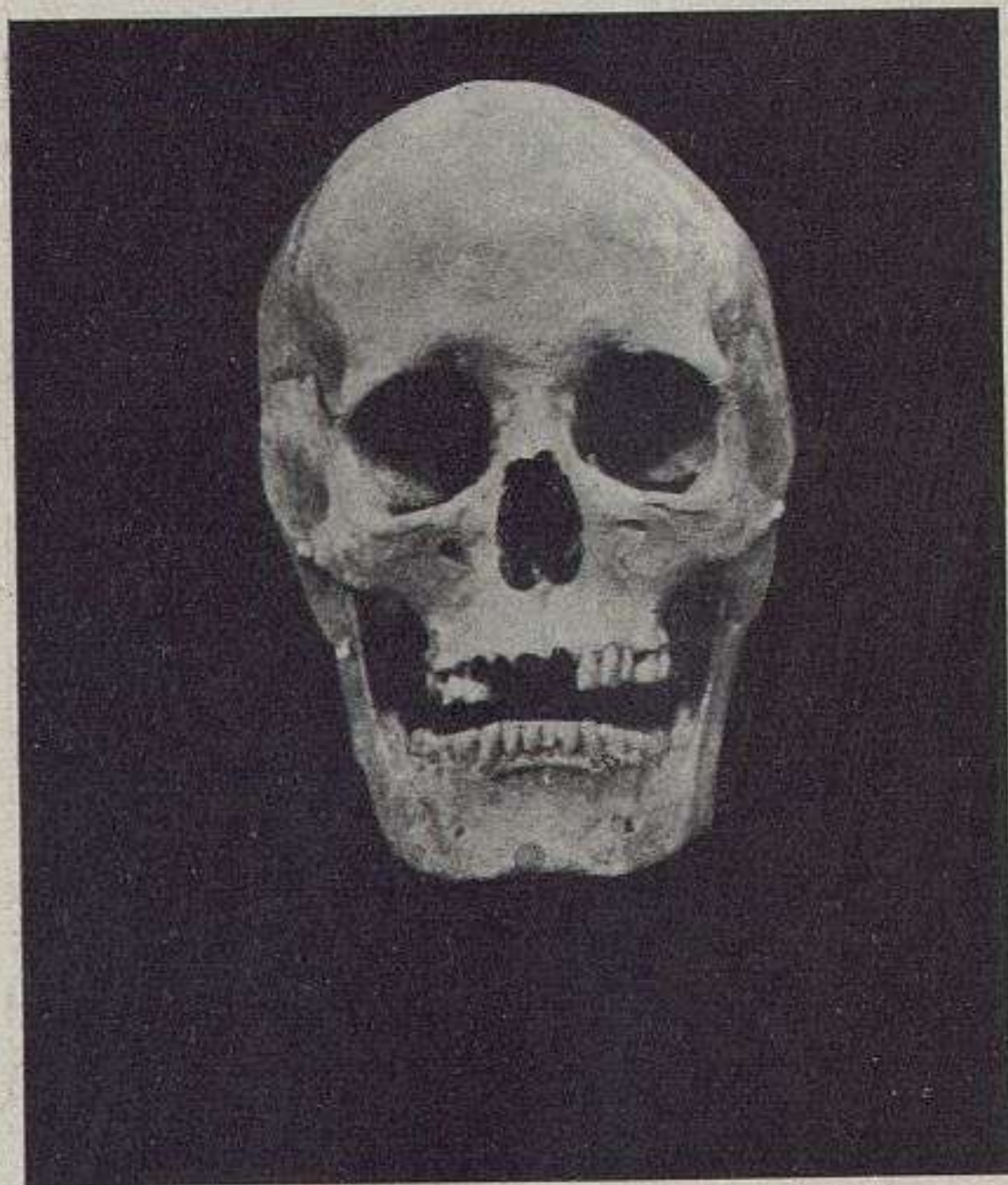


Fig. 1.—Cráneo *b*. Finca «La Alcarria» (Villanueva de Córdoba).

guientes: Cráneo *b* (figs. 1 y 2), procedente de la finca «La Alcarria», junto a Villanueva de Córdoba.

Por la forma de la frente, en que apenas se acusan los arcos superciliares, y que es en su parte inferior recta, con marcada inflexión en el metopio, presentando además claras prominencias frontales, parece femenino; en cambio, el desarrollo del resto del cráneo hace dudar de que lo sea. En la región metópica presenta en la línea media indicios de quilla. Bolsas parietales bien acusadas, así como la del occipital. Dentición completa en ambas mandíbulas; dientes algo desgastados. Suturas sin osificar, com-

plicadas. Un worniano en el pterio izquierdo. Todo el cráneo en buen estado de conservación y recubierto en algún punto por ligera película, al parecer depositada por las aguas o acaso, por el contrario, desprendiéndose del cráneo mismo.

Nos ha dado en milímetros las medidas siguientes:

Diámetro antero posterior máximo, 174.—Diámetro antero posterior iniaco, 166.—Diámetro transverso máximo, 136.—Altura basio-bregmática, 135.—Altura aurículo-bregmática, 113.—Diámetro frontal mínimo, 88.

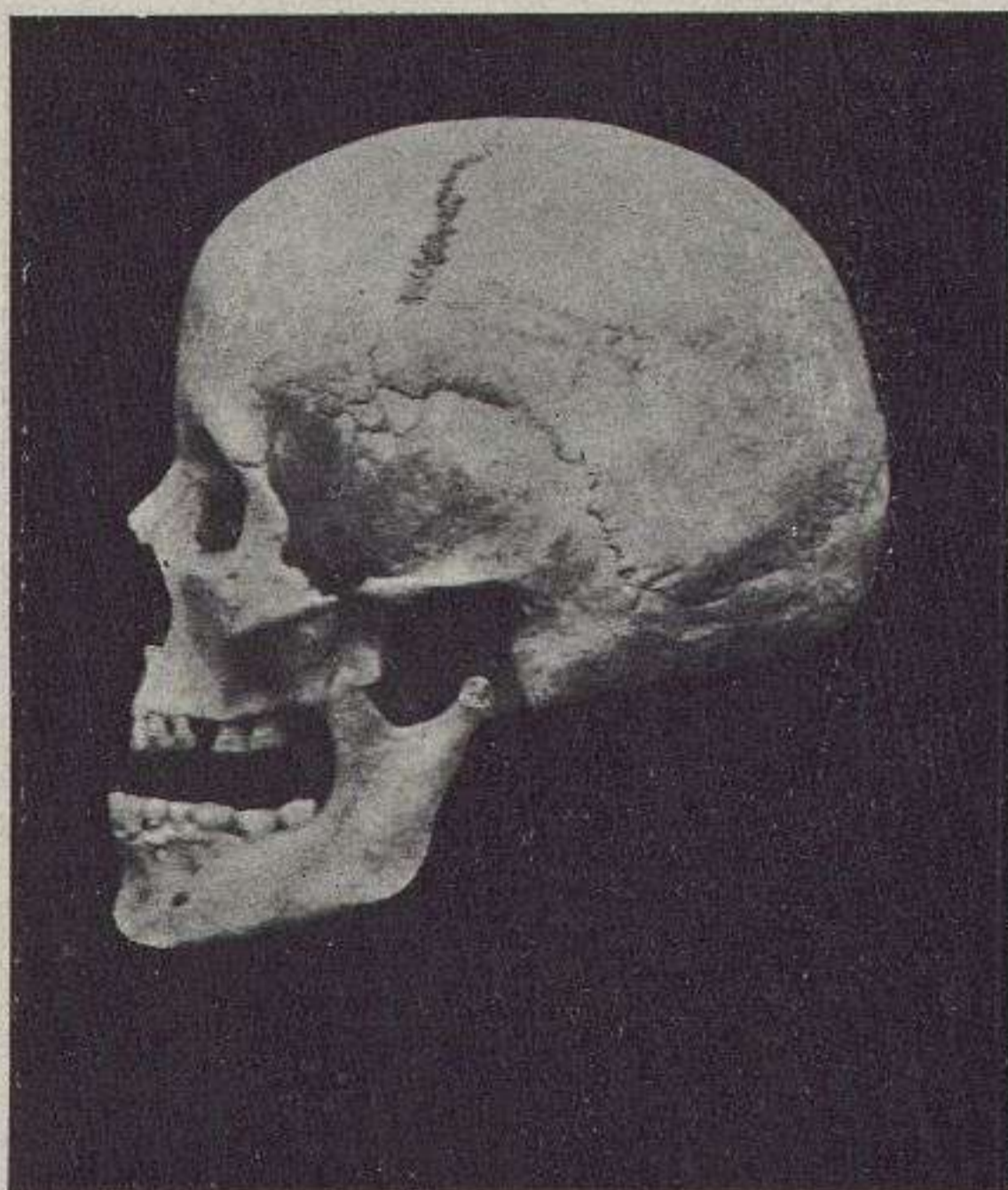


Fig. 2.—Cráneo b. Finca «La Alcarria» (Villanueva de Córdoba).

Diámetro frontal máximo, 108.—Diámetro bimastoideo-máximo, 124. Diámetro bizigomático, 120.—Diámetro nasio-basilar, 93.—Diámetro alveolo-basilar, 88.—Diámetro naso-barbal, 109.—Diámetro naso-alveolar, 67.—Altura de la nariz, 48.—Anchura de la nariz, 21.—Anchura interorbitaria, 19.—Anchura orbitaria, 37.—Altura orbitaria, 33.—Anchura del borde alveolar superior, 59.—Altura o flecha de la curva alveolar, 51.—Longitud de la bóveda palatina, 44.—Anchura de la bóveda palatina, 35.—Altura orbito-alveolar, 39.—Longitud del agujero occipital, 34. Anchura del agujero occipital, 29.—Curva sagital total del cráneo, 373;

parte frontal, 135; parte parietal, 128; parte occipital, 110.— Curva transversal, 300.— Curva llamada horizontal, 493.— Capacidad aproximada por cálculo, 1.426.

Mandíbula inferior: anchura bicondílea, 105 (por rotura en los cóndilos, resulta algo menor).— Anchura bigoniaca, 85 (resulta mayor por rotura en el gonio derecho).— Longitud de la rama ascendente, 56.— Anchura

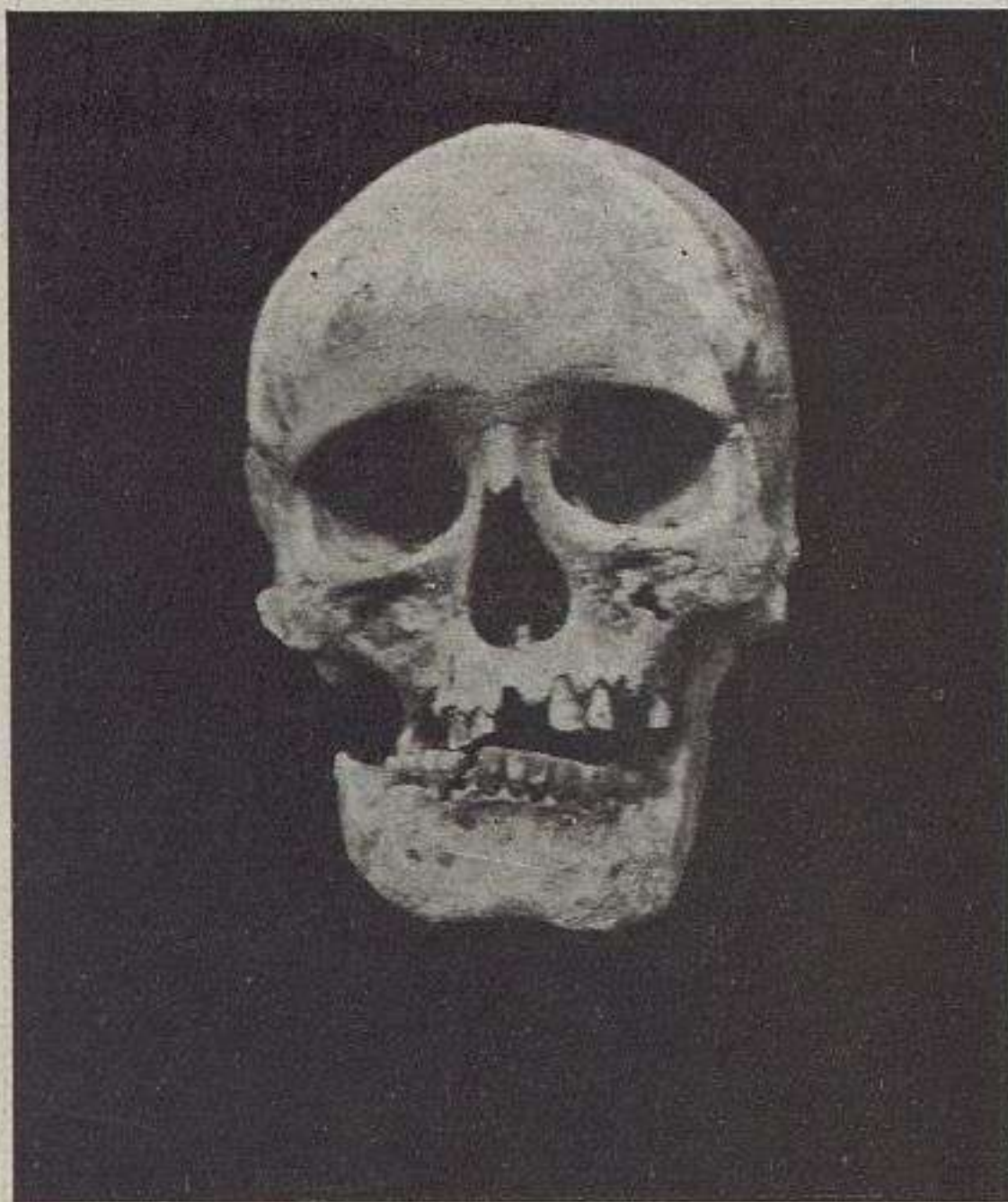


Fig. 3.— Cráneo *a*. Finca «Navalzarza» (Término de Montoro).

mínima de la rama ascendente, 26.— Anchura máxima de la rama ascendente, 38.— Altura de la sínfisis, 31.— Altura del cuerpo mandibular, 13.— Angulo mandibular, 135 grados.

Indices:

Cefálico.....	78,16
Cefálico vertical.....	77,58
Vértico transversal.....	99,26
Frontal.....	81,48
Fronto parietal.....	64,70
Fronto zigomático.....	90,00
Gonio zigomático.....	70,83

Del agujero occipital.....	85,29
Facial de Mónaco	55,08
Nasal.....	43,75
Orbitario.....	89,18
Maxilo-alveolar.....	115,68
Palatino.....	79,54
Rama mandibular (anchura mínima).....	46,42
Rama mandibular (anchura máxima).....	67,85

Cráneo *a* (figs. 3 y 4) de Navalzarza, término de Montoro.

Roto en parte del occipital. La mandíbula inferior rota en los dos gonios y falta de rama ascendente derecha. Varón. Tiene los arcos supercilia-

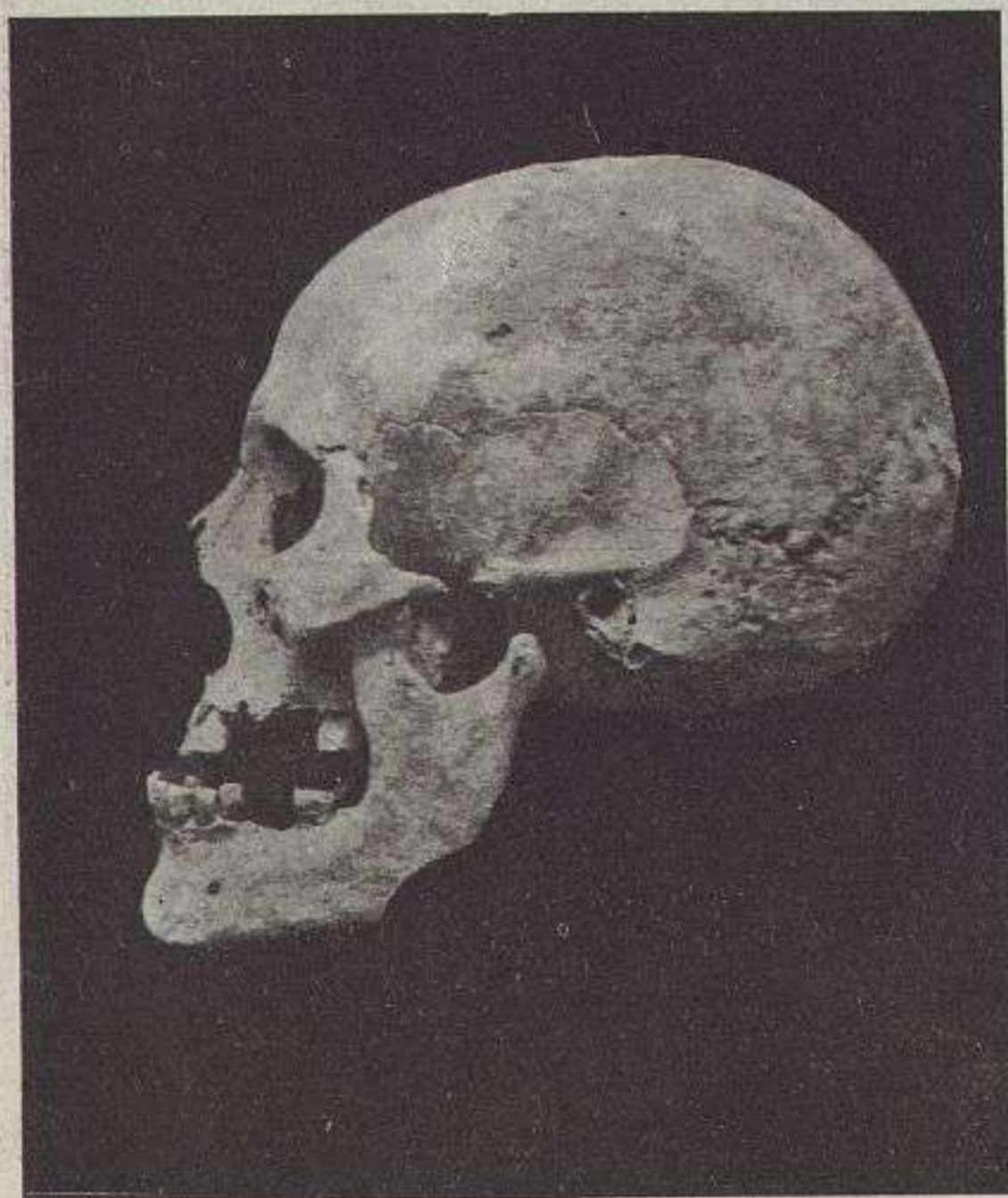


Fig. 4. — Cráneo *a*. Finca «Navalzarza» (Término de Montoro).

res bien acusados y frente algo huída. Suturas sin osificar. No han salido los quintos molares en ninguna de las dos mandíbulas. En el lado derecho de la superior faltaron por caída en vida el segundo y tercero, y los terceros molares de ambos lados en la inferior. La dentadura, en general, algo gastada. La mandíbula inferior, presenta la barbilla gruesa y bien acusada.

Este cráneo está ennegrecido y algo descascarado en su superficie, acaso por haber sufrido la acción del fuego. Nos ha dado en milímetros,

las medidas siguientes: Diámetro antero-posterior máximo, 175.—Diámetro antero-posterior iniaco, 168.—Diámetro transverso máximo, 134.—Altura basio-bregmática, 130.—Altura aurículo-bregmática, 102.—Diámetro frontal mínimo, 98.—Diámetro frontal máximo, 113.—Diámetro bimastoi-deo máximo, 122.—Diámetro bizigomático, 130.—Diámetro nasio-basilar, 98.—Diámetro alveolo-basilar, 93.—Diámetro nasio-barbal, 111.—Diámetro nasio-alveolar, 66.—Altura de la nariz, 52.—Anchura de la nariz, 24. Anchura interorbitaria, 20.—Anchura orbitaria, 40.—Altura orbitaria, 33. Anchura del borde alveolar superior, 60.—Altura o flecha de la curva alveolar, 53.—Longitud de la bóveda palatina, 42.—Anchura de la bóveda palatina, 37.—Altura órbitoalveolar, 41.—Longitud del agujero occipital, 37.—Anchura del agujero occipital, 28.—Curva sagital del cráneo con ligero error por la rotura del opistio, 345; parte frontal, 115; parte parietal, 120; parte occipital, 110.—Curva transversal, 300.—Curva llamada horizontal, 510.—Capacidad aproximada, 1.362.

En la mandíbula inferior, a pesar de las roturas, pudimos obtener: longitud de la rama ascendente, 75 ?—Anchura mínima de la rama, 33.—Anchura máxima, 44.—Altura de la sínfisis, 32.—Altura del cuerpo mandibular, 30.—Espesor máximo del cuerpo mandibular, 16.—Angulo mandibular, 133 grados aproximadamente.

Indices.

Cefálico.....	76,57
Cefálico vertical.....	74,28
Vértico transversal.....	97,01
Frontal.....	86,72
Fronto-parietal.....	73,88
Fronto zigomático.....	86,92
Del agujero occipital.....	75,67
Facial de Mónaco.....	50,76
Nasal.....	46,15
Orbitario.....	82,50
Maxilo alveolar.....	113,20
Palatino.....	88,09
Rama mandibular (anchura mínima).....	44,00
Rama mandibular (anchura máxima).....	58,66

NOTA SEGUNDA

Un esqueleto de los comienzos de la Edad del Cobre procedente de la provincia de Guadalajara.

Debemos a la amabilidad de D. Francisco Soler, distinguida personalidad, que interesándose por los estudios antropológicos ha hecho en más de una ocasión donativos análogos al que motiva esta nota (figs. 5 y 6) a

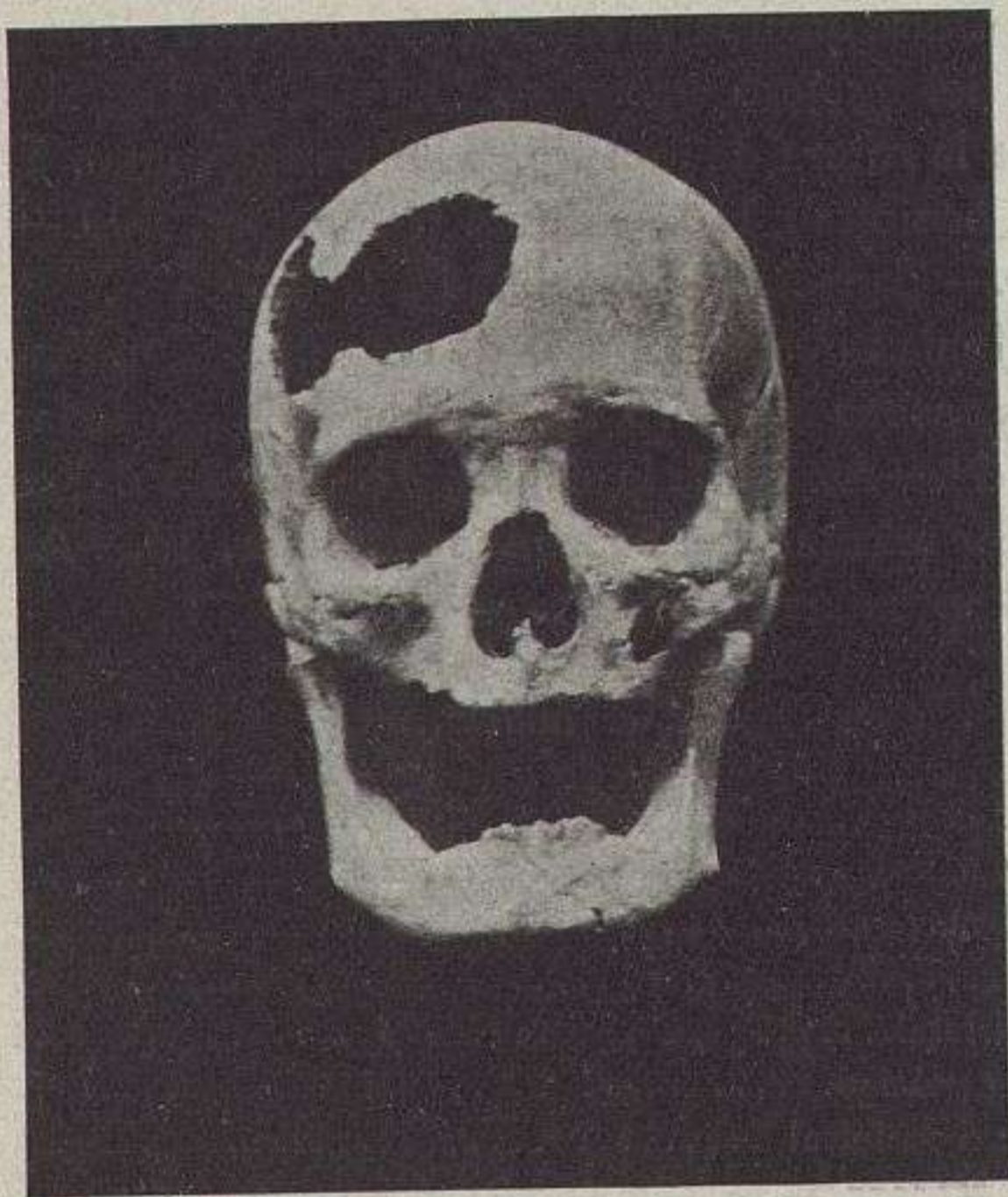


Fig. 5.—Cráneo c. Castelnuevo (Guadalajara).

nuestro Museo de Antropología, el haber tenido ocasión de estudiar un cráneo y esqueleto de mujer acompañado de otro de niño (éste en muy mal estado de conservación), sin más ajuar que un arete de cobre procedente todo de una misma sepultura. Cuyos ejemplares fueron recogidos por dicho señor en una finca del término de Castelnuevo, no lejos de Molina de Aragón, en la provincia de Guadalajara.

Acerca del yacimiento y demás circunstancias, decía el Sr. Soler en carta fechada en el pueblo citado, en 20 de septiembre de 1925, dirigida a

nuestro querido Maestro y Director del Museo, el Excmo. Sr. D. Manuel Antón, lo siguiente: «Hace algunos años remití a ese Museo (y se me acusó recibo del envío) un cráneo hallado en esta finca. En el mismo paraje «Los Villares» he hallado otro sepulcro en iguales condiciones, y en él un esqueleto completo y restos de otro que creo fuera de niño.

»Forman las cajas de estos restos dos losas a cada lado, una o dos en el fondo y dos o tres para la tapa, más la que cubre lateralmente por cabeza y pie. Tiene la que me ocupa forma de ataúd trapezoidal, y el cuerpo

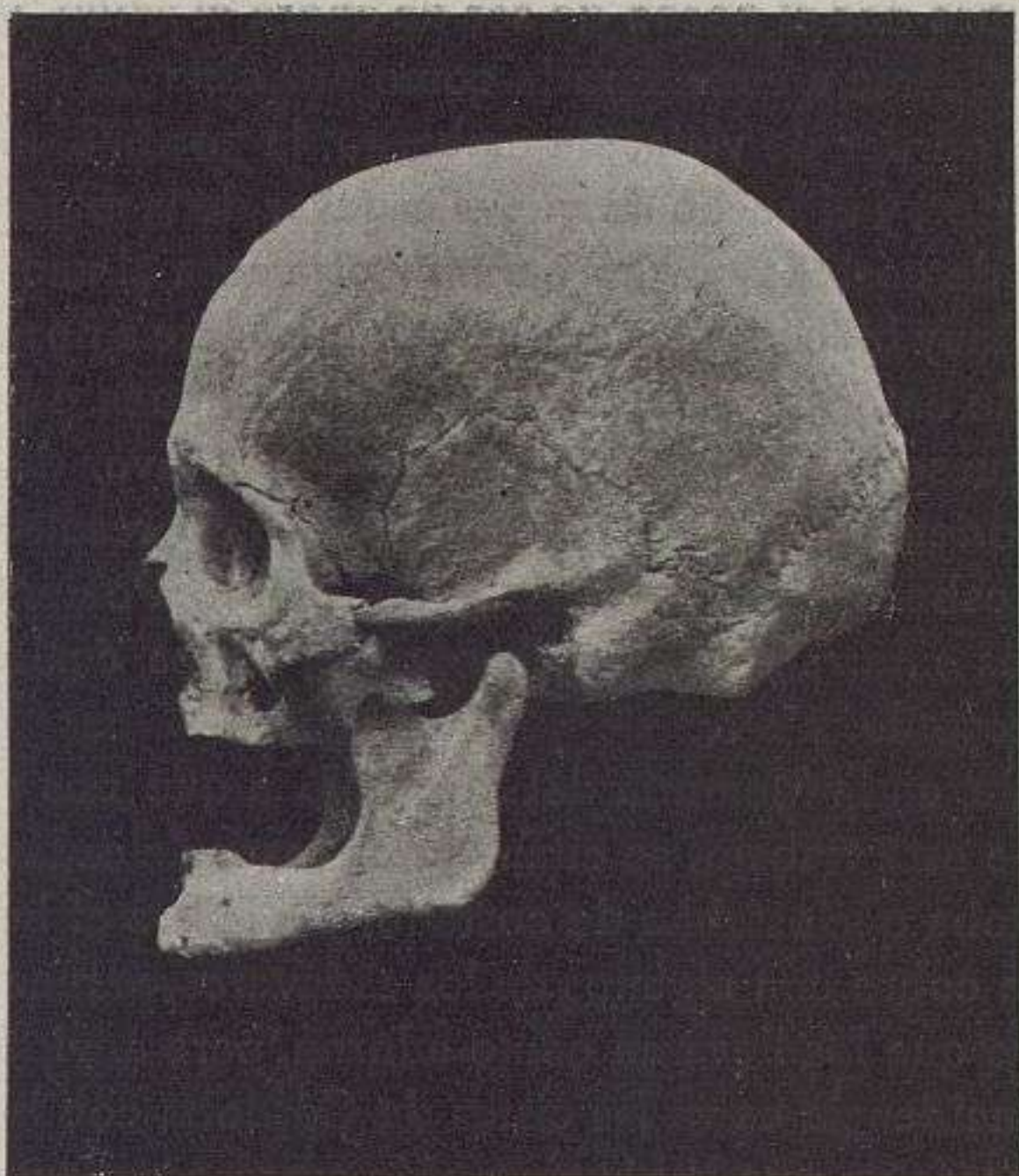


Fig. 6.—Cráneo c. Castelnuevo (Guadalajara).

contenido en ella, es decir, los huesos que en ella hay, revelan como si el cuerpo al enterrarlo fuera metido a presión, porque lateralmente tocan los huesos a las paredes y a lo largo marca una curva la espina dorsal y la cabeza toca en el hombro inclinada, y aun así toca las losas. La piedra de las losas de la caja es de un labrado tosco, pero no tanto que no sea un rectángulo regular. Es de advertir que son de una piedra llamada en el país de *mol*, arenisca que se emplea para afilar y que no la hay en el término municipal y hay que ir cerca de dos horas para encontrarla. En esa misma caja he encontrado también un anillo». Según un dibujo esquemático con que

el Sr. Soler ilustra su carta, la sepultura tiene su parte ancha correspondiente a la cabeza en la dirección de Levante.

En cuanto al lugar, añade: «Se trata de un paraje donde no hay memoria de que haya habido población y no lo nombran los documentos antiguos. En él hay, evidentemente, bastantes enterramientos semejantes, porque se ven al excavar piedras de *mol*».

Podemos calcular que se trata de una necrópolis, pero al datar su antigüedad ofrece algunas dudas. Desde luego, no es enterramiento anterior a las edades del metal; pero aunque no puede con seguridad atribuirse a la Edad del Cobre por el hecho de ser de cobre el anillo, las probabilidades parecen inclinarse a considerarla como una cista de esa edad.

No hay que perder de vista, sin embargo, la posibilidad de que fuera data muy posterior, y el hecho de que el cadáver de la mujer se introdujera en la sepultura de costado por no permitir otra cosa el ancho de dicha sepultura, podría muy bien acercarla considerablemente a nosotros, pues esta era una forma de enterrar usada por los árabes. El buen estado de conservación de los huesos pudiera ser un argumento a favor de esta hipótesis. En cambio, la orientación de la sepultura da como resultado que el cadáver tenía la cabeza hacia Levante y los pies a Poniente, disposición frecuente en los enterramientos prehistóricos, en los cuales hay también cadáveres de costado.

Precisamente en la Memoria del Sr. Aulló a que nos referimos en la nota primera de este trabajo, se citan varios casos de cadáveres de la provincia de Córdoba que estaban de costado, y a la vez el hecho de encontrarse aretes de cobre con algunos de los cadáveres, parece demostrar que fuera costumbre que los llevaran como adorno, pero advirtiéndolo el detalle a la vez de coincidencia entre las cistas de Córdoba con la de Guadalajara, que en los casos en que había arete sólo correspondía uno a cada cadáver. La forma del arete de cobre de la sepultura de Castelnuevo coincide con la de los dos de la derecha representados en la lámina IV del Sr. Aulló. En el de Castelnuevo no cierra tampoco el anillo y uno de los extremos libres del alambre que forma el dicho arete es más delgado que el otro, lo mismo que sucede con los de la lámina. El diámetro, que apenas le permite entrar en el dedo meñique, descarta toda idea de sortija para dedo, salvo que fuera del niño; pero la semejanza con los de Córdoba hace pensar como seguro que sería adorno femenino de oreja, aunque tampoco resultaría inverosímil que lo fuera de un ala de la nariz, pues para el tabique central es pequeño.

De todos modos, la semejanza de la sepultura de Guadalajara con las de Córdoba es evidente. Cistas son unas y otras; más de un cadáver y no

más de dos hay en una y en las otras; uno de los cadáveres al menos está no boca arriba, sino sobre un costado y teniendo por todo adorno femenino un arete de cobre.

Dada la cerámica y objetos de piedra existentes en la de Córdoba, se ve que se trata de un yacimiento neolítico, bordeando los albores del cobre, y aunque falte del todo la cerámica, la presencia del arete nos da una data igual para el de Castelnuevo, pues no hay nada que lo contradiga y la disposición de la cista coincide también con las de Córdoba, de las que dice el Sr. Aulló en su Memoria, página 6: «Las sepulturas, generalmente construídas con grandes piedras verticales perfectamente acuñadas con fondo de tierra, a veces con losas, que es el material que constituye siempre su cubierta», y más adelante añade: «Su planta es rectangular o trapezoidal». Como se ve, hay gran coincidencia en la construcción de la de Castelnuevo con varias de las de Córdoba en su forma y modo de estar construídas, lo cual es un motivo más para referirlas a la misma etapa de civilización.

La disposición y talla de las fajas de piedra que formaban la sepultura de Castelnuevo permite clasificar ésta entre las cistas. Sabido es que éstas rara vez contenían un sólo cadáver, pero en la sepultura en cuestión había dos, el de una mujer y un niño, sin que podamos saber si fueron enterrados juntos o el niño fué objeto de un sepelio posterior.

Por todo lo dicho, insistimos en considerar este enterramiento como de la Edad del Cobre en sus comienzos.

Estudiando el cráneo y demás huesos (figs. 5 y 6), puede asegurarse que se trata de una mujer con las suturas sagital y coronal casi osificadas por completo, lo que indica una edad avanzada. Esta se confirma teniendo en cuenta que en vida le faltaron todos los dientes de la mandíbula superior, que tiene los bordes muy reabsorbidos, y en la inferior, también en vida, todos los molares. Los incisivos y caninos faltan *port mortem*.

Las órbitas presentan tendencia a ser cuadrangulares y tiene 10 milímetros menos la altura que la anchura. El occipital es bastante saliente hasta el inio y por debajo deprimido en curva cóncava.

Siguiendo la hoja de Mónaco, encontramos en milímetros un diámetro anteroposterior máximo de 182; el iniaco, de 178; el transverso máximo que cae sobre los parietales, de 133; la altura basiobregmática, de 130, y la auriculobregmática, de 107. Hemos calculado con estas medidas el índice cefálico, que resulta 73,07; el cefálico vertical, que da 71,42; el vértico transversal, que es de 97,74, y además, empleando la altura auriculobregmática, hemos calculado un cefalio vertical, que da 58,79, y un transverso vertical, que da 80,45. Nos encontramos, por tanto, siguiendo la clasifica-

ción de Broca, con un dolicocefalo por su índice cefálico que por el cefálico vertical es cameoplaticéfalo; o sea, también en el grupo inferior. Por el vértico transversal resulta en el grupo medio entre 92 y 98.

Los dos índices tomados con la altura auriculobregmática resultan también bajos.

El índice frontal nos da 80,00; es, por tanto, inferior a 83 en que empieza el grupo medio de los tres que suelen formarse con este índice.

El frontoparietal nos da 66,16. Oscilando los valores de este índice entre 62 y 73, nos resulta un término medio hacia abajo. En cambio, el frontocigomático, que da 88,70, resulta alto dada la variación corriente de este índice entre 70 y 95. El goniocigomático da 85,48.

El facial de Mónaco resulta bastante bajo de 49,19; se trata, pues, de una cara corta.

El índice nasal de 51,02 estaría entre los mesorrinos de Broca, pero con arreglo a la clasificación de Frankfort alcanza a los platirinos.

El orbitario de 75,00 nos da un cameoconquio bajo. El palatino nos da 90,24, resultando, por tanto, un braquistafilino alto. El maxiloalveolar da 114,00.

En cuanto a la mandíbula, tomando igual a 100 la longitud de la rama, hemos obtenido con la anchura mínima un índice de 52,38 y con la máxima uno de 61,90.

Los huesos del esqueleto, conservados en parte, nos han permitido tomar en milímetros las medidas siguientes:

Húmero.—Longitud total, 289.—Longitud en posición, 280.—Longitud al epicóndilo, 266. Cabeza del húmero: anchura máxima, 44; anchura mínima, 16.—Extremo inferior: anchura máxima, 56; anchura mínima, 17.—Circunferencia mínima, 60.

Cúbito.—Longitud máxima, 240.—En la base del olécranon: anchura máxima, 39; anchura mínima, 25.—Extremo inferior: anchura máxima, 20; anchura mínima, 16. Diáfisis: anchura máxima, 11; anchura mínima, 9.—Circunferencia mínima, 37.

Radio.—Longitud máxima, 220.—Extremo superior: anchura máxima, 32; anchura mínima, 26.—Extremo inferior: anchura máxima, 20; anchura mínima, 19.—En la diáfisis: anchura máxima, 14; anchura mínima, 11.—Circunferencia mínima, 40.

Fémur.—Longitud máxima, 408.—En posición, 401.—Trocanteriana, 383.—Cabeza del fémur: diámetros, 42 y 41.—En la epífisis superior: anchura máxima, comprendida la cabeza, 92; mínima, 36.—En el centro de la diáfisis, diámetro anteroposterior, 26; transversal, 27; índice pilástrico, 96,20. Entre los trocánteres y la bifurcación de la línea áspera, diámetro

anteroposterior, 24; transverso, 32; índice platimérico, 75,00. A cuatro centímetros sobre el borde superior de la cara articular del cóndilo externo, diámetro anteroposterior, 26; transverso, 35; índice poplíteo, 74,28. En el extremo inferior: anchura máxima, 70; mínima, 57.—Circunferencia en la diáfisis, 80.

Tibia.—Longitud total, 332.—A la faceta del astrágalo, 248.—Extremidad femoral o superior: anchura máxima, 64; mínima, 45.—Extremidad tarsiana o inferior: anchura máxima, 48; mínima, 32.—Al nivel del agujero nutricio: anchura máxima, 32; mínima, 21; índice, 65,62, que se acerca mucho al índice 64 de los esqueletos neolíticos de la caverna del «Hombre Muerto» y de las grutas del «Marne».—Circunferencia mínima, 68.

Peroné.—Longitud máxima, 320 (acaso resultan algunos milímetros menos por rotura en el maleolo).—Extremo superior: anchura máxima, 23; anchura mínima, 17. Como queda indicado, está algo roto el extremo inferior. Diáfisis: anchura máxima, 11; anchura mínima, 9.—Circunferencia mínima, 38.

De otros huesos sólo hemos podido tomar: *Sacro*.—Altura, 106; anchura máxima, 114.—*Ileon*.—Altura, 112; anchura, 138.—*Pubis*.—Longitud, 84.

Resulta, por la longitud de los huesos largos, una estatura comprendida entre 1,540 y 1,550. Concurren, con arreglo a las tablas de Manouvrier, a determinar esta estatura los tres huesos largos de las extremidades inferiores y el húmero. En cambio, las longitudes del cúbito y radio conducen a una estatura no lejana de 1,590, por lo que podría presumirse que proceden de otro esqueleto o que hay una anomalía por exceso de longitud en el antebrazo.

De niño hay varios huesos que se encuentran en general en muy mal estado de conservación, pudiendo aprovecharse para medirlos tan sólo un fémur roto en sus dos extremos y un trozo de húmero. El fémur tendría una longitud máxima superior a 234 milímetros, pero no mucho más, con lo cual daría una estatura aproximada de 917 para varón, y 905 para hembra; es decir, que podría tener de cuatro a cinco años de edad. Da el fémur en la parte media de la diáfisis antes de la bifurcación de la línea rugosa los diámetros: máximo de 16 y mínimo de 15 y una circunferencia de 53.

El húmero en su extremo inferior da una anchura máxima de 34 y mínima de 12. Bajo la inserción deltoidea, da de anchura máxima, 13, y mínima, 11, y de circunferencia, 40.

* * *

Si comparamos los índices del cráneo de Castelnuevo con los dos de Córdoba, nos encontramos con que los índices cefálico, cefálico-vertical, frontal, facial de Mónaco y orbitario, son más bajos en el de Castelnuevo.

El vértico-transversal, fronto-parietal, fronto-cigomático, maxilo-alveolar y rama mandibular, calculado con la anchura máxima, dan en el de Castelnuevo un valor intermedio entre los dos de la provincia de Córdoba. En el nasal, el palatino y el de la rama mandibular, calculado con la anchura mínima, el valor es mayor. En los otros índices nos faltan términos de comparación, a causa de las roturas, que no han permitido calcularlos en todos los cráneos.

No habríamos hecho de seguro estas consideraciones a no ser por una interesante coincidencia en el cráneo de Castelnuevo, y es que, dando de índice cefálico, como hemos visto, 73,03, resulta que el índice medio de la raza de Cro Magnon, que da la *Crania Etnica*, es 73,57, y el Viejo de Cro Magnon, da 73,78.

Si nos fijamos en los otros índices, no volveremos a encontrar una coincidencia semejante, pero sí que los valores son, en la mayoría de los casos, intermedios entre los de Cro Magnon y los de Córdoba, estando éstos en algunos casos también bastante cerca de los cromañones. Así el índice frontal, que es en el de Castelnuevo de 80,00, da 81,74 en el Viejo de Cro Magnon, y 81,48 en el de Villanueva, si bien salta a 86,72 en el de Montoro.

El fronto-parietal, que en el de Castelnuevo es de 66,16, da como media de Cro Magnon, según la *Crania Etnica*, 68,10; para el Viejo, 64,25, y en el de Villanueva, 64,70, saltando a 73,88 en el de Montoro. El fronto-cigomático, que es de 88,70, en el de Castelnuevo, es de 86,92, en el de Montoro; de 87,50, en el Viejo de Cro Magnon, y salta a 90,00, en el de Villanueva. En el facial de Mónaco, resulta el de Castelnuevo con valor intermedio, pues da 49,19, mientras que el Viejo da 47,22; el de Montoro, 50,76, y el de Villanueva sube a 55,08. En el nasal, resulta el de Castelnuevo por encima de todos con 51,02, mientras que el valor medio de la *Crania* es de 49,80; el del Viejo, 45,09; el de Villanueva, 43,75, y el de Montoro, 46,15. En el orbitario, uno de los más importantes cuando se trata de comparar con la raza de Cro Magnon, resulta el de Castelnuevo con 75,00; la media de Cro Magnon, según la *Crania*, 88,66; el Viejo, con 61,38; el de Montoro, 82,50, y el de Villanueva, con 89,18. No pretendemos dar a lo dicho más alcance que el de la observación de un hecho aislado que puede proceder de causas muy variables; pero tampoco es inverosímil que la raza de Cro Magnon, que habitó nuestra Península en épocas anteriores, dejara en ella descendencia que, más o menos mezclada por mestizaje y modificada por evolución, haya conservado rasgos y caracteres que en algunos casos saltan a la vista e impresionan, como nos ha ocurrido en esta ocasión al encontrarnos con el índice cefálico de 73.

DATOS PREHISTÓRICOS Y ETNOLÓGICOS RECOGIDOS EN ALGUNOS PUEBLOS COMARCANOS DE LOS MONTES DE TOLEDO

POR

ISMAEL DEL PAN

Datos prehistóricos.

Casi todos los años suelo realizar alguna excursión, con los alumnos de Historia Natural, a los Montes de Toledo, deteniéndome en aquellos pueblos del itinerario que, dentro de sí o en sus alrededores, poseen algo digno de observación y de estudio para los alumnos y para el profesor. En este sentido, casi siempre es elegido, por mí, el pueblo de *Ventás con Peña Aguilera*, porque al interés geológico de sus cercanías, se suma la amabilidad con que siempre nos atiende el médico de esta villa, D. Casto Martín, dueño, además, de la bien ordenada y completa colección de fósiles silúricos de los Montes de Toledo.

Cuantas veces he estado en el pueblo de Ventas me ha acompañado D. Casto Martín a visitar el llamado «Valle del Chorrito», en donde el hombre prehistórico, parece haber dejado las huellas de su estancia sobre el material granítico del fondo del valle, pues excavadas en dicho material litológico, existen numerosas sepulturas y vestigios de posibles enterramientos dolménicos, que la acción destructora del tiempo y de los hombres, han ido esfumando, hasta reducirlos, en muchos casos, al término de la conjetura.

Las sepulturas labradas en el granito del citado valle, parecen responder, por su tamaño, a inhumaciones de adultos y alguna de niño. Son, por su forma, de tipos variados, pues las hay rectangulares, en forma de bañera, trapeciales con escotadura para la cabeza, de doble escotadura y hasta de un tipo que recuerda por su aspecto la forma de algunos de esos ídolos-placas de pizarra, tan abundantes en las llamadas *antas* portuguesas. Las sepulturas de este valle son, por lo demás, análogas a tantas otras esparcidas por distintos lugares de la provincia de Toledo, incluso algunas de los

alrededores de la capital, como las del Castillo de San Servando, y la que existía, excavada en el neis, a la salida del puente de San Martín, hoy ya casi destruída por los obreros que extraen de aquellos contornos piedra para la construcción. Es difícil precisar la edad de estas sepulturas de Ventas, por hallarse todas ellas ya profanadas; pero bien puede ser que hayan sido labradas en una etapa muy evolucionada de la *Edad del Hierro*.

De todos los recuerdos prehistóricos del «Valle del Chorrillo», descritos ya por el médico Sr. Martín González, con motivo de un trabajo his-

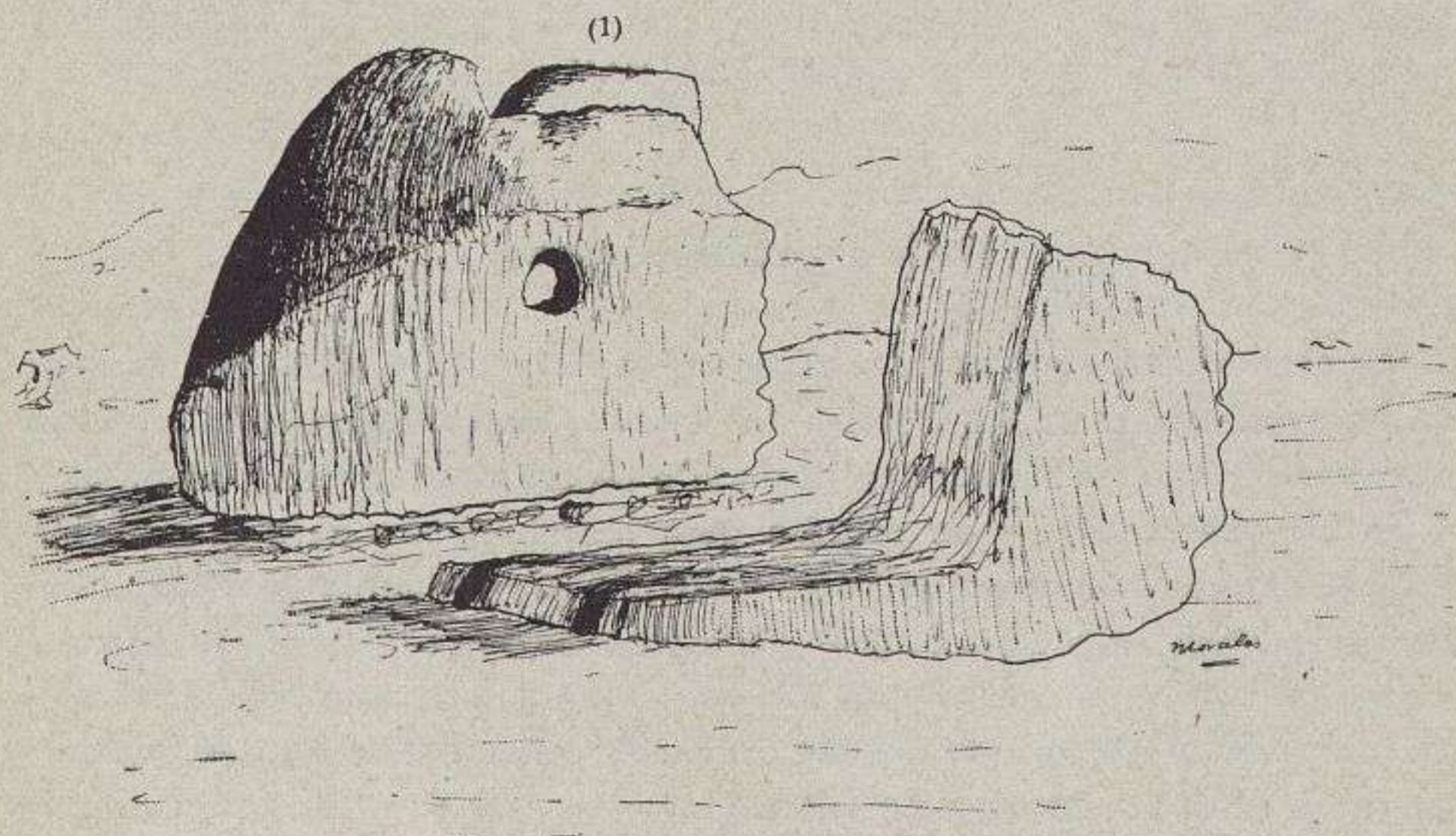


Fig. 1.—La peña horadada, vista desde el saliente. En la parte superior (1) se ve el resto de una piedra que debió yacer sobre ella. Ventas con Peña Aguilera (Toledo). (*Del natural.*)

tórico-documental sobre el pueblo de Ventas (1), los que más atrajeron mi atención durante mis visitas, fueron, por una parte, los que mi referido amigo considera como «cimientos de habitaciones primitivas», y, por otra, la llamada por él «peña horadada». Sobre ellos me hizo el honor de consultarme en varias ocasiones; pero hállase todo en el terreno tan derruído y diseminado, que quizá no haga yo en esta nota otra cosa más que añadir una hipótesis a las ya formuladas sobre el particular por el amante y culto investigador de la historia de su pueblo natal.

La «peña horadada» (fig. 1) es un mogote de granito porfiroide, colocado, al parecer, intencionalmente en sentido vertical, y tallado por la

(1) Casto Martín: *Las Ventas con Peña Aguilera*. «Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo», págs. 8-17. Toledo 1920.

cara que mira hacia el saliente. Tiene muy cerca de dos metros de altura, y presenta hacia su centro un agujero como de 20 centímetros de diámetro, de contorno irregular y desigualmente desgastado en los dos extremos de la perforación. Por las huellas de su factura, es indudable que el orificio de esta peña es artificial, no debiéndose a uno de esos fenómenos de erosión, tan frecuentes en el granito. Junto a la «peña horadada» existe otro fragmento irregular, de granito, del cual no es fácil asegurar si sus fracturas son naturales o realizadas de intento. Ahora bien, con solos estos datos no es fácil llegar a conclusión segura acerca del significado de la

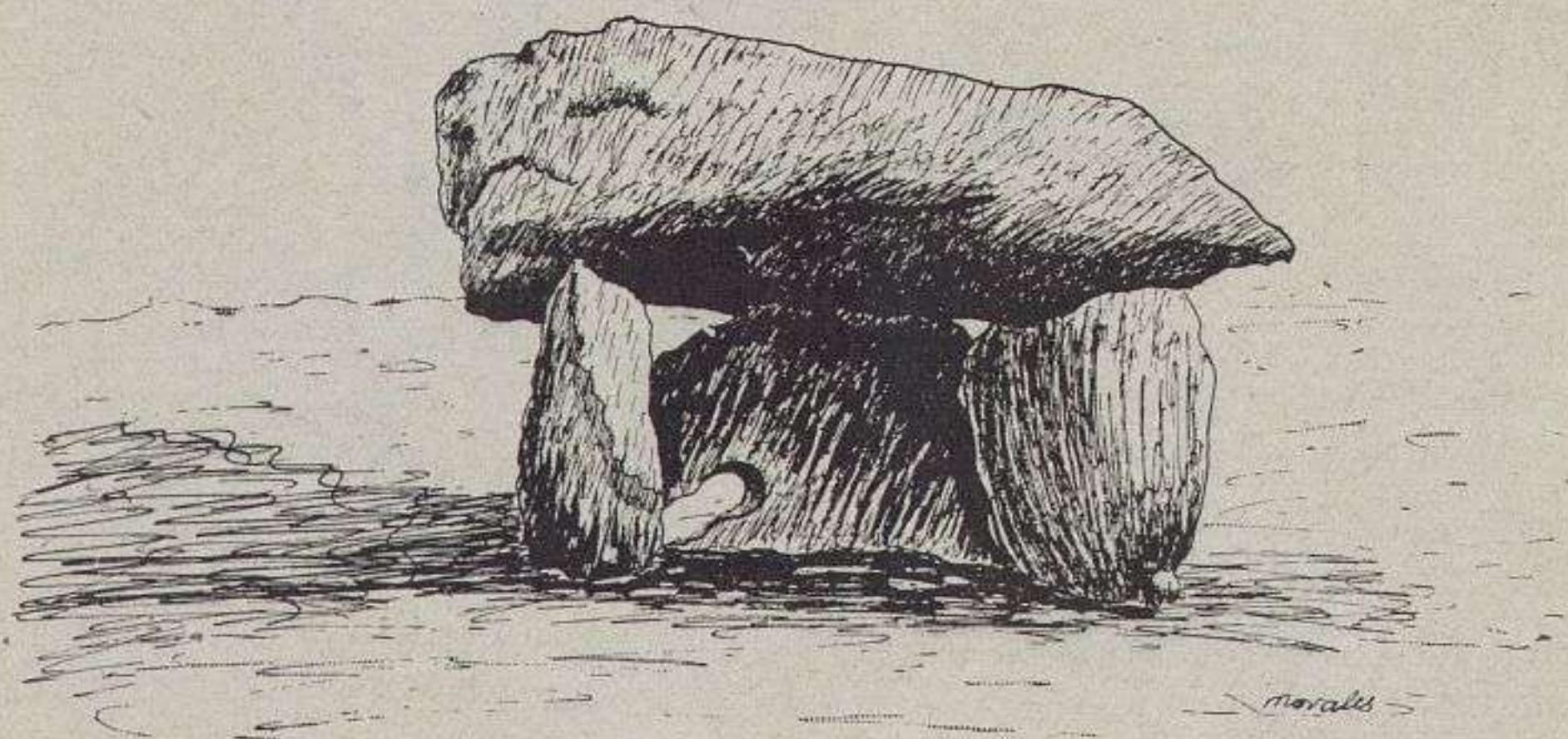


Fig. 2.—Dolmen perforado de Trie-Chateau (Oise) en Francia (según J. Déchelette).

«peña horadada». Sin embargo, sirviéndome de base la morfología de tales restos, y situándome en un punto de vista comparativo, me atrevería a considerar la «peña horadada» como testigo de la existencia de un posible *dolmen perforado*, es decir, de aquellos monumentos megalíticos que presentaban una de sus grandes piedras verticales con un orificio, más o menos circular, destinado a permitir la salida del alma de los muertos que cobijaban en sus cámaras. No recuerdo haber oído citar dólmenes de esta naturaleza en territorio español, pero son frecuentes en Francia (1) (fig. 2), Suecia, Alemania, Bélgica, Inglaterra, en el Cáucaso, Tracia, Siria, Palestina y en la India, en cuyo país son numerosísimos. Estos casos de arquitectura dolménica comparada hablarían en pro de la posible existencia en España de algunos dólmenes con perforación, no debiendo extrañar el

(1) J. Déchelette: *Manuel d'Archeologie préhistorique, celtique et gallo-romaine*, tome I, pág. 421. París 1908.



que no se hayan dado a conocer, en primer término, porque aún está por hacer una investigación seria y minuciosa de los restos de enterramientos dolménicos de nuestro país, y, en segundo lugar, porque dados los factores de destrucción naturales y las profanaciones debidas a la incultura de pastores, pueblerinos y labriegos, si algún vestigio quedaba en pie de tan originales dólmenes, habrá pasado inadvertido. Según lo expuesto, la «peña horadada» sería, a mi entender, el resto de la cámara de un *dolmen*

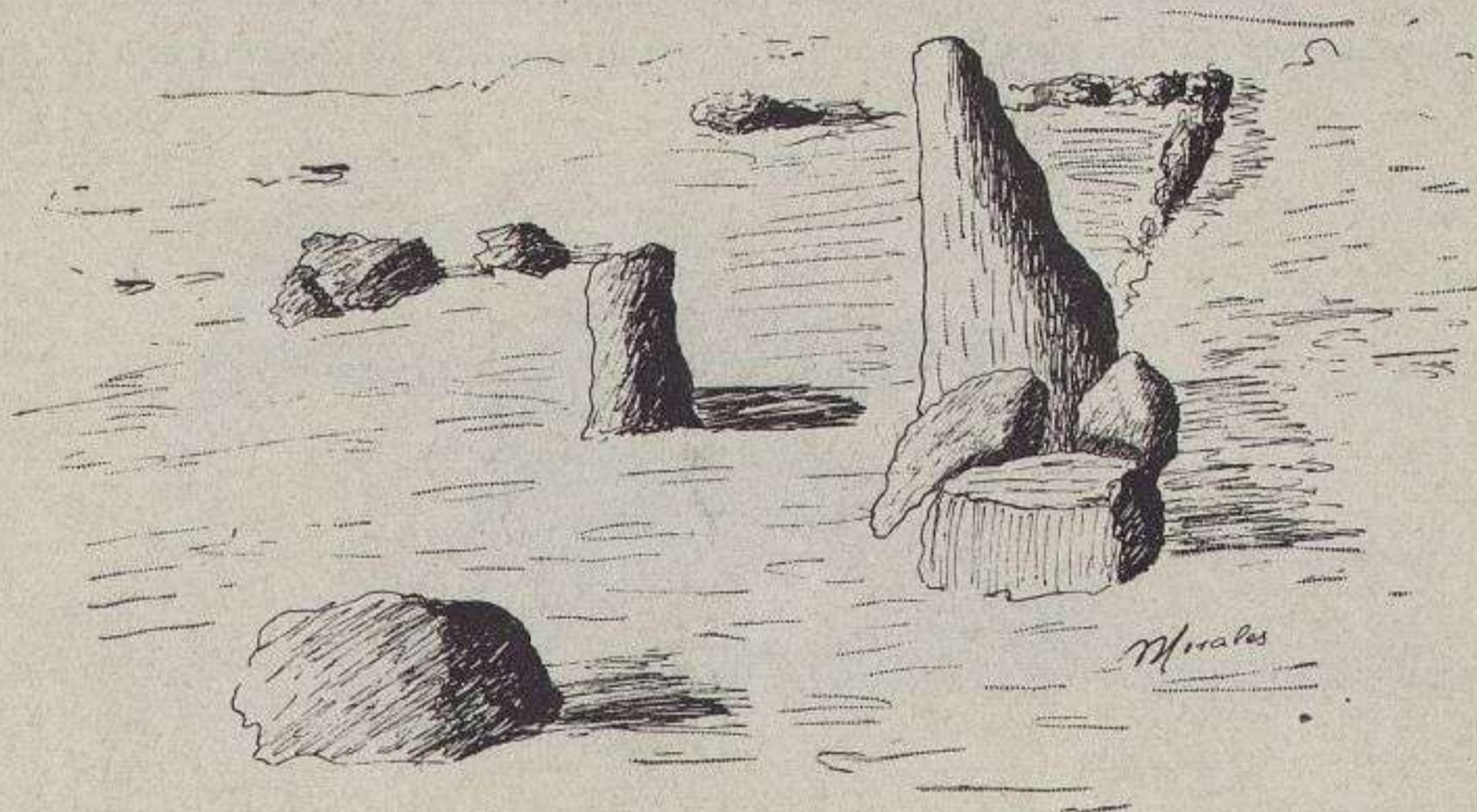


Fig. 3.—Restos de posibles monumentos megalíticos del Valle del Chorruto en Ventas con Peña Aguilera (Toledo)
(Del natural.)

perforado, en tanto que el Sr. Martín González (1), la considera, más bien, como «piedra de sacrificios».

Junto a la «peña horadada» existen los restos que mi referido amigo llama «cimientos de habitaciones», los cuales se hallan, además, representados en el resto del valle. En la figura 3, que es un dibujo tomado del natural, pueden verse, en primer término, dos piedras, a guisa de mojones, desgastadas y fracturadas, de regular altura, y que parecen dar entrada a un recinto de contorno cuadrangular incompleto, formado por piedras de menor tamaño, toscas e irregulares. Aunque las dos piedras del primer término fuesen las jambas de una puerta de acceso al recinto, salta a la vista el reducido tamaño de éste, así como la estructura y trabazón de los supuestos sillares parece alejar la idea de construcción prehistórica de época determinada. Yo no acabo de darme una explicación satisfactoria,

(1) Casto Martín González: Op. cit., pág. 11.

pues las dos piedras mayores tanto tienen de *restos de un trilito* como de *acceso a una cámara sepulcral*, recordando la disposición de las piedras del contorno cuadrangular, algo similar a los *cromlechs* cuadrangulares que acompañan a las alineaciones de *menhires*, a los que quizá pertenezcan algunas de las piedras hincadas del valle y calificadas como tales por el distinguido médico de Ventas con Peña Aguilera.

De todos modos, y en lo que dejo expuesto, no debe verse más que un nuevo aspecto bajo el que puede presentarse la cuestión de los recuerdos del «Valle del Chorrito», que no deja de tener interés, en tal sentido, para la provincia de Toledo.

Datos etnológicos.

Es un hecho notorio que en los pueblos montaraces es la caza ocupación predilecta, y que de labios de sus habitantes brotan a cada paso consejos y supersticiones. Yo he procurado recoger algunas de estas manifestaciones espirituales procedentes de cazadores, campesinos y pastores, de los pueblos comarcanos de los Montes de Toledo, y como botón de muestra expondré algunos casos, de entre varios, en esta breve nota.

En la villa de *Ventas con Peña Aguilera* y sus contornos, corre entre los cazadores la siguiente superstición: «Si uno de ellos da muerte a un *corzo* o *ciervo*, y la esposa del cazador afortunado come de la asadura de la res, cazada por el marido, no volverá éste a dar muerte a ninguna otra de aquéllas, por mucho empeño que ponga en ello» (1). He aquí un caso de *magia contraria de caza*, en que la mujer conserva aún, al través de los siglos, el papel de hechicera que tiene todavía en el seno de algunas tribus australianas, en donde las jóvenes se mutilan los dedos de las manos para tener éxito en la pesca. En el caso que nos ocupa, las vísceras del ciervo o del corzo pasan a ser especie de *tabú* para la mujer, que debe respetar como cosa intangible, si no quiere acarrear la desgracia del marido en las lides venatorias. Algo parecido a lo que en orden de la pesca hacen los negros de Guinea, los cuales si se apoderan de un pez espada no lo comen hasta que no le han quitado la espada, que es para ellos un hechizo después de seca (2).

Otra superstición de caza parece ser que existía entre los cazadores de *San Pablo de los Montes*, y era como sigue: «Si al saltar una liebre el

(1) Referencia de D. Juan Díaz, antiguo maestro de Ventas con Peña Aguilera.

(2) Burton: *Dahome*, vol. II, págs. 145-148.

cazador pronunciaba la frase: «Rabito blanco lleva la liebre», erraría necesariamente el tiro.» Esta superstición quizá tenga su origen en la manera cómo se ejercían en los siglos XVI y XVII los actos de brujería y los conjuros, pronunciando palabras de sentido anfibológico y únicamente provistas de valor significativo para aquel que ejercitaba el sortilegio. A veces, esas palabras pronunciadas por los brujos tenían especial eficacia para librarse de la acción de los ministros de la justicia, como lo atestigua cierto proceso incoado en Valencia en 1624, por actos de brujería, a que hace referencia D. Francisco Carreras y Candí. De modo análogo, las palabras pronunciadas por el cazador obrarían, entorpeciendo su destreza en el manejo del arma.

AMULETOS.—Es creencia arraigada en la masa popular de la provincia de Toledo la de que ciertas personas *iniciadas* pueden causar desgracias o enfermedades a las demás, y aun a los animales, con sólo mirarlos de una particular manera, siendo los perniciosos efectos de estas miradas «el mal de ojo». Pero para este mal ha sabido también el vulgo encontrar su remedio, y ya en cierta ocasión he tenido lugar de hacer un estudio del amuleto protector contra «el mal de ojo» en los borricos (1). Mas añadiré aquí, a lo allí expuesto, que el asta de ciervo sigue siendo el amuleto protector contra «el mal de ojo»; también para los niños, en los que, merced a su debilidad, puede cebarse fácilmente el maleficio.

Cuerva es uno de los pueblos próximos a los Montes de Toledo donde más extendida se halla la creencia de que puede hacerse «mal de ojo» a las personas, y entre éstas, particularmente, a los niños, y para preservarlos del «mal de ojo» se les cuelga del cuello *una punta de asta de ciervo*, en unión de un escapulario, todo lo cual bendicen piadosamente ciertas monjitas del lugar mencionado. La virtud preservativa del cuerno contra los maléficos efectos del «mal de ojo» no la había visto aplicar a los niños en España hasta que recogí personalmente en *Cuerva* esta superstición, pues únicamente *Frankowski* (2) la cita en Portugal, donde las madrinas cuelgan, fervorosamente, del cuello del recién nacido un amuleto en el que figura un cuernecito, para presevarles del «mal de ojo», y dice haber visto algún amuleto de esta naturaleza en el Museo Etnológico Municipal de Figueira.

(1) Ismael del Pan: *Un curioso amuleto empleado contra el mal de ojo en los borricos de algunas regiones españolas*. Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria. Memoria XXII, págs. 47-55. Madrid 1924.

(2) Eugeniusz Frankowski: *Los signos quemados y esquilados sobre los animales de tiro de la Península Ibérica*. Memoria de la Real Sociedad Española de Historia Natural, t. X, pág. 281. Madrid 1916.

Por lo dicho puede fácilmente colegirse que, en los pueblos serranos y cazadores de esta provincia, la magia protectora del astil de ciervo extiéndose a los niños como seres más débiles entre los humanos, y que su aplicación parece hallarse relacionada con el *habitat* natural del ciervo y



Fig. 4.—Cruz empleada por los labriegos de Guadamur (Toledo) para preservarse del rayo.

con la inclinación a la caza de los habitantes de esta comarca, ocupación preponderante para la mayoría, en unión de las faenas del laboreo del monte.

Voy a mencionar, por último, otro amuleto protector de las descargas eléctricas, empleado en el pueblo de *Guadamur* por casi todos los labriegos del mismo. Trátase de una crucecita metálica, de unos cinco centímetros y medio, de dos travesaños, a guisa de *cruz patriarcal*, y de forma

potenzada (fig. 4), provista de una inscripción, en latín, distribuída en los travesaños y en el eje, de este modo: en el sitio donde cruza el travesaño superior, se observa el monograma cristiano: *IHS*. En el segundo travesaño, léese: *S. ANNA*. Y en el eje de la cruz: *ORA PROMF*. La forma general de esta crucecita es idéntica a la de la famosa cruz de *Caravaca* del siglo XIII. La cruz que utilizan los habitantes de Guadamur se halla provista en su extremo superior de un agujero de suspensión; pero la mayoría de las gentes la llevan en el bolsillo, y únicamente la sacan cuando amenaza caer alguna exhalación. También me han asegurado que existen otras crucecillas, dobles, que se llevan plegadas, y que al colocarlas sobre la mano, en días de tormenta, se abren solas las dos partes de la cruz. En todo caso, quien lleve consigo una de esas crucecillas puede considerarse libre de morir por el rayo.

Menciono aquí este amuleto, en el que se deja sentir la influencia cristiana, no sólo como una variante de los muchos remedios empleados por el vulgo en tales casos, como las esquilas de ciertas ermitas, el laurel bendito, las velas de los monumentos del Jueves Santo, etc., etc., sino por el valor tradicional de su forma, que recuerda el estilo románico con cierto dejo oriental, lo que pudiera hacer remontarse el empleo de este objeto, con el indicado fin, a la Edad Media. Es digno de hacerse notar el contraste en el empleo de amuletos preservadores del rayo entre los pueblos de *Guadamur*, próximo ya al valle del Tajo, y *San Pablo de los Montes*, pueblo marcadamente serrano, pues en este último, sigue utilizando la gente del pueblo las «piedras de rayo» para preservarse de las descargas eléctricas, guardando como un tesoro en sus casas, cuantas hachitas neolíticas recogen en aquellos campos, conservando así la tradición pagana y rindiendo, como entre los prehistóricos, un insospechado culto al hacha.

NOTAS SOBRE LOS RITOS FÚNEBRES DE ALGUNAS REGIONES DEL ASIA CENTRAL

POR EL

Rvdo. P. AGUSTÍN MELCÓN

Funerales tibetanos.

En el Tibet los cadáveres de los *lamas* y los de las personas bastante ricas para costearse el combustible necesario, son quemados; pero los que se encuentran en este último caso en país tan desprovisto de bosques no son muchos, y de aquí que lo más ordinario sea el doblar el cadáver antes de que adquiera la rigidez cadavérica, envolverlo en un saco de pieles y arrojarlo así a un río.

A esta costumbre atribuyen algunos, como Mr. Gill, la poca o ninguna afición que sienten los tibetanos por la pesca y la alimentación con pescado, lo contrario que se observa en los chinos y japoneses.

Otro modo que tienen los tibetanos para desembarazarse de sus difuntos consiste en llevarlos a la cima de una colina o de una montaña, y después de ciertas ceremonias fúnebres, practicadas por los *lamas* y por los parientes y amigos del muerto, dejar el cadáver de éste para que lo devoren los perros, los cuervos y demás animales salvajes.

Esta costumbre se encuentra también en la Mongolia, y sería importante averiguar qué relación tiene con el budismo, o qué explicación le dan en conformidad con sus creencias sobre el cuerpo y el alma humana.

Mr. A. E. Pratt, en el viaje que hizo por el Yangase arriba, hasta Ta-Chien-Lu, en territorio ya del Tibet, refiere que el P. Biet, obispo después, le contó cómo había sido dispuesto el cadáver de un lama de los principales que había muerto. Fué llevado a una alta meseta, y allí separaron la carne de los huesos, machacaron éstos hasta reducirlos a polvo, los mezclaron con harina, y después una y otra cosa fué entregada para pasto de los buitres, quedando muy satisfechos de haber dado fin de esta manera a todo el cadáver (1).

(1) *To the Snows of Tibet*, pág. 139. London, 1892.



Mr. Landor, en el libro que publicó de su viaje al Tibet en 1897, añade otras ceremonias que acusan un principio de canibalismo en los tibetanos de una repugnancia extremada, pues dice que si el cadáver expuesto a las fieras y a las aves no concluye de ser devorado por éstas, los lamas vuelven con la familia del finado y se comen lo que haya quedado, hasta dejar sólo los huesos.

Pero tal relato, por sí poco verosímil, pierde toda su autoridad al saber que lo expuesto sobre el Tibet en este libro fué visto muy de paso y escrito a raíz de haber sido perseguido y hecho prisionero su autor por los tibetanos y después terriblemente torturado.

Funerales de los Shocas. (1)

Nada más morir, se convocó a sus amigos, y el cadáver, después de ser untado de manteca, fué vestido con las mejores ropas del finado.

Ellos doblaron el cuerpo por la mitad antes de adquirir la rigidez cadavérica, y en seguida lo metieron en un ataúd de madera construído a toda prisa. Este fué cubierto por un paño bordado en azul y oro, y sobre éste pusieron un lienzo blanco.

Al amanecer salió de casa la procesión funeral para el lugar de la cremación. Iba primero una línea de diez mujeres cubiertas las cabezas con largas tiras de lienzo blanco de algodón, una de cuyas puntas estaba atada al féretro. Entre estas mujeres estaban las más allegadas al difunto, incluyendo su mujer e hijas, llorando y exclamando: «¡Oh bajo, oh bajo! ¡Oh padre, oh padre!», y el resto sollozando y con muestras de gran pesadumbre.

Habiendo sido el difunto una persona principal en Garbyang (lugar de referencia), la gente del pueblo se fué uniendo a la procesión para pagarle el último tributo, según aquélla iba descendiendo camino del río. El féretro era llevado por dos hombres, y cada uno de los demás shocas varones que le seguían llevaban un tronco o un haz de leña.

Llegamos al Kali, el río. El cuerpo fué dejado a la orilla del río, mientras todos los hombres, con la cabeza descubierta, reunían grandes piedras y trozos de madera. Con las piedras construyeron una especie de horno crematorio a la orilla misma del río de cinco pies de altura y seis de diámetro, con una abertura a un lado de cara de donde venía el viento.

La mujer e hijas del difunto, con las caperuzas vueltas del revés y la

(1) (Norte de la India, limitando con el Tibet). De *A. H. S. Landor*, I, 116-128.

cara cubierta, estaban mientras tanto agazapadas junto al féretro, gimiendo y conservando encendido un poco de fuego. Cuando todos los preparativos estuvieron terminados y el horno lleno hasta arriba con leña y troncos, el cadáver fué colocado sobre la pira. Todos los objetos de valor le fueron quitados de encima, los pendientes de oro, los brazaletes y broche de plata. Sobre el cuerpo depositaron ramas de pino y al lado un gran barreño de manteca. Derramaron sobre la cabeza *chokti* (vino) con un cuenco de bronce, y entonces en silencio prendieron fuego a la pira.

Gradualmente apareció una llama de veinte pies de alto que consumió el cuerpo, y mientras tanto los shocas fueron a lavarse las manos y la cara en el río, para purificarse por haber estado en contacto con un cadáver. De vuelta para el pueblo las mujeres lloraban y gemían, llevando para casa los vestidos del difunto con el cuenco de bronce.

Al llegar a casa fué preciso proveer a la *diversión* del alma del finado. Una figura hecha de paja y palos fué vestida con las ropas del muerto y cubierta con telas de la India bordadas de rojo, azul y oro, y sobre la cabeza pusieron un turbante con un penacho de una rama de pino.

Cuando el fuego de la pira quedó apagado fueron allá algunos parientes y recogieron aquellos pedazos de hueso que no habían sido consumidos por el fuego, como las junturas de las rodillas y de los brazos y las vértebras más gruesas, y las colocaron dentro de los vestidos de la figura de paja.

Se compraron grandes cantidades de trigo, arroz y harina para mantener a la multitud de amigos que permanecieron como huéspedes de la familia todo el tiempo que duraron los funerales. De ordinario los asistentes al duelo consumieron al día un buey y se bebieron un tonel de *chokti* y *anang*.

Las mujeres del finado lloraban alrededor de la efigie, reposando sobre ella la cabeza e implorando que volviese a la vida. Otros grupos de mujeres, con las caperuzas vueltas del revés en señal de duelo, danzaban en círculo alrededor de la misma efigie, saliendo de la casa por una puerta de la izquierda, describiendo un círculo al aire libre y entrando por otra, mientras que los hombres danzaban fuera de la casa.

En cada uno de los tres o cuatro días que duraron estas fiestas, se colocó ante la efigie arroz, trigo amasado y vino, y cuando se calculó que el alma del finado había sido suficientemente festejada, se hicieron los preparativos para que transmigrase de la efigie de paja a un carnero o a un búfalo vivo. Si el finado es varón, el animal escogido es macho, y hembra si es mujer; pero esta ceremonia no se hace con niños de menos de doce años.

En el caso del funeral que yo presencié, el animal escogido fué un carnero, pues hubiera sido negocio muy costoso procurarse un *yak* del Tibet. El uso de carneros para estos sacrificios es innovación reciente, puesta de moda por el comerciante más rico de los shocas, a fin de hacer los gastos innecesarios de estas ceremonias; pero muchos shocas, según se me aseguró, no quedan satisfechos con un solo carnero, y disponen dos y aún más en estas ocasiones.

Después de varios días de danza y de bulla dentro de casa, se reúne una muchedumbre a son del tambor fuera de la casa. La efigie es transportada inmediatamente fuera de la habitación o a un sitio escogido en el bosque. Esto se hace generalmente al cuarto día. Allí colocan tazas con comida delante de la efigie y comienza una nueva danza, a la que por la tarde concurren también los hombres. Toda la gente es regalada por la familia con pan amasado con azúcar, maíz tostado, arroz, dulces, etc. Y mientras la gente come y el muerto se supone completamente satisfecho, las mujeres de la casa se vuelven hacia la efigie batiendo rápidamente el tambor y haciéndole grandes inclinaciones.

Al final, en medio de disparos, gritos y silbidos ensordecedores de la gente, se lleva delante de la efigie el animal que ha de ser sacrificado. Se atan cintas de color a los cuernos, que se dejan colgar al lado de la cabeza. Se quema madera de sándalo ante la nariz del animal, lo que según suponen induce al alma a establecerse ella misma en el animal. Se quitan de la figura de paja los vestidos, el turbante, el escudo y las alhajas, y se colocan sobre el carnero, que es desde ahora la personificación del finado.

A éste se le da de comer hasta que no puede más, y a la fuerza se le hace tragar vino y licores y con él platos de las viandas más escogidas. Las mujeres de la familia del muerto le dispensan la más tierna afección y lloran sobre él, en la persuasión que contiene el espíritu de su protector. Repleto de comida y entontecido por el alcohol, el animal se somete inmóvil a las salvajes caricias, súplicas y saludos que le hacen.

En un momento comienzan otra vez los gritos, silbidos y voces de la gente, y en una acometida lo empujan, tiran de los cuernos, lo golpean y arrojan fuera del pueblo, pero no sin que antes hayan arrebatado de encima de él los vestidos, escudos y demás ornamentos.

Ordinariamente después es entregado a los *hunias*, que son los que salen ganando de esta superstición de los shocas, que echan el carnero a tierra, lo abren vivo en canal y lo matan con retortijón al corazón.

Cuando el sacrificado es un *yak*, observan ceremonias semejantes, y es echado fuera y apaleado y arrastrado a la fuerza a la cumbre de una montaña, en donde lo dejan, diciendo los que le llevan: «Márchate, ya te

hemos festejado y dado de comer. Hemos hecho cuanto podíamos en tu favor. Ya no podemos hacer más. Vete, pues.»

Con esto el *yak* es abandonado a su suerte, y en cuanto los shocas lo dejan, los tibetanos, a quienes no está permitido extraer la sangre del *yak*, lo conducen a un precipicio y lo despeñan, y después recogen y se aprovechan de sus restos.

Parecía natural que creyendo los shocas que el espíritu del difunto se traslada al animal, que después cuidarían y pagarían a éste el mismo respeto que al vivo; pero por lo visto es todo lo contrario, un caso más de la inconsecuencia humana. En cuanto terminan ciertos ritos tradicionales se da todo por concluído.

Funerales en Mongolia.

Una repugnante escena aguarda al viajero si se le ocurre visitar el cementerio, que se halla situado no lejos de Urga.

Aquí los cadáveres, en vez de ser enterrados, son arrojados a los perros y aves de rapiña. Y una horrible impresión es la que produce un lugar como éste, literalmente cubierto de montones de huesos, por entre los que, como duendes, circulan los perros en busca del diario alimento de carne humana.

No bien es arrojado allí un nuevo cadáver, los perros lo hacen pedazos, y en un par de horas no queda nada del muerto.

Los budistas consideran buena señal el que sea devorado pronto, de lo contrario creen que el finado no había llevado una vida muy pura. Los perros están tan acostumbrados a mantenerse de esta manera, que cuando un cadáver es conducido a través de las calles de la ciudad por los parientes del muerto, invariablemente es seguido por aquéllos, y a veces hasta por los de su propio campamento (1).

En Cambojia.

Un oficial chino que visitó la Cambojia en 1295, es decir, el mismo año que Marco Polo volvió a Europa, escribió un tratado sobre la geografía, costumbres y cosas principales que allí vió, y al tratar de los muertos, dice:

(1) Ten. Cor. N. Prejevalsky, Mongolia, I, pág. 14. London, 1876.

«Cuando un hombre muere no se le encierra en un ataúd, sino que se le envuelve en una estera de caña recubierta de tela. Cuando se forma la procesión fúnebre, se llevan banderas delante y detrás y se le acompaña con tambores e instrumentos de música. Todo a lo largo del camino se va esparciendo arroz tostado, y se llega así lejos de los lugares cultivados donde no haya ningún habitante. Allí se abandona el cuerpo para que vayan a devorarlo las aves de rapiña, los perros y otros animales. Cuando un cadáver ha sido devorado pronto, dicen que el padre y la madre del muerto deben ser felices, y que el cielo recompensa sus buenas obras; si no ha sido comido o sólo en parte, ellos dicen que su padre y su madre han pecado.

Hay aún al presente algunos habitantes que queman sus muertos. Estos son todos descendientes de emigrados chinos.

Cuando muere un padre o una madre no se le hacen honras fúnebres; un hijo se rasura el pelo, una hija se corta un poco del lado de cada mejilla, y a eso se reduce toda su piedad filial.

Existe un sepulcro con una torre para los reyes, pero ignoro cómo amortajan el cadáver; y no se entierran más que los huesos» (1).

(1) M. Abel-Remusat: *Nouveaux Melanges Asiatiques*, I, 128.

ESTILIZACIONES PREHISTÓRICAS CONSERVADAS EN UTENSILIOS USADOS EN LOS TIEMPOS ACTUALES

POR

DOMINGO SÁNCHEZ Y SÁNCHEZ

Preliminares.

A pesar de los innumerables eslabones que faltan a la cadena de nuestros conocimientos relativos a la aparición y desenvolvimiento de los elementos primitivos de las artes y las industrias humanas, considérase por algunos autores como cosa bien averiguada, que el desarrollo de unas y otras ha seguido al parecer, cuando menos en los primitivos tiempos, un proceso bastante semejante en las diversas regiones del globo. Por todas partes aparecen primero manifestaciones toscas, con frecuencia extremadamente groseras, del arte o de la industria, las cuales van siendo luego sustituidas por otras cada vez más delicadas, hasta llegar a alcanzar, con más o menos rapidez, según los tiempos y países, perfeccionamientos diversos.

Aunque varíen los materiales de que están constituídos los diferentes utensilios fabricados por el hombre en los primeros tiempos de su existencia, en relación con los caracteres geográficos y geológicos de los lugares por él habitados, las formas fundamentales de aquellas manifestaciones han presentado por todas partes tales analogías que, a juzgar sólo por éstas, podría pensarse que hubiesen tenido todas un origen común. Y otro tanto podría decirse respecto de las representaciones ideológicas, sea cualquiera su forma de expresión.

A primera vista pudiera creerse que, originadas en una sola comarca o región del globo, fueron extendiéndose a otras más o menos lejanas y diseminándose por territorios diversos a medida que la raza o pueblo inventor fuese trasmitiéndolas ya por simple difusión, o de manera más brusca, en sus emigraciones.

Mas si con frecuencia puede demostrarse con más o menos verosimilitud ese origen hereditario o transmitido de las primeras industrias y del arte primitivo, no siempre sucede lo mismo. A veces son tan grandes las dificultades que se oponen a semejante demostración, que los autores se sienten a menudo inducidos a creer en la existencia de centros de aparición diferentes para manifestaciones culturales semejantes.

Esto, que es tan frecuente cuando se trata de las industrias líticas y metálicas primitivas, ocurre también en otras manifestaciones de la mentalidad humana, tales como las artes gráficas o pictóricas y las plásticas. Donde quiera que se han hallado muestras de esas actividades de los pueblos primitivos, ofrecen, en general, tales analogías que, a no ser para investigadores expertos capaces de apreciar rasgos característicos de formas locales, a veces bien poco perceptibles para los demás, no es fácil encontrar diferencias aun entre las procedentes de regiones muy remotas, y mucho menos todavía entre las correspondientes a territorios vecinos.

Se comprende sin dificultad que el camino más fácil y expedito para explicar la analogía entre las formas artísticas e industriales correspondientes a los diversos yacimientos, sería el de suponerles un origen común en algún territorio particular, verdadero punto de aparición, a partir del cual, como centro, hubiera ido realizándose su ulterior difusión por expansión directa o por corrientes de emigración de intensidad, amplitud y dirección variables, sufriendo constantemente modificaciones adaptativas en el tiempo y en el espacio, en relación con el estado social o cultural de los pueblos y con las condiciones biofísicas de cada localidad.

Si, como parece probable, la especie humana hubiese tenido un solo centro de aparición, aunque su área hubiese sido bastante amplia, y desde él se hubiese extendido por toda la faz de la Tierra, bastaría suponer que en aquel mismo centro aparecieron los primeros rudimentos de las artes y manufacturas producidas por el ingenio humano en su constante afán de procurar satisfacción más cumplida a sus siempre crecientes necesidades. En ese caso la humanidad habría arrastrado con ella en su dispersión, como consecuencia lógica y natural, los útiles y productos adquiridos, los cuales, al igual que ella, habrían ido adaptándose en cada momento y en cada región a las nuevas condiciones del medio.

Pero este modo de ver, tan racional en apariencia, no es admitido de manera unánime por los naturalistas y los prehistoriadores. Las huellas de la dispersión primitiva, si de hecho existió un solo centro de aparición de la especie humana y de sus industrias, están actualmente tan confusas y borrosas en muchos y extensos territorios, que no ofrecen seguridad suficiente para poder determinar los caminos que aquel movimiento siguiera.

Pero si se discute aún, como de todos es bien sabido, el punto de aparición de la humanidad, ¿qué tiene de extraño el que se desconozcan sus vías de dispersión? Pues si tales dificultades ofrece el problema de la aparición de las formas humanas, no es de extrañar que sean mayores aún las que se refieren a la aparición de los diversos productos de su industria que, naturalmente, han debido surgir, en gran parte al menos, en épocas y probablemente también en regiones diferentes.

Las dificultades surgidas para mantener la hipótesis de un origen común, único, de las industrias humanas, han sido tan considerables, que han inducido a algunos autores a proponer otras para salvar los graves escollos con que aquélla tropezaba. De ahí el origen o, mejor dicho, uno de los orígenes, de las hipótesis o teorías poligenistas.

Un argumento utilizado con frecuencia en la defensa de estas ideas, y que podría invocarse también para explicar las analogías antes mencionadas entre las formas representativas de las artes e industrias primitivas en diversas regiones, es la creencia de que los hombres, colocados en circunstancias análogas e inspirados por la misma idea, han adoptado formas semejantes al confeccionar los utensilios de que se valiesen para satisfacer sus necesidades más perentorias o para la representación ideológica de sus sentimientos.

Semejante criterio casi equivaldría a pensar que, por lo menos dentro de ciertos límites, existiera una íntima relación entre la idea y la manera de expresarla o, para hablar con más propiedad, entre la necesidad orgánica y la manera de satisfacerla. Sería algo análogo, aunque en un orden de cosas diferente, a lo que acontece con los elementos perceptores de las sensaciones en el reino animal. Parece, en efecto, que cada manifestación de la energía exige, para su percepción en la serie animal, disposiciones orgánicas fundamentalmente análogas, aunque en apariencia diferentes por sus condiciones de adaptación.

Acaso esta concepción pueda admitirse sin grandes escrúpulos en lo que se refiere a los estados mentales primitivos, todavía rudimentarios, y a los medios y elementos, también rudimentarios, de que el hombre se valió en los primitivos tiempos, siempre que se haya hallado en circunstancias y condiciones semejantes.

Mas aun siendo esto así, parecería racional pensar que, puesto que las ideas han ido modificándose y evolucionando a partir de los primeros tiempos, como se modifican los estados ideológicos en el tiempo y en el espacio, en razón a las circunstancias y elementos con que el hombre cuenta, es decir, con las épocas y los países, las culturas aparecerían o evolucionarían en consonancia con la acción de esos factores, desviándose más o me-

nos profundamente de los tipos fundamentales primitivos, adquiriendo mayor delicadeza y perfección y adoptando los rasgos característicos de cada época, comarca o región.

Aun en los períodos de decadencia, tan acusada a veces, por que han atravesado algunos pueblos en ciertas fases de su existencia en los tiempos prehistóricos y aun históricos, su cultura ha conservado los rasgos fundamentales que antes tuvieran, aunque ostentando formas toscas, a veces groseras, reminiscencias casi siempre de más viejas civilizaciones, de otros estados sociales.

Hay, sin embargo, ocasiones en que, al lado de culturas locales de estructura relativamente complicada, no sólo por la acción evolutiva local, sino también y en grado mucho mayor, por la influencia de elementos extraños procedentes de países de civilización más avanzada, se hallan manifestaciones de otras culturas de tipo rudimentario, que ostentan claramente el sello de una gran antigüedad y que, lejos de ofrecer analogías con los elementos culturales modernos de la localidad en que se hallan, presentan rasgos característicos que parecen demostrar, sin género alguno de duda, diversidad de origen. A veces esos elementos parecen pertenecer a pueblos muy distantes que no sostuvieron o no hay noticia de que sostuvieran relaciones con aquéllos, y aun en algunos casos a pueblos extinguidos mucho ha y que vivieron en tierras remotas.

Cuando esto sucede y se ignoran las relaciones que hayan podido existir entre unos y otros pueblos y los caminos que tales elementos hayan debido seguir en su diseminación, no es de extrañar que se tropiece con serias dificultades al tratar de explicar su procedencia exótica o su origen indígena.

Eso acontece con los elementos artísticos que constituyen el objeto de este trabajo. Son representaciones pictóricas que reproducen con gran perfección y exactitud una gran parte de las formas que integran el arte estilizado de la era cuaternaria. Los objetos en que se hallan parecen constituir, a juzgar por su profusión y riqueza, un archivo viviente de documentos prehistóricos de aquella época, de los que sólo teníamos noticia por las pinturas rupestres, cantos pintados azilienses, y algunos otros elementos análogos hallados en las cavernas, abrigos y demás yacimientos prehistóricos descritos, esparcidos principalmente en las regiones centrales y meridionales del antiguo continente.

Los tales elementos consisten en pinturas o dibujos realizados sobre una especie de sombreros o gorros, de forma más o menos caprichosa (figuras 1 y 2), hechos con dos tiras o láminas de hojas de palma, usados por ciertos grupos de malayos musulmanes, llamados comúnmente *moros*, ha-

bitantes de algunas islas situadas en la parte meridional del Archipiélago Filipino, acaso solamente en Mindanao.

Dichos sombreros o gorros, llamados *sacup* en el seno de Davao (Isla de Mindanao), suelen designarse también con el nombre de *salacot*, que se da en general, en idioma tagalog, a los utensilios que, a manera de sombreros, se utilizan en el país para cubrir la cabeza.

Tal vez existan dibujos análogos en otros objetos usados por los habitantes de aquellas comarcas y acaso haya representaciones semejantes en las numerosas cavernas existentes en aquellas islas; pero hasta ahora no tenemos noticia de que hayan sido observados, acaso por no haber parado atención en semejantes objetos, si los hubiese, los exploradores que recorrieron aquel archipiélago.

Nadie, hasta ahora, que nosotros sepamos, ha hablado de pinturas rupestres de tipo prehistórico, halladas en cavernas, abrigos o peñascos de aquellas islas. Mas no por eso nos atreveríamos a negar su existencia.

Nosotros mismos, que tantas cavernas, abrigos,

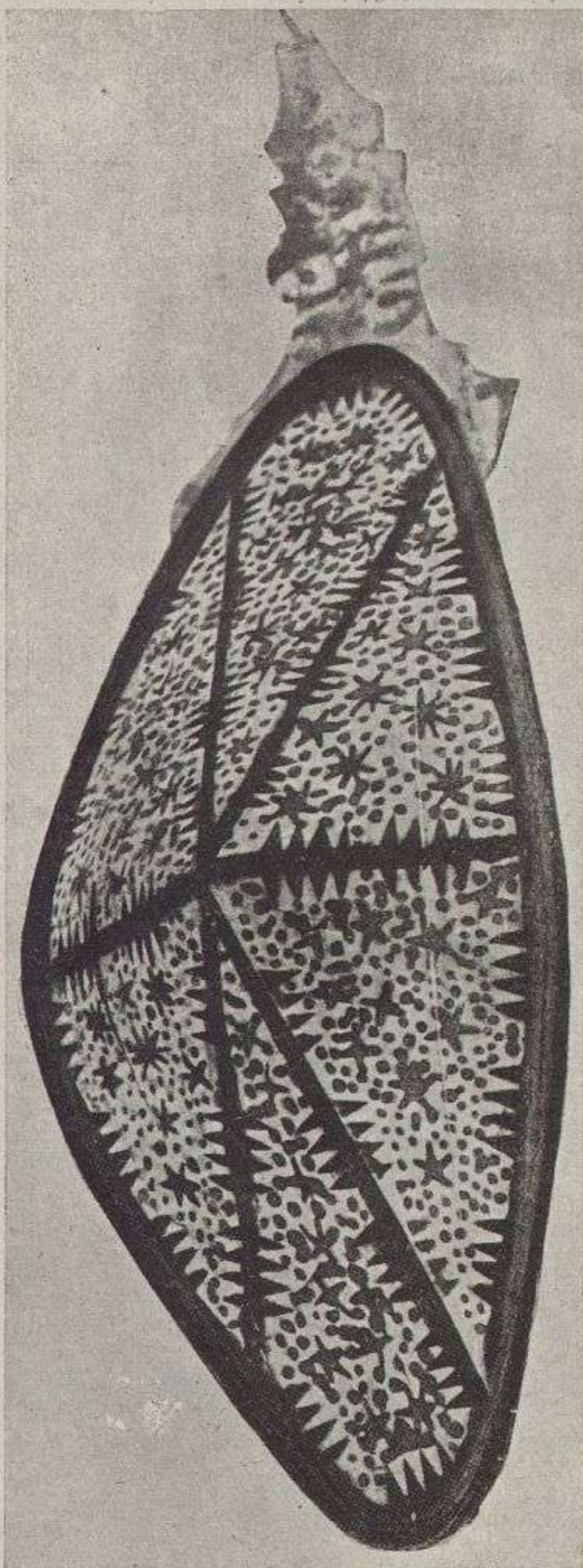


Fig. 1.—*Sacup* visto por encima.

grietas, agujeros, etc., exploramos en diversas islas, durante nuestra larga permanencia en el Archipiélago, recogiendo cráneos, esqueletos y restos

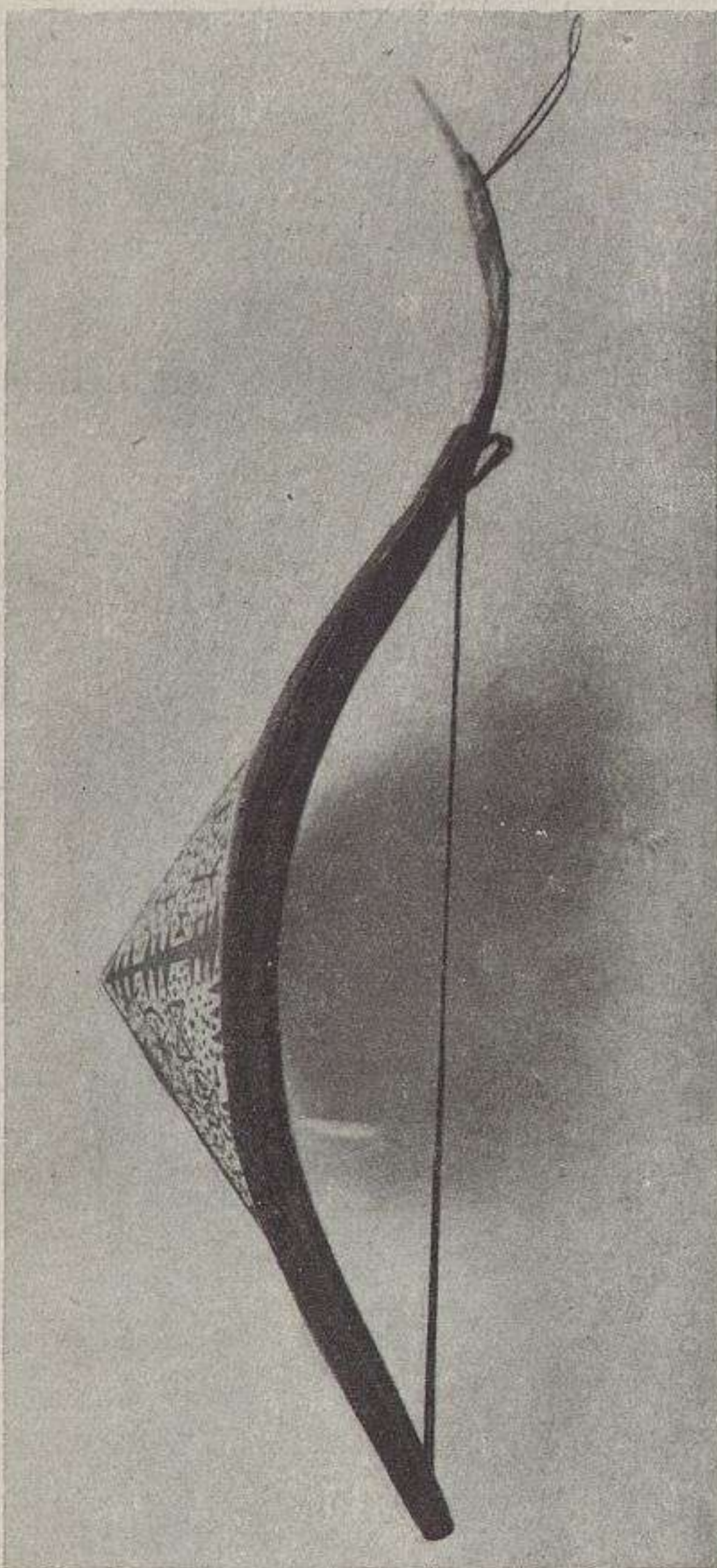


Fig. 2.—*Sacup* visto de perfil.

humanos de todas clases, no pudimos o no supimos distinguir tales manifestaciones artísticas, si es que existían en alguno de aquellos lugares visitados por nosotros. Pero este dato, de carácter puramente negativo, acaso carezca enteramente de valor. Porque no teniendo, como no tenía yo entonces, ni la más remota idea de las pinturas rupestres ejecutadas por hombres de las primitivas edades, aunque alguna vez viese semejantes representaciones, tal vez las hubiera despreciado como desprovistas de valor científico, considerándolas como realizadas por habitantes actuales de aquellas comarcas, que hicieron constantemente uso de tales parajes para depositar cadáveres y aun a veces ciertos utensilios de uso del muerto, como armas, objetos de metal, etc.

Y nada tendría de extraño que ese hecho se realizara, ya que con los

gorros o sombreros portadores de los dibujos que forman el objeto de este trabajo ocurrió una cosa semejante. Nos fueron conocidos desde los primeros tiempos de nuestra permanencia en el Archipiélago Filipino, hacia el final del año de 1885, cuando ordenamos, estudiamos y clasificamos

las colecciones del museo de D. Hipólito Fernández (1), de donde proceden los materiales de que ahora nos ocupamos. Mas entonces no supimos interpretar su significación.

Debemos consignar, sin embargo, que tales dibujos no pasaron inadvertidos para nosotros cuando por primera vez nos los mostraron; antes por el contrario, llamaron nuestra atención por su extraño y particular aspecto. Más de una vez despertaron en mí cierta curiosidad y fueron objeto de conversaciones sostenidas con su dueño el Sr. Fernández, quien al pretender contestar a mis preguntas reiteradas sobre la significación de tales dibujos, que alguna vez hubimos de llamar geroglíficos, acudía a ciertos recursos propios de su carácter un poco romántico, diciendo que, aunque en realidad lo ignoraba, porque nunca se había propuesto averiguarlo, los consideraba relacionados con creencias, supersticiones, agüeros, etc. Mas bien claramente se dejaba comprender que hasta entonces no había pensado en averiguar la significación de tan singulares dibujos ni quizá hubiesen llamado antes su atención. Y hay que tener en cuenta que D. Hipólito Fernández era hombre observador bastante sagaz y había permanecido largo tiempo en la región clásica de esos gorros, con la autoridad de Gobernador, que le hubiese permitido salvar los obstáculos que dificultasen cualquier investigación, cuanto más esa, que no tenía otra trascendencia que la de pura investigación científica.

Distribución geográfica.

Preciso es reconocer que los datos que poseemos relativos a la distribución geográfica de estos *sacups* o sombreros son harto incompletos, y aun algunos de los que se hallen consignados en publicaciones relativas a las Filipinas o en colecciones de objetos de ellas procedentes, convendría someterlos a un examen algo detenido antes de aceptarlos como verdaderos; porque, según hemos podido observar, los datos relativos a la locali-

(1) Don Hipólito Fernández era Ministro del Tribunal de Cuentas de Filipinas. Había sido y seguía siendo muy aficionado a reunir colecciones y las poseía bastante ricas, de objetos de Historia Natural y Etnografía. Desempeñó el cargo de Gobernador en el distrito de Davao (Mindanao), y mientras estuvo allí recogió, entre otros objetos, los gorros de que ahora nos ocupamos. Esas colecciones fueron adquiridas por la Comisión Central de la Exposición general de Filipinas, celebrada en Madrid en 1886 y 1887. Al deshacerse el Museo-Biblioteca de Ultramar, muchos objetos, entre ellos los *sacups* que estudiamos, vinieron a parar al Museo de Antropología.

dad suelen ser poco precisos y con frecuencia equivocados o erróneos en objetos existentes en muchas colecciones particulares.

Ateniéndonos a los que estimamos ciertos, puede asegurarse, sin temor de incurrir en error, que los tales gorros son peculiares de las islas del Sur del Archipiélago Filipino. Era cosa corriente considerarlos como utensilios propios de los llamados *moros* (malayos mahometanos). Se hacía preciso, por consiguiente, atribuirlos a los habitantes de los territorios meridionales del Archipiélago, únicos en que aquéllos viven y, por tanto, habían de considerarse confinados en la Paragua, Balabac, Archipiélago de Joló y Mindanao.

Nuestras observaciones personales directas sobre este punto concreto son escasas y de carácter negativo. No hemos observado esa clase de gorros en ninguna de las numerosas islas del Archipiélago Filipino que durante nuestra larga permanencia en él recorrimos. Bien es verdad que el Sur del Archipiélago es la parte menos explorada por nosotros. Exploramos gran parte de la Paragua y Balabac, pero apenas sostuvimos relaciones con los *moros* habitantes de estas islas. Sólo vimos en ellas algunos grupos ataviados con la indumentaria corriente y ninguno llevaba gorro del tipo de los que ahora estudiamos. Y por lo que se refiere a Joló y Mindanao, únicas regiones en que, además de la Paragua y Balabac hay indios musulmanes (*moros*), no tuvimos ocasión de visitarlas, a pesar del deseo que teníamos de hacerlo, por cuya razón carecemos en absoluto de informes personales respecto de esta cuestión.

Nos vemos, pues, reducidos a los datos verbales recibidos de D. Hipólito Fernández, a los que hallemos en las publicaciones que podamos consultar y a los contenidos en el Catálogo de la Exposición general de Filipinas, donde consta la procedencia de los que figuraron en dicha exposición.

Mas aun siendo pocos los informes concretos que sobre el particular poseemos, son suficientes para inducirnos a pensar que el área de expansión de tales gorros o sombreros debe ser bastante más reducida de lo que a primera vista pudiera creerse. Desde luego es muy probable que no sean de uso entre todos los grupos de *moros* del Sur del Archipiélago ni siquiera de todos los que habitan en Mindanao y hasta quizá resulte impropio el decir que se usen entre los *moros*, porque es casi seguro que muchos de ellos no los usan. Los informes con que hasta ahora contamos tienden a reducir el uso de esos utensilios solamente a una región relativamente limitada de esa última isla.

Varios de esos gorros o *sacups*, pertenecientes unos a colecciones particulares y otros a la de D. Hipólito Fernández, tuvieron consignado en sus etiquetas el dato de procedencia de *moros de Mindanao*. El dato es segu-

ramente cierto, pero poco preciso, porque la isla es muy extensa y sus habitantes pertenecen a grupos étnicos distintos, algunos de los cuales no usan y acaso desconocen por completo esos gorros adornados con los dibujos de que ahora vamos a ocuparnos.

Por de pronto, podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que los de la colección de D. Hipólito Fernández, aun cuando algunos figurasen como procedentes de Mindanao, sin otros detalles, procedían todos, sin excepción, del distrito de Dávao. Así, al menos, nos lo manifestó él con insistencia. A veces aún se daba dato más preciso, figurando como procedentes del seno de Dávao y, a la verdad, este dato quizá expresa con más exactitud y precisión el verdadero centro o localidad de origen de tales objetos.

Así parece deducirse también de las indicaciones contenidas en algunas obras relativas a los habitantes de aquellas islas.

El inteligente y malogrado explorador y geógrafo, nuestro excelente amigo D. Enrique D'Almonte y Muriel, en su interesante obra relativa a la formación y evolución de las sub-razas indonesia y malaya (1), donde tantos y tan interesantes datos se reúnen sobre los habitantes de Filipinas, se reproduce una buena fotografía (pág. 146) de un *guerrero Mandaya*, tocado con un *sacup* de los de que venimos ocupándonos, que ostenta varios adornos, entre los cuales sobresale una pluma probablemente de gallo. Pero en el texto no hace referencia alguna a semejantes sombreros o gorros.

Fay-Cooper Cole (2), en su no menos interesante publicación relativa a las tribus salvajes del distrito de Dávao (Mindanao), al describir los vestidos de los *Mandayas*, menciona los sombreros o gorros de que ahora nos ocupamos como utilizados durante la caza por los hombres de ese grupo étnico, y reproduce varios de ellos, de entre los cuales uno sólo parece corresponder a los que forman el objeto de este trabajo. El autor menciona, entre los adornos de dichos sombreros, unos dibujos que deben ser iguales a los de que ahora nos ocupamos, pero parece haberles atribuído el simple papel de dibujos decorativos, sin otra significación.

Dedúcese de estos pocos datos que los *sacups* o sombreros de referen-

(1) *D'Almonte (Enrique)*: Formación y evolución de las sub-razas indonesia y malaya. (Publicaciones del *Boletín de la R. Soc. Geográfica*). Madrid, 1917.

(2) *Cole (Fay-Cooper)*: The Wild Tribes of Davao District, Mindanao. (*Field Museum of Nat. History*. Publication 170. Anthropological Series; vol. XII, núm. 2). Chicago, U. S. A., september, 1913.

cia son de uso frecuente entre los Mandayas y acaso sean exclusivos de ellos.

Además, tales utensilios no deben ser de uso corriente, sino que parece probable que los empleen sólo en ciertas ceremonias o durante la guerra o la caza y aun acaso en la celebración de fiestas precursoras o consecutivas a esos actos u otros análogos.

Son los Mandayas un pequeño grupo étnico, al parecer bastante bien caracterizado, que ocupa la porción Suroriental del distrito de Dávao (Mindanao), entre los Manobos, los Atas y los Tagacaolos.

Aunque no dejen de presentar analogías con algunos otros grupos habitantes en la misma isla, principalmente con sus vecinos los Manobos, parecen ofrecer caracteres suficientes para considerarlos como formando un tipo étnico especial, bastante bien caracterizado, distinto de los demás.

Los autores que de este asunto se ocupan, convienen en que la anchura de la abertura palpebral y su forma amigdaloides, la coloración de la piel, que *tira* al gris ceniciento en lugar del amarillento de los otros indonesios, y la dirección rectilínea de la parte media de la curva sagital del cráneo, forman la característica peculiar de este grupo.

Pero además de esas diferencias del orden físico o morfológico, parecen existir otras del orden sociológico.

En efecto, los Mandayas, según afirman varios autores que les han estudiado, son considerados por sus vecinos habitantes de aquella comarca como la raza más ilustre y de más rancio abolengo de toda la isla (D'Almonte).

Si esas diferencias de caracteres significasen una diferencia de origen de los antepasados de los Mandayas respecto de los otros habitantes de la isla de Mindanao, acaso pudiera presumirse también que los sombreros de que ahora nos ocupamos constituyan un rasgo peculiar de su indumentaria, legado de sus predecesores. Así se explicaría su limitación a este sólo grupo étnico y su procedencia la región de donde aquellos vinieran, si es que los dibujos de que vamos a ocuparnos y los gorros que los ostentan, no son, como suponemos, autóctonos de aquella comarca.

Algo ha debido difundirse el uso de esos utensilios a las regiones vecinas. Lo demuestra el hecho de que en las regiones que circundan el área de aquéllos, se observan algunos que ofrecen con ellos ciertas semejanzas; pero no tardan en reconocerse entre unos y otros diferencias fundamentales. Las analogías afectan casi únicamente a la forma. Pero el tipo de los dibujos es tan característico, que no permite confusión entre unos y otros.

En último término, la mayor o menor extensión del área en que se usen

esos gorros, poco o nada puede influir en lo que se refiere a la significación de los dibujos que ostentan. Quizá revista mayor interés el hecho de existir sólo en grupos de hombres que profesan el mahometismo.

Los «sacups» o sombreros y sus adornos.

Según Fay-Cooper Cole, los sombreros que usan los Mandayas para la caza (on the trail), son de diferentes formas, aun cuando todas ellas pueden referirse a un tipo fundamental. Pero no todos muestran dibujos del tipo de los que constituyen el objeto de este trabajo. Estos tienen un sello especial que permite formar con ellos grupo enteramente diferente y perfectamente caracterizado.

A este grupo pertenecen los que posee el Museo de Antropología de Madrid y pertenecían también algunos que figuraron en la Exposición general de Filipinas como expuestos por el Museo Arqueológico Nacional, otros que pertenecieron al Museo Naval y alguno más de los expuestos por comisiones provinciales o particulares. Pero ofrecen gran variedad, no en cuanto a la forma, que es bastante homogénea, sino en numerosos detalles, particularmente en los dibujos, cuya morfología y distribución es extraordinariamente compleja y variada, como puede comprobarse por las figuras que acompañan a este trabajo.

Todos están formados por dos láminas de palma, cuya anchura oscila aproximadamente entre 7 y 10 centímetros y la longitud viene a estar comprendida entre 45 y 55 centímetros.

Cada lámina puede considerarse dividida en tres porciones; dos de ellas aproximadamente iguales, que, reunidas, forman lo que pudiéramos llamar la copa del sombrero, y la otra, casi siempre más pequeña, está destinada a formar un espolón o prolongación posterior (figs. 1 y 2).

Para formar el sombrero, las dos láminas están aplicadas la una a la otra de manera que, tocándose simplemente por yuxtaposición en el punto medio de lo que ha de ser la copa, se imbrican o superponen a partir de él adelante y atrás, pero de manera cruzada; es decir, que la pieza que cae encima en la mitad anterior se coloca debajo en la posterior. La superposición va aumentando progresivamente de manera que en los extremos quedan enteramente superpuestas las dos láminas formadoras del sombrero o *sacup* (fig. 3).

De esa disposición resulta que la copa toma la forma cónica prolongada a manera de navecilla de que dan idea bastante clara las figuras 1 y 2.

Por la parte anterior, el sombrero termina en punta roma, redondeada,



Fig. 3.—Porción de una de las láminas formadoras de un *sacup* correspondiente a la copa y parte del adorno que pasa a la otra en las líneas de contacto

y por detrás en el espolón a que antes hemos aludido, el cual adopta forma lanceolada, unas veces con grandes escotaduras a manera de festones, que le dan un aspecto particular, otras con los bordes enteramente rectilíneos.

La parte de cada gorro que convenimos en llamar copa, está bordeada por dos filetes de caña o bejuco de sección aproximadamente prismática triangular, uno aplicado a la cara externa y el otro a la interna, cosidos uno a otro con fibras vegetales y cogiendo entre ellos los bordes de las láminas de palma que forman el sombrero. Esos filetes cierran una curva aproximadamente elíptica muy excéntrica, que es lo que, como queda indicado, hace veces de copa. En algunos gorros los dos cabos del filete interno o inferior, después de haber llegado a ponerse en contacto en la parte posterior, se dirigen hacia atrás, por la línea media del espolón, formando una especie de quilla que se prolonga hasta la extremidad de éste, donde terminan (figura 5). Además, las dos láminas están cosidas una a otra, en las porciones superpuestas, también con fibras vegetales, con objeto de que se mantengan adaptadas una a otra e impedir sus movimientos parciales.

Algunos tienen por dentro listoncitos de caña que atraviesan de parte a parte la copa, en sentido longitudinal o en el transversal, a veces en los dos sentidos, con los extremos apoyados sobre el filete interno del contorno antes mencionado.

De los extremos del reborde elíptico que forma la copa, y por su parte

inferior o cóncava, se extienden dos fibras de bejuco o de caña, bastante tensas, paralelas entre sí, dirigidas de atrás a adelante, o viceversa, y separadas una de otra unos cuatro o cinco centímetros, que sirven para sostener el gorro o sombrero en la cabeza, colocándose una a cada lado, cerca de las orejas. Gracias a ellas puede sostenerse ese artefacto



Fig. 4.

sobre la cabeza con alguna seguridad, aunque siempre relativamente pequeña (fig. 4).

En algunos ejemplares esas fibras están reemplazadas por cuerdas, y en uno de ellos por cordones de hilos de algodón de varios colores, terminados por pequeñas borlas (fig. 6).

Los *sacups* del Museo de Antropología, que forman la base de este estudio, no ofrecen otros adornos que los dibujos de que vamos a ocuparnos. Si acaso los tuvieron, se habían perdido antes de verlos nosotros por primera vez, allá por el año de 1885, en las colecciones de D. Hipólito Fernández, de donde proceden. Mas no es de suponer que los tuviesen, porque no ofrecen indicios del sitio o sitios en que fuesen colocados. De haberlos ostentado, sería de manera accidental y se sujetarían con medios accesorios de que, como acabamos de indicar, no quedan indicios.

Mas conviene advertir que en el mismo distrito de Dávao, de donde esos proceden, ha visto Fay-Cooper Cole (1) algunos gorros semejantes adornados con plumas, hojas de betel y algunos otros objetos.

Los gorros o *sacups* de nuestra colección pertenecen evidentemente a dos grupos bien distintos, a juzgar por los dibujos que ostentan.

Unos, los más interesantes para nosotros y los más numerosos (14), ofrecen, además de la ornamentación común, multitud de figuras que reproducen gran número de estilizaciones del arte rupestre cuaternario, con caracteres tan semejantes a los de éstas, que parece lógico atribuirles comunidad de origen.

En los otros, menos en número por cierto (sólo cuatro), los dibujos no parecen tener ya más significación que la puramente ornamental reducida a un corto número de motivos. Por estas razones su interés parece menor, a lo menos en un examen superficial. Mas ya veremos después que los principales motivos ornamentales de estos últimos gorros probablemente derivan también de estilizaciones primitivas que poco a poco fueron perdiendo su significación inicial hasta convertirse en simples dibujos de adorno.

Vamos a estudiar sucesivamente esos dos grupos de *sacups*.

GRUPO PRIMERO

«**Sacups**» o gorros con dibujos de tipo genuinamente prehistórico.

Los dibujos correspondientes a este grupo, que forman el objeto principal de este trabajo, son bastante complejos y no todos tienen igual importancia. Los situados en la parte interna o inferior son muy distintos de los de la externa o superior. De éstos, los contenidos en la copa o porción comprendida dentro de la curva formada por los filetes de caña o bejuco antes mencionados, difieren, por lo general, de los situados en los espolones, y, por último, unos y otros, especialmente los exteriores, difieren en cada gorro y en cada región de éstos de manera que resultaría imposible clasificarlos sistemáticamente por su distribución. Sin embargo, procuraremos agruparlos según sus analogías para facilitar la descripción y descubrir sus posibles relaciones entre sí y con los dibujos rupestres del arte prehistórico, con los que tanta semejanza ofrecen, aun cuando absteniénd-

(1) Cole (*Fay-Cooper*). Op. cit.

donos por ahora de establecer comparación y de analizar sus analogías y diferencias.

Con tal objeto, nos ocuparemos primero de los correspondientes a la superficie interna o cóncava y luego de los de la externa o convexa.

I

ADORNOS INTERIORES

No todos los gorros de este primer grupo ofrecen dibujos en la parte interna o inferior. Uno carece enteramente de ellos, y otro u otros dos, más bien que dibujos, presentan manchas amorfas que acaso no merecen el nombre de dibujos.

De todos modos, los adornos de la superficie cóncava o interna de los *sacups* que los presentan son, por lo general, bastante groseros y sencillos; podrían calificarse en algunos casos de simples manchas. Pero como suelen estar dispuestos con cierto orden, y se reconoce en ellos cierta apariencia de adorno, por rudimentario que sea, nos parece racional incluirlos bajo la denominación de dibujos.

Estos no presentan indicios de haber ostentado otra significación ideológica que la simplemente ornamental. Sin embargo, su extremada tosquedad, en comparación con el estilo relativamente delicado de los elementos exteriores, no se presta mucho a la consideración de verdaderos adornos, por cuya razón no nos atreveríamos a rechazar en absoluto la hipótesis de que pudieran tener alguna representación simbólica, sobre cuya significación nos abstenemos por ahora de aventurar cualquier clase de conjeturas.

A decir verdad, en algunos de estos *sacups* o sombreros, aunque la superficie interna no se halle desprovista de impregnaciones hechas con la substancia tintórea, las impresiones que presentan no merecen la calificación de pinturas, ni aun les cuadra bien la de adornos. Dos de ellos ofrecen solamente, como antes hemos indicado, grandes manchas que cubren porciones bastante extensas, pero sin ostentar forma alguna determinable. Más bien parece que al hacerlas se tratase de cubrir la superficie del gorro con una especie de barniz o pintura; pero de manera tan imperfecta e incompleta, que ni siquiera puede pensarse en que al practicarlas hubiese propósito ni de pintar, ni de adornar, ni de barnizar. Quizá se trató sólo de conferir al objeto la virtud derivada de la substancia impregnadora... Pero sigamos absteniéndonos de emitir hipótesis sobre la posible significación de todos estos símbolos.

En los demás ejemplares, los elementos ornamentales internos, si es

que puede darse tal nombre a esas manifestaciones, están representados, unas veces solamente por bandas o listas de anchura aproximadamente

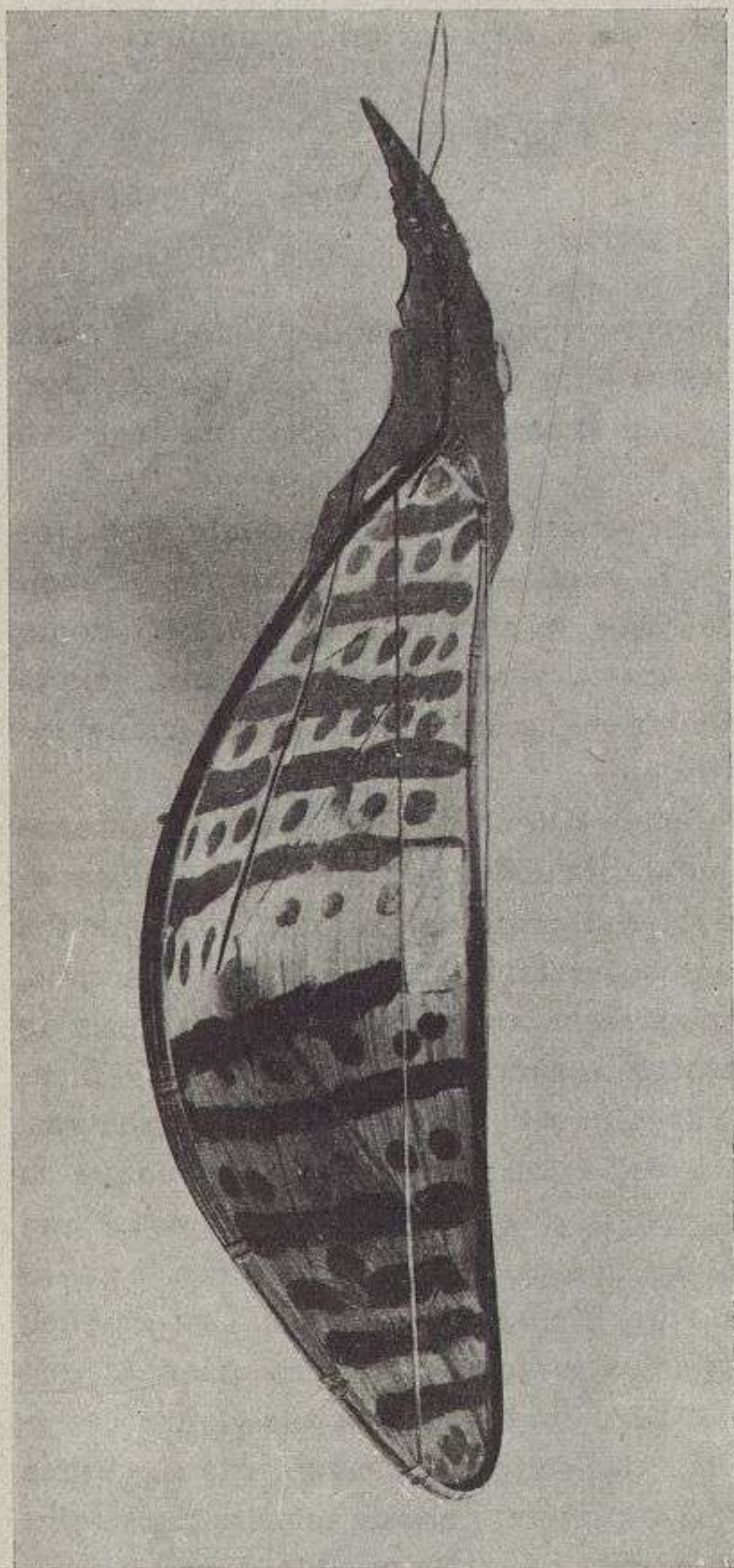


Fig. 5.—*Sacap* visto por debajo.

uniforme, otras veces por manchas redondeadas o circulares, también de dimensiones muy semejantes entre sí (fig. 6), y, por último, en algunos *sacaps* están combinados unos y otros elementos: bandas y círculos (fig. 5).

Las bandas, a juzgar por su anchura y aspecto general, parecen hechas con un dedo o con un instrumento análogo impregnado en la substancia colorante.

En la mayoría de los ejemplares que las poseen, esas bandas son transversales, es decir, perpendiculares al eje mayor de la elipse que forma la copa (fig. 5), y su número es variable entre seis y doce. No siempre alcanzan toda la anchura de la copa. A veces se limitan a las regiones centrales.

Otras veces son convergentes hacia el centro o vértice de la copa, y varían bastante en número y disposición. Dos de ellas ofrecen en todos análoga

posición; siguen los bordes libres de las tiras de palma que forman el gorro o sombrero y las posiciones simétricas correspondientes a los bordes libres de las mismas, situados en la superficie externa. Así trazadas, forman en su conjunto una figura de aspa o X muy prolongada.

En algunos ejemplares se añaden a esas bandas, que podríamos llamar fundamentales, otras, también convergentes hacia el vértice, ordinariamente en número de tres a cada lado, situadas en las porciones anchas u obtusas del aspa antes mencionada, o sea en las áreas o regiones laterales de la copa. Mas cuando eso sucede, ninguna de las bandas llega al vértice, todas se detienen un poco antes de llegar a él, quedando así en el centro de la copa un pequeño espacio circular o, mejor dicho, cónico, enteramente desprovisto de substancia tinteada.

En algún ejemplar las bandas internas adoptan disposiciones más complejas. Los ángulos agudos comprendidos entre las ramas del aspa o X, están cortados por bandas transversales en número de ocho o nueve, mientras en los obtusos las hay de dos clases: una radial, que sigue la dirección de la bisectriz del ángulo obtuso en la cúspide, dividiendo el área lateral de cada lado en dos mitades triangulares; y otras oblicuas que se cortan entre sí formando dos figuras cuadriláteras y seis triangulares de cada lado.

Sin duda habrá otras disposiciones distintas de las observadas en los *sacups* de nuestra colección; pero probablemente añadirán pocos informes de interés, o acaso no aporten ninguno.

Las manchas circulares parecen ejecutadas también con un dedo impregnado en la tinta empleada y apoyado simplemente sobre la superficie del gorro (fig. 6). Su distribución parece enteramente arbitraria e irregular.

Cuando están situados entre las bandas transversales paralelas, suele



Fig. 6.—*Sacup* visto por debajo.

haber una sola fila de círculos o discos en cada espacio; pero a veces en cada uno de éstos hay uno solo o dos círculos, y aun en otros faltan por completo (fig. 5).

Si están entre las bandas convergentes hacia el vértice, suele haber una sola fila en los espacios más estrechos, mientras en los anchos se hallan diseminados, como esparcidos al azar, de manera, al parecer, enteramente desordenada, sin formar líneas ni ninguna otra clase de figuras geométricas.

Esto último suele acontecer también cuando tales manchas constituyen el único adorno interior. Aparecen los discos diseminados, sin orden alguno.

Los espolones o apéndices posteriores sólo muestran en su superficie inferior groseras manchas, que no parecen tener otra significación que la de embadurnar y obscurecer más o menos dicha superficie. Sólo alguna vez se observan bandas algo menos difusas y mejor limitadas; pero siempre ofrecen aspecto muy grosero e irregular.

Aunque acabamos de insinuar que esas bandas o manchas no parecen tener otra significación que la de embadurnar la superficie de los gorros, ya que casi no puedan considerarse como adornos, conviene no olvidar que, tratándose de objetos puramente simbólicos, como parecen ser, y serán sin duda, estos sombreros, y siendo francamente simbólicos los dibujos de la superficie externa, acaso fuese acertado pensar que todos ellos son simbólicos. Podría atribuírseles significación análoga a la que se asigne a las bandas, manchas y discos hallados con relativa profusión en las pinturas rupestres de las cavernas de la Península Ibérica.

Tal vez los distintos tipos gráficos que esas figuras muestran representen categorías distintas de símbolos con sus virtudes o propiedades diversas. Por eso no hemos estimado procedente dejar de describir ninguno de ellos, a pesar de su aparente ambigüedad.

II

ADORNOS EXTERIORES

La morfología general de los adornos o dibujos que ofrecen en su superficie externa los *sacups* o sombreros de este primer grupo es muy compleja y variada. A pesar de la unidad de criterio que parece haber presidido su confección, sería difícil establecer grupos bien caracterizados para incluir en ellos los que ofreciesen mayores analogías. Cada uno de ellos

es, en realidad, distinto de los otros, en parte por la forma, en parte por la distribución de los dibujos que contienen.

Estos están de preferencia en la porción que hemos convenido en de-

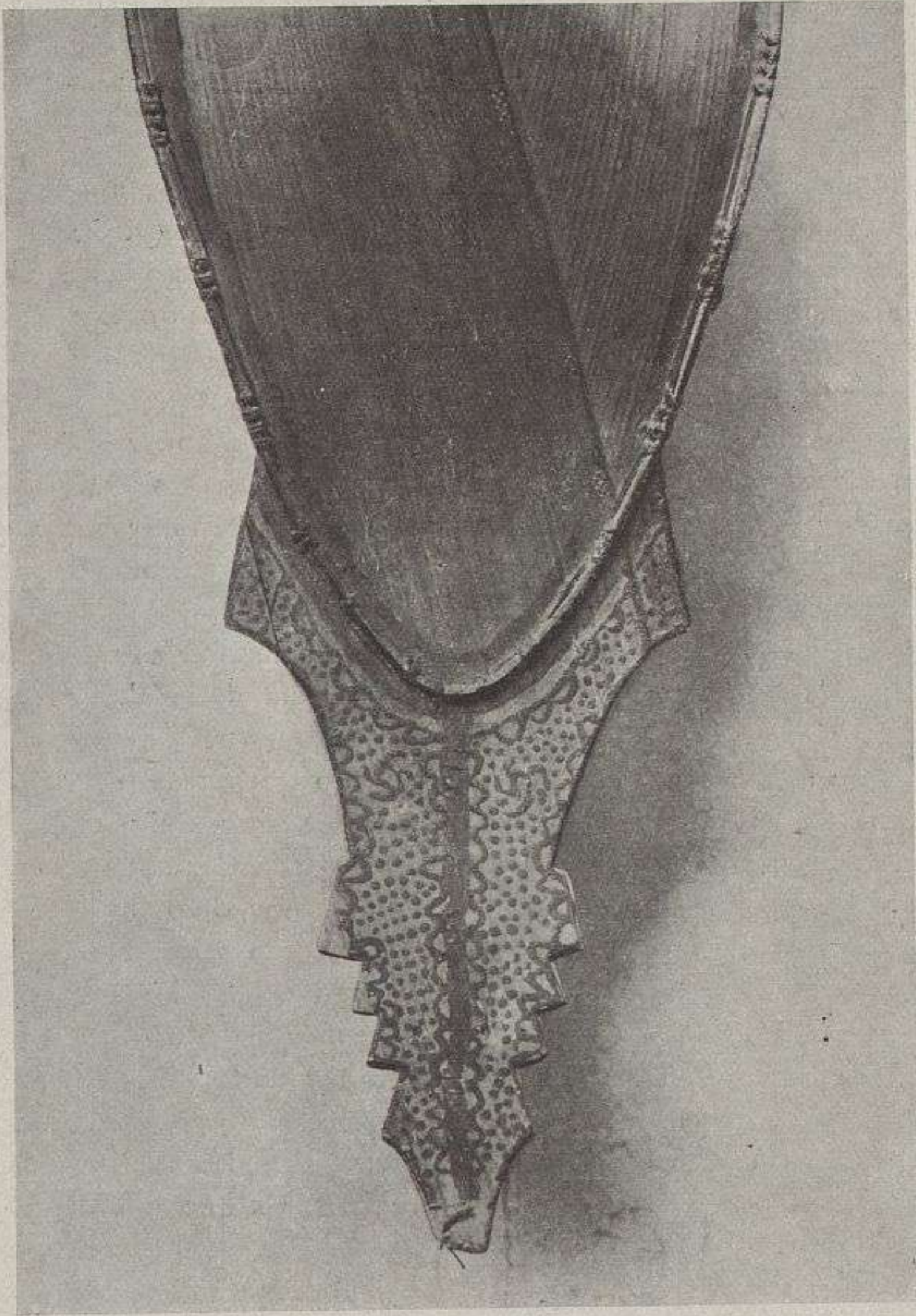


Fig. 7.

nominar copa. Mas en algunos se extienden también al espolón, aun cuando por regla general los situados en éste son más escasos y, al parecer, menos interesantes.

En uno de ellos (fig. 7) las cosas no suceden de esa manera. La superficie correspondiente a la copa está completamente limpia y sin adorno alguno, a excepción de una estrecha banda que bordea dicha superficie inmediatamente por dentro del filete de contorno. En cambio, el espolón ofrece por este lado un adorno bastante interesante, de aspecto análogo al correspondiente a las copas de los otros, donde se ven igualmente algunas figuras estilizadas, de que más adelante hemos de ocuparnos.

Su superficie interna (fig. 6) está sembrada de discos, aparentemente diseminados sin método alguno, y, por otra parte, este es el único que, en lugar de las fibras o cuerdas utilizadas para sujetarle sobre la cabeza, ofrece los cordones de hilo de diversos colores, terminados por borlas, de que antes se hizo mención.

Al primer golpe de vista podría creerse que se tratase de un *sacup* nuevo, sin terminar, en el que aún no se hubiese dibujado la superficie externa correspondiente a la copa, y quizá esa hipótesis no fuese muy equivocada; pero el estado de los cordones parece indicar que ha sido bastante usado y, por consiguiente, conviene no aceptar aquella interpretación sino con alguna reserva.

De cualquier manera que sea, nosotros incluimos este *sacup* entre los del primer grupo, con los cuales ofrece, sin duda alguna, mayores analogías.

Los adornos exteriores de los sombreros o gorros de este grupo son de dos categorías diferentes, y, a mi entender, tienen significación muy distinta. Unos probablemente no reúnen otro carácter que el puramente ornamental o decorativo; pero esa afirmación no puede o no debe hacerse de una manera categórica y rotunda, porque, como se ha indicado antes, tratándose, como se trata, de objetos puramente simbólicos, no sería extraño que todas sus representaciones lo fuesen también o, al menos, lo hayan sido en un principio. Los otros adornos indudablemente han tenido en sus orígenes, y probablemente seguirán teniendo en la actualidad, representación simbólica análoga a la que tuviesen los signos semejantes conservados en las pinturas rupestres prehistóricas que con tanta exactitud reproducen.

Mas la significación de tales figuras o símbolos y su interpretación son cuestiones muy difíciles, si no imposibles de determinar por nosotros, que carecemos de informes de procedencia local, y de investigación personal. Semejantes informes podrán adquirirse visitando la comarca o comarcas en que esos gorros se usan e inquiriendo su objeto actual y las huellas de procedencia, como se han conservado, a veces con bastante precisión,

datos relativos a las emigraciones de los pueblos, a sus usos y costumbres, etc.

Pero prescindamos por ahora de consideraciones de orden filosófico y procuremos dar a conocer primero los hechos tal como los encontramos, es decir, las formas y caracteres fundamentales de los adornos o figuras en cuestión, dejando para más adelante las disquisiciones de orden teórico que sobre esos elementos se puedan plantear.

Estos adornos, ya se hallen en el interior de las superficies que forman las copas de los gorros, ya en los espolones, pueden dividirse en los dos grupos de significación muy diferente de que antes se ha hecho mención, a saber: dibujos simplemente ornamentales y simbólicos, sin olvidar, sin embargo, que esa división acaso resulte algo arbitraria, ya que, según se ha indicado, tal vez no pueda negarse a ninguno de ellos el carácter simbólico y hasta el ornamental.

Mas ofrecen entre sí tales diferencias, que exigen ser estudiados con entera independencia los unos de los otros.

Un carácter interesante que, a mi modo de ver, entraña fundamental diferencia entre los adornos que hemos convenido en llamar ornamentales y los simbólicos o representativos, aparte de su distinta naturaleza y aspecto, consiste en estar hechos con pintura de muy distinta naturaleza. La de los primeros es más tosca. Parece compuesta por carbón o negro de humo y una substancia adherente, alguna goma o resina, ofreciendo los dibujos color negro intenso, mate, y no forma relieve sobre la superficie que cubre. En cambio, la de los segundos ofrece color castaño o rojizo, más o menos obscuro, y las figuras hechas con ella forman cierto relieve, a veces bastante acentuado, sobre la superficie donde se hallan.

Esta última pintura debía ser bastante espesa, de manera que al secarse se mantuvo abultada y prominente. Además, a diferencia de la otra, ésta ofrece superficie perfectamente lisa y aún conserva cierto lustre, a pesar del tiempo, indudablemente muy largo, transcurrido desde que los dibujos fueron ejecutados y las vicisitudes por que han atravesado los objetos donde están hechos.

Tal vez esta pintura, que probablemente se consideraría dotada de virtudes mágicas, como las figuras a cuya confección estaba destinada, fuese elaborada con sangre mezclada con alguna otra substancia aglutinante o simplemente con gelatina u otra materia análoga obtenida de ciertos restos orgánicos procedentes de determinado animal o del hombre mismo. Mas abstengámonos de esa clase de consideraciones puramente hipotéticas que, no fundándose en ningún dato positivo, no pueden pasar de la categoría enteramente conjetural.

De cualquier manera que fuese, es lo cierto que esa pintura se ha conservado perfectamente, en general, a pesar de los rozamientos, la acción directa de la luz y de los agentes atmosféricos a que durante tantos años han estado sometidos.

Nótanse en muchas figuras trazos o porciones en los cuales el relieve del dibujo es bastante débil; mas en la generalidad de los casos esa debilidad parece primitiva y dependiente de la escasa cantidad de pintura empleada al ejecutar tales trazos, líneas o puntos. Nunca parece debida a desgaste.

Por otra parte, acaso unos y otros dibujos, los ornamentales y los simbólicos, fuesen ejecutados por artífices diferentes y aun en distintas épocas.

Inducen a pensar así las circunstancias de ser los primeros muy sencillos y uniformes, reducidos a muy pocos motivos, casi a uno sólo más o menos profusamente repetido; mientras que los segundos son muy diversos y variados, constituídos por figuras casi siempre independientes unas de otras, y, dentro de una aparente sencillez, exigen conocimiento especial de la significación ideológica particular y los atributos propios de los diversos símbolos representados. Los primeros, los ornamentales, podrían ser ejecutados quizá por cualquier artista, aunque fuese un dibujante mediocre. Pero con los segundos, los simbólicos o representativos, no sucedería lo mismo. Estos deben haber sido realizados, según todas las probabilidades, por algún sujeto consagrado, dotado de cierto poder, de determinadas aptitudes; es decir, por un iniciado, tal vez un sacerdote, como se ha supuesto que serían ejecutadas las pinturas rupestres prehistóricas de que éstas parecen ser, y probablemente son, simples reminiscencias.

A) Dibujos ornamentales.

Aun cuando, como acabamos de decir, los rasgos o motivos empleados en los dibujos de naturaleza ornamental ofrezcan pequeña diferencia, algunos son predominantes, haciéndose más ostensibles y pareciendo por eso como más importantes.

El motivo ornamental más generalizado, consiste en dos bandas, fajas o listas de anchura algo variable, si bien oscila dentro de cortos límites (exceden poco en más o en menos de un centímetro), que recorren los bordes libres de las láminas de palma formadoras del sombrero y las porciones simétricas a aquéllos, a semejanza de las descritas en la superficie interna. Ocupan posiciones análogas a éstas, se cruzan como ellas en el

vértice de la copa y forman también, por su conjunto, una figura de aspa o de X de ramas bastante oblicuas. Esa disposición se ve perfectamente en las fotografías adjuntas.

Esas bandas dividen la superficie externa de la copa en cuatro porciones triangulares semejantes y simétricas dos a dos con respecto al vértice de la copa, donde concurren los vértices de todas ellas. Aun cuando de forma y dimensiones diferentes, conservan siempre grandes semejanzas las correspondientes a cada par, que pueden considerarse como opuestas por sus vértices. Dos de ellas serán denominadas medias por hallarse situadas en el plano sagital, una anterior y la otra posterior: son las más estrechas y ofrecen los ángulos del vértice muy agudos. Las otras dos partes, que llamaremos áreas laterales, son mucho más anchas, de forma aproximadamente romboidal y tienen los ángulos del vértice muy obtusos.

Estas dos bandas no faltan en ninguno de los *sacups* del primer grupo, excepto el antes aludido, cuya copa está desprovista de toda clase de dibujos (fig. 7).

También está muy generalmente representada otra banda, que, convergiendo con las anteriores en el vértice de la copa, se dirige hacia los lados, siguiendo aproximadamente la dirección de la bisectriz del ángulo obtuso de cada una de las áreas o porciones laterales, a cada una de las cuales divide en dos partes triangulares aproximadamente iguales.

Sólo en uno de los gorros o *sacups* de este grupo (fig. 8) faltan esas bandas bisectrices. En cambio, en otro están reemplazadas por dos aproximadamente paralelas entre sí a los lados del lugar de la bisectriz (figuras 26 y 41). Claro está que en este caso esas líneas laterales no llegan al vértice de la copa, sino que pasan, una un poco por delante y la otra un poco por detrás, dejando entre ellas un estrecho espacio que oscila entre medio y uno y medio centímetros.

Ese espacio está enteramente ocupado por puntos negros o rojizos análogos a los que se hallan diseminados profusamente en toda la superficie externa de que más adelante nos ocuparemos.

En el ejemplar desprovisto de esas bandas laterales, de que acabamos de hacer mención (fig. 8), hay otras dos que, partiendo aproximadamente de los tercios superiores o internos de los brazos del aspa antes señalada, se dirigen oblicuamente, convergiendo una hacia la otra para terminar cerca del punto medio del borde externo del área lateral respectiva, pero sin llegar a tocarse una con otra, sino dejando entre sus extremos contiguos un espacio como de dos y medio a tres centímetros. El pequeño espacio que aquí las separa está ocupado por uno de los grupos de adornos triangulares de que luego trataremos.

Por sus extremos internos esas bandas se unen con otras que cortan las áreas medias o centrales perpendicularmente a las bisectrices de los ángu-

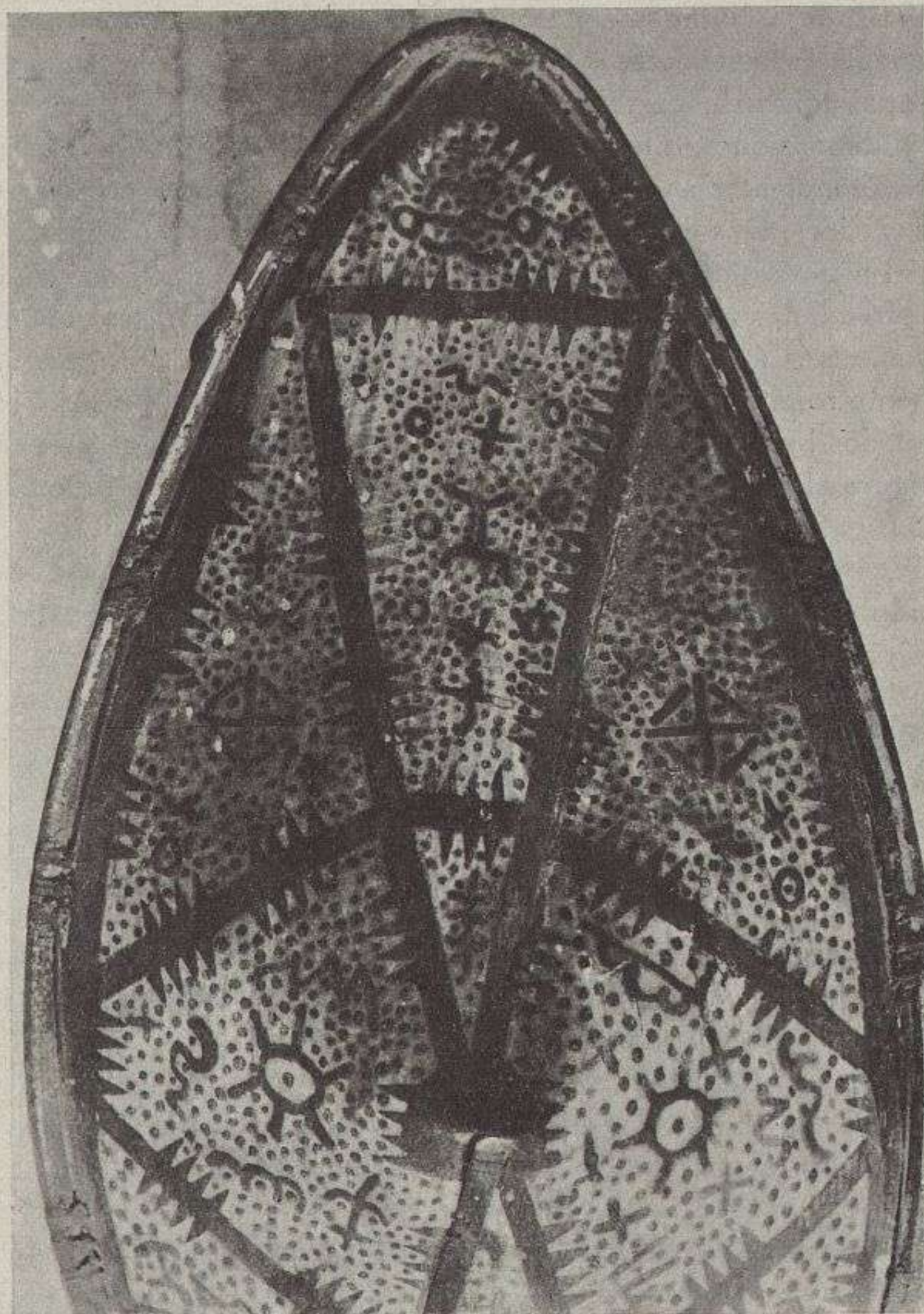


Fig. 8.

los del vértice, formando así el conjunto de unas y otras un exágono de lados muy desiguales, como puede verse en la figura 8.

En otro ejemplar (figs. 9 y 33), provisto de las dos bandas bisectrices

de los ángulos obtusos de las áreas laterales, se observan también otras dos oblicuas, análogas a las señaladas en el precedente, pero terminadas en

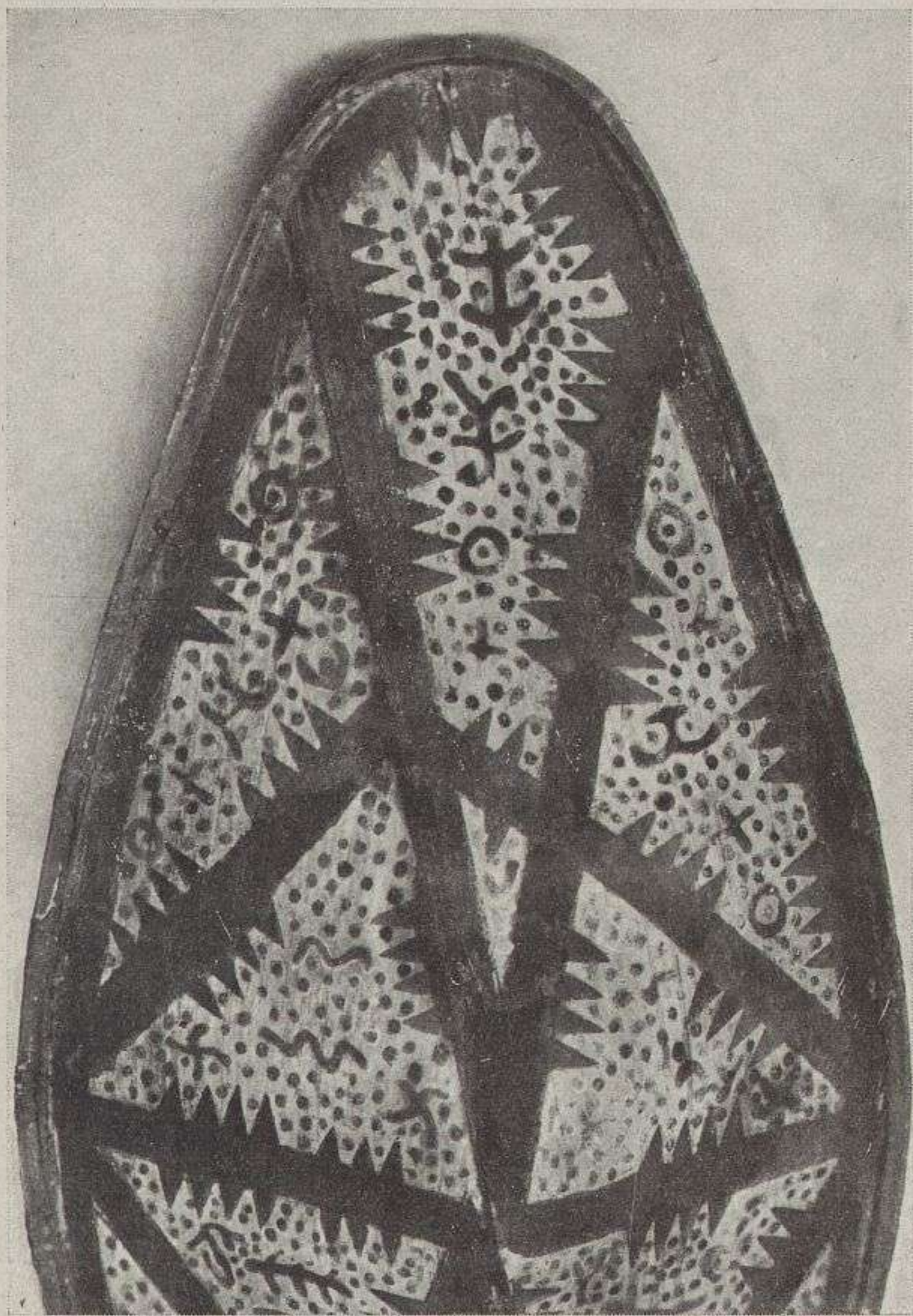


Fig. 9.

distinto modo. Parten del borde externo de las áreas laterales, una a cada lado del pie de la banda bisectriz de dicha área, y se dirigen, como las an-



teriores, oblicuamente, recorriendo en línea recta toda la superficie de las láminas formadoras de la copa para terminar hacia el punto medio de los

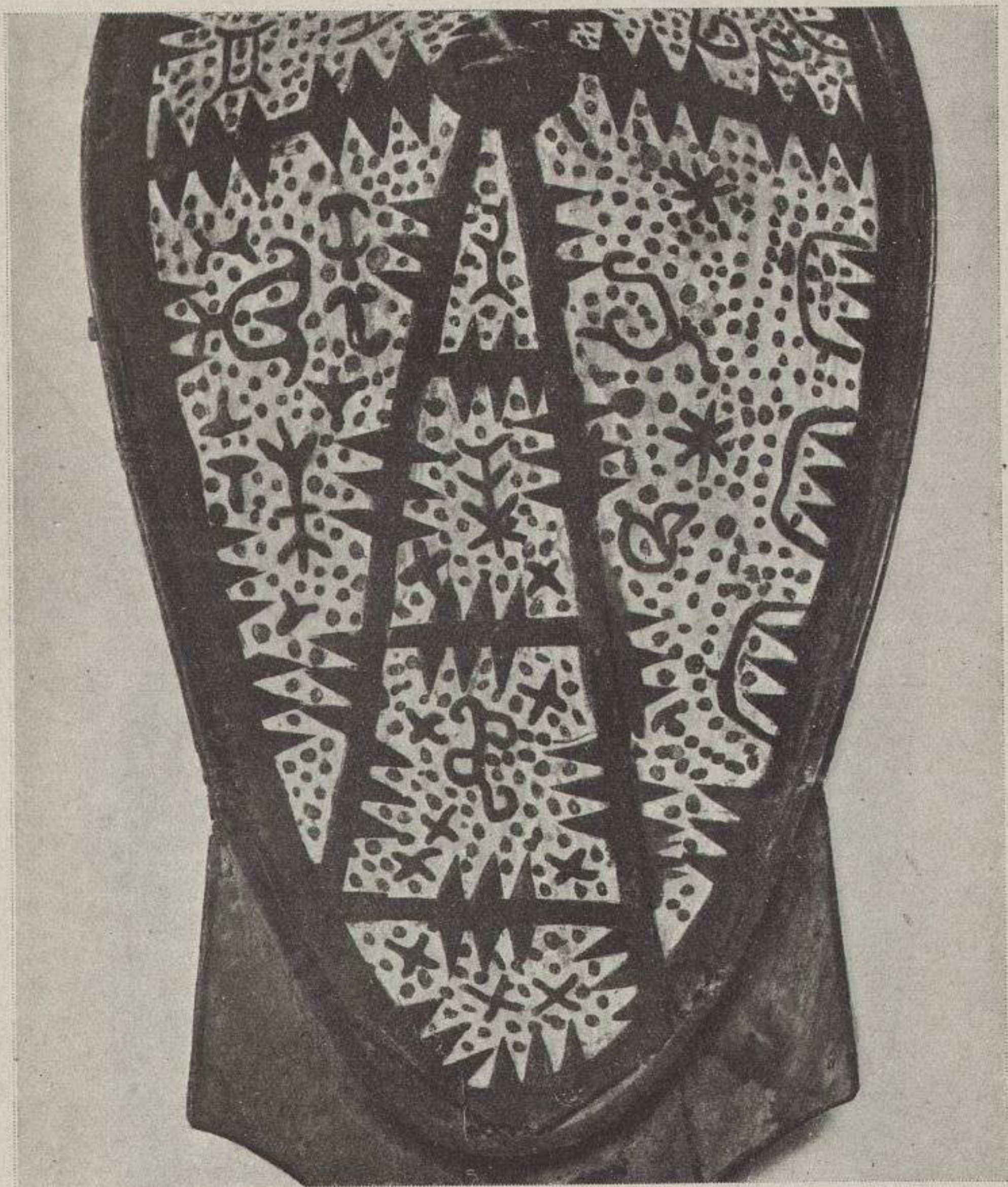


Fig. 10.

bordes libres de éstas. De esa disposición resulta que dos de ellas, la anterior del lado derecho y la posterior del izquierdo, son más largas que las otras dos. Las primeras cruzan la mitad del área lateral de donde parten y

la central correspondiente, mientras las segundas no pasan de las mitades respectivas del área lateral.

De esa disposición de las bandas oblicuas resulta un conjunto tetragonal, de forma aproximadamente rómbica, cuyos vértices agudos, uno anterior y otro posterior, se hallan situados hacia los puntos medios de los bordes libres de las láminas de palma formadoras del *sacup*. Esas bandas, unidas a las correspondientes a las bisectrices de las áreas laterales, dividen a éstas en cuatro partes y a cada una de las centrales en dos.

Más frecuentes que esas bandas oblicuas son otras trazadas transversalmente en las áreas centrales o medias perpendicularmente a las bisectrices de sus ángulos del vértice.

Su número es variable, como lo es también la distancia entre unas y otras y el número y forma de las partes en que, por su intervención, quedan divididas dichas áreas.

Faltan en seis ejemplares o en siete, si contamos aquél cuya copa carece de todo dibujo. Entonces las áreas centrales aparecen enteras, indivisas (figs. 11, 15, 17 y otras).

Uno de los que las poseen, ofrece solamente dos (figs. 12 y 13), una para cada área, situadas cerca de los extremos anterior y posterior de la copa, hacia la terminación de las ramas de la X varias veces citada. Esas bandas dividen a cada una de dichas áreas en dos porciones muy distintas: una interna, correspondiente al vértice, es triangular isósceles, y la otra externa, en forma de segmento de curva, limitada por la banda respectiva y el borde o contorno curvilíneo (elíptico) de la copa.

En cinco ejemplares, hay cuatro, dos para cada área, y en otro son seis, tres de ellas para el área anterior y tres para la posterior (fig. 10).

Sea cualquiera el número de esas bandas, las porciones internas (contiguas al vértice), en que las áreas de la copa quedan divididas, son triángulos isósceles; las medias, si las hay, trapecios, y las externas, tanto la anterior como la posterior, segmentos de curvas limitados por la última banda y la porción correspondiente del borde curvo (elíptico) de la copa.

En uno de los gorros (figs. 17 y 21) las seis áreas principales de la copa (formadas por las seis bandas convergentes en el vértice de la misma) están cortadas cerca de éste por cortas bandas concurrentes entre sí dos a dos, de manera que forman, junto al ápice, un exágono en el cual la longitud de los lados guarda relación con la abertura de los ángulos a que cada uno corresponde.

Todas las bandas o listas de que acabamos de hablar están adornadas con puntas triangulares, como grandes dientes de sierra, negras también, hechas con la misma tinta. Esas puntas ofrecen dimensiones algo variables

en los distintos ejemplares, aun cuando con caracteres muy semejantes en todos ellos. No están distribuídas de manera uniforme ni tampoco diseminadas de manera arbitraria, sino dispuestas por grupos formados la mayor

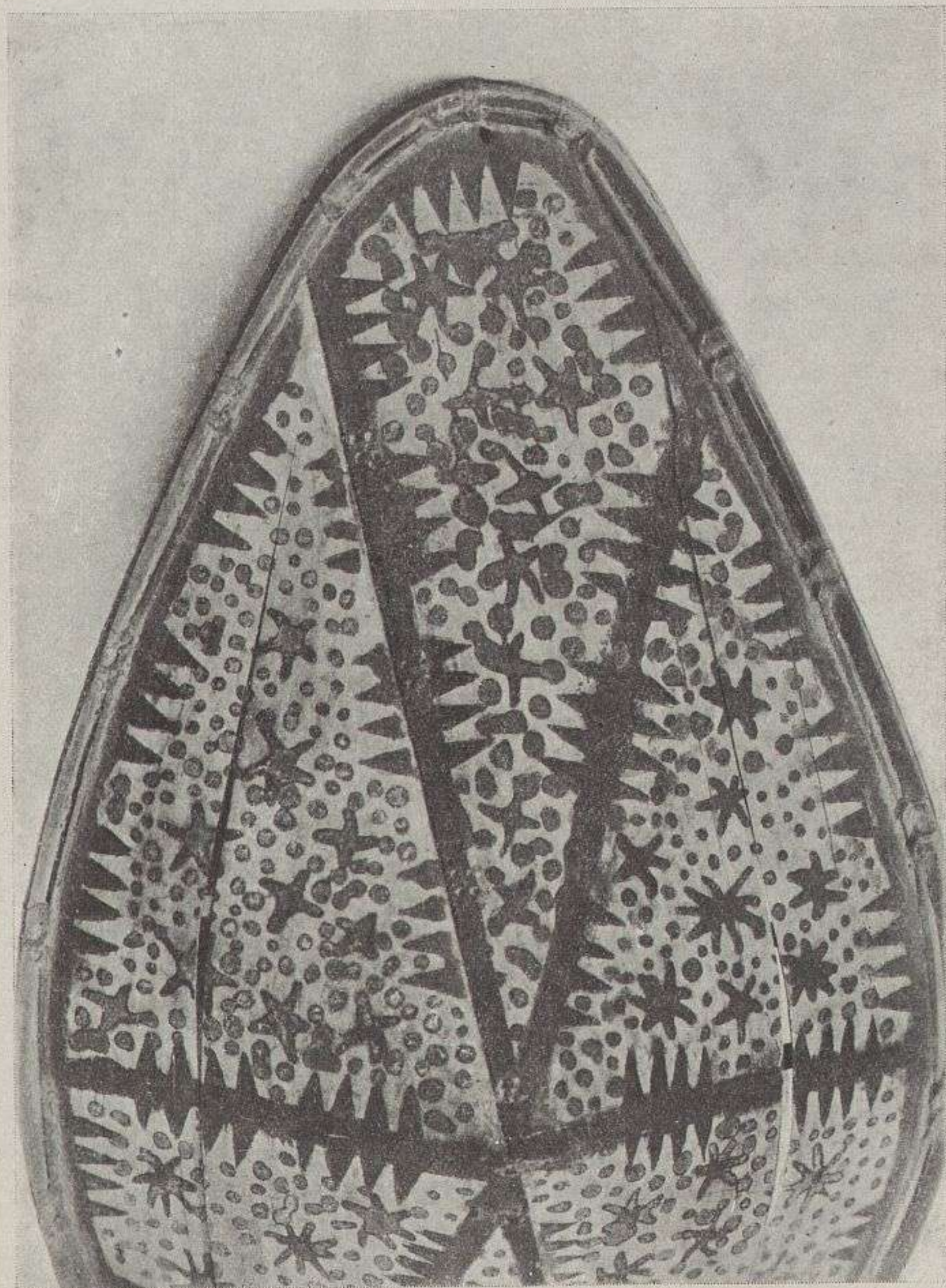


Fig. 11.

parte de las veces de tres o cuatro, más rara vez de dos, y aun alguna, por excepción, se encuentra sola y aislada en una región.

En unos casos los grupos de puntas están situados simétricamente o casi simétricamente respecto a la banda en que se apoyan por sus bases. En otros están en posición alterna, correspondiendo los grupos de un borde de la banda a las porciones libres del opuesto.

No es raro hallar esos grupos ocupando posiciones simétricas en la misma área o en áreas homólogas, mas a veces se hallan aislados o desviados, quizá como consecuencia de la limitación del espacio disponible o por la posición de las otras figuras situadas en cada una de aquéllas.

Una rápida ojeada sobre las fotografías que acompañan, dará idea más clara y completa de todas esas disposiciones que cualquier descripción por extensa y minuciosa que fuese.

Hay todavía otra banda de la misma naturaleza que las precedentes, muy generalizada también, que bordea toda la copa inmediatamente por dentro del filete triangular de la periferia de la copa, al cual cubre por completo.

Esta banda, que pudiéramos llamar periférica o del contorno, sólo falta o es muy incompleta en tres ejemplares.

El gorro cuya copa está desprovista de dibujos (fig. 7) posee, como ya se ha indicado, esa banda.

Como las demás de su clase, la banda del contorno está también adornada con puntas triangulares (excepto en el representado en la figura 7) distribuidas en grupos de tres, cuatro y hasta cinco, más o menos distanciadas entre sí, a veces con cierta simetría en cada área o en las homólogas, otras en relación con los espacios disponibles, como sucedía en las otras listas.

En los tres ejemplares desprovistos de la banda de contorno existen también los grupos de puntas triangulares, con sus bases apoyadas sobre el filete limitante de la copa y aun a veces alcanzando a éste.

En uno de los gorros provistos de banda de contornos (figs. 12 y 13) el adorno de ésta es más complicado. Sobre ella se ven trazadas rayas algo gruesas que atraviesan a dicha banda en toda su anchura, ofreciendo una longitud como de uno y medio centímetros y un par de milímetros de espesor. Están reunidas por grupos formados generalmente de cuatro, paralelas entre sí y perpendiculares a la dirección de la banda o al contorno de la copa.

Los grupos de rayas están contorneados por una línea aproximadamente del mismo grosor que las rayas formadoras de los grupos. Esa línea desciende, entre los grupos consecutivos de rayas, hasta muy cerca del filete

de contorno, formando así una línea sinuosa, con elevaciones correspon-

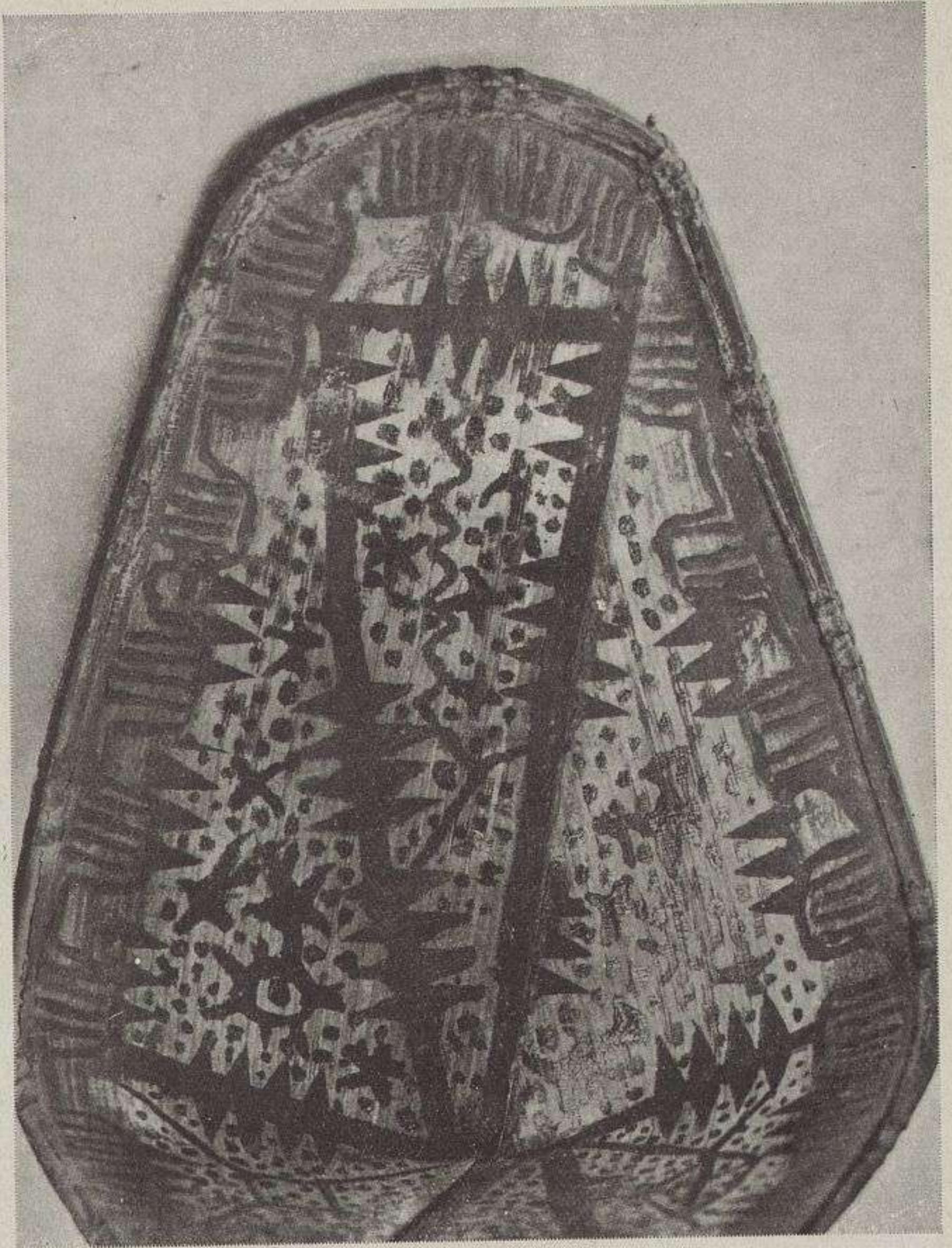


Fig. 12.

dientes a los grupos de rayas mencionados y depresiones o pliegues en los espacios de separación de dichos grupos.

Sobre esa línea sinuosa, y al nivel de sus elevaciones internas, existen

algunos grupos de puntas triangulares negras análogos a los anteriormente descritos. Pero su distribución no parece obedecer a un plan preconcebido de regularidad o simetría. Las más de las veces se apoyan sobre las partes

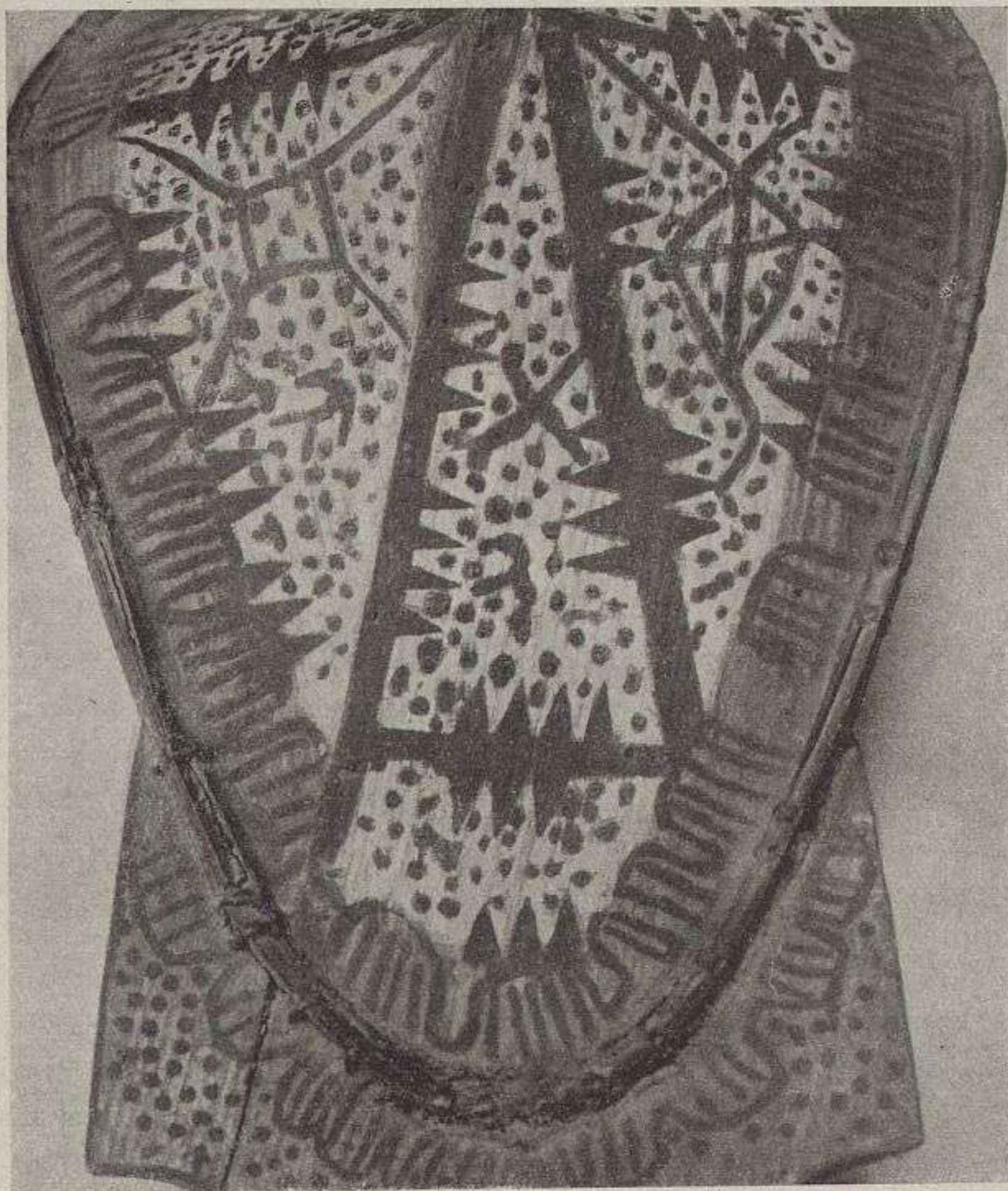


Fig. 13.

salientes de la línea sinuosa, otras sobre las entrantes, aunque conservándose todas al mismo nivel, como se ve claramente en las figuras 12 y 13.

En otro gorro (figs. 44 y 45), una línea sinuosa semejante a la que acabamos de mencionar, bordea interiormente todas las áreas parciales. Pero envuelve siempre a los grupos de puntas negras triangulares, a diferencia de la anterior, en que los grupos de puntas no estaban incluidos en las sinuosidades de la línea, sino fuera de ellas.

Esas líneas sinuosas, como las rayas mencionadas en el primero de los dos ejemplares últimamente citados, forman una modalidad especial de los dibujos llamados ornamentales. Pero no parecen hechos con la misma tinta de las bandas descritas, sino con la de los otros signos simbólicos, de que hemos de tratar después, y tienen cierta semejanza con otros de estos elementos. Pero las incluimos en el mismo grupo, porque en realidad ofrecen aspecto pura y simplemente ornamental.

Las bandas de que nos hemos ocupado parecen no tener otro objeto que el de dividir la superficie total de la copa de los *sacups* en porciones distintas con el fin de colocar en cada una grupos especiales de los dibujos simbólicos.

Las diversas disposiciones de esas bandas, así como las divisiones que establecen, acaso constituyan diferencias esenciales en relación con la jerarquía o categoría del individuo a que cada gorro o clase de gorros estuviese destinado o quizá tengan también representación simbólica distinta, como los otros dibujos que ostentan.

B) Dibujos simbólicos.

Fué nuestro primer propósito hacer de las diversas y variadísimas formas, que consideramos como simbólicas, representadas en los *sacups*, *sacacots* o gorros, de que venimos ocupándonos, un estudio tan completo y detallado, como posible fuera, dentro de los recursos a nuestro alcance. Mas al intentar llevarlo a cabo, hallamos grandes dificultades, no sólo por su crecido número y variedad, sino por la índole del trabajo mismo. Porque si éste, en efecto, hubiese de ser un poco completo, no debía limitarse a la simple enumeración y descripción de las formas representadas, sino que precisaba establecer comparación, aunque fuese sucinta, con los tipos y formas prehistóricas con quienes presentan analogías y hasta con otras reproducidas en el arte protohistórico o histórico primitivo y aun algunos de uso actual en localidades a veces muy distantes, conservadas a veces con los mismos rasgos y otras tan modificadas, que su identificación, o aun su simple filiación, ofrecería serias dificultades.

Semejante tarea exigiría una revisión de publicaciones muy numerosas y de índole diversa, muchas de las cuales nos sería de todo punto imposible consultar ahora, y para la cual haría falta mucho más tiempo del que en estos momentos podemos dedicarle. Mas conviene no olvidar que esa revisión quizá se imponga por sí misma para averiguar el origen de tales símbolos y el camino seguido en su dispersión si no fuesen originarios del punto donde éstos fueron recogidos.

Por otra parte, siendo este un asunto tratado ahora por primera vez, nos hallamos muy incompletamente orientados y documentados respecto a las fuentes donde se encuentren muchos de los elementos con los cuales hubiera de hacerse la comparación.

Contamos, empero, con la inmensa mayoría de las publicaciones relativas a las pinturas rupestres y grabados de las estaciones prehistóricas hasta ahora exploradas, en las que aparecen gran número de figuras análogas y aun iguales a las de que ahora vamos a ocuparnos. Poseemos también obras descriptivas de las ramas más interesantes del arte antiguo, donde se hallan asimismo no pocas de esas figuras con sus propios caracteres y otras más o menos modificadas, aun cuando conservando sus rasgos fundamentales. Pero la simple comparación de los símbolos de los *sacups* con los contenidos en esas publicaciones, aun siendo superficial y ligera, es empresa ardua, complicada y enojosa, que no debemos abordar por ahora.

Así, pues, y con objeto de esquivar, al menos en este primer ensayo, los más peligrosos escollos, nos limitaremos a dar una reseña tan general como nos sea posible de los diversos tipos o grupos de símbolos hallados en los gorros objeto de estudio, con los medios a nuestro alcance, concretándonos a indicar algunas de las estaciones prehistóricas o los documentos históricos donde se hallan representaciones semejantes.

Importa consignar, antes de pasar más adelante, que en los gorros o *sacups* del grupo de que ahora nos ocupamos, el fondo de todas las áreas de la copa, y a veces la superficie superior de los espolones, están sembrados de puntos negros de tamaños algo diferentes, como lo está el firmamento en noche serena de puntos brillantes, al parecer diseminados sin orden alguno preestablecido. A veces uno o varios de esos puntos se hallan dentro o muy cerca de las figuras simbólicas, no siendo fácil determinar, al menos en ciertos casos, si forman parte integrante de éstas o se encuentran allí por simple azar de su distribución arbitraria o fueron colocados para evitar espacios algo considerables claros o enteramente vacíos. Mas como con frecuencia hay figuras análogas que sólo difieren por la presencia o ausencia de puntos en su interior o en determinadas regiones, cabe sospechar que tengan alguna significación especial, por cuya razón los hemos conservado en algunos dibujos aislados cuando cabía sospechar que formen parte integrante de los mismos. En último término, esa conservación no puede ocasionar perjuicio alguno para la posible interpretación de los símbolos, puesto que bastará prescindir de dichos puntos para que las figuras conserven sus caracteres propios.

Comprendemos, sin escrúpulo alguno, esos elementos entre los simbó-

licos o representativos, porque hallándose en unos objetos de significación enigmática y misteriosa entre las figuras estilizadas o esquemáticas de que a continuación vamos a ocuparnos, es de suponer que ellos mismos tengan también significación ideológica o simbólica. Campos sembrados de puntos análogos a estos se han observado con mucha frecuencia entre las pinturas rupestres de las cavernas y demás estaciones prehistóricas y, por consiguiente, puede pensarse que los campos sembrados de puntos, como las figuras estilizadas, tuvieron en su origen análoga significación.

Campos de puntos, más o menos francamente comparables con los de los *sacups*, se han observado en numerosas cavernas, rocas al aire libre y demás estaciones prehistóricas españolas, entre las que pueden citarse Peña Tú (1), Altamira (2), Cueva del Castillo, grutas del río Deva (3), La Pasiega (4), etc.

Ocupémonos ahora de los dibujos considerados como representaciones ideológicas, o mejor dicho, de los que, por su semejanza con las pinturas prehistóricas, suponemos tendrán análoga significación, sea ésta o no sea siempre correctamente interpretada.

A fin de facilitar la exposición del asunto, procuraremos establecer una clasificación, aunque sea de carácter provisional, de los numerosos y variados elementos de que habremos de ocuparnos, agrupándolos por sus analogías en cierto número de tipos más o menos claramente caracterizados, a los cuales podrán referirse, aunque no siempre con facilidad, las formas examinadas.

Estableceremos, desde luego, cuatro grandes grupos o, para hablar con más propiedad, cuatro grupos fundamentales bien diferentes por sus caracteres y significación, aun cuando acaso no siempre puedan marcarse con entera claridad los límites precisos entre unos y otros.

Esos grupos principales son los siguientes:

1.º Formas humanas o antropoides.

(1) Cabré (J.) y H.-Pacheco (E.): *Avance al estudio de las pinturas prehistóricas del extremo Sur de España*. (Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas). Madrid, 1914.—H.-Pacheco (E.), Cabré (J.) y Conde de la Vega del Sella: *Pinturas prehistóricas de Peña Tú*. (Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas). Madrid, 1914.

(2) Cartailhac y Breuil: *La caverne d'Altamira près de Santillana (Santander)*. Mónaco, 1906.

(3) Alcalde del Río, Breuil y Sierra (P. L.): *Les cavernas de la region Cantabrique*. Mónaco, 1912.

(4) Breuil, Obermaier (H.) et Alcalde del Río: *La Pasiega, a Puente-Viesgo (Santander)*. Mónaco, 1913.

- 2.º Representaciones de animales.
- 3.º Representaciones de plantas.
- 4.º Representaciones de otros objetos.

Al primer grupo, integrado por numerosísimas y muy variadas formas, lo consideraremos subdividido en tres secciones, atendiendo a su distinta estructura y a su origen y significación, probablemente también diferentes.

Una de esas secciones comprenderá las figuras humanas más realistas de todas las contenidas en los *sacups*, que llamaremos indígenas por considerarlas representativas de habitantes actuales de aquellas regiones.

En la segunda sección incluiremos ciertas formas, que designaremos intermedias, porque, sin poderse calificar de realistas, puesto que de hecho no lo son, difieren mucho de las genuinamente estilizadas.

Por último, incluimos en el tercer subgrupo o sección las formas estilizadas comparables con las halladas entre las pinturas de los diversos yacimientos prehistóricos interpretadas por los prehistoriadores como formas humanas simbólicas, a veces dotadas de ciertas facultades o virtudes.

1. Representaciones humanas.

a) REPRESENTACIONES HUMANAS DE TIPO INDÍGENA.

Entre las numerosas representaciones de formas susceptibles de ser consideradas como humanas, contenidas en los *sacups* de la colección del Museo de Antropología, solamente dos deben incluirse, a nuestro entender, en este grupo.

Ambas (figs. 14 y 16) representan hombres armados y protegidos por escudos de forma alargada. Tanto éstos como las armas recuerdan con bastante exactitud tipos de los usados en la actualidad por los habitantes de las tribus bárbaras que viven en ciertas islas del Archipiélago Filipino y otras varias del Archipiélago Malayo.

Los dibujos, tanto de la una como de la otra, son bastante groseros, y a no ser por la circunstancia de representar hombres provistos de un arma blanca y un escudo, apenas ofrecen semejanzas; antes por el contrario, presentan aspectos bien distintos.

Una de ellas (fig. 14), de tipo bastante realista, aunque estilizada, representa un hombre en pie, con las piernas algo separadas y los brazos casi extendidos en cruz. Uno de éstos sostiene un escudo alargado, redondeado por arriba, un poco escotado por abajo, e indicando cierta convexidad revelada por la curva de las líneas laterales. El otro brazo está pro-

visto de un arma, al parecer de hierro, de las que solemos llamar cortas por tener puño y no astil como las lanzas, flechas o dardos.

El arma, aunque la consideramos clasificada entre las denominadas cortas por el carácter indicado y el aspecto de la hoja, es, sin embargo, de dimensiones considerables en relación con la talla de hombre que la maneja. Pero si la comparamos con los campilanes y algunas otras armas de puño corto actualmente usadas por los habitantes menos civilizados o no civilizados de las Filipinas, veremos que sus dimensiones no resultan muy exageradas.



Fig. 14.

La figura, como ya hemos indicado, es bastante tosca, pero no resulta muy desproporcionada.

Como generalmente sucede en las representaciones humanas de los pueblos primitivos, la cabeza carece en absoluto de detalles. Esa importantísima parte del individuo aparece representada por un globo o esfera en la que no se distinguen indicios de nariz, ojos, cara ni relieve alguno.

El cuello, de regular longitud, tiene el mismo grueso que el tronco, el cual aparece como un cilindro relativamente delgado, sin abultamientos ni

depressiones que indiquen las regiones correspondientes al pecho, cintura y abdomen.

En la extremidad inferior del tronco, donde sería aproximadamente la región de la pelvis, aquél se ensancha, aunque de manera algo irregular. Las piernas nacen una a cada lado de ese ensanchamiento. Una de éstas, la del lado derecho, presenta, hacia el medio de su longitud, un abultamiento externo, simulando la rodilla, y por la parte opuesta otro que puede interpretarse, sin gran esfuerzo, como pantorrilla. La otra pierna, la izquierda, aparte de un ligero abultamiento superior que, de ser intencional, podría corresponder al gran trocánter femoral, apenas presenta diferencias de diámetro hasta una pequeña distancia del pie, dando en cierto modo la apariencia de tener una especie de pantalón. A la terminación de éste, que vendría a ser un poco por debajo de la rodilla, se ve la continuación de la pierna, en la que se adivina la parte inferior de la pantorrilla. Por debajo de ésta la pierna va adelgazándose suavemente hasta llegar al pie. Las extremidades de las piernas son delgadas y terminan por unas pequeñas piezas horizontales que evidentemente corresponden a los pies.

El límite entre el cuello y el tronco está señalado por el nacimiento de los brazos, en uno de los cuales (el de la izquierda en la figura) está per-

fectamente indicada la distinción entre el brazo y el antebrazo, formando entre ambos un ángulo muy obtuso cuyo vértice corresponde bastante bien a la posición del codo. Este brazo sostiene el arma antes mencionada. En el otro brazo, el derecho, es menos perceptible, o casi totalmente imperceptible, el codo; pero ese dato no puede considerarse como un defecto del dibujo, porque puede significar que el miembro está extendido. Aunque muy poco, nótase todavía en él la región del codo. Este brazo sostiene el escudo, alejado del cuerpo.

En el arranque de las piernas se nota un pequeño abultamiento que, si hubiese sido hecho intencionadamente y no un azar del dibujo, podría ser indicio de la masculinidad del sexo del individuo.

La figura, aun siendo tan grosera como antes se ha indicado y demuestra su simple inspección (fig. 14), es bastante bien proporcionada y presenta cierta animación.

Todo induce a creer que el dibujante, si no queremos denominarle artista, quiso representar al hombre en actitud al mismo tiempo ofensiva y defensiva: quizá un guerrero durante la pelea.

Hecha de esa interesante figura la breve descripción precedente, juzgamos oportunas algunas reflexiones conducentes a la acertada interpretación de su probable o posible significación ideológica. Hállase situada hacia el centro del área media anterior del *sacup* (fig. 15), lugar al que parece lógico considerar como dotado de cierta preferencia. Si esto fuese así, como lo será verosímilmente, cabría pensar que la figura representativa merecía ocupar sitio preferente. Y colocados ya en el terreno de las conjeturas, quizá no resultase inadecuado pensar que representase al espíritu guerrero vencedor, el cual, colocado sobre la cabeza de un caudillo y precediéndole, como si dijéramos, habría de conducir al triunfo al portador y tal vez a cuantos le siguiesen.

Se dirá acaso que vamos demasiado lejos en el terreno de las interpretaciones, nosotros, que hemos mantenido siempre el criterio de la estabilidad, perdurabilidad e indestructibilidad de los hechos como elementos científicos y la fragilidad y deleznablez de las interpretaciones. Precisamente por eso no nos sorprenderá que la que acabamos de indicar se derrumbe a los primeros embates de la crítica. Pero es indudable que esa figura representa un hombre armado, un guerrero; que está dibujada en un objeto empleado únicamente en la guerra; que se halla situada en lugar preferente del mismo, y en esos datos e informes será preciso fundamentar cualquier tentativa interpretatoria de su significación, ya que, de conformidad con el criterio adoptado por los prehistoriadores, convenimos en admitir que esas figuras son simbólicas, representativas de

algo que el investigador se siente movido a interpretar de manera casi irresistible.

La segunda figura de este primer grupo (fig. 16), aunque ofrece ciertas

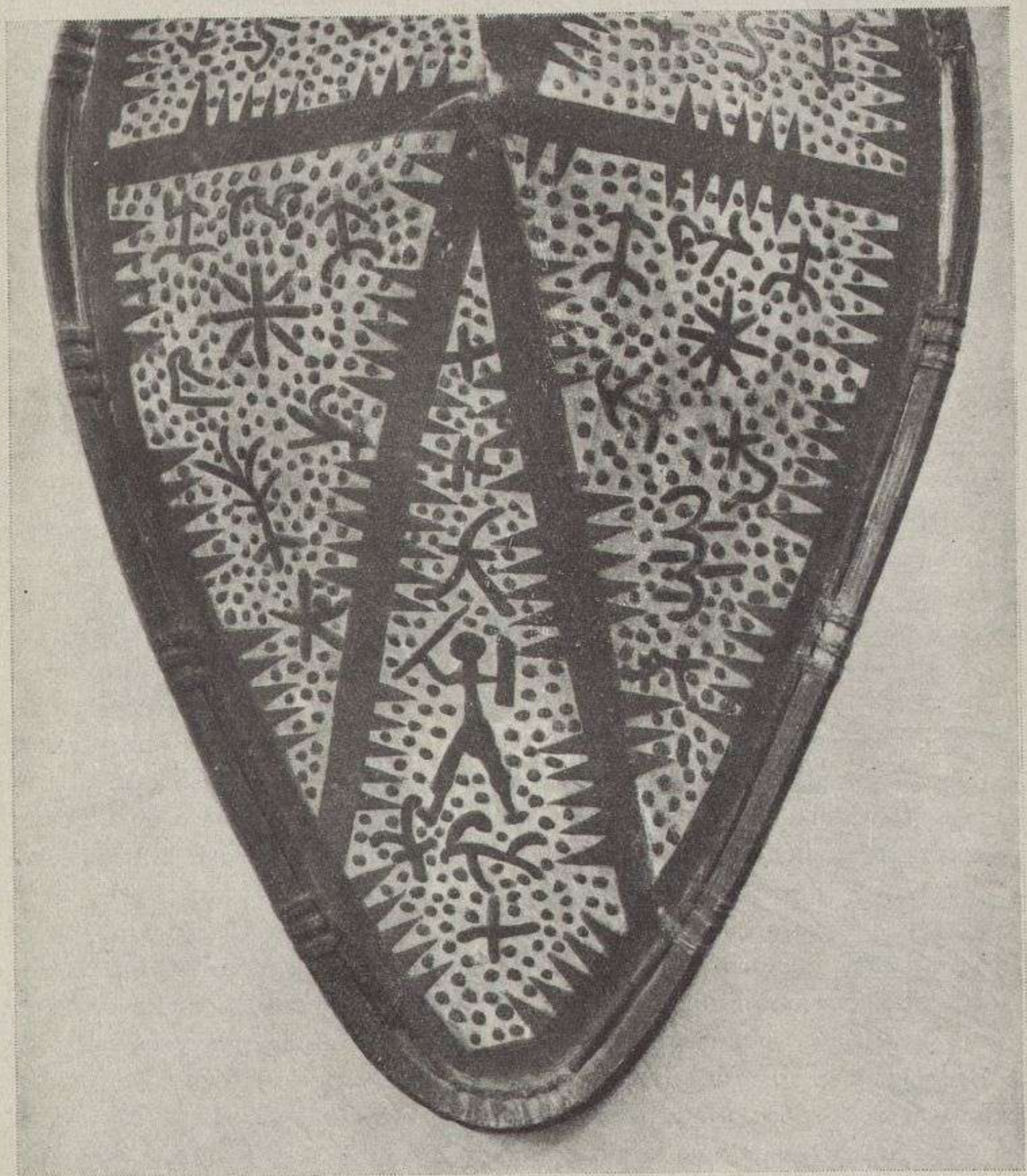


Fig. 15.

analogías con la primera, especialmente por la indumentaria, es muy diferente de ella por muchos aspectos y caracteres.

La mitad superior del cuerpo, aun siendo tosca y grosera, acaso se acerca más a la realidad que la de la primera. Pero la mitad inferior es mucho menos realista, aun siéndolo aquélla poco. Las piernas ofrecen una actitud extraña, de interpretación bastante difícil, a nuestro juicio. Mas si nos mantenemos en nuestro criterio de considerar a estos dibujos como simbólicos, no habrá inconveniente en suponer que esa actitud tiene o tuvo una significación de la que acaso ya sólo conserva rasgos generales, tal vez modificados o adulterados al pasar de unas a otras generaciones. Figuras en actitud análoga se observan en el arte prehistórico y hasta en el histórico antiguo, y no sería extraño que la confección de una y otras tuviese el mismo origen.

Veamos ahora, aunque sea de manera breve y sucinta, sus principales características.

La figura representa, como la anterior, un hombre provisto de escudo alargado en una mano y de un arma blanca en la otra. Pero, a diferencia de la precedentemente descrita, en la de que ahora nos ocupamos es un arma larga, es decir, provista de un astil largo. Creemos no incurrir en error al afirmar que quiso representarse una lanza y aun podríamos añadir, juzgando por las apariencias, que la hoja fuese de hierro.

Ahora bien, si se tiene en cuenta que en todas las regiones de la isla de Mindanao, de donde los *sacups* proceden, y en todas o casi todas las del Archipiélago Filipino se han usado desde hace mucho tiempo, y siguen usándose todavía, escudos alargados de varias formas y lanzas con hojas de hierro, también variadas, se comprenderá la razón que hemos tenido para considerar esta figura, e igualmente la anterior, como representaciones de tipo indígena y aun bastante reciente.

La cabeza de esta segunda figura (fig. 16), aunque tosca y casi desprovista de detalles, aparece colocada de perfil, representa como a modo de una silueta y reviste bastante mayor propiedad que la de la primera. Es ovoidea, con el polo grueso, correspondiente al cráneo, situado en la parte más alta, y el polo delgado, representante de la cara o la barba, hacia abajo. Parece como si el individuo mirase a la derecha, notándose en la línea anterior o facial del perfil una pequeña escotadura que simula algo parecido a la depresión nasal y, por tanto, correspondería a la posición del ojo. No hay indicios de nariz ni de labios, y en el límite inferior de la cara existe un pequeño saliente redondeado que representa con bastante propiedad la barbilla.

En la parte superior y en la posterior el contorno corresponde bastante



Fig. 16.

bien a una cabeza de regulares proporciones, notándose en la región de la nuca una pequeña depresión situada en el límite entre la cabeza y el cuello.

Este, acaso un poco excesivamente grueso en relación con el tamaño de la cabeza, es proporcionado. Su límite inferior se hace claramente visible por un ensanchamiento manifiesto en ambos lados, que representa los hombros, aun cuando no con demasiada perfección.

De éstos nacen los brazos, no muy desproporcionados, constituídos de dos partes bien distintas, una un poco más gruesa, correspondiente al brazo, y a continuación de esa el antebrazo, en semiflexión una sobre otra, y separadas por un codo bastante bien señalado.

El brazo del lado derecho termina en un abultamiento de dimensiones proporcionalmente grandes que, sin duda alguna, corresponde a la mano. Unida a ella se encuentra la lanza, que probablemente el artista quiso representar empuñada por aquélla.

Esa mano aparece muy imperfectamente dibujada y ofrece tres expansiones o apéndices angulares, que indudablemente querrían representar los dedos, aun cuando su número resultase incompleto. Mas esa especie, de tridactilia no debe estimarse, a nuestro juicio, como un hecho real, sino como una incorrección del dibujo, a no ser que tuviese alguna significación simbólica, cuya interpretación escapa enteramente, al menos por ahora, a nuestra imaginación.

El brazo izquierdo, acaso algo mejor proporcionado que el derecho, sostiene el escudo, con el cual queda confundida la mano, de la que sólo se distingue el principio, perceptible como un ensanchamiento de la extremidad del antebrazo.

El tronco, al parecer uniformemente cilíndrico, es proporcionalmente más grueso que el de la figura anterior; pero todavía resulta delgado en relación con la cabeza y el cuello. En cambio, es demasiado largo comparado con las otras partes del cuerpo. En él no hay el menor indicio de distinción de regiones; pero no puede decirse que carezca enteramente de forma, puesto que ofrece por delante una curva convexa, no muy acentuada, que podría corresponder al perfil torácico-abdominal, y otra cóncava, posteriormente, representativa quizá de la curva dorso-lumbar.

No hay indicios de caderas ni ensanchamiento pelviano.

Cerca de la extremidad inferior del tronco nacen las extremidades abdominales, muy incorrectamente dibujadas. Se dirigen oblicuamente abajo y afuera, una hacia la derecha y la otra a la izquierda. Son demasiado cortas y aparecen como formadas de dos porciones unidas en una especie de codo o ángulo que acaso quiera simular la rodilla. Las porcio-

nes inferiores se encorvan hacia arriba en una curva o doblez inverosímil,

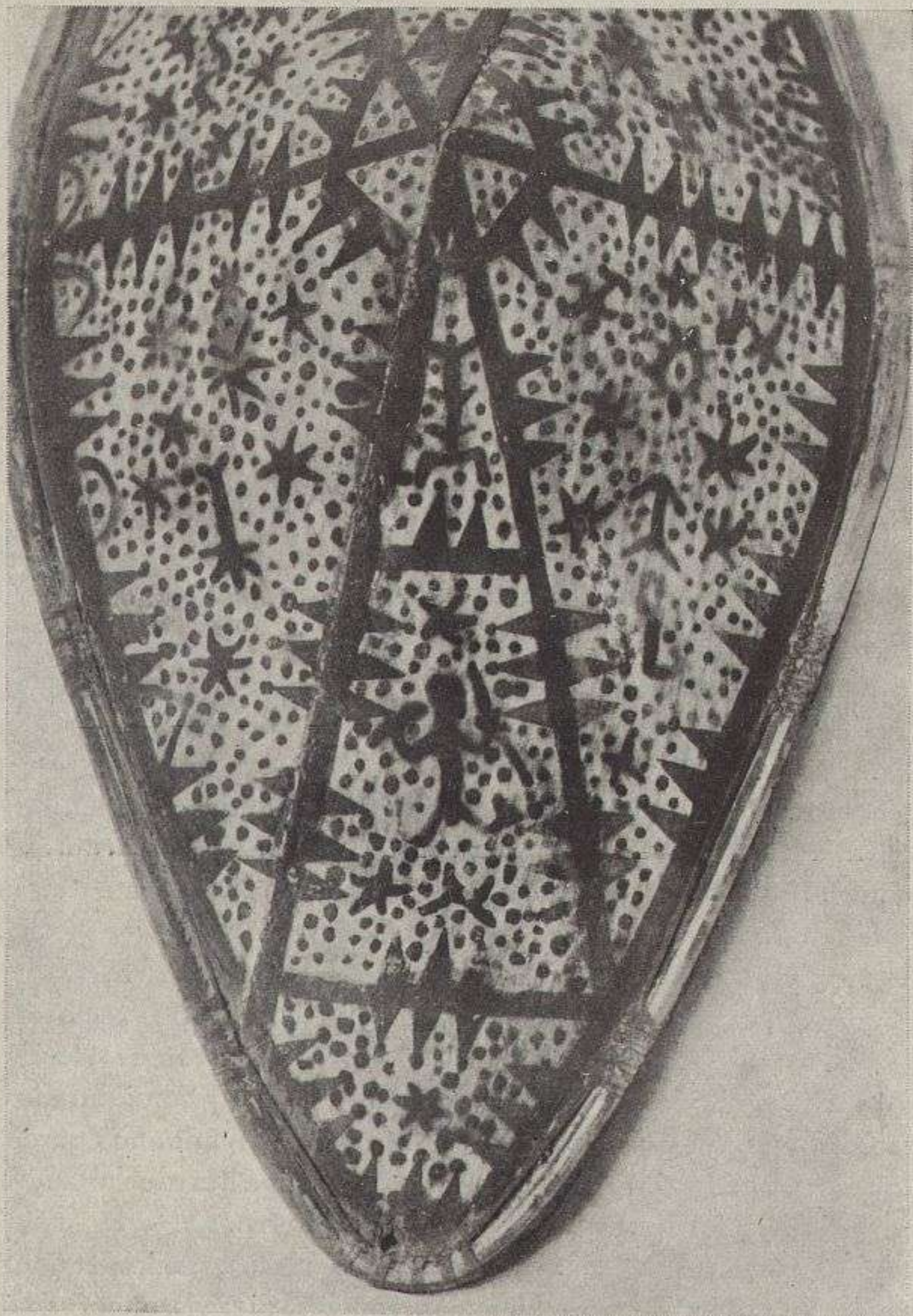


Fig. 17.

enteramente opuesto a la flexión normal de la pierna sobre el muslo por la rodilla.

La pierna anterior (derecha) termina en un ensanchamiento con el que,

sin duda, se quiso representar el pie. Pero es desproporcionado y su forma ofrece mucha semejanza con la de la mano del mismo lado. Presenta, en efecto, en su parte terminal, tres pequeños abultamientos: uno superior, otro medio y el otro inferior, menos acentuados que los de la mano, sobre todo los dos últimos. Sería difícil decidir si esos pequeños abultamientos tenían alguna relación con los dedos; pero casi no cabe duda de que el abultamiento en que se hallan corresponde al pie.

La otra pierna tal vez terminase de manera análoga a la anterior, a juzgar por algunas huellas que se observan todavía; pero o quedó poco señalada desde el principio, o la tinta se ha borrado en gran parte desde un poco más allá del ángulo simulador de la rodilla.

También esta figura ofrece, entre el arranque de ambas piernas o muslos, un abultamiento redondeado, situado como en la continuación del tronco, que, de no ser accidental, podría corresponder a los órganos sexuales masculinos.

A semejanza de la precedente, esa figura se halla situada en el área media anterior y en la porción central de la tres en que esa área se halla dividida por las dos bandas transversales que la cortan (fig. 17). Ocupa también, por lo tanto, lugar preferente, siéndole aplicables, con iguales motivos, las consideraciones consignadas respecto a la primera.

Representaciones algún tanto semejantes a éstas se hallan en las pinturas rupestres de ciertas estaciones prehistóricas. Entre las representadas en la Cueva de la Araña (1) hay algunas con caracteres bastante semejantes, si bien son más estilizadas. Pero probablemente el origen y significación de unas y otras es muy distinto. En las de la Cueva de la Araña, el aparato que la figura tiene en la mano debe ser un arco o restos de arco, mientras que las de que ahora nos ocupamos son verdaderos escudos y armas cortas o largas, pero no flechas ni arcos. Además, las hojas de las armas correspondientes a los *sacups* de que venimos ocupándonos parecen ser de hierro, y esto constituiría diferencia esencial de las de la Cueva de la Araña, ya que en su tiempo no se conocía el hierro.

En la caverna de Altamira (2) y algunas otras estaciones prehistóricas se hallan también figuras humanas con las piernas encorvadas hacia

(1) Hernández-Pacheco (E.): *Las pinturas prehistóricas de las cuevas de la Araña (Valencia)*. —(Junta para Ampliación de Estudios e investigaciones científicas. Comisión de Estudios paleontológicos y prehistóricos. Memoria núm. 34). Madrid, 1924.

(2) Cartailhac (Emile) et Breuil (L'Abbe Henri): *La caverne d'Altamira, a Santillane, pres Santander (Espagne)*. Mónaco, 1906.

arriba, como en la de que ahora venimos ocupándonos, y aun cuando la indumentaria sea algo diferente, no por eso dejan de ofrecer analogías entre sí.

b) FORMAS HUMANAS SEMIESTILIZADAS O DE TRANSICIÓN.

Entre las figuras humanas de tipo relativamente realista que acabamos de describir como constituyendo el grupo denominado indígena y las representaciones estilizadas de tipo neolítico, de que nos ocuparemos después, creemos oportuno colocar algunas que acaso pudieran estudiarse entre estas últimas. Mas en razón a ciertos caracteres especiales, juzgamos conveniente formar con ellas otro grupo intermedio, que servirá además como anillo de transición entre unas y otras. Por sus rasgos característicos fundamentales, muy heterogéneos, por cierto, difieren casi tanto de las unas como de las otras.

Conviene advertir que, para poder considerar como representaciones humanas algunas de las figuras comprendidas en este grupo, es preciso recurrir al criterio adoptado por los prehistoriadores para interpretar la significación de los dibujos análogos hallados en las estaciones prehistóricas. De no proceder así, sería difícil demostrar su antropomorfismo, y algunas de ellas acaso pudieran estimarse como representaciones de otros animales con la misma propiedad que de hombres.

En el área posterior de uno de los *sacups* (fig. 18) hállanse pintadas dos figuras semejantes que, por estar íntimamente relacionadas entre sí, hemos copiado juntas (fig. 19).

Aunque mucho menos realistas que las antes descritas, conservan todavía los segmentos del cuerpo y rasgos fundamentales de la figura humana, y pueden estimarse por tanto como intermediarias entre el grupo indígena relativamente realista y las formas humanas genuinamente estilizadas, aun cuando las de que ahora vamos a ocuparnos no dejen de serlo en realidad.

Suponiendo que su posición normal fuese la del grabado (fig. 19), una de ellas está colocada en posición vertical y la otra horizontal sobre la cabeza de la primera, hallándose ésta situada entre la extremidad torácica y la abdominal del mismo lado de aquélla.

Ambas tienen una fisonomía muy semejante; pero ofrecen algunos caracteres diferenciales que, si no dependiesen de incorrecciones o desigualdades del dibujo, podrían tener algún interés.

En la inferior, la cabeza es bastante redondeada, con una ligerísima acuminación en la parte más alta y un pequeño abultamiento en cada lado;

pero sin indicios de cara ni órganos faciales. En la otra, la cabeza es más

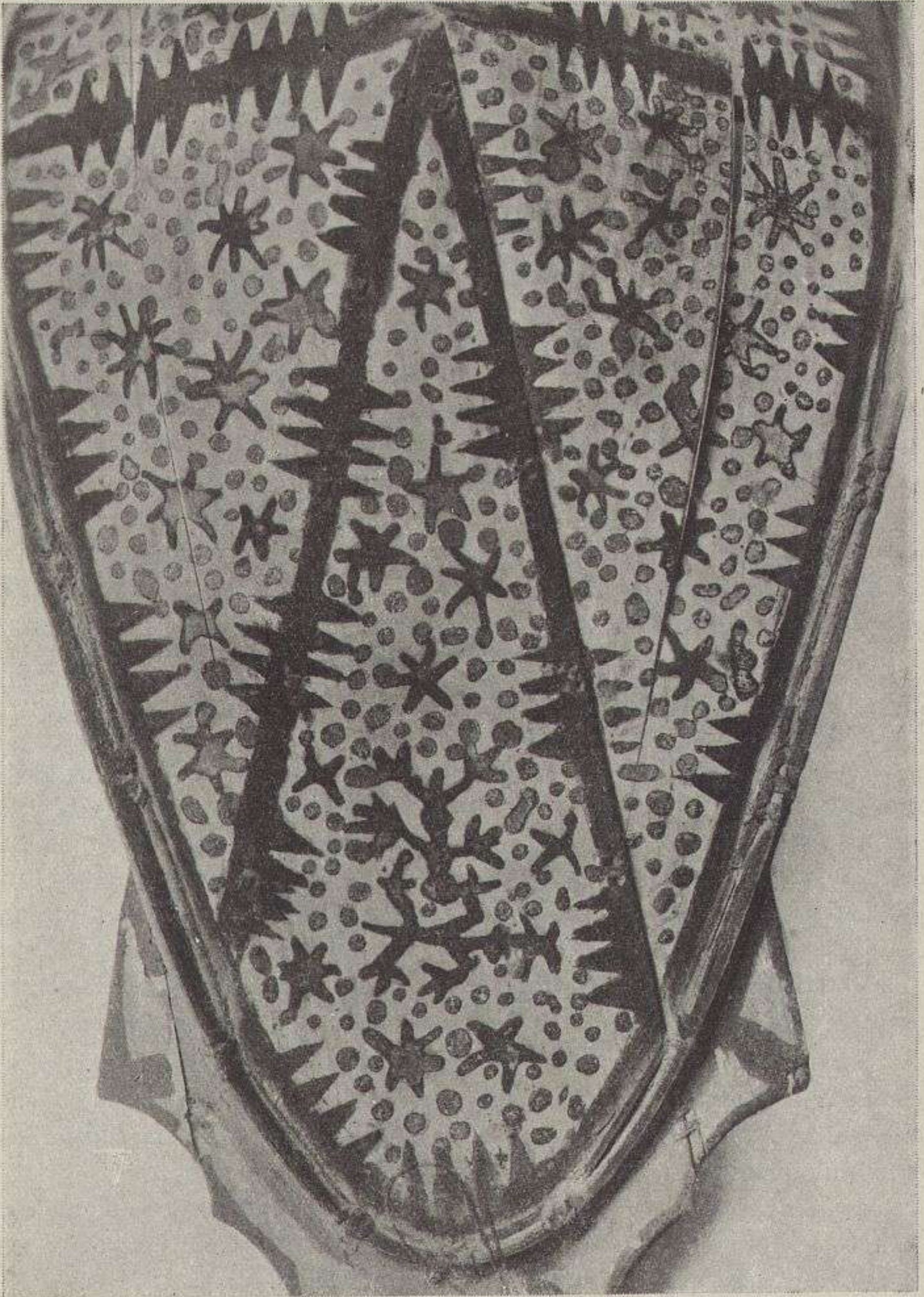


Fig. 18.

pequeña, de forma menos redondeada y presenta en la parte superior y en uno de los lados ciertas expansiones en forma de cortos espolones, que tal vez representen una especie de adorno o tocado. En esta segunda, como en la primera, faltan completamente manifestaciones representantes de los órganos faciales.

El cuello, bien manifiesto en ambas, es un poco más corto y grueso en la inferior que en la superior; pero no muy desproporcionado en ninguna.

El tronco tiene aproximadamente igual longitud en una y otra figura y no es muy desproporcionado con respecto a la dimensión total de cada una; mas ofrece en ellas bien marcadas diferencias. En la inferior presenta un abultamiento que se extiende desde un poco por debajo del nacimiento de los brazos hasta muy cerca del de las piernas. Parece representar el abdomen un poco exageradamente abultado. En la superior, en cambio, se adelgaza progresivamente desde las regiones axilares hasta el origen de las piernas en la región de las caderas, aun cuando éstas no ofrecen otra representación que el nacimiento de aquéllas.

Las extremidades, aunque ejecutadas según un plan semejante, ofrecen también caracteres que las diferencian entre sí.

En la inferior, las torácicas son cortas, la izquierda más que la derecha, sin apariencia de codo ni distinción de segmentos, y terminan por unas expansiones, correspondientes a las manos, demasiado grandes en comparación con la talla y demás proporciones del cuerpo.

La del lado derecho es enorme y consta de una porción central, a manera de masa palmar (porción carpo-metacarpiana), de cuyo borde externo nacen cinco apéndices, que indudablemente corresponden a los dedos. Estos son de tamaño muy distinto y van decreciendo progresivamente desde el superior, que es el más largo y grueso, hasta el inferior, que es el más pequeño. Este probablemente corresponde al dedo meñique y aquél al pulgar. Este es encorvado y más grueso en la punta, ostentando forma de maza. Es, pues, una mano pentadáctila, aunque imperfecta; la única que ofrece este carácter en las figuras de que ahora nos ocupamos.

La mano izquierda (con respecto al observador) es también grande, aunque no tanto como la derecha. La porción correspondiente a la palma es relativamente pequeña y de su borde externo nacen tres prolongaciones a modo de mamelones, superior, medio e inferior, que parece lógico esti-



Fig. 19.

mar como representantes de los dedos. El medio es bastante más grueso que los otros dos y todos son redondeados o un poco acuminados en el extremo libre. Esta mano es tridáctila.

Las extremidades inferiores o abdominales son tan cortas como las torácicas y casi rectas. Tampoco ofrecen diferencia ostensible entre el muslo y la pierna ni hay rodilla aparente. Terminan igualmente por expansiones que representan los pies. Estos son también proporcionalmente grandes y tridáctilos, con los dedos desiguales, siendo mayor el externo en la derecha y el interno en la izquierda y ambos terminados en maza. El último presenta, hacia la mitad de su borde interno, un abultamiento que probablemente no le pertenece, sino que será uno de los puntos disseminados en la superficie del *sacup*; pero le hemos conservado por si nuestra sospecha no fuese aceptable y ese apéndice correspondiese al dibujo.

En la figura superior, las extremidades torácicas, un poco menos cortas que en la inferior, presentan hacia el medio de su longitud un ángulo que, según todas las apariencias, debe representar el codo. Terminan en las manos, un poco más pequeñas que las de su compañera, y ambas son tridáctilas, con los dedos aproximadamente iguales. La mano izquierda (suponiendo que la figura estuviese de espaldas a nosotros) está apoyada sobre la cabeza de la situada debajo.

Las extremidades abdominales de esa misma figura son de dimensiones parecidas a las torácicas, acaso un poco más cortas. La izquierda ofrece, hacia la mitad de su longitud, un pequeño ángulo con un ligero abultamiento en el vértice, que debe corresponder a la rodilla, mientras la derecha es recta, sin indicios de distinción de segmentos. Ambas terminan por expansiones tridáctilas, representativas de los pies, con sus dedos.

Tanto en una como en otra figura el tronco parece prolongarse, formando, entre las piernas, un apéndice con caracteres algo distintos en cada una de ellas. En la inferior es corto, romo y algo grueso, y en la superior un poco más largo, delgado y agudo. Si, como suponemos, esas figuras fuesen representaciones humanas, estos apéndices últimamente mencionados corresponderían a órganos genitales masculinos, interpretación en un todo conforme con la que los autores hacen de los apéndices análogos tan frecuentes en las figuras humanas estilizadas del arte prehistórico.

El grupo constituido por estas dos figuras se halla emplazado en el área central posterior de uno de los *sacups* (fig. 18). A juzgar por esa situación, cabría atribuir a estas figuras una jerarquía de cierta importancia, sospecha que acaso pueda estimarse robustecida por el hecho de que

ellas son las únicas representaciones claras de seres animados observadas, no sólo en el área ocupada por ellas, sino en toda la superficie externa de *sacup* o gorro donde se hallan (figs. 11 y 18). Todos los demás signos, bastante numerosos por cierto, de este *sacup*, son asteriformes y acaso representen soles o estrellas de gran magnitud diseminadas entre los innumerables puntos de que dicha superficie está sembrada, en éste como en los demás gorros, si bien los de éste son bastante heterogéneos en lo que a sus dimensiones se refiere.

Otra de las figuras incluídas en este grupo (fig. 20) está dibujada en el mismo *sacup* (fig. 21) que la segunda de las llamadas indígenas (fig. 17).

Aquélla ocupa el área central posterior y está situada en la parte media de las tres en que, como la anterior, se halla dividida por dos bandas transversales (fig. 21). Se halla, pues, simétricamente colocada respecto de la de tipo indígena citada, y, por consiguiente, podría pensarse que tenga alguna preponderancia, aun cuando su jerarquía sea inferior a la de esa otra.

A pesar de su confección, aparentemente más grosera que las precedentes, no es difícil hallar en ella los caracteres de las figuras humanas, sobre todo cuando caminan hacia la estilización.

La cabeza, un poco irregular, pero no muy desproporcionada con respecto al tamaño de la figura, ofrece algunas elevaciones más o menos salientes, tal vez originadas por deficiencias o incorrecciones del dibujo; pero, de no serlo, podrían representar rasgos de un tocado o adorno, algo análogo a lo que ostentan las figuras humanas prehistóricas representadas en las cavernas, abrigos, etc., donde existe arte pictórico rupestre. Bien pudiera suceder que, en tiempos pasados, esas manifestaciones, de que ahora no quedan sino escasos indicios, fuesen adornos más o menos complicados, que han ido perdiendo su forma y caracteres fundamentales a medida que ha ido perdiéndose la idea de su primitiva significación.

A semejanza de lo que acontece en Biología, donde los órganos se atrofian hasta quedar reducidos a simples vestigios cuando desaparece la función que les estaba encomendada, en Prehistoria se observa también que, cuando un rito o costumbre desaparece por el cambio de condiciones sociales, sus representaciones, primero de carácter realista, van poco a poco degenerando y perdiendo sus rasgos típicos, hasta quedar convertidas en simples indicios, a veces difíciles o imposibles de referir al tipo fundamental primitivo.



Fig. 20.



Pero dejemos por ahora estas consideraciones de orden teórico,

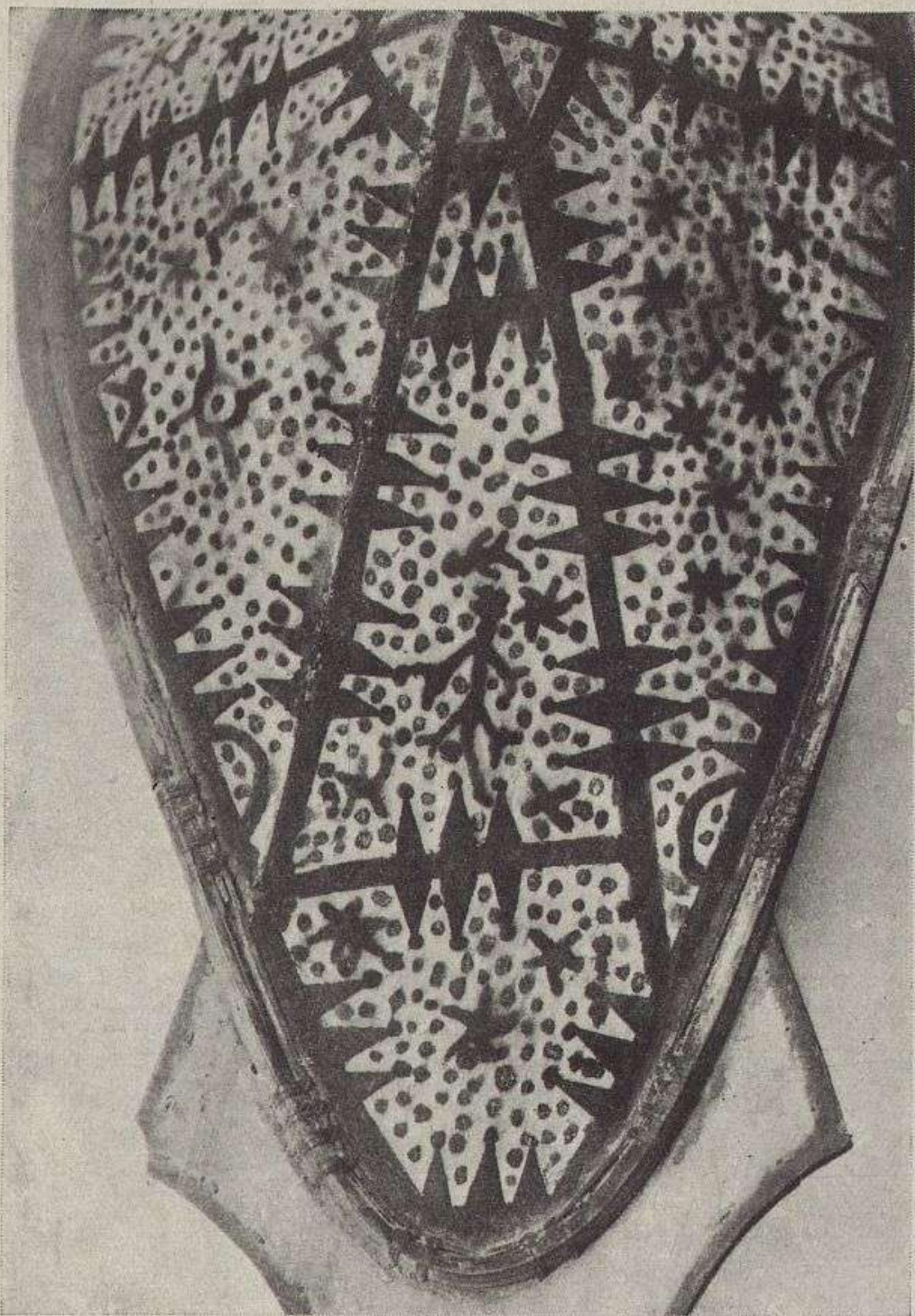


Fig. 21.

cuando menos hasta que hayamos descrito las formas más interesantes de las muchísimas que en los *sacups* se hallan representadas.

Nada hay en la figura de que ahora nos ocupamos que permita distin-

ción de cara ni de ninguna de sus diversas porciones, tales como orejas, narices, boca, etc. Mas eso no tiene gran importancia desde el punto de vista representativo o simbólico, porque lo mismo acontece en la primera de las figuras indígenas, a pesar de su relativo realismo, y así sucede también en la generalidad de las pinturas rupestres que se conservan desde los tiempos prehistóricos.

El cuello es un poco largo en demasía y proporcionalmente grueso.

En continuación con él, y conservando aproximadamente el mismo grosor o, mejor aún, adelgazándose un poco, se halla el tronco, en el que tampoco se nota diferenciación de regiones.

La separación entre el cuello y el tronco sólo es reconocible por el nacimiento de las extremidades superiores o torácicas.

Estas se dirigen oblicuamente abajo y afuera; son relativamente cortas, y no ofrecen indicios de división en brazo y antebrazo o, por lo menos, no se nota nada que represente el codo.

En el extremo de cada una de estas representaciones de brazos hay una masa bifurcada, más abultada la del lado izquierdo (del observador) que la del derecho. Esas expansiones terminales bifurcadas probablemente representan las manos, las cuales serían solamente bidáctilas, en el supuesto de que las ramas de bifurcación correspondiesen a los dedos. La rama superior de la bifurcación de la mano izquierda termina en un abultamiento en forma de maza.

Conformación parecida a la de las extremidades torácicas tienen las abdominales. Nacen del extremo inferior del tronco, donde no hay abultamiento pelviano ni nada comparable a las caderas; se dirigen en línea recta abajo y afuera, sin ofrecer distinción entre muslo y pierna ni indicación de rodilla, y terminan también, como las torácicas, por una pieza bífida, representante probablemente del pie, si bien no ofrece semejanza alguna con este órgano.

Finalmente, el tronco parece continuarse más allá del origen de las piernas, formando un largo apéndice que se prolonga entre ellas, en línea casi recta e inclinándose ligeramente hacia la derecha. Cerca de su extremidad se dobla, formando un codo o ángulo bastante obtuso, y termina por una punta roma redondeada.

A juzgar por las proporciones de ese largo apéndice, podría interpretarse como una prolongación caudal, en cuyo caso la figura habría de representar a un animal cualquiera, cuadrúpedo, de larga cola y cabeza redondeada. Mas aparte de que dicha figura no es fácilmente referible a ninguna forma animal medianamente caracterizada, esta interpretación nos parece menos aceptable que la primera, esto es, que represente una figura

humana estilizada comparable a muchas de las halladas en las pinturas rupestres del arte neolítico y aun algunas de épocas más recientes. Apéndices semejantes, más o menos exagerados, se hallan con bastante frecuencia en las pinturas observadas en varias cavernas, abrigos y peñas de localidades españolas y han sido interpretadas siempre por los autores como representación de órganos sexuales masculinos. Más adelante veremos reproducidos apéndices semejantes, aun cuando con dimensiones muy variadas, en multitud de figuras genuinamente estilizadas de tipo neolítico, fácilmente asimilables al de la figura de que ahora nos ocupamos.

Como ya antes hemos indicado, nos limitaremos preferentemente a consignar los hechos, no determinándonos a discutir nuestra opinión personal, sino procurando adaptar en lo posible nuestras interpretaciones a las generalmente admitidas en la ciencia.



Fig. 22.

Hemos dicho antes que, a juzgar por el lugar donde se halla colocada, esta figura debía tener cierta importancia jerárquica en relación con la situada simétricamente a ella en el área anterior del *sacup*.

Tal vez haya quien considere esta hipótesis como algún tanto arbitraria; pero seguramente no está desprovista de fundamento.

En efecto, como esta figura no tiene armas, parece racional pensar que no debe caminar delante, en la vanguardia. Mas si gozase de alguna virtud o tuviese alguna misión protectora, simplemente por su presencia o compañía, es natural que se halle en sitio mejor protegido, aunque predominante.

Además esta figura va acompañada de otras que forman con ella un grupo dentro de la misma área, algunas de las cuales se prestan fácilmente a interpretación como elementos estilizados del arte prehistórico (figuras 20 y 21).

Sobre la cabeza, y como acostada horizontalmente, hay una pequeña figura humana que, según la concepción generalmente admitida por los prehistoriadores, debe estimarse como una representación femenina, puesto que carece de los atributos visibles del sexo masculino.

A la derecha, junto a la cabeza, hay otro signo que presenta gran semejanza con los considerados como soles en el arte prehistórico y hasta en el protohistórico.

En la parte inferior hay otras dos figuritas asteriformes, una a cada lado de la principal, que podrían interpretarse como sus congéneres de las pinturas rupestres. La situada a la izquierda, provista de cinco puntas, podría

asimilarse sin gran esfuerzo a una figura humana con cabeza (poco marcada) y las cuatro extremidades; y la de la derecha, cruciforme, a la que debe atribuirse igual significación que a sus congéneres, tan abundantes en los objetos que ahora estudiamos como en las manifestaciones del arte neolítico, como más adelante veremos.

Incluimos, por último, en este grupo una interesantísima figura, que representa, al parecer, una mujer (fig 22). Es la única de cuantas se hallan en los *sacups* de nuestra colección de tipo genuinamente femenino algún tanto realista, o al menos que pueda suponerse con algún fundamento realizada con propósito de representar un individuo femenino, a juzgar por su indumentaria.

No se nos oculta que esta interpretación podrá ser discutible y aun discutida, alegándose, entre otros argumentos, nuestra ignorancia respecto a la indumentaria usada, tanto por los hombres como por las mujeres, en los tiempos y por el grupo étnico a que la figura se refiera. Mas en análogas o iguales circunstancias nos hallamos respecto a las representaciones pictóricas de los yacimientos prehistóricos, y, sin embargo, se interpretan siempre, o casi siempre, como femeninas las que se presentan cubiertas de faldas o túnicas más o menos semejantes a las usadas por las mujeres en los tiempos históricos.

Tal vez el artista quiso representar una divinidad, como se ha supuesto respecto de ciertas figuras, cuyos rasgos podrían referirse más o menos fácilmente a los observados en ésta. Semejante interpretación no está enteramente desprovista de fundamento, dado el carácter simbólico que atribuimos a todos estos dibujos, conformándonos en un todo con el criterio interpretativo adoptado hasta ahora por los autores respecto de los correspondientes a épocas prehistóricas y aun de ciertas figuras halladas en el arte antiguo y aun en la actualidad por razas y pueblos diversos de cultura rudimentaria. Mas prescindamos por ahora de hipótesis y conjeturas, limitándonos a dar a conocer los rasgos fundamentales de su morfología.

Como en casi todas las figuras precedentemente descritas, la cabeza aparece redonda o, para hablar con más propiedad, casi completamente esférica, sin distinción de cráneo y cara ni huellas de órganos faciales. Tampoco parece ofrecer nada que pueda interpretarse como tocado o adorno, como no fuera un pequeño apéndice que se ve al lado izquierdo y cerca de la parte superior. Mas este apéndice, más bien que adorno, nos parece uno de los puntos sembrados irregularmente en el interior de la figura, puesto accidentalmente en contacto con la cabeza, análogo a los demás diseminados en toda la superficie del *sacup*. Hemos conservado,

sin embargo, los situados dentro del contorno de la figura por si acaso pudieran creerse elementos integrantes de la misma.

El cuello es delgado y un poco excesivamente largo, y termina inferiormente en un ensanchamiento extendido simétricamente a ambos lados, a manera de hombros. Estos, a una distancia del cuello no muy desproporcionada, se interrumpen bruscamente. Desde allí se extiende hacia abajo el contorno del cuerpo, el cual parece envuelto en una larga túnica que lo cubre por completo hasta los pies, de los que nada puede distinguirse al exterior.

Los contornos del cuerpo son ligeramente cóncavos, de manera que éste aparece un poco estrechado hacia la región media. El borde inferior de la túnica muestra una línea gruesa, a manera de banda estrecha, que acaso indique un adorno.

Del ángulo externo de los hombros nacen dos vástagos, uno a cada lado, representantes, sin duda, de los brazos. Se dirigen arriba, encorvándose suavemente hacia adentro hasta llegar a tocarse sus extremidades un poco por encima de la cabeza. Así encorvados y reunidos, forman un arco que, a manera de diadema, rodea a ésta.

De los bordes externos, convexos, de los brazos, nacen unos apéndices, en número de seis en cada lado, un poco distintos en dimensiones, forma y dirección los de la derecha con respecto a los de la izquierda. Los de este lado son un poco más largos y gruesos. Además se encorvan o acodan hacia arriba, y sus dimensiones van decreciendo progresivamente desde los inferiores hasta los superiores. Los de la derecha son algo más cortos, más delgados y dirigidos oblicuamente a fuera y abajo.

En el punto de reunión de los brazos sobre la cabeza hay un pequeño abultamiento redondeado, sin forma bien definida, que acaso represente las manos enlazadas una a otra.

Si, como hemos venido haciendo hasta ahora, seguimos suponiendo que la situación de las figuras tiene alguna relación con la importancia o jerarquía de las representaciones respectivas, la de que ahora nos ocupamos, debería ser de categoría predominante, como las de los guerreros primeramente descritos. Como ellos está situada en el área central anterior (fig. 23), ocupa una gran porción en su centro y va acompañada de ciertas otras figurillas que parecen contribuir a confirmar la superioridad de su rango.

Tiene a sus pies una representación del sol (según la interpretación generalmente admitida), y otra, algo más pequeña, sobre la cabeza. Más arriba de ésta una forma que puede representar un ave volando o tal vez una figura humana reducida, por la estilización, como muchas del arte neo-

lítico. A su derecha una forma humana, con los atributos de varón, correctamente estilizada, muy semejante a muchas de las reproducidas en las

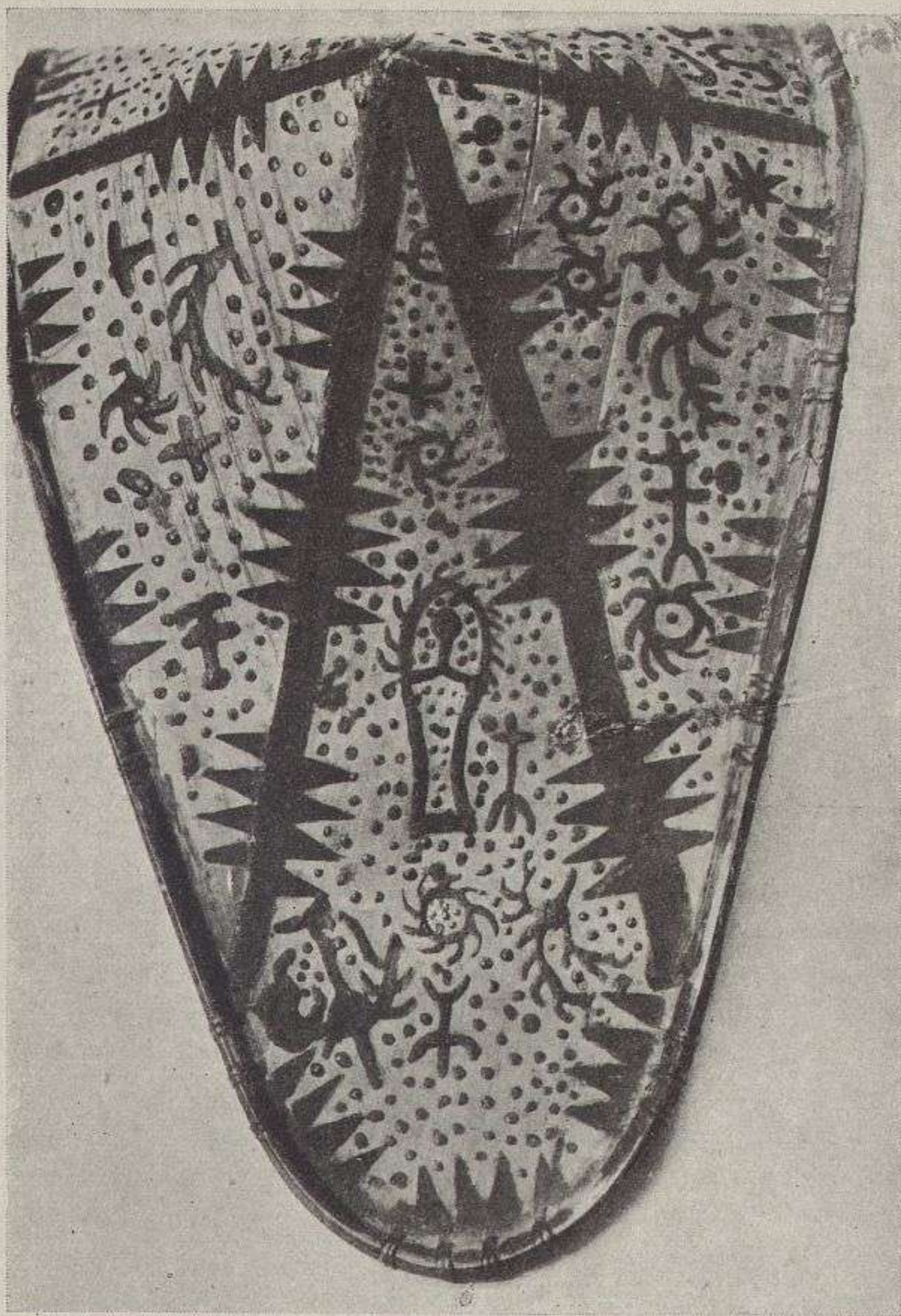


Fig. 23.

obras antes citadas relativas al arte rupestre de las cavernas y demás yacimientos prehistóricos. Debajo del sol inferior otra figura humana de va-

rón, de tipo estilizado algo distinto de la anterior, y, por último, a los lados y un poco por debajo, a la altura de ésta y del sol inferior, unas figuras ramosas, más o menos complicadas, de que más adelante nos ocuparemos.

c) FIGURAS GENUINAMENTE ESTILIZADAS.

Antes de pasar más adelante, juzgamos oportuno advertir, como ya lo hemos insinuado con insistencia, que, para la interpretación simbólica o representativa de éstas que hemos convenido en llamar figuras genuinamente estilizadas, nos atenemos al criterio adoptado por los prehistoriadores al ocuparse de los signos semejantes conservados en las pinturas rupestres prehistóricas. En la generalidad de los casos ese criterio nos parece acertado, por cuya razón lo consideramos aceptable. Mas es preciso reconocer que en algunas ocasiones la representación de la figura humana (para no hablar ahora de otras) es tan remota, que con frecuencia se requiere, para aceptarla como tal, un esfuerzo no pequeño de imaginación.

Cierto que para llegar a la interpretación de muchas de esas figuras se han establecido series en que se pasa progresivamente por escalones graduales, de las que representan, sin duda de ningún género, formas humanas, hasta las más remotas, por medio de pequeñas reducciones, supresiones o deformaciones, al principio poco perceptibles, después más acentuadas, hasta alcanzar desviaciones enormes. Pero no es menos cierto que a veces no se encuentra fácilmente el motivo de la reducción o deformación, y otras en que, con tales variaciones en la forma, podría representarse con la misma o mayor propiedad que la humana, las de otros animales y aun objetos inanimados.

Por otra parte, como carecemos de informes seguros y hasta probables para fijar los límites de la reducción, deformación o modificación de las diferentes partes del cuerpo humano, como en el de los animales o en ciertos otros objetos, no es cosa fácil decidir, con probabilidades de no incurrir en error, al tratar de asimilar unas figuras a otras.

Si los Mandayas conservasen todavía tradiciones concretas respecto a la significación primitiva de esas figuras, en ellas se hallaría el fundamento de su correcta interpretación. Mas es de temer que ellos mismos desconozcan ya la verdadera significación de tales figuras, aun cuando las conserven por herencia tradicional y les atribuyan un gran valor desde el punto de vista de sus ritos o supersticiones. Y, de ser esto así, como probablemente será, no es de extrañar que, análogamente a lo que sucede con las pinturas rupestres prehistóricas, y sus análogas protohistóricas y aun histó-

ricas, hayan sufrido deformaciones más o menos importantes hasta convertirse en objetos puramente ornamentales o en signos geroglíficos con significación acaso análoga, tal vez remota, a la que tuvieron en el principio.

En todo caso, los antropólogos que visiten las vecindades del seno de Dávao (en la isla de Mindanao), donde los Mandayas habitan, podían prestar un excelente servicio realizando investigaciones para dilucidar este interesante asunto. De hallar datos positivos, ellos podrían servir quizá de base para la interpretación de muchas figuras y escenas representadas, no sólo en los *sacups* objeto de nuestro estudio, sino en las pinturas de los yacimientos prehistóricos, sobre las cuales ahora no pueden emitirse más que simples conjeturas.

Teniendo presentes las precedentes consideraciones y con objeto de evitar en lo posible errores de interpretación, nos concretaremos a mostrar formas indicando sus analogías o semejanzas con otras de las halladas en las numerosas publicaciones relativas a pinturas rupestres prehistóricas o sobre motivos ornamentales de pueblos más modernos; y cuando las analogías o semejanzas sean suficientes, podremos inferir, sin temor alguno, la unidad de interpretación.

Procuraremos, pues, amoldarnos en cuanto nos sea posible al criterio adoptado por la generalidad de los autores respecto a la probable significación de estos signos, así como también en los sistemas de reducción y modificación de las formas en el proceso de estilización.

Dada la multiplicidad de formas diferentes comprendidas en este grupo, sería conveniente establecer una subdivisión o clasificación para proceder con método en la exposición. Pero esa tarea exigiría más tiempo del que ahora podemos dedicar al asunto. Limitaremos, por consiguiente, nuestra labor actual al examen sucesivo de las formas que nos parecen más interesantes, dejando para otra ocasión el análisis detenido de los numerosos elementos del conjunto.

Las dividiremos, sin embargo, en dos grupos, con objeto de facilitar la exposición. Uno comprenderá las consideradas como femeninas y el otro las masculinas, conforme al criterio interpretativo general.

Formas femeninas.

A quien conozca los dibujos y pinturas rupestres conservados en las cavernas y demás yacimientos neolíticos, le bastará echar una rápida ojeada sobre las fotografías contenidas en este trabajo y especialmente sobre

las figuras 24, 36 y 46 para darse cuenta de la extraordinaria semejanza de unas y otras. Parecen representar los mismos asuntos y estar ejecutadas por los mismos artistas, como si en la confección de todas ellas hubiese presidido el mismo pensamiento.

Vamos a ir exponiendo sucesivamente los principales tipos.

Aunque muy estilizadas y con reducciones importantes, sobre todo en las extremidades abdominales, es evidente que las figuras reproducidas en

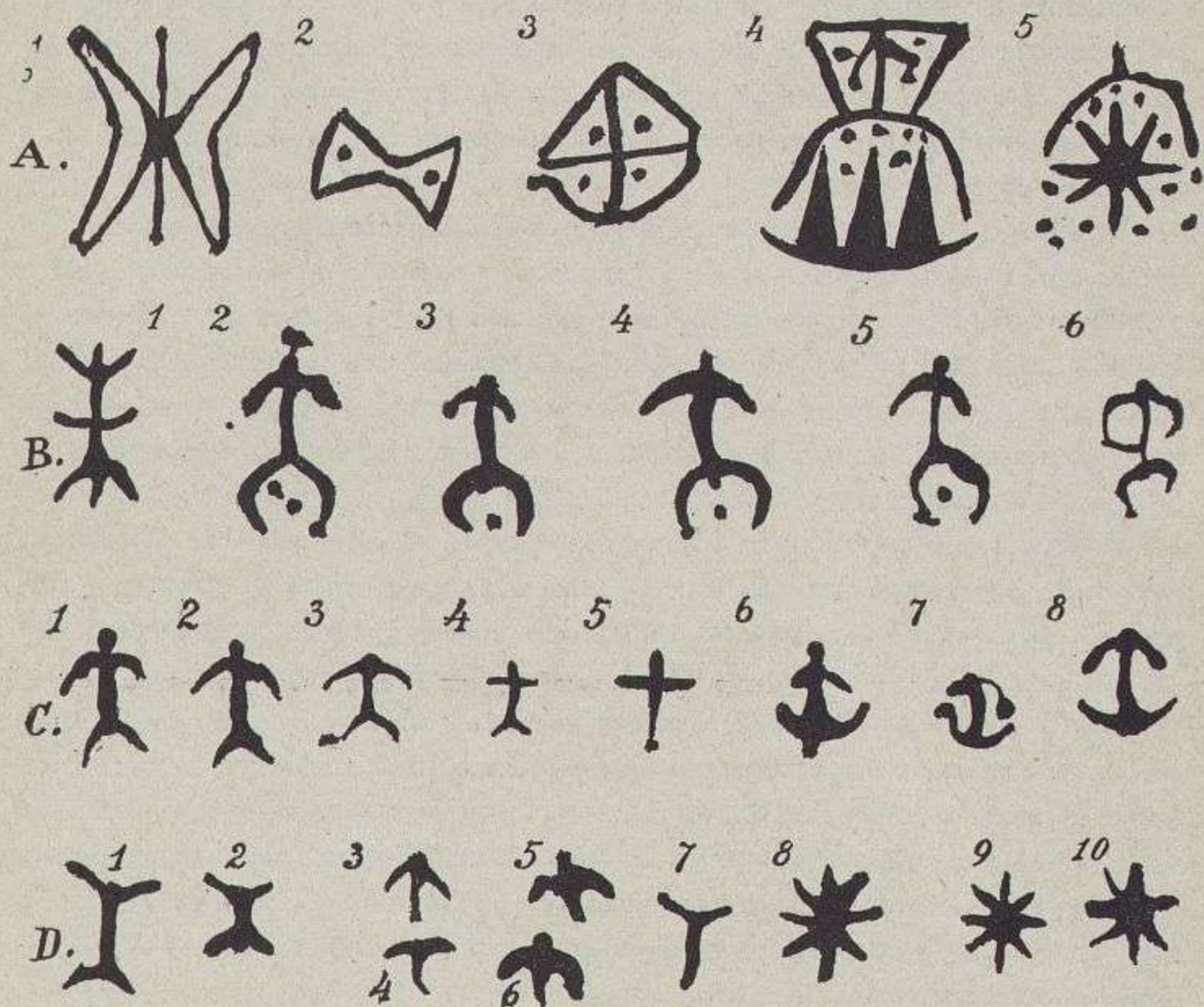


Fig. 24.—Signos tomados de un *sacup* representado en las figuras 27 y 47.

los números 1 y 2 de la fila C (fig. 24) representan formas humanas. Conservan todavía ciertos rasgos realistas que no permiten poner en duda su naturaleza humana.

Los tres grandes segmentos del cuerpo, cabeza, tronco y extremidades, se reconocen sin dificultad.

La cabeza, representada simplemente por una masa redondeada, es casi proporcionada al tamaño en la primera de dichas figuras y se une al tronco por un estrechamiento correspondiente al cuello. Mas en la segun-

da ha disminuído mucho el volumen de la cabeza y desaparecido casi totalmente el cuello, hallándose aquélla sentada sobre los hombros.

Los brazos son proporcionalmente cortos con relación a las dimensiones del cuerpo, y presentan, hacia su mitad, una flexión o ángulo que parece representar el codo; pero en ellas no se observa apariencia de manos, sino que terminan en un segmento estiliforme.

Las extremidades abdominales, mucho más cortas que las torácicas, quedan reducidas a poco más que unos muñones, en los cuales acaso existan indicios de rodillas, muy poco ostensibles ciertamente, y terminan, como los brazos, por estiletes agudos, sin indicios de pies.

Estas figuras ofrecen gran semejanza con varias de las reproducidas en las pinturas rupestres de las estaciones prehistóricas de Peña Tú (Hernández-Pacheco, Cabré y Conde de la Vega del Sella), en Aldeaquemada (Cabré) y otras.

Si se comparan unas con otras, se siente uno inclinado a pensar que fuesen inspiradas por la misma idea y hasta que tuviesen el mismo origen. Por consiguiente, nos creemos autorizados para interpretarlas de la misma manera; esto es, como formas humanas estilizadas de tipo neolítico.

Convenimos en considerar estas formas como representaciones femeninas, siguiendo el criterio de los prehistoriadores, porque carecen de los signos interpretados como representación de los órganos sexuales masculinos.

A ese mismo tipo pueden referirse sin dificultad, aunque los trazos que las forman sean proporcionalmente más gruesos, los signos señalados con los números 1, 2 y 3 (fig. 25), tomados del área lateral izquierda del *sacup* representado en la figura 26. En ellos, sin embargo, ha disminuído la longitud de las extremidades, han desaparecido los vagos indicios de codos y rodillas que presentaban las anteriores, y se nota marcada tendencia a colocarse esos segmentos perpendicularmente al eje del cuerpo. En aquéllas, como en éstas, se observa la disminución de la cabeza y la tendencia a la desaparición del cuello, caracteres que, como veremos luego, se acentúan a medida que la estilización progresa, hasta llegar a desaparecer.

La segunda y tercera de estas últimas (núms. 2 y 3 de la figura 25), así como algunas otras de las existentes en el mismo gorro (núm. 4 de la misma figura), presentan un abultamiento redondeado en uno o ambos lados del tronco. Acaso no sean otra cosa que gruesos puntos análogos a los que ocupan el fondo de la superficie; mas no sería tampoco extraño que tuviesen alguna significación especial o atributo de la figura, por cuya razón los hemos conservado. La circunstancia de ser mucho más gruesos

que los del fondo y hallarse unidos al cuerpo intencionadamente al parecer, contribuyen a dar alguna firmeza a esta segunda manera de ver.

Si en lugar de dirigirse los brazos un poco abajo y afuera, como en las figuras precedentes, se dirigen simplemente hacia fuera, colocándose perpendicular o casi perpendicularmente a la dirección del cuerpo, resulta otro tipo representado en los núms. 3 y 4 de la fila C (fig. 24), el último de los cuales podría interpretarse como una cruz mejor que como figura humana. Mas hallándose entre otras varias a las cuales no se puede negar

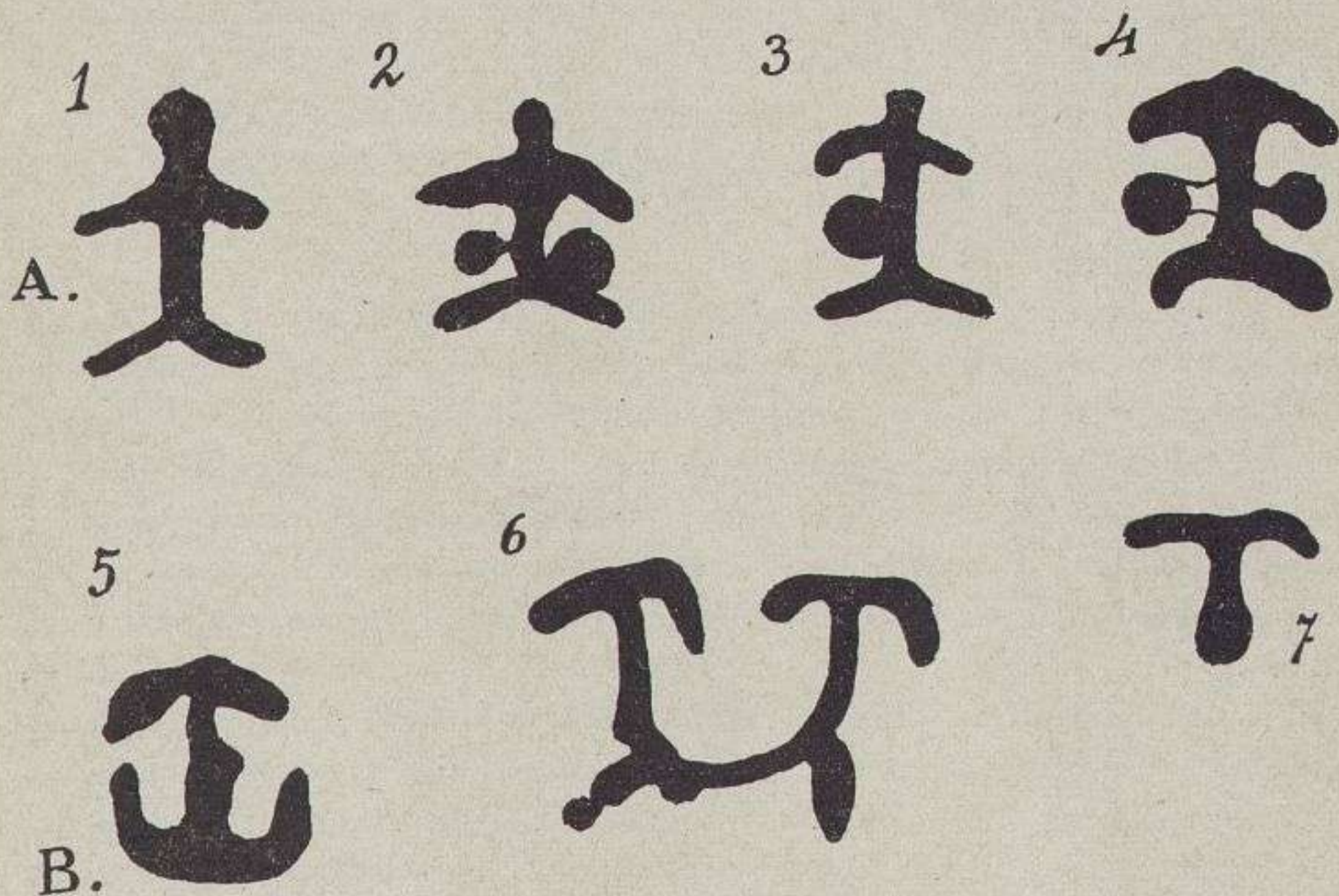


Fig. 25.—Algunos elementos tomados del *sacup* de las figuras 26 y 41.

racionalmente que representen formas humanas, de las cuales puede derivar mediante una pequeñísima modificación, creemos posible atribuirle, sin inconveniente alguno, esa misma significación. Además, esta manera de ver concuerda exactamente con el criterio adoptado por los prehistoriadores respecto de las figuras análogas, tan abundantes en el arte rupestre prehistórico, reproducidas en las publicaciones antes citadas.

Esa modificación, casi insignificante en apariencia, en la estilización de la figura humana, que, según acabamos de ver, conduce a la forma de cruz, está con bastante frecuencia representada en los gorros de que ahora nos ocupamos y se halla también muy a menudo, con caracteres semejantes, aunque con ciertas variantes, entre las pinturas de una gran parte de las estaciones prehistóricas exploradas.

A nuestro entender, las figuras de ese tipo merecen especial mención, porque habrán conducido, por pequeñas variaciones y gradación insensible, a veces combinadas con otros rasgos, a varias formas interesantes halladas con suma profusión en el arte pictórico primitivo. Acaso ese sea el origen de ciertas formas conservadas hasta los tiempos actuales, ya como asuntos ornamentales, ya con diversas significaciones.

Basta reducir en esas formas las extremidades inferiores a simples rudimentos, o suprimirlas por completo, para tener una cruz sencilla (figura 24, fila C, núm. 5), tan profusamente representada, con los más variados aspectos, en nuestros gorros y en numerosísimos objetos del arte prehistórico, protohistórico y aun histórico.

Hace un momento dijimos que, en las figuras humanas de tipo estilizado de que ahora venimos ocupándonos, una de las reducciones más notables realizadas a medida que la estilización progresa, consiste en la disminución de la cabeza, de la cual sólo quedan con frecuencia ligeros indicios, llegando a menudo a desaparecer por completo. En efecto, son muchísimas las figuras representadas en los *sacups* objeto de este trabajo, cuya diferencia con las precedentes consiste en haber quedado reducida la cabeza a proporciones mínimas y aun a carecer en absoluto de representación.

Resulta, por este sencillo mecanismo, un tipo de figuras acéfalas o casi acéfalas, cuyas formas son bastante numerosas y variadas en los *sacups* de nuestra colección y abundantísimas en las pinturas rupestres de muchas estaciones prehistóricas (1).

A ese tipo pertenecen, entre otras muchas, las señaladas con los números 3 de la fila C (fig. 24) y 4 de la fila A (fig. 25), de las que se halla representación muy semejante en Aldeaquemada.

Con sólo elevar un poco los brazos hacia arriba, tanto en las figuras desprovistas de cabeza como en las que conservan esa importante parte del cuerpo, aunque con mucha frecuencia se halle representada simplemente por una prolongación lineal de longitud y grosor muy variables, resultan otras dos formas o tipos distintos, profusamente representados en los *sacups* y en el arte rupestre.

A las formas acéfalas de este tipo se refieren, entre otras muchas, las señaladas con los números 1 y 2 de la fila D (fig. 24), las 2 y 3 de la fila B (fig. 46) y otras muchas, tales como la del núm. 6 de la fila B (fig. 34). Aunque con caracteres algo diferentes, pueden incluirse en este tipo ciertas formas, como la del núm. 1 de la fila D (fig. 36).

(1) Cabré (J.): *Aldeaquemada, Arte rupestre portugués, etc.*

Entre las que conservan representación de la cabeza, siquiera se halle reducida a una simple prolongación lisa, se halla la del núm. 1 de la fila B

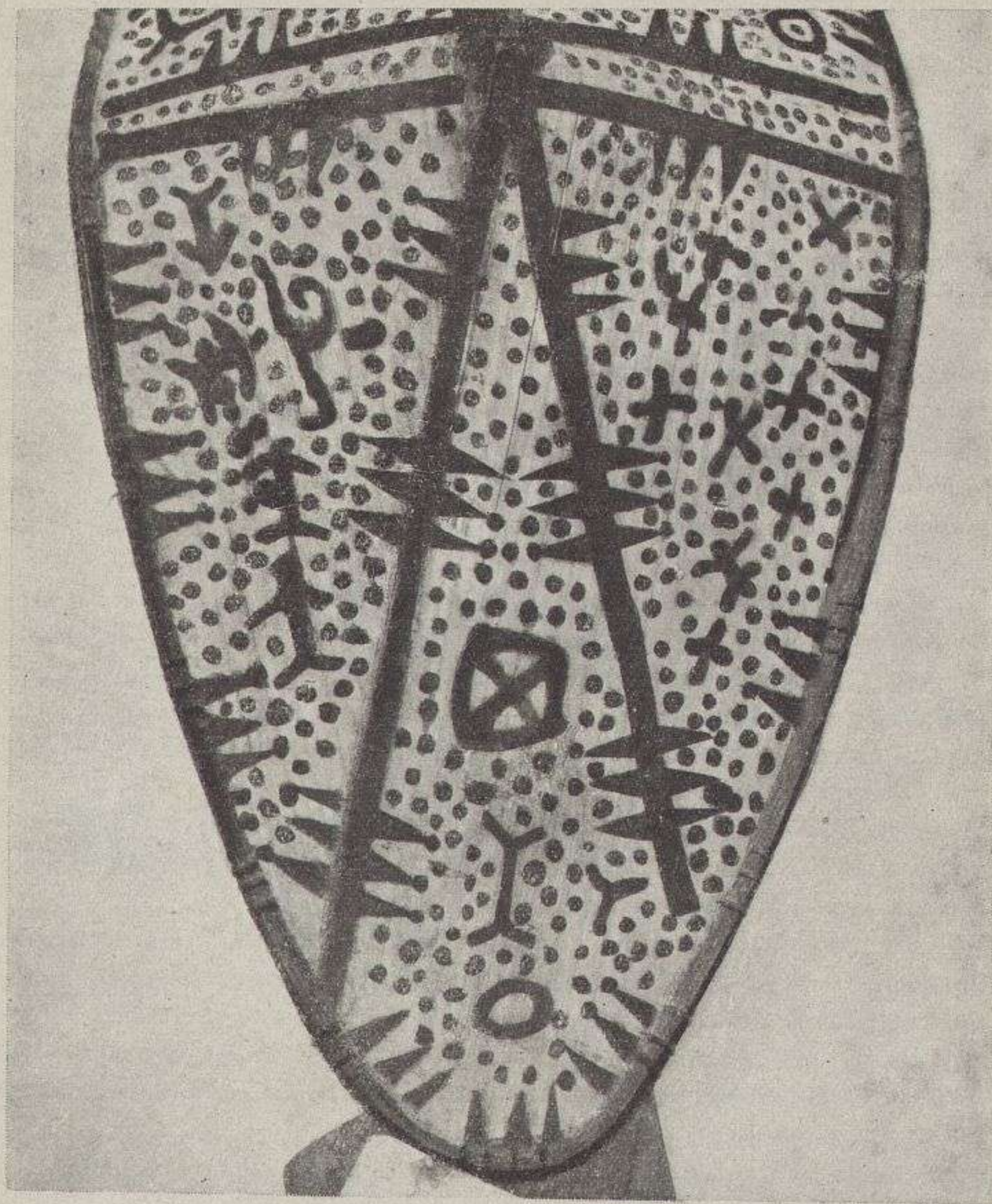


Fig. 26.

(fig. 36) y otras varias, de las cuales hay también abundante representación en las pinturas rupestres de varias localidades españolas.

Entre las estilizaciones humanas de los tipos que venimos estudiando,

las hay, en relativa abundancia, con las extremidades inferiores encorvadas hacia arriba, tomando entonces aspecto de anclas o áncoras. Algunas

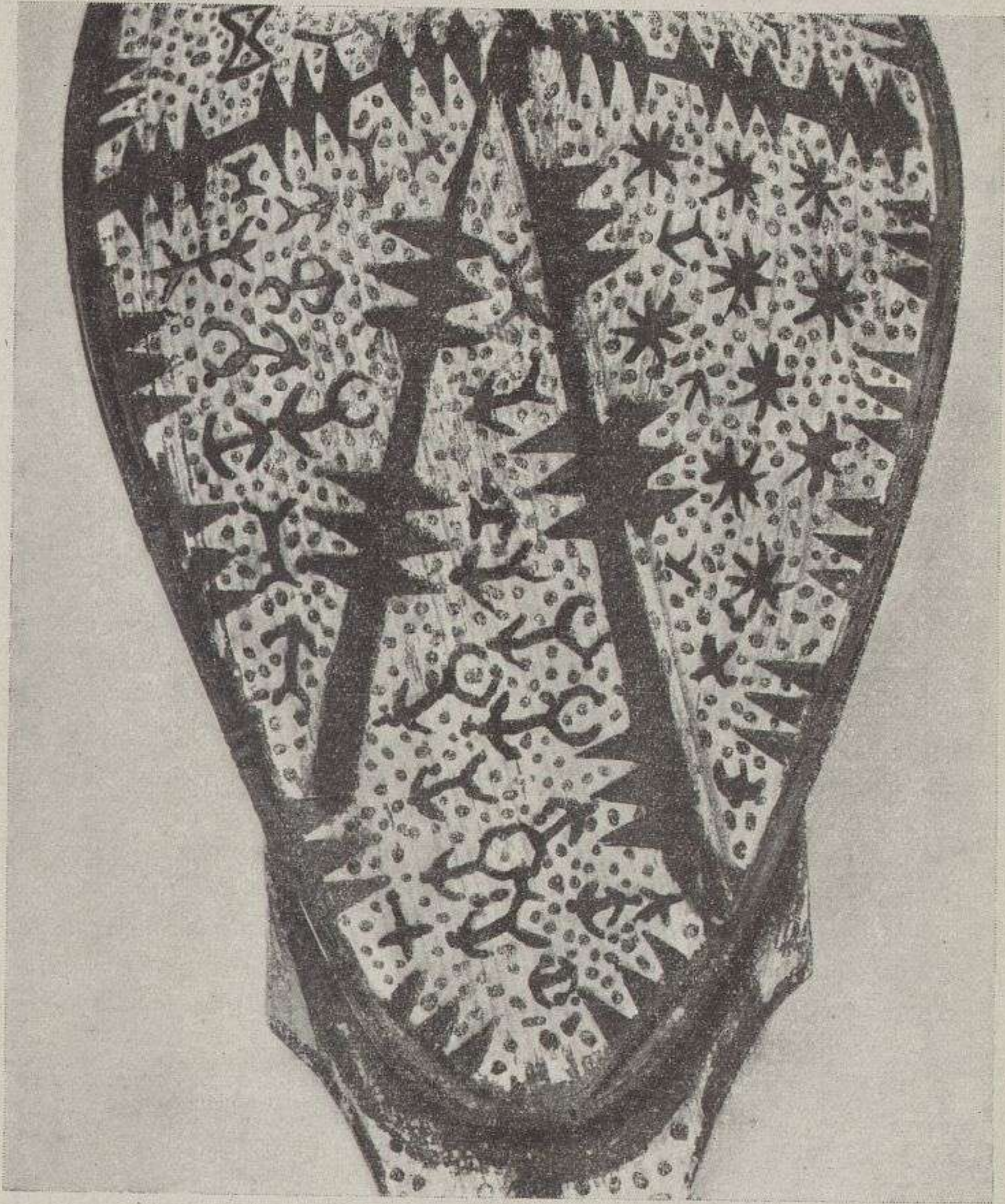


Fig. 27.

son acéfalas, como las 7 y 8 de la fila C (fig. 24), la núm. 5 de la fila B (fig. 25) y muchas más. Otras conservan representación de la cabeza, algunas veces muy manifiesta, como la del núm. 8 de la fila B (fig. 46).

Es curioso observar que ciertas de estas figuras ofrecen aspecto algo más realista, como sucede con la última indicada y otra muy semejante a ella, la del núm. 6 en la fila C (fig. 24), si bien ésta acaso deba incluirse entre las del sexo masculino. Mas como quiera que sea, éstas dos constituyen un tipo característico bastante interesante desde el punto de vista morfológico.

Si recordamos ahora que la segunda de las figuras descritas como formas indígenas (fig. 16) tiene las extremidades abdominales encorvadas hacia arriba, podremos darnos cuenta, aunque sea de manera un poco remota, de la génesis de estas otras mediante esa modificación.

Quizá pudieran incluirse, entre las formas acéfalas del grupo precedente o en otro muy próximo a él, ciertos signos, tales como el señalado con el núm. 4 de la fila C (fig. 28), de la que con suma facilidad podría hacerse derivar la del núm. 3 de la misma fila y figura.

Tanto éstas como las de los grupos precedentes tienen abundante representación en las pinturas prehistóricas, frecuentemente con idénticos caracteres, donde han sido consideradas como estilizaciones humanas, y no habría razón suficiente, a nuestro modo de ver, para no interpretar aquéllas como lo han sido éstas.

Hay también en los *sacups* numerosas figuras de estos tipos en que las piernas, dirigidas primero abajo y afuera, se arquean luego más o menos fuertemente hacia dentro, con tendencia a reunirse por sus extremos (fig. 27). Ciertas de entre ellas conservan representación de la cabeza, si quiera algunas veces sea casi insignificante, al paso que en otras llega a faltar por completo.

Varias formas de ese tipo se ven reproducidas en los números 2, 3, 5 y 6 de la fila B (fig. 24), y en el *sacup* de donde fueron tomadas (fig. 27) se observan otras variedades del mismo tipo. En algunas se conservan indicios de la cabeza, si bien se nota tendencia manifiesta a desaparecer. En varias de esas figuras se notan en el extremo de las piernas ciertos mamelones, representación acaso de los pies.

En la última de las figuras citadas los brazos se encorvan también y se arquean hacia dentro, llegando el del lado izquierdo a unirse con el tronco; núm. 6, fila B (fig. 24).

Formas muy semejantes a éstas son frecuentes en el arte rupestre con caracteres tan semejantes que, si se mezclasen unas con otras, no sería tarea fácil distinguirlas, como no fuera por la pintura o tinte empleado en cada caso (1).

(1) Véase varios dibujos de los trabajos del Sr. Cabré sobre Aldeaquemada.

Bastaría, en las formas del tipo aquí arriba indicado, llegar a reunirse las piernas por debajo del cuerpo para engendrar signos tales como los señalados con los números 1 y 2 en la fila D (fig. 28).

Esos signos, frecuentemente hallados en las pinturas rupestres de las estaciones prehistóricas (Aldeaquemada y otras), se han conservado a través de los tiempos y aún se utilizan en la actualidad con caracteres muy semejantes, entre otros usos, para marcas de animales u otros objetos.

Entre las estilizaciones humanas femeninas de que venimos ocupándonos debe incluirse, sin duda, el signo señalado con el núm. 5 en la fila D (fig. 28), aun cuando la única pierna que tiene es muy larga y flexuosa.

Esta figura se prestaría, como otras muchas, a más amplias consideraciones, de las que prescindimos en honor de la brevedad. Advertiremos,

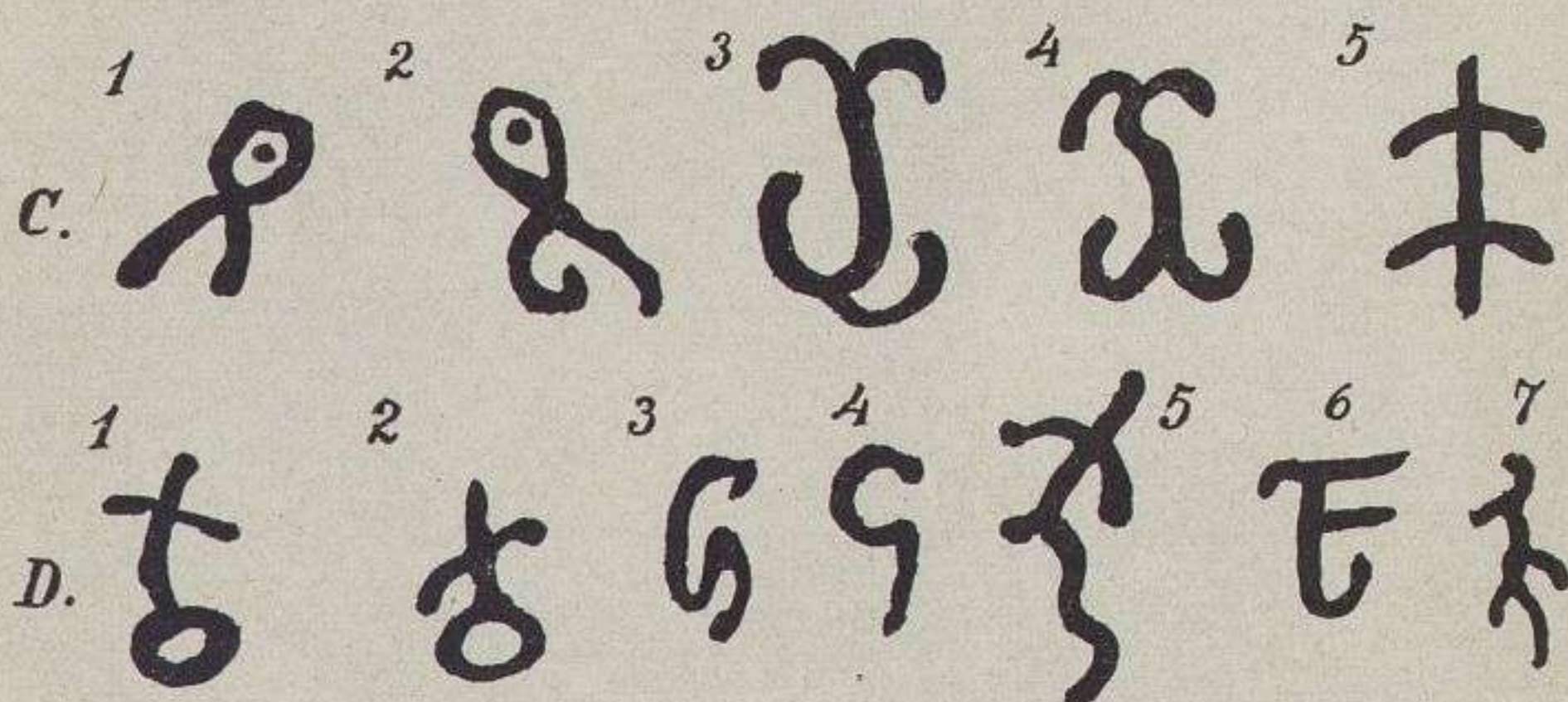


Fig. 28. — Elementos pictóricos tomados del *sacup* reproducido en las figuras 29 y 31.

sin embargo, que la falta de una pierna probablemente reconoce por causa la escasez de espacio en el sitio donde se halla situada, que es el triángulo superior del área media posterior de un *sacup* (fig. 31). Ese triángulo es pequeño; mas es de suponer que necesariamente debería ser ocupado por ese símbolo, habida cuenta de su significación y atributos; y no hallando el artista amplitud suficiente para dibujarlo completo, suprimió una pierna. Bien se comprende que podrían proponerse otras hipótesis, acaso tan verosímiles como la expuesta, para justificar la falta de una extremidad; mas prescindimos de analizarlas, ya que ahora sólo nos proponemos dar a conocer los principales elementos gráficos contenidos en los *sacups* de los Mandayas.

Con suma frecuencia muestran las representaciones humanas estilizadas de que venimos ocupándonos, entre las extremidades torácicas y las abdominales, otro par de apéndices, como antes se ha insinuado, cuya signifi-

cación no hemos de discutir ahora. Mas como se observa también con caracteres semejantes en las pinturas rupestres de los yacimientos prehis-

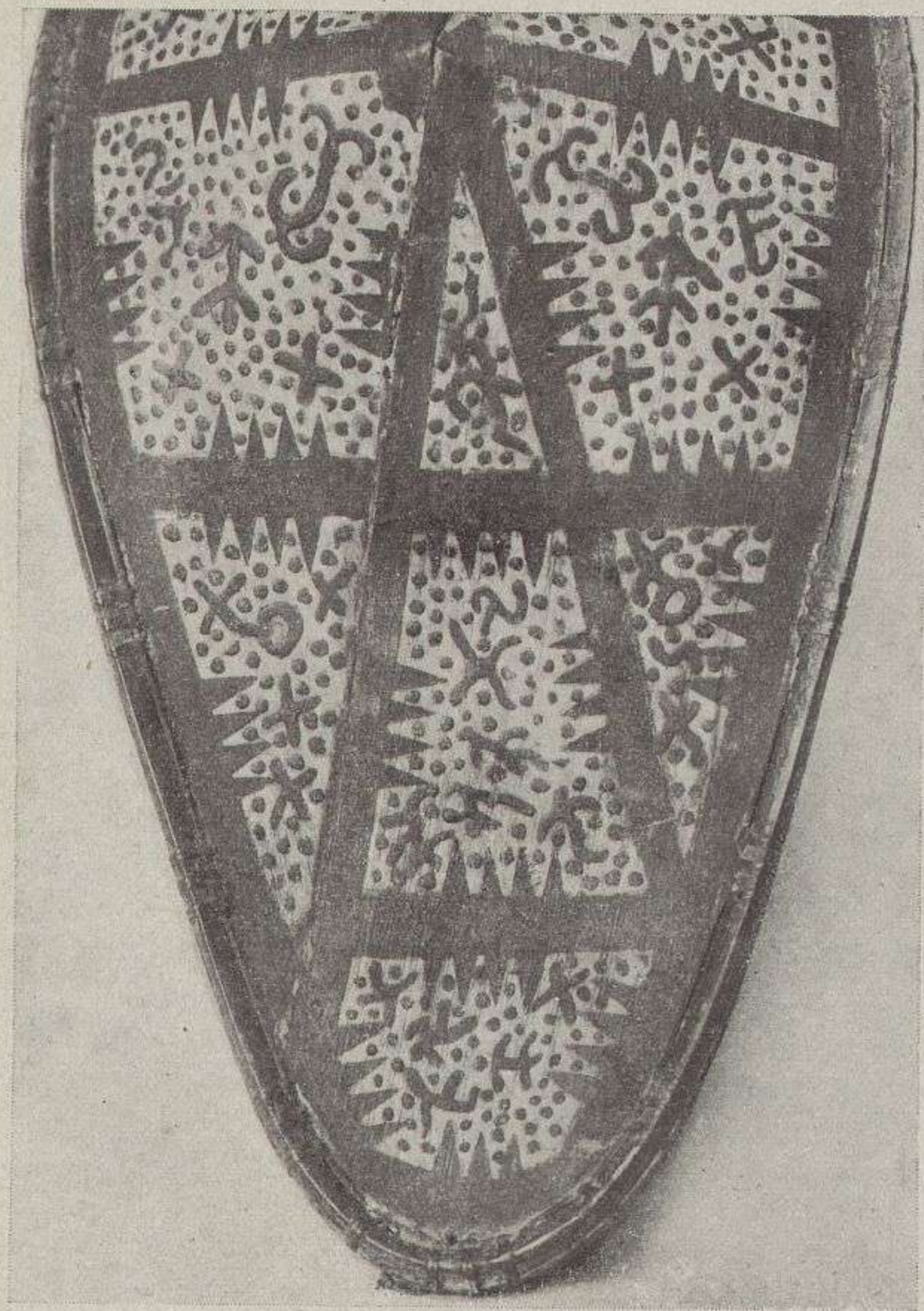


Fig. 29.

tóricos, la interpretación atribuída por los prehistoriadores a los apéndices similares de éstas podrá hacerse extensiva a los de aquéllas.

Una forma característica de este nuevo tipo es la señalada con el número 4 en la fila B (fig. 36). Al mismo grupo pertenece, aunque los apéndices sean un poco más pequeños, la núm. 3 de la misma fila y figura y, aunque con notables reducciones en todos los órganos, las señaladas con los números 5 y 6 en la fila A (fig. 36).

Acaso deba incluirse entre las formas de este tipo el signo señalado con el núm. 5 también de la fila B en la misma figura 36. Aunque presenta entre las extremidades abdominales un pequeño apéndice en forma de maza, nos parece que la figura no representa un varón. Dicho apéndice puede ser una incorrección del dibujo y el abultamiento terminal, como los tres puntos observados en la pierna izquierda, podrían no ser sino puntos de los diseminados en la superficie del gorro. Mas hemos juzgado conveniente conservarlos, por si se estimasen como partes integrantes de la figura.

Esta ofrece, además, ciertos caracteres, dignos de tenerse en cuenta.

En ella es bien manifiesta la cabeza, la cual no deja de ser proporcionada a las dimensiones generales, y se une a los hombros por un cuello visible, aunque acaso algo corto. Ofrece en su parte superior dos pequeños apéndices, como a manera de un tocado o adorno rudimentario; mas, al igual que en sus congéneres, no se distingue representación alguna de cara ni de ninguno de los órganos correspondientes (ojos, nariz, boca, etc.).

Los brazos, proporcionalmente cortos, son un poco arqueados hacia abajo y están desprovistos de manos.

El tronco, proporcionalmente delgado, es un poco excesivamente largo, cilíndrico, y presenta hacia su parte media un pequeño ensanchamiento, hueco al parecer, del cual nacen, uno a cada lado, los dos apéndices mencionados, perpendicularmente al eje del tronco y de longitud algo menor que los brazos.

Las piernas, también relativamente cortas, se dirigen hacia abajo y afuera y ofrecen una ligera curvatura de convexidad externa.

En cuanto al ensanchamiento hueco señalado hacia la mitad del cuerpo, tal vez se haya querido representar con él la cavidad visceral, de que hay ejemplos semejantes en el arte rupestre primitivo, aunque con formas y dimensiones variables, casi siempre mayores que en ésta; pero no nos atrevemos a atribuirle por ahora de manera categórica aquella significación.

Del mismo modo que pudimos referir los signos señalados con los números 3 y 4 de la fila C en la figura 28, tomados del *sacup* reproducido en la fotografía 29 a estilizaciones de la figura humana femenina, acéfala, y cuyas extremidades se encorvan en arco las unas hacia las otras, podría-

mos referir a las del mismo género, pero provistas de un par de apéndices intermedios, la señalada con el núm. 3 (fig. 30). Y teniendo en cuenta las consideraciones relativas al emplazamiento de los símbolos, acaso hubiera de atribuirse a éste cierta jerarquía, ya que está situado en la porción central de las tres en que se halla dividida el área media posterior del *sacup* correspondiente y parece la figura principal de un grupo en el cual hay otras dos estilizaciones humanas de este mismo tipo, es decir, de las

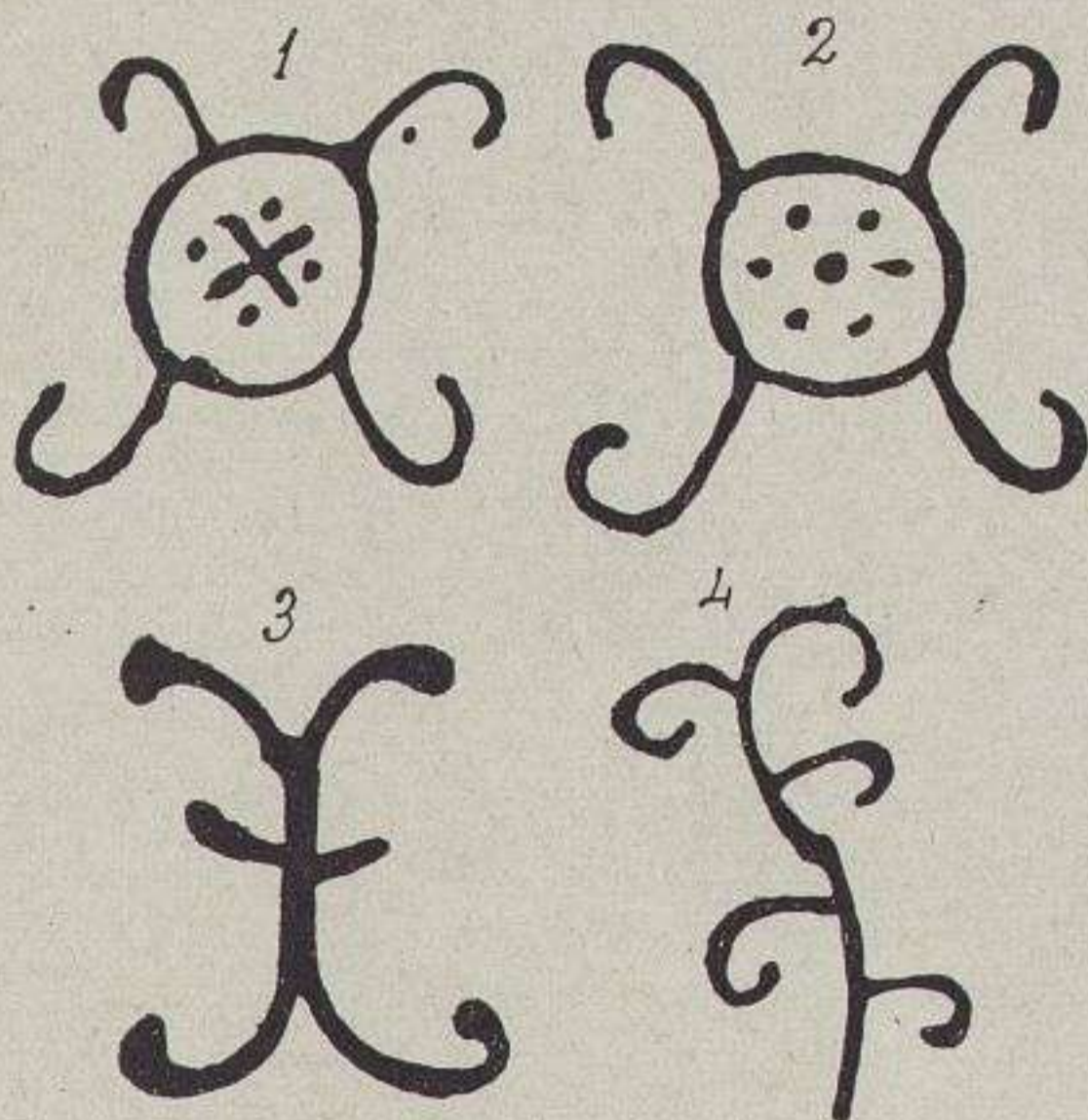


Fig. 30.—Dibujos pertenecientes al *sacup* reproducido en las figuras 38 y 39.

provistas de un par de apéndices intermedio entre las extremidades torácicas y las abdominales (fig. 39).

De todos los signos de este grupo hay frecuente representación en el arte pictórico primitivo.

Aun cuando con caracteres algo diferentes, tal vez puedan referirse a este tipo algunas formas, tales como la del núm. 6 de la fila B (fig. 46), si bien ofrece un par más de apéndices entre las extremidades superiores y las inferiores. Quizá el par superior pudiera estimarse como formando una especie de tocado a los lados de la cabeza, en cuyo caso la figura entraría de lleno en el grupo en cuestión.

Bastaría acortar la longitud del tronco y hacer que las extremidades se aproximen las unas a las otras, como naciendo de la región central del tronco, y se originaría otro tipo, del que aparece un representante en el núm. 9 de la fila A (fig. 46).

En esa figura puede reconocerse un abultamiento superior, que podría corresponder a la cabeza; un ensanchamiento central de donde nacen dos apéndices a un lado y tres a otro, y, finalmente, una prolongación inferior terminada, a su vez, por dos cortos apéndices o muñones, a modo de rudimentos de las extremidades inferiores.

Si en los dibujos de esa forma se suprime la ya escasa representación de las piernas, resultan formas como la del núm. 8 de la fila A en la misma figura 46.

De esas formas se pasa insensiblemente, sin más que acortar los tramos del cuerpo y anular las diferencias entre las prolongaciones, a obtener estrellas de seis o siete rayos, tan profusamente representadas en los *sacups* y en los conjuntos pictóricos de multitud de estaciones prehistóricas.

Mas eso no quiere decir que consideremos siempre las formas estrelladas como representaciones estilizadas de la figura humana. Algunas de ellas representarán acaso, en realidad, astros, y aun habrá quizá casos en que hayan tenido orígenes y significación distintos.

Formas masculinas.

Sabido es de todos que en la interpretación de las estilizaciones de la forma humana se admite como símbolo representativo del sexo masculino, como antes se ha dicho, un apéndice situado en la prolongación del tronco, entre las extremidades abdominales. Aparte de ese detalle, las figuras masculinas no suelen diferir de las femeninas.

Adoptado ese criterio, habría que considerar como masculinas, según se indicó oportunamente, las figuras 19 y 20, descritas como formas humanas de transición entre las realistas indígenas y las genuinamente estilizadas, de las cuales no hemos de volver a ocuparnos ahora.

Las figuras estilizadas de este género representadas en los *sacups* son abundantes, y muchas de ellas ofrecen tales semejanzas con otras halladas en el arte rupestre de diversos yacimientos prehistóricos que, como las femeninas, parecen con suma frecuencia hechas por una misma mano.

Se halla repartido con gran profusión en los *sacups*, con formas algo variadas, aunque bastante semejantes, el tipo representado en el núm. 5 de la fila C (fig. 28). Dos formas muy semejantes a esa se ven en las áreas laterales del *sacup* representado en la figura 31. La misma forma aparece con igual profusión en gran número de estaciones prehistóricas y hasta suele hallarse entre los ornamentos de ciertos utensilios pertenecientes al arte primitivo protohistórico.

Otra forma no menos interesante es la del núm. 2, fila B (fig. 36), de la cual hay también abundante copia en el arte rupestre y se ha con-

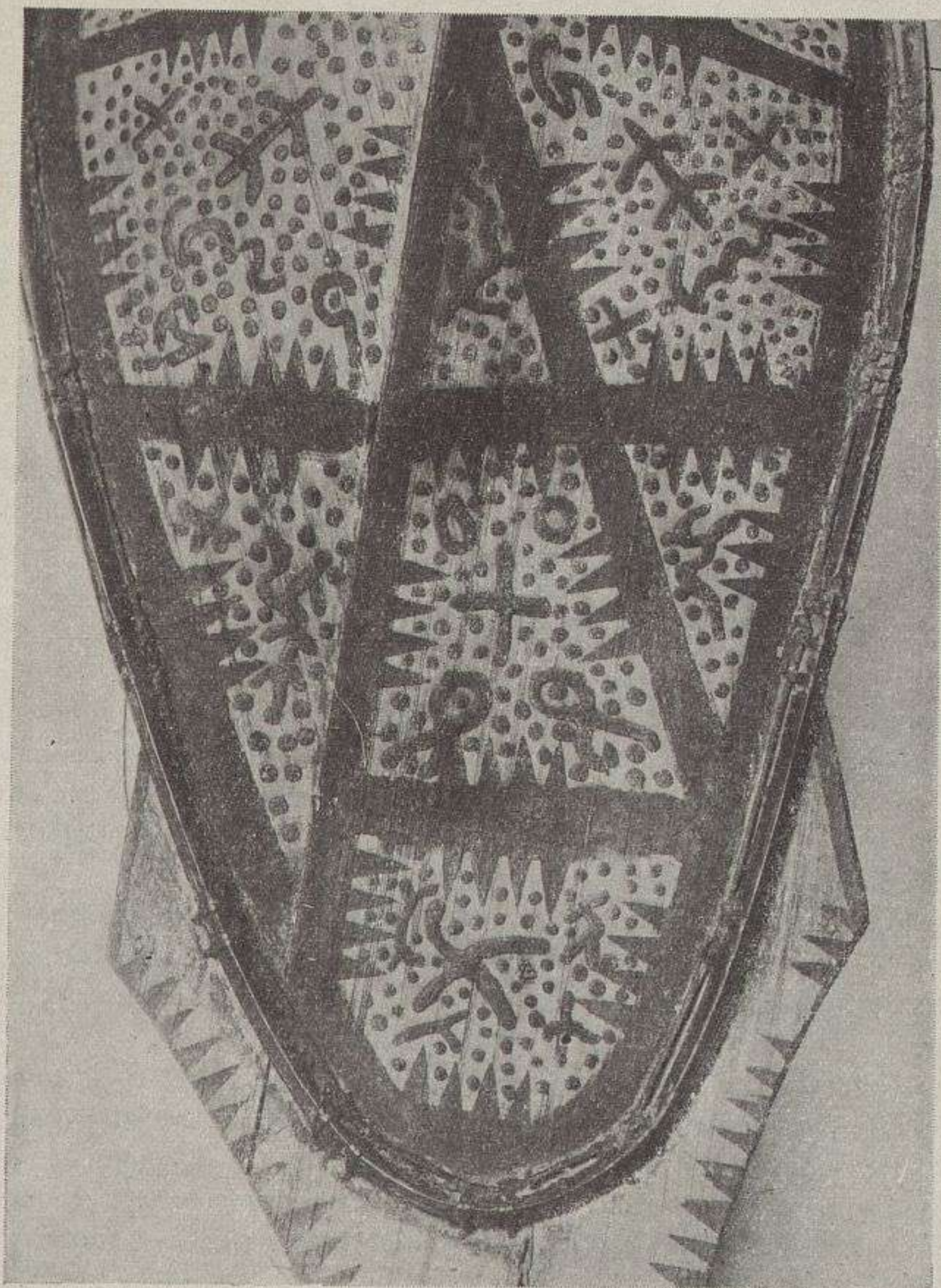


Fig. 31.

servado hasta nuestros días, casi con los mismos caracteres, como adorno o como símbolo y entre los signos usados para marcar animales y otros utensilios domésticos.

Acaso pertenezcan a este grupo algunas figuras de interpretación algo más dudosa, como la señalada con el núm. 4 en la fila A (fig. 34). Si se prescinde de los dos puntos situados debajo de los brazos, la analogía con las precedentes y sus análogas es tal que parecería infundado estimarlas como cosas enteramente distintas. Los dos puntos situados debajo de los brazos acaso no sean más que algunos de los diseminados en la superficie de los gorros. Mas los hemos conservado porque pudieran formar parte integrante de la figura, en cuyo caso cabría dar a ésta interpretación muy diferente, que juzgamos oportuno dejar para más adelante.

Otro tanto puede decirse del núm. 4, fila B (fig. 24). Es tan semejante a las que le preceden y le siguen en la misma fila, que sólo difiere de ellas, en cuanto a los rasgos fundamentales, por el brevísimo apéndice, atributo del sexo masculino, que muestra entre ambas piernas y en la continuación del cuerpo.

Antes aludimos a una figura, la señalada con el núm. 6 en la fila C (fig. 24), notabilísima por sus rasgos y merecedora de más extensas consideraciones, para decir que tal vez conviniese incluirla en este grupo, por ofrecer un apéndice en el extremo inferior del cuerpo y como en la continuación de éste. Sin embargo, nos sentimos inclinados a pensar que, en este caso particular, no debe atribuirse a ese apéndice, sino con grandes reservas, una significación sexual, atributo del sexo masculino.

Por lo demás, esa figura ofrece ciertas analogías con algunas representaciones de carácter religioso, si bien creemos que esa comunidad de rasgos no pasa de mera coincidencia casual.

Entre las estilizaciones humanas masculinas las hay también, como en las femeninas, provistas de un par de apéndices intermediario entre los correspondientes a los brazos y piernas. Así sucede con el núm. 1 de la fila B (fig. 24) y la correspondiente al núm. 5 en la fila B (fig. 46). De ellas existe no escasa representación en el arte rupestre de varias estaciones prehistóricas españolas, y unas y otras ofrecen tales analogías que su confección parece haber sido inspirada por la misma idea fundamental.

Aunque algo desviada de este tipo por su fisonomía especial, puede referirse a él sin dificultad la forma anotada con el núm. 5 en la fila A (fig. 34). Las principales diferencias que presenta con aquéllas quizá dependen sólo de estilo peculiar del dibujante o artista y no de su significación ideológica. Fúndase esta hipótesis en el hecho de que algunos otros de los signos dibujados en el mismo gorro, como el núm. 4 de la misma fila y figura, ofrecen el mismo estilo.

También corresponde al tipo de que ahora venimos ocupándonos el núm. 7 de la fila A (fig. 46). Si se la considera colocada como aparece

en el grabado, los apéndices intermedios y los brazos están dirigidos hacia arriba, como si estos últimos tendiesen a reunirse sobre la cabeza. Pero también puede considerarse invertida, en cuyo caso los apéndices medios y las piernas se encorvarían hacia abajo y adentro, con tendencia a reunirse aquéllos con el tronco y éstas por debajo del cuerpo. Quizá esta segunda hipótesis sea más verosímil, porque así ofrecería mayores analogías con algunas estilizaciones semejantes, tales como las cinco últimas de la fila B en la figura 24. Mas como aquella figura está acostada junto a uno de los bordes del área correspondiente (fig. 48), no nos atrevemos a decidirnos por una u otra interpretación.

Formas que pueden considerarse como derivadas de estilizaciones de formas humanas.

Se dijo antes que por reducciones sucesivas de las extremidades inferiores en las figuras estilizadas de la forma humana se llegaba a la cruz sencilla. Esta interpretación corresponde a la dada por los prehistoriadores de las figuras de esa clase conservadas en múltiples representaciones del arte pictórico o gráfico primitivo.

Mediante esa interpretación se justificaría de manera bastante satisfactoria la presencia tan copiosa de cruces en los *sacups*, a pesar de pertenecer a gentes para quienes el signo de la cruz no tiene, o no parece tener, ninguna representación simbólica que le confiera valor ideológico de carácter religioso. A lo menos no tendrá, para los Mandayas, significación análoga a la que posee en el Cristianismo, que, ellos no profesan ni conocen.

La inmensa mayoría de las cruces de nuestros gorros tienen los dos cruceros de igual longitud, a semejanza de las llamadas cruces griegas. Pero no faltan las de tipo normal o romanas, es decir, con dos brazos opuestos iguales, proporcionalmente cortos, y los otros dos desiguales, uno mayor que todos y el otro (el de cabeza) menor o casi igual a los correspondientes a los brazos horizontales.

Merece especial mención una forma de cruz, el núm. 4 de la figura 32, cuyos caracteres le confieren, a nuestro juicio, especialísimo interés, tanto por su representación como por los elementos de juicio que puede suministrar respecto a la probable procedencia de algunos, cuando menos, de los signos conservados en los *sacups*.

Esa figura está dos veces reproducida en el mismo gorro, en posición casi enteramente simétrica con respecto al eje (fig. 33), y con caracteres

tan semejantes en uno y otro lado que inducen a atribuirles igual significación e importancia ideológica.

Por su aspecto general tiene bastante semejanza con algunas de las figuras adoptadas como insignias en las Ordenes militares (Malta, Santo Sepulcro, etc.), a alguna de las cuales puede referirse de preferencia.

Podría buscarse, sin embargo, alguna otra interpretación en armonía con la de otros símbolos entre los cuales se halla éste, y acaso no fuera difícil encontrarla manteniéndose dentro del criterio interpretativo adoptado.

En efecto, simplemente por ser cruz cabría entre las figuras humanas estilizadas, como antes se ha establecido. En ella estaría representada la cabeza por el extremo de uno de los brazos y constituida por dos peque-

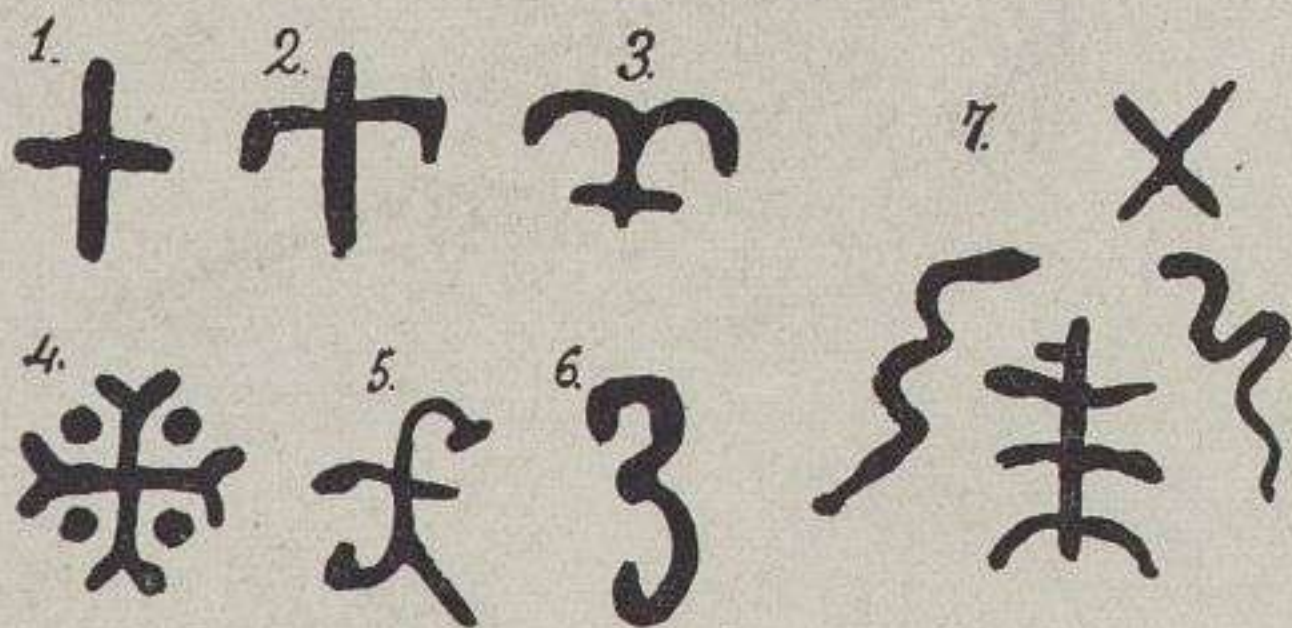


Fig. 32.—Elementos tomados del *sacup* de las figuras 9 y 33.

ños lóbulos; los brazos estarían terminados por muñones, también bilobulados, en representación de las manos, y el tronco terminado igualmente por otros dos cortos apéndices, rudimentaria expresión de las piernas. Podría asimismo considerarse la figura en conjunto como constituida por dos formas humanas acéfalas de sexo femenino, cruzadas entre sí. En el arte rupestre existen formas muy semejantes a esas y, por consiguiente, podrían sin inconveniente alguno interpretarse unas y otras de igual manera.

Empero en el presente caso conviene seguir orientación muy distinta. Según todas las probabilidades, esos signos son, como los que hemos denominado formas indígenas, elementos de origen relativamente moderno intercalados entre los de tipo prehistórico, aun cuando se hayan considerado igualmente dotados de propiedades y virtudes especiales, como amuletos capaces de evitar ciertos daños o conferir inmunidad, habilidades, energías especiales, etc.

La interpretación más racional y justa parece la de que esa forma repre-

senta una cruz del Santo Sepulcro. Ofrece, como rasgo fundamental interesante, cuatro pequeños círculos a manera de gruesos puntos, cada uno

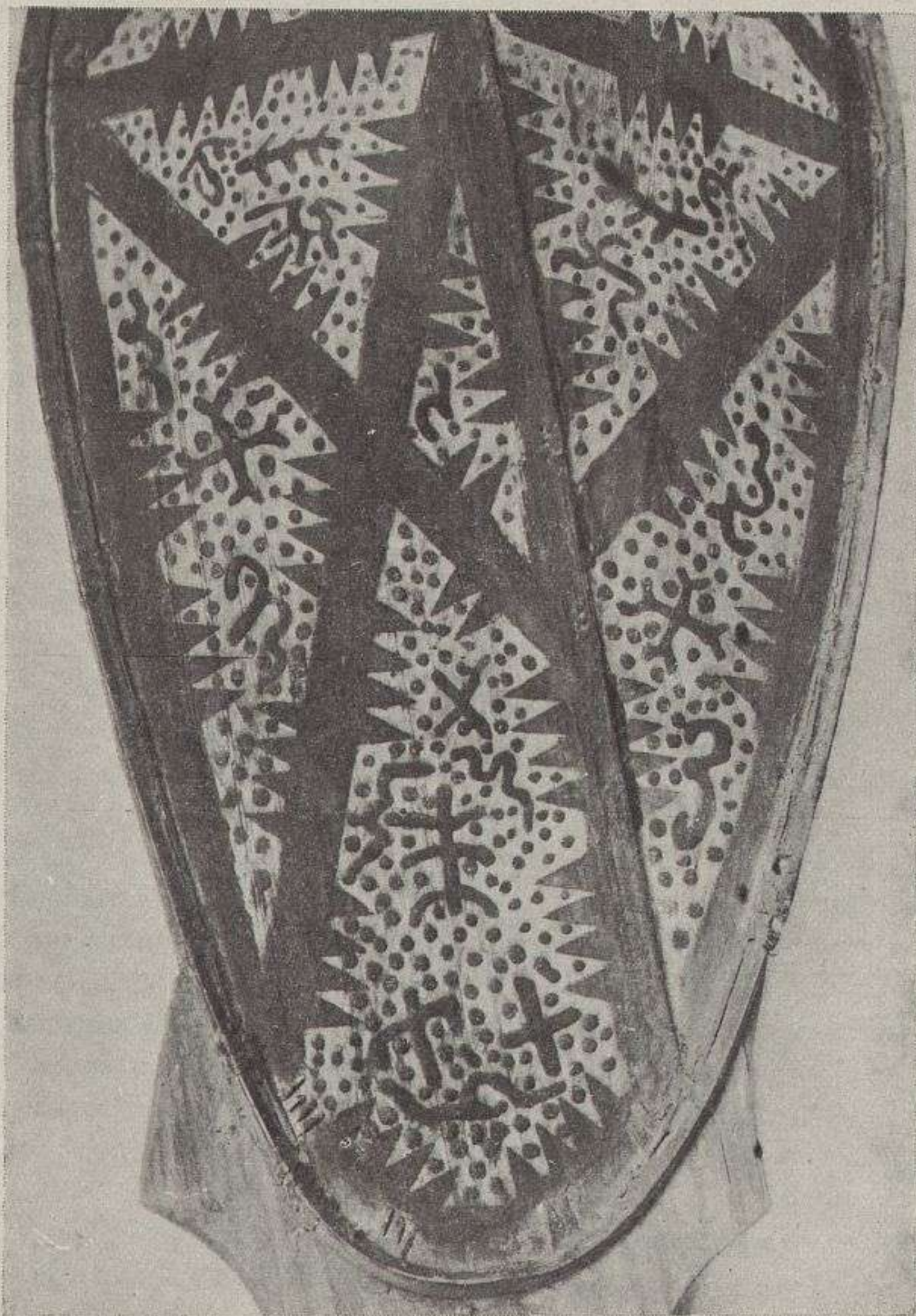


Fig. 33.

de ellos situado en uno de los cuadrantes o ángulos formados por los brazos. Esos circulitos o puntos son claramente distintos de los diseminados

en gran multitud y aparente desorden sobre la superficie externa de los *sacups*. Son más gruesos y su situación induce a pensar que el artista quiso colocarlos uno en cada ángulo en posición simétrica y a distancia conveniente del centro de la cruz.

En opinión del ilustrado General de Intendencia Militar, Excelentísimo Sr. D. Rafael Fuertes, persona peritísima en asuntos históricos, especialmente los relacionados con las Ordenes militares, el signo que estudiamos corresponde a la cruz del Santo Sepulcro y los cuatro puntos aludidos representan las cuatro pequeñas cruces añadidas a la principal, cuya situación responde casi exactamente a la ocupada por aquéllos en el símbolo de que ahora nos ocupamos (1). Esas pequeñas cruces se han reducido a simples puntos para evitar las dificultades inherentes a su reproducción correcta y también para simplificar el dibujo, especialmente en los de pequeño tamaño.

En último término, esa simplificación cabe perfectamente entre las peculiares de los procedimientos de estilización.

Llegados a este punto, ocurre preguntar: ¿Cómo y por qué procedimientos o caminos ha podido llegar a asociarse la cruz del Santo Sepulcro a los signos estilizados de tipo prehistórico en los *sacups* de los Mandayas de Mindanao?... A nuestro modo de ver, no es difícil hallar un camino y un procedimiento bastante satisfactorios, al menos en un ligero examen, para llegar a la solución de tan arduo problema. Esos materiales han sido transportados con la religión mahometana. Probablemente se asociaron unos a otros como consecuencia de las cruzadas, de aquellas célebres guerras contra los musulmanes.

Nada tendría de extraño que éstos considerasen a la insignia de aquellos valerosos guerreros, sus encarnizados enemigos, como una especie de amuleto que les infundiera valor y los preservase de la muerte, creyéndose ellos igualmente protegidos cuando lo poseyeran. Ante esta idea, es de creer que colocasen ese signo entre los ideológicos o simbólicos que ellos ya tuvieran, conservándose así y siendo luego transportados entre los emblemas y amuletos utilizados en la guerra. Mas dejemos por ahora esas consideraciones de orden teórico, que nos obligarían a extender demasiado este trabajo.

Si en las figuras cruciformes de ramas bifurcadas de que acabamos de hacer mención se suprime uno de los lóbulos del mismo lado de cada

(1) Aprovecho gustoso la oportunidad para expresar al ilustre sabio y querido amigo señor Fuertes el testimonio de gratitud por las atinadas y valiosas indicaciones que sobre este interesante asunto me ha suministrado.

brazo, aparece otra forma no menos interesante, que puede considerarse como una de las formas generadoras de la svástica, curiosísima figura que tan profusa representación ha tenido en los tiempos prehistóricos, protohistóricos e históricos. Bastaría prolongar un poco los lóbulos o ramas restantes en la forma derivada de aquella cruz por la reducción indicada para llegar a las formas clásicas de la svástica.

Uno de estos signos, perfectamente caracterizado, se halla entre los dibujos de los *sacups* de que venimos ocupándonos; el núm. 1 de la

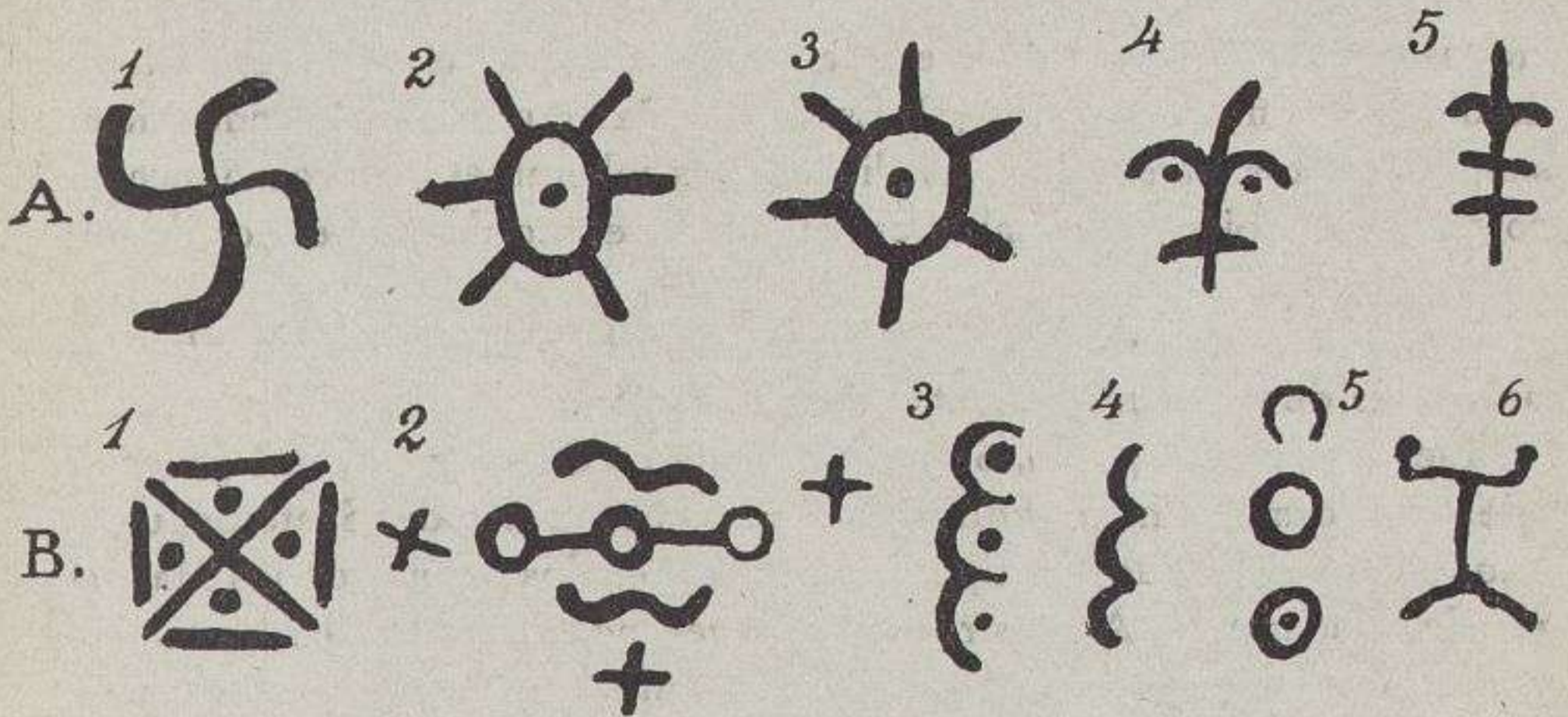


Fig. 34.—Algunos elementos tomados del *sacup* reproducido en las figuras 8 y 35.

fila A (fig. 34). Se ve repetido en el mismo *sacup* en áreas y puntos simétricos (fig. 35).

Representaciones análogas son muy frecuentes en el arte rupestre, en la cerámica antigua y, en general, en la ornamentación de numerosos objetos de arte primitivo. Y por otra parte, bien sabido es de todos cuán profusamente se ha conservado entre los diversos motivos ornamentales hasta nuestros días.

De estas formas podrían derivar con facilidad las figuras poligonales de tipo cuadrilátero, o, mejor dicho, los cuadrados con sus diagonales, que con bastante frecuencia se hallan representados en los gorros o *sacups* (núm. 3, fila A, fig. 24, y núm. 1, fila B, fig. 34). Mas esto no quiere decir que esas formas poligonales no hayan podido tener otro u otros orígenes.

Volvamos todavía a la forma de cruz considerada como estilización de la figura humana después de haber sufrido grandes reducciones, hasta quedar tan sólo representación rudimentaria de la cabeza, los brazos y el

tronco, habiéndose suprimido, como hemos visto y admiten los prehisto-
riadores, las extremidades abdominales por reducciones sucesivas.

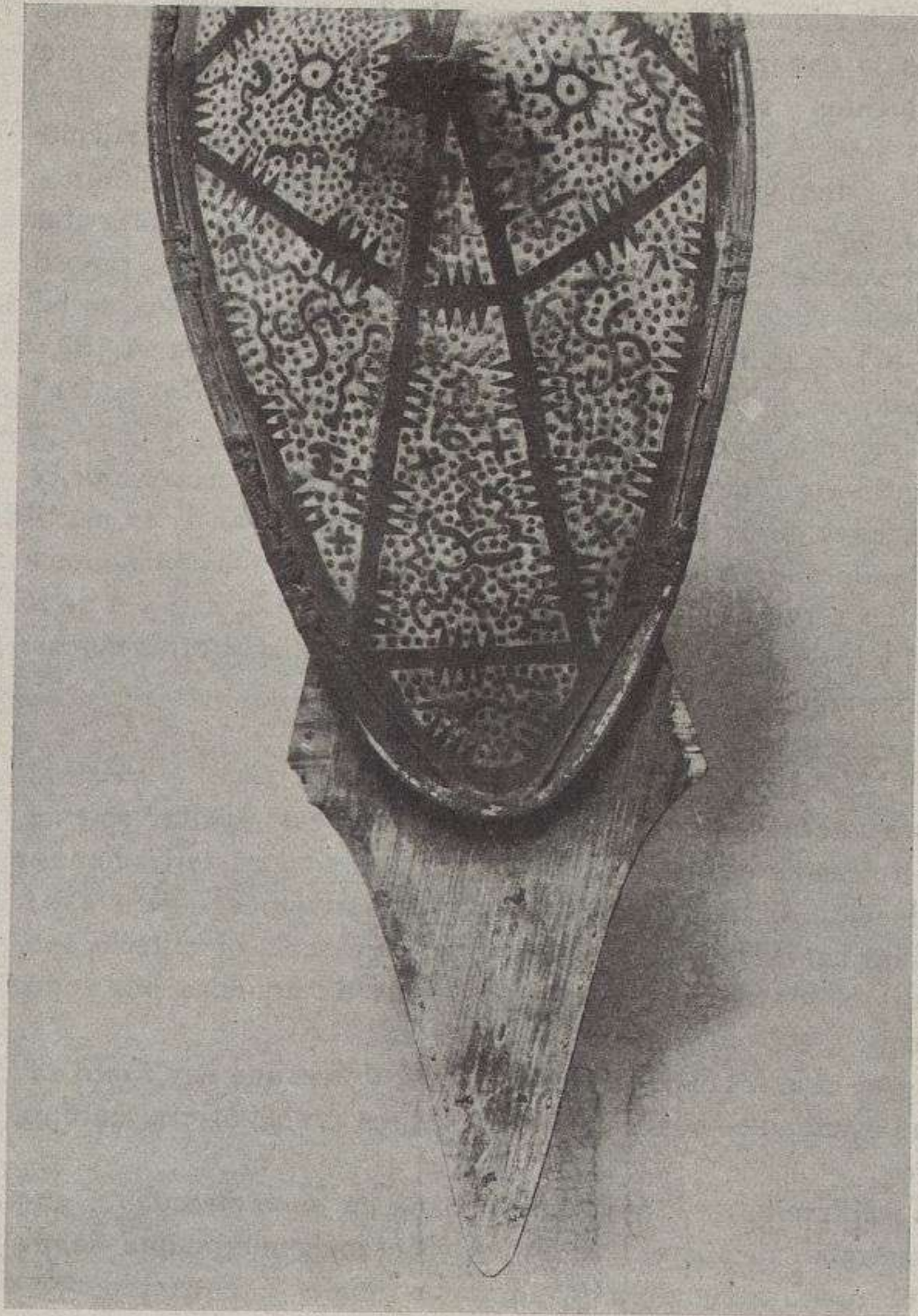


Fig. 35.

Admitido ese criterio de reducción de órganos, ya obedeciese a una
idea particular de los hombres primitivos, ya porque los detalles mor-
fológicos fuesen perdiendo interés en comparación con la significación



ideológica, podemos seguir aceptándolo para la interpretación de otras figuras.

Así han llegado los prehistoriadores, y nosotros con ellos, a considerar como estilizaciones humanas formas privadas de porción tan importante como es la cabeza, aunque conserven los demás rasgos, con frecuencia muy reducidos y simplificados.

Pues bien, si en las formas cruciales ordinarias, tan abundantes entre los dibujos de que ahora nos ocupamos, se reduce al *mínimum* o se suprime totalmente la porción cefálica, se obtienen otras formas abundantemente repartidas en los *sacups* y representadas en el arte rupestre. Testimonios claros de esas reducciones se hallan reproducidos en los números 1, 2 y 3 de la fila A (fig. 36), y en los 5 y 6 de la fila A (fig. 46), de los cuales pueden observarse otros muchos y muy variados en las fotografías que reproducimos.

Cuando por reducciones sucesivas llega a desaparecer por completo la representación de la cabeza, aparecen las formas en T, en martillo y en horquilla, de que en los dibujos estudiados hay buena copia. Como muestra pueden servir las señaladas con los números 1, 2, 3 y 4 de la fila A (fig. 46) y los 4 y 7 de la fila D (fig. 24), y se hallarán otras muchas en las fotografías adjuntas.

* * *

Hasta ahora hemos venido ocupándonos casi exclusivamente de las formas típicas de estilizaciones humanas y de algunas derivaciones de ellas por reducción de las extremidades y aun de la cabeza. Pero hay también un número considerable de figuras que, siguiendo el criterio antes mencionado, pueden estimarse como derivadas de aquéllas por reducciones en el tronco.

En este caso resultan formas estelares, de las que hay, tanto en los gorros que estudiamos como en las estaciones prehistóricas, copiosa representación.

Las estilizaciones de la forma humana de sexo masculino, en que las cuatro extremidades nacen de un corto ensanchamiento que viene a representar el tronco reducido a proporciones mínimas, engendra una estrella de seis rayos o puntas, de que damos un ejemplo en el núm. 7 de la fila A (fig. 46), y se halla con frecuencia entre los dibujos que estudiamos.

La figura femenina de ese mismo tipo origina una forma estelar de cinco puntas, también abundante.

Las representaciones humanas provistas de un par de apéndices suplementarios situados entre las extremidades superiores y las inferiores gene-

ran, por análoga reducción, estrellas de siete u ocho puntas, de las cuales hay gran abundancia en los gorros de que tratamos. Algunas se ven reproducidas en los números 8, 9 y 10 de la fila D (fig. 24) y en los 8 y 9 de la fila A (fig. 46), y muchos otros pueden verse en las fotografías adjuntas.

Con suma frecuencia, esas formas estelares tienen los radios encorvados, casi siempre en la misma dirección, acaso porque las figuras, per-

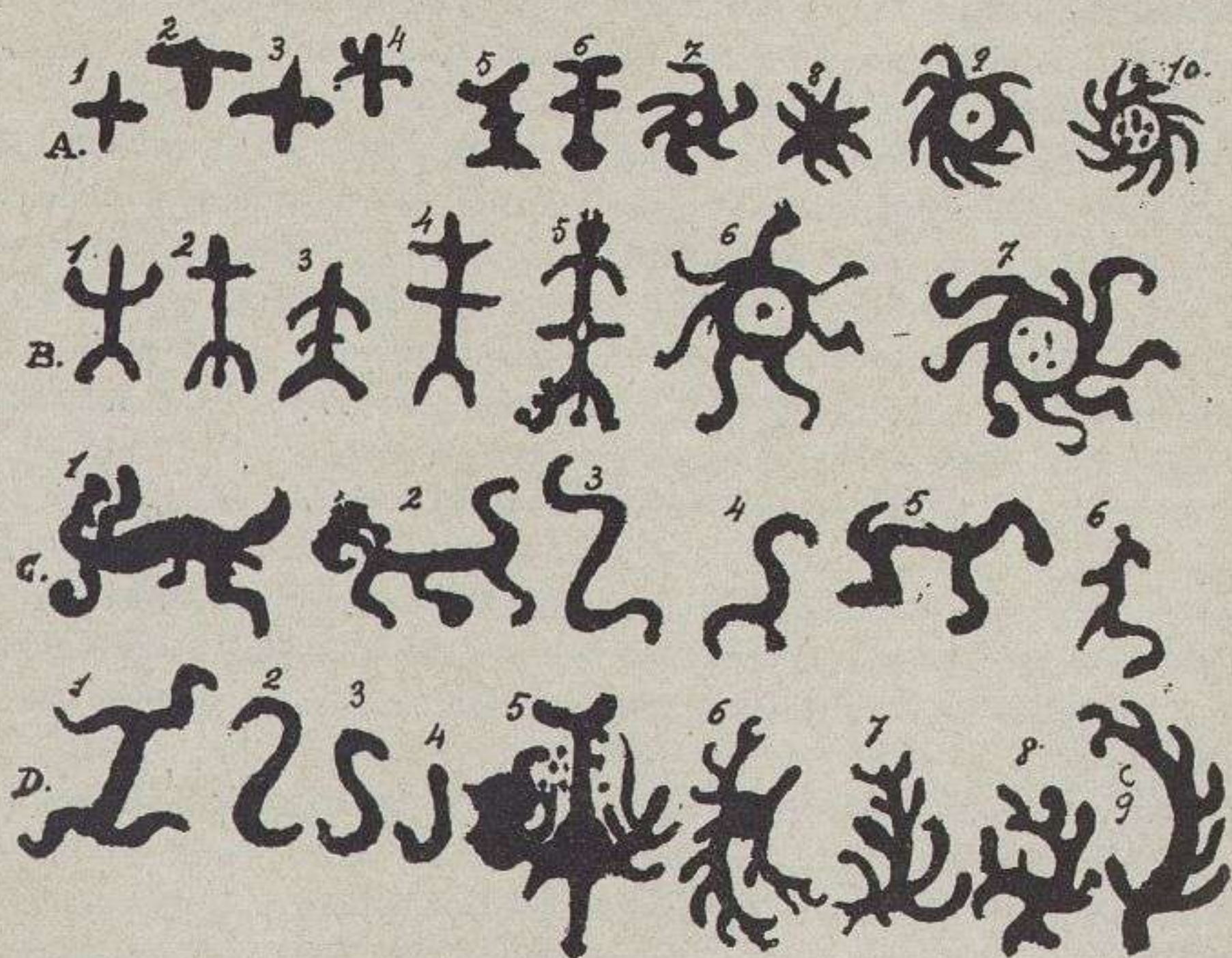


Fig. 36.—Dibujos copiados del *sacup* representado en las figuras 23 y 37.

diendo en parte su significación ideológica, tienden a convertirse en simples dibujos ornamentales.

Muy a menudo se hallan formas estelares con un espacio o vacío puntiforme, a manera de orificio central, como sucede en el núm. 7 de la fila A (fig. 36).

¿No podría considerarse ese orificio o vacío como equivalente al ya antes mencionado en la forma señalada con el núm. 5 de la fila B de la misma figura? Creemos que sí.

Pero ese espacio claro se agranda con suma frecuencia, conservando la forma circular, y muestra en su centro un punto negro semejante a los diseminados en el campo común de los *sacups*.

Una forma, acaso rudimentaria, de estilización humana de este género es la señalada con el núm. 10 en la fila A (fig. 46).

En ella la línea curva o poligonal cerrada representaría el tronco; el espacio vacío interior, la cavidad visceral, y de los cuatro trazos cruciales, dos corresponderían a la cabeza y parte inferior del cuerpo, y los otros dos, transversales, a los brazos.

Representación humana menos dudosa, al parecer, presentan algunas otras figuras del género de que ahora venimos ocupándonos, es decir, formadas por un ensanchamiento o disco central, con fondo claro o vacío, del cual sobresalen la cabeza y las extremidades.

Una simple mirada sobre la figura núm. 3 de la fila A (fig. 34) basta para convencerse de que puede referirse sin dificultad a las numerosas estilizaciones humanas masculinas, provista de un ensanchamiento en la región central del tronco, el cual se halla reemplazado por un disco con fondo claro y un punto negro central, sobre cuya posible significación podrían hacerse varias conjeturas. Pero preferimos abstenernos por ahora de aventurar hipótesis más o menos verosímiles.

Su analogía con la precedentemente descrita es palpable, si bien la de que ahora nos ocupamos es más perfecta y completa en el sentido de haber sufrido menos reducciones. Siguiendo el criterio interpretativo convenido, debe considerarse como forma masculina con representación de la cabeza, extremidades torácicas y abdominales y símbolo de la sexualidad.

Muy semejante a esa es la del núm. 2 de la misma fila y figura. No cabe duda de que podría interpretarse como acabamos de interpretar la anterior, aunque la simetría de las extremidades fuese un poco diferente y el eje del cuerpo algo oblicuo con respecto a la dirección de las extremidades. Pero también puede considerarse, acaso más verosímelmente, como una estilización humana femenina y acéfala, de que tantos ejemplos se hallan entre los dibujos ahora estudiados, provista de los dos apéndices situados a los lados del cuerpo, entre la pierna y el brazo correspondiente.

Entre las formas de este tipo hay una que, si no hubiese sido debida a la casualidad, sería extraordinariamente interesante y transcendental.

Aludimos a la señalada con el núm. 6 en la fila B (fig. 36).

Al primer golpe de vista parece constituida simplemente por un círculo imperfecto, blanco, con un punto negro en el centro y rodeado aquél por una circunferencia algo grosera de la que parten siete prolongaciones radiales, algo flexuosas, al parecer sin orientación definida. Mas a poco que se fije la atención en ella se descubren con entera claridad los ele-

mentos de una forma humana estilizada, que habríamos de atribuir, siguiendo el criterio aceptado hasta ahora, al sexo femenino.

Una de las prolongaciones radiales, la superior en la figura, parece representar, sin duda alguna, la cabeza, unida al tronco por una porción que puede interpretarse sin dificultad como el cuello. En la cúspide o parte superior de la cabeza se ven dos pequeños apéndices muy semejantes a los ya citados en su vecina la figura del núm. 5 en la misma fila y figura, y que, por tanto, no habría inconveniente en considerar como una especie de tocado, como hicimos al tratar de ésta.

Las dos prolongaciones o apéndices que nacen un poco por debajo de la terminación del cuello serían las extremidades torácicas, en las cuales se insinúa la flexura del codo, y en una de ellas, la del lado derecho, un muñón terminal, representante acaso de la mano.

La parte ensanchada antes descrita, de donde parten todos los miembros, representaría el tronco, de manera análoga a como suele representarse por los hombres menos cultos y por los niños.

Las dos prolongaciones inferiores podrían estimarse, sin escrúpulo alguno, como las extremidades abdominales, y en ellas llega a adivinarse la rodilla y hasta indicios de pies.

Finalmente, las dos prolongaciones restantes corresponderían perfectamente a ese par intermedio mencionado al tratar de la figura que la precede en la misma fila y figura y en otras varias del mismo tipo.

Ese par de apéndices o prolongaciones intermedio podría interpretarse acaso como representación de un adorno de cintura, o tal vez como indicio de vestido.

Quizá parezca un poco aventurada y atrevida esa interpretación de los elementos de la figura que nos ocupa. Pero cuando se la compara con otras varias observadas en ciertas estaciones prehistóricas y en dibujos ornamentales mucho más modernos, se impone la idea de considerar a esa figura como una representación humana conservada, casi con iguales caracteres, a través de las edades.

En culturas relativamente modernas, en el arte primitivo de nuestro oriente clásico, especialmente en la Grecia arcaica y el arte micénico (1), se encuentran con alguna frecuencia figuras cuya analogía con la precedente es bien manifiesta. En ellas el disco central parece representar un escudo o rodela detrás del cual se oculta el cuerpo del guerrero, saliendo la cabeza y los brazos (o un brazo y una lanza) por arriba, las piernas por aba-

(1) Perrot (G.) et Chipier (Ch.): *Histoire de l'Art dans l'antiquité*. París, 1882 a 1914.

jo, y a los lados, entre aquéllos y éstas, otros dos apéndices que parecen simular piezas flotantes del vestido.

En nuestra figura, tomada del *sacup* representado en la fotografía de la figura 37, tal vez el disco central no represente vestigios de escudo o rodela, puesto que no aparecen en las figuras humanas estilizadas utensilios de esa clase. Mas en último término, ese disco o ensanchamiento podría representar el tronco del cuerpo humano con expresión de cavidades y, por tanto, cabría perfectamente entre las estilizaciones de la forma humana.

Por otra parte, quizá no haya motivo suficiente para rechazar en absoluto la primera hipótesis; esto es, la de que ese ensanchamiento o disco representase en su origen una rodela o cosa semejante, sin que sea razón bastante la aludida falta de tales escudos o rodela entre los elementos representados en los gorros de donde proceden los materiales que estudiamos. Porque, como luego veremos, nótase también la ausencia de otros elementos, acaso más interesantes, cuya falta de representación es fenómeno que no puede pasar inadvertido.

Quizá pudieran estimarse como estilizaciones análogas a la anterior, aunque sus distintas porciones u órganos estén menos diferenciados, ciertas formas, tales como las de los números 9 y 10 de la fila A (fig. 36) y otras análogas abundantes entre los signos dibujados en los *sacups*. En ellas se reconoce bien claramente el disco representante del cuerpo, ya con un sólo punto central (núm. 9), ya con varios en la supuesta cavidad (núm. 10), y varias prolongaciones con inclinaciones diversas, que podrían corresponder a las extremidades. Pero acaso esas formas entren mejor en el grupo de representaciones del sol, tan profusamente reproducidas en el arte primitivo desde los tiempos prehistóricos.

Merece fijar la atención otra figura existente en el mismo gorro que las anteriores (fig. 37). Aludimos al número 7 de la fila B (fig. 36). Presenta, sin duda alguna, no pocas analogías con la que la precede, de la cual hemos venido ocupándonos un poco más arriba. Mas en ella no es ya fácil reconocer, con la suficiente precisión, los elementos esenciales de la forma humana. Podría interpretarse también, quizá con mayor fundamento, como representación del pulpo, animal tan profusamente observado en diferentes manifestaciones del arte primitivo y conservado hasta los tiempos modernos a través de las edades. Y, finalmente, acaso no sea sino una representación solar, como acabamos de insinuar al referirnos a otras formas semejantes. Ella ostenta también varios puntos negros en el centro blanco del disco.

No habrá necesidad de advertir que algunas de las figuras últimamente

reseñadas acaso no conserven ya sino vagas reminiscencias de sus rasgos primitivos fundamentales y se hayan convertido en figuras ornamentales o

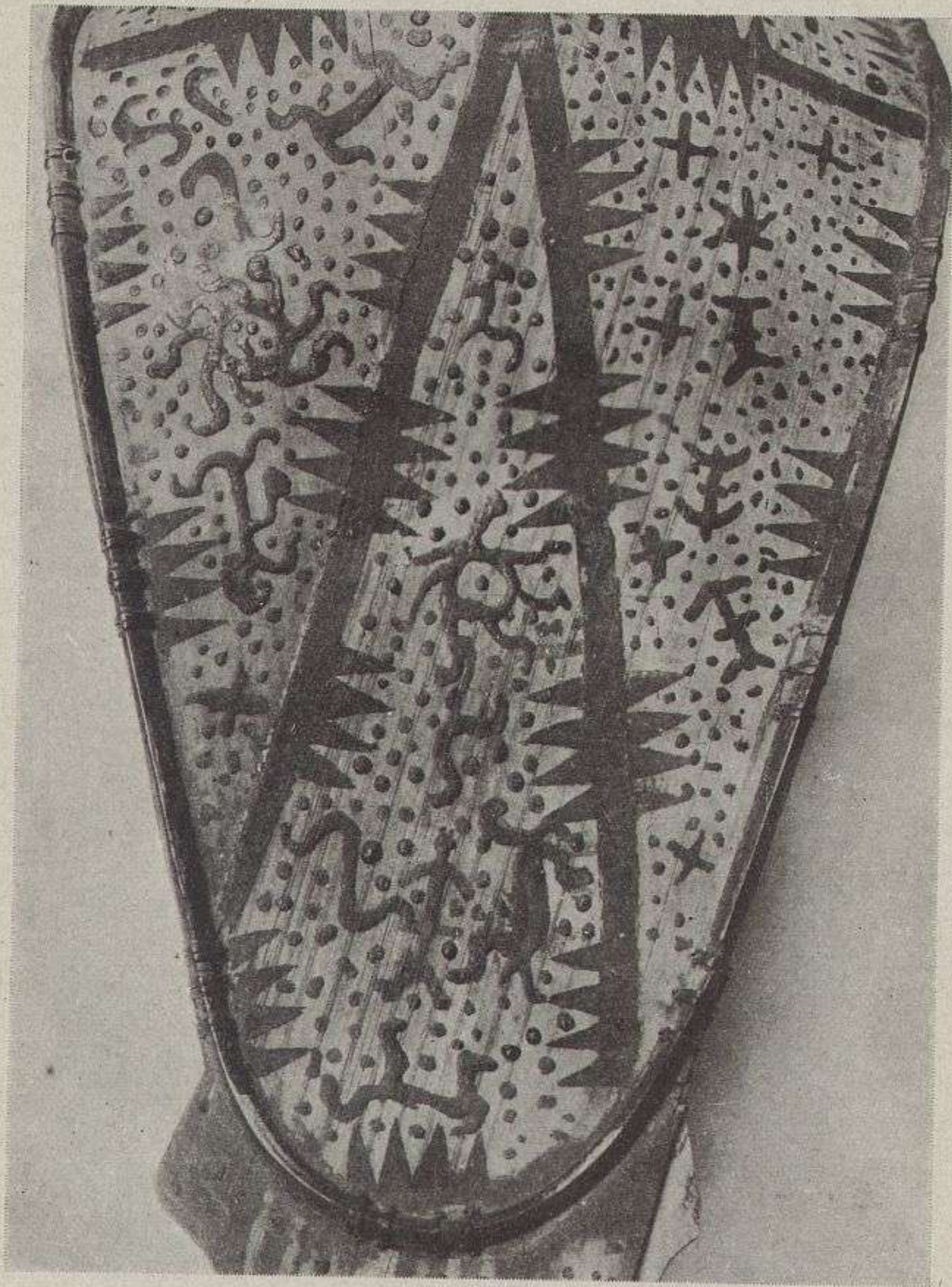


Fig. 37.

de forma mal definida. Mas la circunstancia de no hallarse nunca agrupadas formando asociaciones, como con otras ocurre, induce a pensar que cada una de ellas tuvo una representación ideológica, acaso conservada

todavía, a pesar de las deficiencias del dibujo y de las deformaciones consiguientes a las reproducciones sucesivas hechas por artistas de escasa

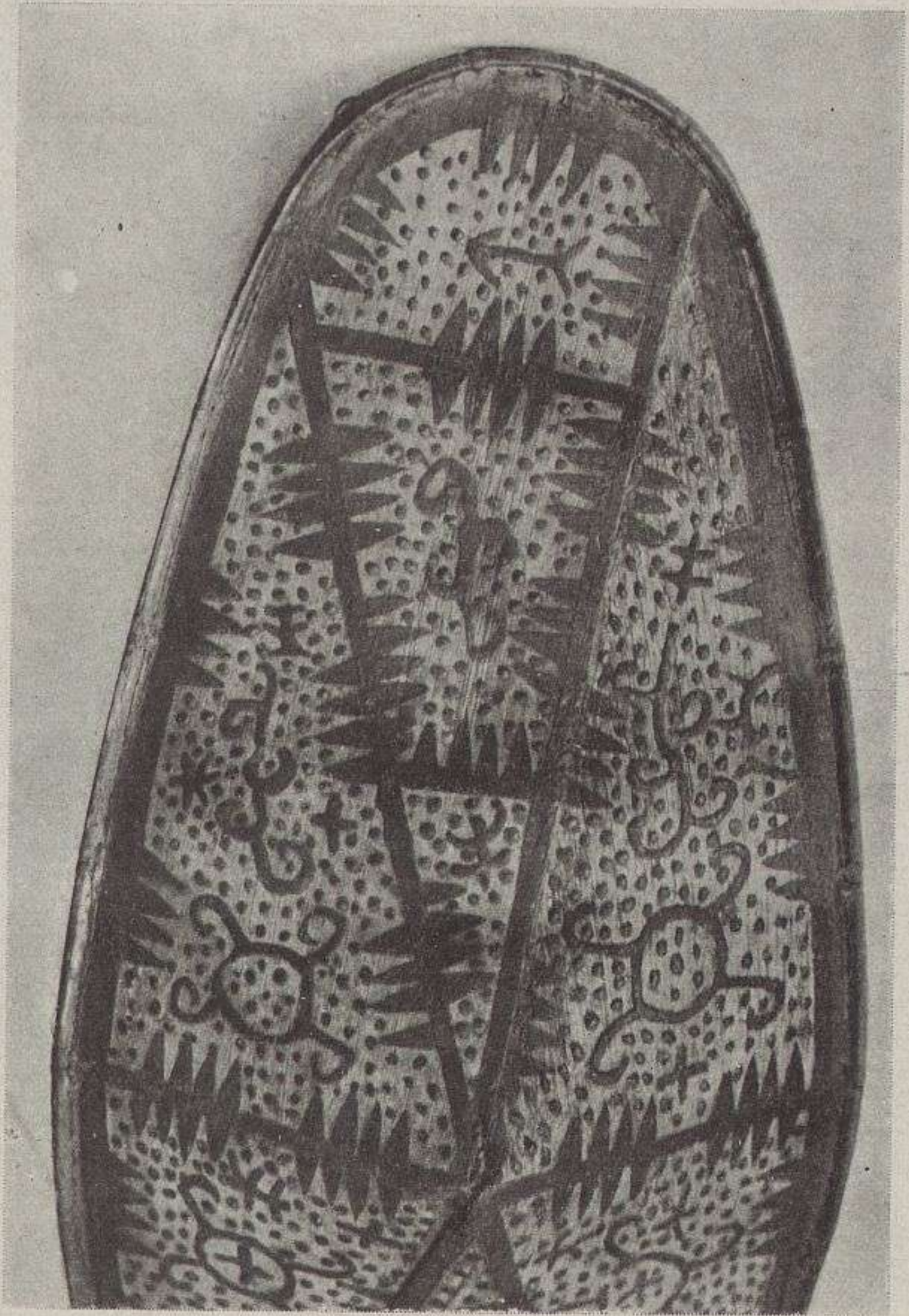


Fig. 38.

cultura, sobre todo si alguno de ellos ignoraba, como con frecuencia sucedería, su originaria o primitiva significación.

Esa tendencia a convertirse en motivos ornamentales se refleja, a mi

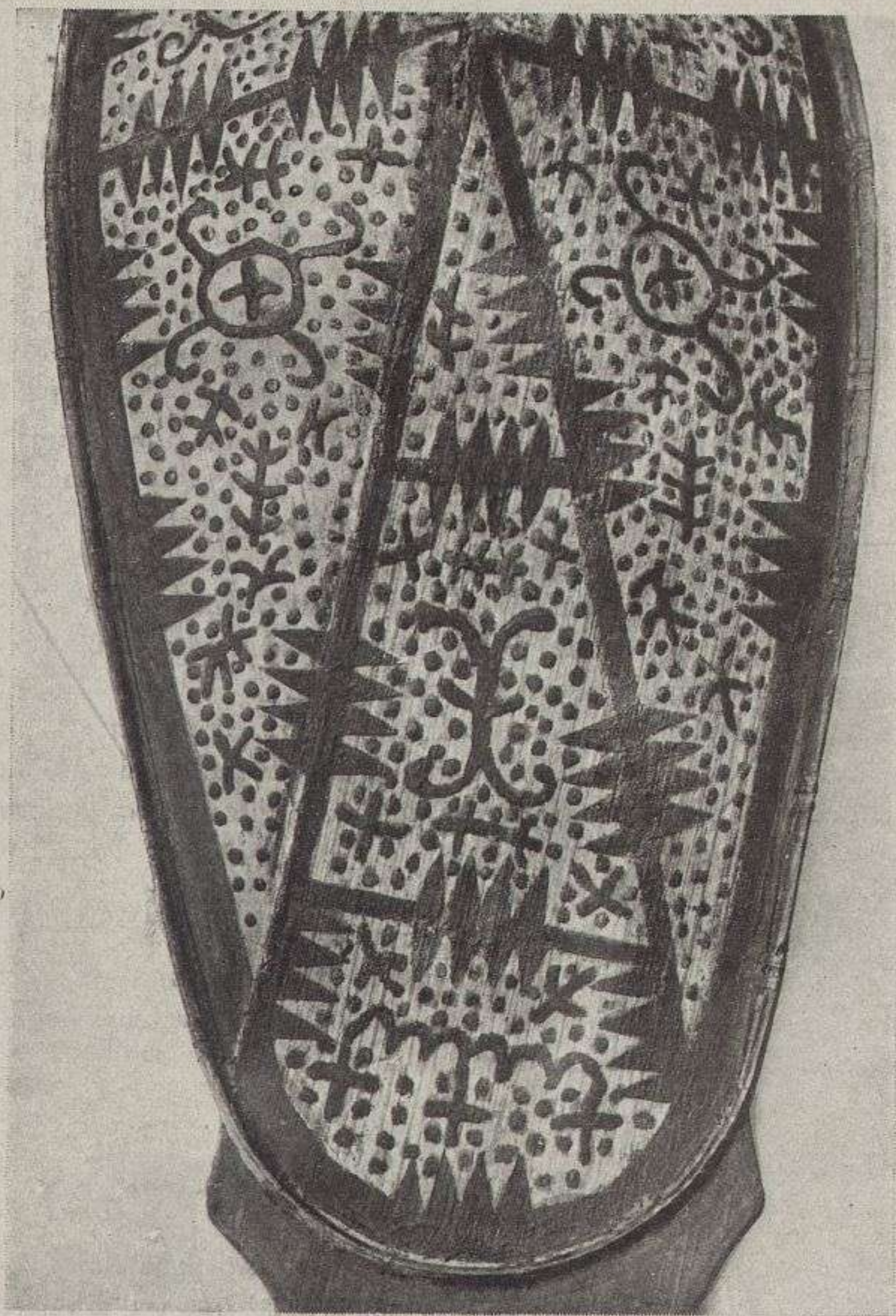


Fig. 39.

juicio con bastante claridad, en ciertos signos observados entre los dibujos objeto de este análisis.

Tal puede decirse de los señalados con los números 1 y 2 de la figu-

ra 30, los cuales pueden referirse todavía, a pesar de su forma extraña, a estilizaciones humanas.

Suponiendo que se hallen bien orientadas en la posición adoptada en la figura, es innegable que podrían interpretarse sin gran violencia como representaciones humanas femeninas acéfalas, con los brazos arqueados hacia abajo y las piernas hacia arriba (quizá con objeto de dar a la figura cierta simetría), naciendo unas y otras de un abultamiento, a manera de disco, que representaría el cuerpo, como se ha dicho al hablar de otras semejantes.

Si supusiésemos la orientación natural perpendicular a la adoptada en nuestra figura, la interpretación sería la misma, con la única diferencia de que un par de extremidades se dirigiría arriba y a dentro y el otro abajo y a dentro también, como si tendieran a reunirse unas por encima y las otras por debajo del cuerpo. Mas de cualquier modo que fuera, siempre podría representar la forma humana con caracteres y actitudes existentes en otros tipos de estos dibujos.

Ese signo está cuatro veces dibujado en puntos simétricos de las áreas laterales del *sacup* reproducido en las fotografías de las figuras 38 y 39 con caracteres distintos en los discos centrales.

Una de ellas, la señalada con el número 1 (fig. 30) ostenta en el centro del círculo blanco una cruz negra adornada con un punto en cada ángulo. Esa cruz podría representar una figura humana estilizada de conformidad con el criterio adoptado.

Si así fuera, esta representación de la forma humana en el interior del cuerpo de otra femenina, se prestaría a muy interesantes interpretaciones y conjeturas, una de ellas relacionada con los fenómenos de la reproducción. Mas preferimos abstenernos por ahora de aventurar juicios sobre hechos aislados acaso todavía no bien analizados.

2. Representaciones de animales.

Las representaciones de animales en los dibujos de que ahora venimos ocupándonos son escasas y muy toscas. Los artistas que las dibujaron carecían, al parecer, de aquel genio artístico tan refinado de la inmensa mayoría de los pertenecientes a la era cuaternaria, cuyas obras se han conservado en las distintas manifestaciones gráficas de dicha era. La tosquedad de las que ahora hemos de reseñar forma notable contraste con las reproducidas en los diversos yacimientos prehistóricos, si bien no es raro hallar algunas tan groseras y toscas como las de los *sacups*.

Aunque siempre muy imperfectas y groseras, hay representaciones más o menos estilizadas, que pueden referirse, a veces francamente, otras con alguna mayor dificultad, a mamíferos, aves y reptiles.

Las susceptibles de referirse con relativa facilidad a los mamíferos, si bien a veces con cierta ambigüedad, son sólo cuatro.

Una de ellas (fig. 40) no parece dejar lugar a duda de que con ella se quiso representar un mamífero. Aunque de forma extraordinariamente rudimentaria, ofrece una porción correspondiente a la cabeza, en la cual se hallan representados el hocico, acaso la quijada, las orejas y el cuello, no muy desproporcionados. Con éste se continúa el cuerpo en el cual se distingue un ligero abultamiento o convexidad en la línea del perfil. De la parte anterior del tronco nace un apéndice dirigido primero hacia abajo y luego atrás, simulando como una extremidad torácica con su ángulo de flexión, a manera de rodilla o flexión cárpica. De la parte posterior del cuerpo nacen otros dos apéndices: uno, dirigido atrás y abajo, que parece corresponder a las extremidades posteriores, y el otro, casi directamente hacia atrás, encorvándose un poco abajo, representante con toda probabilidad de la cola.



Fig. 40.

El que los órganos pares aparezcan sencillos en el dibujo no puede estimarse, a nuestro entender, como una grave deficiencia, porque, como es bien sabido, en los dibujos de los hombres primitivos o salvajes, como en los de tipo infantil y aun en algunos antiguos de gran perfección y delicadeza, se dibujan como superpuestos los órganos pares en los perfiles. En estos, en efecto, no suele verse más que una oreja, una extremidad anterior, otra posterior, un solo cuerno, si el animal representado los tiene, etcétera. Testimonios de esa clase se hallan con gran profusión en los dibujos de todos los pueblos primitivos y en los correspondientes a las antiguas culturas del Oriente primitivo.

La tosquedad e imperfección del dibujo son ciertamente grandes; pero a decir verdad, la figura de que ahora nos ocupamos no tiene mucho que envidiar a otras, bastante numerosas, por cierto, reproducidas en muchas estaciones prehistóricas de la Península Ibérica, en el arte primitivo del Oriente europeo, de China y, en general, en el arte primitivo o simplemente antiguo.

En la cabeza no hay indicios de otros órganos distintos de las orejas, como suele acontecer en esos dibujos rudimentarios primitivos. Mas en el de que ahora tratamos se observa, como ya hicimos notar, un ligero abultamiento en el extremo inferior, que puede interpretarse como a manera

de hocico, y en la línea posterior del contorno, otro relieve comparable con el correspondiente a la quijada o maxilar inferior.

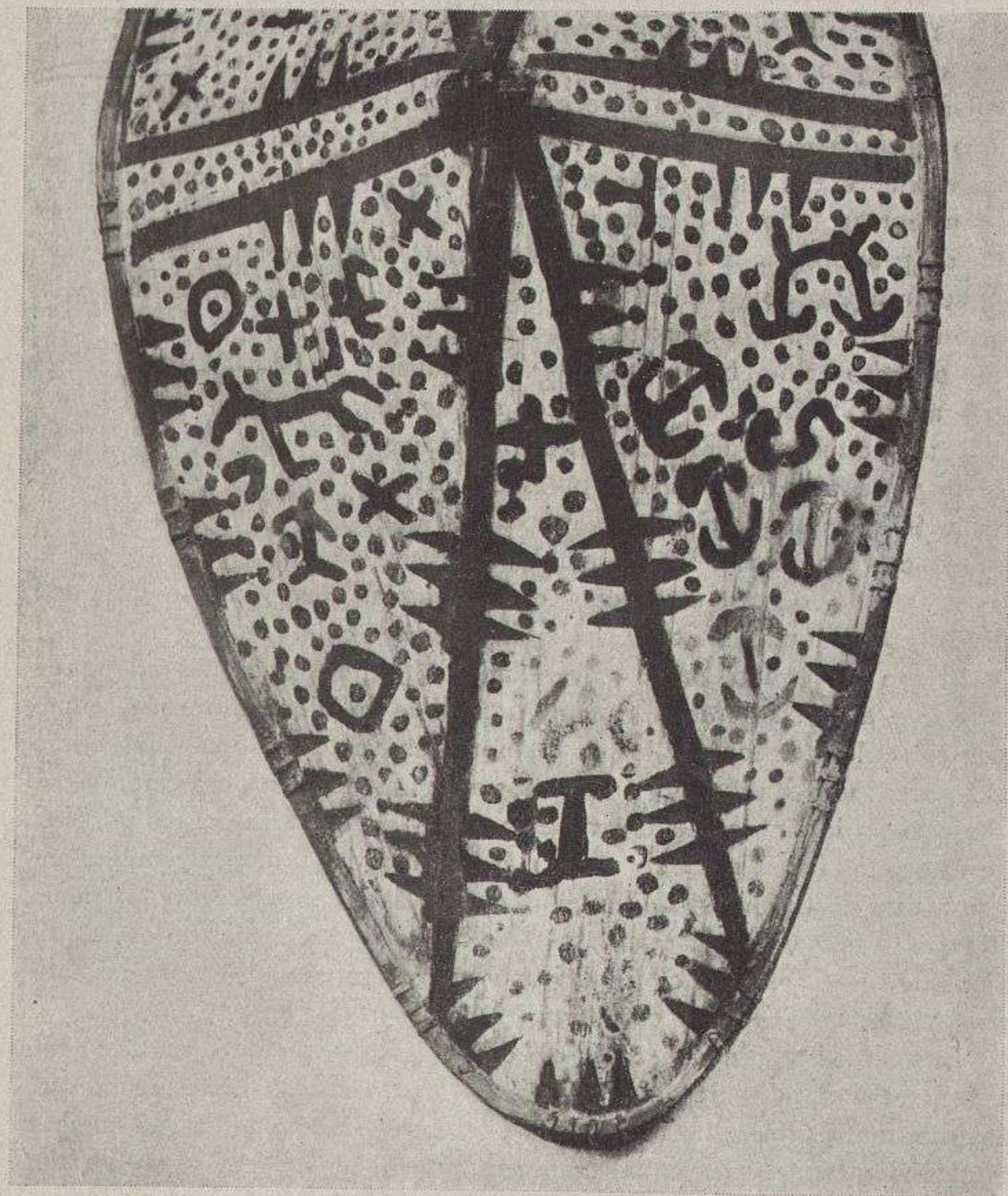


Fig. 41.

A este propósito conviene recordar que en la cabeza de las representaciones humanas de tipo primitivo, sobre todo en las prehistóricas, suelen faltar todos o casi todos los órganos.

Esta figura ocupa la región central del área lateral anterior del *sacup* en que se halla (fig. 41), entre varias formas humanas estilizadas y algunos otros signos de significación enigmática o dudosa. De esas circunstancias acaso pudiera inferirse que, si bien no corresponde a las jerarquías superiores, por lo menos debe tener cierta importancia, dada su situación en el centro de un cuadro algo complejo.

En el número 5 de la fila C (fig. 36) parece haberse querido representar otro mamífero, acaso un poco más estilizado que el anterior, aun cuando no mucho más imperfecto.

Su cabeza, que carece por completo de detalles, hasta de las orejas que en la precedente eran quizá un poco exageradas, está representada por un apéndice situado en la extremidad anterior de una pieza a manera de cuello un poco erguido. A éste sigue el cuerpo, proporcionalmente largo, aunque un poco delgado, provisto de un ligero ensanchamiento en el punto de origen de las extremidades anteriores y otro semejante en las posteriores. Esos ensanchamientos podrían simular los brazuelos y las ancas. De la parte posterior de éstas y en continuación con el tronco, nace un apéndice relativamente corto, cónico y encorvado hacia arriba y un poco adelante, que asemeja con mucha propiedad un rabo.

En cuanto a las extremidades, tienen igualmente pliegues o flexuras simuladoras de codo, carpo o rodilla, aunque imperfectamente. También aparecen sencillas; es decir, una delante y otra detrás, como en la figura anterior, y sus análogas procedentes de estos gorros, como las de culturas prehistóricas y aun protohistóricas.

Presenta ciertas analogías con la figura que antes hemos descrito y con la señalada con el número 2 de la misma fila C (fig. 36), de la cual, sin embargo, difiere por algunos importantes rasgos.

En ésta la cabeza se halla representada por un abultamiento irregular y ofrece ciertos apéndices de difícil interpretación; pero se une al tronco por una especie de cuello de longitud no desproporcionada y un poco delgado.

El tronco, de apariencia cilíndrica y rectilíneo, no difiere gran cosa, por sus proporciones, del de la figura precedente.

Las extremidades, una anterior y otra posterior, ofrecen su flexura correspondiente, no muy mal situada; y en la parte posterior del cuerpo, como continuándose con él, hay un gran apéndice, encorvado primero arriba y luego atrás, a semejanza de un gran rabo.

Entre las extremidades anterior y posterior ofrece otro apéndice de forma bastante semejante a la extremidad torácica, con su rodilla o flexura correspondiente; pero a diferencia de aquélla presenta un abultamiento en la extremidad.

Tal vez con este tercer apéndice quisiera representar el artista una de las dos extremidades anteriores, como con suma frecuencia suelen hacer los dibujantes incultos y primitivos. Mas esa hipótesis no justificaría la falta de la segunda pata del par posterior, de la que, como se ve, no hay ni siquiera indicios. Sin embargo, deficiencias semejantes no son raras en el arte primitivo y en el rudimentario de todos los tiempos.

Otras interpretaciones podrían hacerse con respecto a ese apéndice intermedio; pero la expuesta nos parece la más racional, por cuya razón nos abstenemos de exponer otras seguramente menos verosímiles.

En el mismo gorro que los precedentes hay otro dibujo susceptible de interpretarse también como representativo de un mamífero. Nos referimos al señalado con el 1 en la misma fila C de la figura 36. Aun cuando de confección tan tosca como aquéllos, ofrece ciertos rasgos de realismo de que aquéllos carecen.

La cabeza, poco expresiva, está representada por un par de abultamientos y se une y continúa con un cuello proporcionado, suavemente encorvado de manera que la cabeza se dirige arriba y un poco vuelta hacia atrás.

Con el cuello se continúa el cuerpo, proporcionalmente abultado y describiendo una curva muy frecuente en los mamíferos. En él se adivinan las dos regiones características correspondientes al tórax y abdomen.

De la parte anterior del tronco, donde éste se une al cuello, nacen dos apéndices, uno a cada lado, dirigidos a fuera y encorvados hacia adelante. Parece indudable que esos dos apéndices correspondan a las extremidades torácicas.

De la extremidad posterior del mismo, en una región que simula con bastante propiedad las nalgas o ancas de un mamífero, nacen otros dos apéndices que, como los anteriores, se dirigen cada uno a su lado, y corresponden a las extremidades posteriores. Una de ellas, la inferior en el dibujo, presenta dos inflexiones a codos, uno de los cuales simula con bastante exactitud la rodilla y el otro la correspondiente al origen del tarso. La del lado opuesto es mucho menos correcta.

Como se ve, la posición de las extremidades en este dibujo es enteramente distinta de la que tenían en las figuras anteriormente descritas. Pero la posición adoptada en ésta corresponde a otro tipo de dibujos rudimentarios, en los cuales, para poner de manifiesto los órganos pares, se dibujan en el mismo plano, uno a cada lado del cuerpo. De esto hay numerosos ejemplos en el arte prehistórico y en el primitivo.

Ofrece además esta figura en la región ventral, un poco por delante de las extremidades posteriores, un corto apéndice acodado y con el ex-

tremo libre dirigido hacia adelante, que probablemente representa el órgano genital masculino.

Por último, en la región posterior del cuerpo, como en la continuación directa del tronco y entre las extremidades posteriores, se observa un pequeño apéndice que, sin esfuerzo alguno, puede estimarse como una pequeña cola.

Antes hemos considerado a la figura número 1 de la fila D (fig. 36) como representación humana femenina, acéfala, siguiendo el criterio interpretativo adoptado en general para los dibujos de las civilizaciones primitivas. Mas si la comparamos con las señaladas en los números 2 y 5 de la fila C, en la misma figura, quizá pudiera interpretarse, con iguales o semejantes probabilidades de acierto, como representando un animal análogo a los representados por éstas, aunque un poco más estilizado. El apéndice de la parte superior derecha podría corresponder a la cabeza. Los dos de la izquierda, a las extremidades, superpuestas las dos de cada par. La inferior derecha, a la cola, y la porción intermedia, al tronco. En ese caso, la posición en que hemos colocado la figura sería inapropiada. Habría de colocarse el cuerpo horizontalmente, de manera que la porción izquierda quedase hacia abajo.

Mas conste que no nos decidimos preferentemente por una u otra interpretación, porque no nos consideramos aún suficientemente documentados para defender con fundamento una u otra hipótesis.

Rectificando del mismo modo la posición del pequeño dibujo representado en el número 6 de la fila C (fig. 36), resultaría también fácil su interpretación como correspondiente a un mamífero. El apéndice situado ahora en la parte superior, representaría la cabeza vuelta hacia atrás, con sus orejas manifiestas. A la cabeza, no muy desproporcionada, sigue el cuello bien caracterizado. Al final de éste hay un abultamiento de donde nace un corto apéndice, dirigido a la izquierda, representante acaso de las extremidades torácicas (superpuestas). A continuación del cuello y del nacimiento de ese apéndice, sigue el tronco, en el cual se aprecia una curva dorsal, semejante a la tan frecuentemente observada en los mamíferos. En el extremo posterior del tronco (inferior en la figura) nace otro apéndice dirigido a la izquierda, que podría corresponder a las extremidades abdominales (también superpuestas). Y, finalmente, de la porción terminal del tronco nace un robusto apéndice encorvado, que podría representar una cola larga y pelosa.

A esos tipos, bien imperfectos por cierto, se reducen las representaciones que, siguiendo el criterio establecido, juzgamos posible interpretar como representaciones de mamíferos.

Las de aves son más escasas y tan imperfectas como las de mamíferos, y aun acaso puedan estimarse de muy distinta significación las que vamos a señalar como tales.

Hay algunas, sin embargo, como las señaladas en los números 5 y 6, en la fila D (fig. 24), por ejemplo, que parecen representar, con bastante propiedad, aves volando. En ellas es fácil reconocer la cabeza, las alas desplegadas, el cuerpo abultado, fusiforme, y la cola. Con caracteres muy semejantes se hallan representadas las aves desde las épocas prehistóricas hasta nuestros días, y, por consiguiente, nada se opone a que nosotros consideremos a esas del mismo modo.

Al mismo grupo podría referirse, sin gran esfuerzo, el número 3 de la misma fila y figura, aun cuando por ser más estilizada parece menos perfecta.

Todavía podrían interpretarse como representaciones de aves ciertas formas halladas entre los dibujos de que tratamos, tales como las de los números 2, 3 y 4 de la fila A (fig. 36), la número 5 de la fila A (fig. 46) y otras análogas. Pero esas formas podrían considerarse también, según dejamos consignado más atrás, como estilizaciones de la forma humana, cuando por reducciones sucesivas se llegaba a las formas de cruz. A nuestro modo de ver, y procurando acercarnos en cuanto sea posible al criterio interpretativo más generalizado, nos sentimos inclinados a creer que estas últimas formas, de tener alguna representación ideológica, lo más probable es que sean estilizaciones de la figura humana.

De las formas aquí arriba citadas como posibles representaciones de aves estilizadas, se pasaría sencillamente, con sólo suprimir la cabeza, de la cual ya sólo quedaban indicios en algunas de aquéllas, a otras formas abundantemente repartidas en los mismos gorros. Una de ellas, la número 4, en la fila D (fig. 24), está en el mismo gorro que las primeramente citadas y apenas difiere de ellas más que por la carencia de apéndice cefálico.

Mas ésta ofrece tales analogías con las de forma en T y aun las en Y, de que ya se ha hecho antes mención, tales como las de los números 1, 2, 3 y 4 de la fila A (fig. 46) y otras varias del mismo estilo, que acaso conviniera incluirlas a todas en un solo y mismo grupo, considerándolas como estilizaciones humanas. Pero con la reserva de que también pudieran interpretarse como representaciones de aves o acaso de otros seres y, aun como simples adornos, aun cuando esta última interpretación nos parece menos verosímil.

Puesto que las figuras de estos dos últimos tipos son muy abundantes en casi todas las estaciones con dibujos del arte rupestre primitivo, nos

parece prudente atenernos, al menos por ahora, a interpretarlas como lo han hecho los prehistoriadores.

Algunas otras figuras se hallan repartidas en los *sacups* portadores de los materiales objeto de este estudio, susceptibles de interpretarse como representaciones de aves; pero pueden referirse sin dificultad a alguno de los grupos anotados, por cuya razón prescindimos de ocuparnos de ellos particularmente, en honor también de la brevedad.

Las representaciones de reptiles, serpientes siempre o casi siempre, son abundantes entre los dibujos de que nos ocupamos. Las formas son, en general, imperfectas, como las relativas a los demás animales. Sin embargo, como el zigzag que origina la reptación de los ofidios resulta fácil de imitar, y la carencia de extremidades facilita la reproducción por el dibujo, algunas veces la figura resulta bastante perfecta.

En el número 7 (fig. 32) reproducimos parte de un pequeño grupo de formas tomado de la parte posterior (fig. 33) de un *sacup* donde se ven dos serpientes representadas con bastante propiedad, en una de las cuales, la de la izquierda, se reconoce la cabeza en el extremo superior.

El grupo, como se ve, está formado por una figura humana masculina estilizada de las que presentan, además de las extremidades torácicas y abdominales, otro par de apéndices intermedios, representación probable de vestido o adorno del cuerpo. A cada lado de ésta y un poco por encima, dominándola, se hallan las dos serpientes, y más arriba todavía, como con tendencia a interponerse entre las cabezas de éstas, una cruz, estilización acaso de otra forma humana.

En la misma área donde se halla ese grupo y un poco por debajo de él (fig. 33), hay otras tres figuritas formando parte acaso de un conjunto ideológico, de cuya interpretación no hemos de ocuparnos ahora. Uno de esos signos aparece reproducido en el número 2 de la figura 32.

Signos serpiformes son bastante abundantes entre los dibujos de los *sacups* de que ahora nos ocupamos. Basta pasar la vista por las fotografías reproducidas en este trabajo para darse cuenta de su número y variedad.

No nos detendremos en más detalladas consideraciones respecto de los diversos aspectos que esos signos presentan para no alargar demasiado este trabajo. Citaremos solamente una que, siendo serpiforme, pudiera interpretarse como representación de un ave, aun cuando esta segunda interpretación parece menos verosímil. Nos referimos al número 4 de la fila C (fig. 36). La parte superior podría corresponder a la cabeza con el cuello arqueado; la media al cuerpo, la posterior a la cola encorvada hacia abajo y, finalmente, el apéndice situado en la región inferior, un poco abultada, del tronco, representaría las patas.

Mas este último apéndice tal vez sea uno de los puntos esparcidos tan profusamente en la superficie externa de todos los *sacups*; si así fuera no

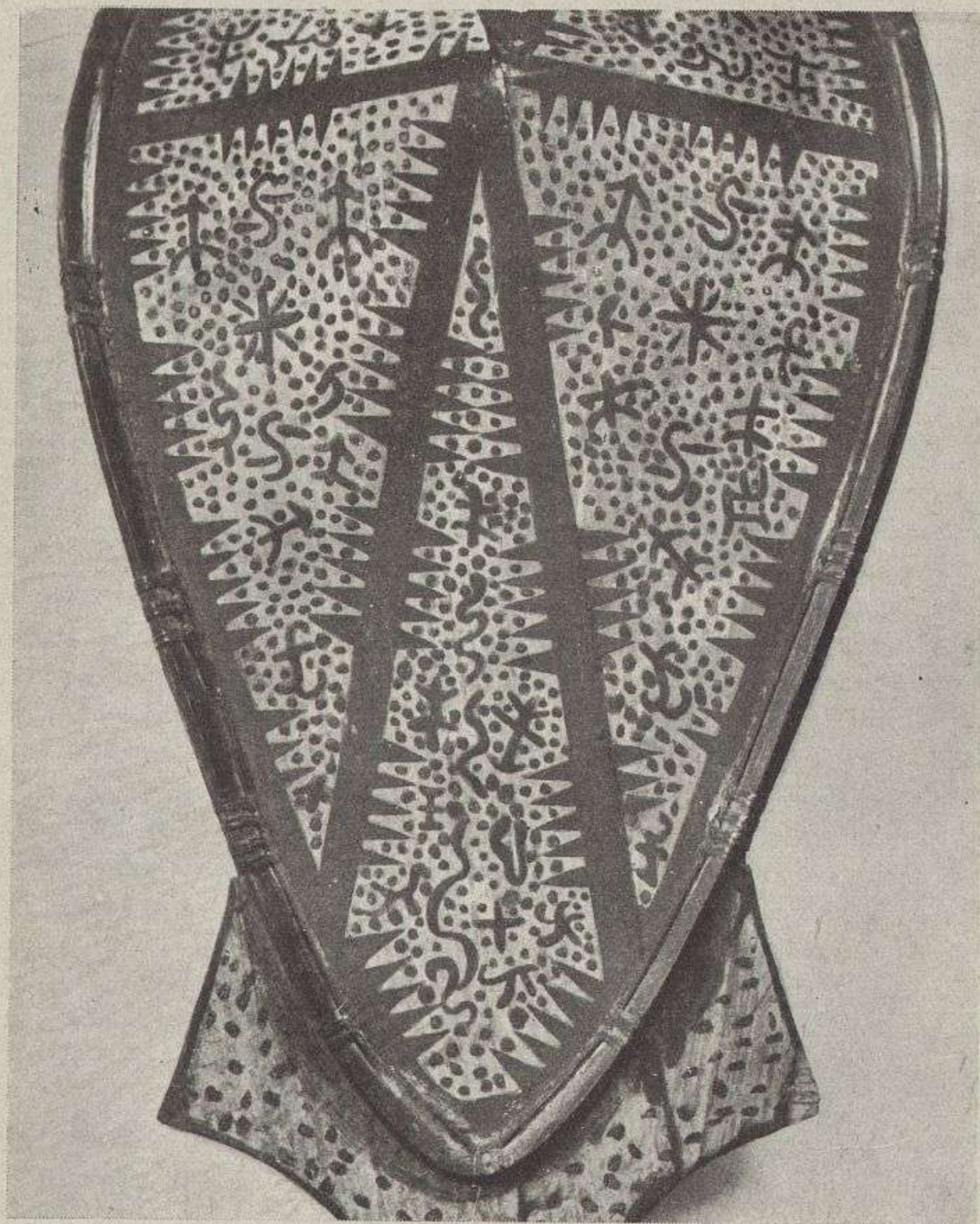


Fig. 42.

formaría parte de la figura, en cuyo caso ésta quedaría reducida a uno de tantos signos serpiformes apenas diferente del que le precede en la misma

línea y figura. Este no podría interpretarse mas que como representación de una serpiente o quizá de un gusano.

Tal vez puedan referirse a este grupo otros dibujos más sencillos, como los señalados con los números 2 y 3, en la fila D (fig. 36) y los 3 y 4, en la fila C (fig. 46), formas bastante frecuentes en los *sacups*, como en las estaciones prehistóricas. Tienen cierta semejanza con las letras S o Z, unas veces directas y otras inversas. Pueden, sin duda, interpretarse como representaciones serpiformes estilizadas que hubiesen experimentado una gran reducción. Mas no es menos cierto que podrían estimarse, con igual probabilidad de acierto, como medias sváticas de las que se observan

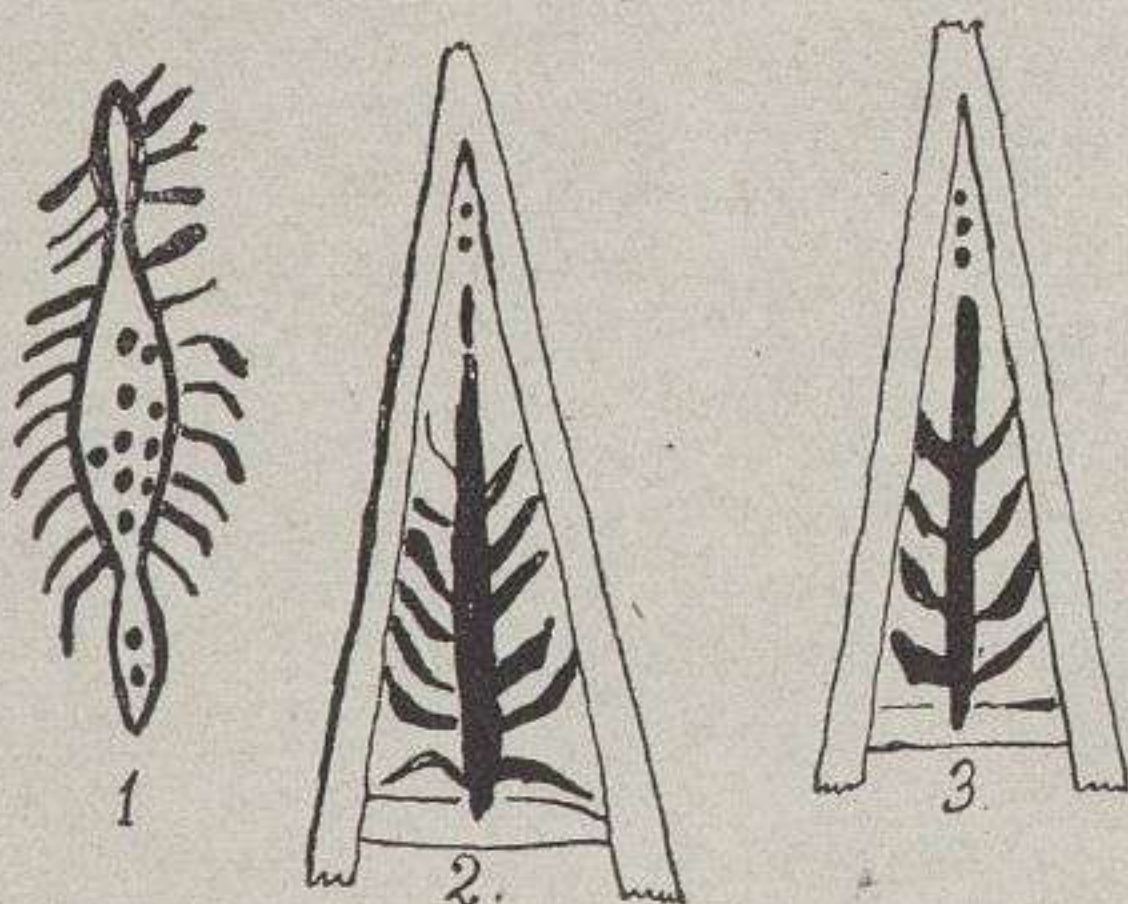


Fig. 43.—Dibujos tomados del *sacup* reproducido en las figuras 44 y 45.

varios ejemplos perfectamente caracterizados en el *sacup* reproducido en la figura 42, interpretación adoptada con frecuencia para ciertos símbolos análogos del arte rupestre y del ornamental primitivo.

Merece especial atención el dibujo señalado con el número 1 en la figura 43, que aparece en el *sacup* de la figura 44. Parece indudable que en él se ha querido representar un animal, si bien resulta imposible determinar el grupo zoológico a que pudiera pertenecer y mucho menos la especie representada. Por el gran número de apéndices, parecidos a patas, cabría pensar si el artista querría dibujar un ciempiés. Pero la forma del cuerpo difiere tanto de la de esos animales, que tal representación no parece probable.

Hay también entre los crustáceos formas múltipodas a las cuales pudiera intentarse asemejar la de que ahora tratamos. Pero su aspecto general dista tanto del de esos animales, que no parece razonable incli-

nar la interpretación en ese sentido, por lo menos mientras otros informes más concretos y precisos no disipen nuestras dudas sobre el particular.

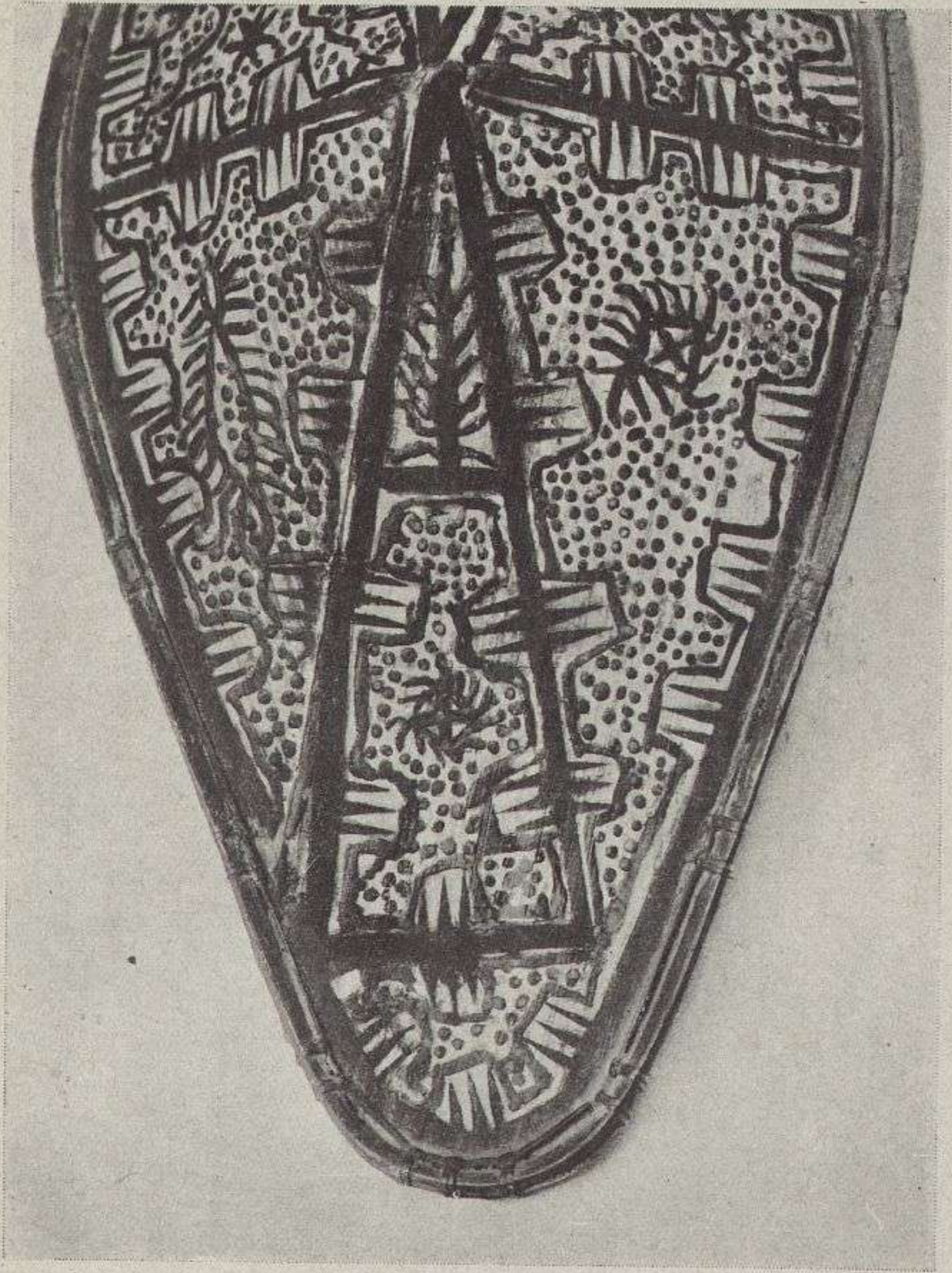


Fig. 44.

Llevando con la imaginación las ideas en otro sentido, quizá pudiera considerarse esta figura como representación de una nave, en cuyo caso los

apéndices corresponderían a los remos, y los puntos interiores a los navegantes. Más nos limitamos a señalar esa interpretación como posible y acaso hasta probable, aun cuando nos abstenemos de decidimos por ahora en este sentido.

Antes hemos citado el signo señalado con el número 7 de la fila B (figura 36) diciendo que podría considerarse, no sólo como representación humana, sino también del pulpo, tan frecuentemente reproducido entre los dibujos simbólicos y ornamentales antiguos y aun modernos. Nos limitamos a indicar algunas de sus posibles interpretaciones, mas sin establecer afirmaciones categóricas para evitar errores o equivocaciones.

3. Representaciones de vegetales.

Al hablar aquí de representaciones de vegetales entre los dibujos de los *sacups* objeto de estudio, es preciso proceder con reserva, porque en realidad acaso no pueda decirse con certeza que ninguna de las indicadas a continuación ofrezca caracteres innegables de alguna verdadera planta. Mas las hay que presentan bastante semejanza con determinadas formas vegetales y por eso nos hemos decidido a estudiarlas en un grupo especial bajo el epígrafe que encabeza estas líneas.

Además el número de formas referibles a vegetales es proporcionalmente escaso entre los dibujos de los *sacups*, y la parte artística es tan deficiente como en las representaciones animales. Mas si se tiene en cuenta que las formas interpretadas como vegetales en los cuadros o escenas hallados en muchas estaciones prehistóricas no son ni más abundantes ni mejor confeccionadas, se comprenderá sin dificultad que, al considerarlas como tales, no procedemos de manera arbitraria o caprichosa.

Lo que no parece dejar lugar a duda es que los signos incluídos en este grupo, como todos los de que ahora nos ocupamos, tuvieron, y acaso tienen, una significación ideológica, difícil sin duda de determinar, pero análoga a la de sus semejantes conservados en el arte prehistórico, aun cuando con el tiempo se haya perdido ya una parte importante del valor representativo y sufrido desviaciones y deformaciones con respecto a los tipos fundamentales primitivos. Esas deformaciones, y hasta pudiéramos decir adulteraciones, contribuirán, no poco seguramente, a dificultar la verdadera interpretación de su significado original.

El dibujo señalado con el número 9, en la fila B (fig. 46) ofrece bastante semejanza con un helecho arborescente o con una palmera. Ofrece

en su parte inferior una bifurcación de ramas cortas y un poco abultadas en sus extremos, susceptibles de ser consideradas como raíces u órganos de

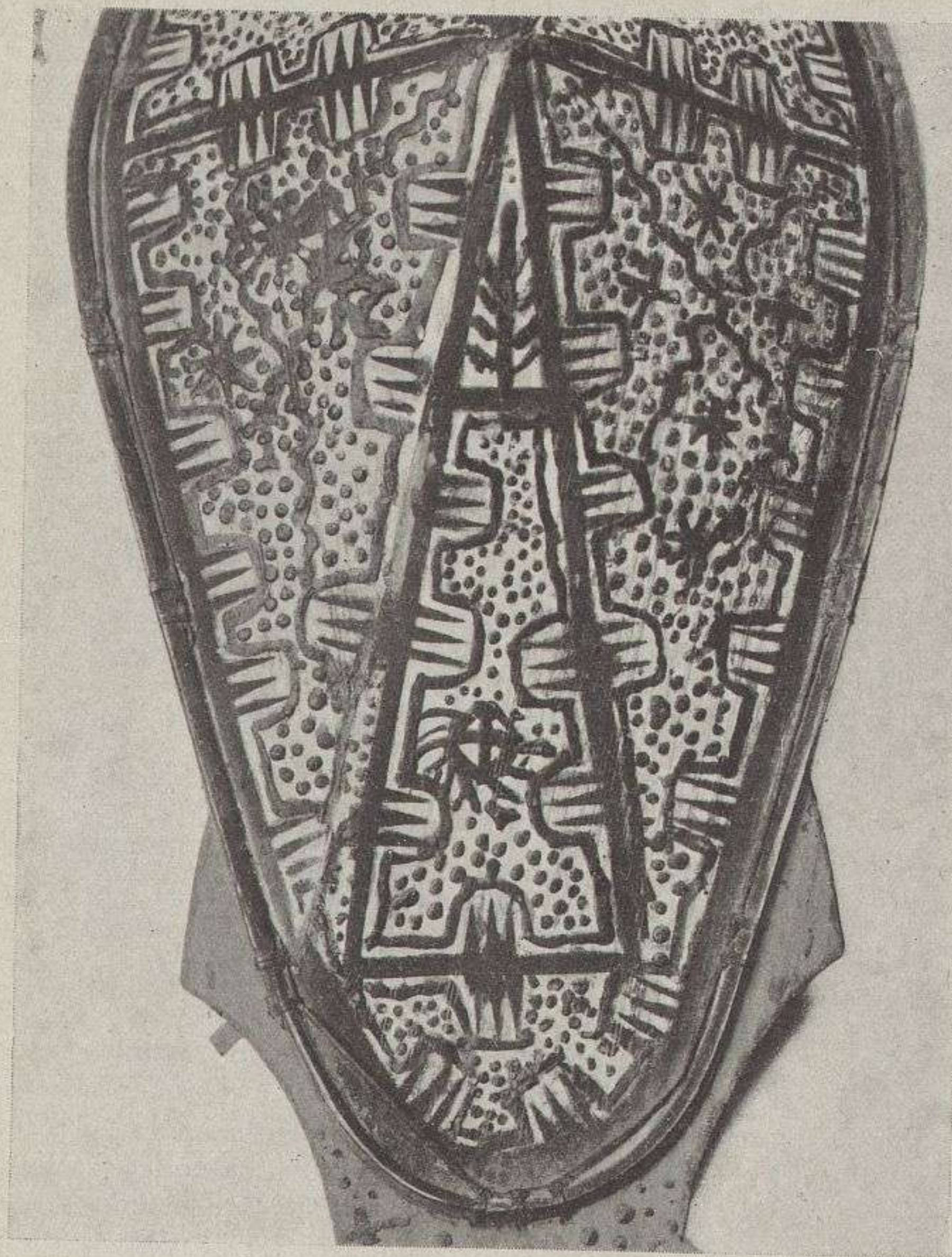


Fig. 45.

sustentación. Sigue luego un tallo recto a manera de estípite, ligeramente abultado no lejos de su origen y termina por su extremidad superior en un manojo de ramas (cuatro) más o menos divergentes, cuyo conjunto no

deja de ofrecer cierta semejanza, como antes se ha indicado, con las frondas de los helechos o las copas de las palmeras.

Pero cabe también otra interpretación acaso tan racional y verosímil, dentro del criterio adoptado respecto a las formas estilizadas. Podría suponerse, en efecto, estilización de la forma humana acéfala y de sexo femenino, provista del par de apéndices intermediarios entre los brazos y piernas. La sola diferencia con las de ese tipo consistiría en haber subido el par de apéndices intermediarios hasta arrancar casi del mismo punto que los brazos.

Esta última interpretación, aunque posible y algo probable, exige alguna mayor violencia en la deformación de los rasgos, por cuya razón juzgamos menos aventurado estimarla como representación de un vegetal que de la figura humana, sin negar por eso la posibilidad de que tenga esta última significación.

Más expresiva que la precedente es otra figura emplazada en el área lateral derecha del *sacup* (fig. 17). Una y otra difieren tan poco que casi no cabe dudar de su unidad de significación. Pero esta última parece representar con más propiedad alguna de las formas vegetales de los grupos antes mencionados, es decir, helechos arbóreos o palmas. Los órganos respectivos ofrecen formas muy semejantes en una y otra, si bien el conjunto de las hojas o frondas representa en la última con alguna mayor propiedad la copa de un árbol.

Cabe, sin embargo, interpretarla también como estilización de la figura humana. Las partes del cuerpo y el par de apéndices intermediarios adoptan disposición semejante. La diferencia más importante consiste en que en la última hay un apéndice impar y medio colocado en la prolongación del tronco, por cuya razón podría considerarse éste como el representante de la cabeza, que en la otra figura no existe.

Por lo demás estimamos enteramente aplicable a esta figura lo que dijimos de la precedente en cuanto a la interpretación que nos parece más racional de las dos señaladas.

Hay en uno de los gorros o *sacups* (figs. 44 y 45) dos dibujos, reproducidos en los números 2 y 3 de la figura 43, que nos parecen representaciones de plantas, acaso coníferas, aun cuando sus caracteres aparecen muy poco expresivos. Pero siguiendo el criterio de los prehistoriadores, podrían considerarse también como representaciones de animales o como grupos de éstos.

Quizá pudieran estimarse esos dibujos como representaciones cada uno de una bandada de aves volando unas tras otras, análogamente a como lo hace nuestro buen amigo y compañero D. Juan Cabré, cuando se

refiere a las representaciones de aves en los objetos procedentes de Azaila (1).

Mencionaremos, por último, en este grupo algunas formas de caracteres muy vagos y confusos, tales como las representadas en los números 5 al 9 en la fila D (fig. 36). Ciertamente que su asimilación a formas vegetales ofrece bastantes dificultades; pero su aspecto ramoso las asemeja más a esos seres que a cualquiera otra clase de objetos. Quizá sean signos muy transformados que ahora distan mucho de sus primitivas formas.

El último de ellos, el señalado con el número 9, acaso pudiera tomarse sin gran esfuerzo como representación de un asta de ciervo, y forzando un poco la imaginación podría llegar a atribuirse a alguna otra de las que la preceden igual significación. Pero es muy extraño que se hubiese pretendido dibujar astas de ciervos cuando entre todos los dibujos no hay ni una sola figura que pueda considerarse como representación, aun grosera, de esos animales.

Finalmente, la forma representada en el núm. 4 (fig. 30) quizá represente una planta, o simplemente una rama de algún árbol. Mas sus caracteres son tan indecisos, que no es fácil emitir juicio algún tanto seguro sobre su significación.

4. Representación de otros objetos.

Entre los dibujos o signos que estudiamos hay muchos que, siguiendo el criterio de arqueólogos y prehistoriadores, pueden considerarse como representaciones del Sol o de las estrellas. Tal sucede con el señalado en el núm. 5 de la fila A (fig. 24). Aparece cubierto por un arco (¿arco iris?) y rodeado de puntos que podrían considerarse como estrellas. Pero estos puntos no pueden estimarse como elementos anejos a esta figura, sino formando parte de los que, como varias veces se ha dicho y puede verse en las fotografías adjuntas, ocupan toda la superficie libre de otros dibujos en las copas de los gorros.

Como representaciones del Sol quizá deban considerarse los signos señalados con los números 9 y 10 de la fila A en la figura 36, y acaso los dos que les preceden en la misma fila y figura (números 7 y 8), y como soles o estrellas pueden estimarse otros muchos dibujos asteriformes re-

(1) Cabré Aguiló (D. Juan): *Las estilizaciones de aves y caballos de Azaila*.—(En este mismo tomo, Memoria XLIII, pág. 3).

presentados en las figuras 24 y 45, así como otros muchos contenidos en las fotografías adjuntas.

Más conviene no olvidar las consideraciones expuestas al ocuparnos de los dibujos asteriformes y los cruciformes, considerados como posibles estilizaciones de la forma humana.

El dibujo reproducido en el núm. 1, fila A (fig. 24), despierta algún interés. Al primer golpe de vista puede creerse que el dibujante quiso re-



Fig. 46. —Elementos pictóricos más importantes tomados del *sacup* reproducido en las figuras 10 y 48.

presentar una mariposa. El trazo central representaría el cuerpo y las expansiones laterales las alas extendidas.

Más teniendo en cuenta la escasez de representaciones de esa clase de insectos en el arte pictórico primitivo, y conformándonos voluntariamente con la interpretación dada a las figuras semejantes halladas en el arte rupestre y aun en períodos más modernos, aunque remotos siempre, nos parece más acertado interpretar esa figura como representación de la doble hacha o hacha de dos bocas, con su correspondiente mango.

Aunque desprovista de éste, puede considerarse asimismo, sin escrúpulo, como doble hacha el signo que le sigue, núm. 2, en la misma línea y figura, el cual se halla profusamente representado en el arte prehistórico con formas muy semejantes, y ha sido interpretado como lo hacemos nosotros, siguiendo precisamente las huellas de los prehistoriadores.

Las formas poligonales cuadriláteras o cuadradas, con sus diagonales, se hallan con frecuencia y deben haber tenido igual origen y significación

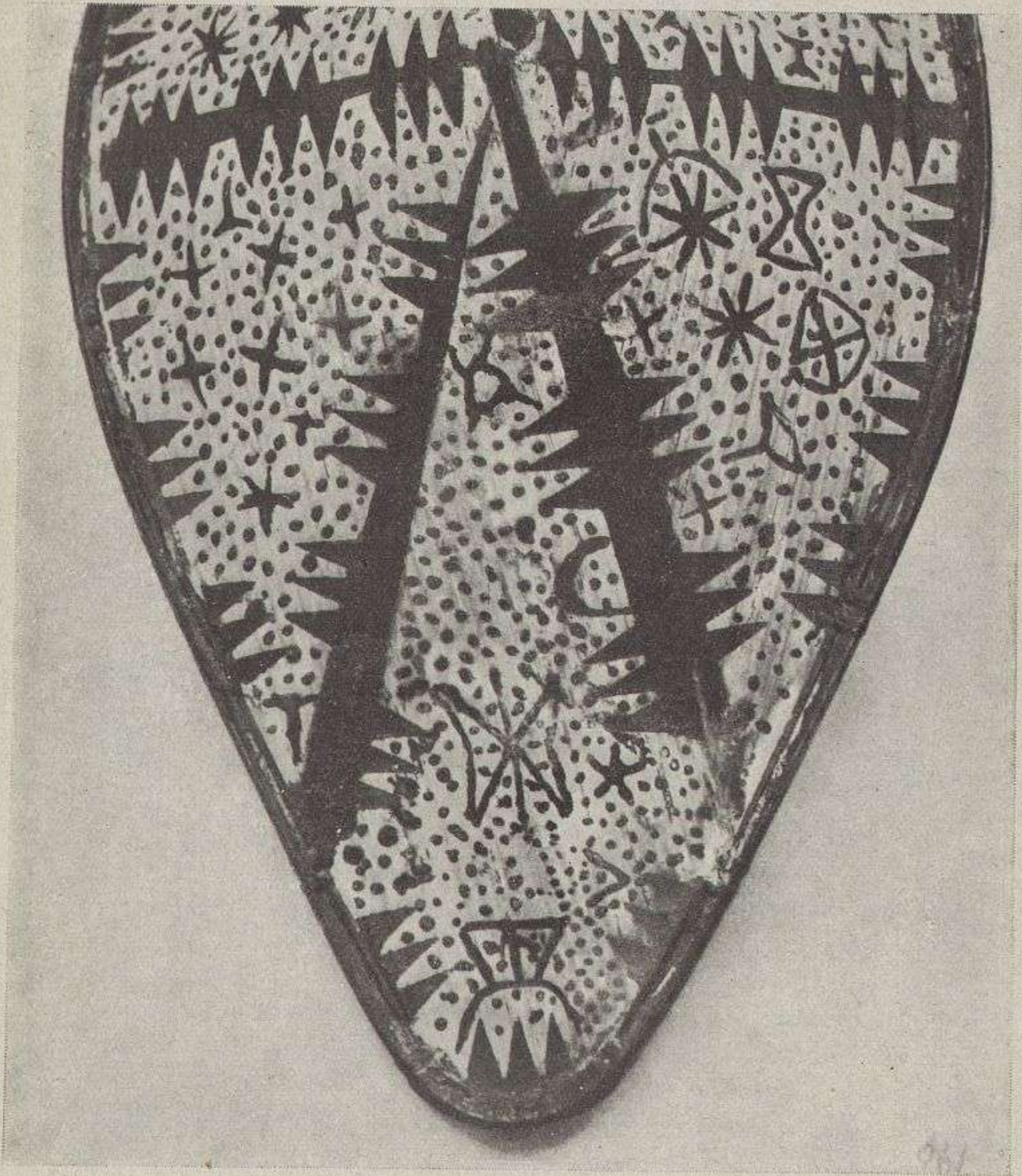


Fig. 47.

que sus semejantes halladas entre los dibujos legados por los pueblos primitivos. En el núm. 3 de la fila A (fig. 24) y en el 1 de la fila B (fig. 34)

reproducimos dos de esos signos tomados de entre los que se hallan en el *sacup* de las figuras 8, 47, 48 y otros.

Tal vez esas figuras puedan considerarse como simples modificaciones de la svástica, que tan amplia representación ha tenido en el arte pictórico primitivo, o como sus formas generadoras, aun cuando, según dejamos indicado, de acuerdo con la generalidad de los prehistoriadores, la svástica pudo ser derivación de la forma humana.

Merece fijar la atención un detalle de esas figuras que puede ejercer marcada influencia sobre su posible significación. En las dos se ven cuatro puntos situados en los ángulos de la cruz formada por las diagonales. Esos cuatro puntos o pequeños círculos podrían tener significación análoga a los del dibujo interpretado como cruz del Santo Sepulcro (núm. 4 de la figura 32), en cuyo caso aquéllos podrían derivar de éste sin otra modificación que convertirse las ramas o lóbulos de bifurcación de la cruz en los trazos de las líneas poligonales de los dibujos en cuestión.

Juzgamos de especial interés el dibujo señalado con el núm. 6 en la fila C de la figura 46.

Creemos poder incluirle, sin esfuerzo alguno, en el grupo de los llamados tectiformes en la terminología prehistórica.

Tal como se halla colocado en la figura puede interpretarse sin dificultad, a nuestro modo de ver, como representando una choza, casa o edificio sostenido sobre pilotes o estacas, ofreciendo notable semejanza con algunos de los encontrados en las cavernas, abrigos o estaciones prehistóricas de diversas localidades y aun entre los dibujos ornamentales protohistóricos. Los dos brevísimos apéndices o prominencias que se notan en la parte más culminante serían piezas de sujeción del techo y los cuatro puntos visibles en la superficie lateral del cuerpo del edificio serían ventanas. La línea horizontal de donde parten los pilotes o columnas correspondería al piso.

Llama un poco la atención el hecho de que los tres pilares centrales ofrezcan todos una ligera inclinación en el mismo sentido, circunstancia poco favorable a la estabilidad del edificio. Pero no es raro observar fenómeno semejante en los dibujos prehistóricos interpretados como representaciones de edificios o construcciones rudimentarias.

Aún podría atribuirse a esa interesante figura otra significación. Si en lugar de suponerla colocada en la posición que tiene en el grabado la imaginamos invertida, podría representar una pequeña nave con cuatro remos representados por los cuatro vástagos más largos, inclinados todos en el mismo sentido, como suelen dibujarse siempre que se reproducen embarcaciones a remo. Los cuatro puntos podrían representar los remeros

contenidos en el casco, y una especie de patrón o jefe situado en lo que podría considerarse como la popa de la pequeña nave.

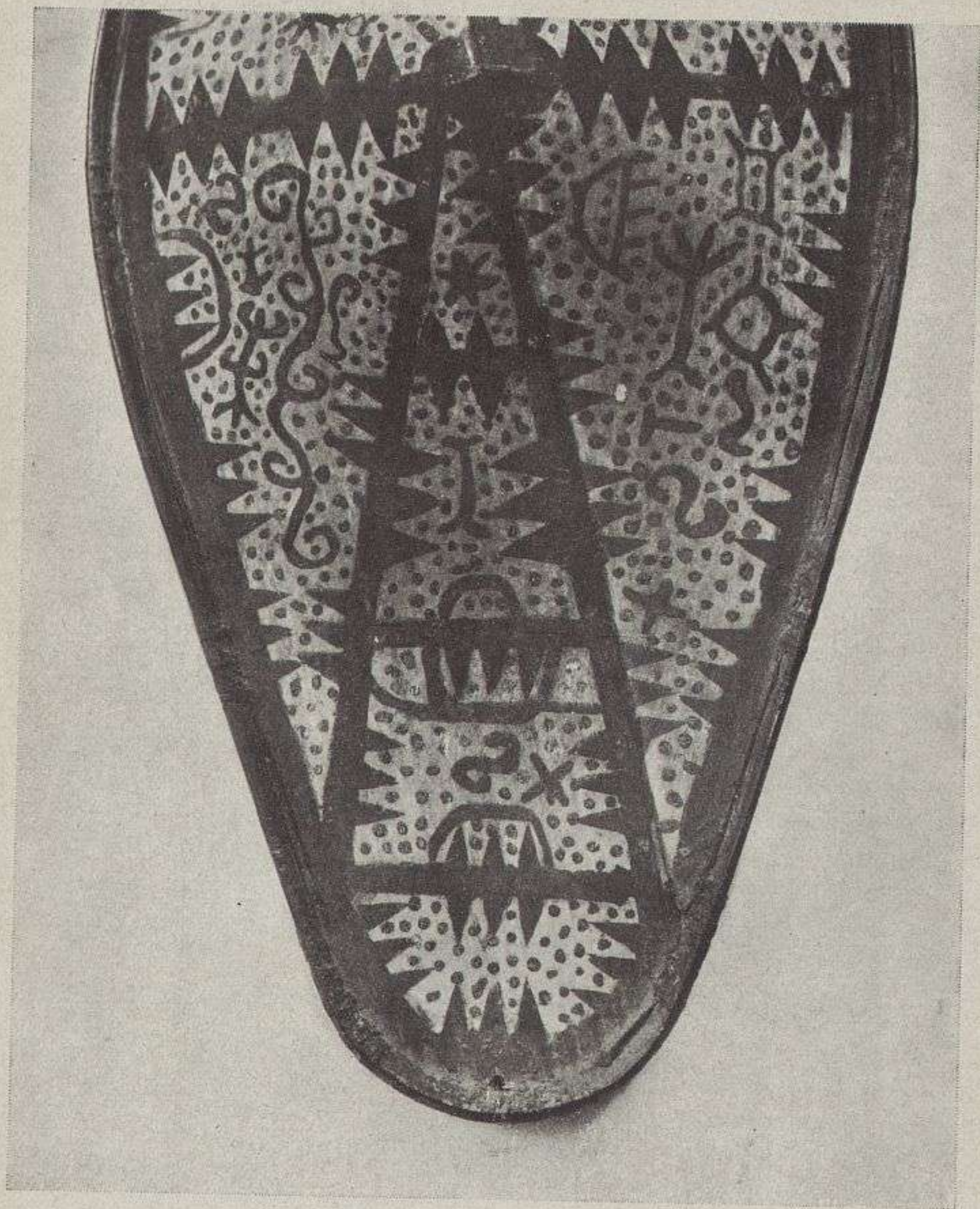


Fig. 48.

Quizá esta segunda interpretación parezca un poco fantástica. Mas obsérvese que no la emitimos sino como una interpretación posible, sin

empeño ninguno en sostenerla. Sin embargo, si se compara esa figura con algunas del arte primitivo que han sido consideradas como embarcaciones, la hipótesis parecería menos fantástica y teórica y adquiriría caracteres de verosimilitud.

Con esa ofrecen algunas analogías otras representadas con cierta profusión en varios *sacups*, especialmente en el de la figura 48 de donde fué copiada aquélla, tales como las señaladas con los números 7 de la misma fila y figura y 2 y 3 de la fila siguiente, D, en la misma figura.

Tal como las presentamos en el grabado, que parece ser su posición natural, pudieran considerarse como representaciones de viviendas, con sus habitantes indicados por los picos incluídos dentro de ellas. Pero si se tiene en cuenta que esos picos corresponden al adorno general de todos los gorros, que probablemente fueron hechos en otro momento, acaso por otro artista y con tinta diferente de los arcos formadores del supuesto techo, al igual que los puntos en ellos encerrados, nos creemos inducidos a pensar que tales arcos sean simplemente figuras ornamentales, o, si fueron en un principio representaciones de moradas, los otros elementos no les pertenecen o les pertenecen solamente los puntos. Las bandas y las puntas triangulares unidas a ellas forman, como se dijo al principio, puramente motivos ornamentales, a nuestro juicio ajenos a la significación ideológica de los demás dibujos.

A veces, signos de esa clase ofrecen alguna mayor complicación, induciéndonos a pensar que acaso no sea enteramente desacertada la idea de suponerlos edificios o moradas. El núm. 4 de la fila A (fig. 24) está constituido por un arco, como los de que acabamos de hablar, sobre cuya parte más elevada se apoya una figura trapezoidal, con la base mayor arriba. Dentro de ese trapecio y de la parte central de su base menor sale un vástago recto, que se eleva verticalmente hasta llegar cerca de la base superior. Del extremo más elevado de ese vástago parten, a uno y otro lado, a manera de penachos, dos apéndices que caen formando ángulos agudos a los lados de aquél.

¿Sería aventurado pensar que esta disposición tectiforme representa un edificio principal, coronado por una pieza accesoria sobre la cual ondea una especie de bandera o gallardete sujeto a un astil?...

El dibujo marcado con el núm. 3 en la fila B de la figura 34, probablemente no tendrá ya más significación que la puramente ornamental. Pero no es empresa difícil averiguar su génesis, analizando y comparando ciertos elementos representados con alguna profusión entre los dibujos que estudiamos.

En el núm. 4 de la fila A, en la misma figura 34, que supusimos

representación bastante estilizada de una forma humana masculina, se ven los brazos arqueados y encorvados hacia la parte inferior. Debajo de cada uno de éstos se ve un punto que nos abstuvimos de precisar si pertenecerían a la figura o serían unos de tantos como hay sembrados en las copas de los gorros, entre los otros dibujos. Mas ahora nos interesa tomarlos en consideración.

Reduciendo la cabeza en esa figura hasta hacerla desaparecer, como con tanta frecuencia ocurre en las formas estilizadas, y prescindiendo de los puntos, resultan formas como la señalada con el núm. 3 en la figura 32.

Acortando en ésta las extremidades abdominales hasta lograr su casi completa desaparición, se llega a otras tales como la núm. 7 de la figura 25. Y acortando un poco el cuerpo quedan convertidas en figuras del tipo de la señalada con el núm. 6 en la figura 32.

Uniendo ahora varias de estas figuras por los brazos, resultan conjuntos como el núm. 4 de la fila B (fig. 34). Y si restablecemos ahora los puntos suprimidos del signo núm. 4 de la fila A de la misma figura, colocando uno debajo de cada arco, se llega a formas como la núm. 3, fila B, en la misma figura, cuyo origen tratábamos de averiguar.

En cuanto a los signos señalados con el núm. 5 en la fila B de la misma figura 34, pueden considerarse también como simples elementos ornamentales o, al menos, de sentido simbólico difícil de determinar, si bien pueden suponerse derivados de las figuras humanas estilizadas en cuya formación entraba el disco blanco rodeado por una circunferencia negra y provisto o no de punto central. No juzgamos necesario detenernos en determinar su génesis y probable significación primitiva, igual, sin duda, a la que antes les atribuyéramos.

Con estos elementos y los precedentemente mencionados está constituido el pequeño grupo representado en el núm. 2 de la fila B de la figura 34.

Ese es un grupo ornamental que se ha conservado después, más o menos modificado, en el adorno de numerosos utensilios, a través de todos los tiempos, hasta nuestros días.

Encuétranse en los *sacups* numerosos signos muy parecidos a los utilizados en las antiguas escrituras egipcias, árabes, hebraicas, etc. Así acontece con el núm. 6 de la fila D (fig. 28), el 5 de la figura 32, y otros muchos diseminados en aquéllos. El último acaso represente una estilización de la figura humana, puesto que en el arte primitivo se hallan formas muy semejantes que han sido consideradas como tales.

Por último, hay otros muchos signos, tales como los señalados con los

números 1 y 2 de la fila C, los 3, 4 y 7 de la D en la figura 28, y otros varios, bastante numerosos por cierto, sobre cuya posible significación no nos atrevemos a emitir juicio. Mas de la generalidad de ellos, acaso de todos, hay abundante representación en el arte rupestre y en muchos yacimientos y objetos pertenecientes a los pueblos primitivos, por cuya razón nos limitamos a indicar las analogías y semejanzas existentes entre unos y otros, pensando que sobre su significación serán aplicables las mismas hipótesis y conjeturas admitidas para estos últimos.

He aquí una somera descripción de los principales tipos de dibujos ideológicos y estilizaciones contenidas en los gorros o *sacups* del primer grupo. Podíamos haber realizado un análisis mucho más minucioso y detallado que, sin duda alguna, sería de gran utilidad, y agregado varios grupos de que ni siquiera hemos hecho mención. Mas como esta es la primera vez que el asunto aparece en el campo de la investigación, juzgamos suficiente plantearlo en simple bosquejo, sin perjuicio de desarrollarlo cuando hayamos adquirido nuevos materiales o se nos presente ocasión oportuna.

SEGUNDO GRUPO

Como antes hemos indicado, los gorros o *sacups* de este grupo difieren notablemente de los del primero, no sólo por su confección, sino también, y muy principalmente, por la naturaleza de sus adornos.

Unos como otros están formados por las dos láminas de hoja de palma imbricadas de la misma manera, adoptando en conjunto la forma de navecilla, hallándose limitada la parte que hemos denominado copa, superior e inferiormente por los filetes de caña ya mencionados. Pero los de este segundo grupo difieren de los del primero por varios caracteres que vamos a indicar someramente.

Por su parte anterior ofrecen una corta expansión redondeada que sobresale más allá de la copa, formando una especie de visera constituida por las dos láminas superpuestas, como en el espolón, y recortadas, siguiendo una curva parecida a la formada en esa región por la copa (figs. 49, 51 y 53).

Posteriormente terminan en un espolón equivalente al de los del primer grupo, aunque más sencillo (fig. 50). En éstos se reduce a una expansión triangular formada también por las dos láminas de palma, recortadas para terminar en ángulo bastante agudo, y es mucho más pequeño que en aquéllos. Sus bordes son rectilíneos, enteramente lisos, a diferencia de

los del primer grupo, en que ofrece festones y escotaduras simétricas, de aspecto más o menos caprichoso y de bastante buen gusto artístico.

Los *sacups* de este segundo grupo de la colección del Museo carecen de dibujos por su parte interna o inferior.

Los de la externa son, como los del grupo primero, de dos clases bien distintas: unos que podríamos llamar de contorno, limitados a bordear la copa y el espolón, y los otros contenidos en la superficie externa de la copa y que son los que forman la principal ornamentación.

Los del contorno están reducidos a una banda de cerca de dos centímetros de ancha, extendida por dentro del filete prismático limitante de la copa; tiñe completamente la visera y bordea el espolón por sus lados externos. El lado de unión de éste con la copa, lado curvo, naturalmente, unas veces está bordeado por esa banda (fig. 50) y otras no (fig. 52).

La banda del contorno limita en la copa una superficie cónica de base elíptica muy excéntrica, análoga a la de los otros, en la que están contenidos los dibujos que forman su adorno.

Estos *sacups* acaso llevasen algún otro adorno de plumas u otros objetos como los indicados por Fay-Cooper Cole. Fundamos esta sospecha en la circunstancia de existir en los espolones de alguno de ellos ciertos agujeros cuyo objeto pudo ser el de ofrecer medios de sujeción de aquéllos. Mas en todo caso su colocación no debía ser permanente, sino circunstancial, tal vez limitada a determinados actos o ceremonias. Pero, como ya antes hemos indicado, no quedan, ni quedaban hace muchos años, cuando fueron a las colecciones del Sr. Fernández, huellas respecto de la naturaleza, significación, importancia y colocación de tales adornos, si es que existieron.

Los dibujos que constituyen la verdadera ornamentación de estos gorros ocupan enteramente la superficie cónica limitada por la ancha banda de contorno de la copa.

Están ejecutados, como en los del primer grupo, con tinta o pintura diferente de la empleada en la citada banda. La utilizada en ésta es una tinta negra, mate, basta; mientras la de aquéllos es más fina y brillante, y debió ser bastante espesa al usarla, porque las líneas ofrecen cierto relieve.

Resulta, por tanto, que en estos *sacups*, como en los del primer grupo, hay dos clases de dibujos diferentes, tanto por los materiales empleados como por la manera de estar ejecutados; pero la distribución de unos y otros, así como la morfología, son muy distintas.

Para la distribución de los adornos, la superficie de la copa de cada *sacup* está dividida en cuatro porciones análogas a las fundamentales ob-

servadas en los del grupo precedente. Mas en lugar de las bandas de éstos, la división se hace en los que ahora estudiamos por líneas delgadas dispuestas de la manera siguiente: dos ocupan el borde libre de cada una de las láminas integrantes de la copa y otras dos las posiciones simétricas de aquéllas, resultando unas exactamente en continuación de las otras, como si fueran sólo dos líneas cruzadas en el vértice o cúspide de la copa. Así cruzadas forman un aspa o X de ángulos agudos muy pequeños, análogamente a como estaban las dos bandas principales en los *sacups* del grupo precedente, como se ve en las fotografías adjuntas.

Esas dos líneas dividen a toda la superficie de la copa, en los cuatro campos o áreas antes mencionados: dos medias, una anterior y otra posterior, y dos laterales, derecha e izquierda respectivamente.

Estas áreas o campos son triangulares, isósceles, con las bases curvas, como formadas por las porciones respectivas de la elipse a que corresponden.

Las áreas centrales, tanto la anterior como la posterior, están cortadas en su parte inferior o externa por una o dos líneas paralelas entre sí, perpendiculares a la bisectriz del ángulo de la cúspide. Cuando hay una sola, reúne los extremos de las ramas de la X, haciendo de base del triángulo isósceles así formado. En ese caso, el área queda dividida en dos porciones bien limitadas y muy desiguales en forma y extensión: una mayor, que es un triángulo isósceles ya mencionado, y la otra, más pequeña, es un segmento circular, o, para hablar con más propiedad, elíptico, como es la curva que bordea la copa. Cuando hay dos de estas líneas, la segunda divide al segmento de curva ahora mencionado en dos porciones, una trapezoidal y la otra en forma todavía de segmento de curva, a veces de muy poca altura.

Los cuatro *sacups* que poseemos de este grupo presentan todos los dos casos indicados de división de sus áreas medias, ya en dos partes, ya en tres; pero en ninguno lo están ambas de igual modo. En unos, la anterior es sencilla (fig 51) y la posterior doble (fig. 52), mientras en otros ésta es sencilla (figs. 50 y 54) y aquélla doble (figs. 49 y 53).

Las áreas laterales son también triangulares, con el ángulo de la cúspide muy obtuso y el lado opuesto curvo, de gran radio, como correspondiente a la parte más ancha de la elipse de la copa. También pueden considerarse estas áreas como rombos muy prolongados, uno de cuyos ángulos obtusos hubiese sido redondeado.

Todos esos detalles se ven perfectamente en las fotografías adjuntas.

Los otros dibujos, los contenidos en las áreas de estos *sacups*, casi no ofrecen analogías ni semejanza con los denominados simbólicos que ocu-

paban las de los del primer grupo. Están constituídos por unos cuantos motivos, muy reducidos en número, que por lo común se repiten, formando conjuntos ornamentales distintos.

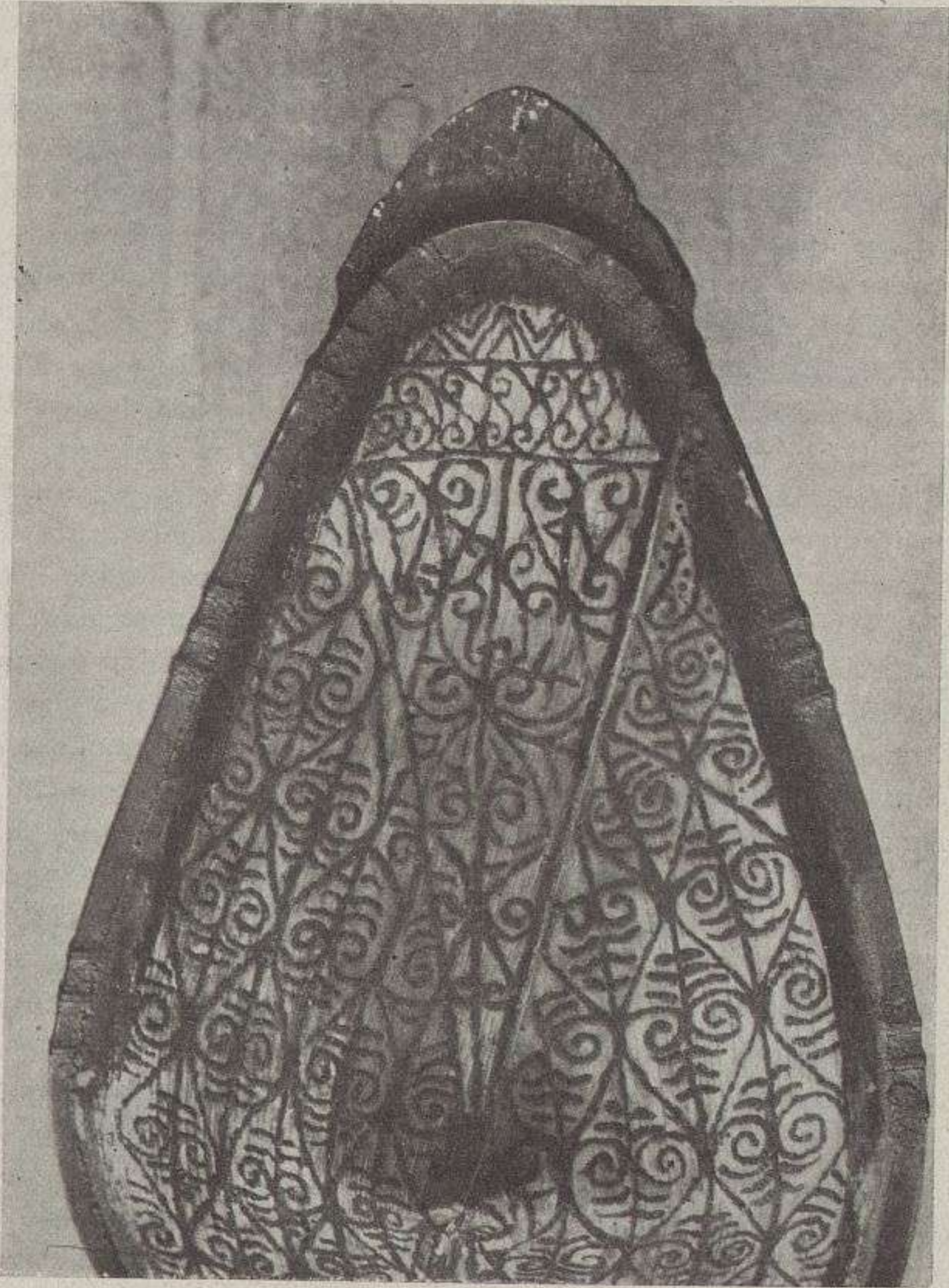


Fig. 49.

Hablando en términos generales, puede decirse que las cuatro grandes áreas están adornadas con un solo motivo; pero la distribución, orientación y aun la forma y la manera de combinarse, ofrece diferencias muy

apreciables en las áreas centrales o medias y las laterales. En cambio, los motivos empleados en las pequeñas áreas trapeziales y en los segmentos o campos marginales anterior y posterior son casi siempre muy

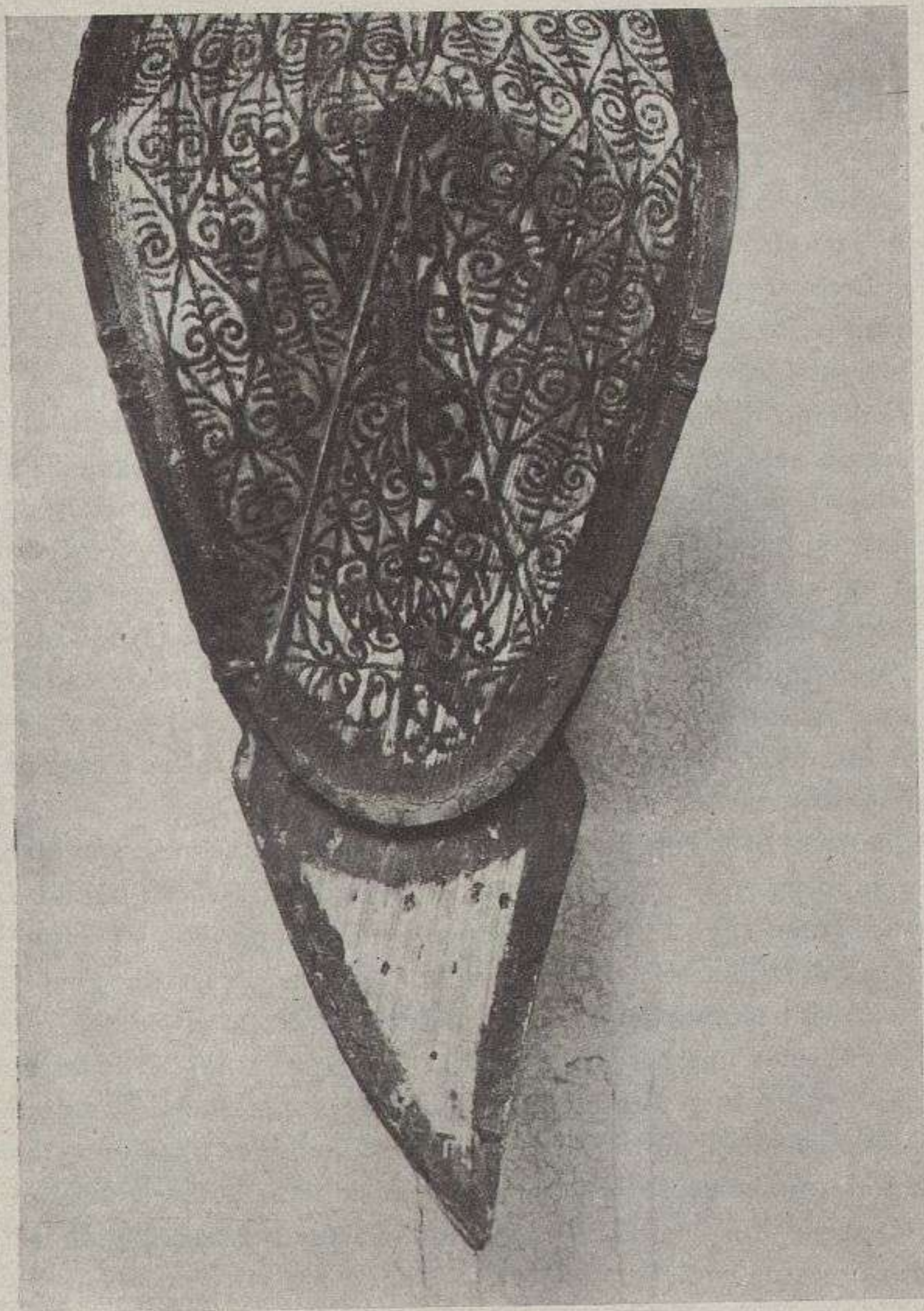


Fig. 50.

distintos de aquéllos, aun cuando alguna vez estén formados por elementos del mismo origen.

Así, el segmento correspondiente al área anterior en la figura 51 está

ocupado por dos series de líneas paralelas entre sí, pero oblicuas y simétricamente colocadas con respecto a otras dos, convergentes, en ángulo recto, en el punto medio de la base del triángulo isósceles respectivo.

El segmento correspondiente al área media posterior del mismo gorro (fig. 52) está dividido en una porción trapezoidal y otra en forma de segmento de curva.

Este último está ocupado por una sola figura, que indudablemente representa el Sol, si hemos de atenernos al criterio interpretativo adoptado en general. Quizá convenga no desdeñar la circunstancia de presentar esta figura un círculo blanco en el interior, provisto de un punto negro central, como otras muchas halladas en los *sacups* del primer grupo, por si pudiesen tener igual significación. Mas nótese al primer golpe de vista que esta figura parece más perfecta y regular que aquéllas.

En el dibujo de la porción trapezoidal de esta área se repite el motivo del segmento anterior, es decir, las series de líneas paralelas entre sí, oblicuas y simétricamente colocadas con respecto a otras de donde parten. Pero éstas, en lugar de ser convergentes, como las del segmento anterior, son a su vez paralelas entre sí y perpendiculares a las bases del trapecio, originándose de esa manera grupos de triángulos semejantes, de bases comunes y contenidos unos en otros. Los grupos contiguos de esos triángulos resultan invertidos los unos con respecto a los otros, y como se tocan los lados homólogos de los respectivos triángulos, resultan series de líneas quebradas dispuestas en zigzag.

Ese motivo está reproducido con caracteres bastante semejantes en otro pequeño campo, también trapezoidal, situado en el área lateral derecha del mismo gorro (fig. 52). Y simétrico con ese pequeño campo hay en el área lateral izquierda otro, también trapezoidal y casi de igual tamaño, cuyo dibujo es bastante semejante al anterior. Pero en él se han suprimido las líneas matrices que servían de apoyo y origen a las oblicuas paralelas simétricas. Mediante la supresión de esas líneas han quedado sólo las figuras triangulares semejantes, de base común, incluídas unas en otras.

Este último motivo se repite con los mismos caracteres en el pequeño campo trapezoidal del área media anterior de otro *sacup* (fig. 53) y en el segmento del área semejante del reproducido en la figura 49.

Obsérvese que en el pequeño segmento del extremo anterior del área central del *sacup*, figura 53, no hay más adorno que una serie de seis puntos colocados en una sola línea paralela a la base menor del trapecio vecino. Es un motivo enteramente distinto de los observados en los campos análogos y no es fácil interpretar su significación. Quizá depende de la pequeñez del espacio que no permitía dibujos de mayor complicación.

Innecesario parece advertir que ese tipo de dibujos triangulares o en zigzag se ha reproducido con extremada profusión en las distintas manifestaciones del arte ornamental desde los primitivos tiempos hasta nuestros días. Simplificándole hasta dejar reducidas las líneas oblicuas simétricas a dos o a una solamente, y acercando más o menos los pies de cada una con los de la serie vecina, resulta la línea quebrada simple o doble, en zigzag, tan copiosamente representada en los objetos primitivos, especialmente en la cerámica, en la que todavía sigue usándose en la actualidad, a veces acompañada de puntos situados en el interior de los ángulos.

Con frecuencia, los dibujos de los sectores y los de los pequeños campos trapeziales de las áreas medias son elementos tomados de los que constiuyen el adorno de las grandes áreas laterales y en las triangulares centrales. Pero casi siempre ofrecen importantes modificaciones, acaso para adaptarse al pequeño espacio disponible. Así sucede en los segmentos marginales de los *sacups* reproducidos en las fotografías de las figuras 50 y 54, y en el campo trapezoidal del área media anterior de la figura 49.

Aunque el dibujo de las áreas triangulares medias y las laterales obedece en todos estos gorros al mismo tipo fundamental, nótanse ciertas diferencias, unas relativas a la orientación, otras a la morfología y algunas a la introducción de elementos diversos.

Para analizar, siquiera sea someramente, la morfología de estos dibujos, fijémonos en las fotografías de las figuras números 49 y 50, correspondientes a un mismo *sacup*.

Obsérvese en primer término, particularmente en las áreas laterales, una serie de líneas paralelas dirigidas en el sentido anteroposterior y paralelas al contorno de la copa en esa región. Tomando en ellas distancias iguales entre sí y algo mayores (una mitad más aproximadamente) que la distancia entre dos de ellas, y uniendo estos puntos de división, alternativamente, por otras líneas rectas, resultan series de rombos iguales, alternados los unos con los otros, cuyas diagonales mayores corresponden a las líneas longitudinales primero mencionadas.

En cada uno de los ángulos obtusos de los rombos nace una especie de voluta dirigida hacia dentro, de manera que las dos de cada rombo vienen a ponerse en contacto o casi en contacto con la diagonal mayor hacia la parte media.

Debajo de la parte terminal o interna de esas volutas se observan dos o tres trazos que, partiendo de la diagonal, a distancias aproximadamente iguales, se dirigen a ambos lados, arqueándose un poco hacia arriba. Su

longitud es un poco variable y decreciente a medida que se alejan del centro del rombo, pero en general no alcanzan a los lados de éste.

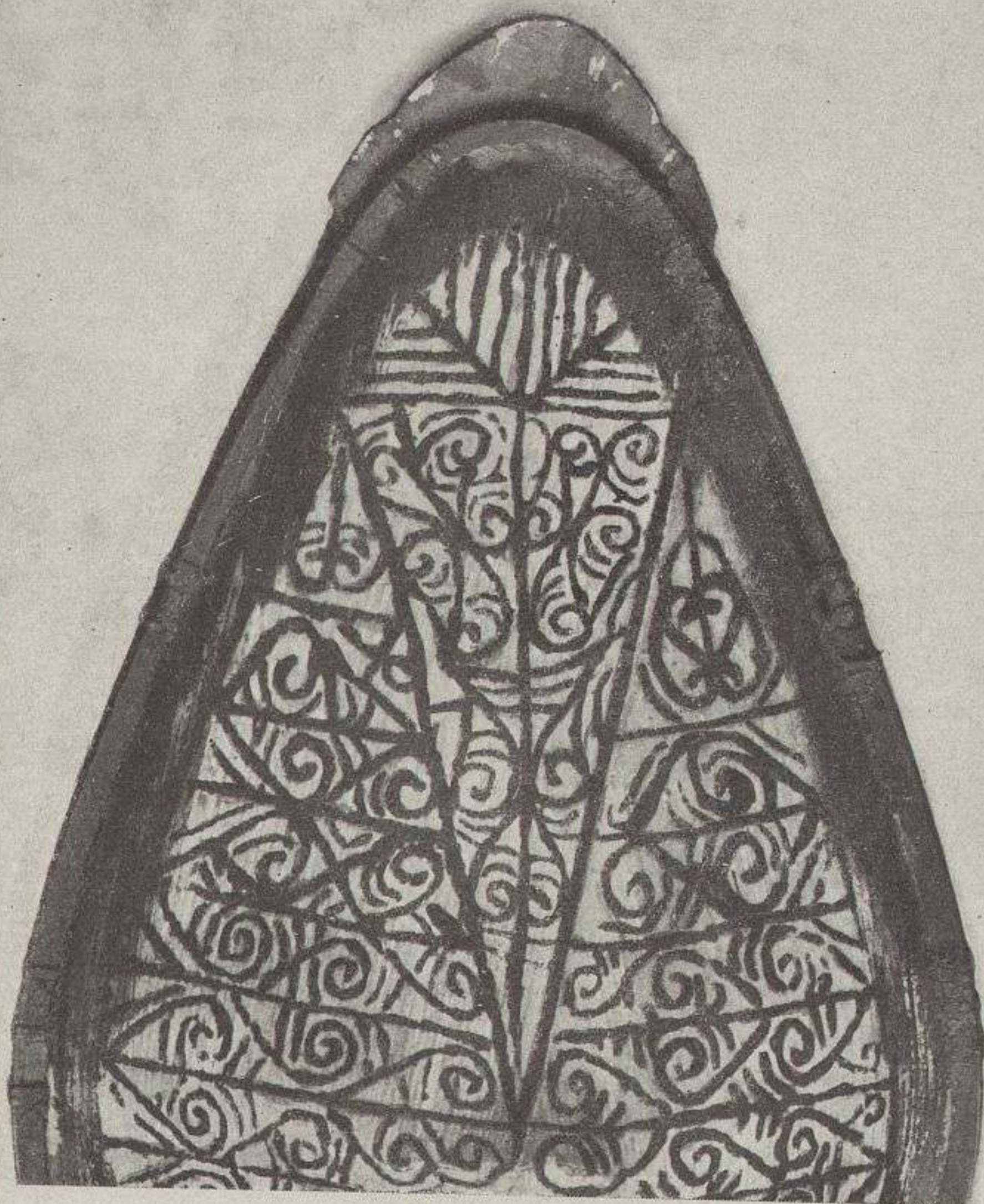


Fig. 51.

También sobre las volutas se observan algunos trazos semejantes y semejantemente dispuestos. Su número tampoco suele exceder de tres y generalmente guardan cierta simetría con aquéllos.

En otros *sacups*, aunque el motivo es el mismo, difiere por su colocación, aparte de otros detalles dependientes quizá de la habilidad o des-

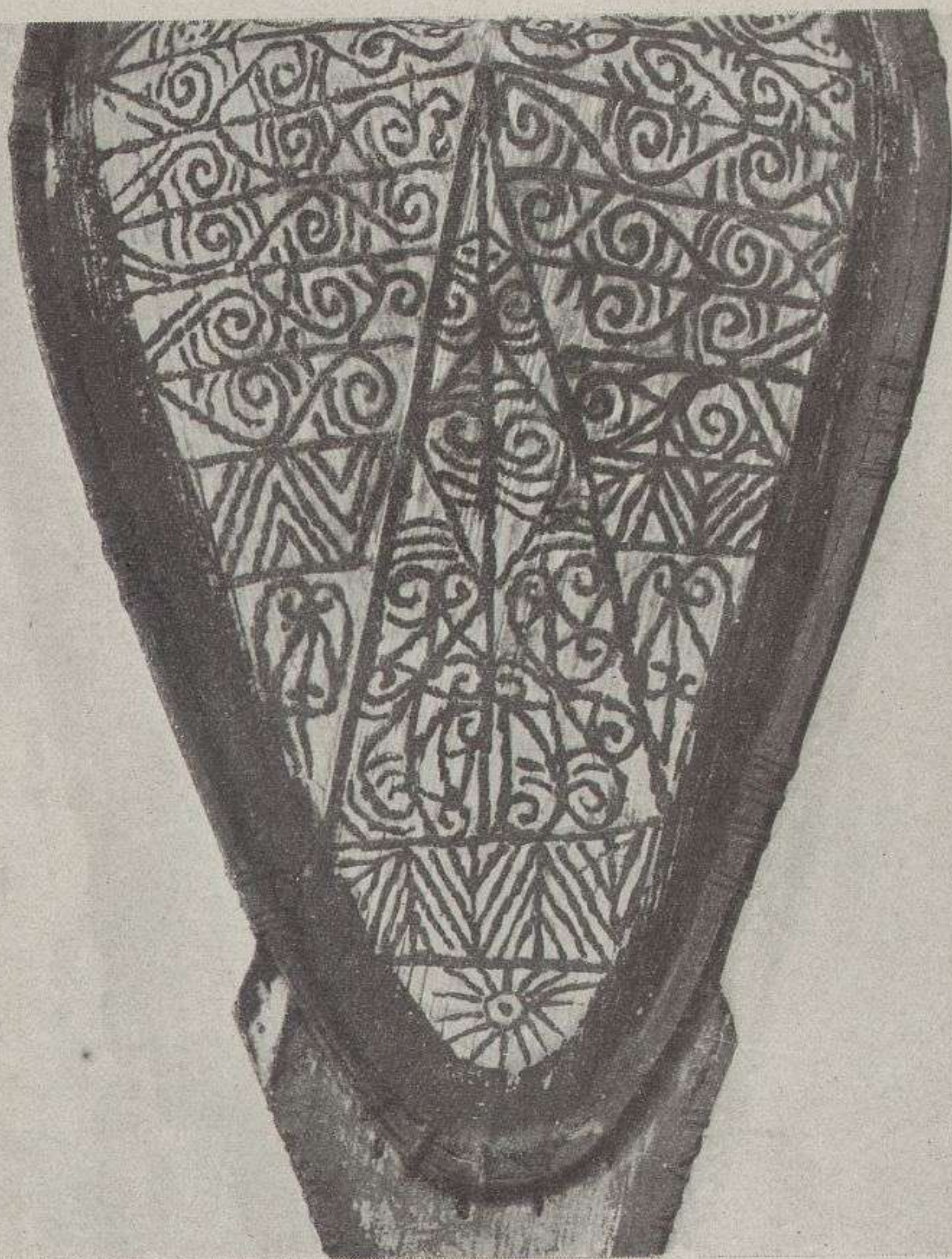


Fig. 52.

treza de cada dibujante. En éstos (figs. 51, 52, 53 y 54) las líneas primitivas tienen dirección perpendicular a las del precedente; esto es, son para-

lelas a la bisectriz del ángulo obtuso del área lateral correspondiente a la cúspide de la copa.

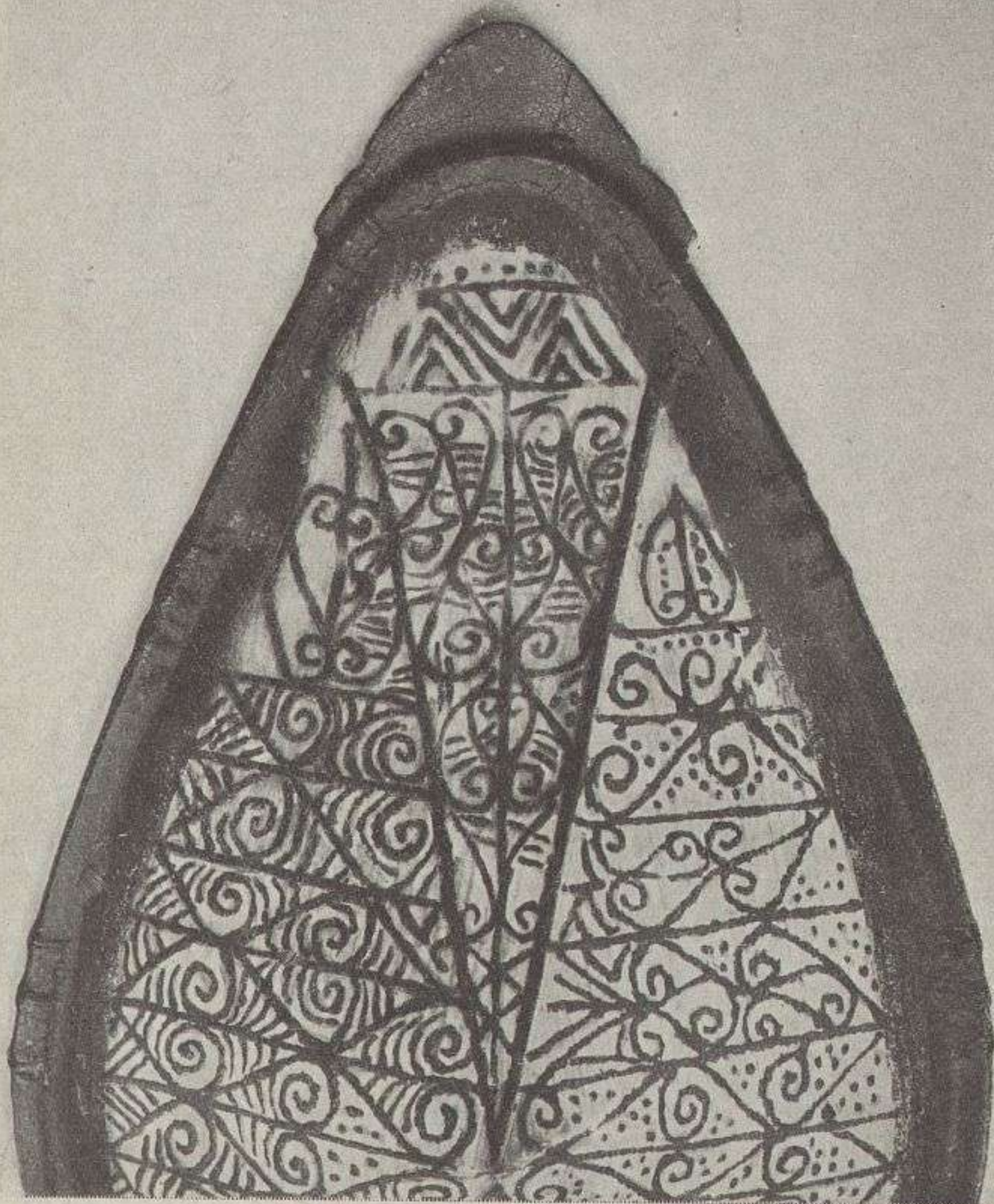


Fig. 53.

En éstos las volutas forman líneas dirigidas en el sentido del eje mayor del gorro, mientras en el antes mencionado su situación es perpendicular.

Quizá convenga advertir que ese cambio de orientación de las figuras alcanza sólo a las áreas laterales. En las medias la dirección es siempre la

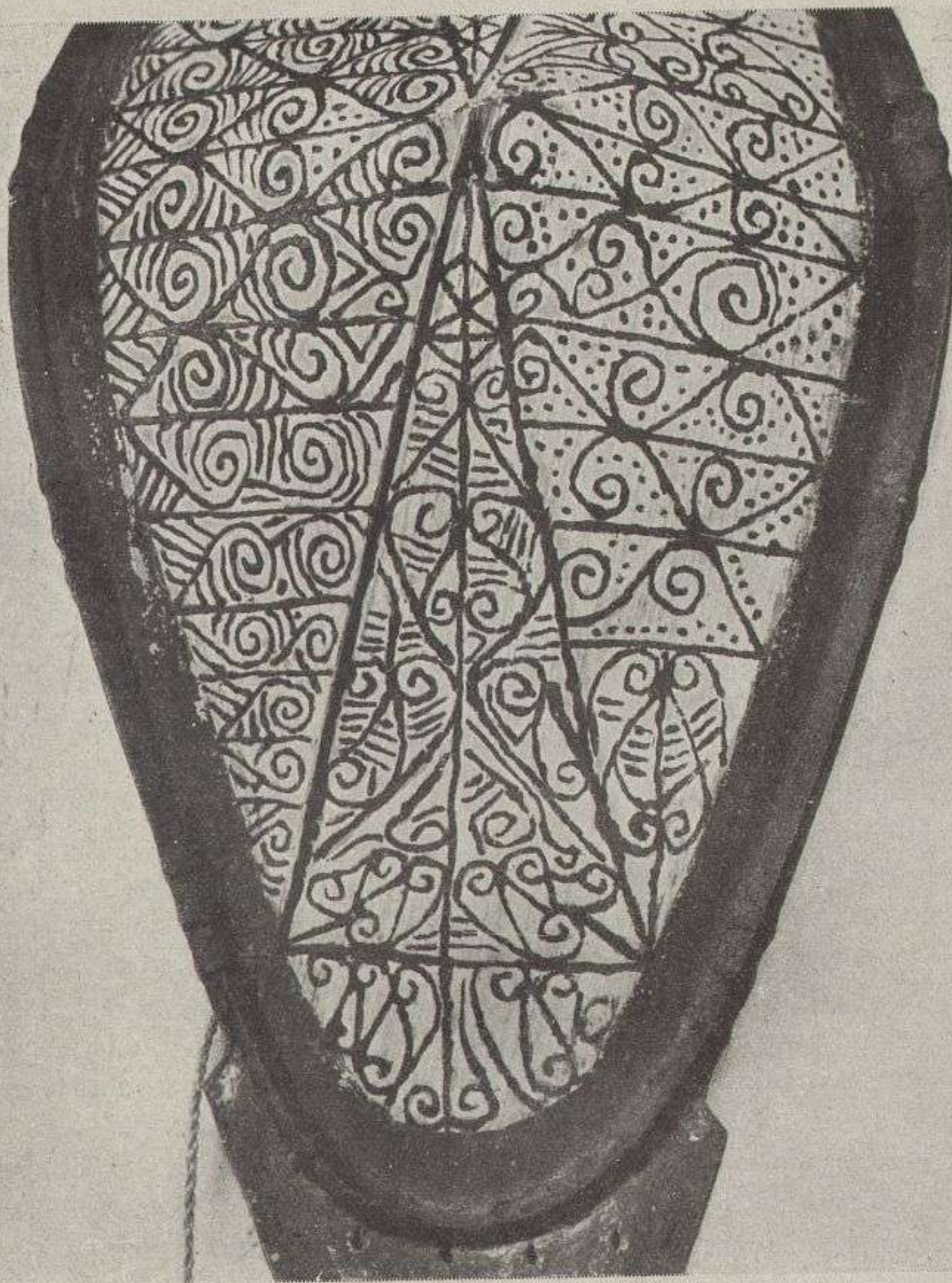


Fig. 54.

misma. Las líneas de volutas parece que quisieron ser en todos paralelas a la base del triángulo, si bien algunas veces aparecen más o menos inclinadas, tal vez por las exigencias del espacio en que fueron dibujadas.

A veces los dibujos de las áreas medias son algo más complicados. No es raro verlos formados por dos figuras semejantes invertidas entre sí y más o menos superpuestas o contenida una dentro de la otra. Y no es raro hallar disposiciones semejantes en los extremos anterior y posterior de las áreas laterales. Esas disposiciones se ven claramente en las fotografías adjuntas, donde se observa también la irregularidad de las figuras, quizá por la falta de paralelismo de las líneas.

En ciertos casos los dibujos de estas áreas triangulares centrales ofrecen algunos otros elementos como añadidos, que vienen a complicar, en cierto modo, los dibujos, si bien, como luego veremos, tales elementos no vienen a ser otra cosa que porciones modificadas de los mismos ya existentes. En el área media anterior de *sacup* de la figura 49, se ve nacer, entre cada voluta y la línea diagonal, un apéndice que se bifurca o trifurca, extendiendo sus ramitas simétricamente en los espacios que quedan debajo y por fuera de cada voluta. Mas conviene advertir que, cuando eso sucede, han sido suprimidos los trazos situados encima y debajo de las volutas. Y cabe sospechar si éstos se habrán transformado en aquéllos en virtud de un proceso de estilización. Hipótesis esta tanto más verosímil, cuanto que, como luego veremos, es posible y aun probable, que todos estos dibujos no sean sino fases análogas de un proceso de estilización.

En el área lateral derecha del *sacup*, representado en las fotografías figuras 53 y 54, faltan los trazos transversales situados encima y debajo de las volutas en los otros campos, con lo cual las figuras resultan bastante simplificadas. Además los rombos están también bastante deformados, habiendo sido sustituidos parte de sus lados o todos en algunos casos por las líneas procedentes de las volutas. Además se observan numerosos puntos diseminados entre las líneas, unas veces formando filas, otras dispersos sin orden alguno.

En el área opuesta del mismo gorro se observa, cerca de la cúspide, un rombo cuya mitad superior se halla también provista de puntos y desprovista de los trazos que en los otros ocupan ese espacio.

Todas esas modificaciones, además de simplificar mucho el dibujo, le dan un aspecto particular muy distinto. Mas, en realidad, el motivo fundamental acaso se conserva, aun cuando algún tanto modificado.

Hemos adoptado, aunque con carácter provisional, el sistema precedente para explicar la génesis del elemento predominante, casi único, que constituye el adorno de estos *sacups*. Pero muy probablemente ha sido otro camino bien distinto el seguido por los primitivos artistas para llegar a él. El trazado de las líneas paralelas y los rombos antes mencionados acaso no tuvo otro objeto, cuando se haya utilizado, que el de dividir

las áreas donde los dibujos habían de ser trazados en partes iguales o determinar simplemente la guía o norma para los tamaños de las figuras. Algo así como especies de pautas o reglas para la más correcta confección, pero sin formar parte integrante de las figuras. Buena prueba de este aserto es el hecho de que en la mayoría de estos *sacups*, los rombos no existen o se encuentran tan deformados que apenas pueden reconstituirse (figs. 51, 52, 53 y 54).

A juzgar por la marcha evolutiva seguida por los elementos ornamentales primitivos, los de que ahora nos ocupamos podrían considerarse originados por la repetición o asociación de una simple estilización de la faz humana.

De ésta se llega fácilmente, casi sin esfuerzo, al motivo fundamental, constituido por las volutas antes mencionadas y los pocos trazos colocados, unos por encima, otros por debajo de éstas. Y se llega siguiendo escrupulosamente el criterio interpretativo adoptado por prehistoriadores y arqueólogos al estudiar los motivos decorativos análogos, tan abundantemente esparcidos en multitud de dibujos realizados sobre los más variados y diversos objetos, tanto del arte prehistórico como del protohistórico e histórico, y hasta en los tiempos actuales.

Probablemente el motivo original sería una cara parecida a la representada en *A* (fig. 55) o de conformación muy semejante. En ella se ven unos trazos que corresponden a los ojos, con sus arcos superciliares, los párpados, etc. Otros corresponden a las narices y a la boca, y aun puede haber por debajo de ésta algo que indique la depresión infralabial o supramentoniana, si bien esta última podría faltar sin detrimento del motivo gráfico o pictórico que estudiamos. Por encima de las cejas y más allá de un espacio correspondiente a la frente, se ven otros trazos simétricos, con respecto al plano medio, que representan el pelo, desviado a ambos lados de la línea media.

Los ojos podían estar representados por trazos independientes, como en nuestra figura, o por curvas cerradas, elípticas o circulares, como se observa en muchos motivos pictóricos análogos que adornan diversos objetos de arte primitivo y aun relativamente moderno.

Una rápida ojeada sobre la figura 55 es suficiente para darse fácil cuenta del proceso en virtud del cual se ha derivado, sin gran esfuerzo, de la primera fase (*A*), la segunda (*B*). Ha bastado unir por un trazo curvo, continuo, los elementos constitutivos de los ojos y sus anejos, arcos superciliares y párpados, para quedar hechas las dos volutas simétricas sin desplazamientos ni casi deformación de sus rasgos primitivos. Estilizando ligeramente la nariz, queda reducida a dos trazos simétricos, y otro tanto

sucede haciendo análoga simplificación en la boca, con lo cual queda suficientemente explicado el origen de los dos trazos que siempre, o al menos con suma frecuencia, ostentan los dibujos ahora examinados debajo de las volutas.

En cuanto al tercer trazo observado a menudo debajo de los precedentes, podría corresponder al hoyo de la barba o acaso al borde inferior de la barbilla.

Las líneas o trazos representativos del cabello se conservan casi con los mismos caracteres.

El contorno de las mejillas ostenta muy diversa curvatura en los dibujos de los *sacups*, y llega con frecuencia a estar constituido por líneas rectas o casi rectas.

Esta deformación, más acentuada cuanto más regular y perfecto es el adorno, parece obedecer a necesidades de la composición, puesto que las figuras habían de quedar yuxtapuestas unas a otras en orden alterno. De no haberse hecho esa rectificación de líneas, las figuras habrían resultado incompletas, como se advierte en el lado izquierdo del espacio C.

Semejante variación sustituye a la barbilla por un ángulo agudo.

Ahora, combinándose las figuras de una serie con las de la inmediata, quedan constituidas series de rombos, en los que las volutas, sin haber cambiado en lo más mínimo su primitiva posición, ocupan la correspondiente a las diagonales cortas de aquéllos.

Suprimiendo los trazos representativos de la nariz, la boca, la barbilla y el pelo, quedan figuras iguales a las del área lateral derecha del *sacup* de las fotografías 53 y 54. Los trazos fueron reemplazados por puntos, que en un principio estarían probablemente situados en los lugares correspondientes a aquéllos; mas luego, cuando se perdiese la noción de su primitivo significado, se distribuirían según el capricho o el gusto del artista.

Algunas veces se han asociado dos de esas figuras representantes de la primitiva cara colocándolas invertidas una con respecto a la otra, de manera que el vértice correspondiente a la barbilla de una penetra entre las dos volutas de la otra. Cuando esto sucede, casi siempre es una más pequeña y queda totalmente incluida entre las ramas limitantes de la cara de la otra. Mas alguna vez, aunque rara, parece que el dibujante se propuso hacerlas iguales, acaso para lograr la simetría, aun cuando ese propósito no siempre fué logrado de manera satisfactoria.

Ejemplos de esas combinaciones se observan particularmente en las áreas triangulares centrales y en los ángulos anteriores y posteriores de las áreas laterales de algunos gorros de este grupo (figs. 51 y 52, 53 y 54).

En E (fig 55) hemos copiado una de esas figuras dobles tomada del

ángulo posterior del área lateral derecha de un *sacup* (fig. 54), sin otra variación que la de haber regularizado ligeramente el dibujo, en la que se conservan aún todos los elementos primitivos apenas alterados. La mayor de las dos figuras conserva todavía sobre las volutas los trazos considera-

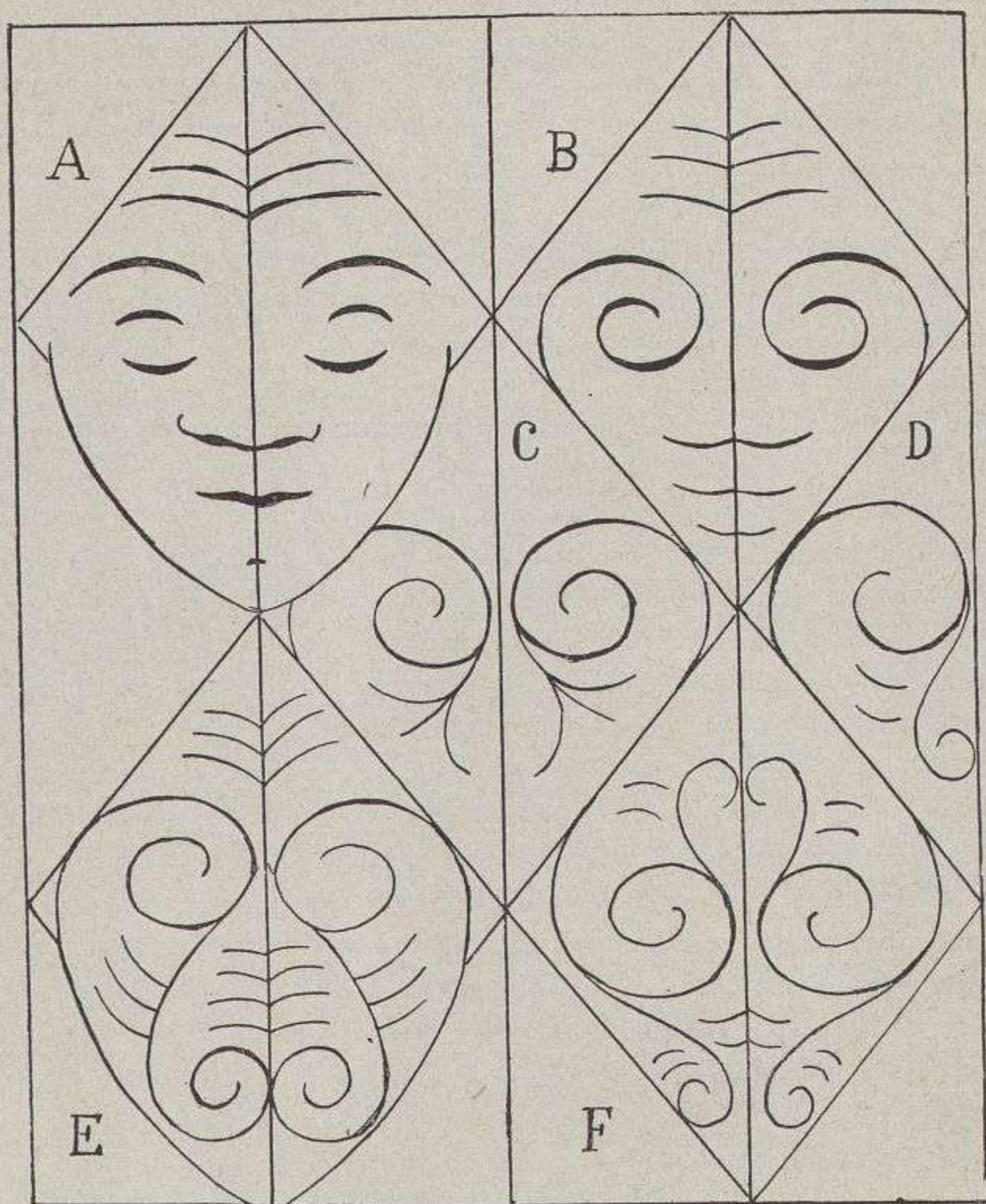


Fig. 55.

dos como representantes del pelo y debajo de ellas los representantes de la nariz, la boca y la barbilla, pero desplazados y rechazados hacia los lados para dejar expedito el campo a la otra figura. Esta ofrece cuatro trazos en el lugar correspondiente a la nariz, boca y barbilla, y en cambio carece de los representantes del pelo.

Otra derivación semejante a ésta hemos reproducido en *F* (fig. 55), en la cual se han sumado algunos otros elementos del mismo tipo, complicando un poco el dibujo, aun cuando sin modificar gran cosa sus elementos.

En *C* (fig. 55) hemos copiado otra disposición, poco abundante, en verdad, en los *sacups*, pero existente en alguno de ellos (fig. 50), en la cual se descubren todavía los elementos correspondientes a dos caras o dos pares de volutas invertidas, una más pequeña contenida dentro de la otra. Pero la primera ha sufrido modificaciones importantes que han cambiado por completo su fisonomía. De la cara no ha quedado más que la parte correspondiente a las mejillas, habiendo desaparecido la representación de los ojos (volutas), y los trazos representativos de las narices y la boca, se han unido a las líneas de contorno de la cara originando la trifurcación antes aludida.

De vez en cuando se observan ciertas anomalías o irregularidades en los dibujos y sus asociaciones respectivas, probablemente originadas por equivocaciones del dibujante, otras debidas a las condiciones del espacio destinado a contener la figura, y algunas quizá al propósito de llenar con alguno de los elementos fundamentales (volutas, trazos representativos del pelo, nariz, boca, etc.) un espacio sobrante de una combinación donde no cabía la figura completa. Basta una rápida ojeada sobre las fotografías adjuntas para hallar algunas de esas disposiciones.

A poco que se fije la atención en la figura 55, se verá cómo de la cara primitiva, supuesta originaria del motivo fundamental del adorno de estos *sacups*, han podido derivar y derivarían probablemente todas las disposiciones representadas y otras varias diversas que pueden obtenerse por la asociación de sus elementos. Mas al primer golpe de vista se descubre la gran semejanza, y aun la igualdad de muchas de esas disposiciones con motivos ornamentales que se han transmitido desde la antigüedad hasta nuestros días. En dibujos de adorno y trabajos en hierro se hallan esas figuras con extraordinaria abundancia y con tal identidad de caracteres que parecen unos fiel reproducción de los otros. ¿Tendrán todos el mismo origen? ¿Serán, en efecto, unos derivados o descendientes directos de los otros? Cuestiones son éstas sobre las cuales no nos parece prudente emitir por ahora juicio categórico. Mas su solución quizá no fuera difícil haciendo un estudio detenido de la evolución de los motivos ornamentales análogos desde los tiempos primitivos hasta los actuales.

La cara se halla representada, con caracteres análogos a los que ofrece en los *sacups* objeto de este estudio, en el arte rupestre español (cueva

de Altamira) (1); se conserva con formas análogas en el arte griego y egipcio primitivos (2) y sigue hallándose después en diversas manifestaciones artísticas hasta la actualidad.

Consideraciones sobre la ausencia de ciertos elementos entre los dibujos de los «sacups», y conclusión.

Hablando en términos generales, los caracteres negativos se han considerado siempre como elementos de valor demostrativo relativamente escaso. Mas algunas veces, por circunstancias especiales, no se puede negar que lo tienen proporcionalmente grande; tanto o casi tanto como los positivos.

Esto último sucede con los que ahora vamos a resumir brevemente.

Cuando se revisan, aunque sea de manera superficial, los dibujos estilizados de tipo prehistórico contenidos en los *sacups* de que venimos ocupándonos, llama extraordinariamente la atención la falta de ciertas representaciones que constituyen asunto principal, o cuando menos muy importante, tanto en el arte rupestre como en la ornamentación de objetos prehistóricos o protohistóricos.

Por de pronto, es muy extraño que entre tantas y tan variadas representaciones de la forma humana, más o menos estilizadas, de que en el curso de este trabajo hemos hecho mención, no se halle ni una sola vez el arco y las flechas, armas primitivas, tan profusamente representadas desde los albores del arte, en la inmensa mayoría de las primitivas civilizaciones.

Es, en verdad, sorprendente la ausencia de esos elementos en utensilios procedentes de un país donde todavía es común el uso del arco y las flechas como armas ofensivas, defensivas y de caza. Los negritos, probablemente los primeros habitantes del Archipiélago Filipino, de los que aún quedan representantes en todas o casi todas las islas, incluso Mindanao, han usado el arco desde los primitivos tiempos, y puede decirse que, aun en la actualidad, no usan otra clase de armas.

Y no puede alegarse como argumento justificativo de esa ausencia la falta de hombres armados entre las formas representadas en los dibujos

(1) Cartailhac (E.) et Breuil (L'Abbé): «La caverne d'Altamira à Santillane près de Santander.» Mónaco, 1906.

(2) Perrot (G.) et Chipier (Ch.): «Histoire de l'Art dans l'antiquité.» París, 1882 a.1914.

estudiados, porque los hay con caracteres bastante realistas, que no dejan lugar a duda respecto de su interpretación. Las figuras 14 y 16 son elocuentes testimonios demostrativos de esa afirmación. Pero esas figuras tienen, a nuestro entender, diferente significación de todas o casi todas las otras, a lo menos en cuanto a su probable procedencia.

Esas, que hemos denominado formas indígenas, nos parecen de reciente introducción en el conjunto de símbolos ideológicos conservados en los *sacups*, como nos lo parecen algunos otros, tales como los considerados reproducción, aunque modificada, de la cruz del Santo Sepulcro. Aquellos son productos añadidos por los mismos Mandayas actuales o por sus ascendientes próximos, quizá desconocedores del arco o que si lo conocieron por ser de uso entre algunos habitantes de territorios próximos, lo consideraron de inferior calidad que sus propias armas, y, por tanto, no habían de atribuirle cualidades protectoras más respetables y preciosas que las suyas. En las referidas figuras se reconocen bien claramente el escudo y las lanzas o cuchillos, en cuya formación entra probablemente como elemento principal el hierro.

Parece, pues, indudable que las tales figuras corresponden a época relativamente reciente en comparación con las otras, cuya filiación las refiere a los remotos tiempos cuaternarios anteriores al uso de los metales, o a lo más, contemporáneos de los primeros albores de éstos.

Si ello fuese así, como parece lo más probable, habría que atribuir orígenes diferentes a unas y otras figuras; y relacionada con esa diferencia de origen podría estar la ausencia de los elementos antes aludidos; es decir, el arco y las flechas, que tan interesante papel han desempeñado en el arte rupestre y en otras manifestaciones artísticas primitivas.

Tanto interés como la ausencia del arco y las flechas despierta la de ciertas especies animales.

Por de pronto, hemos visto que las formas animales representadas son escasísimas y las pocas existentes son sumamente imperfectas, circunstancia que forma notable contraste con la abundancia y perfección de las representaciones similares aun de los primeros esbozos de las culturas primitivas.

No se observan en los dibujos de los *sacups* que nos han suministrado los elementos de estudio en cuestión figuras de ciervos ni jabalíes ni búfalos, y, sin embargo, son abundantísimos en todo el Archipiélago Filipino, y aun pudiéramos decir en todo el Extremo Oriente, tanto continental como insular, constituyendo objetos preferentes de persecución en todos los tiempos.

Tampoco se encuentran representaciones de peces, a pesar de que los

actuales portadores de los utensilios objeto de estudio utilizan, como habitantes de territorios costeros o próximos al mar, peces y mariscos para su alimentación.

Ni en los grupos o asociaciones de dibujos simbólicos distribuidos en las distintas porciones o áreas en que esté dividida la superficie de los gorros se halla nada susceptible de interpretarse como escenas de caza, de las que tan copiosa representación aparece en los yacimientos y estaciones prehistóricas, como en multitud de ornamentos y adornos prehistóricos e históricos.

Otro tanto podríamos decir respecto de las representaciones guerreras, de las que no se observa el menor indicio.

La figura humana, ya de tipo más o menos realista, ya estilizada, aparece de ordinario aislada, solitaria o en grupos poco numerosos, en los cuales las figuras parecen colocadas de manera enteramente arbitraria y sin relación las unas con las otras.

Algunas veces, sin embargo, las figuras están agrupadas formando conjuntos, ya relativamente homogéneos, ya heterogéneos, pero de significación vaga, confusa, indeterminable, cuya interpretación no podría pasar de simples conjeturas.

Así, en la mitad anterior del área lateral derecha de uno de los *sacups* (fig. 47), se ven nueve figurillas en forma de cruz, que podrían interpretarse como aves volando al parecer hacia la parte anterior. También podrían interpretarse, según hemos indicado antes, como estilizaciones de la forma humana encaminándose en la misma dirección, hacia el ángulo anterior, donde hay otra figurita en forma de T, sobre cuya posible interpretación no hemos de insistir.

En la mitad posterior de la misma área lateral derecha (fig. 27) existe otro conjunto formado por diez figuras asteriformes, entre las cuales se descubren tres, cuatro o cinco que podrían suponerse representaciones de aves, si no es que fuesen todas estilizaciones humanas.

Todavía, en el área media posterior del mismo *sacup* (fig. 27), se halla un grupo bastante numeroso de figuras que, siguiendo el criterio generalmente adoptado para interpretar esta clase de dibujos, sería preciso considerar como estilizaciones humanas dirigidas, en su mayor parte, hacia la izquierda, si bien no faltan algunas orientadas en sentido opuesto.

Otro grupo semejante, algo más complejo, está representado a la izquierda del precedente en la mitad posterior del área lateral izquierda (fig. 27).

Antes hemos aludido a un conjunto de figuras situado en el área media posterior de otro gorro (fig. 33) en la que aparece una forma hu-

mana (estilizada) entre dos serpientes, y ese grupo, coronado por otra figura cruciforme, muestra en la parte inferior otro pequeño grupo formado por otra cruz, un signo en forma de T y debajo de éstos otro de forma algo más compleja y de difícil interpretación.

A decir verdad, si tuviésemos propósito de hallar agrupaciones de figuras, nos sería muy fácil lograrlo, puesto que, en realidad, los dibujos están contenidos en los espacios limitados por las bandas negras de que al principio nos hemos ocupado y los de cada área constituyen una agrupación particular. Mas, en general, las figuras contenidas en cada uno de esos campos no parecen relacionadas unas con otras, y en todo caso sería tarea difícil explicar las conexiones que tengan entre sí las de cada agrupación, si es que alguna tuviesen.

No se nos oculta que, usando con cierta libertad de la facultad interpretativa, podríamos hallar, tanto para los grupos como para las formas aisladas, interpretaciones más o menos verosímiles, acaso no tan fantásticas como algunas de las consignadas para explicar la significación de cuadros y grupos análogos hallados en las artes gráficas de algunos pueblos primitivos. Mas como en este trabajo nos hemos propuesto principal y casi exclusivamente dar a conocer esas reminiscencias del arte cuaternario en objetos de uso actual, nos abstenemos de lanzarnos al campo de las interpretaciones explicativas de los signos mientras no contemos con elementos de juicio más numerosos y decisivos.

De todo lo expuesto, deducimos que la mayor parte de las figuras representadas en los *sacups* de los Mandayas, objeto de este trabajo, han tenido origen en regiones muy distantes de la comarca en que ahora se encuentran. Probablemente tuvieron al principio una significación ideológica semejante a la que se atribuye a las representaciones análogas pertenecientes a los tiempos prehistóricos y protohistóricos. Y la conservarán todavía, a pesar de las vicisitudes que semejantes conceptos hayan experimentado a través del tiempo y del espacio; es decir, por su antigüedad y por su emigración seguramente larga quizá sembrada de obstáculos.

Por su carácter mítico serían conservados como preservativos en la guerra, como objetos mágicos susceptibles de influir más o menos directamente en el bienestar o en la fortuna de quienes los llevase, por su influencia sobre ciertos meteoros, etc., etc., como amuletos, en fin, dotados de un poder sobrenatural, como ha sucedido y sucede todavía con otros muchísimos objetos análogos.

Pero a medida que se alejaron de su punto de partida habrán ido perdiendo algunos de los rasgos acaso esenciales en un principio. Así, cuando esos símbolos fuesen patrimonio de pueblos para quienes el arco y las

flechas fuesen considerados como armas de escaso valor por disponer de otras mejores, esos elementos irían perdiéndose poco a poco hasta llegar a desaparecer. Cuando la caza o la pesca fuesen cosas relativamente fáciles o menos indispensables para el sustento, resultaban casi innecesarios o inútiles los dibujos o cuadros alegóricos de caza para subyugar o dominar a las víctimas mediante exorcismos o conjuros, como parece que sucediera a los habitantes de Europa allá en los primitivos tiempos, especialmente en los períodos de bajas temperaturas en que la adquisición del alimento sería un problema transcendentalísimo y difícil de resolver.

Conserváronse sólo los signos que podían tener algún valor mágico en el orden puramente espiritual, principalmente los que suministrasen elementos de protección y defensa contra sus semejantes, contra el enemigo más peligroso de cuantos amenazan a la Humanidad, contra el hombre mismo.

Mas, como en todos los tiempos, la lucha contra tal enemigo ha tenido necesidad de hacerse con armas, los Mandayas actuales o sus predecesores hubieron de incluir entre las representaciones mágicas o míticas al hombre armado, y le introdujeron naturalmente con las armas que ellos poseían, esto es, con el escudo y la lanza o el cuchillo, análogamente a como habían procedido los habitantes de las cavernas cuaternarias con sus arcos y flechas.

Acaso introdujeron también alguna divinidad femenina, una de cuyas representaciones podría ser la reproducida en la figura 22, la cual aparece dibujada, como hicimos notar al ocuparnos de ella, en sitio bien preferente; en el área media anterior del *sacup* en que se halla (fig. 23), si es que no fuera ésta uno de los primitivos símbolos conservado a pesar del tiempo y de los cambios de lugar.

Es curioso observar que a su derecha y muy cerca de ella se encuentra situada una figura humana de varón estilizada; a sus pies un sol; debajo de éste otro hombre; sobre la cabeza tiene otro astro menor, sobre el cual se ve otra forma humana, y diseminados en la misma área, otros dibujos, probablemente alegóricos, de significación ahora difícil de comprender.

Hagamos, para terminar, algunas consideraciones de orden puramente especulativo que juzgamos interesantes, no con objeto de resolver las cuestiones a que se refieren, sino más bien con el de dejarlas planteadas como puntos de mira que sirvan de orientación en ulteriores estudios sobre tan interesante asunto.

Si, como parece lógico deducir de todo lo expuesto, los elementos gráficos de tipo prehistórico no han aparecido en el lugar donde fueron

hallados: ¿De dónde vinieron?... ¿Por dónde y cómo vinieron?... ¿Dejaron en su camino huellas por las cuales se pudiera llegar a reconstituir la historia de su emigración y las vicisitudes por que han atravesado tanto ellos como el o los grupos étnicos que los transportaron?...

El simple enunciado de esas preguntas basta para darse cuenta de la importancia de esos dibujos considerados desde el punto de vista etnológico. Mas al presente sería temeraria empresa la de intentar resolver esos problemas. La presencia en una pequeña comarca aislada en el seno de la Oceanía y privada, al parecer, de comunicación con las tierras continentales de elementos pertenecientes a culturas de pueblos prehistóricos, cuyas huellas han sido halladas hasta ahora solamente en algunas comarcas yuxtamediterráneas de la gran masa continental euro-asiático-africana, constituye un problema interesantísimo sin duda, pero de solución difícil.

Hay, sin embargo, entre esos elementos alguno que puede suministrar indicios muy significativos para la orientación de las investigaciones, además de los derivados de los caracteres de los signos simbólicos estilizados de que nos hemos ocupado.

Teniendo en cuenta los datos hasta ahora conocidos respecto al origen y evolución de las culturas humanas en los tiempos primitivos, nos sentimos inclinados a pensar que los elementos no considerados como indígenas, los que podríamos llamar exóticos, proceden de territorios situados al Occidente del en que ahora se hallan, probablemente de las regiones meridionales (acaso se extendieran hasta las centrales) del continente euro-africano y el Sur de Asia, siguiendo en su dispersión un camino dirigido de Occidente a Oriente.

La presencia entre esos signos del símbolo interpretado como copia de la cruz del Santo Sepulcro es factor de extraordinario valor para esa determinación. Podría pensarse, como antes se indicó, que con ocasión de las Cruzadas, los musulmanes, al hallar sobre los pechos de aquellos abnegados y heroicos combatientes el símbolo de la cruz, le creyesen dotado de virtudes mágicas capaces de hacer invulnerables a quienes le poseyeran y se lo apropiasen, al menos las gentes más fanáticas e incultas, para gozar las ventajas de su protección y adquirir acaso la inmunidad ante sus enemigos.

De ser esto así, los elementos exóticos, en cuya compañía se halla éste, habrían partido del Sureste de Europa, habrían corrido hacia Oriente, ya por las márgenes de los mediterráneos euro-asiático-africanos o por los territorios del interior, aunque probablemente no muy alejados de las zonas intertropicales. En el largo camino que han tenido que recorrer hasta llegar al confín de la Malasia y establecerse en Mindanao (Filipinas) ha-

brán sufrido grandes vicisitudes y experimentado acaso grandes modificaciones. Mas es lo cierto que muchos de esos símbolos conservan todavía los mismos caracteres que tuvieron en la época cuaternaria.

De suponer es que durante tan largo y difícil éxodo hayan quedado en los países recorridos huellas más o menos claras de su paso, ya en regiones extensas, ya en territorios reducidos, por las cuales podrá llegarse algún día, si llegasen a descubrirse, al conocimiento del camino seguido por tan curiosos e interesantes elementos étnicos.

Mas esta opinión, aun cuando bastante verosímil, no pasa de una simple conjetura. Pero constituye un punto de partida no despreciable; y en cuanto a su exactitud o inexactitud, se encargarán de demostrarlas ulteriores investigaciones.

NOTICIAS DEL PRIMER CONGRESO GENERAL
DEL NIÑO CELEBRADO EN GINEBRA DEL 25 AL 30
DE AGOSTO DE 1925

POR LA

SRTA. R. MARTÍN-AYUSO NAVARRO

*«La Humanidad debe conceder al niño
cuanto estime mejor y más beneficioso
para él.»*

Declaración de Ginebra.

Uno de los problemas sociales que más hondamente preocupan hoy a los sociólogos y hombres de ciencia es la formación de las nuevas generaciones humanas con vistas a un ideal de perfección y progreso superior a la ética que actualmente preside el desenvolvimiento de la Humanidad.

Y piensan que el medio más eficaz es dar al hombre una clara conciencia de los deberes humanos, de la solidaridad internacional y de la responsabilidad civil y moral de cada individuo, factores en que se apoya la armonía y bienestar de las sociedades. Mas nada fundamental se conseguiría si esta educación no comienza por la base, por el niño.

Hacia él van enfocadas hoy las miradas de la Humanidad que piensa, porque el niño encierra, en la debilidad de sus primeros años, todas las fuerzas del porvenir, y necesita una protección decisiva, con toda clase de cuidados físicos, materiales y morales, si ha de salir bien preparado para la batalla que más tarde ha de librar él solo en la vida.

Mucho se ha trabajado por el bien del niño en el campo de la Paidología, por los Gobiernos de diferentes naciones, en multitud de Asambleas e infinidad de obras e instituciones privadas; pero todo ello es muy poco ante la compleja magnitud y transcendental importancia de la empresa. Aún queda mucho por hacer, no obstante la actividad y entusiasmo que han desplegado algunos países en la protección del niño después de la calamitosa guerra europea.

El Primer Congreso general del Niño, organizado por la Unión Inter-

nacional de Socorros a los Niños, bajo el patronato del Gobierno Federal suizo, y celebrado en Ginebra a fines de agosto de 1925, es una prueba del interés profundo que despierta en todos los países el bienestar de los pequeñuelos y constituye una de las iniciativas más importantes para el progreso de la Humanidad.

La idea de este Congreso general fué iniciada en Londres (julio de 1924) por los miembros de la Tercera Conferencia de lengua inglesa para la protección del niño, y fué propuesta la Unión Internacional de Socorros a los Niños, allí representada, para organizar dicho Congreso, que había de celebrarse en Ginebra como punto más indicado por ser la Sede de la Sociedad de Naciones, cuna de la Cruz Roja y suelo donde brotó como planta de exquisito cultivo la declaración decisiva en favor del niño.

No se pretende, al llamar a éste Primer Congreso Internacional del Niño, hacer tabla rasa de los Congresos internacionales celebrados con anterioridad a él, sino que, efectivamente, es el primero que se organiza con carácter eminentemente internacional por la infinidad de países que en él tomaron parte—se reunieron más de seiscientas personas delegadas de cuarenta y cinco naciones y representantes oficiales de numerosos Gobiernos e instituciones privadas—y, más que general, universal por la amplitud de su programa que se extiende a todos los dominios de la infancia y reúne las conclusiones de Congresos anteriores.

Tres secciones ha comprendido el Primer Congreso general del Niño: 1.^a, Higiene y Medicina; 2.^a, Asistencia pública y Previsión social; 3.^a, Educación y Propaganda, presididas, respectivamente, por M. Clemens Pirquet, Director de la Clínica infantil de la Universidad de Viena; M. Georges Scelle, Profesor de Derecho Internacional de la Facultad de Derecho de Dijón, y la Sra. Marquesa de Aberdeen y Temair, Presidenta del Congreso Internacional de la Mujer. Diez y seis cuestiones integran el programa del Congreso, y en cada una de ellas se admitían varias proposiciones, pudiendo decirse que, en conjunto, la distribución de las plazas de ponentes generales satisface todas las exigencias del internacionalismo más estricto.

De estas cuestiones, corresponden a la primera sección:

1. Comparación de medidas adoptadas en diferentes países, y cuyo efecto ha sido el de reducir la mortalidad prenatal, neonatal y de la primera infancia. Insiste particularmente sobre la enseñanza general de la Puericultura, lactancia del niño por la madre, y consultorios de niños de pecho.

2. Alimentación racional de los niños de pecho y de edad preescolar (hasta los seis años), y escolar (de cinco a catorce años).

3. Helioterapia aplicada al niño.
4. Prevención de las enfermedades de los niños.
5. Unificación de las estadísticas de la mortalidad prenatal, neonatal y de la primera edad.

Se aprueba una moción referente a la necesidad de hacer extensivas a las Escuelas de pueblo la institución de cantinas escolares, principalmente destinadas a los alumnos que habitan lejos de la Escuela.

6. En la segunda sección se vota toda una serie de resoluciones sobre la protección de la madre (soltera, viuda, abandonada, etc.) y de su hijo; entre ellas la investigación de la paternidad, adoptando medidas para que se obligue al padre a subvenir al mantenimiento de su hijo.

7. Sobre la asistencia a los huérfanos menesterosos y niños abandonados, insistiendo principalmente en que esta asistencia no constituya solamente una obra de caridad, sino un deber social para cada nación civilizada y que alcance a todos los huérfanos y niños necesitados, sin distinción de nacionalidad, origen, raza ni religión, para que todos puedan contar con la tutela y educación oficial.

8. Protección a los niños durante el período comprendido entre la salida de la Escuela y la entrada en el taller, que implica todo el estudio de la orientación profesional.

9. Sobre la adopción de clasificación única de la debilidad mental (estandarización) y de sus diferentes grados.

10. Sobre la situación de los niños extranjeros en el país de su residencia.

11. Asistencia a los niños emigrantes durante el viaje.

La tercera sección es la más importante, porque apoya la eficacia del esfuerzo emprendido en la opinión pública y en la acción que ésta podrá ejercer sobre los Gobiernos. Las principales resoluciones votadas en ella son:

12. Educación de la opinión pública en los asuntos de protección a la infancia.

13. Medios más eficaces para recaudar fondos con destino a la beneficencia de los niños.

14. La organización de los recreos y vida al aire libre.

15. La formación de un personal de previsión social en favor de la infancia y la adolescencia.

16. La educación de la infancia con objeto de asegurar la paz. Propone sobre este particular que la educación general del niño en todos los países, sin perjuicio de inspirarse en el culto de la Patria, sea enderezada hacia un amor más vasto, el de la Humanidad; y que con el apoyo de las

autoridades competentes se determine de este modo en los niños, sea cual fuere su nacionalidad, una corriente de simpatía y de confianza susceptible de apresurar el advenimiento de una era de paz universal. Este punto despertó vivo interés entre los asistentes al Congreso y se entabló acalorada discusión, manifestándose cierta oposición a toda intervención del Congreso o de las instituciones internacionales, principalmente de la Sociedad de Naciones, en las materias que se afirmaba depender únicamente de la soberanía del Estado. Pero el Congreso, estimando que sería un engaño el constituir una Sociedad de Naciones, cuya misión se redujera a poner remedio a los conflictos internacionales sin procurar evitarlos mediante la destrucción de sus causas profundas y permanentes, pide con premura que, sin atentar contra las legítimas prerrogativas de los Estados, sea por ellos llamada la Sociedad de Naciones a colaborar en la obra que implica su existencia misma, en lo concerniente al texto de los libros escolares, a la formación de los Maestros, a la redacción de los programas, y de un modo general a la enseñanza de la juventud.

Solicita la ayuda de la Sociedad de Naciones para pedir a los gobernantes que no dirijan nunca la juventud de unos países contra otros, en particular por una enseñanza de la Historia con frecuencia falsa y tendenciosa, como se ha comprobado en reciente encuesta sobre los libros escolares debida a la Fundación Carnegie y a M. Prudhommeaux. Esta Fundación se propone realizar una amplia investigación en todos los países europeos, principalmente los que fueron perjudicados por la guerra acerca de los libros escolares, especialmente la Historia, publicados con posterioridad al gran conflicto, y dictar después las normas de una enseñanza de la juventud en pro de la paz entre las naciones.

Este acuerdo ha sido acogido con vivo interés por los países beligerantes y por todos aquellos a quienes preocupa el grave y difícil problema de la educación con vistas a la paz. El Congreso espera que dicha información contribuirá, en gran modo, al mejoramiento de la literatura escolar en sentido favorable al desarme de los odios internacionales y a la fraternidad entre los pueblos. Pide a la dotación Carnegie que aliente y aun suscite la redacción de textos escolares que sean propios para favorecer ese mejoramiento tan deseado de las relaciones internacionales.

Terminó el Congreso nombrando una Mesa permanente formada por miembros del Comité director del Congreso, los cuales tendrán el derecho de adjuntarse hasta doce Vocales adicionales de distintas nacionalidades, y de los que dos por lo menos habrán de pertenecer a continentes extraños a Europa y América y que se encargarán de transmitir a los Gobiernos y organismos internacionales el texto de los diferentes acuerdos

adoptados por el Congreso, como asimismo de asegurar en tiempo útil la preparación del Segundo Congreso general del Niño. Esta Mesa es la encargada de realizar las diligencias necesarias cerca del Consejo Federal Suizo para que éste se sirva presentar a la VI Asamblea de la Sociedad de Naciones los acuerdos votados por el Congreso. Por último, propone el Primer Congreso que se intente una inteligencia entre todas las asociaciones internacionales ya existentes y, en general, entre todas las obras particulares de protección a la infancia, con vista a la organización de centros permanentes de informes, los cuales se subdividen en oficinas técnicas y especializadas para todo cuanto con el niño se relacione.

La colaboración de la Asociación Internacional de Bruselas y el Gabinete Internacional Americano de protección a la infancia, de Montevideo, son una garantía de que los esfuerzos de la Humanidad por salvar la vida y derechos de la juventud no se esfumarán; que una coordinación general se elabora, y que será posible realizar entre agrupaciones análogas un juicioso reparto de trabajos.

De desear sería que las enseñanzas de este Congreso fuesen pronto una feliz realidad en todos los países donde aún se ha hecho muy poco por el bien del niño.

Ginebra, que siempre está a la cabeza de toda iniciativa en favor del bien social, da el ejemplo, siendo la primera en llevar a la práctica las innovaciones convenientes marcadas por las resoluciones del Congreso. A raíz de éste, la VI Asamblea de la Sociedad de Naciones pone en su orden del día los puntos siguientes:

10. Enseñanzas destinadas a propagar entre la juventud de todos los países la idea de paz mundial.

11. Enseñanzas a dar en las Universidades y Escuelas sobre los extremos perseguidos por la Sociedad de Naciones.

18. *Rapports* sobre los trabajos de la Comisión consultiva para la trata de mujeres y de la protección a la infancia.

Por lo que a nosotros se refiere, aún nos falta mucho por hacer en favor del niño, y sobre todo del niño pobre y desamparado. No obstante la infinidad de instituciones y obras benéficas, oficiales y privadas, con que contamos en la actualidad, organizadas e instaladas con todos los adelantos modernos, existen aún algunos miles de niños que nacen y viven en el mayor abandono, constituyendo esa plaga de niños haraposos y hambrientos que pululan por las calles a toda hora mendigando la caridad pública, y siendo muchos de ellos objeto de explotación por parte de sus padres, o personas que les han recogido, para vivir libremente sin someterse a ley ni trabajo alguno. Y estos pobres seres se van sucediendo de generación

en generación, siempre postergados y abandonados de la sociedad, que se conforma con prestarles el pequeño socorro material de la limosna callejera, con lo cual, más que al socorro de las necesidades, contribuye al sostenimiento de la calamidad, tantas veces estudiada y combatida teóricamente, del parasitismo social. Esos infelices, pedigüños de oficio, golfos de profesión, vagabundos, etc., etc., que viven al margen de la sociedad, tienen derecho a una redención que les dignifique y eleve hasta formar parte de ella como miembros útiles, intelectual y físicamente; y esta redención sólo se conseguirá cuando la caridad para los menesterosos sea una obligación moral de la sociedad, y cada individuo ponga de su parte el esfuerzo espiritual y material que le corresponda. Las normas a seguir para remediar este mal, una vez que el Estado y la sociedad estén en condiciones de emprender la campaña, nos la da bien claramente el Primer Congreso general del Niño en su tercera sección: Asistencia pública y Previsión social, y el ejemplo de las naciones donde afortunadamente no existe ya esa calamidad.

Bajo este punto de vista, es Ginebra también uno de los países que mejor han sabido organizar la caridad pública para la asistencia de menesterosos. Dos notas muy agradables saltan inmediatamente a la vista del español que por primera vez pisa aquella hermosa tierra: la excesiva limpieza urbana—si exceso pudiera haber en ello—y la ausencia absoluta de mendigos y vagabundos por las calles. Allí no existe la ociosidad ni la indigencia; pobres y ricos, jóvenes y ancianos, cada individuo tiene su ocupación o medios de ganarse la vida, y el que no está en condiciones de esto, cuenta siempre con el amparo del Estado y la sociedad.

Este pequeño Cantón ginebrino encierra un corazón muy grande, siempre amante de todo cuanto contribuye al bien de sus hijos y de la Humanidad entera; ya en su glorioso pasado se ha distinguido señaladamente por su actividad en el dominio educativo y por su amor intenso a las libertades políticas e individuales, que supo siempre sostener por encima de las más ardientes luchas. En la actualidad, y aunque su situación económica no es muy desahogada, el Estado ginebrino consagra a la instrucción pública casi la tercera parte de su presupuesto, tiene sus Escuelas primarias y especiales (de industria, comercio, ciencias, artes, etc., etc.), así como la Universidad, instaladas en magníficos establecimientos de primer orden—pues dedica los mejores edificios a la enseñanza—, y con el celo y buena voluntad que le caracteriza, hace esfuerzos financieros, sacrificios de verdadero padre de familia, en todos los sentidos de la palabra, por el bien del niño, extendiendo su actuación bienhechora hasta infinidad de organizaciones de carácter privado.

Esta actividad entusiasta y fructuosa que despliega Ginebra en todas las fases del progreso humano, unida a su excepcional situación geográfica e incomparable belleza de su suelo y a su independencia política, ha permitido a este pequeño Cantón desempeñar un importante papel cuya influencia es universal, y ser elegida como centro de intelectualidad y de turismo internacionales. Ninguna ciudad de dimensiones tan pequeñas ha visto desfilas ante ella tal variedad de tipos y mentalidades. Allí afluyen infinidad de estudiantes de ambos sexos, de todas las partes del mundo, constituyendo esta población infantil una agrupación de juventud cosmopolita, única en el mundo, y que permite fundar las mayores esperanzas sobre su educación en común.

La Escuela Internacional de Ginebra, fundada con el objeto de crear un tipo nuevo de educación en el medio que constituyen un presente lleno de promesas, una historia muy rica y una naturaleza excepcionalmente bella, responde a ese carácter cosmopolita que requiere semejante reunión de estudiantes y profesores de diversos países, pues las enseñanzas se dan allí con respeto absoluto a las convicciones religiosas, morales y patrióticas de todos, y en diversas lenguas, según las necesidades lo requieran.

Allí tienen también su asiento, además de la Sociedad de Naciones, otros organismos e instituciones de carácter internacional, como son el Intercambio universitario, el Gabinete Internacional del Trabajo, el Comité Internacional de la Cruz Roja, la Unión Internacional de Socorros a los Niños, etc., etc.

Esta última institución merece especial atención por la humanitaria labor que viene realizando en favor del niño y cuya influencia es ya universal. Fundada en 1920, en momentos de suprema angustia, para socorrer a los niños hambrientos, abandonados, huérfanos de todos los países asolados por la tremenda guerra, sin distinción de raza, de nacionalidad ni de confesión, cumplió y sigue cumpliendo su cometido.

Su labor desde un principio iba encaminada a recoger fondos de todas partes del mundo, para enviarlos en múltiples formas de socorro a los niños necesitados. Paquetes de alimentos sanos, medicamentos, vestidos, dinero, etc., etc., según los países y las necesidades. La canastilla circulante, con todo el equipo de recién nacido, es uno de los socorros más prácticos e interesantes. En cuanto la Unión Internacional de Socorros tiene noticia del nacimiento de un niño en un hogar pobre, envía a la madre una canastilla que servirá de cuna a su hijo: contiene todas las prendas de vestir e ingredientes de aseo necesarios, y que puede utilizar durante nueve meses; pasados los cuales vuelve la canastilla a la Unión, y

convenientemente desinfectada y repuesta, pasa a prestar servicio a otro hogar pobre. La madre que ha sabido conservar en buen estado la canastilla, recibe como premio al entregarla, algunas prendas de vestir para su hijo.

Esta forma de socorro tiene además la ventaja de reforzar la acción de las enfermeras visitadoras, pues la madre que ha recibido una canastilla prestada está, en efecto, mejor dispuesta a escuchar los consejos de la visitadora.

Las circunstancias obligaron a la Unión Internacional a socorrer por turno, y aun simultáneamente, a una cuarentena de países, de los cuales, tres, señalan los momentos más importantes de su actividad: Austria-Hungría (misericordia de 1920 a 21); Rusia (hambre de 1921 a 22); Próximo Oriente (víctimas de la guerra greco-turca); esta última acción dura todavía.

Esta institución cuenta en la actualidad con más de cincuenta Comités nacionales afiliados, residentes en distintos países de los cinco continentes, y con el apoyo de las Iglesias de todas las confesiones. Por medio de unos y otros ha recaudado, de 1920 a 25, cien millones de francos oro, y ha podido repartir más de 200.000.000 de comidas y socorrer más de un millón de niños hambrientos, mal alimentados, débiles, enfermos, abandonados, huérfanos, etc., en más de 40 países.

Con objeto de conocer mejor las necesidades de los niños de los países probados por la guerra, poner en contacto los Comités colectores e Instituciones de socorros y determinar las medidas necesarias para prestar urgente ayuda a los niños, la Unión Internacional de Socorros había celebrado ya cuatro Congresos internacionales anteriormente al primer Congreso general del Niño. Los dos primeros tuvieron lugar en Ginebra, en febrero de 1920 y abril de 1921; el tercero en Estocolmo, septiembre de 1921, y el cuarto en Viena y Budapest, en octubre de 1924.

Pensando en la necesidad de una asistencia permanente para la infancia: higiene, puericultura, educación, protección jurídica y administrativa, establece una serie de principios, bajo el título de «Tabla de los derechos del niño», consagración de carácter universal que la Humanidad entera podrá acoger. Votada ya en 1923, en el Congreso de Luxemburgo, fué presentada al Estado ginebrino al año siguiente, y, por los cuidados del Gobierno Federal, solemnemente aprobada por la V Asamblea de la Sociedad de Naciones y admitida como su «Carta de protección a la infancia».

La «Declaración de Ginebra», enuncia en cinco fórmulas breves los derechos que deberán ser reconocidos a los niños, y respetados en todos los países civilizados. Dice así:

Por la presente Declaración de los Derechos del Niño, vulgarmente denominada Declaración de Ginebra, los hombres y mujeres de todas las naciones, reconociendo que la Humanidad debe conceder al niño cuanto estime mejor y más beneficioso para él, afirma como sus deberes, excluida toda consideración de raza, nacionalidad y creencia religiosa, los siguientes:

1. El niño debe ser puesto en condiciones de realizar normalmente su desarrollo físico y espiritual.

2. El niño hambriento debe ser alimentado; el niño enfermo debe ser asistido; el niño retrasado en su educación debe ser alentado a proseguirla; el niño desviado de la buena senda debe ser vuelto a ella; el huérfano y el abandonado deben ser corregidos y socorridos.

3. El niño debe ser el primero en recibir socorros en toda ocasión de calamidad pública.

4. El niño debe ser puesto en condiciones de ganar la subsistencia y ser protegido contra toda clase de explotación.

5. El niño debe ser educado inculcándole el sentimiento del deber que tiene de poner sus mejores cualidades al servicio de sus hermanos.

* * *

Conviene insistir, por la importancia que tiene para los estudios de Psicología y Pedagogía, en la conclusión referente a la unificación de criterios para determinar el retraso mental de los niños y la consideración de débiles mentales, votada en el pleno y discutida en la Sección segunda con la aportación de un representante de Hispanoamérica, Dr. Santodomingo. He aquí la conclusión:

Tratándose de un niño de más de diez años, existe *debilidad intelectual* cuando el desarrollo de su inteligencia es inferior al de un niño de diez años, aun cuando igual al de otro de siete. Hay *imbecilidad*, si el nivel de la inteligencia resulta inferior al de un niño de siete años; e *idiotéz*, si dicho nivel no llega al de una criatura de dos años.

Para designar el estado de los niños de menos de diez años, cuya edad intelectual es inferior a la que realmente tienen, o bien el de los que hallándose entre los diez y los quince apenas cuentan diez de inteligencia, es preferible emplear el término *atraso mental*, indicando a continuación de la edad del niño su nivel mental o el cociente de su inteligencia.

Exposición Internacional de Puericultura y Propaganda.

Al mismo tiempo que el Congreso, se celebraba en las galerías del Palacio electoral, una interesante Exposición del niño en la que estaban representados gran número de los países que tomaron parte en el Congreso.

Figuraban, entre las instalaciones más importantes, la de toda Suiza, organizada por la institución «Pro Juventute», de Zürich, en la que ésta presenta tres interesantes secciones: Puericultura, material de educación—Froebel, Montessori, Instituto Rousseau, Decroly, y el de Mlle. A. Descoedres, derivado del mismo tipo y adaptado a los anormales—y «Nos loisirs», exposición de una serie de consejos y trabajos cuyo objeto es interesar a la juventud y enseñarla a utilizar sus ratos perdidos y sus horas de diversión en provecho propio y de los demás.

El Dr. Rollier, de Leysin, presenta una colección de fotografías de sus clínicas, de las curas solares en verano e invierno y de casos de curaciones sorprendentes.

La villa de Ginebra presenta una colección del material escolar utilizado en las Escuelas municipales.

La Unión Internacional de Socorros a los Niños expone gráficas y fotografías que demuestran su actividad en todos los países y modelos en miniatura de sus canastillas circulantes.

De los países de habla española sólo había una representación, el Uruguay, exposición organizada por la Liga contra el Alcoholismo, con anuncios de la «Semana del Niño», de Montevideo, prospectos y fotografías de su obra.

* * *

Figuraban también en el programa del Congreso algunas visitas de instituciones, excursiones facultativas y recreativas, conciertos y recepciones.

El Instituto Rousseau, conocido y afamado laboratorio de Psicología infantil y de iniciativa pedagógica, tiene tanto crédito en su país como en el extranjero. El centro español de psicotecnia y reeducación de Vista Alegre tiene funcionarios diplomados por el Instituto Rousseau.

Muchos de nuestros pedagogos han visitado y estudiado en aquel establecimiento, y su máxima autoridad científica, el Dr. Claparede, fué nuestro huésped con ocasión de un viaje docente a la Residencia Madrileña de Estudiantes.

Muy interesante la visita al Hospital Cantonal—de asistencia no gratuita, porque todos abonan su estancia mediante las instituciones de previsión y socorros—, verdadera población sanitaria montada con perfecta armonía de higiene y belleza.

Estas dos notas son características del pueblo ginebrino, como hemos podido observar durante nuestra corta estancia allí. Sin duda influídos por la belleza natural y ambiente saludable de aquella tierra privilegiada, buscan en todo y para todo estos dos factores: belleza e higiene.

Por eso al extranjero, que durante unos días va a ser su huésped dedicado a faenas intelectuales, procúranle algunos ratos de expansión tan sumamente agradables que harán imborrable el recuerdo de su estancia en Ginebra.

Unase al amable y cariñoso trato de los ginebrinos la privilegiada situación de esta preciosa villa, enclavada en las dos riberas del Ródano, con su hermoso lago azul, las verdes colinas circundantes y más lejos el Jura y el Mont Blanc, y se comprenderá que el recuerdo de Ginebra permanezca en la memoria de quien por allí pasa, como el de una villa única y extraordinariamente atractiva.

Una excursión por el lago Lemán en una hermosa tarde de sol; un concierto por la noche en el delicioso Jardín inglés; una excursión a los sanatorios de Leysin—amablemente invitados y obsequiados por el doctor Rollier—y otras muchas atenciones de que fuimos objeto los congresistas, son otros tantos motivos de gratitud y reconocimiento de que somos deudores a los simpáticos organizadores del Congreso.

La visita a los sanatorios de Leysin ha sido sumamente interesante. Es verdaderamente admirable el sistema helioterápico que el Dr. Rollier emplea para la curación de la tuberculosis ósea, y sorprendentes los numerosos casos de curación radical. Visitamos algunos de los establecimientos reservados especialmente a los niños. Le Chalet, Les Frennes, La Michée, Les Buis, Les Oiselets, Les Hirondelles y el Sanatorio Univetsitario. Con esto y una sencillísima conferencia con proyecciones de la Escuela a pleno sol y de la cura de trabajo, pudimos darnos cuenta exacta y detallada de la vida que hacen allí los pobres enfermitos: constantemente a pleno aire y sol, lo mismo en verano que en invierno, desnudo todo su cuerpo, excepto la cabeza protegida por un sombrero de amplias alas.

El panorama que desde aquella altura se divisa, coronado por los picachos del Mont Blanc reverberantes de blancura, es de una belleza extraordinaria, iluminada por una gama de luz y de colores tan excepcional y sorprendente que ni la sensibilidad de un Sorolla podría plasmar en lienzo.

ESTUDIO CRANEOLÓGICO Y CRANEOMÉTRICO
DE UNA SERIE DE CRÁNEOS DE LA MICRONESIA,
EXISTENTES EN EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL
DE LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO (1)

POR

ANACLETO CABEZA PEREIRO

Los cinco cráneos que constituyen la serie y que tuve el honor de ofrecer a la Universidad compostelana, parecen haber pertenecido todos a individuos del sexo masculino; sólo me queda alguna duda respecto al núm. 1 de la colección, pues ofrece caracteres positivos, negativos y ambiguos que me hacen titubear sobre el sexo de la persona a quien correspondió.

Todos son de adultos, pues aun las edades del 1.º y 4.º parecen ser de diez y ocho a veinte años, respectivamente, pasando con seguridad de los cuarenta el 2.º, el 3.º y el 5.º.

El índice cefálico me ha servido para la numeración correlativa de los cráneos, en la cual sigo el orden de mayor a menor dolicocefalia.

En la descripción de ellos he seguido el antiguo pero excelente método de Blumenbach, considerando al cráneo sucesivamente, en sus diferentes caras o normas, pero teniendo siempre cuidado de orientarlos del mismo modo colocándolos sobre su base natural y mirándolos a cierta distancia perpendicularmente a la superficie examinada.

NORMA ANTERIOR.—A la simple observación (fig. 1), los cráneos 2.º y 5.º ofrecen notable predominio de la anchura sobre la altura, debido al gran desarrollo de los maxilares superiores y los pómulos, tanto que el contorno de la cara se pudiera inscribir en un trapecio de líneas laterales bastante divergentes hacia abajo, mientras que en los cráneos 3.º y 4.º la menor oblicuidad de dichas líneas permitirían inscribir la cara en un cuadrilátero casi rectangular; el cráneo 1.º viene a representar la tran-

(1) Extraído de la obra *La isla de Ponapé*, por Anacleto Cabeza Pereiro. Manila, 1895.

sición entre los otros dos tipos. En todos ellos la cara está bastante aplastada y los pómulos son muy voluminosos, lo que los diferencia mucho de los cráneos europeos.

El espacio inter-orbitario es algo menor que en los cráneos masculinos españoles y está aplanado porque los huesos propios de la nariz casi no forman relieve; la escotadura formada entre la frente y la nariz es muy poco profunda en el 1.º y 5.º, mediana en el 2.º y 3.º, exagerada en el 4.º; en éste y en el 3.º, los huesos nasales son estrechos, cilindroideos, y, por su modo

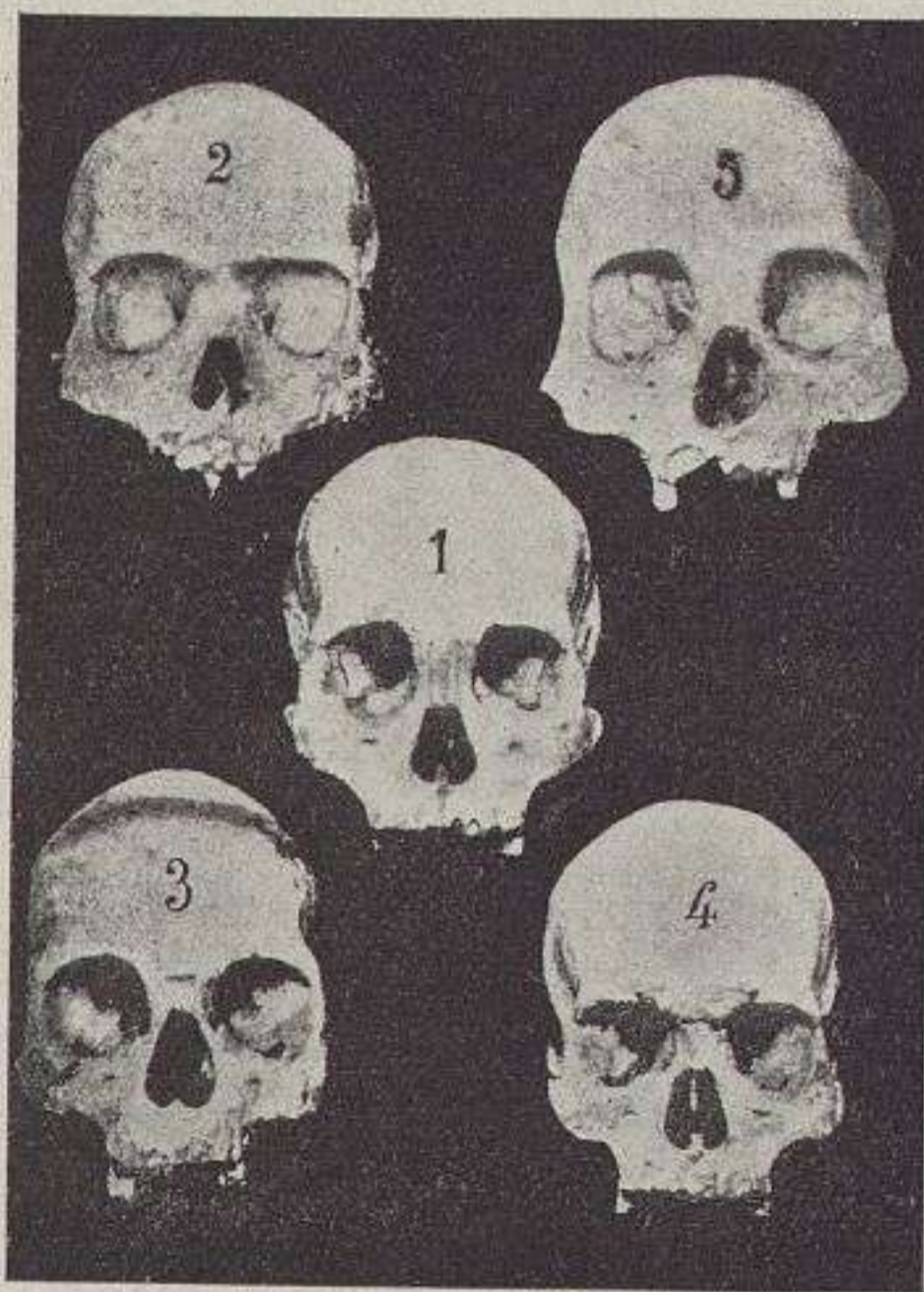


Fig. 1.—Cráneos de la Micronesia. (Norma frontal).

de unión con los maxilares, dan al esqueleto de la nariz un aspecto estriado, en que las estrias corresponden a las suturas verticales de estos huesos. Por estos caracteres, la vista, aun la menos acostumbrada, separa estos cráneos del tipo europeo.

Las órbitas son grandes, más que la media europea, en el 2.º, 3.º y 5.º; son más pequeñas en el 4.º y menos todavía en el 1.º; el 3.º y el 5.º parecen megasemos y los otros tres mesosemos; todos tienen ángulos redondeados, excepto el 1.º, en el cual la base de la órbita es claramente cuadrilátera.

El orificio anterior de las fosas nasales es ancho inferiormente y pre-

senta canales simios muy evidentes en el 2.º y en el 5.º, menos marcados en el 3.º y 4.º, y con vestigios de cresta semejante a la de los europeos en el núm. 1.

El prognatismo subnasal no se presenta a la vista muy acentuado en ninguno de los ejemplares.

NORMA LATERAL.—La curva sagital (fig. 2) en los cráneos núms. 2 y 5 empieza por una línea casi recta y algo oblicua arriba y atrás, de modo que la frente podría considerarse como moderadamente huída y plana en

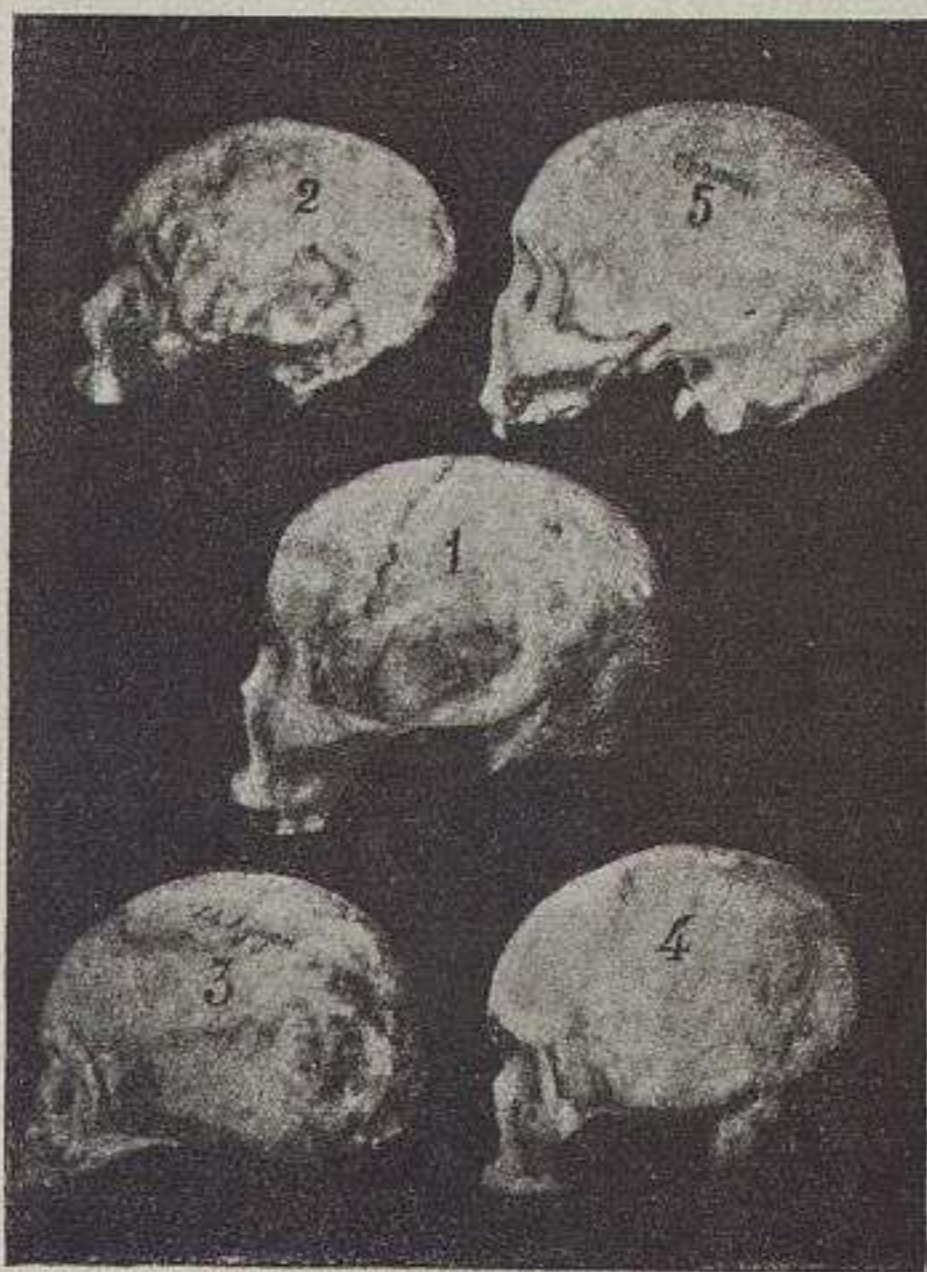


Fig. 2.—Cráneos de la Micronesia. (Norma lateral).

todos ellos, menos en el 4.º, que es de frente algo más vertical y globulosa; en el 3.º y 5.º, la curva sigue regularmente arqueada sin indicio de ángulos redondeados en el metopio, bregma ni obelio; el 4.º presenta ya vestigios de tal ángulo en el bregma, y el 2.º los tiene muy visibles en aquél y en el metopio, de modo que su curva parece más bien una línea quebrada. El extremo posterior de la curva que describimos descende casi verticalmente en el tercer ejemplar, y en el 5.º alcanza hasta el *inio*, en el que se forma un ángulo bien marcado correspondiente al encuentro de las porciones supra e infra-iniáticas del occipital; el 4.º ejemplar presenta algo abultada la región supra-iniática, lo cual interrumpe la regulari-

dad del contorno del cráneo. El núm. 1 se distingue bastante de los otros, porque en él la frente es casi vertical; el ángulo al nivel del metopio es bien marcado, existiendo además otro ángulo al nivel del obelio, desde cuyo punto el perfil descende vertical hasta el *inio*; el conjunto, por lo tanto, constituye los tres lados de un rectángulo, de los que el superior más largo tuviera la forma de un arco muy rebajado.

La fosa temporal no está limitada por arriba por verdadera línea saliente en ninguno de los cinco cráneos, pero en todos se reconoce el límite por el tránsito de una parte lisa del hueso a otra porosa, y guiándose por este límite, se ve que la superficie de inserción del músculo temporal es muy extensa en el 2.º, 3.º y 5.º, en los que sólo distan unos tres centímetros la parte más alta de la fosa y la sutura sagital; el 1.º y el 4.º ejemplares no ofrecen superficie tan extensa. El contorno superior de la escama del temporal no ofrece nada notable, como no sea una prolongación angulosa hacia arriba en el cráneo núm. 5.

El *epterio* es en forma de H en todos los ejemplares y mide centímetro y medio en el trazo transversal de la H en todos, menos en el 3.º, que sólo tiene seis milímetros. Las apófisis mastoides son de regular tamaño, siendo las más voluminosas las del núm. 3, y notables por su pequeñez las del núm. 1, en el que el vértice de las apófisis no llega a tocar al plano de sostén, a diferencia de lo que pasa en los demás. El equilibrio mastoideo es doble en el núm. 2. El arco cigomático es grande y prominente en los cráneos 2.º y 5.º; en los otros no lo es tanto, así como tampoco ninguno es tortuoso, si se exceptúa el 2.º, que lo es algo.

NORMA SUPERIOR (*verticalis*).—Los cinco cráneos se parecen mucho en este respecto, teniendo todos una forma ovoidea alargada que se estrecha considerablemente hacia adelante sobre la frente, excepto el número 1, que parece más redondeado que los otros. Todos son *fenózigos* y no *criptógenos*, como se ve en los europeos; es decir, que el cráneo tenido en el extremo del brazo, según el método de Busk, y mirado con un sólo ojo, los arcos cigomáticos son visibles, sobre todo en el núm. 5, que se perciben totalmente.

NORMA POSTERIOR—Reposando el cráneo sobre la base y a la altura horizontal de la mirada, la serie nos produce la impresión siguiente: en el 3.º, la forma pentagonal es marcadísima, dominando en éste más que en ningún otro la altura; la misma forma, pero menos acentuada gradualmente, se observa en el 4.º, 5.º y 2.º; en el 1.º, los lados superiores del pentágono se continúan formando una curva transversa tan redondeada que el contorno parece más bien un trapecio de base superior convexa; los cinco cráneos tienen perfectamente marcados los ángulos correspon-

dientes a las eminencias parietales, las partes laterales son oblicuas y convergentes hacia abajo, y en todos domina la altura sobre la anchura; es decir, que son más hipsicéfalos que platicéfalos.

El inion y las líneas para inserción muscular son enormes en el 2.º y en el 5.º, en los cuales las curvas occipitales superiores (*torus occipitalis*) son muy anchas y salientes; en los otros tres estos accidentes morfológicos no son ya tan marcados, presentando más bien caracteres negativos.

NORMA INFERIOR.—El contorno de la base del cráneo es bastante alargado en los núms. 3.º y 4.º, e igualmente alargado, aunque no tanto, en los demás. El agujero occipital está fuera del centro, más hacia la parte anterior, y los que lo tienen completo es de contorno elíptico y de área relativamente pequeña con respecto a su cráneo, comparado con el de los europeos. Los cóndilos son salientes en el 4.º y en el 1.º, aplanados en el 2.º y con el relieve ordinario en el 3.º. Faltan en estos cráneos casi todos los dientes y alveolos de los molares; están atrofiados en el 2.º; los de los otros dientes están rotos en el 3.º y presentan lesiones considerables que deforman el maxilar; los únicos que ofrecen el borde alveolar en buen estado y algunos dientes de volumen y conformación normales son el 1.º y el 3.º; y el primero de éstos no presenta indicios de quinto molar, y el segundo tiene alveolos pequeños que debieron corresponder a quintas muelas rudimentarias. En ambos cráneos se conserva abierta la sutura occipito-esfenoidal.

La forma arco-alveolar es elíptica, estrecha y alargada en los cráneos 2.º y 3.º, y ofrece contorno parecido al de una herradura en el 1.º, 4.º y 5.º.

PARTICULARIDADES DIVERSAS.—*En el cráneo núm. 1* todas las suturas son simples y se hallan abiertas; dos vormianos se notan en el asterio, y llama la atención la escotadura y agujeros supra-orbitarios que se presentan a la vez y en ambos lados.

El cráneo núm. 2 ofrece un principio de soldadura en las partes laterales de la sutura fronto-parietal, al nivel de los puntos epteros, correspondiendo la obliteración al núm. 2; en los demás, la complicación es mediana y puede referirse al núm. 3, excepto en la parte media de la occipeto-parietal, que corresponde al núm. 5, notándose dos huesos vormianos simétricos en la lambdoidea. Presenta este cráneo dos agujeros supra orbitarios en cada lado, y le falta una parte del arco cigomático del lado derecho; la parte parietal comprendida entre las dos líneas curvas es notable por su aspecto muy poroso y por presentar algunas pequeñas eminencias lenticulares ebúrneas; próximamente sobre la eminencia frontal izquierda hay pequeñas elevaciones rodeadas por una superficie rugosa elipsoidea que parece ser huella de alguna lesión antigua;

como ya dejamos dicho, este cráneo goza del doble equilibrio mastoideo.

En el cráneo núm. 3 se nota un vormiano eptérico en el lado derecho y las suturas fronto-parietales casi totalmente soldadas, lo mismo que la mitad anterior de la sagital; el resto de ésta y la lambdoidea son muy complicadas, presentando esta última dos grandes vormianos; la escotadura supra-orbitaria es doble en el lado derecho y simple en el izquierdo.

El núm. 4 tiene todas las suturas abiertas y de complicación mediana, entre las cuales se hallan numerosos vormianos, dos grandes en el lambda, uno eptérico en cada lado y otros seis en la sutura occipeto-parietal, que es la más complicada.

En el cráneo núm. 5 falta la apófisis zigomática derecha y el contorno del agujero occipital con los cóndilos de este hueso; la sutura fronto-parietal está osificada en más de la mitad de su extensión, lo mismo que el obelio; el resto de la sutura sagital y la lambdoidea están en vías de osificación, son poco complicadas y no presentan vormianos; tienen también agujero y escotadura supra-orbitaria en ambos lados. Este cráneo presenta una destrucción patológica del maxilar superior izquierdo, en la parte correspondiente a los alveolos de los incisivos, caninos y primer molar menor, apareciendo en forma de extensa cavidad abierta en la bóveda palatina, por un lado, y exteriormente debajo de la tuberosidad maxilar, por el otro, con destrucción semejante de los alveolos del canino e incisivos derechos. En el alveolo correspondiente al segundo molar izquierdo se nota la raíz tuberosa de este diente que no pudo salir y el cual parece haber sido el punto de partida de las lesiones dichas. Hacia la región del epterio derecho hay una superficie circular de dos centímetros de diámetro, claramente limitada en casi todo su contorno, rugosa y como careada en el centro y con una perforación irregular hacia su parte inferior que parece más bien ser producida por destrucción después de la muerte, en tanto que el resto parece, al contrario, haber sido una lesión ósea, quizá de naturaleza sifilítica.

Una particularidad notable, por no haberla visto en los cráneos europeos, es la de que el borde posterior de los parietales avanza sobre el occipital con que se articulan, formando un relieve que tiende a ocultar la sutura lambdoidea en sus partes laterales. Los ejemplares 4.º, 5.º y 2.º, en que se nota más claramente esta particularidad, sólo la presentan en la parte de parietales que corresponde a la fosa temporal, que está en estos ejemplares muy desarrollada, por lo que pudiera pensarse que el citado relieve sería debido a la extensión mayor del exocráneo en relación con el endocráneo, quizá por seguir el primero el considerable desarrollo del

músculo temporal. Apuntamos este detalle por si en cráneos de razas inferiores se encontrara confirmada la relación de su existencia con el predominio de su aparato masticador; yo, por mi parte, puedo decir que esta disposición especial la encuentro muy marcada en la mayoría de los cráneos malayos que he examinado.

Del examen, a simple vista, que acababamos de hacer de estos cinco cráneos, parece resultar *dos tipos* bien distintos, constituídos, uno, por los cráneos 3.º y 4.º, y otro, por el 2.º y 5.º, pudiendo considerar al 1.º como mixto, o bien afín al último tipo citado, por sus rasgos faciales y de carácter propio por los craneales.

El tipo primero (3.º y 4.º cráneos) se distingue por la mayor dolicocefalia; el arqueamiento regular del contorno que da el diámetro antero-posterior, la forma globulosa del occipucio, la estrechez transversa relativa de la cara, la mayor profundidad de la escotadura naso-frontal y la forma cilindroidea de los dos huesos nasales; en cambio, los dos ejemplares de este tipo difieren notablemente por la forma de los arcos alveolares.

El segundo tipo (2.º y 5.º cráneos) resulta más bien de las semejanzas en los rasgos de la cara, porque en ambos ejemplares ésta es muy ancha y con los pómulos proyectados hacia fuera; las fosas temporales muy extensas, prolongadas hasta la sutura lambdoidea, que tienden a ocultar, y toda la parte infra-craneana del occipucio casi plana y horizontal; también en este tipo la forma de los arcos alveolares establece diferencia entre los individuos en cuanto el deterioro y lesiones de estos arcos permiten reconocer.

El cráneo núm. 1, que pertenece a un sujeto bastante joven, es el que presenta rasgos de mayor superioridad por la forma globulosa y la pequeñez de sus órbitas; pero el desarrollo de los maxilares superiores, el volumen de los arcos zigomáticos y la forma de herradura del alveolar le aproximan más al tipo segundo que al primero.

La capacidad craneal de los cinco ejemplares, es muy superior a la de algunos grupos de primitivos (indígenas de Australia, 1.250 c. c.; cráneo de Piltdown, 1.300 c. c.; cráneo de Brocken Hill, 1.280 c. c.), es menor que la media europea, 1.480 c. c., excediéndola los otros cuatro; pero en ninguno llega a la del Neanderthal, que es muchísimo más elevada, pues alcanza 1.626 c. c.

Veamos ahora por el cuadro adjunto si estas impresiones visuales se hallan conformes con los resultados que nos dan las medidas craneométricas, y de esta manera quedará completo el estudio de la serie:

Serie de cinco cráneos de micronesios (1)

		M E D I D A S					
		Núm. 1	Núm. 2	Núm. 3	Núm. 4	Núm. 5	Medias.
Edad		Joven.	Adulto.	Adulto.	Adulto.	Adulto.	
Sexo		(?)	V.	V.	V.	V.	
Tribu o lugar		Agaña.	Ponapé.	Agrigan.	Saipan.	Agaña.	
Diametros del cráneo	Diámetro antero-posterior máximo	179	184	184	188	193	185,6
	Idem iniaco	177	183	183	179	192	182,8
	Id. metópico	180	183	186	187	190	185,2
	Id. trasverso máximo	137	140	135	134	137	136,6
	Id. biauricular	123	120	120	117	130	122,0
	Id. temporal	130	131	125	126	135	129,4
	Id. frontal inferior (mínimo) ..	92	98	89	89	91	91,8
	Id. frontal superior (biestefánico)	107	113	108	110	104	108,4
	Id. astérico (occipital máximo)	105	116	109	103	109	108,4
	Id. yugular (occipital inferior) ..	78	83	79	77	79	79,2
	Id. glenoideo (medio inferior) ..	98	98	96	94	95	96,2
	Id. temporal inferior	87,50	89	85	77	79,50	83,6
	Id. largo del agujero occipital ..	36	33	33	33	(?)	33,7
	Id. ancho del mismo	28	26	27	28	(?)	27,2
Circunferencias craneanas	Circunferencia antero-posterior total	515,50	547,50	546	550	(?)	539,7
	Idem. horizontal total	500	510	505	510	520	509,0
	Id. del cráneo posterior	255	270	266	270	>	265,0
	Id. trasversa supra auricular ..	324	315	318	330	320	321,4
	Id. trasversa total						
Circunferencia antero-posterior descompuesta	De Nasio a bregma	132	128	120	126	127	>
	Idem Bregma a obelio	84	88	90	95	95	>
	Id. Obelio a lambda	32	35	52	60	42	>
	Id. Lambda a inio	50	67	60	50	45	>
	Id. Inio a opistio	55	48	60	51	58	>
Capacidad craneana	1,575	1,570	1,435	1,575	1,503	1,531	
Proyecciones craneanas ..	Proyección horizontal total (no comprendiendo la cara) ..	164,5	166	185	178	181	176,9
	Idem. vertical	150	148	152	157	(?)	151,7
Angulos	Angulo occipito-basilar de Broca	27°	35°	21°	29°	(?)	28,0
	Idem Daubenton	10°	15°	5°	13°	(?)	10,0
Longitudes de la cara. ..	Longitud ofrio-alveolar	88	94	86	94	94	89,2
	Idem naso-alveolar (maxilar superior)	72	70,50	68,20	67,50	64	68,4
	Id. naso-espinal	54	54,5	46	50	57	52,2
	Id. abertura nasal (anchura) ..	24	21,5	34	24	26	23,8

(1) Los números 1, 4 y 5 son procedentes de colonias de Carolinos, que hay en las islas citadas.

M E D I D A S

		Núm. 1	Núm. 2	Núm. 3	Núm. 4	Núm. 5	Medias.	
Edad.....		Joven.	Adulto.	Adulto.	Adulto.	Adulto.		
Sexo.....		(?)	V.	V.	V.	V.		
Tribu o lugar.....		Agaña.	Ponapé.	Agrigan.	Saipan.	Agaña.		
Longitudes de la cara....	Longitud altura de las órbitas.	32,5	35,5	36,0	33,5	38,5	35,2	
	Id. ancho de ídem íd.....	36,5	41,5	40,0	38,0	40,0	39,2	
	Id. espacio inter-obitario....	20	20	22	18,0	22	20,6	
	Id. biorbitario externo (facial superior).....	100	106	105	99	107	103,4	
	Id. biyugal.....	112	117	113	108	125	115,0	
	Id. malar media.....	107	121	108	108	128	114,4	
	Longitud malar posterior...	121	133	119	117	142	126,4	
	Idem bizigomática.....	127	136	124	124	144	131,0	
	Id. bimaxilar (maxilar máxima).....	99	96	88	98	110	>	
	Id. bicanina.....	43	40	40	44	(?)	41,7	
	Id. alveolor posterior.....	52	50	44	57	59	52,4	
	Id. máxima del borde alveolar.	62	55	53	64	66	60,0	
	Id. alveolo-superciliar.....	79	82	75	74	69	75,8	
	Proyecciones.	Prebasilar de la base.....	74	83	79	83	79,7	76,6
		Posbasilar ídem íd.	96	93	96	99	95,8	75,8
Horizontal de la cara al ofrio....		26	24	26	21	24	>	
Angulo.	Nasomalar de Flower.....	146°	136°	135°	139°	136°	136	
Radios..	Basilo-alveolar....	95	103	100	100	99,5	>	
	Nasal.....	101	104	99	102	101,5	>	
	Ofriaco.....	111	116	112	113	112,7	>	
	Metópico.....	125	126,6	124	182	125,7	>	
	Bregmático.....	140	138,6	141	147	142	>	
	Obélico.....	138	132,4	136	138	156	>	
	Lambdaideo.....	120	121,6	115	120	119	>	
Iniaco.....		89	85	88	85	86,2	>	
Cabeza en conjunto...	Punto en que termina el plano prolongado del agujero occipital.....	I.	AE.	IO.	E.	(?)	>	
Indices..	Cefálico.....	76,55	76,08	73,31	71,27	70,98	73,66	
	Cráneo Facial.....	40,02	38,31	37,06	36,04	33,16	36,91	
	Estefánico.....	84,25	83,09	87,00	88,70	72,22	83,52	
	Orbitario.....	88,44	85,53	90,00	88,18	96,25	89,68	
	Nasal.....	44,44	38,53	52,17	47,99	45,61	45,72	
	Del agujero occipital.....	84,11	78,78	81,81	84,11	(?)	82,20	
	Palatino.....	76,09	69,81	58,18	73,07	75,00	70,43	
	Basilo - bregmático (vertical).....	77,65	75,04	75,54	71,12	(?)	74,83	
	Trasverso-vertical. Facial del Kollmann.....	76,65	75,09	73,37	71,27	(?)	74,09	
	57,48	51,83	55,00	55,24	44,44	52,79		
	Facial de Broca...	56,69	71,75	65,64	64,12	71,74	65,98	
	Basilar.....	43,79	47,16	45,14	45,60	45,14	45,36	
	Frontal.....	67,15	70,00	65,92	66,42	66,42	67,18	

CRÁNEOS	MEDIDAS DE LA MANDÍBULA INFERIOR												Mentón.....
	ANCHURA			ALTURA		CUERDAS		RAMAS		ANGULOS		CURVA	
	Bigoniaca...	Bicondilea..	Bimentioniana.....	Sinfisiana...	Molar.....	Coniosinfisiana.....	Gondileo-conoidea..	Longitud...	Anchura....	Mandibular..	Sinfisiano...	Bigoniaca...	
Número 2.....	102	118	27	29	25	93	33	66	36	60	101	185	R. C.
Número 5.....	105	118	24	31	29	89	30	50 (?)	37	64	105	175	C.

Las medidas que expresa el cuadro precedente no sólo se hallan conformes con lo que dejamos expuesto en la parte descriptiva craneal y con lo que dejamos dicho del vivo, sino que también se hallan confirmadas por las que otros antropólogos nos han dado como resultantes de sus estudios en mayor número de cráneos, las cuales, para poder formar juicio comparativo, exponemos a continuación:

Capacidad craneana.

GRUPO DE LA ISLA DE RUK		Serie que se estudia.
VIRCHOW	RRAUSE	CABEZA
Hombres (8) 1,210 a 1,560 : media 1,431.....	(10) media 1,344	(5) 1,435 a 1,575
Mujeres (12) 1,105 a 1,305 : — 1,203.....	(5) — 1,273	Media 1,542

Diferencias:

Varones.....	365
Hembras.....	200

Reuniendo las cifras de los tres cuadros, tenemos para los 40 cráneos de carolinos un volumen de 1,359, en general, cifra que, descontando de ella lo que corresponde a las 17 mujeres, que es de 1,240, se eleva algo más, pues alcanza a 1,439 para los 23 hombres.

Esta cifra, que corresponde casi al volumen más bajo de mi serie, es bastante inferior que la que da mi colección, pues la capacidad media de mis cinco cráneos es 202 c. c. mayor que la de los 10 cráneos medidos por Krause, y excede en 111 c. c. a la de los ocho cubitados por Virchow.

Mis medidas, sin embargo, fueron tomadas con estricta sujeción a las instrucciones de Broca y repetidas para comprobar su exactitud, por lo que no puedo dudar de ellas, y sólo me explico la considerable diferencia de volumen señalado, ya porque los autores alemanes emplearon otro procedimiento al cubicar sus cráneos o porque realmente fueron éstos más pequeños que los míos, por pertenecer unos y otros a tribus de muy distinto desarrollo cefálico, aparte de la influencia, hoy reconocida, que la talla ejerce sobre el peso del cerebro y la cavidad ósea que lo contiene.

La capacidad craneana media de los micronesios es bastante menor que la de los europeos; pero también por este concepto sorprende el que lo particular de mis cinco cráneos exceda en 8 c. c. a la capacidad media de los varones adultos naturales de Madrid, cubicados por el Dr. Porpeta en el laboratorio de Anatomía antropológica de la Facultad de Medicina de Madrid.

Las diferencias tan marcadas entre máxima y mínima de las tres series apoyan la idea de que no se trata de una raza fundamental.

Índice cefálico.

	VIRCHOW	KRAUSE	CABEZA	MEDIA TOTAL
Varones.....	(8) 73,4	(12) 72,6	(5) 73,66	(25) 72,8
Hembras.....	(12) 73,0	(5) 78,0	» »	(17) 74,5

El índice cefálico individual está representado de la manera siguiente:

	DOLICOCÉFALOS VERDADEROS	TOTAL
Varones.....	6, 8, 3	17
Hembras.....	9 » »	9
	SUBDO- LICOCÉFALOS	TOTAL
Varones.....	2, 3, 2	7
Hembras.....	2, 3, »	5
	BRAQUICÉFALOS	TOTAL
Hembras.....	1	1

Las únicas medidas que tengo noticias se hayan efectuado sobre el vivo en Carolinas son las que Kubary practicó sobre 227 individuos en el grupo de islas llamado Ruk; su resultado es el siguiente:

	INDICE CEFÁLICO	INDICE DE ALTURA
Varones (204).....	69,4	73,3
Hembras (23).....	69,1	73,4

Los micronesios son principalmente dolicocefalos, según resulta de los datos recogidos en cráneos secos y en vivos; y en los índices de éstos que nos da el anterior estado, reducido en dos unidades desciende a 67, que es casi el límite inferior de las variaciones que el índice cefálico presenta en las razas humanas. Pudiera decirse que, en general, los micronesios siguen a los fidjianos en orden a extrema dolicocefalia; pero en los primeros hay una escala de variación muy extensa, pues aun haciendo caso omiso de las medidas de Kubary, entre el índice 70,98 del núm. 5 de mi serie y el de 83,8 que han hallado en Palaos, Virchow y Krause, existe la notable diferencia de 12,9.

Quizá esto se deba a la mayor o menor proporción de sangre negra en cada raza, y por tal concepto resultan mis cinco cráneos intermedios por el índice, y aun dos de los ejemplares pertenecerían a mestizos mesaticéfalos, pues su índice es de 76 y 77.

Se ha creído por Krause que en la Micronesia, y sobre todo en las Carolinas, el índice cefálico aumentaba siguiendo de Este a Oeste; pero esta opinión, fundada en los datos del cuadro que sigue, no se halla confirmada por los de igual género, debidos a Virchow, el cual piensa que aquél no tuvo en cuenta más que una sola emigración de malayos, haciendo abstracción de otra que fué dolicocefala, que pudo llamarse indonesiana, que también llegó del Oeste. Estos dos elementos, sobreponiéndose el uno al otro y sobre la primitiva población milanesiana, cree Virchow han debido producir resultados más complejos que los expresados por Krause, y tanto más complejos cuanto que el elemento braquicéfalo de la Polinesia ha hecho su entrada en la Micronesia, no sólo por el Oeste, sino también por el lado del Este, por Samoa y Tonga.

KRAUSE		VIRCHOW	
ISLAS	Indice cefálico.	ISLAS	Indice cefálico
Ponapé.....	72,2	—	72,2
Mortlock.....	74,0	—	74,0
Ruk.....	75,5	—	73,6
Yap.....	78,5	—	78,5
Palaos.....	83,8	—	83,8
		Gilbert.....	75,1
		Marshall.....	76,1

Las medias extremas que caracterizan los diferentes grupos, así como los índices individuales en mi serie, confirman igualmente la distinción establecida en la parte descriptiva.

Indice vertical.

	VIRCHOW	KRAUSE	MEDIA	CABEZA (1)
Varones.....	(7) 76,5	(12) 78,4	(19) 77,7	(5) 74,93
Hembras.....	(11) 74,5	(5) 81,4	(16) 76,7	

Para los 25 cráneos medidos por Virchow, el índice medio es de 77, al cual considera este autor como hipsocéfalo muy pronunciado. Entre aquéllos hay dos camocéfalos, 12 ortocéfalos y 21 hipsocéfalos. No establezco comparación alguna entre estas medidas por ser dudoso que hayan sido tomadas por el mismo procedimiento.

Según Kubary, la distancia bi-zigomática en 40 hombres fué de 129 a 148 mm., y en 30 pasó de la anchura máxima del cráneo.

La tomada en el cráneo da el resultado siguiente:

Distancia bizigomática media.

	KUBARY	CABEZA
Varones.....	(7) 131	(5) 131
Hembras.....	(12) 123	

(1) Queda ya dicho que todas mis medidas las he tomado siguiendo a Broca.

El índice orbitario en 25 cráneos de micronesios fué de 84,1; en los cinco míos, la media es de 89,9. El índice individual da el resultado siguiente:

	HOMBRES	MUJERES	TOTAL
Microsemos.....	2	5	7
Mesosemos.....	7	7	14
Megasemos.....	3	1	4

Este carácter, que es tan distintivo, pone también de manifiesto la separación en grupos que los simples datos descriptivos nos habían dado. Este índice, que es uno de los que mejor caracterizan las razas fundamentales, ofrece en mi colección desviación tan notable como la que se observa entre el cráneo núm. 2 con su índice de 85,53, y el núm. 5, con 96,25, señalándonos por este motivo el cruzamiento habido entre razas amarillas megasemas y razas negras mesosemas.

El índice nasal, para Virchow fué de 50,9 en nueve hombres y de 51,4 en 12 mujeres; el de mis cinco cráneos, de 45,7.

El individual es como sigue:

	HOMBRES	MUJERES	TOTAL
Leptorinos.....	4	2	6
Mesorinos.....	5	6	11
Platirinos.....	5	4	9

Las variaciones individuales que se notan en mi serie, que oscilan desde 38,53, que mide el cráneo núm. 2, hasta 52,17 que marca el índice del núm. 3, hay una separación considerable, que alcanza la diferencia enorme de 13,64, efecto seguro, según Broca, del mestizaje que venimos demostrando por toda clase de pruebas.

Réstanos sólo decir, para terminar, que así la simple observación visual hecha sobre el vivo, como las medidas craneométricas, nos manifiestan igualmente caracteres que determinan la separación de razas que creemos confirmada plenamente.



NOTAS DE UNA BREVE EXCURSIÓN A LAS ISLAS CANARIAS (1)

POR

FRANCISCO DE LAS BARRAS DE ARAGÓN

SUMARIO

Indumentaria y habitaciones.—Cantos y bailes.—Tapices de flores.—Colecciones antropológicas.—El Museo Canario de las Palmas.—Ultimos trabajos del Dr. Verneau en Canarias.—Reciente arreglo del Museo Canario.—Razas primitivas de Canarias.—Trabajos geológicos del Dr. Fernández Navarro.—No hubo Atlántida.—Colecciones etnográficas del Museo.—Cerámica.—Grabados rupestres.—La cueva de los Guanches.—Algo de fauna y flora canarias.

Aunque el carácter de la excursión a Canarias, realizada por el Congreso Internacional de Geología, visitando a Tenerife, La Palma y la Gran Canaria, hubo de verificarse con gran rapidez, cosa no muy propicia al trabajo antropológico, creemos que puede tener algún interés el comunicar a la SOCIEDAD las notas y observaciones que pudimos reunir en los pocos días, desde el 9 hasta el 16 de mayo próximo pasado, que permanecemos en el encantador archipiélago.

En primer lugar, al desembarcar en Santa Cruz de Tenerife (2) visitamos su mercado, en que sorprende encontrar mezclados frutos de todos los climas; pero, desde nuestro punto de vista, acaso la nota más interesante, es la de ver a todas las mujeres del campo que allí acuden para vender, tocadas con sombreros muy pequeños, algunos tanto, que no llegan a un decímetro de diámetro, comprendidas las alas. Estos sombreros,

(1) Las figuras 3, 4, 6 y 19 proceden del libro-guía, titulado *Islas Canarias*, de D. Lucas Fernández Navarro. Debemos las demás al distinguido astrónomo del Observatorio de Madrid D. José Tinoco Acero, que las obtuvo durante la expedición y que ha tenido la bondad de proporcionárnoslas y autorizarnos la publicación, por lo que hacemos constar aquí nuestro agradecimiento.

(2) Algunas observaciones referentes a Santa Cruz de Tenerife figuran en la obra de mi padre, titulada *La Habana a mediados del siglo XIX. Memorias de Antonio de las Barras y Prado*. Madrid. Editorial «La Lectura», 1925-26.

de confección casera, son de un tejido de palma y van generalmente adornados con cintas de terciopelo. Después de ponerse un pañuelo por la cabeza, se colocan sobre él dicho sombrero en la parte anterior, casi sobre la frente y se lo sujetan con dos cintas (fig. 1). Dos ejemplares de los más pequeños adquirimos y están en nuestro Museo de Antropología. Observando con algún detenimiento, pronto se nota que, aunque pequeños en general, varían no obstante las formas y dimensiones. Las variaciones indican la procedencia de localidades diferentes, en cada una de las cuales se ha perpetuado una forma especial de sombrero, lo que permite a los co-

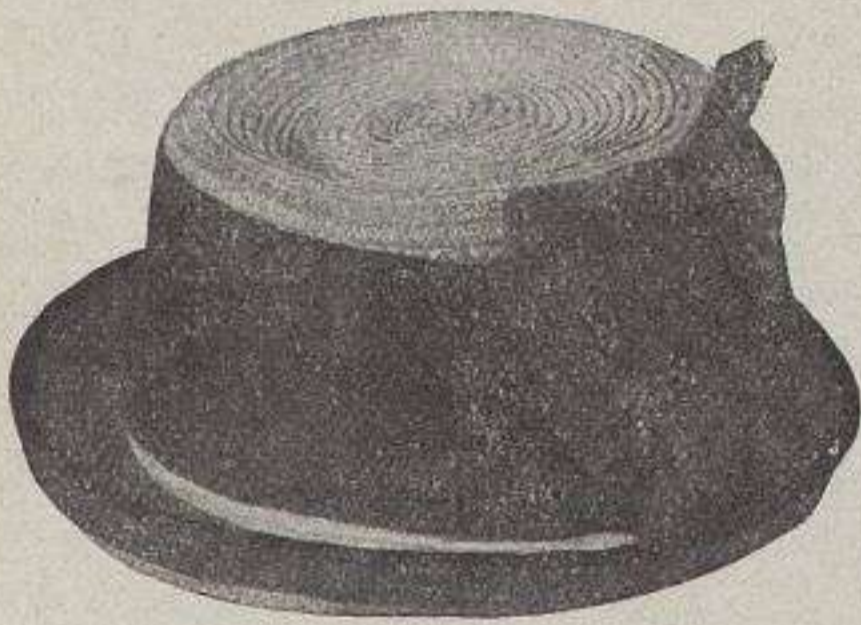


Fig. 1.—Sombrero usado por las campesinas de Tenerife.

nocedores del país saber por el sombrero el lugar de origen de la que lo lleva (figs. 2, 3, 4 y 5).

Estos sombreros, de uso en las islas occidentales, son sustituidos en las orientales por una mantilla blanca y corta de franela fina, que llevan las mujeres puesta por la cabeza y cruzada por el pecho (fig. 6).

En cuanto a los hombres, sólo hemos visto alguno que otro con el característico calzón corto y zaragüelle blanco (fig. 7), pero sí entre los

mulateros que nos acompañaron en nuestra excursión al Teide había muchos que llevaban la manta típica, que es sencillamente una manta de cama de las de uso corriente, doblada y fruncida por uno de los lados cortos, por el que se cuelga de los hombros.

Tuvimos ocasión de ver en varios sitios, pero especialmente en Agua Mansa, en lo alto del valle de la Orotava, un caserío formado exclusivamente por chozas muy semejantes a las de la Península. No hemos visto cuevas habitadas, pero según nos dijeron, es cosa frecuente. También construyen los campesinos, casas de forma especial del país, con una sola crujía y techo plano.

Hemos visto en uso la *lanza canaria*, palo fuerte, como de dos metros de longitud, con un largo regatón de hierro en uno de sus extremos. Con ella, dando el vulgarmente llamado «salto de la garrocha», las gentes del campo y en especial los pastores, salvan precipicios y descienden por tajos y despeñaderos, dando una serie de grandes saltos, en los que aprovechan para apoyar la lanza los más pequeños salientes de las rocas.

* * *

Aunque la raza indígena fué pronto, como se sabe, absorbida por los peninsulares invasores, se ven muchos tipos altos de estatura y que presentan caracteres que corresponden a los que se conocen de los guanches. No faltan bastantes caras y cabezas, en las que podemos apreciar y comprobar los caracteres de la raza de Cro Magnon. En la excursión que, desde La Laguna, hicimos al Llano de los Viejos (fig. 8), donde en medio de un bosque de pinos (*Pinus canariensis*), nos obsequiaron con una fiesta



Fig. 2.—Mujer de Tenerife con el sombrero típico. (Fot. Tinoco).

típica del país, abundaban los individuos con esos caracteres que luego encontramos otra vez en la Isla de La Palma.

En dicha fiesta presenciarnos la *lucha canaria* (fig. 9), en que dos hombres miden sus fuerzas en forma que se asemeja a la lucha grecorromana y también a la japonesa. El triunfo lo obtiene el que derriba al otro y logra hacerle poner los dos hombros en el suelo. Concurrieron a esta fiesta muchos hombres y mujeres con trajes típicos, no faltando a ellas los sombreritos de que hablé al principio.

Un grupo de hombres solos realizó cierta danza, en la que van trenzando varias cintas de colores alrededor de un palo (figs. 10 y 11) al que están sujetas por uno de sus extremos. El palo está sostenido por uno de los del grupo, que se sitúa en el centro. Al son de una música del país, cada baila-

rín cogido al extremo libre de una de las cintas que mantiene tirante, va danzando alrededor del palo y cruzándose con los otros, resultando que las cintas forman un tejido sobre dicho palo. Cuando, como consecuencia de esto, las cintas van acortándose, empiezan los bailarines a danzar en sentido contrario hasta que las destejen. Bailes análogos hay en varios puntos de la península.

Otros de los concurrentes a la fiesta cantaron después *folías*, *isas*, *malagueñas canarias* y el *arrorró*, que es una canción de cuna. También va-



Fig. 3.—Mujer de Tenerife con el sombrero típico. (Fot. Tinoco).

rias parejas bailaron *seguidillas canarias*, y el *tajaraste* y la *isa* (figs. 12 y 13), presentando esta última algunos puntos de semejanza con la danza prima asturiana. Alguien me hizo observar, como era en efecto, que la mayor parte de los bailarines y las bailarinas no eran muy jóvenes y algunos tenían hilos de plata entre sus cabellos, lo cual parece ser signo de que en Canarias, como en todas partes, los bailes del país van siendo sustituidos por los que podríamos llamar internacionales, a los que suele dar preferencia la generación que sale ahora de la adolescencia, habiendo muchos de sus individuos que no aprenden los bailes de su país.

Entre las coplas que cantaron pudimos tomar nota de las siguientes, que a título folklórico creemos merecen consignarse:

Folías.

Bella mujer lagunera
que escuchas tras la ventana
esta canción sensiblera
que en la noche se desgrana.

—
Cuando una canaria quiere
al que la sabe querer,
de tanto querer se muere
y muerta quiere también.

—
¿Con qué te lavas que tienes
de nieve y rosa la cara?
La nieve me la dió el Teide
y las rosas la Orotava.

—
Dos cosas hay en Canarias,
que nunca olvidaré yo;
de mi novio las folías,
de mi madre el arrorró.

—
Un céntimo le dí a un pobre
y me bendijo a mi madre;
no he visto cosa más chica
ni recompensa más grande.

—
Cuando en la era nos vimos
y en la cumbre nos citamos
¡qué deprisita subimos
y qué despacio bajamos!

—
Del valle al fondo una choza
y dentro de ella buen gofio,
una guitarra, una maga;
ese es mi edén y no otro.

—
Si el pico de Teide fuera,
fuera de gofio molido,
los niños de Santa Cruz
ya se lo hubieran comido.

—
El canario que se olvida
del dulcísimo arrorró (1)
no recuerda de su madre
la armoniosa y tierna voz.

Como ese Teide gigante
todas las canarias son
mucho nieve en el semblante
y fuego en el corazón.

—
Siete jardines en flor,
que arrulla tranquilo el mar;
una madre todo amor,
esa es mi tierra sin par.

—
Hay un árbol en Canarias
que no ví en ninguna parte,
sus hojas son bayonetas,
su sabia color de sangre.

—
Cementerio de Tegüeste
cuatro tapias y un ciprés.
¡Qué recinto tan pequeño!
¡¡Cuánta gente cabe en él!!

—
Cadenas y más cadenas
y más cadenas de amor,
cadenas y más cadenas,
que me *enrean* el corazón.

—
Quiéreme y no me olvides,
quiéreme con toda el alma,
quiéreme como quiere
el plátano al agua.

—
No me pidas más folías
que yo no las sé cantar,
las folías son canarias
y yo soy peninsular.

Arrorró.

Clavellina encarnada
rosa en capullo,
duérmete niño mío,
que yo te arrullo.

Isas.

¡Palma! ¡Palma! Patria mía,
donde pasé mi niñez,

(1) Variante: O no conoció a su madre, o no tiene corazón.

mi juventud y alegría,
ya no te volveré a ver.

—
A deshoras de la noche
no le abras la puerta a nadie,
que el hombre no se conoce;
la voz se la lleva el aire.

—
Lejos, muy lejos de aquí,
en la tempestad y la calma,
llevará siempre mi alma
un recuerdo para tí.

—
Una vela se consume
a fuerza de tanto arder,
así se consume un hombre
cuando quiere a una mujer.

Son las estrellas del cielo
ventanas que abre el cariño
donde se asoman las madres
cuando murieron sus niños.

—
Lo que yo no te perdono,
es que ofendas a mi madre,
que otra madre no se encuentra
y a ti te encontré en la calle.

Estríbillo.

Si te dan chocolate
tómalo boba
que la Reina de España
también lo toma.

Como nota interesante de las que caracterizan el país, aunque en las islas que hemos visitado abunda, según creemos, menos que en otras, merecen citarse las recuas de camellos de carga que hemos visto por los caminos muchas veces, en Tenerife y la isla de La Palma.

Entre las industrias típicas, acaso ninguna lo sea tanto como la cochinilla (*Coccus cacti* L.) que, como es sabido, se cría sobre la chumbera, que lleva el nombre de *Opuntia coccinellifera* y cuya industria está muy decaída, si bien, según nos dijeron, ha tenido un pequeño resurgimiento reciente por haber subido el precio de la grana a causa de ser insustituible para la fabricación de lápices de los que se destinan a retocar el color de los labios femeninos. En la Gran Canaria visitamos una plantación de chumberas en que se criaba la cochinilla que cogimos sobre la planta. Anejo había un establecimiento de preparación.

Otra industria que creemos está hoy totalmente desaparecida, es la explotación de la *Rocella tinctoria* D. C., o líquen tintóreo, de que obtenían el carmín, llamándole también *orchilla*. Este líquen se cría en los acantilados marinos y el ir a cogerlo era generalmente muy peligroso.

* * *

Una manifestación artística de gran interés, que es típica de la Orotava (figs. 14, 15, 16, 17 y 18) y que creo sólo tiene una reducidísima área de dispersión, es la de los tapices de flores. Con pétalos de colores variados y hojas de pino y otras plantas, tostándolas a veces para obtener más variados matices, hacen sobre el suelo un tapiz de artístico di-

bujo y hermosa combinación de colores para el paso de la procesión del *Corpus*. Los pétalos forman el dibujo y las hojas de pino, etc., el fondo. Constituyen estos tapices verdaderas obras de arte que tienen vida efímera, pereciendo bajo los pies de los que van en la procesión. Tuvimos que agradecer, entre otras infinitas atenciones, el que, con motivo del Congreso de Geología, y representando el centro su escudo con los martillos cruzados y el lema *mente et maleo*, nos ofrecieran (fig. 15) un precioso tapiz en la Orotava, que pudimos ver despacio y del que se obtuvieron fotografías. En La Laguna también nos dedicaron un tapiz semejante en el Ayuntamiento (figura 14).

* * *

En cuanto a las colecciones antropológicas existentes en Canarias, la brevedad de nuestra estancia y el plan de la excursión nos dificultaron de tomar notas detalladas, salvo en el Museo Canario de Las Palmas.

No obstante, debemos citar el Museo Municipal de Santa Cruz de Tenerife, que contiene, entre otras cosas, bellísimas cerámicas, y el Museo Benítez, también de Santa Cruz, colección particular muy importante, que revela el entusiasmo de su fundador D. Anselmo S. Benítez (1). También el Instituto Nacional de 2.^a Enseñanza de La Laguna, posee una momia, varios cráneos y otros objetos de interés. Es director del Establecimiento el distinguido naturalista, especializado en botánica, D. Agustín Cabrera, quien, además de sus aficiones, muestra gran interés por todo lo que a las Ciencias Naturales se refiere y, en particular, lo que concierne al Archipiélago Canario.

En Santa Cruz de la Isla de La Palma, tienen en su interesante Museo-Biblioteca, una importante serie de cráneos de los primitivos habitantes de dicha isla, llamados Benaguaris, y también objetos de cerámica y no pocos



Fig. 4.—Grupo de mujeres de Tenerife con su sombrero típico.

(1) Es el Sr. Benítez, además, autor de una notable *Historia de las Islas Canarias*. De ella hicimos mención en nuestra nota sobre dos cráneos de guanches que presentamos a la SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ANTROPOLOGÍA. «Medidas e índices de dos cráneos de guanches» Tomo I, Comunicación 17, Actas, p. 102.

utensilios variados. En algunos de los cráneos que existen allí coleccionados, pudimos apreciar claramente los caracteres de la raza de Cro Magnon.

Estas colecciones y las que indudablemente habrá en las otras islas que no hemos visitado, bien merecían ser objeto de un estudio detenido.

Ya que de la Isla de La Palma hemos hablado, consignaremos aquí que cuando en ella visitamos el inmenso circo volcánico que lleva el nombre de Caldera de Taburiente, nos refirieron que en el centro de él, en Idafe,



Fig. 5.—Grupo de mujeres de Tenerife. (Fot. Tinoco).

se alza un monolito llamado Altar de Taransú, que, en efecto, servía como tal altar a los Benaguaris, quienes a su pie sacrificaban cabras, cuyas vísceras arrojaban como ofrenda al monolito.

* * *

En la Gran Canaria, desde el punto de vista antropológico, reviste excepcional importancia el Museo Canario de Las Palmas. Está este Museo, recién instalado en el edificio (con otros que se le han agregado) que para él dejó el ilustre patricio D. Gregorio Chil y Naranjo, autor de la monumental obra, titulada *Estudios históricos climáticos y patológicos de las Islas Canarias*, y cuyo retrato ocupa sitio de honor en la sala central del piso alto. Por cierto que este piso quedará destinado por completo a las colecciones antropológicas.

Está el Museo dirigido por un Consejo de administración bajo la presidencia del General Marqués de Acialcázar, siendo conservador el distinguido antropólogo D. Diego Ripoche y Torres, e integrando su Junta directiva miembros entusiastas y activos. Además de las de Antropología,

hay colecciones de las distintas ramas de la Historia Natural del archipiélago, siendo de ellas, sin duda las más importante, la de Geología, recientemente ordenada y clasificada por nuestro compañero y amigo el distinguido geólogo D. Lucas Fernández Navarro, que dirigió la excursión del Congreso de referencia.

Precisamente, dentro de este año de 1926, ha estado ordenando y estudiando las colecciones antropológicas el ilustre sabio Dr. Verneau, quien por los años 80-85 del siglo pasado estuvo en Canarias desempe-



Fig. 6.—Mujer de Gran Canaria con la mantilla característica.

ñando una comisión científica del Gobierno francés y vino a demostrar que los guanches pertenecían a la raza de Cro Magnon, afirmación que en 1879 había hecho el Sr. Chil y Naranjo en su obra citada.

Pero dejando este aspecto del asunto, no está de más hacer notar que, si bien es una honra y garantía el que las colecciones hayan sido ordenadas por una indiscutible eminencia como el Dr. Verneau, no nos favorece demasiado el que ningún español haya hecho antes ese trabajo y menos aún que la comisión concedida al ilustre sabio de setenta y cuatro años de edad lo haya sido por el Ministerio de Instrucción Pública de Francia, por disposición de 9 de noviembre de 1925, y a cuyo Ministro de Instrucción Pública va, como es natural, dirigido el «rapport» que redactó Verneau al

terminar su misión (se marchó del archipiélago en 7 de marzo del corriente año), y que en francés (1) nos fué leído en el Museo cuando lo visitamos como congresistas del de Geología.

La Biblioteca del Museo contiene 40.000 volúmenes impresos y además muchos manuscritos, referentes, en su mayor parte, a la historia de las islas.

En cuanto a la parte antropológica más importante, referente a los restos humanos, contiene el Museo *mil setenta y ocho* cráneos antiguos, *cien* pelvis y una infinidad de huesos aislados de tronco y extremidades. Las salas dedicadas a restos humanos son dos. En la primera hay, a la entrada,



Fig. 7.—Hombres y mujeres de Tenerife. (Fot. Tinoco).

cuatro esqueletos armados y también en las partes alta y baja de la estantería numerosas mandíbulas y huesos largos. En cuanto a cráneos, los hemos visto de la localidad de Guayadeque en la Gran Canaria, algunos de tamaño manifiestamente grande y con claros caracteres de la raza de Cro Magnon y otros presentando caracteres distintos. Puede decirse lo mismo de los procedentes de Tirajana y otras localidades de la isla. En uno de Galdar se ve una lesión procedente acaso de haber comenzado una trepanación. En esta misma sala ha establecido Verneau la serie de cráneos tipos de comparación para el conocimiento de las razas de Canarias, como luego veremos. En el centro de la misma sala hay dos vitrinas conteniendo momias embalsamadas y empaquetadas en cubiertas de cuero cosidas. Con ellas hay muestras de las resinas empleadas para el embalsamamiento.

* * *

(1) Pocos días después de la visita de los congresistas se publicó la traducción de parte del documento en el *Diario de Las Palmas* del miércoles 19 de mayo de 1926.

En el *Rapport sur une mission scientifique dans l'Archipel Canarien* (1887) (página 204), dice Verneau: «En las Islas Canarias existía la costumbre de embalsamar ciertos muertos. Los embalsamadores formaban una corporación que comprendía individuos de los dos sexos. Según los antiguos historiadores, se comenzaba por abrir las cavidades con un cuchillo de piedra para extraer las vísceras». Por cierto que ninguna momia de las que hemos visto en Canarias puede compararse por su estado de conservación con el hermoso ejemplar que posee nuestro Museo de Antropología procedente de una caverna de la isla de Tenerife.

En la sala segunda está la colección de pelvis que el Dr. Verneau ha agrupado y ordenado, separando las de mujer de las de hombre. En cuanto



Fig. 8.—Llano de los Viejos. Lucha canaria. (Fot. Tinoco).

a cráneos, ha formado un grupo de los que tienen hueso epactal, que son unos cuarenta, procedentes todos de Tirajana y Guayadeque. Otro grupo de los cráneos de jóvenes procedentes de las mismas localidades está formado por unos cincuenta. De las mismas localidades hay también un grupo formado por los cráneos con roturas y heridas curadas, y también con los que tienen exóstosis, siendo, entre todos, unos setenta. Otro grupo bastante numeroso está formado por cráneos con lesiones que Verneau atribuye a gomas sifilíticas. Siguiendo la dirección de las estanterías, hacia la izquierda, hay un grupo de escafocéfalos y de atrofia senil, mereciendo especial mención entre ellos uno muy notable plagicéfalo de Guayadeque, otro oxicéfalo, y otro deformado por sinóstosis, dando entre todos ellos un total de cerca de ochenta. Siguen luego algunos cráneos procedentes de otras islas, como son los del barranco de Orchilla, Granadillo (Tene-

rife); de Funaduste, en la isla de Hierro; de la Gomera, y otros. En esta sala hay en el centro dos vitrinas ocupadas por tejidos guanches.

En cuanto al estudio de las razas que habitaron las Canarias, ha llegado Verneau en este último viaje a conclusiones de gran interés, que amplían y completan las que sentó en sus primeras exploraciones a fines del siglo pasado. Había en ellas reconocido como indudables en Canarias dos tipos, el *guanche* y el *semita*, y aunque entreveía otras influencias, no se atrevió a asegurar nada en concreto. Ahora afirma la existencia de un tercer tipo bien definido, y, al efecto, dice en su *rapport* de este año, que en sus exploraciones primeras, además de los citados tipos guanche y semita, había entrevisto otros elementos étnicos sin poder precisar sus caracteres. «Uno



Fig. 9.—Lucha canaria. (Fot. Tinoco).

de éstos—dice—sub-braquicéfalo y el mismo braquicéfalo, con una cara larga y las órbitas generalmente profundas, lo había yo observado en pequeño número en la Gran Canaria, pero presentándose siempre con tantos caracteres mixtos, que resultaba difícil, si no imposible, la investigación de su origen. Nada de eso ocurre ahora. En la rica colección del Museo Canario, he comprobado la existencia de este tipo, no ya en corto número y muy cruzado, sino frecuente y claramente caracterizado. No he tenido necesidad de recurrir a medidas y cálculos para distinguirlo; a simple vista lo he reconocido perfectamente. He hecho a este fin una experiencia que lo demuestra de la manera más concluyente. En una vitrina del Museo coloqué sobre tablas superpuestas los cráneos característicos de cada uno de los tres tipos, presentados de cara, de perfil, por arriba y por la parte posterior; los dispuse de modo que estuvieran todos en el plano vertical, y los

sencillos carpinteros advirtieron en seguida, con sorpresa, las diferencias. Doy a esta prueba un valor real, porque sin negar la importancia de los cálculos, estimo, a imitación de mi eminente Maestro Armando de Quatrefages, que los mejores caracteres en Antropología son aquéllos que saltan a la vista».

«El tipo a que me refiero—añade—no estuvo localizado en la Gran Canaria; lo he encontrado, acaso en menor número, en las otras islas, acaso en Tenerife, donde yo había dejado señalada su existencia. Pero hasta ahora se manifestaba con algunos caracteres mixtos que no me permitían establecer la comparación entre este elemento étnico y alguno de los de las grandes razas que conocemos. La nariz, por ejemplo, es frecuentemen-



Fig. 10.—Baile canario. (Fot. Tinoco).

te ancha y sus huesos característicos son poco sobresalientes. Creo estar en condiciones, hoy día, para poder explicar esta particularidad. He encontrado, en efecto, en el curso de mis últimas investigaciones, algunas cabezas con caracteres francamente nigricios, con un prognatismo a veces enorme, que demuestran que algunos individuos naturales del continente africano arribaron al Archipiélago Canario. A pesar de su corto número, ejercieron su influencia sobre una parte no escasa de la población».

Se propone el Dr. Verneau, según anuncia en el mismo *rapport*, publicar un libro referente a todas estas nuevas observaciones. Entre tanto, para fijar de un modo concreto los caracteres de estas tres razas, creemos de verdadero interés añadir a la cita anterior algunas palabras del artículo que escribió horas antes de partir, a petición del Presidente del Fomento y Turismo, D. Carlos Navarro, con destino a una guía de la ciudad de Las

Palmas y que se publicó en el *Diario de Las Palmas* de 15 de marzo de 1926, donde hablando del Museo, dice: «Dos salones están ocupados por cráneos, pelvis y demás huesos. La importancia excepcional de la colección ha permitido distinguir tres tipos de cráneos diferentes y muy caracterizados, lo que resalta claramente de la exposición que se ha hecho de los mismos. En tres tabloncillos superpuestos (1.^a sala) se ven los caracteres de cada uno, visto de frente, de perfil, por arriba y por detrás.

»El *primer tipo*, guanche verdadero, idéntico a la raza de Cro Magnon y de la que un modelo vaciado (del viejo encontrado en la cueva del mismo nombre) muestra los caracteres étnicos siguientes: cráneo largo y de



Fig. 11.—Baile canario. (Fot. Tinoco).

forma pentagonal, con cara baja y sumamente ancha, frente bien desarrollada, bóveda aplastada, otro vasto aplastamiento en la parte posterior de los parietales y superior del occipital, abultamiento en forma de huevo del resto de la concha del occipital y la base plana. La cara está caracterizada por arcadas superciliares muy salientes en el centro y llanas en las extremidades; por sus órbitas, más o menos rectangulares bajas y anchas; por su nariz y sus maxilares relativamente estrechos. Esta raza era de estatura elevada y muy robusta.

»El *segundo tipo* se diferencia por su cráneo mucho más corto, sus senos parietales aún más desarrollados, la ausencia del abultamiento occipital y su cara larga, estrecha y muy débil. Mientras el primero tiene el cráneo largo y la cara muy ancha y baja, el segundo tiene el cráneo corto y la cara larga y estrecha.

»El *tercer tipo* se parece algo al segundo por su cara larga y estrecha,

pero se diferencia por su cráneo elevado y estrecho, sin ninguna prominencia en los senos parietales, de manera que el cráneo presenta una forma elíptica.

»Los tres tipos se diferencian tanto en las mujeres como en los hombres».

Como despedida dió el Dr. Verneau una conferencia en el Colegio Médico de Las Palmas, con el título «La antigüedad de la Humanidad y



Fig. 12.—Baile canario. (Fot. Tinoco).



los fósiles ancestrales de los Guanches». Un extracto de ella se publicó en el *Diario de Las Palmas* de 15 de marzo de 1926 (1).

No creemos del todo impertinente consignar aquí la frase de Verneau en su «Rapport», cuando dice: «En cuanto a la opinión de que los guanches en vez de ser los descendientes de nuestros hombres fósiles, son los ascendientes, me parece completamente insostenible».

* * *

(1) Sabido es que el Ministerio de Instrucción Pública de Francia envió al Dr. Verneau a Canarias en 1877, permaneciendo allí dicho año y el de 1878, que volvió en 1884 y en 1888, y, por último, en este año de 1926. Sobre el Archipiélago tiene publicado lo siguiente: *De la pluralité des races anciennes de l'Archipel Canarien*. Folleto, 1879.—*Sur les Semites aux Isles Canaries*. Folleto, 1882.—*Sur les anciens habitants de la Isleta*. Folleto, 1882.—*Las pintaderas*. Folleto en español, 1883.—*Rapport sur une mission scientifique dans l'Archipel Canarien*. Libro magistral, 1887.—*Conference sur l'Archipel Canarien; son passé; son present*. En el Boletín de la Sociedad Geográfica Normanda, 1888.—*Cinc annes de séjour dans les Isles Canaries*, 1891.—*Apropos de l'Atlantide*. Bol. Soc. Antrop. de Paris, 1898. Además, como resultado de su reciente expedición, prepara un libro.

Lo mismo puede decirse de la hipótesis de la existencia de la Atlántida y de su hundimiento: hechos que carecen de toda base científica. En su aspecto geológico, nos atenemos a lo consignado en los trabajos de nuestro compañero el distinguido geólogo D. Lucas Fernández Navarro (1) y también a las frases del Dr. Verneau en su repetido «Rapport», en el que se pronuncia a favor de un levantamiento en vez de hundimiento.

Aparte de los trabajos especiales, en su libro *Islas Canarias*, escrito como guía para el Congreso de Geología, el Sr. Fernández Navarro trata de este asunto en las páginas 11 y siguientes. Inserta, al efecto, el interesante plano batimétrico que publicó Gagel (fig. 19) en su *Die mittelatlan-*



Fig. 13.—Baile canario. (Fot. Tinoco).

tischen Vulkaninseln, y que comprende la región del Atlántico situada entre el Archipiélago Canario y el Cabo de San Vicente, y dice, entre otras cosas: «Las islas Canarias, a pesar de su proximidad a la costa africana, no pueden considerarse topográficamente como una dependencia de la misma. Son, por el contrario, agudos mamelones que se alzan bruscamente aislados, desde los abismos oceánicos, con desigualdades hasta 7.000 metros, como ocurre con la cumbre del Teide y las profundidades submarinas registradas entre Tenerife y La Palma. El veril de las 2.000 brazas, que sirve de zócalo a todo el archipiélago, hace profundos entrantes entre los tres grupos de islas y aun entre Tenerife y Gran Canaria del grupo central.

(1) *Estado actual del problema de la Atlantis*. Conferencia leída en sesión pública de la Real Sociedad Geográfica, el día 3 de abril de 1916, por D. Lucas Fernández Navarro. (Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica).

El veril de 1.500 deja ya fuera a Tenerife, Gomera y las occidentales. El de 1.000 separa totalmente al archipiélago de la frontera costa africana.

»Digamos, por último—añade—, para completar este bosquejo de Topología subaérea y submarina, que todos los canales son marcadamente disimétricos, ofreciendo un talud mucho más violento por Levante que por Poniente.

»El Archipiélago Canario, lo mismo que los otros archipiélagos noratlánticos, y acaso más que todos ellos, es una tierra volcánica casi exclusivamente. Aunque se han citado en Gran Canaria, La Palma y Tenerife materiales sedimentarios antiguos (pizarras paleozoicas), se trata, en realidad,

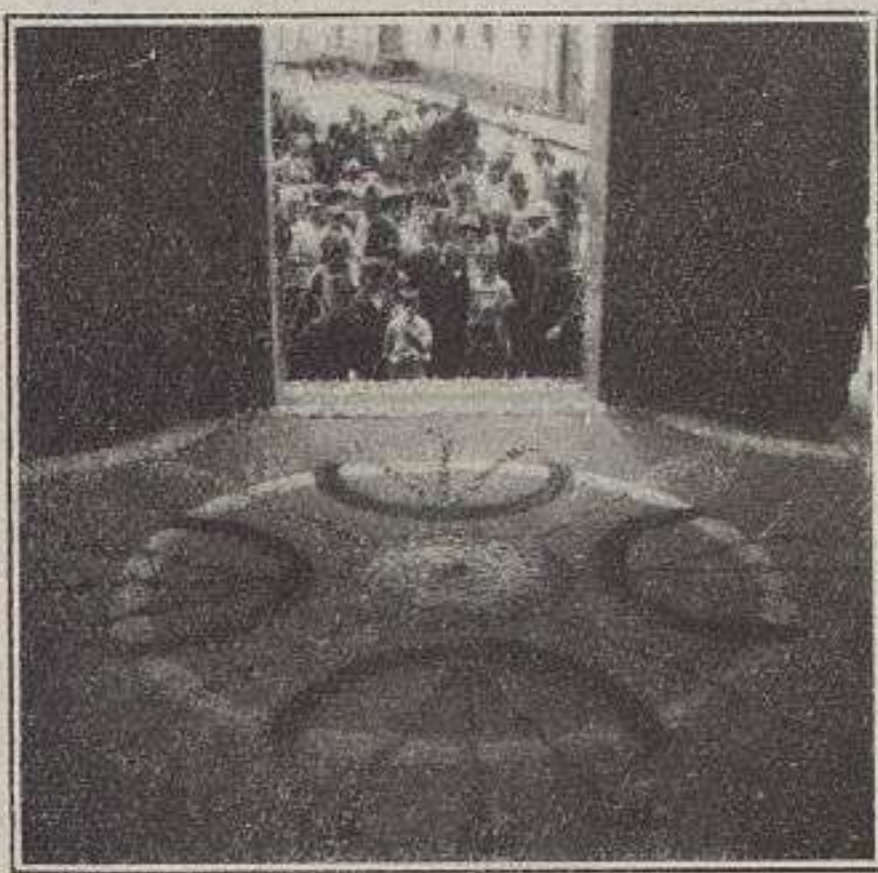


Fig. 14.—Tapiz de flores en el zaguán del Ayuntamiento de La Laguna. (Fot. Tinoco).

de fonolitas hojosas metamorfozadas, como se ha comprobado plenamente cuando los estudios microscópicos han permitido hacer diagnosis petrográficas exactas.

»Los sedimentos claramente reconocidos son siempre muy modernos: miocenos (helvecienses), los más antiguos; pliocenos o cuaternarios, la mayor parte. Su posición es constantemente periférica en terrazas costeras. Ocupan muy limitadas extensiones y el espesor rara vez pasa de un centenar de metros. Donde más desarrollo adquieren es en las islas de La Palma y Gran Canaria.

»La situación periférica de los materiales sedimentarios (añade más adelante, pág. 21), y su disposición en terrazas sucesivas, tanto más elevadas, cuanto más antiguas, demuestra claramente un movimiento de emergencia, proseguido en el Archipiélago, desde sus primeras erupciones, las cuales debieron ser submarinas. Las más altas terrazas se aproximan a

300 metros sobre el mar, habiéndolas a poco más de 100 metros, a 30, a 15 y a 6 u 8. Sobre las playas actuales, al nivel de la marea alta, son muy frecuentes los conglomerados fosilíferos, en que se mezclan las especies marinas y las de agua dulce, casi siempre al estado de subfósiles, denotando depósitos de estuario de edad muy reciente.

»Este movimiento ascensional ha debido ser bastante tranquilo, y aunque de seguro no habrán faltado en él algunos períodos de transgresión marina, deben haber sido poco considerables y casi siempre de un marcado carácter local. Mas bien parece que haya habido simples interrupciones en el proceso, durante las cuales la erosión marina ha labrado las me-



Fig. 15.—Tapiz de flores en La Orotava con motivo del Congreso Geológico de 1926. (Fot. Tinoco).

setas ligeramente inclinadas, que son las terrazas, y la erosión subaérea ha esculpido el suelo, que más tarde rellenaron la sedimentación y la nueva emisión de materiales volcánicos».

Como resumen de todo lo que expone, considera el Sr. Fernández Navarro al Archipiélago Canario como «formando la mayor parte visible de una individualidad determinada», y continúa (pág. 22): «La gran depresión submarina, de dirección Nordeste a Sudoeste que prolonga frente al Estrecho de Gibraltar el valle del Guadalquivir, antiguo Estrecho bético, limita por el Norte la unidad canaria, más bien africana, y la separa del grupo de Madera, que, con los altos fondos señalados por los bancos del Seine y Hayward, Gottysburg y Josefina, constituyen una dependencia europea. Una gran depresión, de dirección casi meridiana, con profundidades de hasta 5.000 metros más, separa todas estas tierras orientales de la arista central atlántica, que por aquí culmina en las Azores.

» Obsérvese el gran interés tectónico del surco primeramente citado. Al llegar a su altura todas las isóbatas hacen una fuerte inflexión hacia Levante y dibujan un golfo, comprendido entre los límites meridionales del macizo europeo y los septentrionales de las tierras africanas. Este surco viene jugando un papel tectónico importantísimo desde el terciario antiguo, papel que todavía se acusa actualmente. Preira de Sousa ha demostrado que en dicha depresión está localizado un centro sísmico importante, y que de él partió la vibración del famoso terremoto de Lisboa de 1755,



Fig. 16. — La Orotava. Tapiz de flores con motivo del Congreso Geológico de 1926. (Fot. Tinoco).

así como el menos conocido, pero no menos importante de 1535, del de Setubal de 1858, de los frecuentes del Algarbe, etc., etc.

» En suma, los accidentes de dirección aproximadamente meridiana, que marcan el surco Atlántico, inmediato a las costas occidentales del antiguo Continente, han sufrido, al llegar al nivel mediterráneo, la influencia de otro importante accidente transversal. La zona fuertemente perturbada, en que ambas dislocaciones entran en conflicto, tiene que ser un segmento continental poco estable (grandes sismos frecuentes) y muy apta para permitir la salida de los materiales volcánicos.

» A la posición Sur del segmento así definido, limitado por el veril de los 3.000 metros, que pasa muy próximo al banco de Dacia, al grupo de las islas Salvajes y a La Palma y Hierro, pertenece totalmente el Archipiélago Canario. Se nos aparece éste como un zócalo holocristalino en forma de arrugas, dirigidas de Nornoroeste a Sursuroeste, a través de las cuales viene acumulándose una serie de erupciones volcánicas. La acumulación de estos materiales eruptivos, y un continuado proceso de emersión, han he-

cho surgir las islas, cuyas cumbres alcanzan en el Teide altitudes de cerca de 4.000 metros, y que aun en las más bajas, el grupo occidental, se acercan a los 1.000. La emersión data, por lo menos, del mioceno medio (helve-

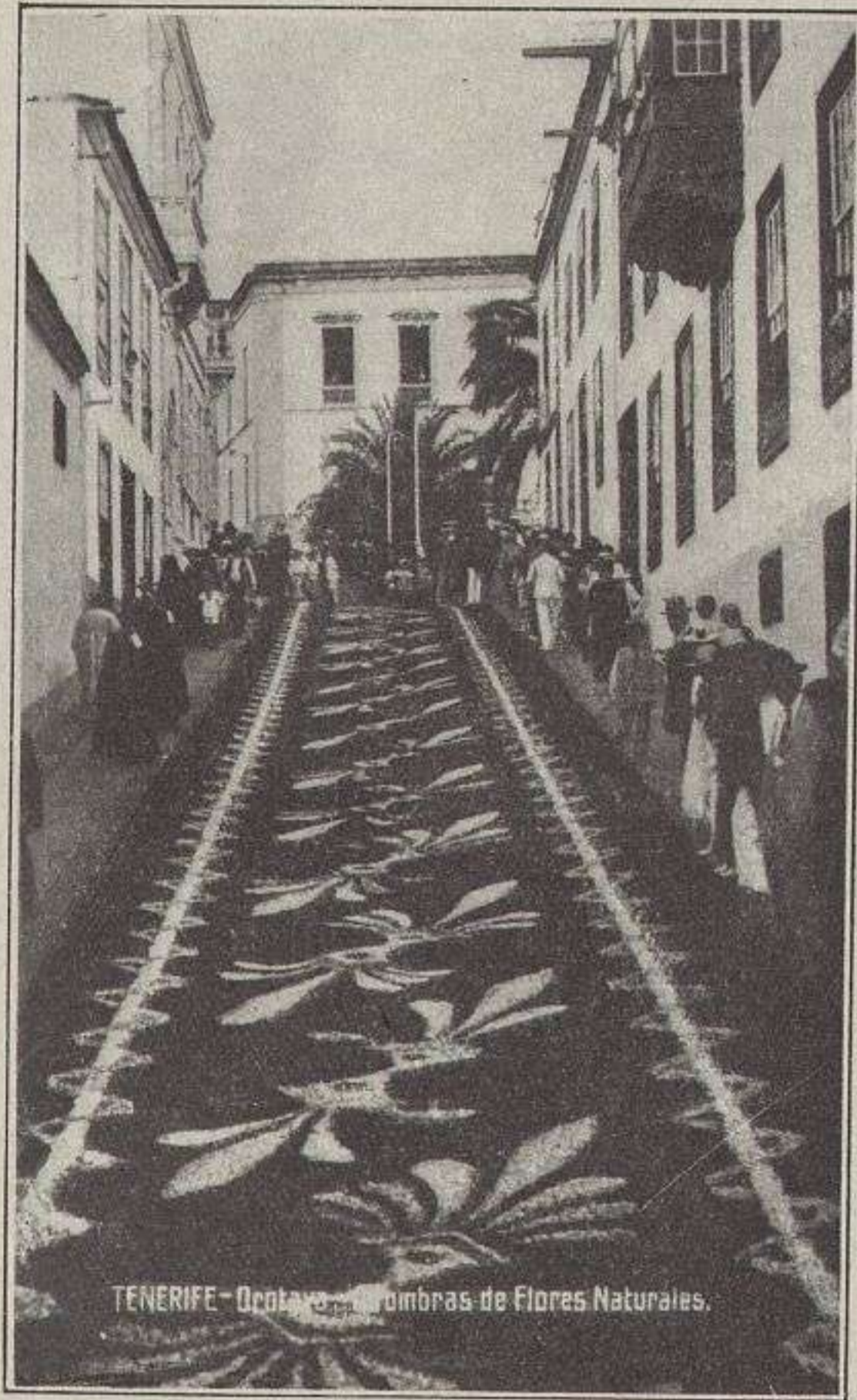


Fig. 17.—La Orotava. Tapiz de flores.

ciense), como atestiguan los depósitos de dicha edad, reconocidos en Gran Canaria, y el proceso todo continúa en la actualidad.»

Es decir, que el Continente de la Atlántida no ha existido nunca, y más bien, continuando el proceso de emersión, podrá existir en un porvenir lejano.

* * *

En cuanto a la etnografía, contiene el Museo Canario una magnífica colección de pintaderas, de las que gracias al Dr. Ripoché contiene nues-

tro Museo de Antropología una colección de vaciados. Acerca de ellas dice el Dr. Verneau en su «Trabajo sobre las pintaderas de la Gran Canaria» (pág. 7) que «no eran amuletos ni sellos; no tienen por objeto adornar las vasijas ni imprimir las telas, sino que, como las de los negros de Abisinia y como los ladrillos de Yucatán, servían a los antiguos habitantes



Fig. 18.—Alfombra de flores naturales en La Orotava.

de la Gran Canaria para teñirse, según sus costumbres, pues ellos llevaban *las caras labradas con diferentes dibujos* (Boutier y Le Verrier); conservaban *la costumbre de pintarse el cuerpo con el jugo de hierbas de diversos colores verde, rojo y amarillo* (Çadamosto); ofrecían *el cutis adornado de diferentes dibujos y figuras impresas* (Viera y Clavijo), y *adornaban su piel con dibujos y la teñían de diversos colores* (Millares)».

En la misma sala hay un notable bastón de mando y varias piedras usadas como molinos. Acerca de esto y de los demás objetos de piedra, que

también están numerosos representados, merece citarse lo que dice Verneau en su *Conference Sur l'Archipel Canarien* (pág. 25): «Los antiguos canarios vivían todavía la Edad de la Piedra cuando los europeos vinieron, en el siglo XVI, a establecerse en el país. Los instrumentos de piedra empleados por los guanches no eran pulimentados; consistían en muelas de los molinos de gofio, lámparas hechas con un fragmento de lava apenas excavado, hachas, cuchillos de obsidiana o basalto y puntas de lanza de basalto»; y en el *Rapport* de 1887 (pág. 220), dice sobre este asunto: «Las piedras eran las armas arrojadizas habituales de los guanches.

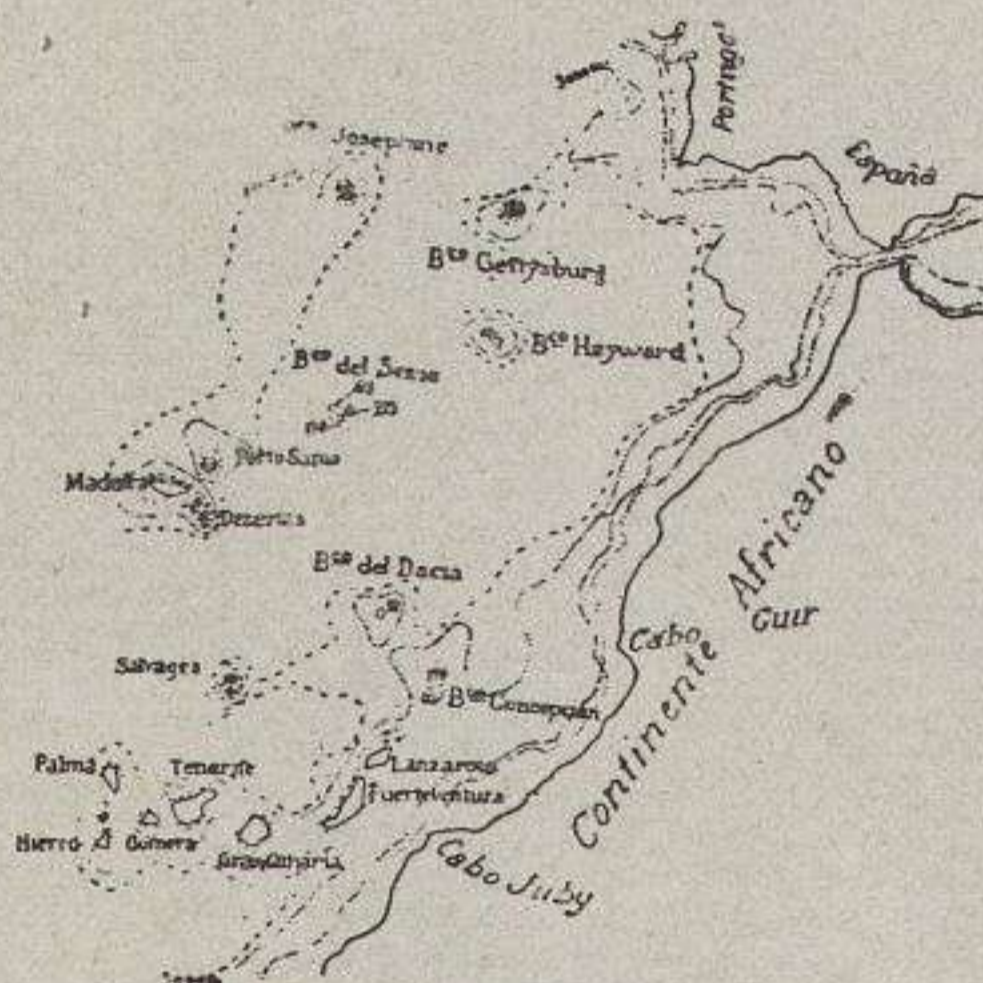


Fig. 19.—Plano de la región del Atlántico situada entre el cabo de San Vicente y el Archipiélago Canario.

Cuando los combatientes estaban a cierta distancia, se atacaban lanzándose piedras o jabalinas, que tiraban con la mano sin ayuda de instrumento alguno. Hemos encontrado estas jabalinas, que son lanzas pequeñas, con las puntas endurecidas al fuego.» No entraba, pues, en estas últimas la piedra.

Ya hemos hablado de tejidos que ofrecen gran interés, y también podemos citar objetos de adorno. Acerca de este punto, dice Verneau en su *Conference Sur l'Archipel Canarien* (pág. 25): «Como todos los pueblos primitivos, los canarios gustaban de los adornos, sus collares estaban formados por redondeles de tierra cocida, vértebras de pescado y conchas de moluscos marinos; llevaban suspendidos al cuello colgantes de madera, de hueso o de concha. Las mujeres usaban un peine de madera de un mango largo para sostener la cabellera.»

A la cerámica está dedicada casi exclusivamente una gran parte de las estanterías, y la colección es muy importante. Los guanches no conocían

el torno de alfarero, pero fabricaban cerámica de muy distintos grados de perfección, desde la mal cocida, sin el menor adorno, hasta vasos de formas muy elegantes, en colores negro y rojo y con notables decoraciones. Algunas formas son referibles a las de diferentes vasos de otros países; pero hay una que llaman el *vaso canario*, que es sencillamente un cono truncado con la dirección del vértice hacia arriba; es decir, la boca de menor diámetro que la base. Lleva una sola asa en el tercio inferior, y en dirección horizontal como para facilitar el volcarlo. Hay vasos de estos de muy diferentes tamaños: unos, altos, de base relativamente reducida, y otros, muy bajos, que prestarían un servicio semejante al de una cazuela o sartén, pero siempre sin perder la forma de cono truncado con la base menor hacia arriba. Algunos de estos vasos recuerdan la forma de la herrada de Asturias y Galicia. En el decorado y perfección varían también mucho. Como elemento decorativo abundan considerablemente en la cerámica canaria las líneas quebradas en zigzag, como ocurre con mucha cerámica neolítica.

Acerca de la cerámica, dice el Dr. Verneau en su último *Rapport*: «Aunque la base de la población es la misma en todas las islas, se notan diferencias muy sensibles en la industria cerámica; diferencias que no me parece puedan atribuirse si no a la desigualdad de la civilización de los elementos que se mezclaron en el Archipiélago. Había yo recogido anteriormente en algunas localidades, en las que el elemento guanche había persistido con la mayor insistencia, diferentes modelos de alfarería de aspecto muy arcaico, los cuales están actualmente en el Museo Etnográfico del Trocadero. Gracias a la generosidad de Mr. Diego Ripoche, he podido reunir ahora una serie de tiestos, de asas y algunos vasos incompletos, pero que será posible reconstruir, de la curiosa cerámica pintada de la Gran Canaria, de la que el Museo Canario posee una notable colección.»

* * *

Juntamente con los ejemplares de que venimos hablando, hay también algunos trozos de rocas con grabados. De ellos tomamos nota de uno, que consiste en un círculo, cruzado horizontalmente por un diámetro y perpendicularmente a éste, por dos líneas paralelas equidistantes del centro, resultando aproximadamente dividido el diámetro por estas dos cuerdas en tres partes iguales. Este ejemplar procede del sitio llamado Los Letreros, al Sur de la isla, no lejos de la carretera y próximamente a la mitad de la distancia entre Aguimas y Santa Lucía. También se han encontrado grabados semejantes en la Isla de Hierro. En la Biblioteca del Museo nos mostraron una interesantísima colección de dibujos tomados de las rocas

grabadas, trabajo que creemos es muy reciente y que está inédito. Los estudios del general francés Faidherbe sobre los escritos Numidas, grabados en las rocas de Argelia, parecen acusar identidad de origen con éstos. Acerca de este punto, dice el Dr. Verneau en su último *Rapport*: «De determinadas observaciones es posible sacar algunas indicaciones relativas al origen y a la época de la llegada de algunos de los elementos étnicos que han formado la población; se trata de inscripciones rupestres. En 1877-78 había ya, por el dibujo y el grabado, un buen número de signos; todos ellos sobre las corrientes de lava o en bloques de basalto en las islas de Hierro y de La Palma. Unos no podían ser considerados como signos alfabéticos, pero otros se hallaban incontestablemente en la categoría de las inscripciones libiopúnicas, estudiadas por el general Faidherbe. En 1887 he hecho notar otras inscripciones del mismo género en la Gran Canaria. Más tarde se han hallado otras nuevas, de las que he traído los dibujos. Aparte los caracteres alfabéticos, ellas contienen tres pequeños personajes, que están extraordinariamente formados. Hasta ahora estas inscripciones no han podido ser descifradas, y es de temer que continúen así mucho tiempo; no dejarán, sin embargo, de ser siempre interesantes para los especialistas.»

En *Rapport* de 1887 (pág. 254), decía Verneau: «Probablemente los Numidas, procedentes de los alrededores de Cartago y mezclados con los Semitas, raza dominante, abordaron a las Islas Canarias. Ellos fueron los que trazaron las inscripciones de la isla de Hierro y de la Gran Canaria. Es probable también que, como los Semitas, se cruzaran con los antiguos habitantes del Archipiélago, contribuyendo a la formación de la población tan mezclada que hemos estudiado.»

También en el trabajo titulado *De la pluralité des races anciennes de l'Archipel Canarien* (pág. 12), dice Verneau: «En resumen: por la epigrafía llegamos a la misma conclusión que por los otros caracteres; encontramos poblaciones que no conocían la escritura; otras, que parecen haber conocido una escritura geroglífica, y finalmente otras que empleaban escrituras alfabéticas.»

* * *

El punto final de nuestras excursiones por la Gran Canaria fué la visita a la llamada Cueva de los Guanches, en el paraje denominado Cuesta de Silva (figs. 20 y 21). Es una cavidad muy grande, pero poco profunda, situada en la ladera de la barrancada a unos 50 metros sobre la carretera y a 150 del fondo del barranco. Se sube a la cueva por una estrecha vereda, pero fácil y poco peligrosa, y arriba se encuentran muy deterioradas

muchas cavidades labradas en la roca, y de cuyas cavidades, la mayoría, al menos, puede haber servido de habitación a una persona. Forman estas cavidades tres series superpuestas, que se comunican por una vereda o rampa, construída, sin duda, a la par que ellas. El gran deterioro que tienen procede principalmente de los buscadores de tesoros, que no habrán de seguro encontrado nada aprovechable a sus codicias, pero que en cambio han destruído innumerables vasijas de barro, de las que se encuentran infinitos trozos. De ellos hicimos una buena colección, que se encuentra en el Museo de Antropología. Pudiera acaso creerse, a primera vista, que aquello fué una necrópolis, pero de los estudios hechos parece que fué un



Fig. 20.—Cenobio femenino denominado hoy Cueva de los Guanches en la Cuesta de Silva. Gran Canaria. (Fot. Tinoco).

cenobio. Acerca de esto, dice Verneau en su reciente *Rapport*: «Las viejas crónicas nos hablan de la existencia de una corporación de vestales (las Harimaguadas), que vivían en una especie de conventos instalados en el interior de grandes cavernas. Se me ha enseñado lo explorado de una de ellas, situada a cierta altura sobre la vertiente escarpada de una montaña. Sudoroso y rendido, tomé una fotografía de su interior. Comprende ésta una multitud de nichos superpuestos labrados artificialmente en la misma roca: unos de pequeñas dimensiones y otros constituyendo una especie de alcobas suficientes para acostarse una persona adulta. Desgraciadamente todo está sumamente deteriorado por algunos rebuscadores ignorantes, que contaban, sin duda, con encontrar valiosos tesoros. El Marqués de Acialcázar me afirmó que él había visto en otra ocasión, en cada ángulo, una escalera interior tallada en la roca, que permitía el acceso a las diferentes estancias. Lo que es innegable es que este lugar ha sido la mo-

rada, porque todas las celdas están llenas de pedazos de alfarería que han sido rotos por los buscadores».

»Sobre la vertiente opuesta, en la cumbre de la misma montaña, el Marqués ha descubierto los restos de unos asientos juntos en forma de sillones con apoyabrazos tallados asimismo en la roca. Son en número de seis (no se me había hablado sino de tres), y ocupan una extensión de 3,20 metros. Inmediatamente encima, mi criado, Sebastián Martín, descubrió un séptimo, mucho más deteriorado que los anteriores, lo cual demuestra que había pasado desapercibido hasta ahora. Vi entonces, al igual

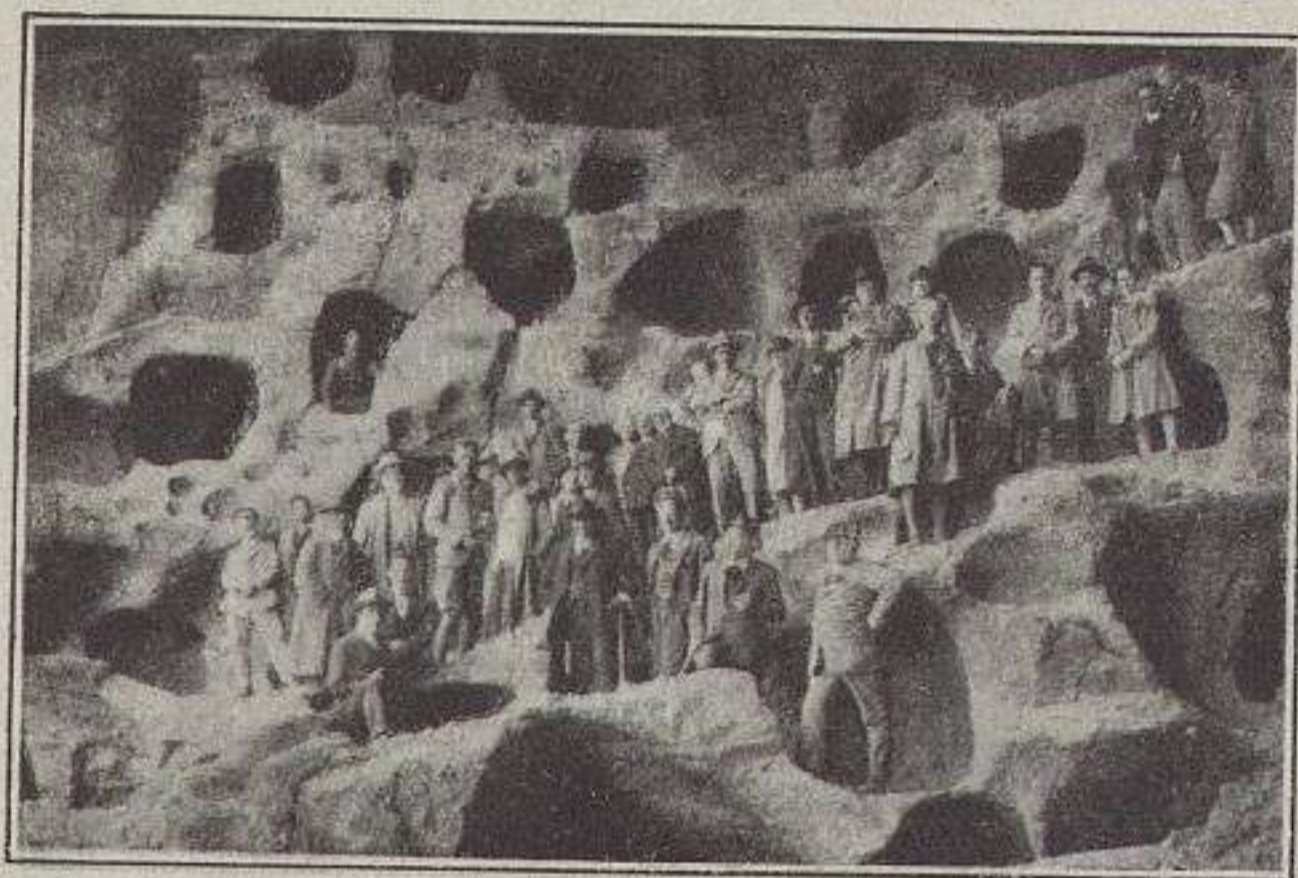


Fig. 21.—Cenobio femenino en la Cuesta de Silva. Gran Canaria. (Fot. Tinoco).

que el Marqués de Acialcázar, que aquello era un lugar de reunión de personajes que vendrían a deliberar, sin duda, bajo la presidencia de un jefe que debía ocupar el asiento superior o a efectuar determinadas ceremonias de cara al mar.»

Como se ve, la relación de la visita del Dr. Verneau coincide por completo con lo que antes hemos dicho que vimos personalmente en cuanto al lugar y a los restos de cerámica.

Como obra reciente, pues se ha publicado en 1925, entendemos que debe citarse aquí la publicada en Cambridge, Massachusset (EE. UU.), editada por su autor, M. Ernest, A. Hooton Ph. D. B. Lit., en 4.º mayor, con 401 páginas y soberbios fotograbados y láminas, titulada *The ancient inhabitants of the Canary Islands* (1).

(1) Nosotros en algunas ocasiones, ya solos, ya en colaboración, hemos publicado notas modestísimas sobre cráneos de canarios, tales son las siguientes: Barras de Aragón (F.) y Medina Ramos (M.): «Notas antropológicas». Nota 3.ª: Cráneos de canarios existen-

Para terminar, insertaremos algunos párrafos del Sr. Fernández Navarro en su libro-guía de la excursión sobre el clima, flora y fauna canarias en las páginas 26 y siguientes: Dice: «Las condiciones climatológicas tan diversas, la topografía y la naturaleza volcánica del suelo contribuyen a la variedad y riqueza del paisaje canario, siempre bello. En un valle abrigado del viento, con tierra y humedad, la Naturaleza crea un maravilloso jardín; tal es el renombrado valle de La Orotava, de fama mundial. Otro aspecto completamente distinto ofrecen las cumbres de roca viva, en algún tiempo cubiertas de espeso bosque, hoy en su mayoría desnudas de su manto vegetal por una codicia insensata. Los grandes barrancos (Gran Canaria, Gomera, etc.) recuerdan paisajes dantescos. Las grandes calderas (Tirajana, en Gran Canaria; Taburiente, en La Palma; el Golfo, en Hierro; Las Cañadas, en Tenerife sobre todo), hacen pensar en espectáculos siderales, traen a la imaginación la superficie de un astro muerto. No falta tampoco la perspectiva de un desolado desierto (Fuerteventura), en cuyo horizonte se perfila la silueta arcaica del camello.

»A estas mismas condiciones físicas corresponden una flora y una fauna variadas, ricas en formas propias, interesantes en grado sumo por sus relaciones. Una ascensión al Teide, desde el Puerto de la Cruz, nos hará pasar sucesivamente por la zona platanera y los frutos intertropicales; más arriba, por entre las vides y las higueras de los países templados, atravesaremos más tarde el pinar, después la típica vegetación de retamas de Las Cañadas para encontrar, como último representante de la vida orgánica, la violeta del Teide, que busca la humedad y el calor necesarios junto a las fumarolas que rodean el pitón terminal hacia 3.500 metros de altitud.

»La flora canaria es muy rica en especies típicas, entre las que se cuentan numerosas indígenas. Ninguna más interesante que el cardón, una enforbia (*Enphorbia canariensis* L.) con el aspecto de un *Cereus*. También son euforbias y abundan mucho las «tabaibas». Con ellas alterna en el matorral, en los sitios bajos próximos al mar, el «balos» (*Phlocama pendula* Ait.). Como arbustos notables pueden citarse: el «taraje» (*Ta-*

tes en el Museo de Historia Natural de la Universidad de Sevilla. Número 161: Cráneo guanche de Tenerife. Números 162 y 339: Mandíbulas. Actas de la Sociedad Española de Historia Natural, tomo XXXIV, acta de 30 de noviembre de 1896.

Barras de Aragón (F. de las): «Cráneo de raza guanche.» *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, tomo XV, pág. 390, 1915.

Barras de Aragón (F. de las): «Medidas e índices de dos cráneos de guanches.» *ACTAS DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ANTROPOLOGÍA, ETNOGRAFÍA Y PREHISTORIA*, tomo I, página 102, comunicación, núm. 17.

marix canariensis Wild.), de los caminos polvorientos; la «pita» (*Agave americana* L.) y la «tunera» (*Opuntia tuna* Mill.); de los terrenos pedregosos, el «escobón» (*Cytisus proliferus* L. fil.) y los «codesos» (*Adenocarpus viscosus* Webb. et Berth., y *A. foliosus* Ait.), útiles para la alimentación del ganado.

» Entre los árboles, muy bellos y variados, sobresalen, ante todo, el extraño «drago» (*Dracæna draco* L.) y una palmera indígena (*Phœnix canariensis* Ait.), de poca altura, grandes hojas y copa esférica muy frondosa. Constituyendo la asociación, que se llama en el país «monteverde», están el brezo (*Erica arborea* L.); los laureles (uno de ellos *Laurus canariensis* Webb. et Berth.); el haya (*Myrica Faya* Ait.) y otros varios de maderas muy apreciadas; mocaneros (*Visnea mocanera* L. fil.); viñatigo (*Persea indica* Spreng.); til (*Oreodaphe foetens* Nees.); paloblanco (*Notoloea excelsa* Webb. et Berth.), etc., algunos de los cuales se van haciendo raros. También se encuentran todavía bosques de un pino muy frondoso, el *Pinus canariensis* Chr. Sm., que alcanza a veces dimensiones extraordinarias. El cedro indígena (*Juniperus Cedrus* Webb. et Berth.), que parece haber abundado en otros tiempos, es hoy una rareza. Citaremos todavía, como árbol notable por su porte y corpulencia, el barbuzano (*Phobe barbuzano* Webb. et Berth., o *Apollonia canariensis* Nees.), y como abundantes el castaño común y los eucaliptus.

» La retama de Las Cañadas (*Spartocytisus nubigenus* Webb. et Berth.), que se encuentra también fuera de ellas desde los 1.800 metros de altitud y sube por las laderas del Teide hasta por encima de los 3.000, es un precioso arbusto de flores blancas olorosas, que ofrece el más bello espectáculo en la época de la floración. En sus sombras se oculta la violeta del Teide (*Viola cheiranthifolia* H. y B.), que es la planta canaria que alcanza mayor altitud, la hemos cogido en la rambleta hacia los 3.500 metros.

» Análogas singularidades ofrece la fauna, en la que nos limitaremos a citar tres pequeñas aves: El pájaro del Teide (*Sylvia melanocephala leucogaster* Ledru.), que sólo vive entre el matorral de retamas de Las Cañadas; el canario (*Serinus canaria canaria* L.), que en estado natural es pardo y no amarillo como en domesticidad; el capirote (*Parus cærulens tene-riffæ* Less.), algo mayor que el canario y tan buen cantor como él. En los pequeños Roque de Salmore (Hierro) vive confinado un lagarto (*Lacerta Simony*), cuyo habitat se reduce a los mencionados peñascos, es decir, dos islotes que no tendrán entre ambos más de 250 metros cuadrados de superficie. En la clase de los insectos, son numerosos los géneros y especies exclusivos de las islas y aun de cada una en particular. La fauna de mamíferos es muy pobre tanto en formas como en individuos.

»La riqueza agrícola se basa en los cultivos de exportación, especialmente el plátano o *bananero*, cuyo valor excede de toda ponderación (1). Se cosecha en las zonas bajas no muy azotadas por el viento, siempre que se disponga de agua de buena calidad para el riego. Es un cultivo caro y penoso, pero los frutos exportados, principalmente a Inglaterra, Alemania, Francia y la Península Ibérica, remuneran de todos los sacrificios. Sigue muy de cerca en importancia el plátano, el tomate, que se obtiene en épocas en que no los hay en los grandes centros de consumo, y se exporta en cantidades considerables y con fuertes beneficios. Importancia grande tienen también los cultivos de la patata y la cebolla, asimismo para la exportación a la América Central.»

También se cultivan, aunque han perdido importancia, la vid, el naranjo, la caña de azúcar y el tabaco.

«En los jardines de la zona baja se dan perfectamente los mangos, chirimoyos, aguacates y todos los frutos intertropicales. Entre las platane-ras se cría un excelente café.» Todo esto lo hemos visto confirmado con creces en el incomparable Jardín Botánico de La Orotava.

(1) Una hectárea de buena tierra platanera, con agua necesaria para su riego, costaba en La Orotava (verano de 1925) 180.000 pesetas.

LA HISTORIA DE UN DILUVIO EN CHINA

POR EL

Rvdo. P. AGUSTÍN MELCÓN

La tradición del Diluvio.

Por los datos recogidos hasta la fecha en diversas partes del mundo, se ha venido a comprobar que todos o casi todos los pueblos conservan historias, tradiciones o leyendas, que parecen reminiscencias más o menos claras de un grande y antiquísimo cataclismo, semejante al que tan al vivo describió Moisés en el capítulo séptimo del Génesis.

«Porque (las aguas), dice, crecieron excesivamente y lo cubrieron todo sobre la superficie de la tierra...»

«Quince codos más alta estuvo el agua sobre los montes que había cubierto...»

«Y pereció toda carne que se movía sobre la tierra... desde el hombre hasta la bestia...»

Los historiadores griegos y romanos, únicas fuentes hasta ha poco conocidas, citan dos hechos de esta naturaleza, que por los dos personajes principales a cuyo nombre quedó unido su recuerdo, se llamaron los diluvios de Ogyges y Deucalion. Pero estos dos diluvios reconocidos por históricos, por Varrón, Eusebio de Cesárea y últimamente por San Agustín en la Ciudad de Dios, ni alcanzaron a cubrir más que parte de la Grecia, ni se les puede asignar una época muy anterior al mismo Moisés.

Otro suceso semejante, conocido también de los escritores griegos y latinos, fué el descrito por Beroso en su historia del imperio babilónico, recogido de los documentos guardados en los templos de aquella antiquísima ciudad. Si alguna vez se relegaron a la región de la fábula los relatos de este autor, en lo que al diluvio se refiere, quedó fuera de duda su veracidad, al descubrirse y poder ser descifradas las numerosísimas tabletas de escritura cuneiforme encontradas en el asiento de la antigua Babilonia,

entre las cuales se hallaron las referentes a la creación del mundo y al suceso del diluvio.

En los libros sagrados de la India aparece asimismo la narración del diluvio bajo diversas formas, y lo mismo se encuentra en el primero y más venerados de los libros clásicos de la China, si bien el acontecimiento en este referido no alcance las grandes proporciones que los hasta aquí mencionados.

También entre los persas, los armenios y en otros muchos pueblos del antiguo continente aparecen en una u otra forma catástrofes semejantes. Y, finalmente, hasta en ambas Américas y en las grandes islas del Pacífico se han encontrado multitud de tradiciones semejantes.

Estas historias, tradiciones y mitos, que de todo hay, han sido recogidas y estudiadas por una multitud de escritores. Los unos, los historiadores, para rastrear por ellas el origen de la Humanidad o el de sus respectivas nacionalidades. Los apologistas bíblicos, a fin de encontrar testimonios con qué probar históricamente el relato de Moisés. Los enemigos de éstos, para impugnar la veracidad o ciencia de aquél. Otros, por fin, etnógrafos, geólogos y coleccionistas de folklore, en busca de datos con qué enriquecer sus ciencias respectivas.

El asunto, por los problemas que plantea y vitales cuestiones para el hombre que trata de resolver, ha sido y será siempre de los que más atracción ejerzan sobre los hombres pensadores, y más pábulo den a la fantasía, porque ligados con él están los comienzos y primeros pasos de la Humanidad sobre la Tierra, las luchas que tuvo que sostener para domeñar y arrancar los primeros secretos a la Naturaleza, y las causas que intervinieron para que de unos mismos padres procediesen hombres tan diferentes en raza, religión e idioma, como hoy vemos.

Y a pesar de que a la solución de todos estos problemas hayan de dedicarse los más claros ingenios, es muy probable que la mayoría de las cuestiones queden sin resolución satisfactoria, como otros tantos que hay, y que Dios entregó para siempre a las dispuestas de los hombres.

Entre las descripciones que dan del diluvio, Moisés, Beroso, los cilindros cuneiformes de Babilonia, los libros sagrados de la India y algunas otras más, se notan coincidencias y analogías de fondo tan sorprendentes, que inclinan a pensar que todas o la mayor parte de ellas han tenido un origen común, y que las variantes que ofrecen, pudieron ser introducidas al correr de los siglos para adaptar tales relatos al lugar y medio ambiente histórico y religioso en que unos y otros pueblos hubieron de desenvolverse.

Concuerdan, en primer lugar, en decir que aquel universal cataclismo

acaeció después de haber reinado por gran número de años una serie de ocho o diez soberanos, llámense éstos patriarcas, reyes o emperadores, y en cuyo tiempo se inventaron las industrias más precisas para el hombre, como el cultivo de la tierra, los vestidos, la fabricación de vasijas, el uso de los metales, la música, etc., etc.

Conviene también, a excepción del chino, en suponer que el diluvio no fué causado por agentes naturales, sino que lo envió una deidad, Yahweh, Bel, Branma..., para castigo de los hombres, y que esa misma deidad fué la que anunció la futura catástrofe a uno o varios hombres privilegiados, y la que les proveyó de medios para libertarse de ella.

En donde se encuentran diferencias muy marcadas es al referir cómo se salvó el afortunado mortal destinado a repoblar el mundo, si por medio de una embarcación, como cuentan los relatos bíblicos, el babilónico y del Indostán, o en una cueva o sobre la cima de una montaña que dicen varias tradiciones americanas.

Y es natural que así sucediese. Para los habitantes alejados del mar y de los grandes ríos, y sin idea alguna de la navegación, resultaba inverosímil e imposible la idea de un arca enorme flotando sobre las aguas y llena de hombres y animales. Lo más natural resultaba refugiarse en una cueva o sobre una montaña adonde no alcanzase la inundación.

Por el contrario, en el supuesto de haber sido este el relato primitivo, los pueblos de la costa y de las riberas o grandes llanuras fácilmente lo hubieran sustituido por una gran embarcación, que era lo que más en consonancia estaba con sus ideas y costumbres y lo que más sencillo aparecía.

Otro de los puntos esenciales en que están conformes la mayoría de las tradiciones, es considerar al diluvio como un cataclismo terrestre de tan colosales proporciones, que jamás se ha dado otro igual en magnitud y violencia, y que la Humanidad y todos los vivientes hubieran sido raídos del haz de la Tierra, de no existir un ser superior que velaba por los hombres, y que salvó unos pocos, que fueron como simiente del nuevo linaje humano.

El recuerdo de la Gran Inundación en China.

Es muy probable que de todas las versiones del diluvio, la recordada en los clásicos chinos sea la que más se aparte en el fondo de la de Moisés y la que se explique más fácilmente por causas naturales.

Es verdad que la fecha en que se supone haber acaecido es muy remo-

ta y que no pudo distar mucho de la de Noé, y que además en el breve texto que se conserva, existen expresiones que se parecen mucho a las empleadas por la Biblia, como aquellas de «las aguas envolvían los montes, cubrían los cerros y tocaban al cielo».

Pero la inmensa mayoría de los intérpretes están conformes en no ver en tales pasajes más que un desbordamiento desacostumbrado del Río Amarillo, de mayores proporciones, eso sí, pero no diferente de los demás que con tanta frecuencia han llevado la desolación a las provincias del norte de China.

Entre los escritores que se inclinan a ver en el diluvio de Yao una versión más o menos desfigurada del recordado por Moisés en el Pentateuco se pueden colocar Freret, Du-Clot y en parte también Du Halde.

«Las aguas, dice Freret traduciendo el Shu-ching, se habían elevado, digámoslo así, hasta el cielo: subían más allá de los montes más encumbrados. Los pueblos perecían en medio de este espantoso diluvio».

Du-Clot reconoce que esta inundación, tal cual aparece en los autores chinos, no indica fuese la misma de Moisés, pero que la Historia bien pudiera haber tenido origen en ella.

«Célebre es en la historia de China el diluvio ocurrido en tiempo de Yao. Dícese allí que las aguas cubrieron los cerros por todas partes, y parecía que llegaban hasta el cielo sobrepujando los montes. Sin embargo, no pretendemos asegurar que los chinos tuviesen por universal el diluvio; habíales quedado solamente una idea de él: jamás han conocido otro país en el mundo que el suyo. Pero una inundación, de la cual se ha hablado de uno a otro extremo del mundo, no puede haber sido peculiar de un sólo país».

Du Halde expone aquel acontecimiento desde otro punto de vista, que da a entender tenía muy presente en su memoria la idea del diluvio universal al reseñar este suceso en su historia del imperio de China.

«La reputación, dice, de la virtud de Yao y de su sabio Gobierno, atrajo a sus dominios varias otras naciones vecinas, y sus súbditos aumentaron en un grado tal que el territorio no daba para mantenerlos, principalmente porque las tierras del llano estaban sumergidas, ya *por las aguas que habían quedado del diluvio*, ya, como algunos creen, por obstáculos que obstruían el cauce de los ríos».

Hay quienes incluyen los pasajes de los textos chinos, entre los que se refieren francamente al diluvio universal; pero a la legua se ve que tales escritores no conocían el original chino ni tampoco una buena traducción que diese una idea aproximada de él, y que, por tanto, dijeron lo que se imaginaron o lo que creyeron convenía a sus opiniones, y nada más.

Pasemos ahora a dar la versión corriente de este acontecimiento, siguiendo a los mejores expositores de los clásicos chinos, tanto naturales como extranjeros. Más adelante se tratará de ver cuál pudo ser el texto primitivo y el alcance que según él tuvo la famosa inundación.

Los primeros tiempos históricos de China.

Los datos históricos referentes a la antigua China, que más fe merecen, son los contenidos en el Shu-Ching y en los «Anales de Bambú». Se ignora quién haya sido el autor de uno y otro, y también la época fija en que fueron redactados y vicisitudes que han sufrido hasta quedar en la forma que hoy los vemos. Es muy probable que el primero proceda del mismo Confucio, no porque él lo haya escrito, sino por haber sido quien reunió los documentos antiguos que mejor le parecieron y que más en conformidad estaban con sus teorías morales y políticas, y que hoy aparecen en dicho libro.

El segundo debe el origen y el nombre a una colección de tabletas de bambú, encontradas casualmente, en donde aparecían los datos cronológicos principales de las primeras dinastías chinas.

Según lo que se desprende del contenido de estos libros, las primeras tribus chinas que vinieron a este país encontraron en él otras razas, a las cuales fueron desalojando poco a poco de la cuenca del Huang-ho y relegándolas a las regiones montañosas.

A pesar de las luces que a la Historia han prestado la Etnografía y la Filología comparada, hoy es el día en que no se puede decir, a ciencia cierta, de dónde procedieron esos primeros chinos, que hacia el siglo XXIII, antes de nuestra era, encontramos colonizando parte de las actuales provincias de Shensi, Shansi y acaso algo de Honan.

Quién las hace venir de la gran meseta del centro de Asia, quién del Tibet, quién del Sur o de las regiones ocupadas hoy por siameses y birmanes. Como esta cuestión no es de las que importen gran cosa para el asunto que se trata, quédese para otra ocasión el ver cuáles son los elementos de juicio con que se cuenta y las pruebas en que unas y otras teorías se apoyan.

En aquellos primitivos tiempos el Huang-ho o río Amarillo, se salía con mucha frecuencia de madre e inundaba grandes extensiones de las llanuras que se extienden a uno y otro lado, ni más ni menos que sucede al presente con mucha frecuencia, no obstante los grandes diques de contención a sus orillas levantados.

La causa de tales avenidas está en la naturaleza misma del terreno por donde pasa el río, que forma una gran planicie a nivel del mismo río. Y como el cauce de éste es muy pequeño, en tiempos de deshielo o de grandes lluvias el agua se desparramaría siempre por la llanura, formando de ella inmenso lago, a no ser los diques artificiales que lo contienen. Estos diques se rompen con frecuencia, y entonces la inundación es más repentina y peligrosa, y los estragos que causa mucho mayores. Por esto se ha llamado, con mucha razón a este río, «la aflicción de China».

Las obras de canalización de ríos y construcción de diques data en China desde la más remota antigüedad, y como se verá, no tardando, el recuerdo de la gran inundación ha quedado en la historia unido al de los primeros trabajos emprendidos en gran escala para la represión y encauzamiento de las aguas del Huang-ho.

A los pocos años de ocupar Yao el trono de China, aparece ya un director o ministro de Obras públicas, como diríamos ahora. Este empleo debía ser considerado como de los más importantes del Gobierno, y en la época de que se hace mención, esto es, por el año 2295, antes de Jesucristo (61 del reinado de Yao), lo desempeñaba un tal Kung-Kung. Deseando el Emperador Yao elevar una persona hábil a la dignidad de primer ministro suyo, según opinan unos, o a la de corregente, como interpretan otros, los que le rodeaban propusieron al mencionado Kung-Kung para tal honor.

«¿Quién me buscará un hombre que pueda conducir los negocios al modo mío?» Huan-Two, dijo: «Ahí está el ministro de Obras públicas, que ha demostrado de varios modos sus méritos».

El Emperador exclamó: «Quita. Cuando está sin empleo él *puede hablar* (forma muchos planes); pero cuando lo tiene, los hechos resultan muy distintos. Ved. Las inundaciones amenazan llegar a los cielos.»

Según el libro de los «Anales de Bambú», el año 19 de su Imperio, Yao encargó a Kung-Kung que se pusiese al frente de los trabajos del río Ho (Amarillo). Los proyectos de éste contra las inundaciones resultaron fallidos, y el resultado fué una mucho mayor, de la que se lamentaba Yao, y que al mismo tiempo probaba la incompetencia del ministro.

Como se ve, el hecho mismo de considerar parte principalísima del Gobierno de la China de entonces la ejecución de obras tan grandes como el encauzamiento y canalización de un río como el Huang-ho, indica, en primer término, que los chinos llevaban muchos años de residencia en aquellas regiones, y en segundo, que la gran inundación, conocida por Diluvio de Yao, no era para ellos cosa tan nueva ni tan extraordinaria como algunos han querido suponer.

El texto primero y principal que recuerda la gran inundación, según la versión de Medhurst y Legge (1), es el siguiente:

El Emperador exclamó: «¡Oh tú presidente de las Cuatro Montañas! La inundación aumenta causando destrozos, ella se extiende por todos lados, abraza las montañas, cubre los cerros y amenaza subir hasta el cielo con sus olas.» (El pueblo se queja y murmura.) ¿Hay alguno capaz a quién yo pueda encargar el remedio de esta calamidad? Todos respondieron: «Ahí está Kuan.» El Emperador, dijo: «No, de ninguna manera. El desobedece las órdenes y arruina a sus compañeros.» El presidente, dijo: «No obstante, prueba si él puede poner remedio a esto.» El Emperador, dijo: «Vete, pero cuidado.» Por espacio de nueve años trabajó Kuan sin obtener resultado alguno.

Este es el pasaje en el que algunos han creído sacar una prueba histórica del diluvio bíblico, identificándolo con el mismo.

En otra sección del Shu-Ching se encuentran referencias o alusiones del mismo hecho que permiten conocer algunos detalles más.

En la titulada «Los Consejos de Yu el Grande», se lee: El Emperador Shun, dijo: «Acércate, Yu. Cuando la inundación me tenía alarmado, tú cumpliste tu promesa; y el haber llevado el plan a feliz término se debió enteramente a tu habilidad.»

La fecha de esta inundación, o mejor dicho, época de inundaciones, debió ser del año 61 al 75 del reinado de Yao, o sea de 2295 al 2283, antes de J. C., según la cronología vulgar, o del 2084 al 2070, según la obtenida de los «Anales de Bambú».

Dicen éstos: «El año 19 de su reinado, Yao mandó a su ministro de Obras que regulase el Ho (río Amarillo)...

El año 61 ordenó al Barón Kuan de Tsung que regulase el Ho.

En el 69 degradó a Kuan.

En el 73 Yao asoció a Shun al Trono.

En el 74 Shun fué a inspeccionar las Cuatro Montañas (el Imperio).

En el 75 Yu, el inspector de Obras, reguló las aguas del Ho.

El 97 el inspector de Obras visitó las doce provincias.

El 100 murió Yao.»

Las obras ejecutadas por Yu para evitar las inundaciones se mencionan en la sección 5.^a del Shu-Ching. Aparece allí el Emperador Shun platicando con Kaou-Yaou y Yu sobre las virtudes que han de poseer los Soberanos y máximas que han de seguir para gobernar bien sus Estados, y después de haber oído el Emperador el discurso de Kaou-Yaou, dice:

(1) Legge: «Chinese Classics, Medhurst.» *The Ancient China*.

«Acércate, Yu. Tú también debes tener palabras admirables.» Yu hizo acatamiento, y dijo: «¿Qué más puedo yo añadir, oh Emperador? Mi intento (es mantener) una asiduidad continua.» Kaou-Yaou replicó: «Bien. ¿Cómo es eso?» Yu respondió: «Las aguas de la inundación subían hasta los cielos. Extendiéndose por todos lados cercaban los montes y cubrían los cerros, y la gente del pueblo estaba turbada y abatida (sumergiéndose?). Yo, provisto de las cuatro clases de vehículos, me abrí paso por entre los montes talando los árboles. Después, de acuerdo con Yih, enseñé (al pueblo) las clases de animales comestibles. Después abrí desagües para los nueve ríos, y dirigí éstos hacia los cuatro mares. Ahondé los arroyos y canales y los encaminé a los ríos. En unión con Tsei introduje la siembra de cereales, enseñando a la gente cómo procurarse este alimento, además del de la carne. Los induje a que cambiasen las cosas que tenían de sobra por aquéllas de que carecían o para convertirlo en dinero. De este modo, todo el pueblo tuvo pan (granos) que comer y todos los Estados quedaron bien ordenados.»

Finalmente, en el libro IV de la parte 5.^a del Shu-Ching, se encuentra una última alusión del diluvio de Yao.

Ke-Tse replicó: «Yo he oído decir que en tiempos antiguos Kuan represó las aguas de la inundación, poniendo, por tanto, en desorden la armonía de los cinco elementos (agua, fuego, madera, metal y tierra). El Soberano Supremo se irritó y no le concedió el gran plan de las nueve divisiones (la autoridad imperial), y, en consecuencia, los principios invariables fueron destruídos y Kuan fué conducido a la muerte. Entonces se levantó Yu a sucederle y los cielos concedieron a Yu el gran plan de las nueve divisiones, y los principios invariables quedaron armonizados.»

El documento, de que forman parte las palabras anteriores, es de los pocos que indican la fecha a que pertenecen. Esta es del año 1121, antes de J. C., esto es, de los primeros años de la dinastía Chow, la tercera que se registra en China, y que comenzó cerca de doce siglos después del diluvio de Yao. Razón tenía, por tanto, Ke-Tse al referirse a este suceso, diciendo haber acaecido en tiempos antiguos.

En el primero de los libros clásicos chinos no se encuentra nada más que se relacione con las inundaciones de los tiempos de Yao, pero se menciona a este Emperador con mucha frecuencia, lo mismo que a Shun y Yu, los cuales forman la triada de la Edad de Oro de China, inmortalizada más tarde por Confucio y Mencio.

Difícilmente se encontrará una época, en la cual no hayan sido tenidos por modelos de Soberanos, y celebradas las virtudes y buenos ejemplos que dejaron a la posteridad y tributándoles los más grandes elogios por

las leyes y normas de buen Gobierno con que dotaron a su pueblo y los incalculables beneficios que de ellos han derivado.

Cuando siglos adelante China se dividió en varios Estados y las diversas escuelas filosóficas y religiosas rompieron la unidad política y moral de la raza china, Yao, Shun y Yu continuaron incólumes sobre el pedestal que docenas de generaciones les habían levantado, y tanto unos como otros, todos quisieron tenerlos por suyos, sin que decayese en ninguno de ellos el respeto y veneración que siempre habían gozado.

Yao, en concepto de los chinos, es el Emperador que se desvive por el bienestar de sus súbditos, no perdonando medios para librarlos del peligro continuo de las inundaciones del Huang-ho. El pone al frente de los negocios del Estado a quien considera el más digno y capaz para desempeñarlos, llegando su desinterés hasta el punto de ceder el trono a Shun, y anteponerlo a su propio hijo.

Shun es el organizador y legislador por excelencia. A él se le atribuyen, en primer término, el encauzamiento de los ríos y otras obras en contra de las inundaciones; el sistema de pesas y medidas basadas sobre el sistema decimal, que hasta ahora se usa en China; la invención y regulación de las notas e instrumentos musicales; de las ceremonias religiosas y sobre todo de un Código penal admirable, por el espíritu de justicia y de benignidad que le distingue.

Yu, es el ingeniero por excelencia, que a las órdenes de Shun logra poner freno a las aguas del Huang-ho, sienta sobre bases firmes la agricultura y la industria chinas, aumenta los medios de subsistencia del pueblo, crea el comercio, ensancha los límites del Imperio, establece la división administrativa de éste, de conformidad con la geografía natural del país, y finalmente, él es quien transforma la constitución del estado de patriarcal y electiva, que al parecer antes era, en monárquica y hereditaria. El fué el tronco y primer Emperador de la dinastía Sia, que rigió los destinos de China desde el año 2205 al 1766 antes de J. C.

La celebridad que en todo tiempo han gozado estos tres héroes de la primitiva historia china, y el deber tal celebridad, si no toda, al menos en la mayor parte, a la intervención que todos tres tuvieron en la represión de las inundaciones, explica satisfactoriamente que el recuerdo de éstas haya perseverado por siglos y siglos, aun en el supuesto, muy probable, que no hubiese o no se conservasen monumentos escritos que perpetuasen su memoria.

Confucio.

Es opinión muy probable que los documentos todos del Shu-ching, y por tanto los referentes a las inundaciones de que se viene tratando, fueron coleccionados y editados por el mismo Confucio, lo cual supone que los tenía por dignos de entero crédito, históricamente considerados.

Pero llama la atención que en las demás obras que con mayor razón se le atribuyen, aunque se hace frecuente mención de Yao, Shun y Yu y de los grandes méritos de unos y otros, no se mencionen entre ellos los adquiridos con motivo de las inundaciones.

He aquí algunos ejemplos:

El Maestro (Confucio) dijo: «Con qué majestad gobernaron Shun y Yu el imperio, y esto como si él nada significase para ellos».

El Maestro dijo: «Grande fué Yao como soberano. ¡Qué majestad! Sólo el cielo es grande y sólo Yao pudo comparársele. ¡Qué inmenso! La gente no podría encontrar un nombre para él.»

¡Qué majestuoso en las obras que llevó a cabo! ¡Qué glorioso en las hermosas leyes que instituyó!

«Shun tuvo cinco ministros y el Imperio fué bien regido...»

El Maestro dijo: «Yo no encuentro defecto en el carácter de Yu. Sus manjares y bebidas eran ordinarias, pero desplegaba la más filial veneración hacia los *espíritus* (los antepasados?). Los vestidos diarios eran pobres, pero elegantes el bonete y delantal para los sacrificios. Vivía en una casa humilde, pero gastaba todas sus energías en la construcción de diques y canales. Yo no puedo encontrar defecto alguno en Yu.»

Como las precedentes, son las demás referencias que se encuentran en cualquiera de los tres libros que corren a nombre de Confucio, o sea *Las Analectas*, *La gran doctrina* y *Del Justo medio*. Todas muy encomiásticas y todas muy generales, sin apenas indicar otras razones para tales elogios que la de haberse cedido el Imperio unos a otros sin atender a los lazos de la sangre.

Pero si en Confucio no se encuentra nada que nos resuelva alguno de los puntos obscuros que con referencia a la inundación quedan en el Shu-ching, en cambio Mencio, menciona por dos veces aquel hecho, y nos lo presenta desde un punto de vista muy interesante para la Etnografía china.

El primer pasaje que aparece en Mencio es este:

«1. El discípulo Kung-to dijo (a Mencio): «Maestro, la gente de por ahí dice que tú eres muy amigo de disputar. Me atreveré a preguntarte

por qué lo eres». Mencio respondió: «¿Cómo puedo ser amigo de disputar? Me fuerzan a ello».

2. Desde el principio del mundo ya han transcurrido muchos años, y unas épocas han sido de orden y otras de desorden.

3. En tiempos de Yao, las aguas, saliéndose de madre, inundaron todos los estados, reptiles y dragones (?); se hicieron dueños del país y el pueblo no tenía dónde establecerse. En los terrenos bajos tenían que vivir como en nidos, y en los altos en cavernas. En el libro de la historia se dice: «Las grandes aguas me llenaron de terror». Lo que llama *grandes aguas* se refiere a esta inundación.

4. Shun comisionó a Yu para encauzar las aguas. Este abrió el terreno que las impedía correr y las dirigió hacia el mar. Arrojó fuera los reptiles y dragones y los forzó a retirarse a los espadañales. Con esto las aguas de los ríos Kiang, Huae, Ho y Han, recobraron su cauce. Habiendo sido removidas las dificultades y obstáculos naturales que existían, y habiendo desaparecido las aves y fieras perjudiciales al pueblo, los hombres descendieron a las llanuras y se establecieron en ellas.

5. Después de la muerte de Yao y Shun, las máximas de estos sabios cayeron en desuso. Aparecieron uno tras otro los soberanos opresores (?), los cuales derruían las viviendas del pueblo para hacer en su lugar lagos y estanques, por lo cual la gente no tenía donde descansar tranquila; los campos de cultivo los convirtieron en parques y jardines, de modo que el pueblo tampoco tenía de dónde sacar vestidos y alimentos.

Más adelante, se hicieron comunes las máximas corruptoras y los vejámenes. Llegaron a ser numerosos los parques y jardines, los estanques y lagos, los matorrales y pantanos, y las aves y las fieras aparecieron otra vez. En tiempos de Chou (siglo XII a. J. C.), China yacía otra vez en estado de gran desorden.

En el libro tercero de las mismas obras de Mencio, se encuentra otro pasaje referente al mismo asunto, que merece ser transcrito todo entero.

«En tiempos de Yao—dice—, el mundo aún no había sido reducido al orden por completo. La abundancia de aguas, al rebosar de sus canales, causó una inundación general. La vegetación era exuberante, y las aves y fieras hormigueaban. Los cereales (las cinco clases de grano) no podían ser cultivados, y las aves y las fieras oprimían a los hombres. Las huellas de las patas de las aves y de las fieras se entrecruzaban por toda China. Esto era causa de gran pesadumbre para Yao. El colocó a Shun al frente del Gobierno y se tomaron medidas para remediar aquel desorden. Shun mandó que Yih dirigiese el fuego que iba a ser empleado, el cual incendió e hizo que desapareciesen los bosques de las montañas y los matorra-

les de los terrenos pantanosos, de modo que las aves y las fieras huyeron y se ocultaron.

Yu separó los seis ramales del río Ho, limpió los cauces del Tse y del Tah y los encaminó al mar. El abrió salida para los ríos Joo ? y Han, removió los obstáculos de los cauces del Hwae y el Sze y los condujo al Kiang. Cuando estas obras estuvieron terminadas, el pueblo chino pudo cultivar los campos y sacar de dónde alimentarse.

How-tsei enseñó al pueblo a sembrar, y a segar y a cultivar los cereales; y cuando éstos llegaron a madurar, toda la gente gozó de una cómoda existencia. Pero a los hombres pertenece la vida, la razón. Y si ellos comen y visten bien y están cómodamente alojados, mas sin recibir instrucción alguna, llegarán a hacerse semejantes a las bestias. Esta idea era motivo de ansiosa solicitud para el sabio Shun, y éste, para prevenirlo, nombró a See ministro de Instrucción, a fin de que inculcase a los hombres los principios de Humanidad. Como entre padre e hijo ha de haber afecto, entre soberano y súbdito rectitud, entre marido y mujer armonía, entre jóvenes y ancianos deferencia, y entre amigos fidelidad».

De ambos pasajes, que no son más que un breve resumen y comentario de los datos conservados en el Suh-ching, se desprende la opinión que Mencio se había formado del famoso *diluvio de Yao* y del estado en que se encontraba el Celeste Imperio en aquellas remotas edades.

Para él los hombres no habían concluido de salir del desorden en que primitivamente vivían, es decir, de la vida salvaje, siendo esclavos de la Naturaleza y su vegetación frondosa, en medio de la cual hormigueaban las aves y las fieras. Para defenderse de éstas y de los numerosos reptiles, se veían obligados a vivir en chozas construídas sobre los árboles o a manera de nidos según su frase, y en las cavernas de la montaña. Sorprende al leer esta descripción de Mencio sobre el hombre primitivo, la idea precisa que tenía de la vida y costumbres del hombre prehistórico, tan ajustada a los restos que de él se han descubierto en casi todas las regiones del mundo.

Con una vegetación tan exuberante, las lluvias tenían que ser abundantísimas en la cuenca del Huang-ho, y si éste se desborda hoy tan fácilmente, y tantos estragos ocasiona a uno y otro lado de sus riberas, ¿qué no sucedería en aquellos tiempos, en que a la mayor cantidad de agua había que añadir los obstáculos naturales de un cauce deficiente, y los que habían de formarse por la aglomeración de árboles y ramaje arrastrado por la corriente del río?

Con esto y el poco declive que tiene tal río, no hace falta acudir a sucesos extraordinarios para explicar la causa de aquellas inundacio-

nes, y figurarse cómo tuvieron que extenderse por aquellas planicies del norte de China sumergiéndolas debajo del agua y formando de ellas inmenso lago.

A vista de tantos males, Yao, o quien quiera que estuviese al frente de las primitivas tribus chinas, concibió la idea de poner atajo al mal y recobrar la llanura para el cultivo. Las obras necesarias para poner freno a las inundaciones no debían ser muy extraordinarias, cuando las consideraron hacederas con los escasos medios de hombres e industriales que supone el estado de semisalvajismo en que vivían en sentir de Mencio.

El primer plan que llevaron a la práctica, según dan a entender algunas frases del Shu-ching y de los «Anales de Bambú», fué el de construir grandes diques de contención de aguas. Tal proyecto fué debido a Kuan, que trabajó nueve años consecutivos en él; pero por ser tales diques insuficientes, o lo que parece probable, por haber sido el destino de éstos el *represar* las aguas en alguna región determinada para formar un lago artificial como el Meoris en Egipto, aquéllos fueron rotos y la inundación se presentó tan terrible, que en ella debieron perecer multitud de hombres, y en consecuencia, Kuan fué depuesto y ejecutado.

Cuando ya se llevaban bastantes años trabajando contra tales inundaciones, fué asociado Shun al trono de China, y en seguida se cambió el plan de las obras. Lo primero que hicieron fué prender fuego a los bosques, probablemente por dos causas. La primera para transitar más fácilmente por entre ellos. La segunda para prevenir que las lluvias arrastrasen tanta maleza hacia los ríos, que poner obstáculos en el cauce natural de éste, le obligaban a desbordarse por cima de los diques, rompiendo éstos y sumergiendo, por consiguiente, las llanuras adyacentes.

Al mismo tiempo, Yu se dedicaba a abrir canales, desembarazar y ahondar el lecho de los ríos y a ejecutar todas aquellas obras de desagüe necesarias para desecar las planicies del Huang-ho y prepararlas para ser cultivadas.

Los trabajos que se atribuyen a Yu son tan estupendos, y tantos los ríos y lagos en cuya regulación intervino, que fuerza es creer hay en tales historias muchísimo de exageración, o que han aglomerado alrededor de este personaje los trabajos ejecutados en diversas épocas y en distintas regiones.

No cabe duda que tal clase de obras es muy antigua en China, y que han sido emprendidas en muy grandes proporciones. Dígalo sino el Canal Imperial, los numerosísimos que se encuentran en muchas provincias, los prolongados diques que se ven a uno y otro lado de casi todos los ríos, y, sobre todo, la obra magna de la Gran Muralla, construída en muy pocos

años y con medios industriales que no diferirían mucho de los disponibles en tiempos de Yao.

Cuando después de años de continuas y laboriosas obras hidráulicas consiguieron los chinos poner las llanuras al abrigo de la inundación y en estado de cultivo, descendieron a ellas y comenzaron a poblarlas y sembrarlas de cereales.

La enseñanza de la siembra, de la siega y demás faenas agrícolas que supone el cultivo de los cereales, que Mencio atribuye a un How-tsei contemporáneo de Yu, otros lo colocan en tiempos de Huang-ti que vivió cerca de cuatro siglos antes de Yao.

How-tsei debe su celebridad a la dinastía Chow (1121-24 antes de Jesucristo), que lo consideraba por el primero de sus ascendientes, y la raza china por el inventor y patrono de la agricultura.

De todos modos, lo que se entresaca y se deja ver con suficiente claridad de todos estos hechos que fluctúan entre la historia y la fábula, es que hacia principios del siglo XX o un poco antes la raza china sale del estado semisalvaje en que estaba, y entra decididamente a formarse una civilización propia y característica suya, una civilización que ofrece sobre todas las demás la nota de haber nacido, desarrollándose y elevándose a inmensa altura sin recibir el impulso o la influencia de otra civilización extraña, y que ella ha permanecido siempre semejante a sí misma por espacio de cuatro mil años, y extendiéndose por gran parte del oriente de Asia.

Finalmente, aunque del examen que se ha hecho de los libros chinos antiguos no se encuentre nada que favorezca a la opinión de haber sido el *diluvio de Yao* el mismo de Noé, siempre se han de agradecer los recuerdos que tal diluvio o inundación nos dejaron, porque en unión de ellos han quedado otros muy interesantes para la primitiva historia y etnografía chinas, historia y etnografía muy verosímil, en consonancia con lo que se sabe por otras fuentes, y que no se puede relegar de lleno a la región de la mitología, como los comienzos de otras naciones.

TEXTO CHINO

九載績用弗成	帝曰往欽哉	試可乃已	岳曰异哉	方命圮族	帝曰吁咈哉	僉曰於鯀哉	有能俾乂	下民其咨	浩浩滔天	蕩蕩懷山襄陵	湯湯洪水方割	帝曰咨四岳
𠄎載績用弗成	帝曰往欽哉	試可乃已	岳曰异哉	方命圮族	帝曰吁咈哉	僉曰於鯀哉	有能俾乂	下民其咨	浩浩滔天	蕩蕩懷山襄陵	湯湯洪水方割	帝曰咨四岳

Pasaje del libro primero del Suching, sección primera, referente a un supuesto diluvio. (Arriba: escritura antigua de sellos. Abajo: escritura moderna.)

EL YACIMIENTO DE AITZORROTZ

POR

LORENZO RECA (MARIANISTA)

Son tan reiteradas y perseverantes las instancias de mi amigo el comandante D. Luis de la Gándara y tan insinuantes las amables palabras con que lo hace, que sólo cediendo a ellas me decido a entregar las siguientes cuartillas, escritas hace ya más de seis años, y no a título de científico estudio del yacimiento de Aitzorrotz, sino simplemente a título de denuncia de dicho yacimiento y de Memoria descriptiva de los trabajos y hallazgos realizados (1).

Las dificultades de todo orden que han impedido al autor y a sus auxiliares el llevar los trabajos metódicamente, sin que por eso se descuidase la atenta observación de las circunstancias en que iban apareciendo los objetos, hace que no se pueda dar más que un valor relativo, valor descriptivo como antes decíamos, a cuanto en las líneas siguientes se lee; pero con todo, la convicción que desde el primer momento le acompañó de la importancia de aquel inexplorado yacimiento, la ha reforzado posteriormente el Dr. Hugo Obermaier, que después de visitar el lugar del yacimiento y tras una visita rapidísima al pequeño Museo que en el Convento de los Religiosos Marianistas de Escoriaza se había formado, formuló su opinión de «yacimiento interesantísimo, de muchas civilizaciones superpuestas, en el cual parecen ser las primeras manifestaciones del paleolítico superior; sería éste, con el de Landarbaso (Rentería) y alguna otra, las únicas manifestaciones halladas hasta ahora en Guipúzcoa de ese período de la Prehistoria».

Análoga impresión sacó el Sr. Barandiarán, del Centro de Estudios Vascos, en otra visita realizada en ausencia del autor.

¡Y qué dos yacimientos más distintos el de Landarbaso y el de Aitzorrotz! Oculto el primero en una garganta, entre las escabrosidades de las

(1) Nunca podremos agradecer bastante al Sr. D. Máximo Vergara el interés que ha mostrado por este trabajillo tomando sobre sí el leerlo en la Sociedad Española de Antropología.

montañas guipuzcoanas; situado el segundo en la cima de una peña visible a largas distancias; el primero encerrado en una gruta y el segundo sin más techo que el cielo, son dos yacimientos cuyo estudio comparativo podría ser interesantísimo.

Ausente el autor desde hace cinco años de Escoriaza, nadie ha dado un paso por seguir la labor emprendida; el yacimiento, si no olvidado, cuando menos sigue sin explorar. Gracias a que los años que pasan sobre él en nada merman su riqueza, ya que los pastores que por allí transitan no se ocupan de rebuscar tesoros en aquel abrupto peñasco. Pero siempre es una lástima que se difiera tanto su estudio rigurosamente científico y por quien pudiera hacerlo.

A lo escrito hace más de seis años, ¿qué hemos de añadir? Únicamente diremos que posteriormente, hasta el momento de la salida del autor del Convento de Escoriaza para Madrid, se prosiguieron las excavaciones, y que el Museo a que hemos aludido varias veces fué creciendo prodigiosamente. Hoy me es imposible proseguir la labor descriptiva que en las anteriores líneas inicié; pero tengo la seguridad de que ahora como entonces las puertas del Convento del Pilar se abrirán de par en par a quien de *visu* quisiera apreciar las riquezas que encierra el yacimiento de Aitzorrotz.

El castillo de Santa Cruz de Aitzorrotz.

Sólo algunas vagas indicaciones halladas en tal o cual monografía de la provincia de Guipúzcoa nos habían dado a conocer la existencia de este castillo. Referíanse dichas indicaciones al hallazgo de algunas monedas romanas, sin puntualizar cosa alguna sobre su época. Más tarde, después de hechos ya los primeros hallazgos, hemos encontrado una relación algo más circunstanciada de dicho castillo y del papel que desempeñó en la Historia, en la página 1044 de la *Geografía del país Vasco-Navarro* (1).

Situación.—Ocupa el castillo una posición que debió de ser excelentísima desde el punto de vista militar. Asentado sobre una peña de forma cónica, cortada a pico en casi todo su contorno y de una altura variable

(1) Lo que dice la *Geografía* es trasunto de lo que está en el Diccionario geográfico histórico de Gorosábel, y seguro que también estará en el Diccionario Histórico de la Academia. Sería curioso se estudiaran en el Archivo de Escoriaza los documentos que citan. (Nota de D. Eugenio Urroz).

aproximadamente entre los 40 y los 15 metros desde su pie, sólo ofrece una subida de fácil acceso a su cima entre dos peñascos que no dejan más que el paso suficiente para una sola persona.

Rodean a esta peña, como avanzadas por la parte del valle a que domina, otros peñascos de desigual altura, escabrosos también y puntiagudos. A sus pies, y en rápido declive, baja la montaña hacia el valle en que corre el río Deva, y donde está asentada la villa de Escoriaza.

Vista desde el valle la peña de Aitzorrotz, se dibuja en el cielo como si no hubiera tras ella altura alguna mayor. Y sin embargo, ella no consti-

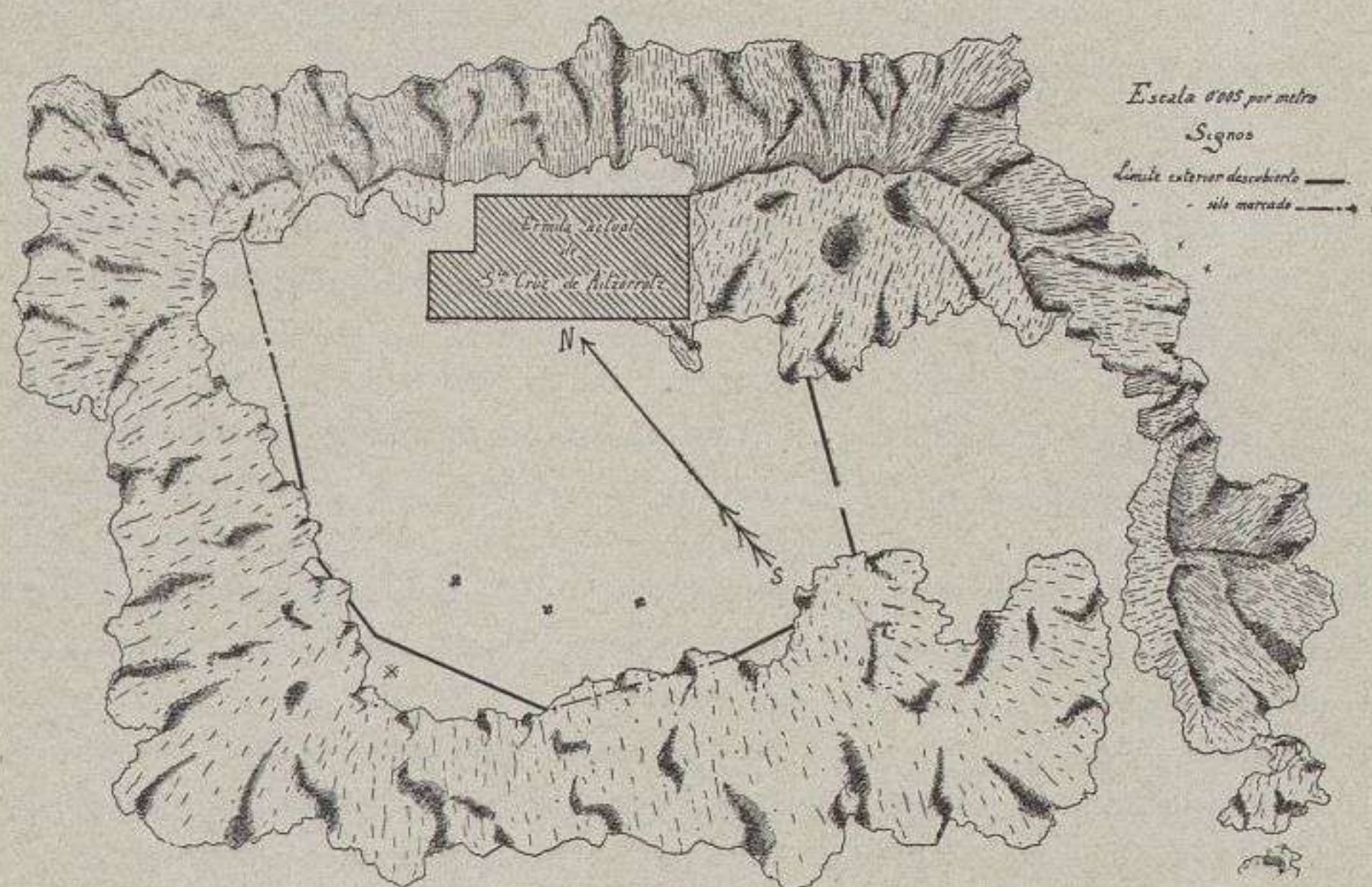


Fig. 1.

tuye sino la última estribación de la cordillera del Zaraya, que por diversos escalones, que constituyen como otras tantas mesetas, descende hacia la llanura de Alava por un lado y hacia el Real Valle de Léniz por el otro. Y hacemos notar este detalle porque se vea que, además de su propia posición fortísima a 710 metros aproximadamente sobre el nivel del mar, tiene las ventajas que se deducen de proximidad a la llanada de Alava, desde la cual es bastante fácil y pronto el acceso.

Y si se tiene en cuenta que el antiguo castillo de Guevara sólo dista unas tres horas de marcha no muy fatigosa, se comprende que, cuando menos en ciertas épocas, debió de ser un excelente puesto de vigilancia.

Dato elocuente que lo confirma es el que desde su altura puede la vista seguir casi por completo las curvas de la antigua carretera que desde el

alto de Arlabán baja a correr por el Real Valle de Léniz, pasando por las villas de Salinas de Léniz, Escoriaza, Arrechavaleta y Mondragón. El observador abarca con su mirada todo el valle en una extensión de unos 18 kilómetros aproximadamente.

Restos de antigua fortificación.—Volviendo de nuevo al castillo de Aitzorrotz, diremos que sólo quedan de él dos trozos de muralla visibles por un lado de la peña, muralla construída entre los huecos de ésta como para nivelar el suelo del recinto.

Por el lado Sur, hacia donde debió de tener el castillo su entrada, y en la parte menos abrupta de la peña, se descubre también otro de los lados de la muralla, recubierto ya por la tierra y la hierba.

Sin embargo, la ausencia de grandes sillares y el no sobresalir por parte alguna los restos de pared más que la altura natural de la roca, parece indicar que, de haber sido fortificaciones, dichas murallas lo fueron muy rudimentarias y sus constructores debieron de limitarse a completar tan sólo la obra de la Naturaleza.

Un detalle con respecto a la forma de su construcción. En un punto cuando menos, como se verá más adelante, no descansa la muralla sobre la misma roca, sino sobre la tierra; mas al construir los cimientos recubrieron ésta de una capa bastante espesa de mortero, sobre el cual colocaron luego las primeras piedras. Detalle es este que tiene su importancia, pues explica el que algunos de los raspadores de pedernal encontrados vayan todavía adheridos a esta capa de mortero.

Yacimiento.—El lugar era muy propicio para que, época tras época, lo fueran ocupando gentes o generaciones distintas, y sin pretender sacar una conclusión con carácter de incontrovertible, parece ya poderse deducir, por los trabajos realizados, que nos hallamos en presencia de restos prehistóricos de la edad paleolítica y de otros restos de la época llamada ibérica (1) y de la romana y de monumentos de la civilización medieval. Tal es el parecer del Dr. Hugo Obermaier, a quien se le mandaron los primeros datos de los hallazgos realizados.

La disposición del yacimiento es la siguiente: Fórmase en lo alto de la peña, en el lugar que pudiéramos llamar recinto del castillo y junto a la ermita que hoy allí se alza, una especie de embudo recubierto por suave hierbín. Bajo esta primera capa de césped, y entre su raigambre ya, las más de las veces, han ido apareciendo casi todas las monedas de que más adelante hablaremos. En el mismo nivel, y hasta una profundidad de unos

(1) Acerca de la época ibérica es conveniente informarse sobre la cuestión debatidísima del iberismo en el país Vasco. (Nota de D. Eugenio Urroz).

0,45 metros, aparecen objetos de hierro, algunos trozos de vasija y, a veces, huesos trabajados a cuchillo.

A esta profundidad, la cantidad de huesos de toda clase viene a formar una verdadera capa en todo el terreno que se ha excavado, y entre estos huesos arrojados allí al azar descúbrese de vez en cuando alguno en que aparece manifiesta la intención de hacerlo servir con cierta finalidad. Los objetos de hierro no son ya tan numerosos, y hasta el presente no se ha hallado a esa profundidad moneda alguna.

En ciertos puntos, bajo esta capa de huesos, se encuentra una capa cenicienta, y algo más abajo se tropieza con piedras bastante grandes colocadas como formando un empedrado irregular. La tierra removida hasta este punto es negruzca, y en cambio, la que aparece bajo esta especie de embaldosado, a juzgar por las muestras de las pocas veces que se ha querido levantarla, es más rojiza, más arcillosa, y los huesos y trozos de loza vuelven en ella a aparecer. De intento no se ha querido profundizar más por no mezclar los varios niveles mientras no nos sea dado hacer una excavación en regla.

A pesar de todo, gracias a la disposición de la peña, se ha podido cavar algo en un nivel muy inferior, bajo las primeras piedras que sirven de asiento a la muralla. Este nivel se halla aproximadamente unos cuatro a cinco metros más bajo que el césped del recinto del castillo, y en él es donde han ido apareciendo los objetos que nos han llevado a calificarlo de yacimiento prehistórico.

Tal es la disposición del yacimiento; pero no se olvide que en todo el contorno de la peña se han hecho hallazgos sin haber realizado excavación alguna, y que al pie mismo de la peña hay una pequeña planicie que pudiera guardar en sus entrañas tumbas que no se pudieron colocar en lo alto de la roca, en aquel nido de águilas.

Primeros hallazgos.—Entre las piedras que forman la muralla y, por una dichosa casualidad al levantar una de ellas, movido por el afán de dar con algo que nos pusiera sobre la pista de los descubrimientos históricos, se halló la primera flecha. Hallazgo fué éste que dió margen a que se despertasen de nuevo ilusiones, ya antiguas, de esclarecer en algo la historia de este rincón de Guipúzcoa.

Y, en efecto, sin proceder en realidad a excavaciones por no llamar en demasía la atención de estos buenos campesinos que no sueñan más que con tesoros ocultos, hemos podido ya formar un pequeño Museo, que hoy contiene unos diez y ocho cuadros.

Armas.

Tras el primer hallazgo de punta de flecha, y partiendo de la hipótesis de que las tales flechas eran armas empleadas por los asaltantes del castillo, se han hallado hasta ahora en las anfractuosidades de la misma peña y en los lados por donde ésta puede escalarse aproximadamente otras treinta, todas ellas de idéntica forma y tamaño variable (véase figuras 2 y 3). Presentan cuatro caras con un ensanchamiento central, y de-

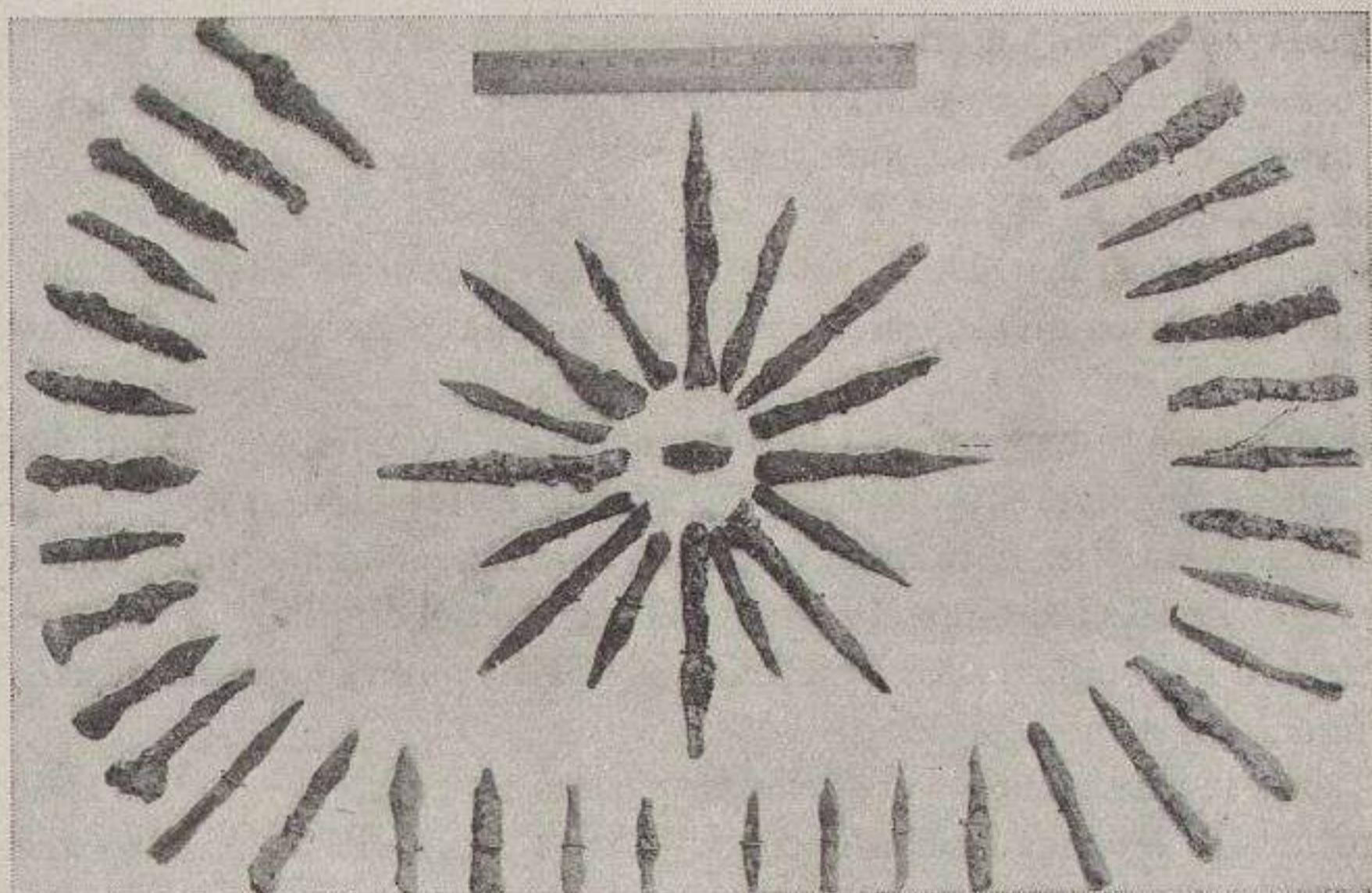


Fig. 2.

bieron ir unidas a un asta, porque una de sus extremidades presenta el hierro batido a martillo y cerrándose en forma de anillo.

Otros objetos que pudieran también catalogarse entre las armas encontradas, son los siguientes:

Figura 4, número 1.—La primera mitad de una gran lanza, por el punto de unión con su asta; mide el trozo 15 centímetros de largo, empieza a encorvarse un poco antes del punto de su ruptura y se encontró a una profundidad de unos 40 centímetros.

Número 2.—Un trozo de hierro doblado en ángulo recto, pero cuyo filo, por un lado, parece indicar haber pertenecido a un arma, espada tal vez; corre a lo largo de toda la hoja, que mide 23 centímetros, y en su

lado opuesto al filo, una pequeña ranura, todavía bastante perceptible, a pesar de la capa de orín que la recubre.

Número 3.—Un hacha de armas (1) hallada al pie de la peña por su parte cortada a pico. Mide esta hacha, desde el centro de su orificio para el mango hasta su punta, 18 centímetros, y su largura total es de 24 centímetros. La anchura de su punta cortante es de 5 centímetros. Otras dos puntas de lanza, de forma distinta, se han encontrado también.

Números 4 y 5.—La una, de forma romboidea y caras de 1 centímetro de anchura, está incompleta, fáltale la punta y mide 8 centímetros de largura. La otra es aplanada y de forma curva lanceolada, tiene 9 centímetros de largo por 0,015 de anchura en su parte media.

Número 6.—Un a modo de regatón de una pica, de 8 centímetros de largo, muy puntiagudo.

Número 7.—Un cuchillo de 28 centímetros de largura, recubierto en 10 centímetros con cachas de hueso redondeadas y sujetas a la hoja con cuatro clavitos que las atraviesan de parte a parte.

Figura 5, número 1.—Una punta de espada (?) (está rota por su extremidad y no lleva señal alguna de haber tenido mango). Tiene, como casi todos los instrumentos cortantes, una ranurita en el lado opuesto al filo. Su punta y su corte son muy agudos. Tiene 0,18 de largo, 0,021 de ancho en su mayor anchura y 0,019 en un estrechamiento hacia el segundo tercio inferior.

Número 2.—Hoja de puñal de forma triangular como la descrita anteriormente. La forma de la espiguilla, que tiene 0,023 de largo, le diferencia bastante de la hoja anterior, pues aquí es más bien una punta aguda que parece destinada a *clavarse* en el mango. Su largura, hasta el punto de su mayor anchura (0,025) en que empieza a redondearse para dar nacimiento a la espiguilla, es de 0,0145 metros.

Número 3.—Una flecha de un tipo bastante distinto de las anteriores. Está compuesta de dos cuerpos muy diferenciados. La parte inferior es



Forma general de las puntas de dardo

Fig. 3.

(1) De hierro.

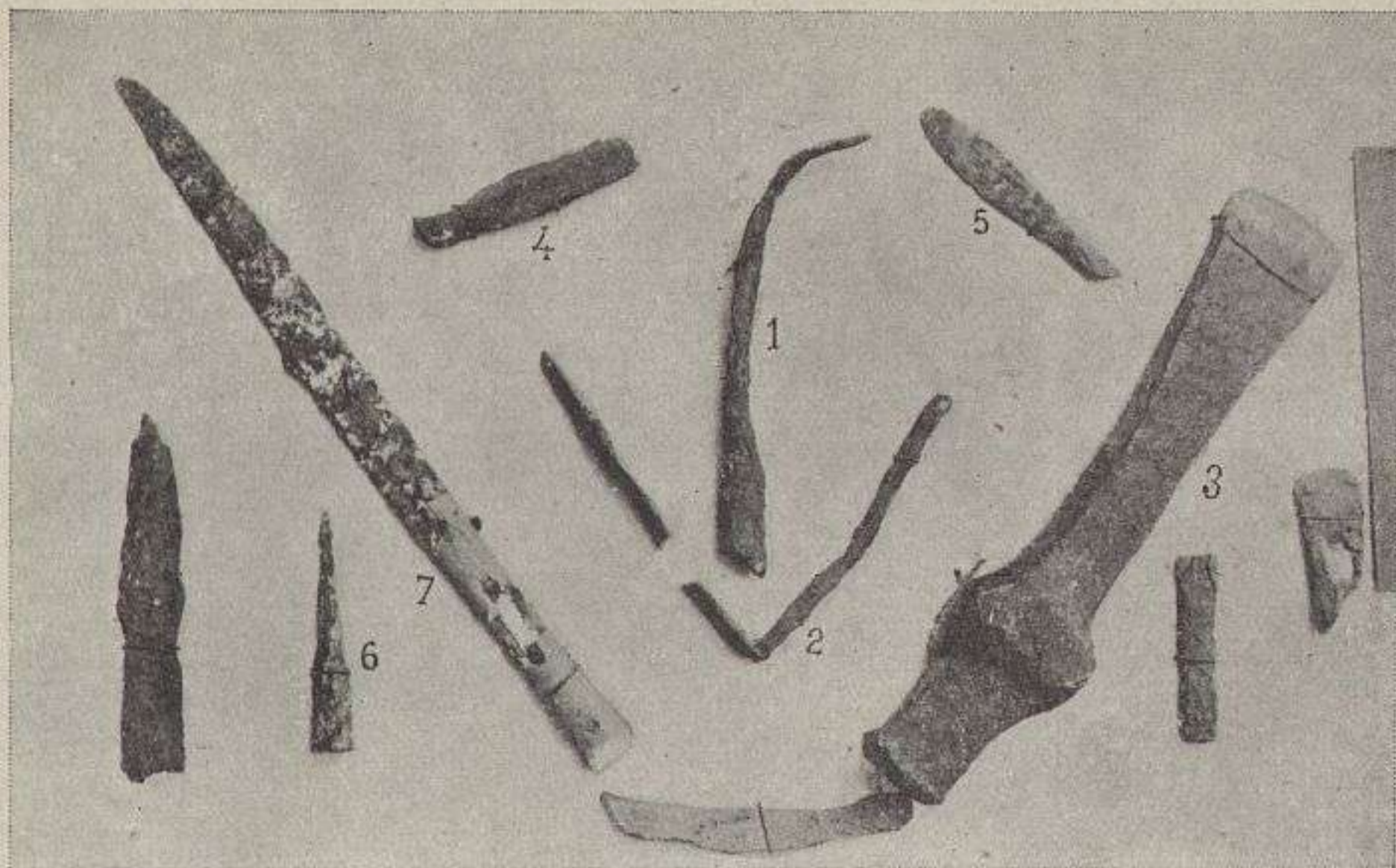


Fig. 4.

redondeada, con su cavidad terminal para el asta, y mide 0,05 de largura.

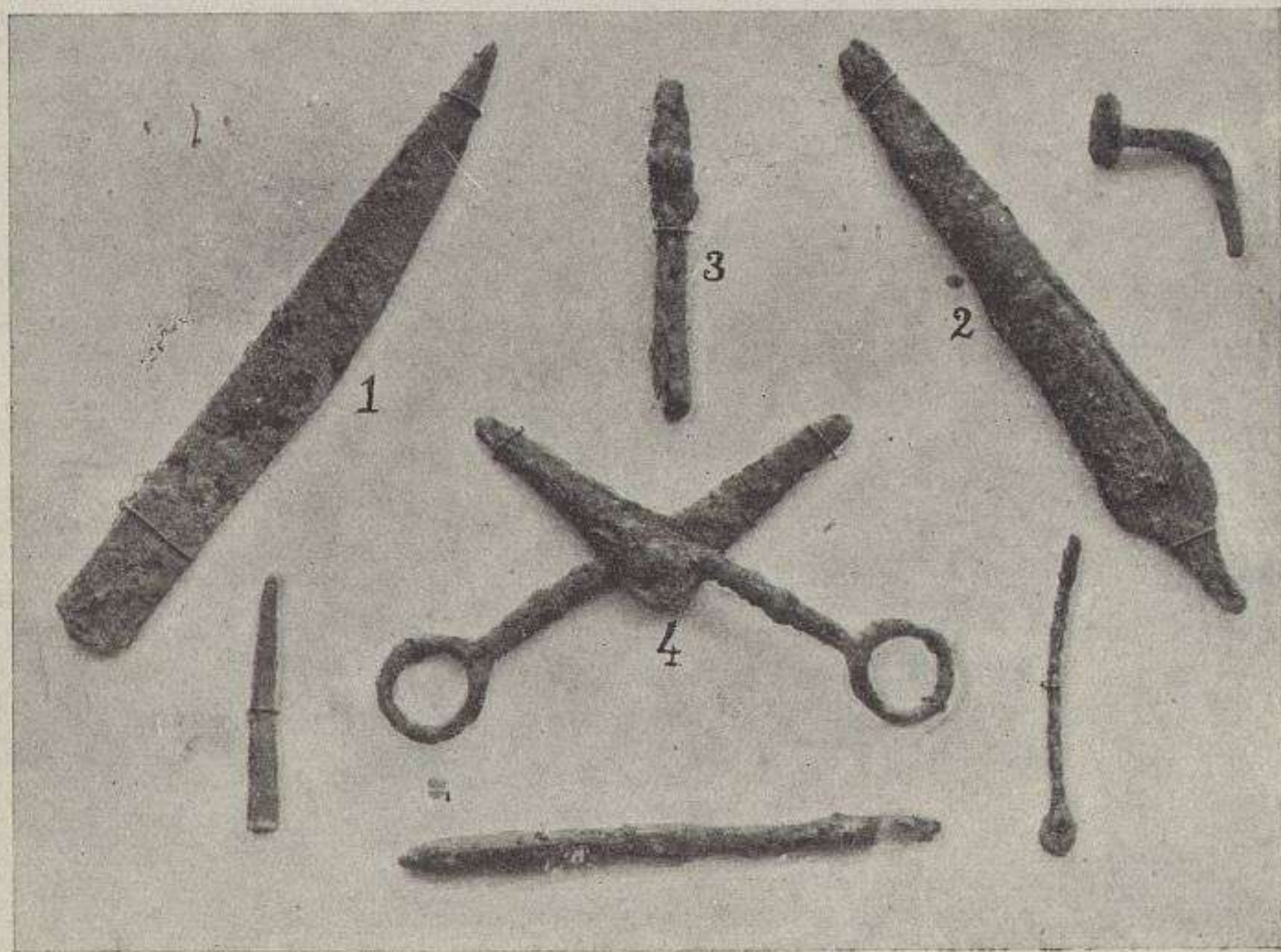


Fig. 5.

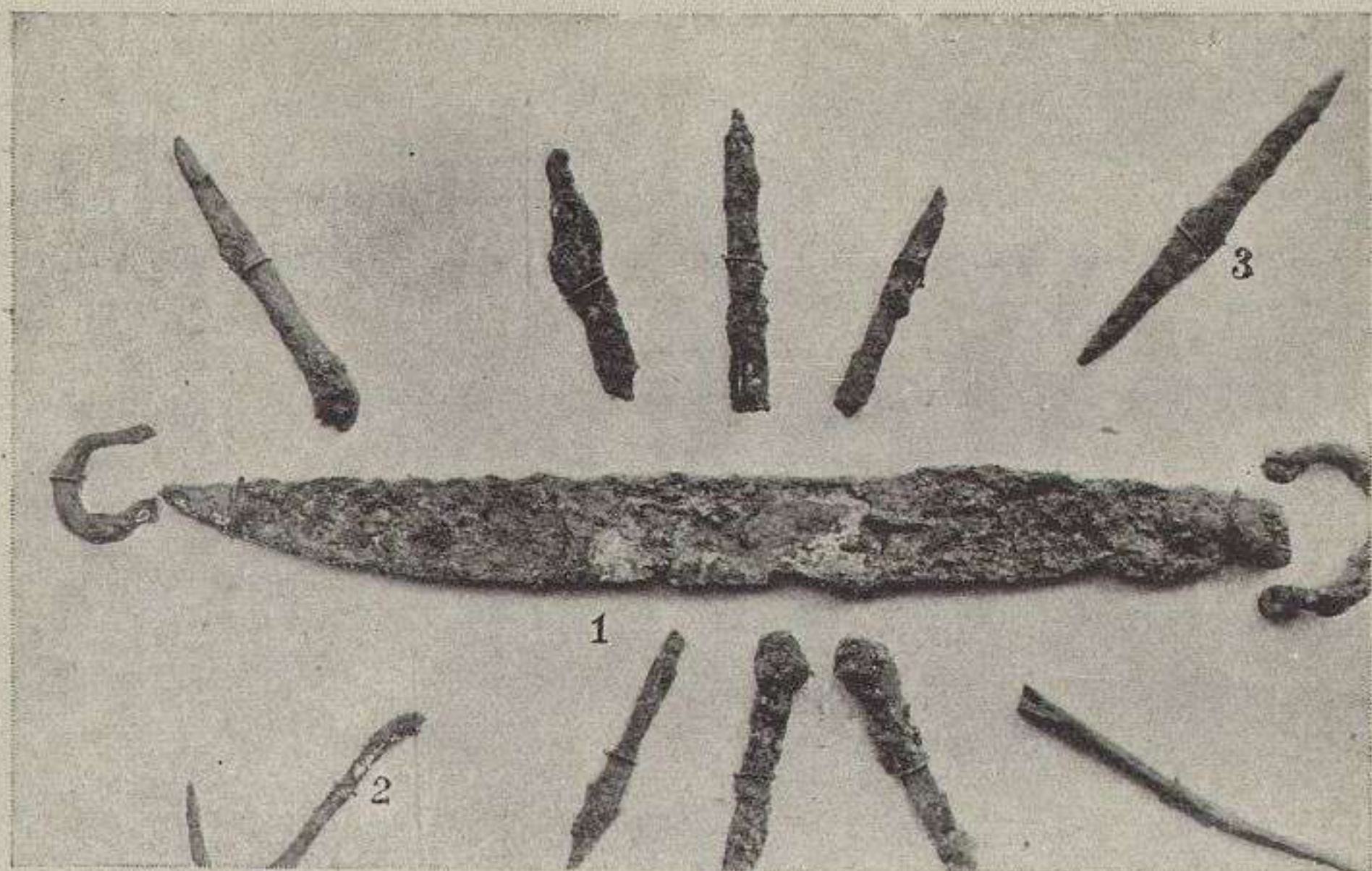


Fig. 6.

La punta tiene la forma de una pirámide cuadrangular y su largura es de 0,03 por 0,01 de lado en su base.

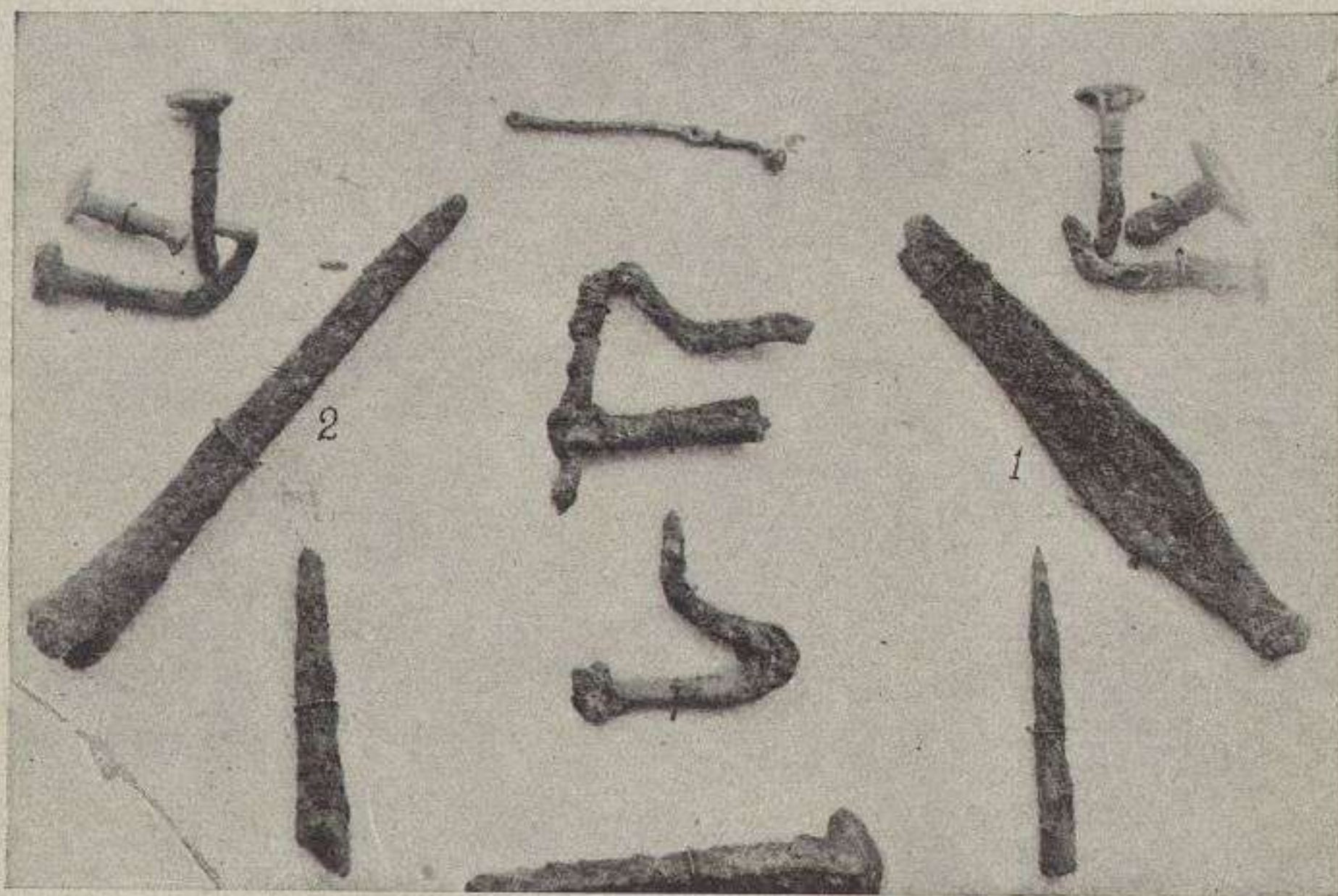


Fig. 7.

Figura 6, número 1.—Una gran hoja de cuchillo de 0,28 de largo por 0,026 de anchura. No se nota en ella cómo pudo estar adherida al mango y tiene todos los caracteres de las hojas anteriores.

Números 2 y 3 (número 5, cuadro XI).—Como instrumentos punzantes se pueden clasificar también en el grupo de las armas dos trozos de hierro de doble punta. El uno mide 0,11 de largura por 0,01 de anchura en su parte media y el otro se halla doblado, formando un án-



Fig. 8.

gulo agudo a manera de garfio y sus lados tienen 0,07 y 0,03, respectivamente.

En este cuadro hemos colocado también algunas flechas más de idéntica construcción que las anteriores.

Figura 7, número 1.—Una hoja, al parecer de puñal, con un solo filo y una ranura a lo largo del lado opuesto a éste. De forma triangular, tiene 0,17 de largo (fáltale la punta) por 0,025 de ancho y termina en una espiga, en cuyo nacimiento se nota uno de los agujeros de sujeción de la hoja al mango.

Número 2.—Una especie de chuzo de forma cuadrangular y bastante puntiagudo que mide 0,15 de largo, y cuyo emboque para el asta tiene 0,02 de diámetro.

Figura 8, número 6.—Una hojita de cuchillo muy parecida a las de los actuales cortaplumas, de un solo filo y de punta redondeada por el lado opuesto a éste. Da al verlo la impresión de un bisturí. La hojita, que mide 0,028 metros de largo por 0,010 de ancho, tiene como prolongación una espiguilla delgada de 0,030 metros de largo. ¿Será tal vez una de las hojas de tijeras ibéricas o romanas?

Adornos.

Figura 9, números 3 y 4.—Al pie de uno de los trozos de pared pareció reconocerse como un montón de tierra negruzca detenida en un gran saliente de la roca, y apenas se la removi6 ligera y superficialmente se di6 con una aguja perfectamente conservada de 0,040 de largura, al parecer de bronce. M6s tarde se encontr6 otra de igual forma y tama6o aproximadamente, pero m6s deteriorada.

En el mismo punto, y mezclados con una prodigiosa cantidad de huesos de animales, entre los cuales era f6cil distinguir algunos colmillos de jabalí y mandíbulas, que seg6n opini6n del ilustrado catedr6tico y correspondiente de la Real Academia de la Historia, D. Eulogio Serd6n, deben pertenecer al corzo, que tanto abundaba antes en estas monta6as, y mezclados tambi6n con un sin fin de trozos de vasijas, se fueron encontrando otros varios objetos, entre los cuales merecen especial menci6n:

N6mero 2.—Una especie de brazalete de igual materia que la aguja antes descrita; est6 abierto, y en sus dos extremos tiene unos a modo de rebordes destinados a recibir, sin duda alguna, cadenilla que los sujetara. Otros dos objetos, al parecer pertenecientes a arreos militares, trabajados con mayor esmero y arte.

N6mero 4.—El uno es, a modo de un clavo, de 0,025 metros de largo, remachado toscamente por una de sus extremidades, pero que remata por la otra en un c6rculo recubierto de una capa de oro en que est6n grabados algunos dibujos. Otros circulillos peque6os, que de trecho en trecho se unen al central, sirven como adorno intermedio entre 6ste y un cord6n exterior con rebordes ornamentales que completa el dicho clavo, d6ndole todo un aspecto verdaderamente art6stico. Toda esta parte superior va, como queda ya dicho, recubierta de oro.

N6mero 5.—El otro objeto est6 formado por una tira de cobre doblada en dos y con cinco clavos de cabeza redondeada por un lado y remachados, mejor dir6amos doblados, toscamente por el otro, clavos que co-

gen los dos trozos de la tira doblada como para aprisionar entre ellos el correaje, a cuya extremidad se hallaba este adorno.

Pero lo que caracteriza a esta pieza es el colgante con que remata. El doblez de la pieza anterior, recortado en dos salientes simétricos, sirve de eje a un anillo que sostiene un cilindro de cobre de 0,025 metros de largo por 0,012 de base, con dibujos en ambas bases.

Número 1.—Cerca del lugar en que se halló una de las monedas de plata de que luego hablaremos, al pie de la peña se encontró una especie

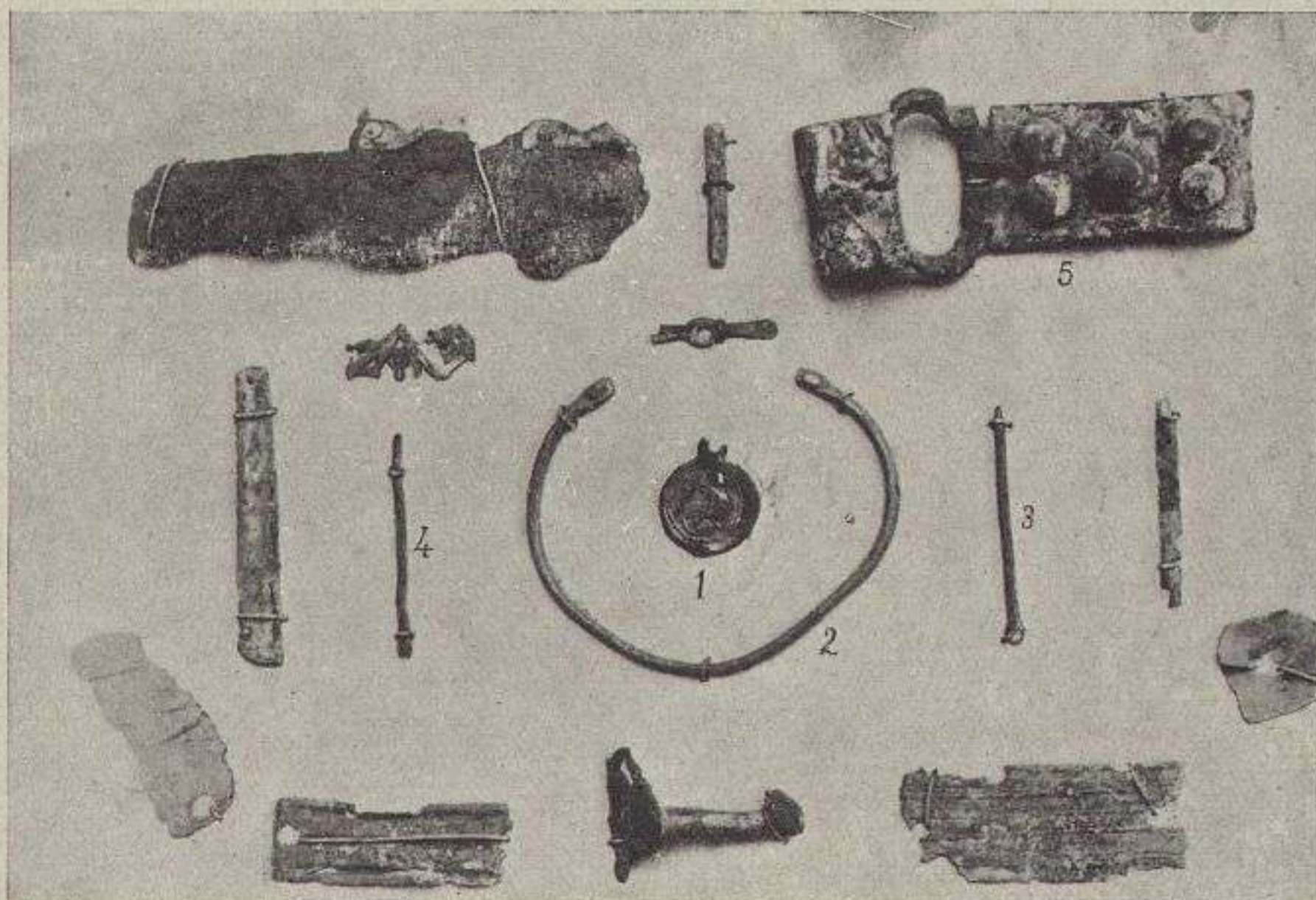


Fig. 9.

de dije con dos rebordes agujereados en los extremos de su diámetro, que es de 0,017 metros.

Habiendo consultado al Sr. Serdán acerca de tal dije, nos escribió lo siguiente:

«Precisamente el año que se fundó a Vitoria, 1181, casó Fernando II de León en terceras nupcias con Doña Urraca López, hija del Conde Don Lope Díaz, Señor de Vizcaya. Fué esta mujer altiva y ambiciosa, y dicen que amargó los últimos días del Monarca leonés.

»Uno de los sellos usado por Fernando II ostenta la inscripción circular siguiente: «Regis signum Ferdinandi legionensis», y ostenta en el centro una especie de dragón. De tal cuño, sin inscripción, que se sustituye por una línea de puntos, es ese disco precioso de cobre con su asa, que en el

anverso muestra el dragón bañado por una capa de oro perfectamente conservado. Creemos que este disco es un adorno de mujer de los que (adheridos a una cadenita) se colgaban del cuello de las mujeres.»

En esta misma categoría entrarían otros de los objetos hallados, algunos de ellos recubiertos también por una capa de oro, pero no están bastante caracterizados para que de ellos se pueda hacer una descripción bastante acertada.

Por la importancia que nos parece tener, volvemos sobre la indicación de que muchos de estos objetos se hallaron en un montón de tierra apilado al pie de la muralla y mezclados con toda clase de objetos, como si aquel punto hubiera servido de vertedero para toda clase de residuos que estorbaran en el recinto del castillo. Cuando estos objetos han aparecido en el mismo recinto los hemos hallado de ordinario a bastante profundidad, algo más bajo que la capa de huesos que forma, por decirlo así, el segundo nivel.

Cerámica.

Figura 10.—Tan sólo unas palabras acerca de los restos de cerámica encontrados.

En cuanto a la materia, varían mucho los trozos. Algunos de ellos, de



Fig. 10.

cocción muy imperfecta y de grano muy suelto, aparecen negros como trozos similares hallados en yacimientos romanos. Otros semejan mucho a

las vasijas actuales, con dibujos rudimentarios o series de cordones ornamentales. Los hay también de una materia tan compacta, que le da todo el aspecto de la pizarra (gris bastante oscuro), con entabladuras hechas a uña en el asa de la vasija.

En cuanto a su forma, y a juzgar por los trozos correspondientes a la boca de las vasijas, los hay también de muy variada configuración, no pudiendo precisar ninguna por no haberse hallado trozos, ni bastante grandes ni bastante numerosos, para reconstituir totalmente ninguna de ellas.

Monedas.

En la «Geografía del País Vasconavarro» antes citada y en Gorosábel, se menciona el hallazgo de «media docena de monedas romanas, de plata, de tamaño pequeño». Nueve monedas, también de plata y también de tamaño pequeño (0,019 metros de diámetro), hemos hallado, ya en el recinto del castillo (todas menos una), ya al pie de la peña en que se asienta, entre los trozos de roca y piedras que cubren el suelo. Pero estas monedas llevan en su anverso el castillo y en su reverso el león. Bien se puede leer en algunas de ellas la inscripción circular «Moneta Castellæ» por un lado, «et Legionis» por el otro; y después de una detenida comparación de sus dibujos con los facsímiles de monedas de los Diccionarios enciclopédicos «Montaner» y «Espasa», parece deducirse que pertenecen a los reinados de Fernando III, Alfonso X, Fernando IV. Una de dichas monedas se distingue de las demás por caracteres bastante dignos de mención. En lugar del castillo con tres torres que se dibuja en los demás, lleva ésta figurado un castillo con dos torres entre las cuales se alza una como columna coronada con una cruz, a cuyos lados hay dos estrellitas. Parece algo por este lado a las monedas de Alfonso VIII. Por el otro lado lleva la efigie del rey perfectamente conservada, pero en su inscripción circular por este lado sólo se acierta a leer la palabra «Rex».

Son todas estas monedas de plata de una delgadez extremada, muy en contraste con el espesor de otras dos monedas de cobre halladas también en el mismo sitio.

La una, de 0,019 de diámetro, está muy gastada por una de sus mitades, y sólo pueden distinguirse en la orla del contorno los caracteres II P. V. D.

La otra tiene 0,020 de diámetro y su forma es más bien pentagonal que redonda. Está recubierta por una especie de esmalte verde y lleva en su anverso un castillo y en la orla se puede leer «CAROLUS I», quedando luego incompleta la inscripción. En el reverso lleva el león y la cifra

1558. ¿Es un 5 o un 3 la tercera cifra? Ni en «Espasa» ni en «Montaner» hemos hallado moneda alguna que se le parezca.

Otros dos discos de cobre, también con toda la apariencia de monedas, de 0,017 de diámetro el uno y el otro de 0,020, se han hallado también, pero en ambos es de todo punto imposible distinguir inscripción alguna, y hasta es muy probable que el menor de los dos no la haya tenido jamás.

Como ya lo hemos hecho notar, todas estas monedas halladas hasta el presente, lo han sido en la primera capa de terreno, casi entre la misma raigambre de la grama, lo cual nos autorizaría a otorgar a todos los demás objetos encontrados, cuando menos, una antigüedad de unos seis o siete siglos.

Otros objetos de hierro.

Figuras 11 y 12.—En otros varios cuadros, y a medida que iban apareciendo, hemos colocado variedad de objetos de hierro, como agarrade-



Fig. 11.

ras, punzones, clavos de distintas formas y tamaños, una pieza de hierro, al parecer cuerpo interior de la empuñadura de una espada, remaches de armaduras; una llavecita incompleta, broches, más flechas y regatones de

lanza, hojas de cuchillo, etc., mezclados con ciertos huesos labrados de que en seguida hablaremos. Como más característicos, merecen especial mención:

Figura 13, número 1.—1.º Un cencerro de forma casi cuadrada ($0,12 \times 0,13$ de alto). El asa está formada por una chapa de $0,015$ de anchura que corre de un borde al otro, y en su interior, que mide $0,07$ de

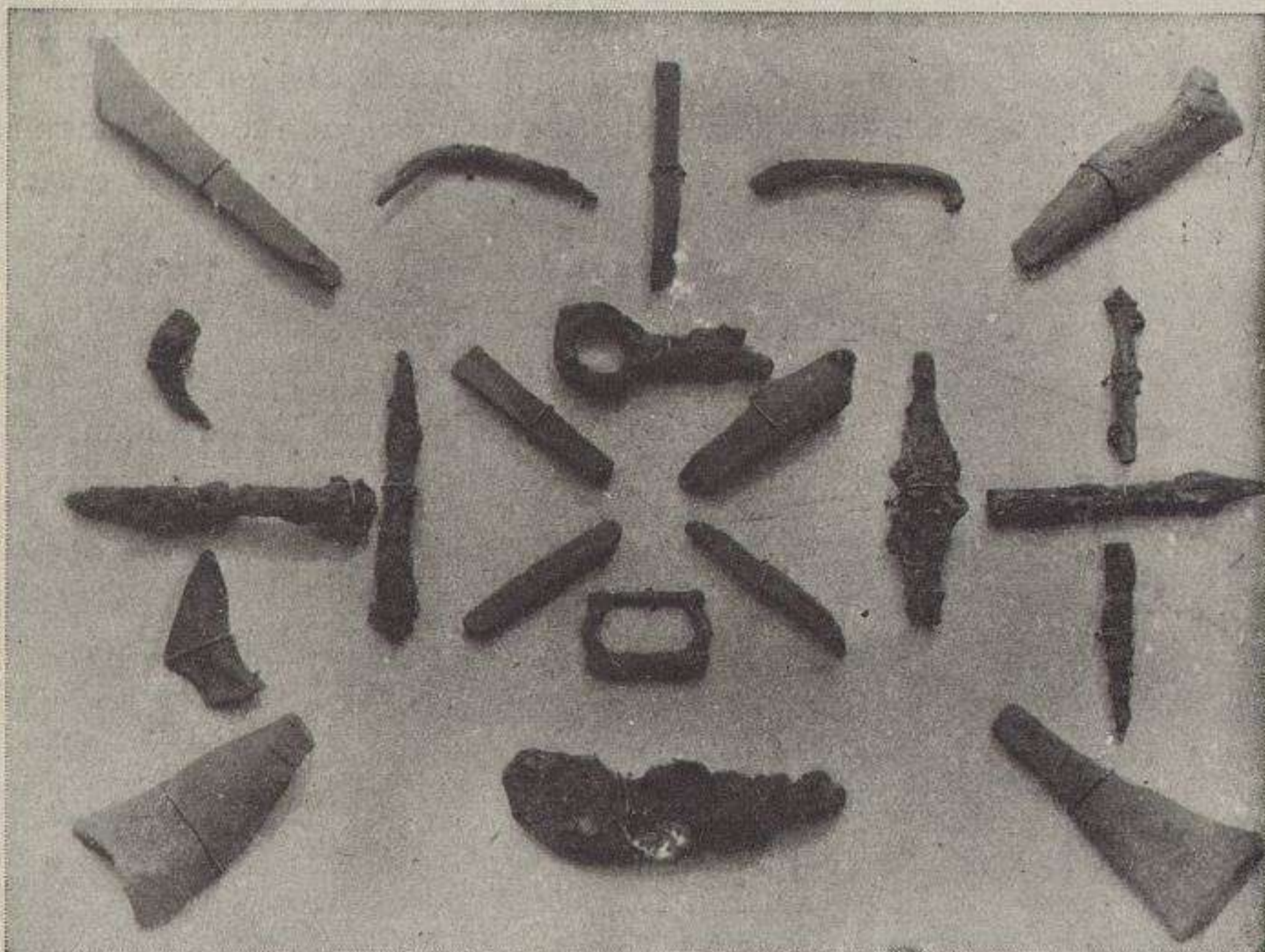


Fig. 12.

separación entre paredes, se mueve un badajo de hierro también. La punta de éste, que sobresale algo del cencerro, es una simple prolongación de todo él que no parece ser sino un clavo largo cuya cabeza parece estar hueca por la forma que reviste en la parte en que se halla roto.

El sistema de suspensión del badajo es sencillísimo. Retorcido primero el clavo de manera que formara un anillo rudimentario, atravesaron luego de pared a pared en el fondo de la campana una barrita de hierro algo encorvada del que colgara el anillo, remachando luego por fuera los dos extremos de la barrita.

(Véase figura 5, número 4).—2.º Cerca del puñal que se halla en el cuadro XVI, aparecieron unas tijeras de factura algo original.

Sus ojos están formados por un hierro encorvado en forma de circunferencia de un diámetro de 0,020 tan sólo en su interior y en la parte más alargada; de tal suerte, que apenas puede introducirse en ellos la punta del dedo de una persona adulta. Los brazos de las tijeras están constituidos por un trocito de hierro redondeado de 0,04 metros de largo, con un ensanchamiento ornamental en su parte media. Y la hoja, de punta roma,

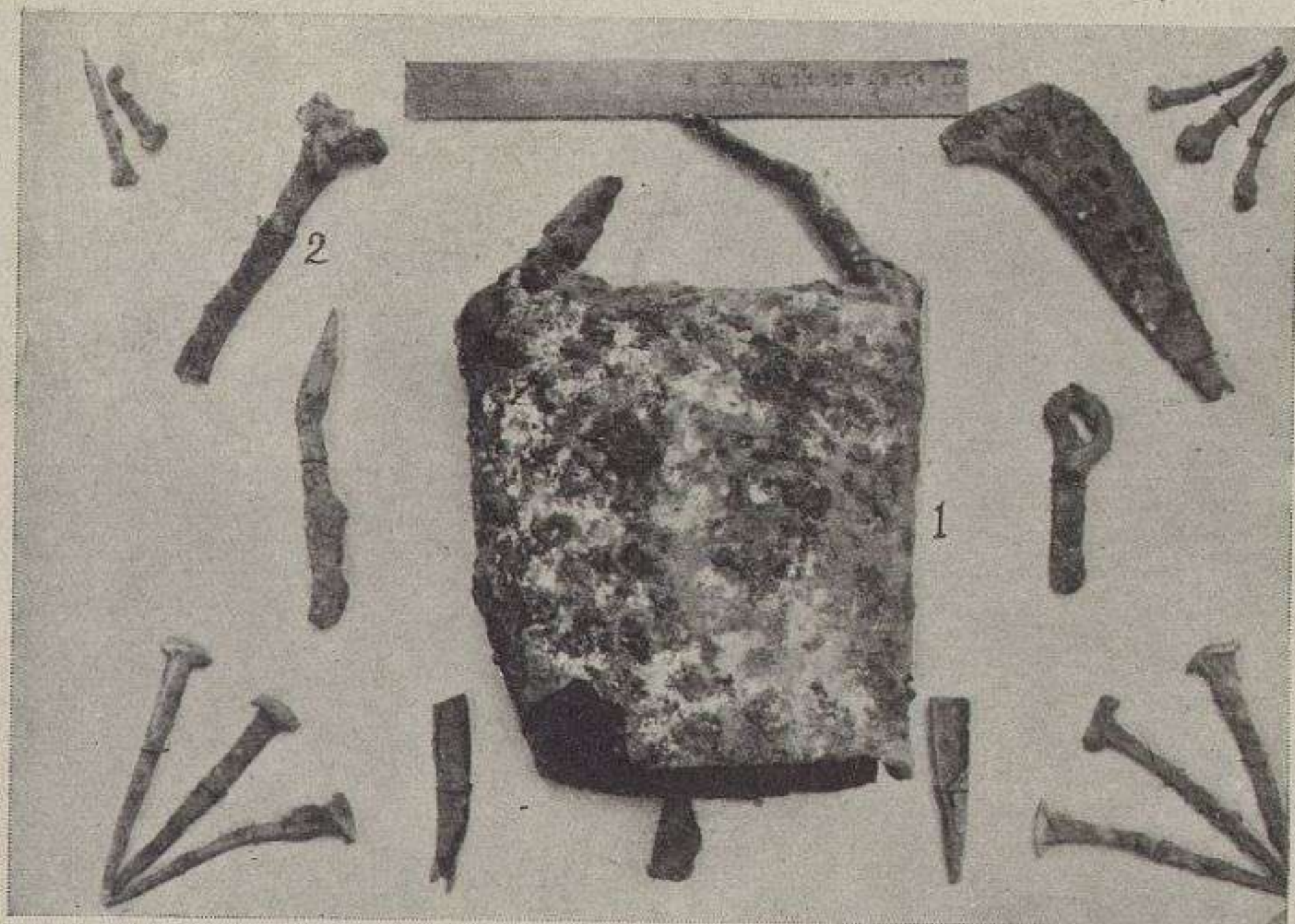


Fig. 13.

tiene 0,07 de largura por 0,013 de anchura en el punto en que las atraviesa el clavillo eje. Haremos notar que no coincide por completo la línea formada por el brazo con la del filo de la hoja, sino que ésta forma un ligero entrante.

Huesos trabajados.

Al remover la tierra de esa especie de vertedero que hemos señalado al pie del muro, llamaron la atención algunos trozos de hueso trabajado como a cuchillo.

Algunos de ellos labrados con cierta irregularidad, con la sola mira, al parecer, de obtener puntas más o menos agudas, llevaban ciertas manchas

de una pintura verde muy parecida a esa especie de barniz que ya hemos visto recubrir a algunos de los objetos hallados.

Figura 14, número 1.—Otro, más característico y completamente blanco, hallado también en este mismo sitio, mide 0,11 metros de largo. Está labrado en su extremidad con gran esmero en forma cuadrangular. Lleva en la convexidad de su parte más ancha tres circulillos de 0,002 metros de

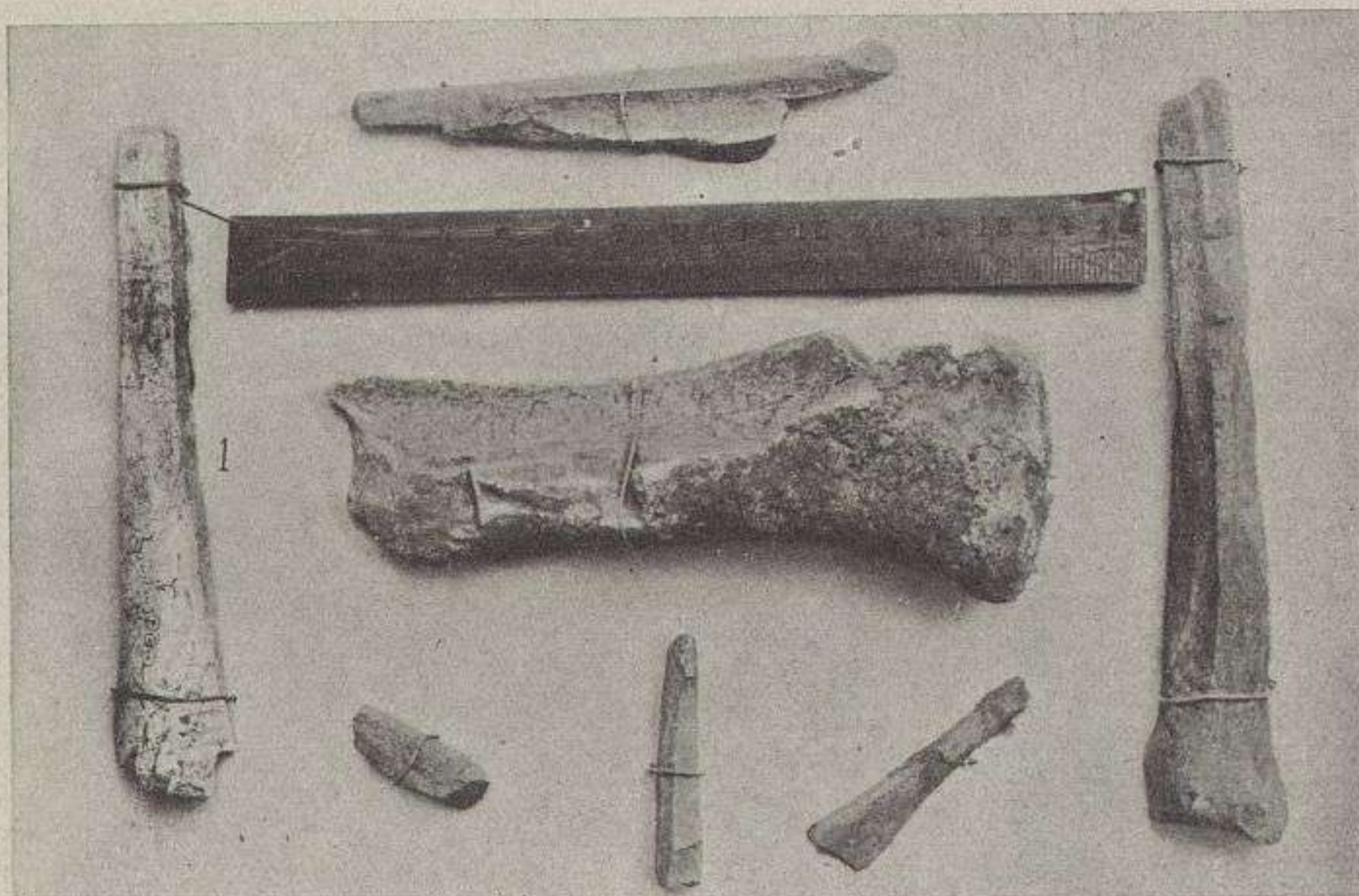


Fig. 14.

diámetro, muy bien trazados y con un punto en el centro de la circunferencia.

Está este trozo de hueso tan regularmente labrado, revela tal esmero en la ejecución, y es tan prolongada su parte trabajada, que no nos atrevemos a colocarlo en la misma categoría que otra porción de huesos labrados también en forma cuadrangular hallados ya en el recinto mismo del castillo.

Creímos al principio que aquello podía ser un capricho, un puro pasatiempo de gente aburrída con los ocios de la vida de campamento, mas la repetición de semejantes hallazgos (hasta más de una veintena en el momento de escribir estas líneas), y siempre con la misma forma y casi con el mismo tamaño en los lados del cuadrado, nos hizo desechar tal hipótesis. Tanto más, cuanto que algunos de dichos huesos llevan bien patente el sello de su utilidad, al verlos sólo labrados en una porción de un cen-

tímetro escaso de su largura, mientras lo restante del hueso ha permanecido tosco y rudo cual lo dejara la ruptura para su aprovechamiento.

¿Cuál fuera su finalidad? Nada en los hallazgos hechos hasta el presente autoriza a suponerlos parte integrante de otro objeto en el cual se hallara la matriz, por decirlo así, en que se introdujeran esta especie de clavijas o llaves.

Figura 15, número 1.—En el centro del cuadro hemos colocado también otro hueso interesante por la forma en que está trabajado. Pare-

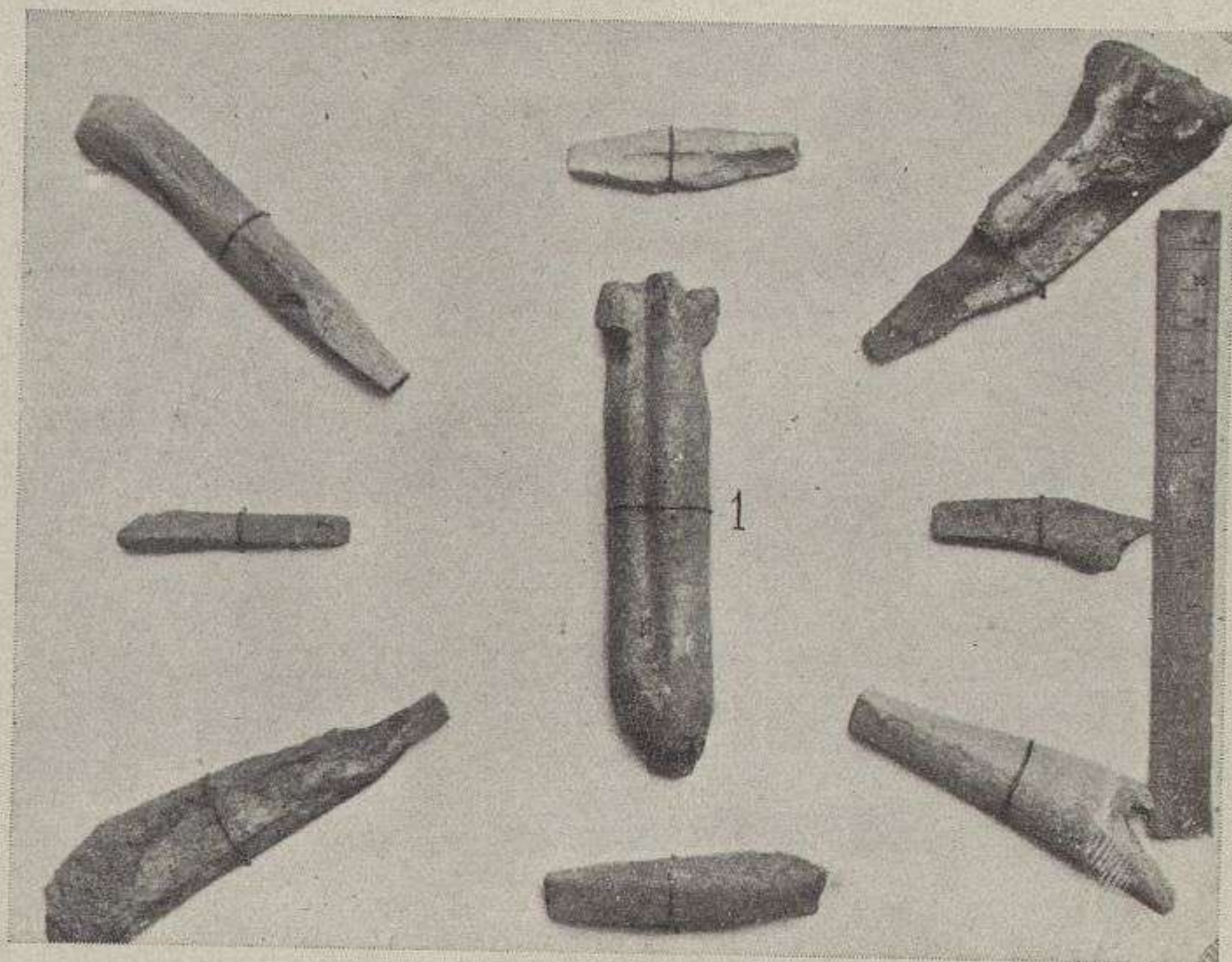


Fig. 15.

ce ser un trozo de *tibia* que muy próximas a su articulación lleva dos muescas laterales lo bastante profundas para llegar luego con poco trabajo a perforar el hueso por uno y otro lado, de suerte que a entrambos orificios corresponda por la parte superior la salida del tubo central que forma la médula del hueso. Tiene así la apariencia de un silbo doble por su parte superior, mientras que la inferior aparece pulimentada en forma cónica.

Figura 16, número 1.—Otro hueso algo más largo, pero de idéntica forma en su *embocadura*, sin la pulimentación de su extremidad opuesta, hemos colocado en el centro del cuadro XVIII. Una torpeza hizo perder

a este hueso toda la embocadura hasta el extremo mismo del corte de las muescas laterales.

En este mismo cuadro ponemos:

Número 2.—Un trozo de hueso de 0,13 de largura por 0,016 en su parte más ensanchada. Está aplanado en forma de hoja de cuchillo y aguzado por una de sus extremidades en una largura de 0,06, con un corto filo en uno de sus lados únicamente.

Número 3.—Otro trozo de hueso de 0,075 de largo, trabajado en forma lanceolada, algo más espeso que el anterior. Su base mide 0,018, se

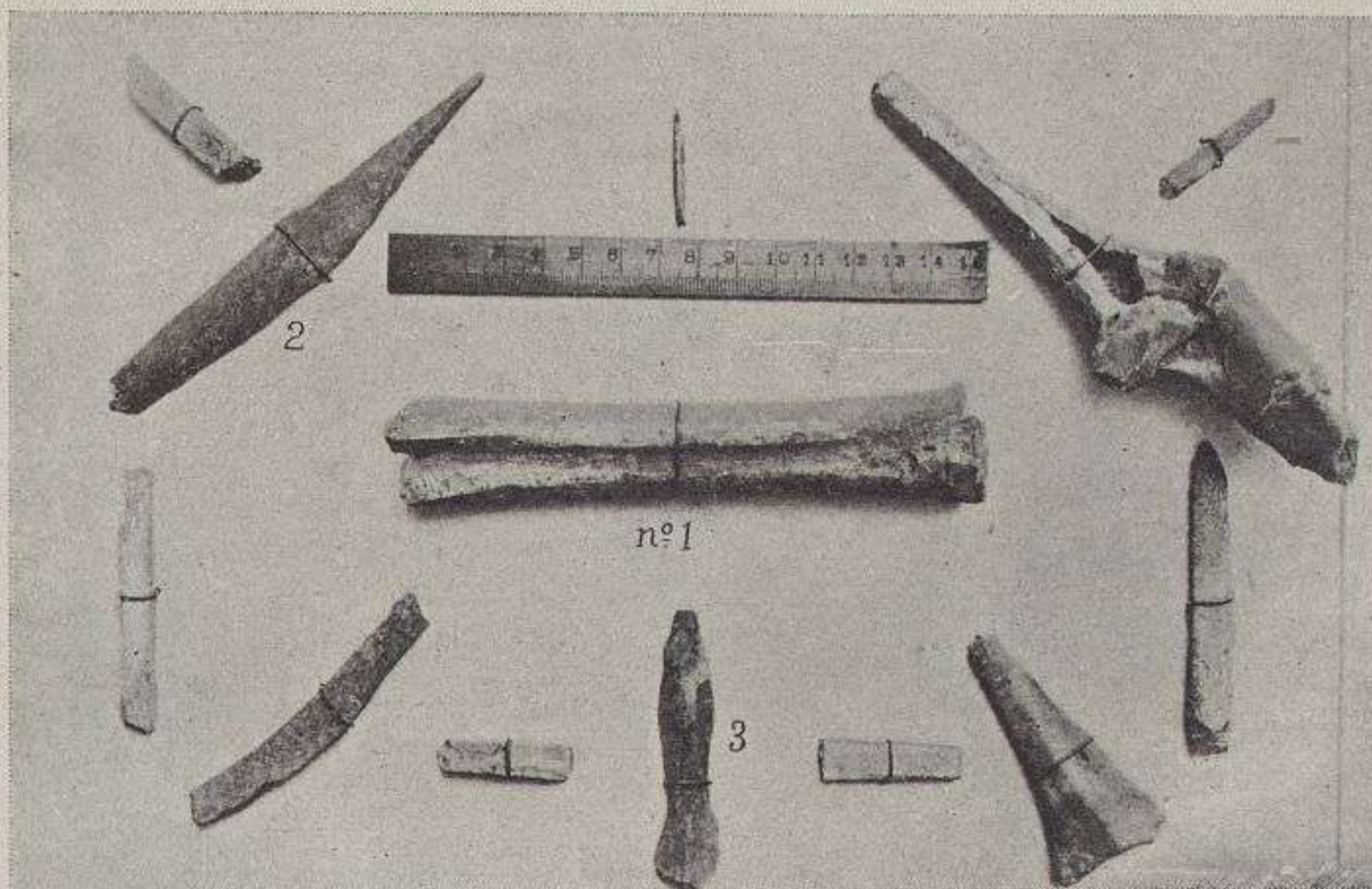


Fig. 16.

estrecha luego hasta 0,011, para volver a ensancharse, midiendo en la parte central de la lanza 0,016.

Aunque no pertenezcan a esta sección, sólo en razón de la proximidad en que se hallaban con los huesos, mencionaremos tres o cuatro piedras cortas de afilar, aplanadas y con señales bien visibles alguna de ellas del fin para que la utilizaron.

Prehistoria.

Mientras se removía la tierra echada al pie de la muralla, esa especie de vertedero donde debieron ir a parar muchos desechos del castillo,

habíanse encontrado algunos trocitos de pedernal sin forma bien caracterizada que se guardaron sin que se pudiera precisar exactamente el lugar de su hallazgo. Y no se los hubiera concedido importancia, a pesar de no darse pedernal en las cercanías, si cuando pareció ya removida la tierra del vertedero no se hubiera notado que la capa de tierra negruzca se internaba entre los resquicios de la roca por debajo de la misma muralla.

Alguien, más tenaz que los que abandonaron ya aquel yacimiento, prosiguió adelante excavando en aquella tierra negruzca, y vió premiada su tenacidad y confirmadas sus sospechas por el hallazgo, primero de un sílex más caracterizado de sección triangular en su parte media, con sus tres caras principales; están muy bien labradas, y todo el pedernal tiene cierta pátina rojiza que no tenían los anteriormente hallados. Su largura es de 0,037 metros y su anchura mayor de 0,020.

Tras éste, apareció otro y luego otros, y la colección de sílex fué aumentando, en forma que hoy constituyen cuatro cuadros en nuestro incipiente museo, además de otros muchos trozos, que por parecer simples lascas hemos relegado a segundo lugar.

La excavación, que todavía prosigue, no puede hacerse con la debida regularidad, dadas las condiciones en que se trabaja. Hállase la muralla sostenida por dos peñascos separados en forma de V, cuya anchura máxima no pasa de 0,60 metros aunque ya luego, más al interior, se va ensanchando el espacio y formando como una bolsa.

Bajo la muralla hemos excavado cosa de un metro y medio en altura, lo que nos consentían los escasos medios de trabajo y la preocupación de no llamar demasiado la atención, y hemos podido distinguir dos capas de tierra: la superior, negruzca y de unos 0,30 cm. de espesor, y la inferior, arcillosa y rojiza y muy compacta, que ocupa toda la profundidad excavada. La capa superior desaparece poco a poco, a medida que se interna bajo la muralla, de suerte que al llegar a los 0,40 metros, descansa ya la capa de mortero que forma la base de cimentación de la muralla sobre la arcilla de la segunda capa.

El cernido de la tierra que iba saliendo de la excavación era materialmente imposible, dada la naturaleza de ella, y séame lícito tributar desde aquí un elogio a la paciencia y al cuidado con que trabajan mis queridos

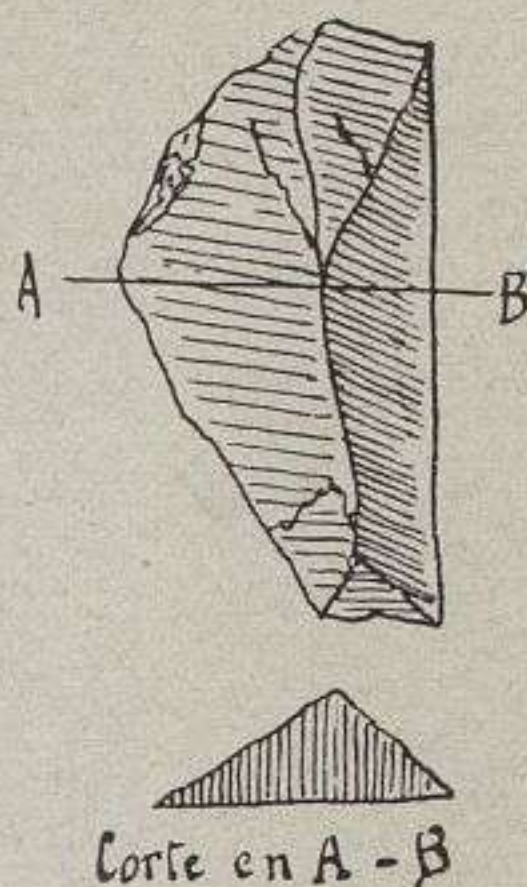


Fig. 17.

colaboradores, los estudiantes marianistas del Convento de Nuestra Señora del Pilar. Ellos, a pesar de lo penoso del trabajo por la incomodidad de las posturas, tras una hora larga de ascensión por empinados caminos, a pesar de lo ingrato de tarea tal, cual es el desmenuzar entre sus dedos todo bloque de arcilla, a pesar hasta del riesgo que corren de que pueda



Fig. 18.

desprenderse sobre ellos parte de la muralla, ellos no han cesado de buscar con entusiasmo y con tal atención, que es crecidísimo el número de sílex que no pasan de algunos milímetros de largura y de anchura que han podido recoger.

La descripción de los sílex hallados hasta el presente nos llevaría muy lejos si quisiéramos fijar las características de cada uno de ellos (pasan de 250, aproximadamente). Pero en medio de sus diferencias

individuales, se revelan claramente varios tipos de factura en diversos tamaños.

Hay algunos a manera de raspadores de punta redondeada, tallados según una línea central hacia sus bordes de derecha a izquierda, con bisel

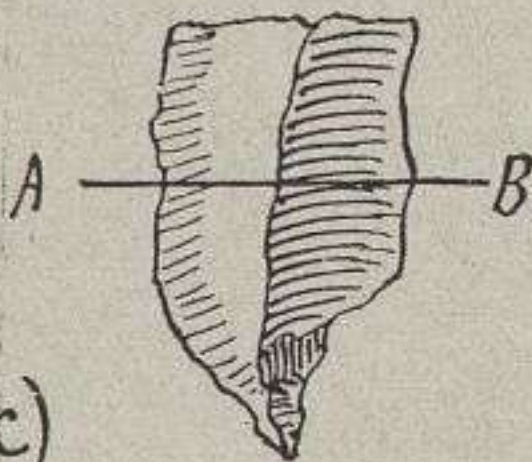


Fig. 19.

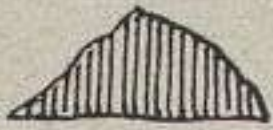


Fig. 20.

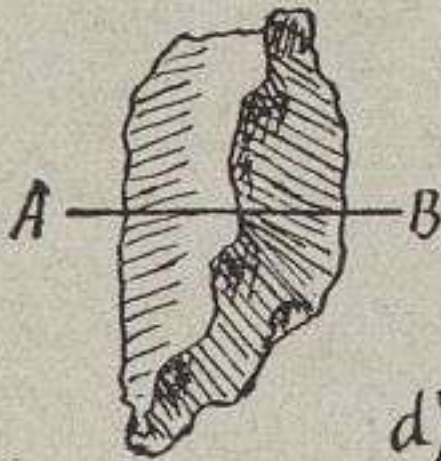
también hacia su punta redondeada. Su tamaño nunca pasa de 0,04 metros, y algunos de ellos, muy regulares también, apenas llegan a 0,01 de largura.



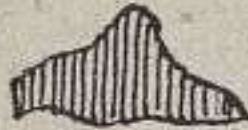
c)



Corte por A-B

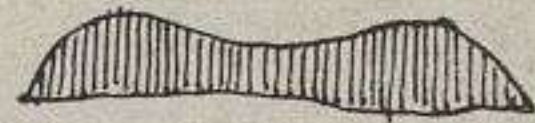
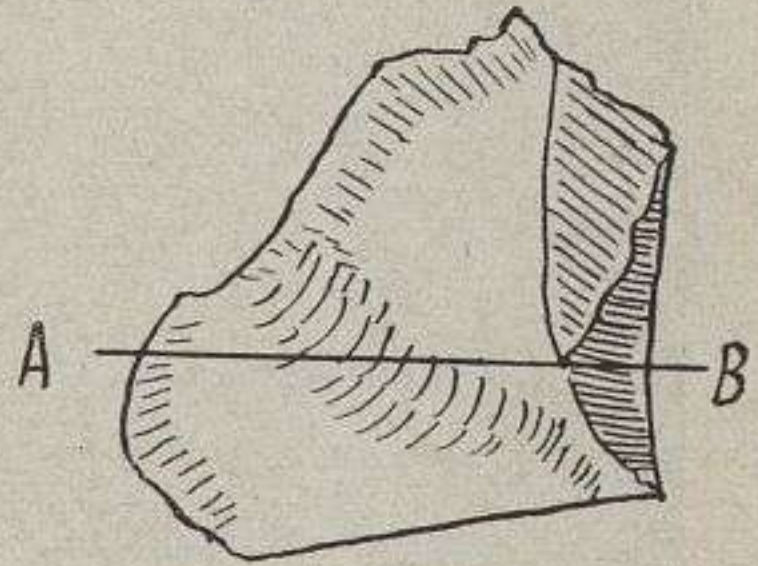


d)



Corte por A-B

Fig. 21.



Corte en A-B

Fig. 22.

Otros presentan forma más alargada y de anchura constante como hojas de cuchillo de 0,04 metros de largo por 0,015 de ancho. Uno de ellos particularmente, de pedernal negro, está preciosamente labrado.

Hay otros perforadores de aguda punta y de talla más irregular, como subordinada al intento particular de obtener un instrumento puntiagudo.

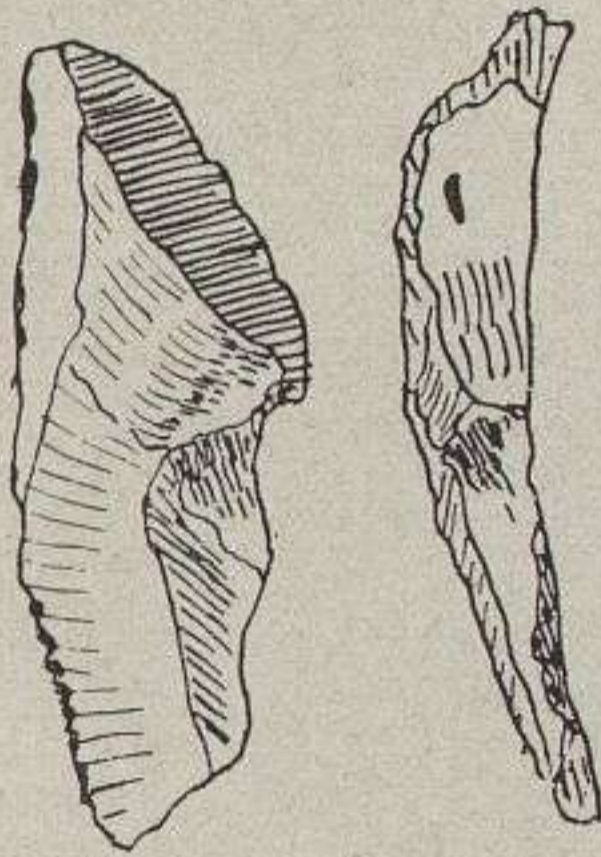


Fig. 23.

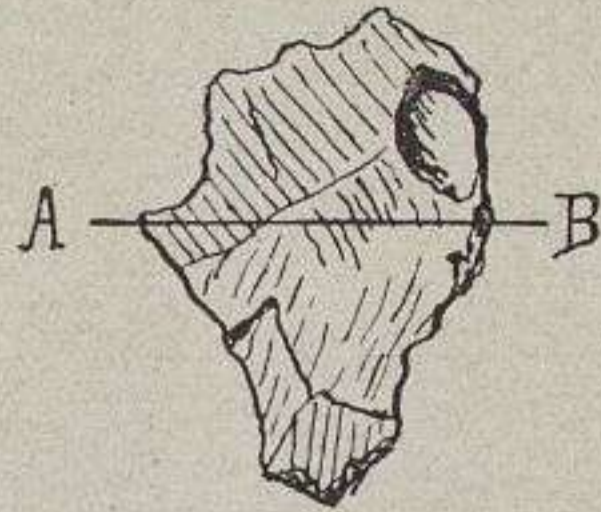


Fig. 24.

De este tipo hay algunos microlitos preciosos, y otros más alargados, también de caras curvas elegantísimas, cóncavas en general.

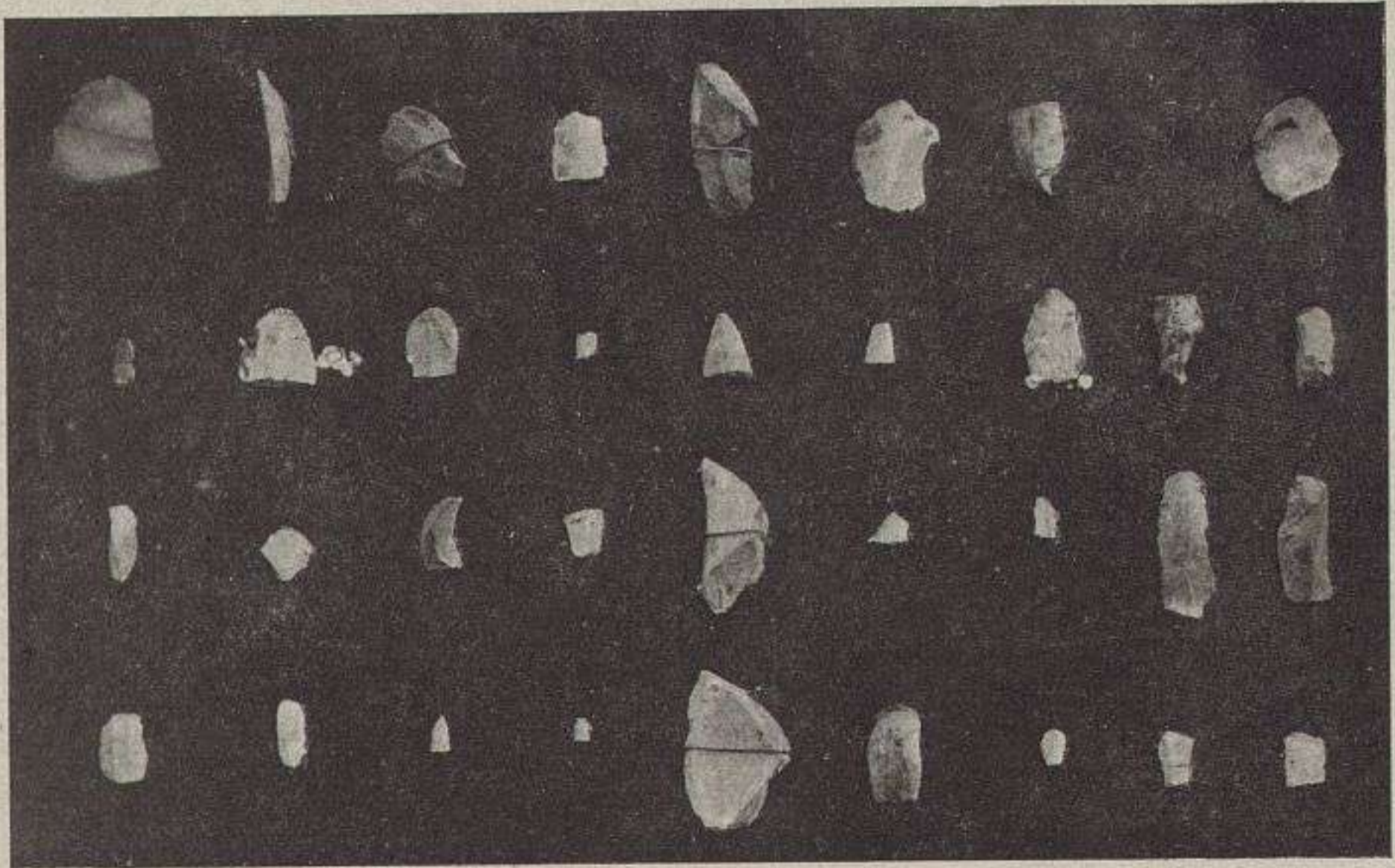


Fig. 25.

Hay otro tipo de sección triangular y talla más basta, pero cuya punta presenta una serie de muescas laterales en uno sólo de sus lados hasta su remate.

Abundan también los microlitos de forma categóricamente trapezoidal en su sección.

Hay además ciertas lascas de un tamaño algo mayor que, a pesar de los escasos retoques que parecen presentar en sus bordes, bien pudieran haber sido utilizados ya como raspadores, ya como buriles. Recuérdese que la primera materia, el sílex, se da con muy poca frecuencia entre aquellas

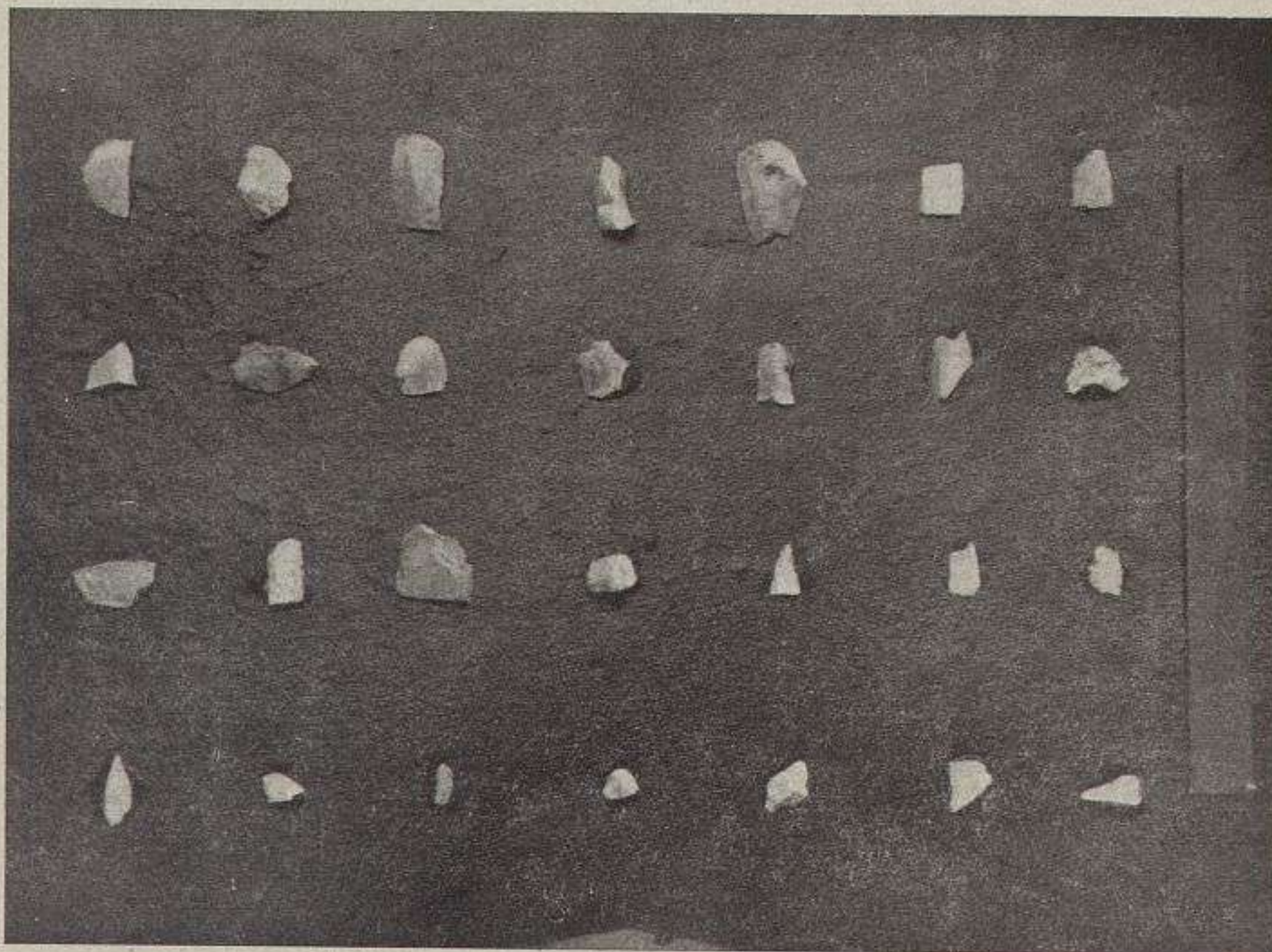


Fig. 26.

peñas calizas de los contornos y que por lo tanto los antiguos moradores de la región procurarían utilizarla sin desperdicios. Tal vez explicara esto también la abundancia de microlitos.

Por el examen de estos tipos y la comparación con otros instrumentos hallados por los Marianistas de Vitoria en el túmulo de Axpea, creo no es aventurado suponer que pertenecen al Capsiense o al Tardenosiense en esta vertiente de los Pirineos. Tal o cual ejemplar parece, sin embargo, delatar la época Magdaleniense (1).

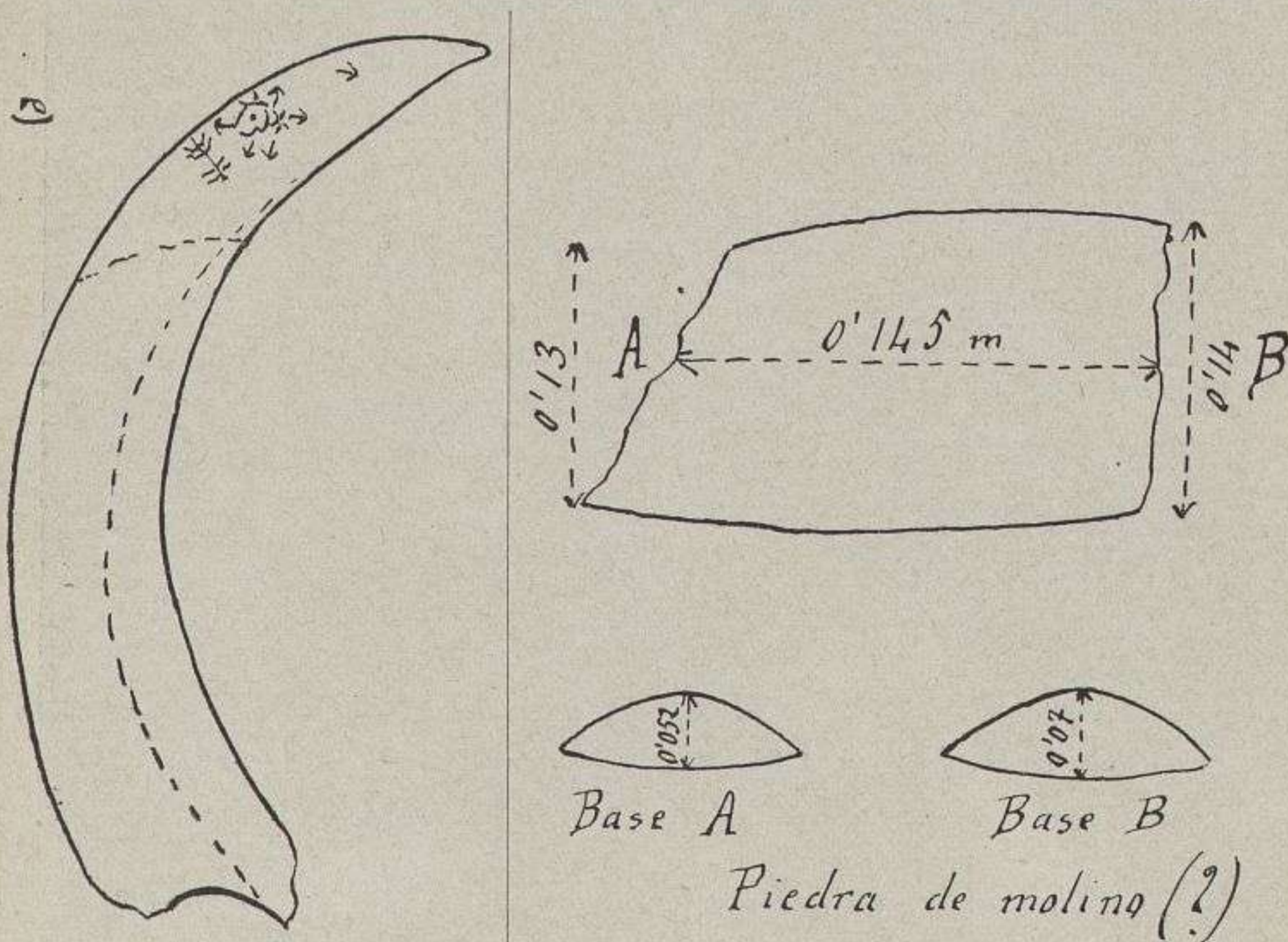
(1) A pesar de lo que en el texto se dice, conviene hacer notar que los ejemplares de sílex tallado encontrados hasta el presente son atípicos, es decir, que similares a ellos se encuentran ya desde el auriñaciense y se propagan hasta el neolítico. Por eso, y mien-

Raros, muy raros, son los trocitos de hueso y dientes o colmillos de jabalí.

En un trozo de colmillo se podía leer con bastante claridad una serie de líneas oblicuas entrecruzadas muy regularmente en la forma que indica la figura 27. ¿Será natural o intencionado?

Quédame ya por hablar de una, al parecer, piedra de molino, para terminar con otra sección de prehistoria.

Figura 28.—Se halló también mientras se excavaba el vertedero, y a



bastante profundidad. Es de sección semicónica. Una de sus caras es ligeramente convexa, en tanto que la otra se acerca a una media circunferencia, también en su convexidad. Fáltanle las dos extremidades, y en el punto de fractura, su base mayor *B* tiene 0,14 de largura por 0,07 de altura, y la base menor *A* tiene, respectivamente, 0,13 y 0,052. La largura total del trozo en su parte media es de 0,145 metros.

tras no aparezcan tipos más caracterizados u otros objetos que puedan determinar mejor la época del yacimiento, se inclina el Sr. Obermaier a considerarlo, como anteriormente dijimos, como neolítico.

Conclusión.

¿Qué nos reserva el porvenir en nuestras investigaciones? Esperemos, que con el tiempo se ha de reconstituir con alguna certeza la historia de este rincón de Guipúzcoa, tan adecuado por su proximidad a la llanada de Alava a servir de centro de comunicación a las tan diversas civilizaciones de las gentes que ocupaban estos altos montes y sus cercanas vías. Mucho queda aún por explorar. Cuevas y abrigos naturales hay en estas alturas que están pidiendo manos expertas que las excaven. Nombres extraños que están pidiendo aclaración, como el de la célebre ermita de Nuestra Señora del Castillo, situada en un hondo barranco, junto al pueblo de Salinas, nada propicio a asentar en él una fortaleza.

Esta situación de la actual ermita, las trazas todas que tiene de ser una construcción del siglo XVI, y más que todo una descripción que de cierta ermita hace Bernardo de Valbuena en su *Bernardo* (libro XVI), colocándola en las alturas, en la divisoria misma de las vertientes del Cantábrico y el Mediterráneo:

«En lo alto de su puerto, entre Salinas.
De aquella estrecha ermita y SUS RÜINAS
En humilde vertiente aumenta y ceba
A dos contrarios golfos y arenales
Aguas con las que lloran sus canales.»

Todo esto, digo, me ha llevado a conjeturar si no hubo por esas alturas algún renombrado castillo ya en ruinas en el siglo XVI, uno de tantos como se entregaron en esta provincia a Don Alfonso VIII.

Gorosábel, en el artículo «Salinas»: «En su término hay tres ermitas, tituladas San Martín de Surtiza, que es muy antigua; Nuestra Señora del Castillo, también de origen remoto y de buena arquitectura, y Santa Columba. Hubo otra, denominada Santa Cruz, que estuvo en el alto de Arlabán, junto al camino real; con la particularidad de que las aguas de una vertiente del tejado iban al mar Océano Cantábrico y las otras al Mediterráneo. Así lo testimonia Esteban de Garibay en el libro XV, cap. X de su *Compendio historial de España*, y lo confirma la tradición.»

Algunos pasos se han dado para hallar su emplazamiento, pero ni la tradición ni los documentos hasta ahora compulsados, arrojan luz alguna. Confirman tan sólo la situación de la antigua ermita de la *Virgen del Castillo* en lugar conforme a la descripción de Valbuena, y añaden este dato

de que en tiempo de Don Pedro el Cruel, y después de la batalla de Nájera, los auxiliares ingleses que pretendían robar la santa imagen se perdieron en los alrededores de la ermita y fueron derrotados por los naturales, que acudieron hasta del distrito de Aramayona.

No quiero concluir este trabajo sin una palabra de agradecimiento al ilustre catedrático del Instituto de Vitoria, D. Eulogio Serdán y Aguirregavidia. Entusiasta como el que más de las cosas de la tierra vasca, él me ha infundido alientos, me ha sostenido y me sostiene con sus palabras en estas tareas de investigación; hasta se ha dignado acompañarme viniendo exprofeso desde Vitoria y subir, a pesar de las molestias del camino, a las alturas de Aitzorrotz, para conocer de *visu* el yacimiento. A él, pues, mis más rendidas gracias.

ARTE PREHISTÓRICO DEVANENSE

POR

JOSE HERNANDEZ

Llamo así a un arte gráfico y escultórico que creo enteramente desconocido hasta ahora y que se halla en gran abundancia en Dévanos (Soria). Se halla también en Aldehuela de Moncayo, en Agreda, en Vosmediano, en La Cueva y, probablemente, en otros pueblos de las faldas del Moncayo; pero lo llamo *arte devanense* por haber sido encontrado primeramente en Dévanos y por ser aquí más completo que en las otras localidades hasta ahora exploradas.

Antecedentes del descubrimiento.

En 1922, cuando descubrí en Dévanos las industrias líticas que di a conocer en mi opúsculo «Paleolítico superior y neolítico de la cuenca del río Añamara», etc., hallé ya algunos ejemplares del arte devanense, pero éstos eran precisamente las excepciones, pues los hallé en los lugares y en las clases de piedras en que menos abundan las manifestaciones de este arte. Los lugares fueron los mismos donde se hallaban las industrias líticas, y las clases de piedra, la toba caliza y el sílex.

Como los ejemplares hallados eran pocos, no había fundamento para considerarlos como pertenecientes a un nuevo arte. Por otra parte, las esculturas de sílex, aunque eran algo original y desconocido (y por eso las di a conocer en el citado opúsculo), ofrecían un obstáculo, por su misma novedad, para que fueran reconocidas como tales esculturas por el mundo científico, pues varias veces se había hablado de esculturas de sílex que, examinadas por los sabios, habían sido declaradas obras de la casualidad.

Por eso el arte devanense propiamente no se descubrió hasta el año 1925, en que mi sobrino D. Francisco Hernández, presbítero, observó que había cierta clase de piedras en que abundaban los grabados, y reunió ya una buena colección de ellas.

Estos descubrimientos fueron la base de otros muchos hechos por mí en el verano de este año de 1926. Hoy el material de estudio es ya muy abundante.

Características del arte devanense.

Se observan en este arte tres fases: grabados simples; grabados que, unidos al corte natural o artificial de la piedra, producen la impresión de un relieve en perfil, y relieves o esculturas incoadas. Los asuntos ordinarios son las cabezas humanas o de animales. Se ven también representaciones de otros miembros y de la figura humana completa, aunque esto es raro. Hay también figuras simbólicas.

La figura humana es a veces estilizada y esquemática, pero frecuentemente es realista, y nos ofrece verdaderos retratos de personajes prehistóricos, en los que con los caracteres individuales podemos ver también los caracteres étnicos.

Además de éstas, el arte devanense tiene otras particularidades dignas de notarse. Las figuras se representan ordinariamente de perfil. Hay conatos de representaciones de frente, pero éstas son generalmente asimétricas y casi siempre hay en ellas algo expresado de perfil. El grabado se asocia también frecuentemente a la escultura. Hay muchas obras de arte devanense que tienen anverso y reverso; a veces el anverso es de relieve y el reverso ofrece una superficie plana, donde se expresa en grabado el mismo asunto o distinto que en el anverso; a veces ambos lados son grabados, y el uno ofrece alguno de los detalles que faltan en el otro. Hay también obras que no están hechas para verse de frente ni de perfil, pero que expresan perfectamente la idea vistas oblicuamente (lám. I, núm. 11).

Como se ve por estos detalles, el arte devanense tiene un carácter propio y peculiar que lo distingue de los artes prehistóricos conocidos hasta ahora y lo hace sumamente interesante, no sólo para el estudio del arte, sino también, acaso, para el conocimiento más exacto de la etnografía prehistórica de España.

Grabados y esculturas rupestres.

Como caso excepcional en el arte devanense podemos contar un grabado rupestre del género de los conocidos en otras localidades, aunque el asunto parece singular (lám. I, núm. 1).

Se halla en las peñas de la Solana, que describimos en nuestro opúsculo como estación prehistórica (pág. 14). Representa, según parece, a una mujer con los brazos extendidos y arrojando agua sobre la tierra. Es digna

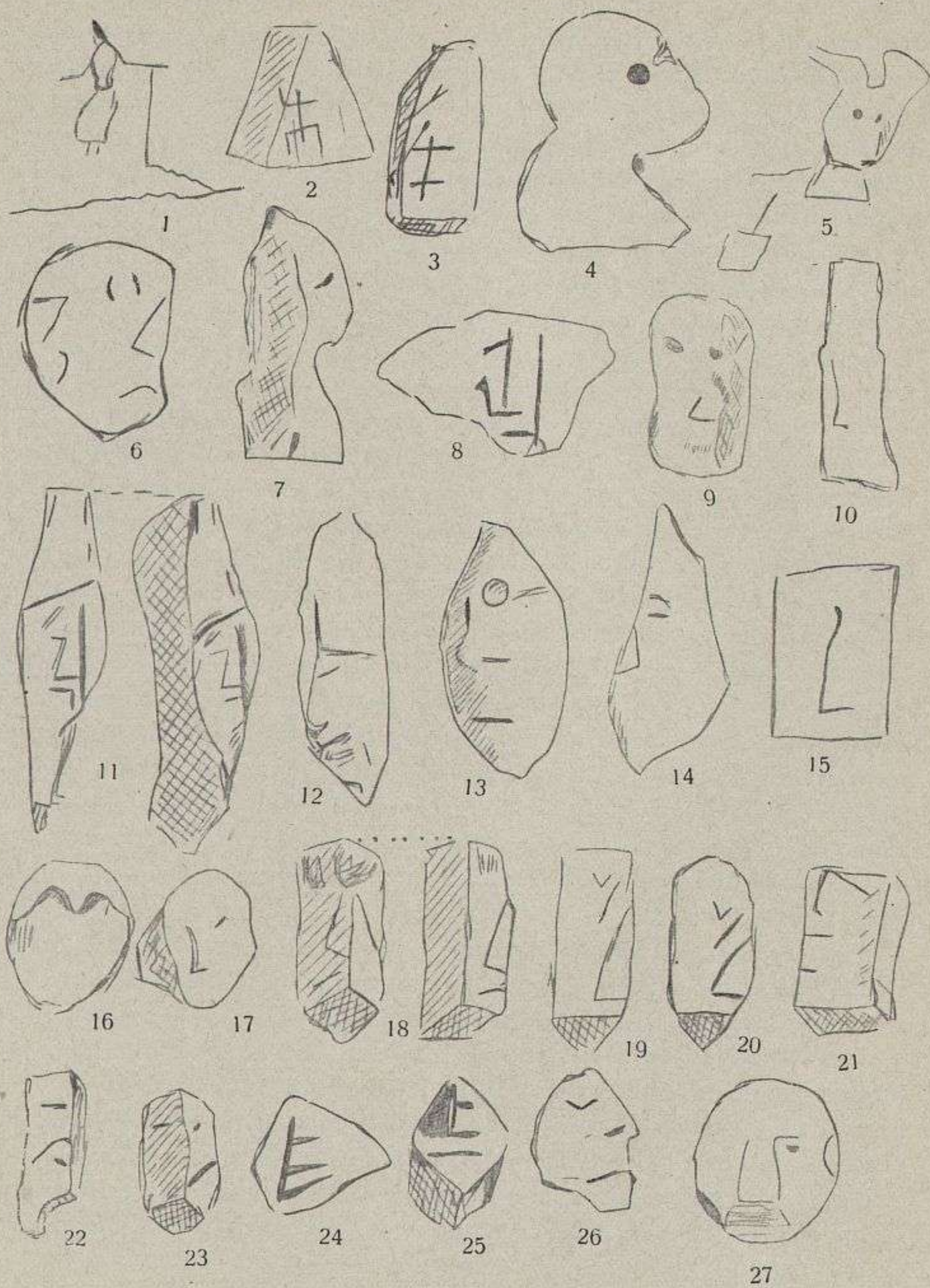


Lámina I.

de notarse la actitud que ofrece. El artista quiso hacerla con la cabeza inclinada hacia la tierra y no halló manera de expresar esta idea sino representando dicha cabeza de perfil, aunque el cuerpo lo hizo de frente. Esta inclinación de la cabeza y de todo el busto, y la elevación de la figura de la mujer sobre la línea inferior, parecen indicar que se ha querido representar una figura celeste. En este caso, el hilo de agua que sale de la mano significaría la lluvia; el unirse esta agua con la que procede de la tierra parece otra nueva manera de expresar que la que derrama la mujer cae del cielo. ¿Será esta figura una personificación simbólica de las nubes y una magia de lluvia? ¿Será una alusión a la Virgen del Zodiaco y una oración pidiendo la lluvia para el mes séptimo como necesaria para la siembra? ¿Será un recuerdo de la Virgen corredentora y un eco de los clamores de los antiguos patriarcas: *Rorate coeli desuper et nubes pluant Justum?*

Fuera de este caso, los grabados rupestres del arte devanense se reducen a rayas cortas, al parecer en desorden. Ofrecen la particularidad de hallarse en las rocas que, inclinadas casi verticalmente, aparecen sobresaliendo del terreno sobre medio metro, a manera de crestas que suben por las laderas de las colinas. Creo haber observado esto en dos hileras de piedras en diferentes cerros; pero he examinado especialmente una en el cerro del Castillo, en el lado Noroeste. Sospecho que en esas crestas de piedra quisieron representar los devanenses prehistóricos las crines del caballo solar, y fundo mis sospechas en otros grabados idénticos que aparecen en piedras sueltas, en las que he reconocido la cabeza del caballo. Según esto, todo el cerro del Castillo era una colosal cabeza de caballo, cuyo morro era la loma que va descendiendo hacia el río Añamaza por la parte de El Charcal, que en aquellos remotos tiempos es probable que fuera un lago sagrado.

Hay también en Dévanos relieves y esculturas rupestres. Existen principalmente en una alta roca conocida con el nombre de La Peña del Toscal. En mi opúsculo citado consignaba el hecho de hallarse en esta roca algunas cavidades artificiales en forma de medios hornos y a diferentes alturas, y manifestaba mis sospechas de que pudieran haber servido de hornacinas para colocar y guardar los ídolos o churingos. Hoy, después de examinar de cerca y detenidamente dichas cavidades, puedo decir que en cuatro de ellas he encontrado relieves de estilo devanense que representan ídolos o divinidades (1). En la primera se ve un busto de perfil (lám. I, nú-

(1) Lo extraño es que estos relieves no están en el fondo o frente de las hornacinas, sino en el suelo, quedando las hornacinas libres. En vista de esto, creo posible que dichas hornacinas sirvieran de sepulcros para contener cadáveres sentados o en cuclillas. Confir-

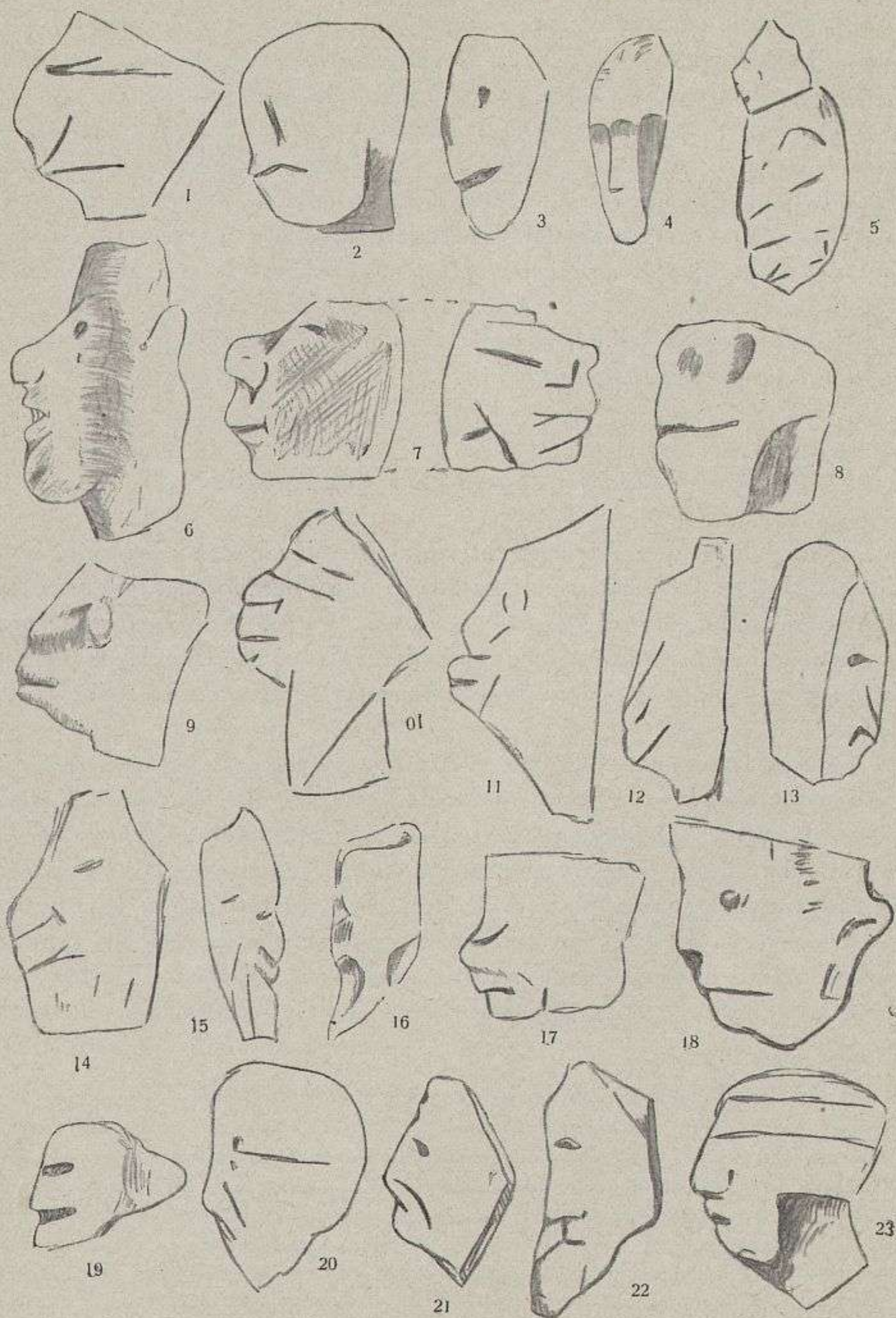


Lámina II.

mero 4); en la segunda, este mismo busto está acompañado de una figura trapecial; en la tercera hay una cabeza monstruosa con apéndices a manera de cuernos (lám. I, núm. 5); en la cuarta se ve una cara estilizada, en la que se han expresado los detalles por medio del grabado (lám. I, núm. 6). Además de los ídolos mencionados hay otro en lugar eminente. Es una escultura como de un busto que, unido por la base a un saliente de la roca, se destaca de ella todo lo demás. A primera vista parece un accidente de la roca, pero un examen detenido hace reconocer allí una obra de arte devanense. Otra escultura rupestre existe en el cerro del Castillo. Propiamente, ninguna de las dos es escultura, pues el arte sólo ha hecho, en la primera, una raya para separar la cara del tronco y del cráneo, y en la segunda, un hoyo para representar el ojo.

Cantos grabados o esculpidos.

Estos son los que más caracterizan al arte devanense y los más abundantes. No pretendo hacer un estudio de ellos, para lo cual no me considero capacitado, sino sólo darlos a conocer. Para esto nada mejor que presentar los dibujos de los mejores ejemplares de mi colección. Los ofrezco agrupados según este orden: figuras humanas, figuras de animales y símbolos.

Figuras humanas.—Ofrezco en primer lugar algunas estilizaciones, entre las que hay dos semejantes a las de los petroglifos de Sierra Morena (lám. I, núms. 2 y 3). Hay también un busto de una divinidad femenina (lám. I, núm. 7) que parece ser la misma que se ve representada en las hornacinas primera y segunda de la Peña del Toscal (lám. I, núm. 4), y la misma también que describí en mi opúsculo citado y de la que di a conocer dos esculturas en sílex (véase este opúsculo, lám. IV, núm. 17, y lám. VI, núm. 13). Es de notar que este busto se ve asociado en la segunda horna-

ma, al parecer, esta opinión la existencia de los ídolos, entre los que se ve uno que tiene el mismo corte general que algunas de las placas funerarias halladas en los dólmenes; el hecho de encontrarse junto a una de las hornacinas varias divisiones en la roca como para otras sepulturas, y también la circunstancia de haber hallado yo en el término de este pueblo un canto que parece representar una momia en cuclillas (lám. II, núm. 5). Desde luego parece indudable que la Peña del Toscal era un lugar sagrado, bien una necrópolis, bien un santuario, bien ambas cosas a la vez, pues además de las cavidades dichas hay otras que es probable tuvieran carácter funerario. En mi opúsculo citado describo una de estas cavidades. Posteriormente he hallado otra en forma de medio cañón, como la que describo allí en la Peña de la Cadena.

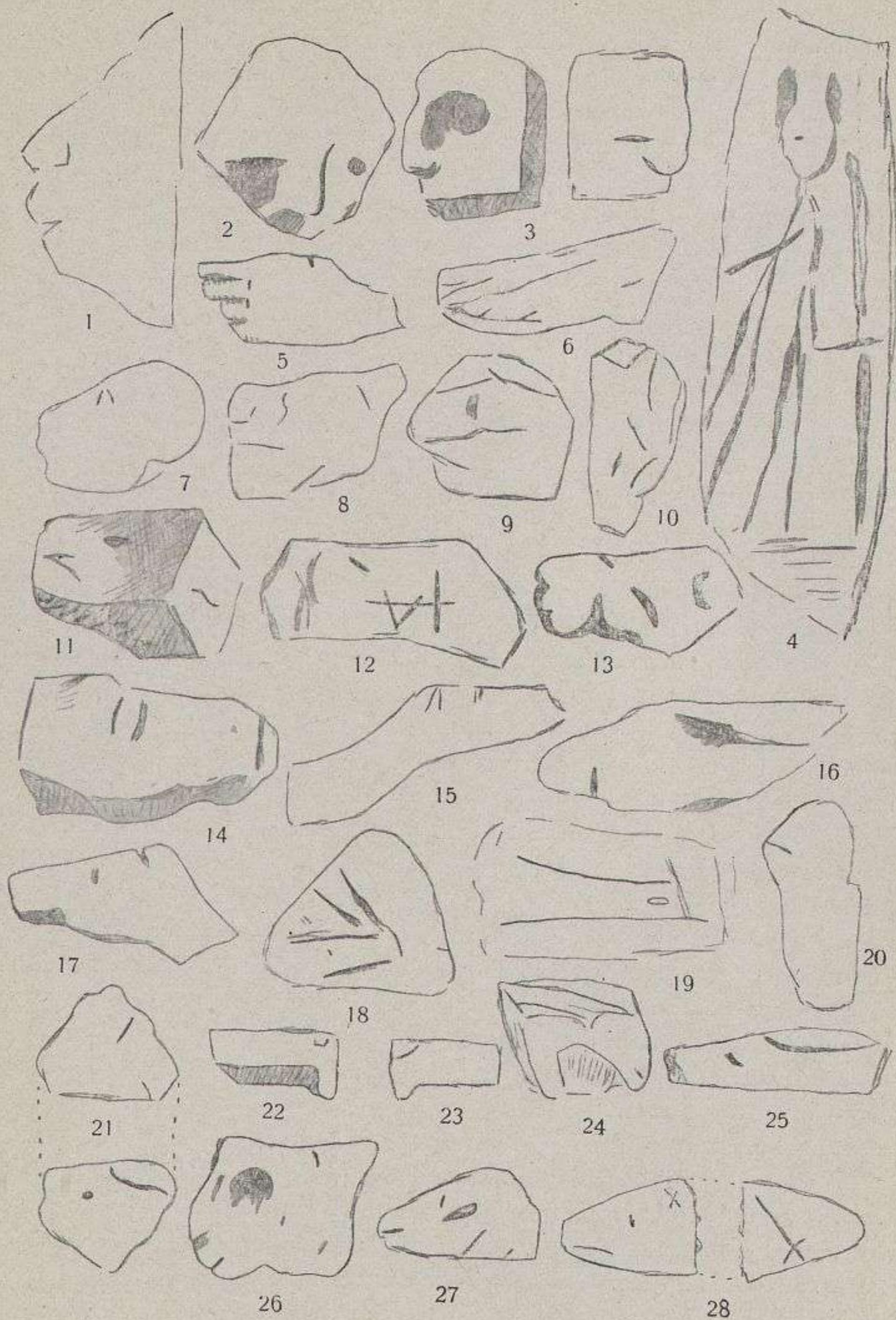


Lámina III.

cina de la Peña del Toscal a la figura trapezoidal que adoptan a veces las placas funerarias de los dólmenes. Esta asociación equivale en el arte devanense a una traducción. Es, pues, muy probable que el busto en cuestión represente a la divinidad femenina protectora de los sepulcros que adopta tanta variedad de formas, y que se ve en otro canto devanense con la forma que tiene en las grutas artificiales del Marne (lám. I, núm. 16).

Hay también, entre las estilizaciones que damos a conocer, una cabeza femenina, acaso de la misma divinidad, adornada de alto tocado o mitra (lám. I, núm. 11); una colección de ídolos hallados en Aldehuela de Agreda (lám. I, núms. 18-27); varias esquematizaciones del rostro de una divinidad, de la que sólo se representa la nariz (lám. I, núms. 10 y 15) o la nariz y el ojo (núms. 8 y 14), etc.

De los ídolos de Aldehuela hay uno muy característico por la forma de la nariz y del ojo (lám. I, núms. 18-20). Parece estrechamente emparentado con el de la hornacina cuarta de la Peña del Toscal (lám. I, núm. 6), y con el que representan algunos de los cantos de Dévanos (lám. I, núms. 9 y 14).

Ofrezco en segundo lugar los dibujos de algunos cantos que son probablemente representaciones de cabezas disecadas, y uno de una momia en cuclillas (lám. II, núms. 1-5).

Además de la forma humana estilizada, existe en el arte devanense la forma humana realista. Ofrezco los dibujos de algunos cantos que creo verdaderamente interesantes.

La figura 6 (lám. II) tiene tal expresión, que no cabe duda de que es un verdadero retrato de un hombre bravo y confiado en sus propias fuerzas.

El número 7 es también un retrato y el relieve mejor ejecutado del arte devanense. En el reverso, que es una superficie plana, se ve grabada la misma figura del anverso. Este tipo pertenece a una raza que parece arcaica y semejante a la de Neandertal, prescindiendo del *torus superorbitalis* que la caracteriza. Frente huída y aplanada, nariz ancha, labio superior muy prominente, mandíbula inferior retirada hacia atrás, aspecto general de la cara parecido a un morro, tipo encorvado y con la cabeza inclinada hacia adelante, como parece se deduce del arranque del cuello, que está indicado en el anverso.

A esta misma raza creo que pertenece el individuo esculpido en otro de los cantos de mi colección que también doy a conocer (lám. II, núm. 8). Aunque la nariz está de perfil, los labios y la boca están más vueltos hacia el frente, por lo que no es tan visible el prognatismo del labio superior. Sin embargo, comparando este tipo con el grabado del anverso de la escultura anterior, se ve la identidad de las formas. El artista devanense hizo aquí una verdadera caricatura, en que exageró la nota más salien-

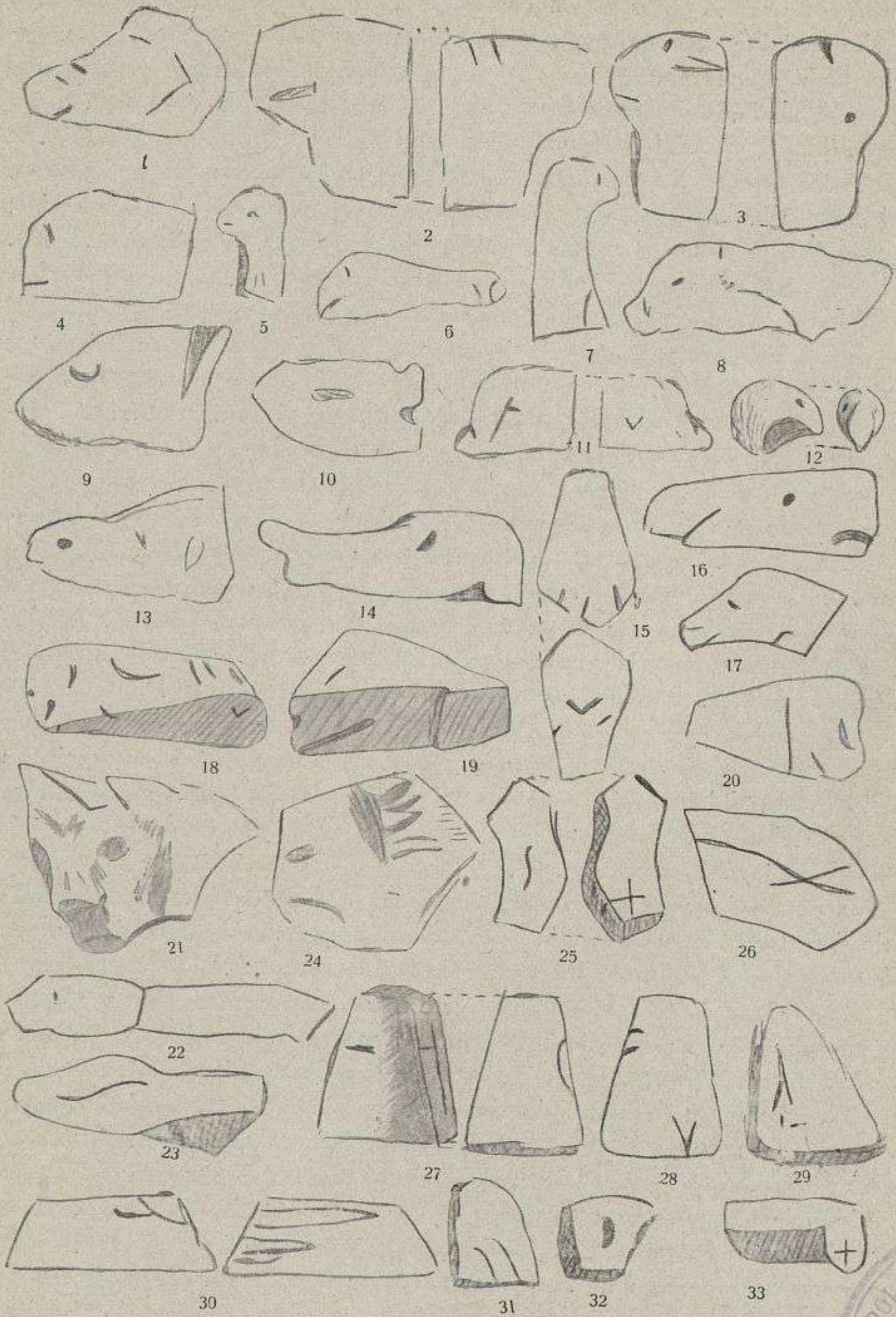


Lámina IV.



te de esta raza, que es la carencia de frente, que se confunde casi con la línea del cogote, y la posición casi horizontal de la nariz. Esta circunstancia está también expresada en uno de los ídolos encontrados en Aldehuela, en que se ve la nariz más que horizontal, inclinada hacia atrás (lám. I, núm. 21).

Además de esta raza distinguimos otra negroide, bien caracterizada, parecida a la de los hotentotes. Nariz chata, casi pegada al labio superior; labios muy salientes, barba retirada hacia adentro, etc. (lám. II, núms. 9-13). Hay otros tipos pertenecientes a otras razas, cuyos dibujos también ofrecemos por si pudieran resultar interesantes.

También ofrecemos el dibujo de un personaje vestido de hábito talar (lám. III, núm. 4), el único hasta ahora encontrado en el arte devanense. ¿Qué personaje es este? ¿Es un sacerdote que empuña el bastón mágico o el cuchillo victimario?

Además de las cabezas y rostros humanos se ven representados en los cantos devanenses otros miembros, principalmente las manos y los pies (lám. III, núms. 5 y 6). La figura 5 es una escultura de una mano derecha. No presenta trazas de ruptura, por lo que parece que representa una mano con tres dedos amputados. La costumbre de amputarse algunos dedos está en uso todavía entre los primitivos actuales, para los que tiene el carácter de luto, de sacrificio por los difuntos, de magia, etc.

Representaciones de animales.—Son varias las especies animales que se representan en los cantos devanenses. Abundan las representaciones del caballo, del toro, de la cabra, del cordero o carnero. Se encuentran también el cerdo, el gato, el perro o lobo, el león?, la serpiente, etc. (lámina III, núms. 10-28, y lám. IV, núms. 1-24.)

No cabe duda de que se trata de animales sagrados, bien por estar dedicados al sol o a otra divinidad, bien por ser signos totémicos. En muchos de ellos se ven grabados los signos de la consagración.

Simbolos.—Entre las obras de arte devanense se encuentran algunas piedras, más o menos grandes, grabadas con rayas abundantes, pero sin orden determinado. Algunas de estas piedras están hincadas en tierra y podría creerse que han servido de hitos o mojones, pero desde luego se ve que no puede darse esta significación a todas las que se encuentran de este género. En Dévanos no he encontrado piedras de éstas hincadas. En Aldehuela sé que existen varias, y de ellas he visto una que es una losa grande cuadrada, la cual, más bien que de hito, tiene aspecto de estela funeraria o de monumento. Creo probable que sean signos indicadores de lugar sagrado, bien de una sepultura, bien de un lugar dedicado al culto. Probable es que todas ellas estén relacionadas con el culto solar. El sim-

bolismo de las rayas aludiría a los pelos, y las piedras serían el símbolo del caballo solar o significarían el bellocino de oro o la piel del león nemeo de que iba vestido Hércules (1).

Se encuentran también en Dévanos piedras recortadas en forma de discos y parece indudable que son símbolos solares.

Además de estos objetos simbólicos, se hallan signos simbólicos grabados en los cantos devanenses en forma de lambda griega, de L, de S más o menos estirada, de X, de cruz, de cuernos, de creciente lunar, etc. (lám. I, núms. 10 y 15; lám. III, núms 11-13, 22 y 28, y lám. IV, núms. 11, 18 y 25-33).

Estos signos se hallan casi todos asociados a las cabezas de los animales y parecen signos de consagración. La L, según ya hemos indicado, es la esquematización del rostro de una divinidad (por la nariz), y lo mismo, probablemente, debe decirse de la lambda griega. La S se ve asociada a la cabeza del caballo y de la serpiente (lám. III, núm. 11, y lám. IV, núm. 24), y es símbolo de la salud que procede del sol. Recuérdese que la serpiente era atributo de Esculapio y que éste era hijo de Apolo. (La salud hija del sol, efecto del sol.) La V parece ser el símbolo de la divinidad representada por el ídolo de Aldehuela (lám. I, núms. 18 y 19), su esquematización por el ojo, pues esta es la forma del ojo en dicho ídolo.

La X y la cruz son símbolos solares. Esta última se ve asociada a la S en un canto de Aldehuela (lám. IV, núm. 25).

Los cuernos sagrados y la media luna se ven ambos asociados el uno al otro y a la cabeza del caballo en uno de los cantos devanenses. Los cuernos son aquí la representación de la luna, y el caballo no sólo es el animal que conduce al sol del Oriente al Occidente, sino también el que lleva a la luna por el mismo camino celeste. Esta idea está representada en algunas monedas celtíberas de Tarazona, en las que se ve al caballo galopar por los aires llevando sobre sus espaldas al sol y a la luna.

Entre los cantos simbólicos que doy a conocer aparece la figura trapezoidal (del hacha) con caracteres singulares que quieren representar, según parece, el rostro humano. El ángulo inferior de la izquierda representa la nariz, el ojo está expresado por una o dos rayas horizontales. En uno de los cantos se representa la boca por una V, y en el otro se expresa la oreja por una C en el reverso (lám. IV, núms. 27 y 28). Hay otro canto que creo representa por un lado el cuerno del ciervo y por el otro las crines del caballo (lám. IV, núm. 30). Otro tiene dos rayas curvas, semejantes a

(1) P. Valeriano: «Hercules Nemei Leonis spolio ubique insignis conspicitur.» *Hier. Aegyptia*.

las que ofrece el dolmen de la «Mesa de los comerciantes» en Lormariques (Morbihan) y que Dechelette interpreta mangos de hacha (lám. IV, núm. 31).

Finalmente existen cantos que ofrecen una figura formada por dos trazos, uno largo y otro corto, que se cruzan perpendicular u oblicuamente (lám. IV, núm. 26). Es probable que esta figura sea la representación del arado. Se ve asociada al signo en V y a las cabezas de caballo (lám. III, núm. 12) y de otro animal cuya especie no sé distinguir (lám. III, núm. 28).

Epoca a que pertenece el arte devanense.

Parece indudable que las esculturas de sílex (de las que di a conocer cinco en mi opúsculo citado) son del paleolítico superior, al que pertenecen casi todos los instrumentos líticos de Dévanos. Es también de notar que muchas de las esculturas hechas en otras clases de piedra están talladas por el mismo procedimiento que las sílex, es decir, a golpes que levantan astillas o fragmentos de la piedra, sin más pulimento.

Sin embargo, en Agreda y Aldehuela, donde, como hemos dicho, se hallan también obras de arte devanense, son muy escasos los sílex, y hasta ahora no he hallado ninguno característico de ninguna época.

Por otra parte, en el arte devanense hay formas y símbolos que pueden pertenecer a épocas posteriores al neolítico, como la figura femenina semejante a las de las grutas del Marne (lám. I, núm. 16) y la mayor parte de los ídolos de la lámina I, los cuernos sagrados, la media swástica o signo en S, etc. Además, algunos grabados, en especial los rupestres del cerro del Castillo, parecen haber sido hechos con un instrumento de metal, acaso de hierro o acero, en forma de clavo, pues se ve la señal de la punta de dicho instrumento en el punto inicial de las rayas.

Estos datos desconciertan cuando se trata de averiguar la época a que pertenece el arte devanense. Los especializados en estas materias resolverán si se ha de deducir que dicho arte abarca un período de tiempo muy prolongado o, lo que parece más probable, pertenece a alguna de las edades protohistóricas con vestigios de civilizaciones más antiguas.

ÍNDICE DE MEMORIAS

(En paginación distinta de las Actas, en la segunda parte del tomo.)

Páginas.

XLIII.—CABRÉ (D. J.).—Las estilizaciones de aves y caballos en Azaila (18 grabados).....	3
I.—Aves.....	4
II.—Caballos.....	20
XLIV.—BARRAS DE ARAGÓN (D. FRANCISCO DE LAS).—Dos notas referentes a tres cráneos de los albores de la Edad del Cobre (6 grabados)....	29
Nota primera.—Dos cráneos de los comienzos de la Edad del Cobre procedentes de la provincia de Córdoba.....	29
Nota segunda.—Un esqueleto de los comienzos de la Edad del Cobre procedente de la provincia de Guadalajara.....	36
XLV.—PAN (D. I. DEL).—Datos prehistóricos y etnológicos recogidos en algunos pueblos comarcanos de los montes de Toledo (4 grabados)....	43
Datos prehistóricos.....	43
Datos etnológicos.....	47
XLVI.—MELCÓN (RDO. P. A.).—Notas sobre los ritos fúnebres de algunas regiones del Asia Central.....	51
Funerales tibetanos.....	51
Funerales de los Shocas.....	52
Funerales en Mongolia.....	55
En Cambojia.....	55
XLVII.—SÁNCHEZ Y SÁNCHEZ (D. D.).—Estilizaciones prehistóricas conservadas en utensilios usados en los tiempos actuales (55 grabados).....	57
Preliminares.....	57
Distribución geográfica.....	63
Los «sacups» sombreros y sus adornos.....	67
Grupo primero.—«Sacups» o gorros con dibujos de tipo genuinamente prehistórico.....	70
I.—Adornos interiores.....	71
II.—Adornos exteriores.....	74
A) Dibujos ornamentales.....	78
B) Dibujos simbólicos.....	88
1. Representaciones humanas.	
a) Representaciones humanas de tipo indígena.....	91



	Páginas.
b) Formas humanas semiestilizadas o de transición.....	99
Formas femeninas.....	111
Formas masculinas.....	123
Formas que pueden considerarse como derivadas de estiliza- ciones de formas humanas.....	126
2. Representaciones de animales.....	140
3. Representaciones de vegetales.....	151
4. Representación de otros objetos.....	154
Segundo grupo.....	161
Consideraciones sobre la ausencia de ciertos elementos entre los dibujos de los «sacups», y conclusión.....	177
 XLVIII.—MARTÍN-AYUSO NAVARRO (SRTA. R.).—Noticias del Primer Congreso General del Niño celebrado en Ginebra del 25 al 30 de agosto de 1925.....	185
Exposición internacional de Puericultura y Propaganda.....	194
 XLIX.—CABEZA PEREIRO (D. A.).—Estudio cronológico y craneométrico de una serie de cráneos de la Micronesia existentes en el Museo de Histo- ria Natural de la Universidad de Santiago (2 grabados y 10 cuadros de índices).....	197
 L.—BARRAS DE ARAGÓN (D. FRANCISCO DE LAS).—Notas de una breve excur- sión a las Islas Canarias (21 grabados).....	211
Sumario.....	211
 LI.—MELCÓN (RVDO. P. A.).—La Historia de un Diluvio en China.....	241
La tradición del Diluvio.....	241
El recuerdo de la gran inundación en China.....	243
Los primeros tiempos históricos de China.....	245
Confucio.....	250
 LII.—RECA (L.).—El yacimiento de Aitzorrotz (28 grabados).....	255
El castillo de Santa Cruz de Aitzorrotz.....	256
Armas.....	260
Adornos.....	265
Cerámica.....	267
Monedas.....	268
Otros objetos de hierro.....	269
Huesos trabajados.....	271
Prehistoria.....	274
Conclusión.....	281
 LIII.—HERNÁNDEZ (D. J.).—Arte prehistórico devanense (4 láminas).....	283
Antecedentes del descubrimiento.....	283
Características del arte devanense.....	284
Grabados y esculturas rupestres.....	284
Cantos grabados esculpidos.....	288
Epoca a que pertenece el arte devanense.....	594

ILUSTRACIONES

	Páginas.
<i>XLIII. Las estilizaciones de aves y caballos en Azaila:</i>	
Fig. 1.—Según Pijoan: La cer. ibér. a l'Aragó, fig. 13.....	5
Fig. 2.—Tamaño natural.....	6
Fig. 3.—Tamaño natural.....	7
Fig. 4.—Escala: 2 : 3.....	8
Fig. 5.—Tamaño natural.....	10
Fig. 6.—Tamaño natural.....	11
Fig. 7.—Escala: 1 : 2.....	12
Fig. 8.—Según Pijoan: La cer. ibér. a l'Aragó, fig. 23.....	13
Fig. 9.—Tamaño un poco más pequeño que el natural.....	14
Fig. 10.—Tamaño natural.....	15
Fig. 11.—Escala cerca de 1 : 2.....	16
Fig. 12.—Escala: 1 : 3.....	17
Fig. 13.—Estilizaciones de aves en vuelo explayado. Escala menor: 1 : 2.....	18
Fig. 14.—Estilizaciones de aves volando explayadamente. Escala menor: 1 : 2.....	19
Fig. 15.—Estilizaciones de aves volando. Escala: 2 : 3.....	21
Fig. 16.—Escala menor: 1 : 3.....	22
Fig. 17.—Tallos serpeantes de yedra que parece evolucionan hacia las estilizaciones de caballos. Escala: 1 : 2.....	24
Fig. 18.—Estilizaciones de caballos originados tal vez de tallos serpeantes de yedra. Escala: 1 : 2.....	25
<i>XLIV. Dos notas referentes a tres cráneos de los albores de la Edad del Cobre:</i>	
Fig. 1.—Cráneo <i>b</i> . Finca «La Alcarria» (Villanueva de Córdoba).....	31
Fig. 2.—Cráneo <i>b</i> . Finca «La Alcarria» (Villanueva de Córdoba).....	32
Fig. 3.—Cráneo <i>a</i> . Finca «Navalzarza» (término de Montoro).....	33
Fig. 4.—Cráneo <i>a</i> . Finca «Navalzarza» (término de Montoro).....	34
<i>XLV. Datos prehistóricos y etnológicos recogidos en algunos pueblos comarcanos de los montes de Toledo:</i>	
Fig. 1.—La peña horadada vista desde el saliente. En la parte superior se ve el resto de una piedra que debió yacer sobre ella. Ventas con Peña Aguilera (Toledo). (<i>Del natural</i>).....	44
Fig. 2.—Dolmen perforado de Trie-Chateau (Oise) en Francia (según J. Déchelette).....	45

Fig. 3.—Restos de posibles monumentos megalíticos del Valle del Chorrillo en Ventas con Peña Aguilera (Toledo). (<i>Del natural</i>).....	46
Fig. 4.—Cruz empleada por los labriegos de Guadamur (Toledo) para preservarse del rayo.....	49

XLVII. Estilizaciones prehistóricas conservadas en utensilios usados en los tiempos actuales.

Fig. 1.— <i>Sacup</i> visto por encima.....	61
Fig. 2.— <i>Sacup</i> visto de perfil.....	62
Fig. 3.—Porción de una de las láminas formadoras de un <i>sacup</i> correspondiente a la copa y parte del adorno que pasa a la otra en las líneas de contacto.	68
Fig. 4.....	69
Fig. 5.— <i>Sacup</i> visto por debajo.....	72
Fig. 6.— <i>Sacup</i> visto por debajo.....	73
Fig. 7.....	75
Fig. 8.....	80
Fig. 9.....	81
Fig. 10.....	82
Fig. 11.....	84
Fig. 12.....	86
Fig. 13.....	87
Fig. 14.....	92
Fig. 15.....	94
Fig. 16.....	95
Fig. 17.....	97
Fig. 18.....	100
Fig. 19.....	101
Fig. 20.....	103
Fig. 21.....	104
Fig. 22.....	106
Fig. 23.....	109
Fig. 24.—Signos tomados de un <i>sacup</i> representado en las figuras 27 y 47.....	112
Fig. 25.—Algunos elementos tomados del <i>sacup</i> de las figuras 26 y 41.....	114
Fig. 26.....	116
Fig. 27.....	117
Fig. 28.—Elementos pictóricos tomados del <i>sacup</i> reproducido en las figuras 29 y 31.	119
Fig. 29.....	120
Fig. 30.—Dibujos pertenecientes al <i>sacup</i> reproducido en las figuras 38 y 39.....	122
Fig. 31.....	124
Fig. 32.—Elementos tomados del <i>sacup</i> de las figuras 9 y 33.....	127
Fig. 33.....	128
Fig. 34.—Algunos elementos tomados del <i>sacup</i> reproducido en las figuras 8 y 35.	130
Fig. 35.....	131
Fig. 36.—Dibujos copiados del <i>sacup</i> representado en las figuras 23 y 37.....	133
Fig. 37.....	137

	Páginas.
Fig. 38.....	138
Fig. 39.....	139
Fig. 40.....	141
Fig. 41.....	142
Fig. 42.....	148
Fig. 43.—Dibujos tomados del <i>sacup</i> reproducido en las figuras 44 y 45.....	149
Fig. 44.....	150
Fig. 45.....	152
Fig. 46.—Elementos pictóricos más importantes tomados del <i>sacup</i> reproducido en las figuras 10 y 48.....	155
Fig. 47.....	156
Fig. 48.....	158
Fig. 49.....	164
Fig. 50.....	165
Fig. 51.....	168
Fig. 52.....	169
Fig. 53.....	170
Fig. 54.....	171
Fig. 55.....	175

XLIX. Estudio craneológico y craneométrico de una serie de cráneos de la Micronesia existentes en el Museo de Historia Natural de la Universidad de Santiago:

Fig. 1.—Cráneos de la Micronesia. (Norma frontal).....	198
Fig. 2.—Cráneos de la Micronesia. (Norma lateral).....	199

L. Notas de una breve excursión a las Islas Canarias:

Fig. 1.—Sombrero usado por las campesinas de Tenerife	212
Fig. 2.—Mujer de Tenerife con el sombrero típico.....	213
Fig. 3.—Mujer de Tenerife con el sombrero típico.....	214
Fig. 4.—Grupo de mujeres de Tenerife con su sombrero típico.....	217
Fig. 5.—Grupo de mujeres de Tenerife.....	218
Fig. 6.—Mujer de la Gran Canaria con la mantilla característica.....	219
Fig. 7.—Hombres y mujeres de Tenerife.....	220
Fig. 8.—Llano de los Viejos. Lucha canaria.....	221
Fig. 9.—Lucha canaria.....	222
Fig. 10.—Baile canario.....	223
Fig. 11.—Baile canario.....	224
Fig. 12.—Baile canario.....	225
Fig. 13.—Baile canario.....	226
Fig. 14.—Tapiz de flores en el zaguán del Ayuntamiento de La Laguna.....	227
Fig. 15.—Tapiz de flores en La Orotava con motivo del Congreso Geológico de 1926.....	228
Fig. 16.—La Orotava. Tapiz de flores con motivo del Congreso Geológico de 1926.....	229

	Páginas.
Fig. 17. —La Orotava. Tapiz de flores.....	230
Fig. 18.—Alfombra de flores naturales en La Orotava.	231
Fig. 19.—Plano de la región del Atlántico situado entre el cabo de San Vicente y el Archipiélago Canario.....	232
Fig. 20.—Cenobio femenino denominado hoy Cueva de los Guanches en la Cuesta de Silva (Gran Canaria).	235
Fig. 21.—Cenobio femenino en la Cuesta de Silva (Gran Canaria).....	236

LII. El yacimiento de Aitzorrotz:

Fig. 1.....	217
Fig. 2.....	260
Fig. 3.....	261
Fig. 4.....	262
Fig. 5.....	262
Fig. 6.....	263
Fig. 7.....	263
Fig. 8.....	264
Fig. 9.....	266
Fig. 10.....	267
Fig. 11.....	269
Fig. 12.....	270
Fig. 13.....	271
Fig. 14.....	272
Fig. 15.....	273
Fig. 16.....	274
Fig. 17.....	275
Fig. 18.....	276
Fig. 19.....	277
Fig. 20.....	277
Fig. 21.....	277
Fig. 22.....	277
Fig. 23.....	278
Fig. 24.....	278
Fig. 25.....	278
Fig. 26.....	279
Fig. 27.....	280
Fig. 28.....	280

LIII. Arte prehistórico devanense:

Lámina I.....	285
Lámina II.	287
Lámina III.....	289
Lámina IV... ..	291

INDICE ALFABÉTICO

De AUTORES, materias y **geográfico**.

Las citas relativas a Memorias llevan detrás una *M*, y corresponden a las páginas de la segunda parte del tomo; las de Comunicaciones, una *C*, y las Notas Bibliográficas, una *B*, y forman parte de la paginación de Actas en la primera parte, y a éstas corresponden las páginas sin indicación especial.

	<u>Páginas.</u>		<u>Páginas.</u>
Acta de la 36 sesión de la Sociedad.	5	BARROS E CUNHA (J. G.) (B).....	41
Idem de la 37 ídem.....	11	Basondo: Cortézubi (B) 15. y (B)	39
Idem de la 38 ídem.....	14	BAUER..... 11, 14, 18, 23, 24, 25 y	26
Idem de la 39 ídem.....	16	Blodgruppsundersökning av Luppar	
Idem de la 40 ídem.....	18	i ge sverige och den darvid avan-	
Idem de la 41 ídem.....	20	da tekuiken (B).....	35
Idem de la 42 ídem.....	24	BOSCH GIMPERA (P.) (B).....	42
Idem de la 43 ídem.....	25	Bureau of American Ethnology. Thir-	
Idem de la 44 ídem.....	29	ty-Eighth Annual Report of the	
Abisinia	12	1916-1917.....	43
Aitzorrotz (M).....	255		
Alcázar del Rey	24	CABEZA (A.)..... 23 y (M)	197
Algunas consideraciones acerca de la		CABRÉ..... 26, 31, 32 y (M)	3
lengua Oromónica y otras del mis-		Cádiz	22
mo grupo que se hablan en varias		CAJIGAL.....	30
regiones de Abisinia (C).....	12	Cambojia (Asia central) (M).....	55
ANTÓN FERRÁNDIZ (M.) 7 (C)..	18 y	CAMPS.....	32
29		CARBALLO.....	17
Antropómetro para niños de Alabern.	27	CARRIAZO..... 16, 19, 24, 26, 31 y	32
ARANZADI (T.) (B).....	39	Caverna de Santimamiñe.....	15
A study of certain oriental series of		Celebración en Madrid del XV Con-	
crania including the nepalese and		grés International d'Anthropologie	
tibetan series in the British Mu-		et d'Archeologie préhistoriques...	18
seum (Natural History) (B).....	47	Ceremonias religiosas en Asturias..	21
Autógrafos de Darwin.....	18 y	Colecciones de prehistoria de Bon-	
26		sor.....	21
AYUSO (H.)..... 12, 26, 29 y	30	Comisión de la revisión de cuentas	
30		de la Sociedad.....	30
Azaila 26 y (M)	3	Contribuições para o Estudo da An-	
		tropologia Portuguesa. V. Os anti-	
		gos habitantes das Canarias nas	
		suas relações com a Antropologia	
Baelo (M).....	32	Portuguesa (B).....	41
Bailes y juegos populares de Teruel		Contribuições para o Estudo da An-	
en el siglo XVIII.....	32	tropologia Portuguesa. VI. Des-	
BARANDIARÁN (J. M. de) (B).....	39	cripção de un crânio guanche exis-	
BARRAS DE ARAGÓN.... 17, 19, 20,		tente no Museu Antropológico de	
21, 22, 23, 24, 27, 29, (M) 29, (B)		Coimbra (B).....	41
33, (B) 34, (B) 35, (B) 38, (B) 39,			
(M) 29 y (M)	211		
BARREIRO . 5, 6, 11, 12 (C), 14, 15,			
17, 18, 20, 21, 24, 25, 26, 31, 32			
y (B)	42		

	<u>Páginas.</u>		<u>Páginas.</u>
Cráneo de El Acebuchal.....	21	Estilizaciones prehistóricas conser-	
Cráneos de Cádiz.....	22	vadas en utensilios usados en los	
Cráneos de los albores de la Edad		tiempos actuales (M).....	57
del Cobre (M).....	29	Estudio craneológico y craneométrico	
Cráneos micronesios.....	23	de una serie de cráneos de la	
Cráneos y huesos de una cueva de		Micronesia existentes en el Museo	
Torrelaguna y serie de cráneos de		de Historia Natural de la Univer-	
Alcázar del Rey.....	24	sidad de Santiago.....	23 y (M) 197
Cuenta de gastos e ingresos de la		Estudio sobre las diversas razas de	
Sociedad en 1926.....	29	Canarias.....	19
CUNHA (A. J.) (B).....	39	Exploraciones de la caverna de San-	
D. Adolfo Bonilla y San Martín.		timamiñe (Basando) (B).....	39
Nota necrológica (C).....	7	Exploraciones en las sepulturas de	
Datos prehistóricos y etnológicos re-		Cádiz.....	22
cogidos en algunos pueblos comar-		Exposición de los estudios de los na-	
canos de los montes de Toledo		turalistas en América.....	18
6 y (M).....	43	Fiesta de la Raza.....	24
De antiquitatibus Novae Hispanie.		FRITZ KRUGER.....	12
15 y.....	17	Funerales de los Shocas (M).....	52
D. Enrique Alabern. Nota necroló-		Funerales en Cambojia (M).....	55
gica (C).....	27	Funerales en Mongolia (M).....	55
Developpement Croissance (B).....	49	Funerales tibetanos (M).....	24 y 51
DÍAZ DEL VILLAR.....	6	Ginebra (M).....	185
Die Gegenstands Kultur Sanabrias		Handbook of the Indians of Califor-	
und seiner Nachbargebiete. Ein		nia (B).....	51
Beitrag zur spanischen und portu-		HERNÁNDEZ (J.).....	26
giesischen Volkskunde (B).....	12	HERNANI (M.) (B).....	38
Disertación acerca del pandero sal-		Historia de la antigüedad. Primera	
mantino.....	21	parte: Historia de Oriente (B)...	42
Distinciones honoríficas a señores		Historia de la Comisión científica	
socios.....	14	del Pacífico.....	20
Donación del Colegio de Doctores		Homenaje al Sr. Schulten.....	16
de Madrid.....	11 y 14	HOYOS SÁINZ 6, 11, 12, 15, 19, 24, 25,	
Donaciones del Sr. Bauer a la Socie-		29, 31, 32, (B) 43, (B) 47, (B) 49,	
dad.....	14, 18, 23, 24 y 26	(B) 51 y (B).....	54
Donativo para excavaciones del Du-		Islas Canarias 19 y (M).....	211
que de Alba.....	22	KROEBER (A. L.) (B).....	51
Dos cráneos de los comienzos de la		La caverna de Santimamiñe (Bason-	
Edad del Cobre procedentes de la		do: Cortézubi) (B).....	15
provincia de Córdoba (M).....	29	La Historia de un diluvio en China	
Dos notas referentes a tres cráneos		25 y (M).....	241
de los albores de la Edad del Co-		La Micronesia (M).....	197
bre (M).....	29	La Necrópoli hispano-romana de	
EGUREN (E.) (B).....	39	Baelo.....	32
El Acebuchal (Carmona).....	21	La vie des Mamifères et des Hommes	
El arte prehistórico devanense.....	26	Fosiles. Dechiffrée a l'aide de	
El castillo de Santa Cruz de Aitzo-		l'Anatomie et de la physiologie	
rrotz (M).....	256	comparées de l'appareil mastica-	
El Molino de Pareja (Ecija).....	22	teur (B).....	35
El yacimiento de Aitzorrotz....	14	Las Estilizaciones de aves y caballos	
y (M).....	255	en Azaila 26 y (M).....	3
Escuela Anglo-Hispano-Americana		Las ideas sociales en Juan Luis	
de Arqueología.....	22	Vives.....	19
ESPREGUEIRA MENDES (J. DE) (B)....	34		
ESTEVEs GUIMARAES DA SILVA LEAL			
(M.) (B).....	39		

<u>Páginas.</u>	<u>Páginas.</u>		
Las Mariñas.....	24	Palabras polinesias en alguas regio- nes americanas.....	6
LINDERS (F. J.) (B).....	33	PAN (I. DEL)..... 6 y (M)	43
Los ocho inmortales de las leyendas chinas.....	23	Pozo con tres galerías.....	22
Los Shocas (Norte de la India) (M)..	52	Proyecto de la fundación de la Re- vista Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria.....	31
LÓPEZ SOLER.....	24	QUESADA.....	24
LUNBORG (H.) (B).....	33	RADIN (P.) (B).....	54
MAC-AULIFFE (L.) (B).....	49	RECA (L.)..... 14 y (M)	255
Mairena de Alcor	21	Renovación de la Junta Directiva...	30
MARTÍN-AYUSO NAVARRO (Srta. M.) 12 y (M)	185	Restos fósiles humanos de Asturias.	17
MARTÍNEZ.....	30	Restos humanos de Quesada.....	24
Medalla de plata del Sr. Pulido.	11	SALDAÑA..... 11, 14 y	16
MELCÓN 24, 25 y (M) 51 y (M).....	241	SÁNCHEZ Y SÁNCHEZ (D.) 15, 18, 21, 27, (C) 29, 30, 31, (B) 39, (B) 41, y (M)	57
MENÉNDEZ (J. F.).....	26	SANIELEVICI (H.) (B).....	35
MERGELINA (C. de).....	32	Santa Cruz de Aitzorrotz (M)....	15
Momias de Colombia.....	26	SCHÖTT (E. D.) (B).....	35
Mongolia (M).....	55	SCHULTEN (A.).....	16
Montes de Toledo (M).....	43	Seroantropología: Los nuevos méto- dos de investigación del parentes- co en los grupos humanos.....	25
MORANT (G. M.) (B).....	47	Socios vitalicios.....	20
Muro ciclópeo de Niebla.....	22	TAMAGNINI (E.) (B).....	41
Museo de Niebla.....	22	Teruel	32
Naturalistas españoles en el Pacífico.	20	The Swedish State Institute for Race Biology (B).....	33
Niebla	22	The Winnebago Tribe (B).....	54
Notas de Camptomètria nos Cráneos Portugueses (B).....	39	Toledo (Montes) (M).....	43
Notas de una breve excursión a las Islas Canarias 19 y (M).....	211	Torrelaguna	24
Notas sobre los ritos fúnebres de algunas regiones del Asia Cen- tral (M).....	51	Trabajos del Dr. Francisco Hernán- dez..... 15	17
Noticias del primer Congreso gene- ral del Niño celebrado en Ginebra del 25 al 30 de agosto de 1925 12 y (M)	185	Un esqueleto de los comienzos de la Edad del Cobre procedente de la provincia de Guadalajara (M)....	36
OBERMAIER..... 15	18	VERGARA.....	14
O Bicipite Braquial (B).....	39		
Om Halmotest och Hamagglutinin Astra (B).....	35		
O Musculo Palmar Delgado (B)....	34		
Orígenes de Cirugía portuense (B)..	38		
OSTOS MARTÍN (L.).....	22		



